
LA
DAMA
DEL
LAGO
ANDRZEJ SAPKOWSKI

Bienvenidos al comienzo del fin.

De las llamitas, algunas altas y poderosas eran, vivamente brillaban y con claridad, otras por su parte eran pequeñas, vacilantes y temblorosas, y oscurecíase su luz y amortiguábase a trechos. En el mismo final había una llamita pequeña y tan débil que apenas ardía, apenas se removía, ora brillando con gran esfuerzo, ora casi, casi apagándose del todo.

—¿De quién es ese fueguecillo moribundo? —preguntó el brujo.

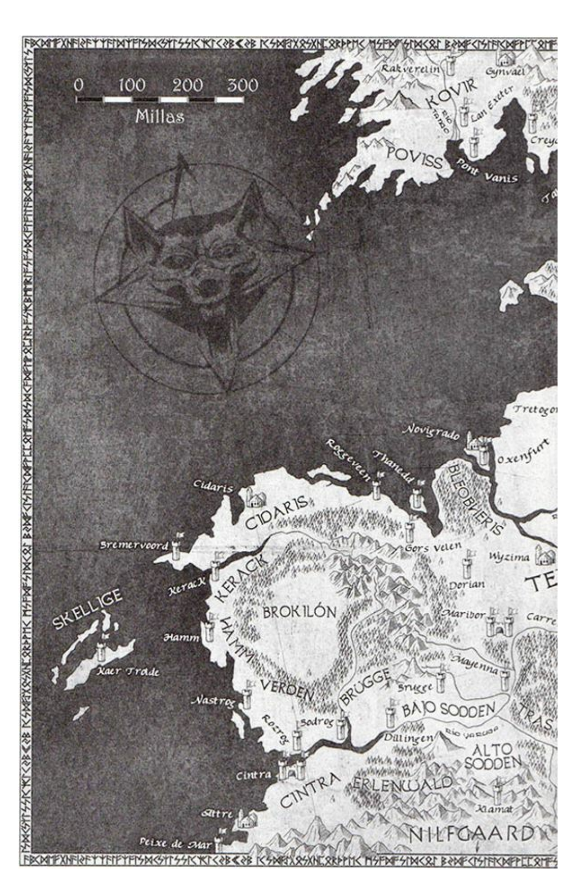
—Tuyo —respondió la Muerte.

Flourens Delannoy, Cuentos y leyendas.

Andrzej Sapkowski

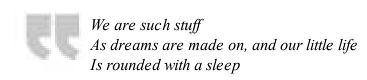
La dama del lago

Geralt de Rivia Libro VII


0
100
200
300
Millas
Rakverelin
Gynvael
KOVIR
Lan Exeter
Creyd
POVISS
Pont Vanis
Tretogor
Novigrado
Oxenfurt
Roggeveen
Thanedd
Cidaris
CIDARIS
BLEOBHERIS
Bremervoord
Gors Velen
Wyzima
Kerack
KERACK
Dorian
SKELLIGE
BROKILÓN
Maribor
Hamm
HAMM
Kaer Trolde
Mayenna
Nastrog
VERDEN
BRUGGE
Brugge
BAJO SODDEN
Rozrog
Sodrog
Dillingen
Río Yaruga
ALTO SODDEN
Cintra
CINTRA
ERLENWALD
Klamat
Attre
NILFGAARD
Peixe de Mar



mapa: Pablo Uría Díez
GORN
montañas del milano
MALLEORE
VELHAD
Hengfors
Río Braa
Yspaden
Kaer Morhen
Raviken
Río Buina
Río Gwenllech
Tridam
KAEDWEN
Ard Carraigh
Gelibol
montañas azules
DANIA
Shaerrawedd
Ban Ard
Drakenborg
DOL BLATHANNA
Murivel
Ellander
Río Pontar
Ban Glean
Hagge
Gulleta
Vengerberg
Río Yarra
CARBON
AEDIRN
Eysenlaan
RIVIA
Aldersberg
Rivia
montañas de fuego
MAHAKAM
LYRIA
Caed Dhu
Río Yarra
Spalla
Scala
ANGREN
Riedbrune
Río Ambra
Glevitzingen
desierto de korath
es amell

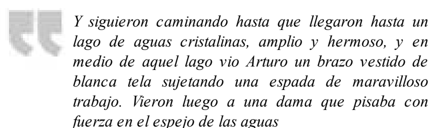


We are such stuff
As dreams are made on, and our little life
Is rounded with a sleep

William Shakespeare

Volumen I

Capítulo primero



Y siguieron caminando hasta que llegaron hasta un lago de aguas cristalinas, amplio y hermoso, y en medio de aquel lago vio Arturo un brazo vestido de blanca tela sujetando una espada de maravilloso trabajo. Vieron luego a una dama que pisaba con fuerza en el espejo de las aguas

—¿Quién es esa dama tan encantadora? —preguntó Arturo.

—La llaman la Dama del Lago —respondió Merlín.

Thomas Malory, Le Morte Darthur

El lago estaba encantado. No había duda alguna.

En primer lugar, se hallaba situado junto a la garganta del valle maldito de Cwm Pwcca, el valle misterioso, cubierto por eterna niebla, famoso por sus prodigios y apariciones mágicas.

En segundo, bastaba con mirar.

La superficie del agua era de un azul profundo, exquisito y tranquilo cual verdadero zafiro pulido. Era lisa como un espejo, hasta tal punto que las cumbres de las montañas de Y Wyddfa, que se miraban en él, ofrecían un aspecto más hermoso en forma de reflejo que en la propia realidad. Un viento frío y vivificante soplaba desde el lago y nada perturbaba la digna calma, ni siquiera el chapuzón de un pez o el graznido de un ave acuática.

El caballero se estremeció de la impresión. Pero en vez de continuar cabalgando por la cima de la colina, dirigió al caballo hacia abajo, hacia el lago. Tal y como si fuera atraído por la fuerza magnética de un hechizo que dormitara allá, abajo, en el fondo, en lo profundo de las aguas. El caballo posaba los cascos tímidamente entre las quebradas rocas, mostrando con un ronquido apagado que él también percibía el aura mágica. Cuando llegó al fondo, a la playa, el caballero desmontó. Llevando al rocín de las riendas, se acercó al borde del agua, donde una débil ola jugueteaba con los cantos rodados.

Se arrodilló, la cota de malla rechinó. Espantando a unos alevines, unos pececillos pequeños y vivaces como agujas, tomó agua en el hueco de las manos. Bebió con cuidado y despacio, el agua fría como el hielo le entumecía la lengua y los labios, le pinchaba los dientes.

Cuando volvió a agacharse para recoger agua le alcanzó un sonido que viajaba por sobre la superficie del lago. Alzó la cabeza. El caballo relinchó, como

confirmando que él también lo había percibido.

Aguzó el oído. No, no era una ilusión. Había escuchado un canto. Cantaba una mujer. O más bien, una muchacha.

El caballero, como todos los caballeros, había crecido con las canciones de los bardos y los relatos de caballerías. En ellos, nueve de cada diez veces las llamadas o los cantos de una muchacha eran cebos, el caballero que iba detrás de sus voces por lo general caía en una trampa. A menudo, mortal.

Pero la curiosidad le venció. El caballero, al fin y al cabo, no tenía más que diecinueve años. Era muy atrevido y bastante poco juicioso. Era famoso por lo uno y conocido por lo otro.

Comprobó que la espada corría bien en la vaina, luego tiró del caballo y avanzó por la playa en la dirección de la que provenía el canto. No tuvo que ir muy lejos. La orilla estaba sembrada de enormes cantos rodados, oscuros, pulidos hasta resultar brillantes, se dirían juguetes de gigantes arrojados allí con descuido u olvidados después de terminar los juegos. Algunas de las rocas yacían dentro del agua del lago, renegreaban bajo la plataforma cristalina. Algunas se alzaban por encima de la superficie, bañadas por las pequeñas olas, daban la sensación de ser peines de leviatanes. Pero la mayor parte de las rocas yacían en la orilla, desde la playa hasta el bosque. Algunas estaban enterradas en la arena, mostrando sólo un pedacito, dejando a la imaginación el adivinar lo grandes que eran en realidad.

El canto que el caballero había escuchado surgía precisamente de aquellas riberas. Y la muchacha que cantaba era invisible. Tiró del caballo, lo arrastró del bocado y los ollares para que no relinchara ni bufara.

La ropa de la muchacha descansaba sobre una de las rocas que estaban en el agua, tan plana como una mesa. La chica, desnuda, con el agua por la cintura, se estaba lavando, canturreando y chapoteando al hacerlo. El caballero no reconocía las palabras. Y no era de extrañar.

La muchacha, apostaría la cabeza, no era humana de carne y hueso. Lo demostraba el delgado cuerpo, el extraño color del cabello, la voz. Él estaba seguro de que cuando ella se volviera iba a ver unos ojos grandes con forma de almendra. Y si se recogiera los cabellos cenicientos, vería unas orejas agudas, terminadas en punta. Ella era una habitante de Faërie. Un hada. Una de las Tylwyth Têg. Una de aquellas a las que los pictos y los irlandeses llamaban Daoine Sidhe, el Pueblo de las Colinas. Una de aquellas a las que los sajones llamaban elfos.

La muchacha dejó de cantar por un instante, se sumergió hasta el cuello, salpicó, rebufó y lanzó unas impresionantes maldiciones. Esto, sin embargo, no confundió al caballero. Las hadas, como es de todos sabido, eran capaces de blasfemar como la gente. Y a menudo peor que un mozo de establo. Y la blasfemia a menudo servía de introducción a alguna de esas bromas pesadas por

las que las tales hechiceras son famosas, como por ejemplo hacerle crecer a uno la nariz hasta alcanzar el tamaño de un pepino o reducirle a otro la masculinidad al tamaño de una habichuela.

Al caballero no le atraían ni la primera ni la segunda posibilidad. Ya casi, casi se estaba disponiendo a una discreta retirada cuando, de pronto, el caballo le traicionó. No, no su propia montura, la cual, sujeta por los ollares, estaba tranquila y silenciosa como un ratón. Le traicionó el caballo del hada, una yegua mora a la que el caballero al principio no distinguió entre las rocas. La jaca negra como la pez comenzó a arañar la tierra con el casco y relinchó como saludo. El semental del caballero agitó la cabeza y respondió cortésmente. Hasta que el eco llegó al agua.

El hada salió chapoteando del agua, presentándole por un momento al caballero todo su agradable esplendor. Se lanzó sobre la roca en la que estaba su ropa. Pero en vez de aferrar algún avío y cubrirse decentemente con él, la elfa tomó la espada y la sacó de la vaina con un silbido, aferrando el hierro con una asombrosa maestría. Duró esto tan sólo un corto instante, después de lo cual el hada se encogió o se arrodilló, escondiéndose en el agua hasta la nariz y sacando por encima de la superficie la mano enderezada que sujetaba la espada.

El caballero parpadeó de estupefacción, soltó las riendas y dobló la pierna, arrodillándose sobre la arena mojada. Había comprendido al momento a quién tenía delante.

—Os saludo —murmuró, al tiempo que estiraba la mano—. Es un gran honor para mí… Una gran distinción, oh, Dama del Lago. Acepto esta espada…

—¿Y no podrías levantarte y darte la vuelta? —El hada sacó los labios por encima del agua—. ¿No podrías dejar de mirarme? ¿Y permitirme que me vista?

Él obedeció.

Escuchó cómo chapoteaba al salir del agua, cómo crujía la ropa, cómo maldecía por lo bajo al ponérsela sobre el cuerpo mojado. Él se entretuvo contemplando a la yegua mora de pelaje suave y brillante como la piel de un topo. Era sin duda un caballo de raza, con toda seguridad veloz como el viento. Con toda seguridad encantado. Y con toda seguridad habitante de Faërie, como su propietaria.

—Puedes darte la vuelta.

—Dama del Lago…

—Y presentarte.

—Soy Galahad de Caer Benic. Caballero del rey Arturo, señor del castillo de Camelot, gobernante del País del Verano y también de Dumnonia, Dyfneint, Powys, Dyfed…

—¿Y Temeria? —le interrumpió—. ¿Redania, Rivia, Aedirn? ¿Nilfgaard? ¿Te dicen algo esos nombres?

—Nada. Nunca he oído hablar de ellos.

Ella se encogió de hombros. En la mano, aparte de la espada, sujetaba las botas y la camisa, lavada y escurrida.

—Me lo imaginaba. ¿Y qué día es hoy?

—Es —él abrió la boca, totalmente sorprendido— la segunda luna llena después de Beltane… Dama…

—Ciri —dijo maquinalmente, retorciendo los brazos para que se le adhiriera mejor la ropa a la piel empapada. Hablaba de modo extraño, tenía los ojos grandes y verdes… Ella se escurrió instintivamente el cabello mojado y el caballero dio un respingo involuntario. No sólo porque su oreja era normal, humana, en ningún caso élfica. Tenía la mejilla deformada por una enorme y desagradable cicatriz. La habían herido. Pero, ¿acaso se puede herir a un hada?

La muchacha advirtió su mirada, entornó los ojos y arrugó la nariz.

—¡Una cicatriz, sí! —dijo, con su acento sorprendente—. ¿Por qué tienes esa cara de susto? ¿Tan rara cosa es una cicatriz para un caballero? ¿O acaso es tan fea?

Él, despacio, con las dos manos, se bajó la capucha de la cota de malla, se pasó la mano por los cabellos.

—Ciertamente no es rara cosa para un caballero —dijo, no sin orgullo juvenil, mostrando su propia sutura, apenas cicatrizada, que le corría desde la sien hasta la mandíbula—. Y más feas son las cicatrices en el honor. Soy Galahad, hijo de Lanzarote du Lac y Elaine, hija del rey Pelles, señor de Caer Benic. Esta herida me la causó Breunis el Cruel, un indigno opresor de damas, pese a que le venciera yo en justo desafío. Ciertamente, honrado estoy de tomar de vuestras manos esta espada, oh Dama del Lago…

—¿Cómo?

—La espada. Estoy dispuesto a aceptarla.

—Es mi espada. No le permito a nadie tocarla.

—Pero…

—¿Pero qué?

—La Dama del Lago siempre… siempre surge de las aguas y otorga una espada.

Ella guardó silencio durante un rato.

—Entiendo —dijo por fin—. En fin, donde fueres… Lo siento, Galahad o como te llames, pero por lo visto no has dado con la Dama que hacía falta. Yo no otorgo nada. Ni me dejo que me quiten. Que quede todo claro.

—Pero —se atrevió a decir—, ¿procedéis de Faërie, señora, o no?

—Procedo —dijo al cabo, y sus ojos verdes, daba la sensación, estaban fijos en el abismo del tiempo y el espacio—. Procedo de Rivia, de una ciudad con el mismo nombre. Junto al lago Loc Eskalott. Llegué aquí en una barca. Había niebla. No veía las orillas. Sólo escuché el relincho de Kelpa… mi yegua, que me había seguido los pasos.

Extendió la camisa mojada sobre una roca. Y el caballero dio de nuevo un respingo. La camisa había sido lavada, pero no muy a conciencia. Todavía se podían ver rastros de sangre.

—Me trajo hasta aquí la corriente del río —continuó la muchacha, sin ver que él se había dado cuenta o bien fingiendo no ver—. La corriente del río y la magia del unicornio… ¿Cómo se llama este lago?

—No lo sé —reconoció—. Hay tantos lagos en Gwynedd…

—¿En Gwynedd?

—Pues claro. Aquellos montes son Y Wyddfa. Dejándolos a mano izquierda y cabalgando por los bosques, al cabo de dos días se llega a Dinas Dinlleu y más allá a Caer Dathal. Y el río… El río más cercano…

—No importa cómo se llame el río más cercano. ¿Tienes algo de comer, Galahad? Es que, sencillamente, estoy que me muero de hambre.

—¿Por qué me miras así? ¿Temes que desaparezca? ¿Que vuele por los aires junto con tus bizcochos y tu salchicha de ternera? No tengas miedo. He montado unos buenos líos en mi propio mundo y he andado revolviendo el destino, así que es mejor que no me deje ver por allí por el momento. Así que andaré por tu mundo algún tiempo. En un mundo en el que en vano se busca el Dragón o los Siete Cabritillos por las noches. En el que ahora estamos en la segunda luna llena después de Belleteyn y Belleteyn se pronuncia Beltane. ¿Por qué me miras así, te digo?

—No sabía que las hadas comieran.

—Las hadas, las hechiceras y las elfas. Todas comen. Beben. Y demás.

—¿Cómo?

—No importa.

Cuanto más la observaba, más iba perdiendo el aura mágica y se iba haciendo más humana y normal, vulgar incluso. Sin embargo, sabía que no era así, que no podía ser así. No se encuentra uno a muchachas vulgares en las faldas de Y Wyddfa, en las cercanías de Cwm Pwcca, bañándose desnudas en los lagos de montaña y lavándose camisas ensangrentadas. Daba igual el aspecto que tuviera aquella muchacha, en ningún caso podía ser una criatura terrenal. Pese a saber eso, Galahad podía ya mirar tranquilamente y sin temor supersticioso sus cabellos de ratón que, para su asombro, ahora que estaban secos, brillaban atravesados por vetas de un gris entre plateado y blanquecino. Podía ya mirar sus manos delgadas, su pequeña nariz y sus pálidos labios, su traje de hombre, de corte un tanto extraño, confeccionado de una tela delicada de nudo extraordinariamente denso. Y su espada, de extraña factura y ornamentación, pero que no parecía sólo un adorno para los desfiles. Y sus pies desnudos, cubiertos de arena seca de la playa.

—Para que quede claro —habló ella, limpiándose un pie con el otro—, yo no soy una elfa. Hechicera, es decir hada, sí que soy, aunque… más bien atípica. Eh, creo que no lo soy siquiera.

—Pues lo siento, de verdad.

—¿Qué es lo que sientes?

—Dicen… —Se ruborizó y tartamudeó—. Dicen que las hadas, cuando se encuentran por casualidad con los jóvenes, los llevan consigo a Elfland y allí… Bajo los arbustos del bosque, sobre un lecho de musgo, les muestran…

—Entiendo. —Ella le lanzó una corta mirada, tras la que dio un fuerte mordisco a su salchicha—. En lo que se refiere al País de los Elfos —dijo, tragando—, hace algún tiempo que salí huyendo de allí y no tengo prisa alguna en volver. En lo tocante al lecho de musgo… Cierto, Galahad, no has dado con la Dama que hacía falta. Pese a ello, agradezco los buenos deseos.

—¡Señora! No quería faltaros…

—No te excuses.

—Y todo porque —balbuceó— sois tan hermosa.

—Te doy las gracias de nuevo. Pero esto no cambia nada.

Guardaron silencio durante un rato. Hacía calor. El sol en su cénit calentaba las piedras agradablemente. Un leve golpe de viento, arrugó la superficie del lago.

—¿Qué significa…? —habló de pronto Galahad con voz exaltada—. ¿Qué significa un paje con una lanza de la que mana sangre? ¿Qué significa y por qué sufre el rey tullido? ¿Qué significa una dama de blanco que lleva el graal, una copa de plata?

—Y aparte de eso —le interrumpió ella—, ¿te va todo bien?

—No hago más que preguntar.

—Y yo no entiendo tus preguntas. ¿Es alguna contraseña? ¿Una señal por la que se reconocen los que están en el secreto? Ten la merced de explicarlo.

—No soy capaz de hacerlo mejor.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—Porque… —habló desconcertado—. Bueno, por decirlo en pocas palabras… Uno de los nuestros no preguntó cuando tuvo ocasión. Se le comió la lengua el gato, o le dio vergüenza… No preguntó y por esa razón sucedieron muchas desgracias. Así que ahora preguntamos siempre. Por si acaso.

—¿Hay hechiceros en este mundo? Sabes, de ésos que tratan en magias. Magos. Taumaturgos.

—Merlín. Y Morgana. Mas Morgana es mala.

—¿Y Merlín?

—A medias.

—¿Sabes dónde lo puedo encontrar?

—¡Por supuesto? En Camelot. En la corte del rey Arturo. Precisamente allí

me dirijo.

—¿Lejos?

—De aquí a Powys, al río Hafren, luego siguiendo el Hafren hasta Glevum, junto al mar de Sabrina y desde allí ya está cerca el País del Verano. En total, como unos diez días de camino…

—Demasiado lejos.

—Se puede acortar un poco el camino —tartamudeó— yendo a través de Cwm Pwcca. Pero es un valle maldito. Es horrible. Allí viven los Y Dynan Bach Têg, unos enanos malvados…

—¿Y es que tú llevas la espada para los desfiles?

—¿Y qué puede hacer la espada contra la magia?

—Puede, puede, no tengas miedo. Yo soy una bruja. ¿Has oído hablar de ello alguna vez? Eh, por supuesto que no lo has oído. Y a mí no me amedrentan esos tus enanos. Tengo bastantes amigos entre los menudos.

Seguro, pensó.

—¿Dama del Lago?

—Me llamo Ciri. No me llames Dama del Lago. Me trae recuerdos desagradables, penosos, nefastos. Así me llamaban ellos, en el País… ¿Cómo has llamado a ese país?

—Faërie. O, como dicen los druidas: Annwn. Y los sajones lo llaman Elfland.

—Elfland… —Se cubrió los hombros con una manta picta a cuadros—. He estado allí, ¿sabes? Entré en la Torre de la Golondrina y cataplúm, ya estaba entre los elfos. Y ellos me llamaban precisamente así. Dama del Lago. Al principio hasta me gustaba. Me halagaba. Hasta el momento en que comprendí que en aquel país, en aquella torre y junto a aquel lago no era yo señora, sino cautiva.

—¿Fue allí —él no lo resistió— donde os manchasteis la camisa de sangre?

Calló durante largo rato.

—No —dijo por fin, y la voz, le dio la impresión, le temblaba ligeramente—. Allí no. Tienes ojos agudos. En fin, no se puede huir de la verdad, no hay por qué meter la cabeza en la arena… Sí, Galahad. Me he manchado a menudo en los últimos tiempos. Con la sangre de los enemigos a los que maté. Y con la sangre de los amigos a los que intentaba salvar… y que murieron en mis manos… ¿Por qué me miras así?

—No sé si seáis de origen etéreo o acaso la dama de la muerte… O una de las diosas… O acaso seáis habitante de los celestiales valles…

—Al grano, por merced.

—Me gustaría —los ojos de Galahad ardían— escuchar vuestra historia. ¿Querríais contarla, oh, señora?

—Es larga.

—Tenemos tiempo.

—Y no acaba demasiado bien.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Cantabais cuando os bañabais en el lago.

—Eres observador. —Volvió la cabeza, apretó los labios y su rostro se arrugó y afeó de pronto—. Sí, eres observador. Pero muy inocente.

—Contadme vuestra historia. Por favor.

—En fin —suspiró—. Bien, si quieres… Te la contaré.

Se sentó con mayor comodidad. Y él también se sentó con mayor comodidad. Los caballos se acercaron al borde del bosque, mordisqueando hierbas y helechos.

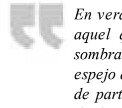
—Desde el principio —le pidió Galahad—. Desde el mismo principio…

—Esta historia —dijo ella al cabo, bien apretada en la manta picta— me parece a mí cada vez más una historia que no tiene principio. Tampoco tengo la seguridad de que se haya terminado. Has de saber que el pasado y el futuro se entremezclan terriblemente. Incluso hubo cierto elfo que me dijo que es como esa serpiente que clava los dientes en su propia cola. Esta serpiente, para que lo sepas, llámase Uroboros. Y el que muerda su propia cola significa que el círculo está cerrado. En cualquier instante se esconden a la vez el pasado, el presente y el futuro. En cualquier instante se encuentra la eternidad. ¿Entiendes?

—No.

—No importa.

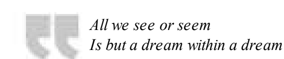
Capítulo segundo



En verdad os digo, quien cree en los sueños es como aquel que quiere atrapar los vientos o aferrar la sombra. Se engaña con imágenes de curvo y falaz espejo que miente o discurre despropósitos cual mujer de parto. De modo que necio es quien a las visiones de los sueños concede crédito y se adentra en el camino de las quimeras.
Mas todo aquel que precie de menos los sueños y en nada los tenga, procede también con poco seso. ¿Pues acaso si los sueños no hubieran de tener sentido alguno, nos habrían dotado los dioses de la capacidad de soñar?

La sabiduría del profeta Lebioda, 34:1

*****



All we see or seem
Is but a dream within a dream

Edgar Allan Poe

*****

Un vientecillo arrugó la superficie del agua, que bullía como una cazuela, y desterró los dispersos retazos de niebla. Los escálamos chirriaban y golpeteaban rítmicamente, las palas de los remos sembraban una granizada de brillantes gotitas. Condwiramurs apoyó la mano en la borda. La barca navegaba a una velocidad tan lenta que el agua apenas se alzaba y caía sobre sus dedos.

—Ah, ah —dijo ella, confiriendo a la voz tanto sarcasmo como le fue posible —. ¡Pero qué deprisa! Si hasta parece que volamos sobre las olas. ¡La cabeza da vueltas!

El remero, un hombre bajo, torvo y compacto, gruñó algo ininteligible y rabioso, sin alzar siquiera la cabeza, cubierta de un cabello tan digno y crespo como el de una oveja caracul. La adepta estaba ya muy harta de los gruñidos,

carraspeos y jadeos con los que aquel palurdo despachaba sus preguntas desde que ella había subido a la barca.

—Cuidado —dijo, marcando las palabras y manteniendo la calma con dificultad—. De remar con tanta fuerza le pueden dar a uno unas infosuras.

Esta vez el hombre alzó un rostro tostado, de piel tan oscura como si hubiera sido curtida. Murmuró, tosió, señaló con un movimiento de una barbilla cubierta de gris pelambre a una cabria de madera atada a la borda y una cuerda tensada por el movimiento de la barca que desaparecía en el agua. Convencido a todas luces de que la explicación había sido suficiente, continuó remando. Al mismo ritmo que antes. Remos arriba. Pausa. Remos hasta la mitad de las palas en el agua. Larga pausa. Remada. Una pausa todavía más larga.

—Ajá —dijo Condwiramurs con soltura mientras miraba al cielo—. Entiendo. Lo importante es el señuelo que va arrastrando detrás de la barca, que debe moverse a la correspondiente velocidad y a una profundidad apropiada. Lo importante es la pesca. El resto no importa.

Era algo tan evidente que el hombre ni siquiera se tomó la molestia de gruñir o carraspear.

—¿A quién le puede interesar —continuó Condwiramurs su monólogo— el que lleve viajando toda la noche? ¿Que esté hambrienta? ¿Que el trasero me pique y me duela por culpa de este banco duro y húmedo? ¿Que tenga ganas de mear? No importa, lo importante es la pesca de arrastre. Y al fin y al cabo para nada. El señuelo que llevamos arrastrando horizontalmente en medio de la corriente no va a capturar nada en una arcilla de veinte brazas de profundidad.

El hombre alzó la cabeza, la miró con una expresión amenazadora y refunfuñó en un tono muy, pero que muy hostil. Relucieron los dientes de Condwiramurs, contenta consigo misma. El palurdo seguía remando con lentitud. Estaba enfadado. Se dejó caer sobre el banco de popa y cruzó las piernas. De forma tal que en el doblez de la falda se viera mucho.

El hombre gruñó, apretó sobre los remos sus manos callosas, haciendo como que no miraba más que la cuerda de arrastre. Por supuesto, ni se le ocurrió apresurar la velocidad de su remado. La adepta suspiró resignada y se entretuvo en observar el cielo. Los escálamos chirriaban, brillantes gotitas salpicaban desde las palas de los remos. Entre la niebla que se iba alzando rápidamente fue surgiendo el borroso contorno de una isla. Y alzándose sobre ella el oscuro y abombado obelisco de una torre. El palurdo, aunque sentado de espaldas y sin poder verlo, reconoció de alguna forma que ya casi habían llegado. Sin apresurarse, colocó los remos en la borda, se levantó, comenzó a coger poco a poco la cuerda con la cabria. Condwiramurs, todavía con las piernas cruzadas, silboteó mientras miraba al cielo.

El hombre recogió del todo la cuerda, echó un vistazo al señuelo, un gran cucharón de hojalata con un gancho de tres puntas y una mosca de lana roja.

—Ay, ay —dijo Condwiramurs con voz dulce—. No hemos pillado nada, oh, qué pena. Qué raro, ¿por qué tenemos tan mala suerte? ¿No será que la barca iba demasiado deprisa?

El hombre le lanzó una mirada que decía cosas muy feas. Se sentó, carraspeó, escupió por la borda, agarró los remos con sus manos nudosas, estiró la espalda. Los remos chapotearon, se agitaron en los escálamos, la barca se lanzó por el lago como una flecha, el agua se arremolinaba con un rumor en la proa, giraba alejándose de la popa. Recorrieron la distancia de un cuarto de tiro de arco que les separaba de la isla en menos de dos gruñidos. La barca se empotró en la arena con tal ímpetu que Condwiramurs se cayó del banco. El hombre gruñó, carraspeó y escupió. La adepta sabía que traducido a la lengua de la gente civilizada significaba: lárgate de mi barca, arpía sabihonda. También sabía que no podía contar con que la llevara en brazos. Se quitó los zapatos, alzó la falda hasta una altura provocadora y bajó de la nave. Se tragó una maldición porque las conchas se le clavaban dolorosamente en los pies.

—Gracias por el viaje —dijo con los dientes apretados.

Sin esperar gruñido de respuesta y sin mirar a su alrededor, anduvo descalza en dirección a las escaleras de piedra. Todas las incomodidades y padecimientos desaparecieron sin dejar rastro, borrados por una excitación creciente. Se hallaba pues en la isla de Inis Vitre, en el lago de Loc Blest. Estaba en un lugar casi legendario, en el que solamente podían residir unos pocos elegidos.

La niebla de la mañana se había alzado casi del todo, la bola roja del sol comenzó a brillar con fuerza en el cielo mate. Alrededor de los matacanes de la torre planeaban las gaviotas, pasaban raudos los vencejos.

En la cúspide de las escaleras que conducían de la playa a la terraza, apoyada en la estatua de una quimera acuclillada y sonriente, estaba, de pie, Nimue.

La Dama del Lago.

Era de complexión delicada y bajita, no medía más de cinco pies. Condwiramurs había oído hablar de que cuando era joven la habían llamado «Pulgarcita», ahora veía que el sobrenombre era acertado. Pero estaba segura de que al menos desde hacía medio siglo nadie se había atrevido a llamar así a la pequeña hechicera.

—Soy Condwiramurs Tilly —se presentó con una inclinación, un tanto turbada, aún con los zapatos en la mano—. Estoy contenta de poder estar en vuestra isla, Dama del Lago.

—Nimue —le corrigió despacio la pequeña maga—. Nimue y nada más. Podemos ahorrarnos los títulos y los epítetos, señora Tilly.

—En tal caso yo soy Condwiramurs. Condwiramurs y nada más.

—Entonces, con tu permiso, Condwiramurs. Hablaremos durante el desayuno. Adivino que tienes hambre.

—No lo niego.

Para el desayuno había requesón, cebolletas, huevos, leche y pan de centeno, que le sirvieron dos criadas jovencitas, silenciosas y que olían a almidón. Condwiramurs comía sintiendo sobre ella la mirada de la pequeña hechicera.

—La torre —dijo serena Nimue, al tiempo que observaba cada uno de sus movimientos y casi cada mendrugo que se llevaba a la boca— tiene seis pisos, uno de ellos subterráneo. Tus habitaciones se hallan en el segundo piso contando desde el nivel del suelo, allí hay todas las comodidades necesarias para la vida. La planta baja, como ves, es la parte de administración de la casa, aquí se encuentran también las habitaciones del servicio. En el sótano, así como en los pisos primero y tercero, se encuentran el laboratorio, la biblioteca y la galería. Tienes libre acceso a todos los pisos mencionados y los cuartos que en ellos se encuentran, puedes usar de ellos y de todo lo que contienen cuando te apetezca y de la forma en que te apetezca.

—Comprendo. Muchas gracias.

—En los dos pisos superiores se albergan mis habitaciones privadas y mi despacho privado. Estos cuartos son absolutamente privados. Para evitar malentendidos: soy muy sensible en lo tocante a este asunto.

—Lo respetaré.

Nimue volvió la cabeza hacia la ventana, a través de la que se veía al Gruñón Señor Remero, que se había librado ya del equipaje de Condwiramurs y ahora cargaba en la barca la caña, la cabria, las redes y otras parafernalias del arte de la pesca.

—Soy un poco pasada de moda —continuó—. Pero me he acostumbrado a usar de derechos de exclusividad respecto a algunas cosas. El cepillo de dientes, por ejemplo. Mis habitaciones privadas, mi biblioteca, mi cuarto de baño. Y el Rey Pescador. Por favor, no intentes usar del Rey Pescador.

Condwiramurs casi se atragantó con la miel. El rostro de Nimue no mostraba expresión alguna.

—Y si… —continuó antes de que la muchacha recuperara el habla—. Y si él intenta usar de ti, recházalo.

Condwiramurs, tragando por fin, asintió rápida con la cabeza, absteniéndose de cualquier comentario. Aunque estuvo a punto de decir que no le gustaban los pescadores, sobre todo regordetes. Y con la testa cubierta por unos cabellos blanquitos como el requesón.

—Sí —dijo Nimue con énfasis—. Ya hemos hecho la introducción. Es hora de pasar a cosas más concretas. ¿No te interesa saber por qué entre tantas

candidatas te he elegido precisamente a ti?

Condwiramurs, si se lo pensó un poco antes de responder, fue tan sólo por no aparentar demasiado orgullo. Muy pronto, sin embargo, llegó a la conclusión de que mostrarle a Nimue una falsa modestia, incluso aunque fuera en un grado muy pequeño, sonaría demasiado a falso.

—Soy la mejor soñadora de la academia —respondió con la voz fría, de forma muy objetiva y sin jactancia—. Y en el tercer curso fui la segunda de entre las onirománticas.

—Podría haberme traído a la primera. —Nimue era, en verdad, dolorosamente sincera—. Dicho sea entre paréntesis, me propusieron a esa empollona, y además con cierta insistencia porque al parecer es la hija de alguien importante. Y si se trata de los sueños, de la oniroscopia, bien sabes, querida Condwiramurs, que se trata de un don bastante caprichoso. Incluso la mejor soñadora puede tener un fiasco.

Condwiramurs apretó los dientes para no responder que sus fiascos se podían contar con los dedos de una mano. Al fin y al cabo hablaba con la maestra. Mantén las proporciones, dama particular, como solía decir uno de los profesores de la academia, un erudito.

Nimue premió su silencio con un leve ademán de su cabeza.

—Pedí informes en la escuela —dijo al cabo—. Por ello sé que no tienes que ayudarte a soñar con sustancias alucinógenas. Me alegro, porque no tolero los narcóticos.

—Sueño sin polvos de ningún tipo —confirmó Condwiramurs con cierto orgullo—. Para la oniroscopia me basta si tengo un ancla.

—¿El qué?

—Bueno, un ancla. —La adepta tosió—. Es decir, un objeto que esté relacionado con lo que haya de soñar. Una cosa. O un cuadro…

—¿Un cuadro?

—Sí. No se me da mal con un cuadro.

—Oh. —Nimue sonrió—. Oh, si un cuadro sirve de ayuda, entonces no vamos a tener problemas. Si ya has dado cuenta del desayuno, vamos, mejor soñadora y segunda entre las onirománticas. Será mejor que sin tardanza te aclare los otros motivos por los que precisamente te elegí a ti como asistente.

Un frío que no atenuaban ni los gruesos tapices ni la madera que revestía las paredes surgía de los muros de piedra. El suelo de piedra mordía los pies a través de los zapatos.

—Al otro lado de estas puertas —Nimue le señaló con descuido— está el laboratorio. Como se ha dicho, puedes usarlo como prefieras. Por supuesto, con la recomendable cautela. Se aconseja moderación, sobre todo si se intenta obligar a una escoba a traer agua.

Condwiramurs rió por cortesía, aunque la broma estaba ya muy gastada.

Todas las profesoras agasajaban a sus discípulas con chistes relacionados con los míticos apuros del mítico aprendiz de nigromante.

Las escaleras se elevaban hacia las alturas como una serpiente marina, parecían no tener final. Y eran muy escarpadas. Antes de que llegaran a su destino, Condwiramurs estaba sudando y jadeaba. A Nimue sin embargo no parecía haberle afectado en nada el esfuerzo.

—Por aquí, por favor. —Abrió unas puertas de roble—. Cuidado con el umbral.

Condwiramurs entró y lanzó un suspiro.

La habitación era una galería. Sus paredes estaban cubiertas de cuadros del suelo al techo. Allí colgaban enormes óleos, antiguos, descascarillados, agrietados, miniaturas, amarillentos grabados y xilografías, pálidas acuarelas y sepias. También estaban colgados allí vivos guaches y témperas de colores modernos, aguatintas y aguafuertes de limpios trazos, contrastadas litografías y mezzotintas, que atraían la mirada con sus nítidas manchas de negro.

Nimue se detuvo ante la imagen que estaba más cerca de la puerta, un cuadro que mostraba a un grupo reunido en torno a un árbol enorme. Miró la tela, luego a Condwiramurs, y su mirada muda era extraordinariamente expresiva.

—Jaskier —la adepta, que se dio cuenta al punto de lo que se trataba, no la hizo esperar— canta romances al pie del roble Bleobheris.

Nimue sonrió, asintió. Y dio un paso, deteniéndose delante del siguiente cuadro. Acuarela. Simbolismo. Dos siluetas de mujer sobre una montaña. Por encima de ellas, unas gaviotas, bajo ellas, en las faldas de la montaña, un corro de sombras.

—Ciri y Triss Merigold, la visión de Kaer Morhen.

Sonrisa, asentimiento, un paso, otro cuadro. Un jinete al galope, por una fila de alisos deformados, que estiraban hacia él los brazos de sus ramas. Condwiramurs sintió cómo la atravesaba un escalofrío.

—Ciri… Humm… Creo que es su cabalgata para encontrarse con Geralt en la granja del mediano Hofmeier.

La siguiente imagen, un óleo oscurecido. Una escena de batalla.

—Geralt y Cahir defienden el puente del Yaruga.

A continuación fue más rápido.

—Yennefer y Ciri, su primer encuentro en el santuario de Melitele. Jaskier y la dríada Eithné en el bosque de Brokilón. La compaña de Geralt durante la tormenta de nieve en el paso de Malheur…

—Bravo, perfecto —la cortó Nimue—. Conoces estupendamente las leyendas. Ahora ya sabes la otra razón por la que tú estás aquí y no otra persona.

Por encima de la mesita de ébano a la que se sentaron colgaba un enorme lienzo

de batallas que presentaba, por lo que parecía, la batalla de Brenna, algún momento clave de la lucha o bien una escena más bien hortera con la muerte de algún héroe. El lienzo, fuera de toda duda, era obra de Nicolás Certos, se podía reconocer por la expresión, el perfecto cuidado por el detalle y los efectos de iluminación típicos del artista.

—Cierto, conozco las leyendas acerca del brujo y la bruja —respondió Condwiramurs—. Las conozco, no dudo en decirlo, fragmentariamente. Siendo una cría, amaba estas historias, las leía una y otra vez. Y soñaba con ser Yennefer. Seré sincera, sin embargo: incluso si se trató de un amor a primera vista, incluso si fue un estallido de pasiones… no fue un amor eterno.

Nimue alzó las cejas.

—Conocí la historia —siguió Condwiramurs— en los resúmenes populares y las versiones para niños, chuletas recortadas y adecentadas *ad usum delphini*. Luego continué de forma natural con las versiones completas y serias. Dilatadas hasta la frontera de la redundancia y a veces más allá. Entonces mi pasión fue sustituida por una reflexión flemática y la pasión salvaje dio paso a algo parecido a la obligación matrimonial. No sé si entiendes a qué me refiero.

Nimue le confirmó que lo comprendía con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—Resumiendo, prefiero aquellas leyendas que se atienen más a las convenciones legendarias, no mezclan la ficción con la realidad y no intentan aunar la simple y sincera moral del cuento de hadas con la verdad histórica, que es profundamente inmoral. Prefiero las leyendas sin los prólogos de los enciclopedistas, arqueólogos e historiadores. Aquéllas cuyo convencionalismo está libre de experimentos. Prefiero que si el príncipe sube a la cumbre de la Montaña de Cristal y besa a la bella durmiente, ésta se despierte y los dos vivan después eternamente felices. Así, y no de otro modo, tienen que acabarse las leyendas… ¿De qué pincel es este retrato de Ciri? ¿Ése en *pied*?

—No existe retrato alguno de Ciri. —La voz de la pequeña hechicera era imparcial hasta el hueso—. Ni aquí ni en ningún lugar del mundo. No se ha conservado ningún retrato, ni una miniatura pintada por alguien que hubiera podido ver a Ciri, conocerla o siquiera recordarla. El retrato en *pied* representa a Pavetta, la madre de Ciri, y lo pintó el enano Ruiz Dorrit, pintor de palacio de los señores de Cintra. Se sabe que Dorrit pintó a Ciri a la edad de diez años, también en *pied*, pero la tela, llamada Infanta con galgo, se perdió, por desgracia. Volvamos sin embargo a la leyenda y a tus relaciones con ella. Y a lo que, en tu opinión, debiera ser la forma de terminarse de la leyenda.

—Debe terminarse bien —dijo Condwiramurs con una convicción un tanto agresiva—. El bien y la justicia tienen que triunfar, el mal ha de recibir un castigo ejemplar, el amor ha de unir a los amantes como coronación de sus vidas. ¡Y ninguno de los héroes positivos puede morir, rayos! ¿Y la leyenda de

Ciri? ¿Cómo termina?

—Precisamente. ¿Cómo?

Condwiramurs se quedó muda por un instante. No se esperaba aquella pregunta, olía a prueba, examen, trampa. Calló para que no la pillaran.

¿Cómo termina la leyenda de Ciri y Geralt? Pues si lo sabe todo el mundo. Miró una acuarela de tonos oscuros que presentaba una barca borrosa deslizándose por la superficie de un lago borroso por los vapores. La barca iba propulsada por una mujer que empujaba con una larga pértiga, una mujer que sólo era visible como una silueta negra.

Precisamente así termina la leyenda. Precisamente así.

Nimue leyó sus pensamientos.

—No es tan seguro que fuera así, Condwiramurs. No es tan seguro.

—La leyenda —comenzó Nimue— la conocí de labios de un cuentista vagabundo. Soy moza de aldea, la cuarta hija de un carretero de pueblo. Los días en los que estuvo en nuestra aldea el cuentista Silbón, viejo vagabundo, fueron los más hermosos de mi niñez. Se podía descansar de las fatigas, contemplar con los ojos del alma aquellos prodigios de cuento de hadas, ver aquel mundo tan lejano… Un mundo hermoso y milagroso… Más lejano y milagroso que el mercado de la ciudad que estaba a nueve millas…

» Tenía por entonces como seis o siete años. Mi hermana mayor tenía catorce. Y ya estaba doblada de agacharse para trabajar. ¡El destino de la hembra! ¡Para esto nos preparaban desde pequeñas a las muchachas! ¡Agáchate! Agacharse eternamente, agacharse y doblarse para trabajar, para cuidar del niño, a causa del peso de la tripa que tu hombre te ha hecho apenas te has recuperado del parto…

» Fueron estos relatos de viejo los que hicieron que comenzara a desear algo más que afanarse y agacharse, soñar con algo más que parir, que el marido y los hijos. El primer libro que compré con lo que saqué de la venta de moras que recogí en el bosque fue la leyenda de Ciri. Una versión, como bien dijiste, adecentada, para niños, un ladrillo ad usum delphini. Era una versión que ni pintada para mí. Apenas sabía leer. Pero ya entonces sabía lo que quería. Quería ser como Filippa Eilhart, como Sheala de Tancarville, como Assire var Anahid…

Las dos miraron un guache que presentaba en un sutil claroscuro la sala de un castillo, una mesa y unas mujeres que estaban sentadas a una mesa. Unas mujeres legendarias.

—En la academia —siguió Nimue— en la que ingresé al segundo intento, me ocupé del mito tan sólo en lo relativo a la Gran Logia que aparecía en la asignatura de Historia de la Magia. Al principio no tenía demasiado tiempo para leer por placer, tenía que empollar para… para mantener el paso con las hijas de

los condes y banqueros a las que todo les era fácil, que se reían de una mozuela de aldea…

Enmudeció, separó los dedos con un chasquido.

—Por fin —continuó—, encontré tiempo para la lectura, pero entonces me di cuenta de que las peripecias de Geralt y Ciri me interesaban bastante menos que en mi infancia. Apareció un síndrome parecido al que tú describías. ¿Cómo lo has llamado? ¿Obligaciones matrimoniales? Así fue hasta el momento…

Enmudeció, se pasó la mano por el rostro. Condwiramurs advirtió con asombro que la mano de la Dama del Lago temblaba.

—Tenía dieciocho años, creo, cuando… cuando sucedió algo. Algo que ocasionó que la leyenda de Ciri reviviera dentro de mí. Que hizo que comenzara a ocuparme de ella seriamente y con afán científico. Que me impulsó a sacrificarle mi vida.

La adepta guardaba silencio, aunque en su interior estaba ardiendo de curiosidad.

—No finjas que no lo sabes —dijo Nimue con aspereza—. Todos saben que la Dama del Lago está poseída por una obsesión casi enfermiza por la leyenda de Ciri. Todos cotillean acerca de esta vena que al principio había sido inocente, pero que se convirtió luego en algo parecido a una dependencia narcótica o incluso una manía. En esos cotilleos, mi querida Condwiramurs, hay mucho de verdad. Y tú, puesto que te he elegido como asistente, también caerás en la manía y la dependencia. Ya que te lo exigiré. Por lo menos durante el tiempo de la práctica. ¿Entiendes?

La adepta confirmó con un ademán de cabeza.

—Te parece que entiendes. —Nimue se contuvo y se calmó—. Pero yo te lo explicaré. Poco a poco. Y cuando llegue el momento, te lo explicaré todo. De momento…

Se interrumpió, miró por la ventana, al lago, al oscuro trazo de la barca del Rey Pescador, claramente dibujado en el dorado de la difusa superficie de las aguas.

—De momento descansa. Contempla los cuadros. En los armarios y vitrinas encontrarás álbumes y cartones de grabados, todos los relacionados con el tema de la leyenda. En la biblioteca están todas las versiones y transformaciones de la leyenda, también la mayor parte de las obras científicas. Dedícales algo de tiempo. Mira, lee, concéntrate. Quiero que tengas material para soñar. Un ancla, como dijiste.

—Lo haré. ¿Doña Nimue?

—Dime.

—Estos dos retratos… los que cuelgan el uno junto al otro… ¿tampoco son de Ciri?

—No existe retrato alguno de Ciri —repitió Nimue con paciencia—. Los

artistas posteriores la representaron exclusivamente en escenas concretas, cada uno según su fantasía. En lo que respecta a estos retratos, éste de la izquierda también es más bien una variación libre del tema, puesto que presenta a la elfa Lara Dorren aep Shiadhal, una persona a la que la pintora no podía conocer. La pintora era Lydia van Bredevoort, a quien seguro que conoces de la leyenda. Otros de sus óleos que han sobrevivido se encuentran en la academia.

—Lo sé. ¿Y el otro retrato?

Nimue miró durante largo rato el cuadro. La imagen de una delgada muchacha de cabellos claros y mirada triste. Vestida con un vestido blanco de mangas verdes.

—Lo pintó Robin Anderida —dijo, al tiempo que se daba la vuelta y miraba a los ojos a Condwiramurs—. Y a quién representa… Tú me lo dirás, soñadora y oniromántica. Sueña con él. Y cuéntame tu sueño.

El maestro Robin Anderida distinguió el primero al emperador mientras éste se acercaba, hizo una reverencia. Stella Congreve, condesa de Liddertal, se levantó e hizo una genuflexión, ordenando con un rápido gesto a la muchacha que estaba sentada en un sillón labrado que hiciera lo mismo.

—Mis saludos, señoras. —Emhyr var Emreis saludó con la cabeza—. Y mis saludos a ti también, maestro Robin. ¿Cómo va el trabajo?

El maestro Robin carraspeó turbado y se inclinó otra vez, limpiándose los dedos nerviosamente en el mandil. Emhyr sabía que el artista padecía de una aguda agorafobia y era de una timidez enfermiza. Pero a quién le importaba aquello. Lo importante era cómo pintaba.

El emperador, como era su costumbre durante los viajes, llevaba un uniforme de oficial de la brigada de la guardia Impera, armadura negra y capa con una salamandra de plata bordada. Se acercó, miró el retrato. Primero el retrato, sólo después a la modelo. Una delgada muchacha de cabellos claros y mirada triste. Vestida con un vestido blanco de mangas verdes con un pequeño escote adornado con un collarcito de peridotos.

—Extraordinario —dijo mirando conscientemente al vacío, para que no se supiera lo que estaba alabando—. Extraordinario, maestro. Por favor, continuad, no prestéis atención a mi persona. Si me permitís un momento, condesa.

Se alejó hacia la ventana, obligándole a ella a seguirle.

—Me voy —dijo en voz baja—. Asuntos de estado. Gracias por la hospitalidad. Y por ella. Por la princesa. Un buen trabajo, de verdad, Stella. De verdad que hay mucho que alabar. Tanto a ti como a ella.

Stella Congreve hizo una reverencia profunda y con gracia.

—Su majestad imperial es demasiado bueno con nosotras.

—No alabes el día hasta que haya llegado la tarde.

—Ah… —Ella apretó ligeramente los labios—. ¿Ciertamente?

—Ciertamente.

—¿Qué será de ella, Emhyr?

—No lo sé —respondió—. Dentro de diez días recomenzamos la ofensiva hacia el norte. Y se anuncia una guerra difícil, muy difícil. Vattier de Rideaux persigue las conjuras y complots dirigidos contra mí. La razón de estado me puede obligar a muchas y muy diversas cosas.

—Esta niña no es culpable de nada.

—He dicho: la razón de estado. La razón de estado no tiene nada que ver con la justicia. Al fin y al cabo…

Agitó una mano.

—Quiero hablar con ella. A solas. Acércate, princesa. Más cerca, más cerca, aprisa. El emperador lo ordena.

La muchacha hizo una profunda reverencia. Emhyr la midió con la mirada, volviendo con la memoria a aquella audiencia en Loc Grim tan preñada de consecuencias. Estaba lleno de reconocimiento, incluso de admiración, hacia Stella Congreve, quien, durante los seis meses que habían pasado desde entonces, había conseguido hacer de un patito feo una pequeña aristócrata.

—Dejadnos —ordenó—. Haz una pausa, maestro Robin, para lavar los pinceles, digamos. Por tu parte, condesa, te pido que esperes en el recibidor. Y tú, princesa, sal conmigo a la terraza.

La húmeda nieve que había caído por la noche había desaparecido bajo los primeros rayos del sol de la mañana, pero los tejados de las torres y pináculos del castillo de Darn Rowan seguían húmedos y brillaban de tal forma que parecían estar ardiendo. Emhyr se acercó a la balaustrada de la terraza. La muchacha —siguiendo la etiqueta— se mantenía a un paso por detrás de él. Con un gesto impaciente, el emperador la apremió para que se acercara.

El emperador guardó silencio largo rato, con las dos manos apoyadas en la balaustrada, con la vista fija en la montaña y en el verde eterno de los tejos que la cubrían, que resaltaban con claridad contra el blanco calizo de las fallas rocosas. Relucía el río, cinta de plata líquida que se retorcía por el fondo del valle. Podía olerse la primavera en el aire.

—Paso demasiado poco tiempo aquí —dijo Emhyr. La muchacha se mantuvo callada—. Vengo demasiado poco por aquí —repitió, girándose—. Y éste es un lugar hermoso y lleno de tranquilidad. Un paisaje hermoso… ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí, majestad imperial.

—Se puede oler la primavera en el aire. ¿Tengo razón?

—Sí, majestad imperial.

Desde abajo, desde el patio, se escuchaba un cántico estorbado por el tintineo, el chirrido y el golpeteo de las herraduras. La escolta, informada de que el

emperador había ordenado el viaje, se preparaba a toda prisa para el camino. Emhyr recordó que entre los guardias había uno que cantaba. A menudo. Y con independencia de las circunstancias.

Vuelve a mí compasiva
los garzos ojos,
regálame enternecida
donaires tuyos.
Recuérdame compasiva
y no rechaces sonora,
la de Amor canción dolida
en las nocturnas horas.

—Bonita balada —dijo pensativo, tocando con los dedos su toisón de emperador.

—Bonita, majestad imperial.

Vattier me asegura que ya está tras las huellas de Vilgefortz. Que encontrarlo no es más que una cuestión de días, como mucho de semanas. Caerán las cabezas de los traidores y se traerá a Nilfgaard a la verdadera Cirilla, reina de Cintra. Y antes de que llegue a Nilfgaard la auténtica Ciri, habrá que hacer algo con su doble.

—Alza la cabeza.

Ella obedeció.

—¿Deseas algo? —preguntó de pronto alzando la voz—. ¿Quejas? ¿Ruegos?

—No, majestad imperial. No tengo.

—¿De verdad? Curioso. En fin, no puedo ordenarte que los tengas. Alza la cabeza, como le corresponde a una princesa. ¿Stella te ha enseñado modales?

—Sí, majestad imperial.

Ciertamente. Bien le han enseñado, pensó. *Primero Rience, luego Stella. Le enseñaron bien su papel y su rol, amenazándole seguro con que por una equivocación o un error pagaría con la tortura y la muerte. Le advirtieron que tendría que actuar ante un auditorio severo que no le perdonaría los errores. Ante el terrible Emhyr var Emreis, emperador de Nilfgaard*.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con voz agria.

—Cirilla Fiona Elen Riannon.

—Tu verdadero nombre.

—Cirilla Fiona…

—No abuses de mi paciencia. ¡El nombre!

—Cirilla… —la voz de la muchacha se quebró como un palillo—… Fiona…

—Basta, por el Gran Sol —dijo él con los dientes apretados—. ¡Basta!

Ella sorbió con fuerza por la nariz. En contra de la etiqueta. Los labios le

temblaban, pero eso la etiqueta no lo prohibía.

—Tranquilízate —le ordenó, aunque con una voz baja y casi suave—. ¿De qué tienes miedo? ¿Te avergüenzas de tu propio nombre? ¿Tienes miedo de reconocerlo? ¿Está ligado a algo que sea desagradable? Si te pregunto es sólo porque me gustaría dirigirme a ti por tu verdadero nombre. Pero he de saber cuál es.

—Cualquiera —respondió, y sus grandes ojos brillaron de pronto como esmeraldas de llamas brillantes—. Porque es un nombre cualquiera, majestad imperial. Un nombre justo para alguien que no es nadie. Mientras sea Cirilla Fiona, significo algo… Mientras…

La voz se le ahogó en la garganta de modo tan súbito que inconscientemente se echó mano al cuello, como si lo que tenía en él no fuera un collar, sino un asfixiante garrote vil. Emhyr la seguía midiendo con la vista, lleno de admiración hacia Stella Congreve. Al mismo tiempo sintió rabia. Una rabia sin motivo. Y por eso aún más terrible. *Qué es lo que yo quiero de esta niña*, pensó, sintiendo cómo la rabia se le acumulaba, cómo le ardía, cómo rompía a hervir como la sopa en el caldero. *Qué es lo que yo quiero de esta niña que…*

—Has de saber que yo no tuve nada que ver con tu rapto, muchacha —dijo, agrio—, no tuve nada que ver con que te trajeran aquí. No lo ordené. Me engañaron…

Estaba enfadado consigo mismo, consciente de que estaba cometiendo un error. Debiera haber concluido aquella conversación hacía ya mucho rato, terminarla con gracia, con poderío, amenazadoramente, como un emperador. Debía olvidarse de aquella muchacha y de sus ojos verdes. Aquella muchacha no existía. Era un doble. Una imitación. Ni siquiera tenía nombre. No era nada. Y un emperador no habla con alguien que no es nada. Un emperador no reconoce sus errores ante alguien que no es nada. Un emperador no pide perdón, no se humilla ante alguien que…

—Perdóname —dijo, y las palabras le eran ajenas, se le pegaban desagradablemente a los labios—. Cometí un error. Sí, cierto, soy culpable de lo que te ha pasado. Culpable. Pero te doy mi palabra de que no te amenaza nada. No te sucederá nada malo. Ningún daño, ningún menoscabo, ninguna pena. No tienes que tener miedo.

—No tengo miedo. —Alzó la cabeza y, en contra de la etiqueta, le miró directamente a los ojos.

Emhyr tembló, alcanzado por la honestidad y confianza de su mirada. Pero se recuperó al instante, imperial y digno hasta la náusea.

—Pídeme lo que quieras.

Ella le miró de nuevo, y él, contra su voluntad, recordó aquellas innumerables veces en las que de aquel mismo modo había comprado tranquilidad de conciencia por la ruindad cometida contra alguien. Y alegrándose, en lo profundo

de su mente, de pagar tan poco por ello.

—Pídeme lo que quieras —repitió, y como estaba ya cansado, la voz se le hizo de pronto más humana—. Te otorgaré lo que desees.

Que no me mire, pensó. *No aguanto su mirada*.

Al parecer, la gente me tiene miedo. ¿Y a qué tengo yo miedo?

Que le den a Vattier de Rideaux y a su razón de estado. Si ella me lo pide, ordenaré que la devuelvan a su casa, a donde sea que la raptaran. Ordenaré que la lleven en una carroza de arreos de oro. Basta con que lo pida.

—Pídeme lo que quieras —repitió.

—Os lo agradezco, majestad imperial —dijo la muchacha, bajando los ojos —. Su majestad imperial es muy liberal y muy generosa. Si pudiera pedir algo…

—Habla.

—Quisiera quedarme aquí. Aquí, en Darn Rowan. En casa de doña Stella.

No le asombró. Se imaginaba algo así.

Su discreción le contuvo de hacer preguntas que podían haber sido humillantes para ambos.

—Te di mi palabra —dijo con voz fría—. Que se cumpla tu voluntad.

—Gracias, majestad imperial.

—Di mi palabra —repitió, intentando evitar su mirada— y la mantendré. Sin embargo, pienso que has elegido mal. No has escogido el deseo que debieras. Si cambiaras de opinión…

—No la cambiaré —dijo, cuando estuvo claro que el emperador no iba a terminar—. ¿Por qué la iba a cambiar? Elegí a doña Stella, elegí cosas de las que siempre tuve poco en mi vida… Un hogar, calor, bondad… Corazón. No se puede errar cuando se elige algo así.

Pobre, ingenua criatura, pensó el emperador Emhyr var Emreis, Deithwen Addan yn Carn aep Morvudd, el Fuego Blanco que Baila sobre las Tumbas de sus Enemigos. *Precisamente al elegir tales cosas es cuando se comete el más terrible de los errores*.

Pero algo —quizá recuerdos largo tiempo olvidados— le impidió al emperador decirlo en voz alta.

—Interesante —dijo Nimue, mientras escuchaba el relato—. Un sueño en verdad interesante. ¿Has soñado algo más?

—¡Buff! —Condwiramurs cortó la punta del huevo con un golpe rápido y seguro de un cuchillo—. ¡Todavía me da vueltas la cabeza después de ese desfile! Pero esto es normal. La primera noche en un lugar nuevo produce siempre sueños caóticos. Sabes, Nimue, dicen de nosotras, las soñadoras, que nuestro talento no radica en el hecho de que soñemos. Si descontamos las visiones en estado de trance o bajo hipnosis, nuestros sueños no se diferencian de los sueños

de otras personas ni en intensidad, ni en abundancia, ni en carga precognitiva. Nos diferencia, y eso es lo que implica nuestro talento, algo completamente distinto. Nosotras recordamos los sueños. Pocas veces olvidamos lo que hemos soñado.

—Porque vuestras glándulas de secreción interna funcionan atípicamente y de una forma especial —la cortó la Dama del Lago—. Vuestros sueños, dicho de forma un tanto trivial, no son otra cosa que endorfinas inyectadas en el organismo. Como la mayoría de los talentos mágicos naturales, también el vuestro es prosaicamente orgánico. Pero por qué cuento algo que tú misma sabes de sobra. Dime, ¿qué más sueños recuerdas?

—Un muchacho joven —Condwiramurs frunció el ceño— que camina por campos desiertos con un hato al hombro. Los campos están vacíos, primaverales. Sauces… Junto a los caminos y en las lindes. Sauces torcidos, horadados, deformes… Desnudos, todavía sin hojas. El muchacho camina, mira a su alrededor. Cae la noche. En el cielo aparecen las estrellas. Una de ellas se mueve. Es un cometa. Una chispa rojiza y movediza, que corta el firmamento a saltitos…

—Bravo. —Nimue sonrió—. Aunque no tengo ni idea de quién es la persona con la que has soñado, por lo menos se puede datar con precisión el acontecimiento. El cometa rojo se vio durante seis días, la primavera de la firma de la paz de Cintra. Exactamente en los primeros días de marzo. ¿También en el resto de los sueños hay algo que permita datarlos?

—¡Mis sueños —bufó Condwiramurs mientras echaba sal al huevo— no son un calendario agrícola! ¡No tienen plaquitas con la fecha! Aunque para ser sincera, soñé con la batalla de Brenna, seguramente por haber contemplado el lienzo de Nicolás Certos en tu galería. Es la misma fecha que el cometa. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. ¿Había algo especial en el sueño de la batalla?

—No. Un caos de caballos, personas y armas. Las personas entrechocaban y gritaban. Alguien, con toda seguridad un anormal, aullaba: « ¡Las águilas! ¡Las águilas!» .

—¿Qué más? Has dicho que los sueños fueron un verdadero desfile.

—No me acuerdo. —Condwiramurs se detuvo. Nimue sonrió—. Bueno, vale. —La adepta respingó con fuerza, impidiendo a la Dama del Lago cualquier comentario burlón—. Cierto, a veces me olvido. Nadie es perfecto. Te repito que mis sueños son visiones, no un catálogo de biblioteca…

—Lo sé —la interrumpió Nimue—. No estamos haciendo un examen de tus capacidades como soñadora, estamos analizando la leyenda. Sus enigmas y flecos. Y al fin y al cabo no nos va mal, ya en los primeros sueños has descubierto quién era la muchacha del retrato, el doble de Ciri con el que Vilgefortz intentó engañar al emperador Emhyr…

Se interrumpieron porque el Rey Pescador entró en la cocina. Haciendo una reverencia y gruñendo, tomó pan de un aparador, una vasija doble y un rollo de lienzo. Salió, sin olvidar inclinarse y gruñir.

—Cojea mucho —dijo Nimue en apariencia desganada—. Lo hirieron gravemente. Un jabalí le machacó la pierna en una cacería. Por eso pasa tanto tiempo en la barca. Entre remos y pescados la herida no le molesta y en la barca olvida su cojera. Es un hombre bueno y muy honrado. Y yo…

Condwiramurs guardó silencio con cortesía.

—Necesito un hombre —aclaró con imparcialidad la pequeña hechicera.

Yo también, pensó la adepta. *Rayos, en cuanto vuelva a la academia me dejaré engatusar por alguien. El celibato está bien, pero no más de un semestre*.

Nimue carraspeó.

—Si has terminado de desayunar y de soñar, vamos a la biblioteca.

—Volvamos a tu sueño.

Nimue abrió la carpeta, repasó unas acuarelas hechas a la sepia, extrajo una. Condwiramurs la reconoció al instante.

—¿La audiencia de Loc Grim?

—Por supuesto. El doble es presentado en el palacio imperial. Emhyr finge que se deja engañar, pone buena cara al mal tiempo. Éstos son, mira, los embajadores de los reinos del norte, para los que se interpreta este espectáculo. Aquí contemplamos a los duques nilfgaardianos para los que era una afrenta el que el emperador rechazara a sus hijas, despreciara las ofertas de alianzas. Ansiosos de venganza, susurran, apiñados los unos hacia los otros, rumian ya traiciones y muerte. La muchacha está de pie, con la cabeza inclinada, el artista, para acentuar el misterio, la embutió en un pañizuelo que le cubría los rasgos de la cara.

» Y nada más sabemos sobre la falsa Ciri —continuó al cabo la hechicera—. Ninguna de las versiones de la leyenda describe lo que le sucedió después al doble.

—Habría que imaginarse, sin embargo —dijo Condwiramurs con acento triste—, que la suerte de la muchacha no fue para dar envidia. Cuando Emhyr consiguió el original, y sabemos que lo consiguió, se libró de la falsificación. Cuando soñé, no percibí tragedia y, de hecho, debiera haber sentido algo si… Por otro lado, lo que veo en sueños no tiene por qué ser verdad. Como todo ser humano, sueño ilusiones. Deseos. Nostalgias… Y miedos.

—Lo sé.

Discutieron hasta la hora de la comida, examinando carpetas y fascículos de

grabados. La pesca se le debía de haber dado bien al Rey Pescador, porque para almorzar había salmón a la parrilla. Para cenar también.

Condwiramurs durmió mal por la noche. Había comido demasiado. No había soñado nada. Estaba un tanto enfurecida y avergonzada por ello, pero Nimue no mostró preocupación alguna. *Tenemos tiempo*, dijo. *Tenemos todavía muchas noches*.

La torre de Inis Vitre tenía varios cuartos de baño, bastante lujosos, de claros mármoles y brillante hojalata, calentados por un hipocausto que se encontraba en algún lugar del sótano. Condwiramurs no sentía embarazo de ocupar los baños durante horas, pero también se encontraba a veces con Nimue en la sauna, una pequeña cabaña de madera con un desembarcadero que salía hacia el lago. Mojadas, respirando el vapor que exhalaban las piedras regadas con agua, se sentaban ambas en unos banquitos, golpeándose de buena gana con unas escobillas de abedul mientras un sudor salado les corría hasta los ojos.

—Si no he entendido mal —Condwiramurs se limpió el rostro—, mi práctica en Inis Vitre consistirá en soñar todos los huecos de las leyendas sobre el brujo y la bruja, ¿no?

—Has entendido bien.

—¿De día, a base de contemplar grabados y discutir, tengo que cargarme para soñar, para que en la noche pueda soñar una versión verdadera, desconocida para todo el mundo, de estos acontecimientos?

Esta vez Nimue no consideró necesario confirmarlo. Tan sólo se atizó unas cuantas veces con la escobilla, se levantó y vertió agua sobre las piedras ardientes. El vapor borboteó, su calor les privó de aliento por un segundo.

Nimue se echó por encima el resto del agua del balde. Condwiramurs admiró su figura. Aunque era pequeña, la hechicera era de proporcionada constitución. Las formas y tactos de su piel podían muy bien ser la envidia de una veinteañera. Condwiramurs, por no ir más lejos, tenía veinticuatro años. Y la envidiaba.

—Pero incluso si sueño algo —continuó, limpiándose de nuevo el rostro sudoroso—, ¿cómo vamos a estar seguras de que he soñado la versión verdadera? Ciertamente, no sé…

—De esto hablaremos luego —le cortó Nimue—. Fuera. Estoy ya harta de estar sentada en esta olla. Vamos a refrescarnos. Y luego hablaremos.

Aquello también era parte del ritual. Salieron corriendo de la sauna, con sus pies desnudos repiqueteando sobre las tablas del desembarcadero, luego saltaron al lago, lanzando fieros chillidos. Una vez que se hubieron remojado, se subieron al desembarcadero, se escurrieron los cabellos.

El Rey Pescador, alarmado por los chapoteos y los chillidos, miró desde su bote, las vio, haciéndose sombra en los ojos con la mano, pero al momento se dio

la vuelta y se afanó de nuevo en sus aparejos de pesca. Condwiramurs consideró aquel comportamiento como insultante y reprensible. Su opinión acerca del Rey Pescador había cambiado bastante cuando advirtió que el tiempo que no pasaba pescando lo dedicaba a la lectura. Iba con el libro hasta al retrete y se trataba nada más y nada menos que del *Speculum aureum*, obra seria y difícil. Así que si bien era cierto que en los primeros días en Inis Vitre Condwiramurs se había asombrado un tanto de las inclinaciones de Nimue, ya hacía mucho que había dejado de hacerlo. Estaba claro que el Rey Pescador sólo era zafio y patán en apariencia. Era una comedia para preservar su seguridad.

Por eso mismo, pensó Condwiramurs, *es un insulto y una afrenta imperdonable el volverse hacia las cañas y los cebos cuando por el desembarcadero desfilan dos mujeres desnudas, con unos cuerpos dignos de ninfas de los que los ojos no debieran poder apartarse*.

—Si sueño algo —volvió al tema mientras se secaba los pechos con una toalla —, ¿qué garantía tendremos de que se trata de la versión verdadera? Conozco todas las versiones literarias de la leyenda, desde *Medio siglo de poesía*, de Jaskier, hasta *La dama del lago*, de Andrés Ravix. Conozco al reverendo Jarre, conozco todos los trabajos científicos sobre el tema, por no hablar de las versiones populares. Todas estas lecturas han dejado su huella, no soy capaz de eliminar esto de mis sueños. ¿Hay alguna posibilidad de traspasar la ficción y soñar la verdad?

—La hay.

—¿Cuánta?

—La misma que tiene el Rey Pescador. —Nimue, con un movimiento de cabeza, señaló a la barca en el lago—. Tú misma ves que echa sus anzuelos sin descanso. Saca yerbas, raíces, tocones sumergidos, troncos, botas viejas, ahogados y el diablo sabe qué más. Pero de vez en cuando pesca algo.

—Feliz pesca, entonces —suspiró Condwiramurs mientras se vestía—. Echemos el anzuelo y a pescar. Busquemos las verdaderas versiones de la leyenda, rajemos la tapicería y el forro, golpeteemos el cofre en busca de un falso fondo. Pero, ¿y si no hay falso fondo? Con todos mis respetos, Nimue, no somos los primeros en esta pesquera. ¿Qué posibilidad tenemos de que algún pormenor o detalle haya escapado a los batallones de expertos que han pescado aquí antes de nosotros? ¿De que nos hayan dejado siquiera un pececillo?

—Lo han dejado —afirmó Nimue con convicción, al tiempo que se retorcía los cabellos mojados—. Lo que ellos mismos no sabían lo emparedaron entre fábulas y palabras bonitas. O lo cubrieron de silencio.

—¿Por ejemplo?

—La estancia invernal del brujo en Toussaint, por no ir más lejos. Todas las versiones de la leyenda tratan este episodio con una corta frase: «Los héroes pasaron el invierno en Toussaint». Incluso Jaskier, que dedicó dos capítulos a sus

andanzas en este condado, resulta sorprendentemente enigmático en lo que respecta al brujo. ¿No merece la pena enterarse de lo que sucedió aquel invierno? ¿Después de la huida de Belhaven y del encuentro con el elfo Avallac'h en el complejo subterráneo de Tir ná Béa Arainne? ¿Después de la escaramuza de Caed Myrkvid y de la aventura de los druidas? ¿Qué hizo el brujo en Toussaint desde octubre hasta enero?

—¿Qué hizo? ¡Invernar! —bufó la adepta—. Antes del deshielo no podía cruzar el paso, por eso invernó y se aburrió. No es de extrañar que los autores posteriores apañaran ese fragmento tan aburrido con un lacónico: «Pasó el invierno». Mas, si se necesita, pues intentaré soñar algo. ¿Tenemos algún cuadro o algún dibujo?

Nimue sonrió.

—Tenemos incluso un dibujo dentro de un dibujo.

El fresco rupestre presentaba una escena de caza. Unos hombrecillos que portaban arcos y lanzas pintados con un negligente trazo de pincel daban feroces saltos persiguiendo a un bisonte grande de color violeta. El bisonte tenía en los costados rayas como de tigre y sobre sus retorcidos cuernos se alzaba algo que recordaba a una libélula.

—Así que ésta es la pintura. —Regis sacudió la cabeza—. Pintada por el elfo Avallac'h. Un elfo que sabía mucho.

—Sí —dijo Geralt con sequedad—. Ésta es la pintura.

—El problema radica en que en estas cuevas que hemos explorado concienzudamente no hay ni rastro ni de elfos ni de las otras criaturas que mencionaste.

—Estaban aquí. Ahora se han escondido. O se han ido.

—Eso es un hecho indudable. No te olvides, te concedieron audiencia sólo gracias a la disposición de la flaminica. Seguramente pensaron que con una audiencia bastaba. Después de que la flaminica rechazara colaborar categóricamente, de verdad que no sé qué más puedes hacer. Llevamos todo el día vagando por estas cuevas. No puedo librarme de la sensación de que lo hemos hecho para nada.

—Yo tampoco puedo librarme de esa sensación —dijo el brujo con amargura—. No entiendo a los elfos. Pero por lo menos ya sé por qué la mayoría de los humanos no tienen mucha simpatía por los elfos. Porque resulta difícil librarse de la sensación de que se burlan de nosotros. En todo lo que hacen, lo que dicen, lo que piensan, los elfos se burlan de nosotros, se mofan. Nos escarnecen.

—El antropomorfismo habla por tu boca.

—Puede que un poco. Pero queda la sensación.

—¿Qué hacemos?

—Volvamos a Caed Myrkvid, a ver a Cahir, al que sin duda los druidas ya habrán curado su cabeza escalpada. Luego nos subiremos al caballo y usaremos de la invitación de la condesa Anna Henrietta. No pongas esa cara, vampiro. Milva tiene una costilla quebrada, Cahir la testa rota, un poco de descanso en Toussaint les vendrá bien a ambos. También habrá que sacar a Jaskier del lío en que se ha metido, porque me temo que se ha metido en uno bueno.

—En fin —suspiró Regis—, que así sea. Tendré que mantenerme lejos de los espejos y los perros, tener cuidado con los hechiceros y los telépatas… Y si pese a todo me desenmascararan, cuento contigo.

—Puedes contar conmigo —respondió Geralt, serio—. No te abandonaré en la necesidad. Amigo.

El vampiro sonrió y, como estaban solos, con toda su ristra de colmillos.

—¿Amigo?

—El antropomorfismo habla por mi boca. Venga, salgamos de esta gruta, amigo. Porque lo único que vamos a encontrar aquí va a ser un reuma.

—Lo único. A no ser que… ¿Geralt? Tir ná Béa Arainne, la necrópolis élfica, de acuerdo con lo que viste, está al otro lado de la pintura rupestre, al otro lado de esta pared… Se podría llegar allí si… Bueno, sabes. Si se destrozara esto. ¿No has pensado en ello?

—No. No he pensado.

El Rey Pescador había vuelto a tener suerte, porque para la cena tenían salvelino ahumado. El pescado estaba tan rico que la lección se fue al garete. Otra vez Condwiramurs comió demasiado.

A Condwiramurs se le repetía el salvelino ahumado. *Es hora de ir a dormir*, pensó, cuando se sorprendió a sí misma pasando por segunda vez las páginas del libro maquinalmente, sin percibir su contenido. *Es hora de ir a dormir*.

Bostezó, puso el libro a un lado. Arregló el almohadón, pasando de la posición de lectura a la de descanso. Apagó la lámpara con un hechizo. Al instante la habitación se sumió en unas tinieblas impenetrables y densas como melaza. Las pesadas cortinas de terciopelo estaban apretadas a conciencia, la adepta ya sabía que soñaba mucho mejor en las tinieblas. *¿Qué elegir?*, pensó, estirándose y retorciéndose entre las sábanas. *¿Ir a una fuente oniródica o probar a anclar?*

Pese a sus orgullosas declaraciones, las soñadoras no recordaban ni la mitad de sus sueños proféticos, una parte significativa de ellos se quedaba en la mente de las onirománticas como un galimatías de imágenes, colores cambiantes y formas como de caleidoscopio, infantil juguete de espejos y cristalillos. No era tan grave; si las imágenes carecían de todo orden y hasta de la apariencia de

tener sentido, se podía entonces tranquilamente pasarlas por alto y seguir con el orden del día. Algo así como: si no me acuerdo, quiere decir que no merece la pena recordar. En el argot de las soñadoras a estos sueños se los llamaba «chuminadas».

Pero algo peor y más vergonzante era el «fantasma», los sueños de los que las soñadoras recordaban tan sólo fragmentos, únicamente retazos de sentido, sueños tras los que por la mañana sólo quedaban sentimientos confusos de señales recibidas. Si además el «fantasma» se repetía, podía estarse seguro de que se tenía que ver con un sueño de significativo valor oniródico. Entonces la soñadora, mediante la concentración y la autosugestión, intentaba obligarse a soñar de nuevo, esta vez de forma más completa, un «fantasma» concreto. Los mejores resultados los daba el método de obligarse a dormir otra vez nada más despertarse: se llamaba a esto «enganchar». Si el sueño no se dejaba «enganchar», quedaba intentar producir de nuevo una visión dada durante una de las siguientes sesiones mediante concentración y meditación. Una programación así llevaba por nombre «anclarse». Después de doce noches en la isla, Condwiramurs tenía ya tres listas, tres grupos de sueños. Había una lista de éxitos dignos de orgullo, una lista de «fantasmas» que la soñadora había «enganchado» o «anclado» con éxito. Entre ellos estaba el sueño sobre la rebelión de la isla de Thanedd, así como el viaje del brujo y su grupo bajo una tormenta de nieve por el paso de Malheur, y bajo lluvias primaverales por húmedos caminos en el valle de Sudduth. Había —y la adepta no se lo había reconocido a Nimue— una lista de fracasos, de sueños que pese a todos los esfuerzos seguían siendo un enigma. Y había una lista de trabajo, una lista de sueños que esperaban su turno. Y había un sueño, extraño, pero muy agradable, que volvía en retazos y fragmentos, en sonidos inexpresables y toques de terciopelo.

Un sueño agradable y tierno.

Bueno, pensó Condwiramurs. *Que así sea.*

—Resulta que sé lo que estuvo haciendo el brujo durante el invierno en Toussaint.

—Vaya, vaya. —Nimue apartó la vista por encima de los oculares del grimorio encuadernado en piel que estaba valorando—. ¿Así que al final has soñado algo?

—¡Y cómo! —dijo emocionada Condwiramurs—. ¡Lo soñé! El brujo Geralt y una mujer de cabellos negros cortos y ojos verdes. No sé quién podía ser. ¿Quizá la condesa acerca de la que escribe Jaskier en sus memorias?

—No debes de haber leído con atención —la enfrió un tanto la hechicera—. Jaskier describe a la condesa Anarietta con todo detalle, y otras fuentes confirman que tenía los cabellos, cito, de color castaño, brillantes, una aureola

parecida al oro.

—Así que no es ella —estuvo de acuerdo la adepta—. Mi mujer era morena. Como este carbón, de verdad. Y el sueño era… hummm… interesante.

—Te escucho con atención.

—Estaban hablando. Pero no se trataba de una conversación normal.

—¿Qué era lo extraordinario?

—La mayor parte del tiempo ella sujetaba sus piernas en los hombros de él.

—Dime, Geralt, ¿crees en el amor a primera vista?

—¿Y tú crees?

—Creo.

—Ahora ya sabes lo que nos ha unido. Los opuestos que se atraen.

—No seas cínico.

—¿Por qué? Al parecer el cinismo es señal de inteligencia.

—No es cierto. El cinismo, pese a toda su aura de pseudointeligencia, es repulsivamente falso. Yo no soporto las falsedades. Hablando del diablo… Dime, brujo, ¿qué es lo que más te gusta de mí?

—Esto.

—Pasas del cinismo a la trivialidad y la banalidad. Intenta otra vez.

—Lo que más amo de ti es tu razón, tu inteligencia y tu profundidad interior. Tu independencia y libertad, tu…

—No entiendo de dónde sacas tanto sarcasmo.

—No era sarcasmo, era una broma.

—No aguanto tales bromas. Especialmente cuando no vienen a cuento. Todo, querido mío, tiene su tiempo, y bajo el cielo todo tiene asignada su hora. Hay tiempo para callar y tiempo para hablar, tiempo para llorar y tiempo para reír, tiempo para sembrar y tiempo para coger, perdón, recoger, tiempo para bromas y tiempo para la seriedad…

—¿Y tiempo para las caricias y tiempo para evitarlas?

—¡Bah, no te lo tomes tan a pecho! Tómalo más bien como que ahora es el tiempo para los cumplidos. Amarse sin cumplidos destroza mi fisiología, y la fisiología está hecha polvo. ¡Hazme cumplidos!

—Nadie, desde el Yaruga hasta el Buina, tiene un culo tan bonito como el tuyo.

—Y ahora vas y me comparas con no sé qué barbáricos ríos del norte. Dejando a un lado la calidad de la metáfora, ¿no podías haber dicho de Alba hasta Velda? ¿O bien de Alba hasta Sansretour?

—Nunca he estado en Alba. Intento evitar formas de flirteo que no se apoyen en una experiencia fáctica.

—Oh, ¿de verdad? Así que me imagino entonces que has visto y

experimentado tantos culos, ya que hablamos de ellos, que te es posible juzgar. ¿Qué, pelosblancos? ¿Cuántas mujeres tuviste antes de mí? ¿Eh? ¡Te he hecho una pregunta, brujo! No, no, déjame, quita esas zarpas, no te vas a escapar así de tener que responderme. ¿Cuántas mujeres tuviste antes de mí?

—Ninguna. Eres la primera.

—¡Por fin!

Nimue llevaba ya largo rato absorta en la contemplación de una imagen que presentaba en un sutil claroscuro a diez mujeres sentadas a una mesa.

—Una pena que no sepamos qué aspecto tenían en realidad —dijo por fin.

—¿Las grandes maestras? —bufó Condwiramurs—. ¡Pues si hay decenas de retratos suyos! Sólo en la propia Aretusa…

—He dicho en realidad —la cortó Nimue—. No me refería a imaginaciones embellecidas pintadas a base de otras imaginaciones embellecidas. No te olvides que hubo una época en la que se destruían los retratos de las hechiceras. Y a las propias hechiceras. Y luego hubo un tiempo de propaganda, en el que las maestras se vieron obligadas a provocar con su mismo aspecto respeto, admiración y un pío temor. De entonces provienen todos los *Reunión de la Logia*, todos los *Juramentos y Convenios*, lienzos y grabados que presentan una mesa y detrás de ella a diez mujeres maravillosas y encantadoramente atractivas. Pero no hay retratos auténticos, verdaderos. Excepto dos. El retrato de Margarita Laux-Antille que cuelga en Aretusa, en la isla de Thanedd, y que se salvó por un milagro del incendio, es verdadero. Y verdadero es el retrato de Sheala de Tancarville en Ensenada, en Lan-Exeter.

—¿Y el retrato de Francesca Findabair pintado por un elfo y que cuelga en la pinacoteca de Vengerberg?

—Una falsificación. Cuando se abrió la Puerta y se fueron los elfos, se llevaron con ellos o destruyeron todas las obras de arte, no dejaron ni un solo cuadro. No sabemos si la Margarita de Dolin era en verdad tan hermosa como dice la leyenda. En general, no sabemos qué aspecto tenía Ida Emean. Y dado que en Nilfgaard se destruyeron las imágenes de las hechiceras de forma muy concienzuda y meticulosa, no tenemos ni idea del aspecto verdadero de Assire var Anahid ni de Fringilla Vigo.

—Sin embargo, pongámonos de acuerdo y aceptemos —Condwiramurs suspiró— que tenían todas precisamente ese aspecto, como las retrataron después. Dignas, altaneras, clementes y sabias, cautelosas, honestas y nobles. Y hermosas, cautivadoramente hermosas… Aceptémoslo. Entonces, como que resulta más fácil vivir.

Las tareas diarias en Inis Vitre asumieron características de una rutina algo aburrida. El análisis de los sueños de Condwiramurs, que comenzaba con el desayuno, continuaba por lo común hasta el mediodía. La adepta pasaba el tiempo entre el mediodía y la comida paseando, lo que rápidamente se convirtió también en una rutina aburrida. No había de qué asombrarse. En una hora se podían dar dos vueltas a la isla, contemplando al mismo tiempo cosas tan interesantes como granito, pinos enanos, arena, almejas y gaviotas. Después de la comida y de una larga siesta, comenzaban las discusiones, el repasar los libros, legajos y manuscritos, el contemplar las imágenes, gráficos y mapas. Y eternas disputas que duraban hasta bien entrada la noche sobre las relaciones mutuas entre leyenda y verdad…

Y luego las noches y los sueños. Sueños diversos. El celibato se hacía notar. En vez de soñar con los enigmas de la leyenda del brujo, a Condwiramurs se le aparecía en sueños el Rey Pescador en las situaciones más diversas, desde las extremadamente no eróticas hasta las considerablemente eróticas. En los sueños extremadamente no eróticos el Rey Pescador la arrastraba detrás de su bote atada a una cuerda. Remaba despacio y perezoso, así que ella se hundía en el lago, se atosigaba, se ahogaba y para colmo estaba llena de un miedo terrible, sentía que desde el fondo del lago se elevaba y subía hacia la superficie algo horroroso, algo que quería tragar el cebo que iba atado a la barca y que era ella. Ya la iba a agarrar, cuando el Rey Pescador le daba con fuerza a los remos y la sacaba del alcance de las mandíbulas del monstruo invisible. Al arrastrarla, se atosigaba y entonces se despertaba.

En los sueños indiscutiblemente eróticos se encontraba de rodillas en el fondo de una destartalada barca, agarrada a la borda, y el Rey Pescador la sujetaba por el cuello y la jodía con entusiasmo, gruñendo carraspeando y escupiendo. Aparte de un placer físico, Condwiramurs sentía una aprensión que le helaba las entrañas: ¿qué pasaría si Nimue les pillaba? De pronto, en el agua del lago veía la desaliñada y amenazadora figura de la pequeña hechicera… y se despertaba, bañada en sudor.

Entonces se levantaba, abría la ventana, se refrescaba con el aire de la noche, con el brillo de la luna que brotaba de la niebla del lago.

Y seguía soñando.

La torre de Inis Vitre tenía una terraza apoyada en columnas, colgada sobre el lago. Al principio, Condwiramurs no le prestó atención a este hecho; luego, sin embargo, comenzó a reflexionar. La terraza era extraña, porque era absolutamente inaccesible. Desde ninguno de los cuartos de la torre que ella

conocía se podía pasar a aquella terraza. Consciente de que la sede de una hechicera no podía existir sin tales anomalías, Condwiramurs no hizo preguntas. Incluso entonces, cuando paseando por la orilla del lago veía a Nimue contemplándola desde la terraza. Inaccesible, por lo que se veía, sólo para los indeseables y profanos.

Un poco enfadada porque se la consideraba profana, bostezó e hizo como que no pasaba nada. Pero no tardó mucho en desvelarse el secreto.

Fue después de que le asaltaran una serie de sueños provocados por las acuarelas de Wilma Wessela. Fascinada al parecer por aquel fragmento de la leyenda, la pintora había dedicado todas sus obras al tiempo que pasó Ciri en la Torre de la Golondrina.

—Tengo sueños muy raros a causa de estas imágenes —se quejó la adepta a la mañana siguiente—. Sueño con… cuadros. No situaciones, ni escenas, sino cuadros. Ciri en las almenas de la torre… Una escena inmóvil.

—¿Y nada más? ¿Ninguna sensación excepto las visuales?

Nimue sabía, por supuesto, que una soñadora tan dotada como Condwiramurs sueña con todos los sentidos, recibe los sueños no sólo con la vista, como la mayor parte de las personas, sino también con el oído, el tacto, el olfato, e incluso con el gusto.

—Nada. —Condwiramurs movió la cabeza—. Sólo…

—¿Sí, sí?

—Un pensamiento. Un pensamiento obstinado. Que en este lago, en esta torre, no soy señora, sino prisionera.

—Ven conmigo, por favor.

Sí, tal y como Condwiramurs se había imaginado, el paso a la terraza sólo era posible desde las habitaciones privadas de la hechicera. Unas habitaciones limpias, de un orden pedante, que olían a madera de sándalo, a mirra, lavanda y naftalina. Había que usar de unas puertecillas secretas y unos retorcidos escalones que conducían hacia abajo. Entonces se llegaba adonde había que llegar.

La habitación, a diferencia de las restantes, no tenía en las paredes revestimientos de madera ni tapices, estaba solamente pintada de blanco y por eso era muy clara. Y aún más clara, porque había allí una enorme ventana triple o, mejor dicho, puerta cristalera, que conducía directamente a la terraza que colgaba sobre el lago. Los únicos muebles de la habitación eran dos sillones, un enorme espejo de marco oval de caoba y una especie de caballete con un marco transversal en el que habían colgado un gobelino. El gobelino medía como unos cinco pies de ancho por siete de largo y alcanzaba con sus flecos el suelo.

El tapiz mostraba un acantilado rocoso sobre un lago de montaña. Un castillo enterrado en el acantilado, que parecía ser parte de la pared de piedra. Un castillo que Condwiramurs conocía bien. De muchas ilustraciones.

—La ciudadela de Vilgefortz, el lugar donde estuvo prisionera Yennefer. El lugar donde se terminó la leyenda.

—Cierto —repuso Nimue en apariencia indiferente—. Así se terminó la leyenda. Al menos en las versiones conocidas. Conocemos precisamente esas versiones, por eso nos parece que conocemos el final. Ciri escapó de la Torre de la Golondrina, donde, como has soñado, estaba prisionera. Cuando se dio cuenta de lo que querían hacer con ella, huyó. La leyenda da muchas versiones de esa fuga…

—A mí —la interrumpió Condwiramurs— la que más me gusta es ésa de los objetos arrojados tras de sí. Un peine, una manzana y un pañuelo. Pero…

—Condwiramurs.

—Perdón.

—Como he dicho, hay muchas versiones de la huida. Pero todavía sigue sin estar claro de qué forma Ciri fue directa desde la Torre de la Golondrina hasta el castillo de Vilgefortz. Si no puedes soñar con la Torre de la Golondrina, entonces intenta soñar con el castillo. Contempla atentamente este gobelino… ¿Me escuchas?

—Este espejo… Es mágico, ¿verdad?

—No. Me quito los granos delante de él.

—Perdón.

—Es un Espejo de Hartmann —le aclaró Nimue, al ver la nariz arrugada y el gesto enfadado de la adepta—. Si quieres, puedes mirar. Pero ten cuidado, por favor.

—¿Es verdad —preguntó Condwiramurs con la voz temblorosa por la excitación— que con el Hartmann se puede pasar a otros…?

—¿… mundos? Verdad. Pero no al pronto, no sin preparación, meditación, concentración y otro buen montón de cosas. Al recomendarte cuidado me refería a algo distinto.

—¿A qué?

—Funciona en las dos direcciones. También puede salir algo del Hartmann.

—Sabes, Nimue… Cuando miro este gobelino…

—¿Has soñado?

—He soñado. Pero algo muy raro. A vista de pájaro. Era un pájaro… Vi también el castillo desde el exterior. No pude entrar al interior, algo defendía la entrada.

—Mira el gobelino —le ordenó Nimue—. Mira la ciudadela. Mira con atención, concentra tu atención en cada detalle. Concéntrate mucho, graba con fuerza esta imagen en tu memoria. Quiero que, si consigues llegar allí en sueños, pases al interior. Es importante que entres allí.

En el exterior, tras de los muros del castillo, debía de soplar una ventolera del demonio, en el hogar de la chimenea el fuego hasta aullaba, devorando muy deprisa el leño. Yennefer gozaba del calor. Su prisión actual era, cierto, infinitamente más cálida que el agujero húmedo en el que había pasado unos dos meses, pero de todos modos tampoco allí los dientes se quedaban parados los unos encima de los otros. En la mazmorra había perdido por completo el sentido del tiempo, tampoco se había preocupado nadie de informarle de la fecha, pero estaba segura de que era invierno, diciembre y puede que hasta enero.

—Come, Yennefer —dijo Vilgefortz—. Come, por favor, no te sientas incómoda.

La hechicera no pensaba sentirse incómoda por nada del mundo. Si estaba dando cuenta del pollo muy despacio y más bien desmañadamente, sólo era porque sus dedos apenas cicatrizados todavía estaban torpes y rígidos y le era difícil sujetar el cuchillo y el tenedor. Y no quería comer con las manos, anhelaba mostrar su superioridad a Vilgefortz y al resto de los comensales, invitados del hechicero. No conocía a ninguno de ellos.

—Con verdadera pena tengo que notificarte —dijo Vilgefortz, acariciando con los dedos el pie de la copa— que Ciri, tu pupila, se ha despedido de este mundo. La culpa de ello la tienes solamente tú, Yennefer. Y tu resistencia sin sentido.

Uno de los invitados, un hombre bajo y de cabellos oscuros, estornudó con fuerza, se limpió los mocos en un pañuelo de batista. Tenía la nariz hinchada, rojiza e innegablemente congestionada.

—Salud —dijo Yennefer, que no se había alterado en absoluto por las rabiosas palabras de Vilgefortz—. ¿Cómo es que estáis tan terriblemente resfriado, noble señor? ¿Había corriente mientras os bañabais?

Otro invitado, más viejo, grande, delgado, de horribles ojos pálidos, se echó a reír. Por su parte, el del resfriado, aunque el rostro se le arrugó de rabia, dio las gracias a la hechicera con un ademán de cabeza y una corta y acatarrada frase. Aunque no tan corta como para que no se le notara el acento nilfgaardiano.

Vilgefortz volvió el rostro hacia ella. No llevaba ya en la cabeza la estructura dorada ni tampoco la lente de cristal en la órbita ocular, pero tenía un aspecto todavía peor que entonces, en el verano, cuando lo vio mutilado por vez primera. El glóbulo ocular izquierdo, regenerado, ya funcionaba, aunque significativamente peor que el derecho. Su aspecto era para cortar el aliento.

—Tú, Yennefer —dijo arrastrando las palabras—, piensas seguramente que miento, que te engaño, que intento pegártela. ¿Con qué objetivo habría de hacer tal cosa? Me he conmovido tanto con la noticia de la muerte de Ciri como tú, qué digo, incluso más que tú. Al fin y al cabo, tenía esperanzas muy concretas relacionadas con la muchacheja, había trazado planes que iban a decidir sobre

mi futuro. Ahora la muchacha está muerta y mis planes se han venido abajo.

—Eso está bien. —Yennefer, sujetando con gran esfuerzo el cuchillo en sus dedos rígidos, cortaba un filete relleno de ciruelas.

—A ti, sin embargo —continuó el hechicero, sin prestar atención al comentario—, te unía a Ciri exclusivamente un sentimentalismo tonto, que se componía a partes iguales de la pena producida por tu propia infertilidad y tu sentimiento de culpabilidad. ¡Sí, sí, Yennefer, sentimiento de culpabilidad! Al fin y al cabo participaste activamente en el cruce de parejas, en el proceso de cría por el que la pequeña Ciri vino al mundo. Y trasladaste tus sentimientos al fruto de los experimentos genéticos, un experimento para colmo fracasado. Puesto que a los experimentadores les faltaba conocimiento.

Yennefer le saludó en silencio alzando la copa, mientras rogaba en su interior para que no se le cayera de los dedos. Poco a poco estaba llegando a la conclusión de que al menos dos de ellos los iba a tener rígidos durante mucho tiempo. Quizá permanentemente. Vilgefortz se enfureció con su gesto.

—Ahora ya es demasiado tarde, ya ha pasado —dijo, con los dientes apretados—. Has de saber sin embargo, Yennefer, que yo tenía conocimientos suficientes. Y si tuviera a la muchacha, haría uso de este conocimiento. De hecho, laméntate, hubiera acrecentado tu mutilado sucedáneo de instinto maternal. Porque aunque seca y estéril como una piedra, hubieras tenido por mi mano no sólo hija, sino hasta nieta. O al menos un sucedáneo de nieta.

Yennefer bufó despectivamente, aunque en su interior ardía de rabia.

—Con la mayor pena tengo que aguar tu buen humor, querida mía —dijo con voz fría el hechicero—. Porque creo que te entristecerá la noticia de que tampoco vive el brujo Geralt de Rivia. Sí, sí, el mismo brujo Geralt, con el que, del mismo modo que con Ciri, te unía una parodia de sentimiento, un sentimiento ridículo, tonto y meloso hasta la náusea. Has de saber, Yennefer, que nuestro querido brujo se despidió de este mundo de una forma verdaderamente espectacular y brillante. Sin embargo, en este caso no tienes que tener remordimiento alguno. No eres culpable de la muerte del brujo ni en lo más mínimo. Toda la culpa me pertenece. Prueba las peras en almíbar, son en verdad excelentes.

En los ojos violeta de Yennefer ardía un frío odio. Vilgefortz se rió.

—Así me gustas —dijo—. Cierto, si no fuera por los brazaletes de dwimerita, seguro que me convertías en cenizas. Pero la dwimerita funciona, así que sólo me puedes fulminar con la mirada.

El del constipado estornudó, se sonó los mocos y se puso a toser hasta que se le saltaron las lágrimas. El alto miraba a la hechicera con su desagradable mirada de pez.

—¿Y dónde está don Rience? —preguntó Yennefer, acentuando las palabras —. Don Rience, que me había prometido tantas cosas, y me había dicho lo que

iba a hacer conmigo. ¿Y dónde don Schirrú, que no dejaba escapar ocasión para patearme y darme coces? ¿Por qué los guardianes, que no hace mucho eran patanes y brutales, han comenzado a comportarse con un respeto asustado? No, Vilgefortz, no tienes que contestar. Lo sé. Lo que has contado es una mentira de las gordas. Ciri se te ha escapado y Geralt se te ha escapado, organizando al mismo tiempo una buena carnicería entre tus esbirros. ¿Y ahora qué? Tus planes se han venido abajo, se han convertido en polvo, tú mismo lo has reconocido, tus sueños de poder se han desvanecido como el humo. Y los hechiceros y Dijkstra se van acercando, acercando. No sin causa y no por piedad has dejado de torturarme y de intentar obligarme a escanear. Y el emperador Emhyr está apretando la red y está con toda seguridad enfadado, muy enfadado. ¿Ess a tearth, me tiarn? ¿A'pleine a cales, ellea?

—Hablo la común —dijo el del resfriado, manteniéndole la mirada—. Y me llamo Stefan Skellen. Y por lo menos, por lo menos no tengo los calzoncillos cagados. Incluso me sigue pareciendo que estoy en mejor situación que tú, doña Yennefer.

El discurso lo cansó, se echó a toser de nuevo y se sonó los mocos en el paño de batista que estaba ya completamente mojado.

—Basta de juegos —dijo Vilgefortz, entornando macabramente su ojo en miniatura—. Sabes, Yennefer, ya no me eres necesaria. En realidad debería mandar meterte en un saco y hacerte ahogar en el lago, pero suelo echar mano de tales métodos con el mayor de los desagrados. Hasta el momento en que las circunstancias me permitan o me obliguen a tomar otra decisión, se te mantendrá aislada. Te advierto, sin embargo, que no te permitiré que me causes problemas. Si de nuevo te decides por una huelga de hambre, has de saber que no voy a perder el tiempo, como en noviembre, en alimentarte por un tubo. Simplemente dejaré que te mueras. Y en caso de intento de fuga, las órdenes de los guardianes son bien claras. Y ahora, vete. Naturalmente, si has satisfecho ya tu…

—No. —Yennefer se levantó, lanzó la servilleta con fuerza contra la mesa—. Quizá todavía comería algo, pero la compañía me ha quitado el apetito. Adiós, señores.

Stefan Skellen estornudó y se echó a toser. El de los ojos pálidos la midió con una mirada de enfado y sonrió siniestro. Vilgefortz miraba a un lado. Como de costumbre cuando la trasladaban de una prisión a otra, Yennefer intentó orientarse, saber dónde estaba, conseguir siquiera una pizca de información que le pudiera ayudar a preparar la fuga. Y cada vez terminaba en fracaso. El castillo no tenía ventana alguna a través de la que pudiera observar el terreno que la rodeaba o siquiera el sol para intentar establecer en qué parte del mundo estaban. La telepatía era imposible, dos pesados brazaletes de dwimerita anulaban eficazmente todo intento de uso de la magia. La habitación en la que se la había encerrado era fría y severa como la celda de un ermitaño. Sin embargo,

Yennefer recordaba el feliz día en que la habían llevado allí desde la mazmorra. Desde el sótano, en cuyo fondo siempre había un charco de agua apestosa, y de las paredes manaba salitre y sal. Del sótano en el que le daban de comer las sobras, en el que las ratas le arrancaban pedacitos de los dedos mutilados sin esfuerzo alguno. Cuando al cabo de unos dos meses le quitaran las cadenas y la sacaron de allí, le permitieron cambiarse de ropa y bañarse, Yennefer no cabía en sí de gozo. La habitacioncilla adonde la llevaron le parecía el dormitorio de un rey y la pasta aguada que se le servía, sopa de nido de golondrinas, digna de la mesa de un emperador. Cosa clara, al cabo de algún tiempo la sopa devino aguachirle repugnante, el duro catre, duro catre, y la prisión, prisión. Una prisión estrecha, fría, en la que al cabo de cuatro pasos se topaba uno con la pared.

Yennefer maldijo, suspiró, se sentó en el taburete que era, aparte del catre, el único mueble del que disponía.

Él entró con tal silencio que ella casi no lo oyó.

—Me llamo Bonhart —dijo—. Estaría bien que recordaras este nombre, bruja. Que te lo grabaras bien en tu memoria.

—Anda y que te follen, cerdo.

—Soy —dijo rechinando los dientes— cazador de hombres. Sí, sí, pon la oreja, hechicera. En septiembre, hace tres meses, en Ebbing, cacé a tu bastarda. La misma Ciri de la que tanto aquí se habla.

Yennefer puso la oreja. *Septiembre. Ebbing. La cazó. Pero no está aquí. ¿No estará mintiendo*?

—La brujilla de cabellos grises entrenada en Kaer Morhen. La ordené luchar en la arena, matar gente bajo los gritos del público. Poco a poco la convertí en bestia. La enseñé con el palo, los puños y las botas. La enseñé largo tiempo. Pero se me escapó, culebra de ojos verdes.

Yennefer suspiró aliviada imperceptiblemente.

—Se me escapó al otro mundo. Pero nos volveremos a ver. Estoy seguro de que nos volveremos a ver. Sí, hechicera. Y si algo lamento, sólo es que a ese tu amorcito, el brujo, el tal Geralt, lo hayan frito en la lumbre. Hubiera gustado de darle a probar mi hoja, maldito mutante.

Yennefer bufó.

—Escucha, tú, Bonhart o como te llames. No me hagas reír. Tú no le llegas al brujo ni a los talones. No te puedes ni comparar con él. En nada. Eres, como has reconocido, un lacero y un cazaperros. Pero eres bueno sólo para los perros chicos. Para perros muy chicos.

—Mira aquí, arpía.

Con un brusco movimiento se despechugó el jubón y la camisa y sacó tres medallones de plata, haciendo sonar las cadenas. Uno de los medallones tenía la forma de una cabeza de gato, el otro de águila o de grifo. No podía ver claramente el tercero, pero le parecía que era un lobo.

—Los mercadillos están llenos de cosas como ésas. —Bufó de nuevo, intentando aparentar indiferencia.

—Éstos no son de un mercadillo.

—Lo que tú digas.

—Érase una vez —dijo Bonhart con voz sibilina— que la gente de orden tenía más miedo a los brujos que a los monstruos. Los monstruos, al fin y al cabo, vagaban por bosques y cuevas, los brujos empero tenían la desfachatez de andar por las calles, de entrar a las tabernas, rondar junto a los santuarios, ministerios, escuelas y parques. La gente de orden tenía esto, y con razón, por algo escandaloso. Así que anduvieron buscando a alguien que pudiera poner coto a los desvergonzados brujos. Y lo encontraron. No fácilmente, ni pronto, ni cerca. Pero lo encontraron. Como ves, llevo tres. Ni un solo mutante más se ha vuelto a acercar por estos andurriales ni ha molestado a las gentes de orden con su vista. Y si apareciera, lo despacharía lo mismo que a los anteriores.

—¿Durante el sueño? —Yennefer frunció el ceño—. ¿Con una ballesta, desde detrás de una ventana? ¿O envenenándolo?

Bonhart guardó los medallones bajo la camisa, dio dos pasos hacia ella.

—Me insultas, arpía.

—Eso es lo que quería.

—¿Ah, sí? Pues ahora te voy a enseñar, so perra, que puedo competir con tu amante el brujo en cualquier campo, e incluso hasta ser mejor que él.

Los guardianes que estaban delante de la puerta dieron incluso un respingo cuando escucharon en la celda un estruendo, un chasquido, aullidos y un gañido. Y si los guardianes hubieran tenido la ocasión de haber oído antes en algún momento en su vida a una pantera atrapada en una trampa, jurarían que en la celda había una pantera. Luego les llegó un terrible rugido que parecía igualito, igualito que el de un león herido, algo que al fin y al cabo tampoco habían oído los guardianes nunca y todo lo más lo habían visto en los escudos heráldicos. Se miraron el uno al otro. Agitaron la cabeza. Y luego entraron.

Yennefer estaba sentada en un rincón de la habitación, entre los restos del taburete. Tenía los cabellos revueltos, el vestido y la camisa rasgados de arriba abajo, sus pequeños pechos de niña se alzaban al ritmo de profundas aspiraciones. La sangre le surgía de la nariz, un moratón le crecía deprisa en el rostro, comenzaban a notarse arañazos en el brazo derecho.

Bonhart estaba sentado en otro rincón de la habitación, entre las astillas del taburete, sujetándose la sien con las dos manos. También a él le salía sangre por la nariz, coloreando sus mostachos grises de un profundo color carmín. Tenía el rostro marcado con sangrientos arañazos. Los dedos apenas curados de Yennefer eran una mala arma, pero los brazaletes de dwimerita tenían unos maravillosos bordes afilados. En la mejilla inflamada de Bonhart, alineados perfectamente con el hueso malar, estaban clavados muy profundamente los dos pinchos del

tenedor que Yennefer había distraído de la mesa durante la cena.

—Sólo perros chicos, lacero —jadeó la hechicera, mientras intentaba cubrirse los pechos con los restos del vestido—. Y mantente alejado de las perras. Eres demasiado débil para ellas, niñato.

No podía perdonarse a sí misma no haber acertado donde pretendía, en el ojo. Pero en fin, el objetivo se movía y, además, nadie es perfecto.

Bonhart, aullando, se levantó, se arrancó el tenedor, gritó y se tambaleó de dolor. Lanzaba terribles improperios.

Mientras tanto, dos guardias más habían entrado en la celda.

—¡Eh, vosotros! —gritó Bonhart, limpiándose la sangre del rostro—. ¡Todos aquí! ¡Tirarme a esta puta en medio del suelo, abrírmela de pies y manos y sujetarla!

Los guardias se miraron entre ellos. Y luego al techo.

—Más cuenta tiene que os vayáis, señor —dijo uno—. Aquí no habrá abrimientos ni sujetamientos. No entra dentro de nuestras obligaciones.

—Y además —murmuró otro—, no tenemos ganas de acabar como Rience o Schirrú.

Condwiramurs depositó encima del legajo el grabado en el que se veía la celda de una cárcel. En la celda había una mujer, sentada con la cabeza baja, en cadenas, sujeta a una pared de piedra.

—A ella la tenían encerrada —murmuró— y el brujo retozaba en Toussaint con una morena.

—¿Lo condenas? —le preguntó, brusca, Nimue—. ¿Sin saber prácticamente nada?

—No. No lo condeno, pero…

—No hay pero que valga. Calla la boca, por favor.

Estuvieron sentadas durante algún tiempo en silencio, repasando cartones de grabados y acuarelas.

—Todas las versiones de la leyenda —Condwiramurs señaló a uno de los grabados—, como el lugar donde se termina, donde tiene lugar el desenlace, la lucha final del bien contra el mal, el mismísimo Armagedón, mencionan el castillo de Rhys-Rhun. Todas las versiones. Excepto una.

—Excepto una. —Nimue asintió—. Excepto una versión anónima, poco conocida, a la que se llama el Libro Negro de Ellander.

—El Libro Negro afirma que el final de la leyenda tuvo lugar en la ciudadela de Stygga.

—Cierto. Y el Libro de Ellander describe también otros aspectos canónicos de la leyenda de forma bastante diferente del canon.

—Me gustaría saber —Condwiramurs alzó la cabeza— cuál de estos castillos

está representado en las ilustraciones. ¿Cuál de ellos fue tejido en tu gobelino? ¿Qué imagen es la verdadera?

—Eso no lo sabremos nunca. El castillo que vio el final de la leyenda no existe. Resultó destruido, no quedó ni rastro de él, en lo que están de acuerdo todas las versiones, incluida la del Libro de Ellander. Ninguna de las localizaciones propuestas es convincente. No sabemos y no sabremos qué aspecto tenía el castillo ni dónde estaba.

—Pero la verdad…

—Para la verdad —Nimue la interrumpió con brusquedad— precisamente esto carece de importancia. No te olvides de que no sabemos qué aspecto tenía de verdad Ciri. Pero aquí, oh, en este cartón dibujado por Wilma Wessela, en esta violenta plática con el elfo Avallac'h teniendo como fondo las macabras estatuas de niños, al fin y al cabo se trata de ella. De Ciri. De ello no cabe duda alguna.

—Pero —Condwiramurs, desafiante, no se resignaba— tu gobelino…

—Muestra el castillo en el que se desarrolla el final de la leyenda.

Guardaron silencio largo rato. Los grabados susurraban al ser pasados.

—No me gusta —habló Condwiramurs— la versión de la leyenda del Libro Negro. Es tan… tan…

—Espantosamente realista —terminó Nimue, agitando la cabeza.

Condwiramurs bostezó, cerró *Medio siglo de poesía*, en edición anotada y provista de un prólogo del profesor Everett Denhoff Junior. Arregló el almohadón, cambiando de la posición de lectura a la de descanso. Bostezó, se estiró y apagó la lámpara. La habitación se hundió en las tinieblas, quebradas tan sólo por finas agujas de luz lunar que se filtraban a través de las rendijas de las cortinas. *¿Qué elegir para esta noche*?, pensó la adepta, retorciéndose entre las sábanas. *¿Probar al azar? ¿O anclar?*

Al cabo de un instante se decidió por lo segundo.

Había un sueño confuso y repetido que no se dejaba soñar hasta el final, se esfumaba, desaparecía entre otros sueños como el hilo de una trama desaparece y se pierde entre la tela coloreada de un diseño. Un sueño que se escapaba de su memoria y pese a ello seguía obstinadamente allí.

Se quedó dormida al instante, el sueño fluyó en ella al momento. Nada más cerrar los ojos.

El cielo de la noche, sin nubes, claro a causa de la luna y las estrellas. La cima de una montaña, en sus faldas unas viñas cubiertas de nieve. El oscuro y anguloso dibujo de una construcción: muros con almenas, una torre, un único beffroi en una esquina. Dos jinetes. Ambos cabalgan hacia el espacio desierto entre los muros, ambos desmontan, ambos entran en el portal. Pero en la abertura del sótano que hay en el suelo no entra más que uno.

Uno que tiene los cabellos completamente blancos.

Condwiramurs gimió en sueños, se agitó en la cama.

El de los cabellos blancos baja por las escaleras, profundo, profundo, hacia el sótano. Atraviesa oscuros corredores, los ilumina de vez en cuando encendiendo teas provistas de un mango de hierro. El brillo de la tea baila y crea fantasmagóricas sombras por las paredes y los techos.

Pasillos, escaleras, otra vez pasillos. Una galería, una cripta grande, unas cubas junto a las paredes. Una escombrera, ladrillos destrozados. Luego un pasillo que se bifurca. En ambas direcciones, oscuridad. El de los cabellos blancos enciende otra tea. Saca la espada de una vaina a la espalda. Vacila, no sabe por qué bifurcación ha de ir. Por fin se decide por la derecha. Muy oscura, retorcida, llena de escombros.

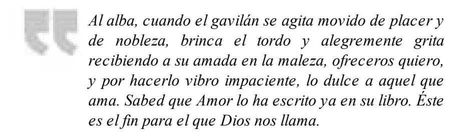
Condwiramurs gime en su sueño, un miedo cerval se apodera de ella. Sabe que el camino que ha elegido el de los cabellos blancos lo conduce hacia el peligro. Pero sabe al mismo tiempo que el de los cabellos blancos busca el peligro. Porque es su profesión.

La adepta se agita entre las sábanas, gime. Es una soñadora, sueña, está en un trance oniroscópico, de pronto es capaz de predecir lo que va a pasar dentro de un instante. *Cuidado*, quiere gritar, aunque sabe que no conseguirá gritar. *¡Cuidado, date la vuelta!*

¡Ten cuidado, brujo!

El monstruo atacó en la oscuridad, por la espalda, en silencio, con malignidad. Se materializó de pronto entre las tinieblas como un fuego que explota. Como una lengua de fuego.

Capítulo tercero



Al alba, cuando el gavilán se agita movido de placer y de nobleza, brinca el tordo y alegremente grita recibiendo a su amada en la maleza, ofreceros quiero, y por hacerlo vibro impaciente, lo dulce a aquel que ama. Sabed que Amor lo ha escrito ya en su libro. Éste es el fin para el que Dios nos llama.

Francois Villon (versión de Rubén Abel Reches)

*****

Aunque se apresuraba tanto, aunque tanta prisa tenía, tanta urgencia y tanto apremio, el brujo se quedó en Toussaint casi todo el invierno. ¿Por qué causa? No hablaré de ello. Sucedió y basta, no hay por qué andar quebrándose la cabeza. Y a aquellos que por su parte quisieran censurar al brujo, les recordaré que el amor no sólo tiene un nombre y no juzguéis y no seréis juzgados.

Jaskier, Medio siglo de poesía.

*****

Those were the… days of good hunting and good sleeping.

Rudyard Kipling

*****

El monstruo atacó desde la oscuridad, a traición, en silencio y con alevosía. Se materializó de pronto entre las tinieblas como un estallido ardiente. Como una

lengua de fuego. Geralt, aunque sorprendido, reaccionó instintivamente. Se giró en un quiebro, apretándose contra la pared de la mazmorra. La bestia pasó de largo, rebotó en el muro como una pelota, agitó las alas y volvió a saltar, siseando y abriendo su horrible pico. Pero esta vez el brujo estaba preparado.

Lanzó un corto golpe, desde el codo, apuntando al cuello, bajo un gran collarín rojo, dos veces mayor que el de un pavo. Acertó. Sintió cómo cortaba el cuerpo con la hoja de plata. El ímpetu del golpe derribó a la bestia en el suelo, junto al muro. El skoffin aulló y fue aquél un grito casi humano. Se arrojó por entre los desconchados ladrillos, agitó y movió las alas, sangrando, segando a su alrededor con una cola como un látigo. El brujo estaba seguro de que ya había terminado la lucha, pero el monstruo le dio una desagradable sorpresa. Se le echó de improviso a la garganta, lanzando horribles chirridos, mostrando las garras y chasqueando el pico. Geralt saltó, rebotó con el hombro contra la pared, lanzó un revés, desde abajo, aprovechando el impulso del rebote. Acertó. Otra vez el skoffin cayó entre los ladrillos, una sangre fétida regó la pared de la mazmorra y se derramó por ella formando un diseño de fantasía. El monstruo, golpeado en el salto, no se movía ya, tan sólo temblaba, chirriaba, estiraba el largo cuello, inflaba la garganta y agitaba el collarín. La sangre brotaba con celeridad desde los ladrillos entre los que yacía. Geralt lo podría haber rematado sin problema, pero no quería destrozar demasiado la piel. Esperó con serenidad a que el skoffin se desangrara. Se alejó unos pasos, se puso frente a la pared, se desabrochó los pantalones y echó una meada mientras silbaba una nostálgica melodía.

El skoffin dejó de chirriar, se quedó inmóvil y enmudeció. El brujo se acercó, lo tocó ligeramente con la punta de la espada. Al ver que ya había acabado todo, agarró al monstruo por la cola y lo alzó. Al sujetarlo por la base de la cola a la altura del muslo, el skoffin alcanzaba con su pico de buitre la tierra, sus alas extendidas tenían más de cuatro pies de envergadura.

—Ligero eres, gallolisco. —Geralt agitó a la bestia, que, efectivamente, no pesaba más que un pavo bien alimentado—. Ligero. Por suerte me pagan por pieza y no al peso.

—La primera vez. —Reynart de Bois-Fresnes silbó bajito entre dientes, lo que, como Geralt sabía, era la expresión de mayor asombro que podía ofrecer—. La primera vez que veo algo así con mis propios ojos. Un verdadero engendro, por mi honor, el mayor engendro de todos los engendros. ¿Así que éste es el tan famoso basilisco?

—No. —Geralt alzó al monstruo un poco más alto, para que el caballero pudiera contemplarlo mejor—. No es un basilisco. Se trata de un gallolisco.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Una esencial. El basilisco, también llamado regulo, es un reptil. Y el

gallolisco, también llamado skoffin o cocatriz, es un ornitorreptil, es decir ni del todo pájaro ni del todo lagarto. Es el único representante conocido del género que los científicos llaman ornitorreptiles, puesto que tras largas disputas llegaron a la conclusión de que…

—¿Y cuál de los dos —le interrumpió Reynart de Bois-Fresnes, al parecer sin interesarle las discusiones de los científicos— puede matar o convertir en piedra con la mirada?

—Ninguno. Eso son cuentos.

—¿Entonces por qué la gente les tiene tanto miedo? Éste no es grande. ¿De verdad es tan peligroso?

—Éste de aquí —el brujo hizo removerse a su botín— ataca por lo general por la espalda y apuntando sin error entre las vértebras o bajo el riñón izquierdo, a la aorta. Por lo general suele ser suficiente un golpe de pico. Y si se trata del basilisco, entonces da igual donde pique. Su veneno contiene la neurotoxina más potente que se conoce. Mata en cuestión de segundos.

—Brrr… Y dime, ¿a cuál de ellos se le puede liquidar con ayuda de un espejo?

—A cualquiera de los dos. Si le das con él en toda la testa.

Reynart de Bois-Fresnes se rió a carcajadas. Geralt ni sonrió, el chiste del basilisco y el espejo ya le había dejado de hacer gracia en Kaer Morhen, sus maestros ya lo habían desgastado. Tampoco le resultaban ya muy divertidos los chistes de vírgenes y unicornios. Pero el record de la estupidez y el primitivismo lo tenían en Kaer Morhen los numerosos chistes acerca de la dragona a la que el joven brujo, por una apuesta, se veía obligado a estrechar la derecha.

Sonrió. Por los recuerdos.

—Te prefiero cuando sonríes —dijo Reynart, mirándolo con mucha atención—. Mil, cien mil veces te prefiero como ahora. No como eras entonces, en octubre, después de aquella decepción en el Bosque de los Druidas, cuando íbamos a Beauclair. Entonces, permíteme decirlo, estabas triste, amargado y enojado con el mundo como un usurero al que han estafado, y para colmo, susceptible como un hombre que durante toda la noche no ha llegado a nada. Ni siquiera al amanecer.

—¿De verdad era así?

—De verdad. Así que no te asombres de que te prefiera como ahora. Cambiado.

—Terapia mediante el trabajo. —Geralt de nuevo agitó al gallolisco que tenía agarrado por la cola—. El influjo salvador de la actividad profesional sobre la psiquis. De modo que para continuar con la curación, pasemos a los negocios. Existe una posibilidad de sacar algo más del skoffin que la tarifa concertada por su muerte. No está muy dañado, así que, si tienes un cliente para rellenarlo o disecarlo, no aceptes menos de doscientos. Si fuera necesario operar en partes,

recuerda que las plumas más valiosas son las de por encima de la cola, sobre todo éstas, los timones centrales. Se las puede afilar mucho más que a las de ganso, escriben muy bonito y limpio, y duran más. El escriba que sepa de lo que se trata te dará sin dudar cinco por pieza.

—Tengo clientes para disecar el cuerpo —sonrió el caballero—. El gremio de los toneleros. Han visto en Castel Ravello ese bicho disecado, sí, ese streblocero, o como se llame… Sabes cuál. Ese que se coló el segundo día después de Saovine en las mazmorras de las ruinas del castillo viejo…

—Me acuerdo.

—Bueno, pues los toneleros vieron la bestia disecada y me pidieron algo de parecida rareza para decorar su casa gremial. El gallolisco vendrá que ni pintado. Los toneleros de Toussaint, como te puedes imaginar, son un gremio que no puede quejarse de falta de trabajo, y gracias a ello son prósperos, por lo que darán sin pensar doscientos veinte. Puede que hasta más, intentaré regatear. Y en lo que se refiere a las plumas… Los barrileros no se van a enterar si le sacamos algunas plumas del culo al gallolisco y se las vendemos a la chancillería condal. La chancillería no paga de su propio bolsillo, pero de la caja condal pagará, sin regateo, no ya cinco sino diez por cada pluma.

—Me inclino ante tu agudeza.

—Nomen omen. —Reynart de Bois-Fresnes sonrió todavía más—. Mamá debió de presentir algo cuando me cristianó con el nombre del astuto zorro protagonista del ciclo de fábulas por todos conocido.

—Debieras ser mercader y no caballero.

—Debiera —se mostró de acuerdo el caballero—. Pero en fin, si has nacido hijo de un señor blasonado, serás señor blasonado y morirás señor blasonado, habiendo engendrado, je, je, je, blasonados señores. No hay nada que hacer, ni aunque revientes. Aunque tú tampoco te las apañas mal, Geralt, y sin embargo no cultivas el mercadeo.

—No, no lo cultivo. Por similares razones que las tuyas. Con la única diferencia de que yo no engendro nada. Salgamos de estas mazmorras.

En el exterior, junto a los muros de la pequeña fortaleza, les envolvió el frío y el viento de las colinas. Era una noche clara, no había nubes en el cielo preñado de estrellas, la luz de la luna se derramaba sobre la límpida nieve nueva que cubría los viñedos. Los caballos que habían dejado atados les saludaron con un bufido.

—Convendría —dijo Reynart mirando al brujo significativamente— ir a ver de inmediato al cliente y cobrar. Pero tú seguramente tienes prisa por llegar a Beauclair, ¿no? ¿A cierta alcoba?

Geralt no respondió puesto que a tales preguntas no respondía por principio. Ató firmemente el skoffin al rocín de reserva y montó en Sardinilla.

—Vamos a ver al cliente, la noche todavía es joven y yo tengo hambre. Y

me apetecería beber algo. Vamos a la ciudad. Al Faisán.

Reynart de Bois-Fresnes sonrió, arregló el escudo ajedrezado con colores sangre y oro que colgaba del arzón, se encaramó a su alta silla.

—Como queráis, caballero. Vayamos entonces al Faisán. Va, Bucéfalo.

Fueron al paso por una pendiente nevada, hacia abajo, hacia el camino real, claramente marcado por hileras de escasos álamos.

—Sabes, Reynart —dijo de pronto Geralt—. Yo también te prefiero así, como ahora. Hablando normalmente. Entonces, en noviembre, hablabas de una forma estúpida y enervante.

—Por mi honor, brujo, era un caballero andante —se rio Reynart de Bois-Fresnes—. ¿Lo has olvidado? Los caballeros siempre hablan como estúpidos. Es un símbolo, como este escudo. Gracias a él, como gracias a los colores del escudo, nos reconocemos los hermanos.

—Por mi honor —dijo el Caballero del Ajedrez—, os turbáis sin necesidad, don Geralt. Vuesa compañía a ciencia cierta se halla ya sana y salva, sobre seguro que cabalmente han olvidado todas las penurias. La señora condesa tiene galenos palaciegos en profusión, capaces de curar toda dolencia. Por mi honor, no hay más de qué platicar.

—Soy de la misma opinión —dijo Regis—. Alíviate, Geralt, pues también los druidas trataron a Milva…

—Y los druidas saben de curaciones —le interrumpió Cahir—. Cuya prueba más fehaciente es mi propia testa descalabrada por el hacha del minero, ahora, mirad, casi como nueva. Milva también estará bien, no hay por qué mortificarse.

—Cierto.

—Más sana vuestra Milva que una manzana andará ya —repitió el caballero —. ¡Apuesto la cabeza a que seguro que estará danzando en los bailes! ¡Pasos de danza urdirá! ¡Festejará! En Beauclair, en el palacio de la señora condesa Anarietta de continuo hay baile o banquete. Ja, ja, por mi honor, ahora que he cumplido mi juramento también yo…

—¿Habéis cumplido el juramento?

—¡La fortuna fue piadosa! Porque habréis de saber que hice un juramento, y no uno cualquiera sino a las garzas. En la primavera. Juré que habría de aprehender a quinientos malhechores antes de Yule. Sonriome la suerte, libre estoy de tal juramento. Ya puedo beber, y comer ternera. Ajá, y tampoco he de esconder ya mi nombre. Si me permitís, me llamo Reynart de Bois-Fresnes.

—Con mucho gusto.

—En lo referente a los tales bailes —dijo Angoulême, espoleando al caballo para igualarse a ellos—, me pienso que tampoco a nosotros nos faltará el comercio y el bebercio, ¿no? ¡Y de buena gana también me echaría un baile!

—Por mi honor que en Beauclair de todo habrá —aseguró Reynart de Bois-Fresnes—. Bailes, banquetes, francachela, comilonas y veladas poéticas. Sois al fin y al cabo amigos de Jaskier… Quise decir, del vizconde Julián. Y del tal es gran devota nuestra señora condesa.

—¡Y cuánto se vanaglorió él! —dijo Angoulême—. ¿Cómo fue en verdad con los amoríos ésos? ¿Conocéis la historia, señor caballero? ¡Responded!

—Angoulême —habló el brujo—. ¿Necesitas saber eso?

—No lo necesito. ¡Pero quiero! Deja el protestamiento, Geralt. Y no refunfuñes más, que en viendo tu jeta hasta las flores mesmas del camino se avinagran. ¡Y vos, caballero, contad!

Otros caballeros errantes que iban a la cabeza de la marcha cantaban una canción caballeresca con un estribillo que se repetía una y otra vez. El texto de la canción era increíblemente estúpido.

—Esto sucediera —comenzó el caballero— hace unas buenas seis añadas… Hospedárase el señor poeta aquí todo el invierno y toda la primavera, tocaba el laúd, cantaba romances, declamaba poesía. A la sazón andaba el conde Raimundo en Cintra, en un cónclave. No se daba prisa por volver a casa porque no era un secreto que en Cintra tenía una querindonga. Y doña Anarietta y don Jaskier… Ja, Beauclair es ciertamente lugar milagroso y mágico, preñado de amoroso hechizo… Vuesa merced misma conjeturará. De algún modo trabaron entonces conocencia la condesa y don Jaskier. Antes de que cayeran en la cuenta, de verso en verso, de palabra en palabra, de halago en halago, florecitas, miraditas, suspiros… Hablando corto y mal: ambos pasaron a convicciones más cercanas…

—¿Muy cercanas? —rió Angoulême.

—No fui yo testigo presencial —dijo el caballero con tono desabrido—. Y no es de ley repetir hablillas. Aparte de ello, como vuecencia sabrá sin duda, el amor tiene más de un nombre y de gran contingencia es decir si la convicción es muy cercana o no tanto.

Cahir bufó bajito. Angoulême no tuvo nada más que añadir.

—Hubieron secreto trato la condesa y don Jaskier como uno o dos meses —continuó Reynart de Bois-Fresnes—, desde Belleteyn al solstitium de verano. Mas descuidaron la cautela. Se propagó la nueva, la emprendieron a parlotear las malas lenguas. Don Jaskier, sin demora, encaramóse al caballo y se marchó. Y obró con seso, como luego se viera. Porque nomás volvió el conde Raimundo de Cintra, un paje le delató todo. Al conde, cuando se enteró de qué insulto le había sido hecho y qué cuernos se le habían puesto, como vos misma os podéis imaginar, lo embargó una severa cólera. Tiró el cuenco con sopa de la mesa, rajó al delator con un picahielos, bramó palabras de poca decencia. Luego le dio en la cara al mariscal delante de testigos y rompió en pedazos un formidable espejo koviriano. A la condesa mandó apresar en sus aposentos y amenazando

con torturas extrajo todo de ella. Tras don Jaskier mandó ir en persecución, mandó matarlo sin clemencia alguna y sacarle el corazón del pecho. Puesto que había leído algo parecido en una balada antigua, pensamientos tenía de hacer freír el corazón y obligar a la condesa Anarietta a comerlo a ojos de toda la corte. ¡Brrr, buf, qué abominación! Por fortuna don Jaskier acertó a huir.

—Por fortuna. ¿Y el conde murió?

—Murió. El incidente del que he hablado prodújole la severa cólera; de la que entonces la sangre tanto se le calentara, que le atizó una apoplejía y un paralís. Estuvo tendido lo menos medio año como este tronco. Mas se amejoró. Hasta andaba. Sólo que todo el tiempo guiñaba un ojo, así.

El caballero se dio la vuelta en la montura, guiñó el ojo e hizo una mueca simiesca.

—Aunque el conde —siguió al cabo— de siempre había sido gran jodedor y semental, del tal guiño se hizo por demás pericolosus en amores, porque cada blonda daba por pensar que era por afecto a ella que de aquella manera guiñaba y señas de amor procuraba. Y las blondas grandemente sensibles a tales signos son. No las imputo a ellas, no obstante, que sean todas rijosas y desenfrenadas, eso no, pero el conde, como dije, guiñaba mucho, sempiternamente casi, de modo que al saldo salía ganando. Colmó sin embargo la medida y una noche le dio una otra apoplejía. La diñó. En la alcoba.

—¿Encima de una moza? —se rió Angoulême.

—En verdad. —El caballero, hasta entonces mortalmente serio, sonrió bajo sus bigotes—. En verdad bajo ella. Aunque lo importante no yazga en el detalle.

—Se entiende —contestó serio Cahir—. Aunque pienso que grandes duelos por el conde Raimundo no hubo, ¿no? Durante el relato diome la impresión de que…

—De que la infiel esposa os fuera más amada que el burlado marido —tomó la palabra el vampiro de su forma habitual—. ¿Acaso es por ello por lo que ella ahora gobierna?

—También por ello —respondió Reynart de Bois-Fresnes con una sinceridad que desarmaba—. Pero no meramente. El conde Raimundo, que la tierra le sea leve, era tan deshonesto, tan canalla y, con perdón, tan hijoputa, que al propio diablo le causaría una úlcera de estómago en medio año. Y gobernó en Toussaint siete años. En cambio a la condesa Anarietta todos la adoraban y adoran.

—¿Puedo entonces contar —advirtió seco el brujo— con que el conde Raimundo no dejara demasiados amigos envueltos en duelo que para conmemorar el aniversario de la muerte del difunto estén listos a acribillar a Jaskier con sus estiletes?

—Podéis contar. —El caballero le miró, y sus ojos eran vivos e inteligentes—. Y, por mi honor, no os fallará la cuenta. Lo dije, pues. Nuestra señora Anarietta es devota del poeta y todo el mundo aquí se dejaría hacer picadillo por doña

Anarietta.

Volvió el buen caballero
de la guerra entero,
mas no le esperó su amada
que a otro antes se daba.
Al vino, al vino,
del caballero su destino.

De los matojos que bordeaban el camino, espantados por el canto del caballero, surgieron cracando unos cuervos.

Al poco salieron del bosque directamente a un valle, entre colinas sobre cuyas cumbres relumbraban las torres de los alcázares, claramente visibles contra el fondo azul de un cielo que se coloreaba con jirones granates. En la suave pendiente de las colinas, hasta donde alcanzaba la vista, crecían disciplinados como en el ejército unas filas de arbustos ordenadamente dispuestos. Allí, la tierra estaba cubierta de hojas rojas y doradas.

—¿Qué es eso? —preguntó Angoulême—. ¿Vides?

—Vides son, y qué vides —confirmó Reynart de Bois-Fresnes—. El valle famoso de Sansretour. El más excelente vino del mundo se hace de las uvas que acá crecen.

—Cierto —reconoció Regis, que como de costumbre lo sabía todo—. A causa de la toba volcánica y del microclima local que asegura una combinación anual ideal de días de sol y días de lluvia. Si a esto le añadimos la tradición, el saber y el esmero de los vinicultores, obtenemos como resultado un producto de la más alta marca y clase.

—Bien que lo pusisteis —sonrió el caballero—. Eso es la marca. Oh, mirad por ejemplo allá, a aquel talud bajo el castillejo aquel. En nuestra tierra el castillo da la marca a los viñedos y bodegas que se encuentran por debajo. Éste se llama Castel Ravello y de sus viñedos proceden tales vinos como el Erveluce, el Fiorano, el Pomino y el famoso Est Est. Seguro que habréis oído hablar de él. Por un barrilete de Est Est se paga tanto como por diez barriles de vino de Cidaris o de un caldo de los viñedos nilfgaardianos de Alba. Y allí, oh, mirad, hasta donde la vista alcanza, otros castillejos y otros viñedos, y de seguro que tampoco éstos os serán desconocidos: Vermentino, Toricella, Casteldaccia, Tufo, Sancerre, Nuragus, Coronata, por fin, Corvo Bianco, en elfo llamado Gwyn Cerbin. Conjeturo que no os serán extraños estos nombres.

—Extraños, puf. —Angoulême frunció el ceño—. Sobre todo de la ciencia del compruebeo que no por casualidad el granuja del tabernero haya echao uno de estos famosos en lugar de vino peleón común y corriente, puesto que de otro modo más de una vez se habría tenido que dejar el caballo en prenda, de lo que tal Castel o Est Est costara. Bah, bah, no entiendo na, será para los señorones lo de

las marcas estas, que nosotros, la gente del común, nos podemos embriagar, y no peor, con el vino barato. Y aún os diré, por experiencia: se vomita lo mismo por un Est Est que por un vino peleón.

—Teniendo en nada las bromillas del pasado noviembre de Angoulême —Reynart se apoyó en la mesa, llevaba el cinturón desabrochado—, hoy vamos a beber alguna añada buena de alguna marca buena, brujo. Nos lo podemos permitir, lo hemos ganado. Podemos jaranear.

—Por supuesto. —Geralt le hizo una señal al tabernero—. Al fin y al cabo, como dice Jaskier, puede ser que haya otros motivos para ganar dinero, pero yo no los conozco. Comamos también algo de eso que huele tan bien y que sale de la cocina. Dicho sea de paso, hoy en El Faisán se está más bien apretado, y eso que es una hora tardía.

—Pero es que es la víspera de Yule —le aclaró el posadero al oír sus palabras —. Las gentes festejan. Se divierten. Juegan a hacer oráculos. La tradición manda y nuestra tradición…

—Lo sé —le interrumpió el brujo—. ¿Y qué es lo que hoy manda la tradición en la cocina?

—Lengua de ternera con pasta de rábanos en frío. Caldo de capón con albondiguillas de sesos. Tripas de vaca enrolladas, y además, tallarines y col.

—Servidlo a toda prisa, jefe. Y para ello… ¿Qué pedimos para ello, Reynart?

—Si hay bovino —dijo al cabo de un momento de reflexión el caballero— entonces Côte-de-Blessure tinto. Del año en que estiró la pata la vieja condesa Caroberta.

—Acertada elección. —El posadero asintió—. Al servicio de vuesas mercedes.

Una corona de muérdago que una muchacha sentada en la mesa de al lado se había colocado con poca maña cayó casi a las rodillas de Geralt. Los compañeros de la muchacha se echaron a reír. La muchacha se ruborizó encantadoramente.

—¡No funcionará! —El caballero alzó la corona y la devolvió—. No será éste vuestro próximo amante. Ya está ocupado, noble señora. Está prisionero de ciertos ojos verdes…

—Cierra el pico, Reynart.

El tabernero trajo lo que había que traer. Comieron, bebieron, callaron, mientras escuchaban la felicidad de las gentes que se divertían.

—Yule —dijo Geralt, poniendo el vaso—. Midinvaerne. El solsticio de invierno. Ya llevo dos meses aquí metido. ¡Dos meses perdidos!

—Un mes —le corrigió seco y sobrio Reynart—. Si has perdido algo, entonces sólo un mes. Luego la nieve cubrió los pasos de las montañas y no

habrías podido salir de Toussaint por mucho que quisieras. Así que ha venido Yule y seguro que la primavera también tendrás que esperarla aquí, pues se trata de causa de fuerza mayor y vanos son todos los lamentos y las lágrimas. Y si de los lamentos se trata, tampoco te pases con fingir tanto. De ninguna manera voy a creer que estés tan triste por ello.

—Ah, ¿qué sabrás tú, Reynart? ¿Qué sabrás?

—No mucho —reconoció el caballero mientras servía—. No mucho aparte de lo que veo. Y vi vuestro primer encuentro, el de ambos. En Beauclair. ¿Recuerdas la Fiesta de las Cubas? ¿Las braguitas blancas?

Geralt no respondió. Recordaba.

—El lugar es bellísimo, el palacio de Beauclair, preñado de hechizo amoroso —murmuró Reynart, deleitándose con el aroma del vino—. Sólo el verlo es suficiente para embelesarse. Recuerdo cómo os quedasteis mudos de la impresión cuando lo visteis, entonces, en noviembre. Cahir, deja que recuerde, ¿qué expresión usó entonces?

—Un castillejo admirable —dijo Cahir con fascinación—. Que me den, un castillejo ciertamente admirable y agradable a la vista.

—Bien vive la condesa —dijo el vampiro—. Hay que reconocerlo.

—Una garita de puta madre —añadió Angoulême.

—El palacio de Beauclair —repitió, no sin orgullo Reynart de Bois-Fresnes—. Una construcción élfica, no obstante levemente reformada. Al parecer por el mismísimo Faramond.

—Nada de al parecer —negó el vampiro Regis—. Fuera de toda duda. Ciertamente, se aprecia el estilo de Faramond con sólo mirarlo. Basta contemplar esas torrecillas.

Las torres culminadas con el rojo de sus tejas de las que hablaba el vampiro se lanzaban hacia el cielo como esbeltos obeliscos blancos, surgiendo de la filigranada construcción del propio castillo que se extendía hasta el suelo. La vista traía reminiscencias inmediatas de unas velas de las que los festones de cera se hubieran deslizado sobre la base de un candelabro labrado con maestría.

—A los pies de Beauclair —aclaró el caballero Reynart— se extiende la ciudad. Las murallas, se entiende, fueron añadidas con posterioridad, sabéis sin duda que los elfos no rodeaban sus ciudades con murallas. Azuzad a los caballos, vuesas mercedes. El camino ante nosotros es largo. Beauclair parece cercano, pero las montañas engañan la perspectiva.

—Vayamos.

Cabalgaron velozmente, adelantando a caminantes y vagabundos, carros y carretas cargados de granos oscuros, se diría que podridos, Luego aparecieron las calles bulliciosas y oliendo a mosto fermentado de una ciudad, luego un oscuro

parque lleno de álamos, tejos, agracejos y boj. Luego hubo macizos de rosas, las más importantes variedades de multiflora y de centifolias. Luego hubo columnas talladas, los portales y las arquivoltas del palacio, hubo pajes y lacayos de librea.

Quien les recibió, peinado y vestido como un príncipe, fue Jaskier.

—¿Dónde está Milva?

—Sana y salva, no tengas miedo. Está en las habitaciones que se os han preparado. No quiere salir de allí.

—¿Por qué?

—Luego hablaremos de ello. Ahora ven. La condesa está esperando.

—¿Así, recién llegado del viaje?

—Tal fue su deseo.

La sala en la que entraron estaba llena de gente multicolor como aves del paraíso. Geralt no tuvo tiempo de contemplarlos. Jaskier lo empujó hacia una escalera de mármol ante la cual, asistidas por pajes y cortesanos, estaban de pie dos mujeres que resaltaban poderosamente entre la multitud.

La sala estaba en calma, pero se hizo un silencio todavía mayor. La primera de las mujeres tenía una nariz fina y respingona y sus ojos azules eran penetrantes y como un poco febriles. Tenía los cabellos castaños recogidos en un peinado genial, hasta artístico, sujeto con unas tiras de terciopelo y trabajado hasta el más nimio detalle, incluyendo en ello un rizo perfectamente geométrico en forma de media luna en la frente. La parte superior de su escotado vestido estaba cruzada por miles de rayas azules y lilas sobre fondo negro, la parte baja era negra, con un denso y regular diseño de pequeños crisantemos de oro bordados. Del cuello y el escote —como un complicado andamio o una jaula— colgaba un collar de primorosas flores y arabescos de laca, obsidiana, esmeraldas y lapislázuli, terminado en una cruz de jade que caía casi en medio de unos pechos pequeños, sujetos por un ceñido corpiño. El borde del escote era grande y profundo, los delicados brazos al descubierto de la mujer parecían no garantizar un suficiente apoyo, Geralt esperaba todo el tiempo que se le resbalara el vestido y se le cayera de los pechos. Pero no se caía, se mantenía en la posición adecuada gracias a los arcanos secretos de la sastrería y a los ahuecamientos de las ahuecadas mangas.

La segunda mujer igualaba a la otra en altura. Tenía los labios pintados de idéntico color. Y allí se acababan las semejanzas. Ésta llevaba sobre unos cortos cabellos un gorrillo de red que se convertía por delante en un velo que llegaba hasta la misma punta de un pequeño pie. Los motivos de flores del velo no enmascaraban unos ojos bellos, relampagueantes, muy resaltados por una sombra verde. El mismo velo floreado cubría el modestísimo escote de un vestido negro de largas mangas con unos zafiros, aguamarinas, cristales de roca

y estrellas de dorados calados que estaban dispuestos de forma sólo aparentemente casual.

—Su señoría la condesa Anna Henrietta —habló alguien a media voz a la espalda de Geralt—. Arrodillaos, señor.

Me gustaría saber cuál de las dos, pensó Geralt, doblando con esfuerzo la dolorida pierna en una genuflexión ceremonial. *Las dos, que me parta un rayo, tienen un aspecto igual de condesil. Bah, y hasta real*.

—Alzaos, don Geralt —deshizo sus dudas la del genial peinado castaño y la nariz fina—. Os damos la bienvenida a vos y a vuestros amigos al condado de Toussaint y al palacio de Beauclair. Estamos contentas de poder albergar a una persona embarcada en tan noble misión. Y aparte de ello, que se encuentre en amistad con nuestro caro vizconde Julián.

Jaskier hizo una profunda y enérgica reverencia.

—El vizconde —continuó la condesa— nos reveló vuestro nombre, delató el carácter y el propósito de vuestro periplo, contó lo que os ha traído a Toussaint. Este relato nos ha encogido el corazón. Contentas estaríamos de poder hablar con vos en privada audiencia, don Geralt. Ello habrá sin embargo de demorarse un tanto, puesto que pesan sobre nosotras obligaciones de estado. Terminada la vendimia, la tradición ordena que participemos en la Sagrada Cuba.

La otra mujer, la del velo, se inclinó hacia la condesa y le susurró algo muy deprisa. Anna Henrietta miró al brujo, sonrió, se pasó la lengua por los labios.

—Es nuestra voluntad —alzó la voz— que al lado del vizconde don Julián nos sirva en la Cuba don Geralt de Rivia.

Un murmullo atravesó los grupos de cortesanos y caballeros como si fuera el susurro de un pino agitado por el viento. La condesa Anarietta regaló al brujo otra mirada lánguida y salió de la sala junto con su compañera y el séquito de pajes.

—¡Rayos! —susurró el Caballero del Ajedrez—. ¡Nada menos! No es menudo el honor que os ha tocado, señor brujo.

—No he entendido bien de qué se trata —reconoció Geralt—. ¿De qué forma he de servir a su alteza?

—Su señoría —le corrigió, acercándose, un personaje metido en carnes con apariencia de confitero—. Perdonad, señor, que os corrija, pero en estas circunstancias debo hacerlo. Aquí en Toussaint respetamos sobremanera la tradición y el protocolo. Soy Sebastian le Goff, chambelán y mariscal del palacio.

—Encantado.

—El título oficial y protocolario de doña Anna Henrietta —el chambelán no sólo tenía aspecto de confitero, sino que hasta olía a azúcar garrapiñado— es «excelentísima señora», extraoficialmente «su señoría». Familiarmente, fuera de la corte, «señora condesa». Pero para dirigirse a ella siempre hay que hacerlo por «señoría».

—Gracias, lo recordaré. ¿Y a la otra dama? ¿Cuál es su título?

—Su título oficial es: «venerable» —le instruyó serio el chambelán—. Pero está permitido dirigirse a ella como «señora». Se trata de una pariente de la condesa, llamada Fringilla Vigo. De acuerdo con la voluntad de su señoría, será precisamente a doña Fringilla a quien habréis de servir durante la Cuba.

—¿Y en qué consiste ese servicio?

—Nada complicado. Al punto os lo aclararé. Veréis, nosotros desde hace años usamos prensas mecánicas, mas la tradición…

El patio retumbaba con el estruendo y el frenético pitido de las chirimías, la loca música de las flautas, el maniaco ritmo de las panderetas. Alrededor de una cuba instalada en una tarima danzaban y brincaban saltimbanquis y acróbatas vestidos con guirnaldas. El patio y las galerías estaban por completo cubiertos de gente: caballeros, damas, cortesanos, burgueses ricamente vestidos.

El chambelán Sebastian le Goff alzó un bastón cubierto de sarmientos, tocó con él tres veces en el pedestal.

—¡Eh, eh! —gritó—. ¡Nobles señoras, señores y caballeros!

—¡Eh, eh! —respondió la masa.

—¡Eh, eh! ¡Ésta es la antigua costumbre! ¡Que se regale la uva de la viña! ¡Eh, eh! ¡Que madure al sol!

—¡Eh, eh! ¡Que madure!

—¡Eh, eh! ¡Que el mosto fermente! ¡Que tome fuerza y sabor en los barriles! ¡Que fluya sabroso a las copas y se suba a las cabezas para honra de su señoría, hermosas damas, nobles caballeros y obreros de los viñedos!

—¡Eh, eh! ¡Que fermente!

—¡Que salgan las Bellezas!

Dos mujeres surgieron de unas tiendas de campaña damasquinadas al lado contrario del patio: la condesa Anna Henrietta y su compañera morena. Ambas estaban completamente envueltas en una capa escarlata.

—¡Eh, eh! —El chambelán golpeó con el palo—. ¡Que salgan los Jóvenes!

Los «Jóvenes» ya habían sido informados y sabían lo que tenían que hacer. Jaskier se acercó a la condesa, Geralt a la morena. La cual, como ya sabía, era la venerable Fringilla Vigo.

Ambas mujeres dejaron caer a la vez las capas y la multitud lanzó roncos gritos de júbilo. Geralt tragó saliva.

Las mujeres portaban unas camisas blancas con mangas, delgadas como telas de araña, que no alcanzaban siquiera hasta el muslo. Y unas bragas muy ajustadas con volantes. Y nada más. Ni siquiera joyas. Y además iban descalzas. Geralt tomó a Fringilla de la mano, y ella le abrazó por el cuello de buena gana. Olía de una forma imperceptible a ámbar y a rosas. Y a feminidad. Emanaba

calor y el calor aquel lo atravesaba como flechas. Sus carnes eran mórbidas y la morbidez le quemaba y hería en los dedos.

Las acercaron a las cubas, Geralt a Fringilla, Jaskier a la condesa, las ayudaron a subir ellas, ovales y rezumantes de mosto de uva. La multitud aulló.

—¡Eh, eh!

La condesa y Fringilla se pusieron la una a la otra las manos sobre los hombros, gracias al mutuo apoyo mantuvieron más fácilmente el equilibrio sobre los granos en los que se hundieron casi hasta la rodilla. El mosto salpicó y se esparció alrededor. Las mujeres, girando, pisaron los racimos de uvas, regocijándose como adolescentes. Fringilla, completamente fuera de protocolo, le guiñó un ojo al brujo.

—¡Eh, eh! —gritó la multitud—. ¡Que fermente!

Los granos aplastados salpicaban zumo, el turbio mosto borboteaba y espumeaba alrededor de las piernas de las pisadoras.

El chambelán golpeó con el palo en la superficie de la tarima. Geralt y Jaskier se acercaron, ayudaron a las mujeres a salir de la cuba. Geralt vio cómo Anarietta, cuando Jaskier la tomó de la mano, le mordisqueó en la oreja mientras que los ojos le brillaban peligrosamente. A él mismo le parecía que los labios de Fringilla le habían acariciado la mejilla, pero no apostaría la cabeza a si había sido a conciencia o por casualidad. El mosto del vino olía con fuerza, golpeaba en la cabeza.

Dejó a Fringilla sobre la tarima, la envolvió en la capa escarlata. Fringilla apretó su mano impetuosa y con fuerza.

—Estas tradiciones antiguas —dijo ella— pueden ser muy excitantes, ¿verdad?

—Verdad.

—Gracias, brujo.

—Ha sido un placer.

—Te aseguro que para mí también.

—Echa, Reynart.

En la mesa vecina se realizaba otra predicción invernal que radicaba en arrojar la piel de una manzana pelada en una larga espiral y en adivinar la inicial del nombre del próximo amante por la forma en que se colocaba la piel. La piel se colocaba en S cada vez. Pese a ello, las risas no tenían fin.

El caballero echó vino.

—Milva, resultó —habló el brujo, pensativo—, estaba sana aunque seguía con el vendaje en las costillas. Estaba sin embargo sentada en la habitación y rechazaba toda visita, sin querer ponerse ni por todo el oro del mundo el vestido que le habían traído. Daba la sensación de que iba a estallar un conflicto de

protocolo, pero la situación la serenó el omnisciente Regis. Citando un centenar de precedentes, obligó al chambelán a que le llevaran a la arquera un traje masculino. Angoulême, para variar con alegría, se libró de los pantalones, las botas de jinete y del peal. El vestido, el jabón y el peine hicieron de ella una muchacha bastante guapa. A todos nosotros, para qué hablar, nos compuso el humor el baño y la ropa limpia. Hasta a mí. Todos fuimos a la audiencia con buen ánimo…

—Espera un momento —le ordenó Reynart con un movimiento de cabeza—. Los negocios se dirigen hacia nosotros. ¡Vaya, vaya, y no sólo uno, sino dos viñadores! Malatesta, nuestro cliente, lleva a un compadre… Y competidor. ¡Más raro que un perro a cuadros!

—¿Quién es el otro?

—El viñador Pomerol. Precisamente estamos bebiendo su vino, Côte-de-Blessure.

Malatesta, el apoderado de los viñedos de Vermentino, los vio, saludó con la mano, se acercó, conduciendo a su camarada, un individuo de mostachos negros y abundante barba negra, más ajustada para un ladrón que para un empleado.

—Si los señores me permiten. —Malatesta presentó al barbudo—. Don Alcides Fierabrás, apoderado de los vinos de Pomerol.

—Sentaos.

—Sólo un ratito. Con el señor brujo por lo de la bestia de nuestras bodegas. Puesto que vuesas mercedes están aquí, asumo que el bicho ya está muerto.

—Y bien muerto.

—La suma acordada —aseguró Malatesta— será transferida a vuestra cuenta en el banco de los Cianfanelli a más tardar pasao mañana. Oh, muchas gracias, señor brujo. Gracias mil. Unas tamañas bodegas, digo, presiosas, con sus boveditas, orientás al cierzo, ni demasiado secas ni demasiado húmedas, justitas, justitas para el vino, y a causa de este piojoso moustruo no se podían ni usar. Vos mismo lo visteis, tuve que mandar cerrar toda aquella parte del sótano, mas la bestia se supo cruzar… Lagarto, lagarto, a saber de dónde salió… Del mismo infierno…

—Las cavernas excavadas en tobas volcánicas siempre abundan en monstruos —les instruyó Reynart de Bois-Fresnes con gesto sabihondo. Compadreaba al brujo desde hacía un mes y, como sabía escuchar, había aprendido ya mucho—. Está claro, no más que toba, y allá que te va el monstruo.

—Bueno, y puede que toba. —Malatesta le miró de hito en hito—. Sea quien fuera la toba esta. Mas las gentes hablan que es causao porque nuestras bodegas al paecer se comunican con profundos pozos, con el centro mismo de la tierra. Muchas hay en esta tierra cavernas y abujeros…

—Como en nuestros sótanos, por no ir más lejos —habló el viñador pomeroliano de negra barba—. Estas bodegas tienen millas y adónde conduzcan

no sabe nadie. Hubo quien quiso descubrir tal cosa, mas no volvió. Y también allí vieron horribles moustros. Parece. Por tal razón propondría…

—Me imagino lo que me queréis proponer —dijo el brujo con sequedad—. Y me place vuestra propuesta. Exploraré vuestras bodegas. La soldada la acordaremos según lo que me encuentre.

—No quedaréis mal —le aseguró el barbudo—. Ehem, ehem… Una cosa más….

—Decid, os escucho.

—El tal súcubo que a las noches embriaga a los maridos y los cansa… al que nuestra digna señora condesa mandaraos matar… me pienso que no haya exigencia de matarlo. Al fin y al cabo el bicho no fastidia a nadie, hablando en plata… Oh, embriaga a veces… Molesta un pelillo…

—Mas sólo a los mayores de edad —interpuso Malatesta con suma rapidez.

—De los labios, compadre, me lo habéis quitado. En fin, que el tal súcubo no perjudica a nadie. Y en los últimos tiempos como que ya no se oye nada de él. Como si os tuviera miedo a vos, señor brujo. Así que, ¿qué sentido tiene el perseguirlo? Pues a vos, señor brujo, no os falta moneda contante y sonante. Y si algo os faltara…

—Hombre, pudiera ser que algo cayera en mi cuenta del banco de los Cianfanelli —dijo Geralt con rostro pétreo—. Para el plan de pensiones brujeril.

—Así se hará.

—Y al súcubo no se le caerá ni un pelo de su rubia cabellera.

—Entonces, con los dioses. —Los dos viñadores se levantaron—. Comed en paz, no os molestaremos. Hoy es fiesta. Tradición. Y aquí, en Toussaint, la tradición…

—Lo sé —dijo Geralt—. Cosa santa.

La pandilla de la mesa de al lado volvió a montar un barullo en torno a otra de las profecías de Yule, que habían hecho con ayuda de unas bolitas moldeadas de la miga de una torta y las espinas de una carpa que se habían comido. Y bebiendo con ganas al mismo tiempo. El tabernero y las mozas se revolvían como si estuvieran metidos en agua hirviendo, corrían de acá para allá con las jarras.

—El famoso súcubo —advirtió Reynart, echándose más col en el plato— fue el comienzo de la célebre serie de encargos brujeriles que aceptaste en Toussaint. Luego todo fue muy deprisa y tú ya no podías librarte de los clientes. Lo curioso es que no recuerdo cuál de las bodegas te dio tu primer encargo…

—No estabas tú. Fue al día siguiente de la audiencia con la condesa. Audiencia en la que tampoco estabas, por cierto.

—No es para asombrarse. Era una audiencia privada.

—Privada de la leche —bufó Geralt—. Participaron en ella unas veinte

personas, entre las que no cuento a lacayos inmóviles como estatuas, pajes de corta edad y un bufón aburrido. Entre los que sí cuento estaban Le Goff, un chambelán de apariencia y olor de pastelero, y algunos ricachones aplastados por el peso de las cadenas de oro. Había algunos tipejos de negro, consejeros, o puede que jueces. Estaba un barón de pabellón de cabeza de toro al que había conocido en Caed Myrkvid. Estaba, cosa clara, Fringilla Vigo, una persona que a todas luces estaba muy cerca de la condesa.

» Y estábamos nosotros, toda nuestra cuadrilla, incluyendo a Milva vestida de hombre. Ja, mal me he expresado diciendo que toda nuestra compaña. No estaba Jaskier con nosotros. Jaskier, o mejor dicho el vizconde Nosé Qué, estaba sentado con las piernas abiertas en un escabel a la derecha de Su Puntiaguda Nariz Anarietta, más ancho que un pavo. Como un verdadero favorito.

» Anarietta, Fringilla y Jaskier eran las únicas personas que estaban sentadas. No se permitía sentarse a nadie más. Y yo aún me alegré de que no nos obligaran a ponernos de rodillas.

» La condesa escuchó mi relato, por suerte casi sin interrumpirme. Sin embargo, cuando conté en pocas palabras el resultado de mi conversación con los druidas, abrió los brazos con un gesto que sugería una preocupación a la vez sincera y exagerada. Sé que esto suena como algún maldito oxímoron, pero créeme, Reynart, en su caso fue precisamente así.

—Ah, ah —dijo la condesa Anna Henrietta, abriendo los brazos—. Habéis sembrado la inquietud en nuestras entrañas, don Geralt. En verdad os digo, la pena embarga nuestros corazones.

Sorbió su puntiaguda nariz, extendió la mano y Jaskier, al instante, puso en aquella mano un pañuelito de batista con un monograma bordado. La condesa tocó sus dos mejillas con el pañuelo ligeramente, para no retirar el maquillaje.

—Ah, ah —repitió—. ¿Así que los druidas no sabían nada de Ciri? ¿No fueron capaces de ofreceros ayuda? ¿Acaso todo vuestro esfuerzo fue en vano y huero el resultado de vuestro viaje?

—En vano con toda seguridad no —respondió él convencido—. Reconozco que contaba con conseguir de los druidas alguna información concreta o alguna pista que pudiera, aunque fuera de la forma más vaga, aclarar por lo menos por qué Ciri es objeto de una caza tan encarnizada. Sin embargo, los druidas no pudieron o no quisieron prestarme ayuda, en este aspecto, ciertamente, no conseguí nada. Mas…

La voz se le quebró por un instante. No para resultar más dramático. Pensaba hasta qué punto podía ser sincero ante tamaño auditorio.

—Sé que Ciri está viva —dijo con voz seca, por fin—. Seguramente fue herida. Sigue estando en peligro. Pero vive.

Anna Henrietta suspiró, hizo uso de nuevo de su pañuelito y apretó el hombro de Jaskier.

—Os prometo —dijo— nuestra ayuda y apoyo. Quedaos en Toussaint cuanto deseéis. Habéis de saber que solíamos visitar Cintra, que conocíamos y cultivábamos la amistad de Pavetta, que conocíamos y amábamos a la pequeña Ciri. Estamos con vos de todo corazón, don Geralt. Si hace falta, tendréis la asistencia de nuestros licenciados y astrólogos. Abiertas ante vos están las puertas de nuestras bibliotecas y librerías. Encontraréis, creemos profundamente en ello, alguna pista, alguna señal o indicación que os muestre el camino correcto. No actuéis con premura. No tenéis que apresuraros. Podéis quedaros aquí lo que queráis, sois un huésped grato para nosotros.

—Os agradezco vuestra benevolencia y vuestra bondad, señoría. —Geralt hizo una reverencia—. Sin embargo, nos vamos a poner en camino en cuanto descansemos. Ciri sigue en peligro. Y nosotros también estamos en peligro. Cuando estamos demasiado tiempo en un lugar, el peligro no sólo crece, sino que comienza a amenazar a las personas que nos son benevolentes. Y a quienes simplemente están en medio. No pienso permitirlo.

La condesa, guardó silencio durante un cierto tiempo, acariciaba el antebrazo de Jaskier con unos movimientos cadenciosos, como un gato.

—Nobles y honestas son vuestras palabras —dijo por fin—. Pero no habéis de temer nada. Nuestros caballeros acometieron a los bribones que os perseguían de tal modo que no se escapó testigo alguno de su derrota, el vizconde Julián nos lo ha relatado. Cualquiera que se atreva a perturbaros correrá la misma suerte. Estáis bajo nuestra protección y nuestro amparo.

—Aprecio esto en lo que vale. —Geralt volvió a inclinarse, maldiciendo en su interior no sólo el dolor de su rodilla—. Sin embargo, no me es lícito callar lo que el señor vizconde Jaskier olvidó contar a su señoría. Los bribones que me persiguieron desde Belhaven y a los que los valientes caballeros de su señoría batieron en Caed Myrkvid eran, ciertamente, bribones del gremio más preclaro de los bribones, mas lucían los colores de Nilfgaard.

—¿Y qué pasa con eso?

Pues, tuvo en la punta de la lengua, que si los nilfgaardianos conquistaron Aedirn en veinte días, para hacer lo mismo con tu condadillo les basta con veinte minutos.

—Hay una guerra —dijo, en vez de aquello—. Puede ser que consideren lo que sucedió en Belhaven y Caed Myrkvid como sabotaje en la retaguardia. Por lo general, esto produce represiones. En tiempos de guerra…

—La guerra —le interrumpió la condesa, alzando su nariz puntiaguda— se ha acabado ya con toda seguridad. Le escribimos acerca de ello a nuestro primo, Emhyr var Emreis. Le envié un memorándum en el que exigíamos que pusiera punto final de inmediato a este derramamiento de sangre sin sentido. Con toda

seguridad ya se ha terminado la guerra, con toda seguridad ya se ha firmado la paz.

—No del todo —le repuso Geralt con voz gélida—. Al otro lado del Yaruga campan la espada y el fuego, se derrama la sangre. Nada apunta que se acerque a su fin.

Lamentó al instante lo que había dicho.

—¿Cómo es eso? —La nariz de la condesa, parecía, se agudizó todavía más, en su voz resonó una horrible nota mordaz, hostil—. ¿Acaso he oído bien? ¿La guerra continúa? ¿Por qué nadie nos ha informado de ello, ministro Tremblay?

—Señoría, yo… —balbució, arrodillándose, uno de los portadores de cadena de oro—. Yo no quería… preocupar… intranquilizar… Señoría…

—¡Guardia! —gritó la señoría—. ¡A la torre con él! ¡Habéis caído en desgracia, señor Tremblay! ¡En desgracia! ¡Señor chambelán! ¡Señor secretario!

—A sus órdenes, señoría…

—Que nuestra cancillería le envíe de inmediato una nota a nuestro primo, el emperador de Nilfgaard. Exigimos que de inmediato, pero de inmediato, cese la lucha y firme la paz. ¡Pues la guerra y la discordia son cosas malas! ¡La discordia arruina y la concordia fortalece!

—Su señoría —murmuró el chambelán-pastelero, blanco como azúcar en polvo— tiene toda la razón.

—¿Qué hacen vuesas mercedes todavía aquí? ¡Hemos dado una orden! ¡En marcha, apriesa!

Geralt miró discretamente a su alrededor. Los cortesanos tenían el rostro como de piedra, de lo que se podía concluir que tales incidentes no eran nada nuevo en aquel palacio. Decidió firmemente que a partir de ahora sólo iba a hacer coro a la condesa. Anarietta rozó con su pañuelo la punta de la nariz, después de lo cual sonrió a Geralt.

—Como veis —dijo ella—, vuestros temores eran vanos. No habéis de qué temer y podéis quedaros aquí cuanto queráis.

—Cierto, señoría.

En el silencio se escuchó claramente el mordisqueo de la carcoma en alguno de aquellos monumentales muebles. Y la maldición que alguno de los palafreneros le lanzaba a un caballo en un patio lejano.

—También quisiéramos pediros algo, don Geralt. —Anarietta interrumpió el silencio—. Como brujo que sois.

—Cierto, señoría.

—Se trata del ruego de muchas nobles damas de Toussaint y nuestro a la vez. Un monstruo nocturno castiga nuestros hogares. Un diablo, un fantasma, un súcubo en forma de mujer, pero tan desvergonzada que no nos atrevemos a describirla, martiriza a los cónyuges fieles y virtuosos. Penetra por las noches en

las alcobas, comete toda clase de bellaquerías y abominables perversiones de las que no nos permite hablar la modestia. Vos, como experto, con toda seguridad sabéis de qué se trata.

—Cierto, señoría.

—Las mujeres de Toussaint os piden que pongáis punto final a esta indecencia. Y os aseguramos nuestra generosidad.

—Cierto, señoría.

Angoulême encontró al brujo y al vampiro en el parque del palacio, donde ambos disfrutaban de un paseo y una discreta conversación.

—No me vais a creer —jadeó—. No me vais a creer lo que os voy a decir… Mas es la puritita verdad.

—Habla pues.

—Reynart de Bois-Fresnes, el andante Caballero del Ajedrez, está junto a otros caballeros andantes haciendo cola ante la cámara del tesorero condal. ¿Y sabéis para qué? ¡Para cobrar su paga del mes! La cola, habéis de saber, es lo menos medio tiro de arco de larga y de tantos escudos hasta se cansan los ojos. Le pregunté a Reynart que cómo es eso y él va y dice que también un caballero andante pasa hambre.

—¿Y qué es lo raro en todo esto?

—¡Bromeas! ¡Un caballero andante anda por noble vocación! ¡No por un sueldo mensual!

—Lo uno —dijo muy serio el vampiro Regis— no excluye lo otro. De verdad. Créeme, Angoulême.

—Créele, Angoulême —confirmó Geralt con voz seca—. Deja de correr por el palacio buscando sensaciones, ve a hacer compañía a Milva. Se siente fatal, no debe estar sola.

—Cierto. Tiíta tiene el periodo, creo, porque está más rabiosa que una avispa. Yo pienso…

—¡Angoulême!

—Ya voy, ya voy.

Geralt y Regis se detuvieron ante un macizo de centifolias ligeramente marchitas ya. Pero no consiguieron seguir conversando. Desde detrás de un invernáculo surgió un hombre delgado vestido con una elegante capa de color siena.

—Buenos días. —Hizo una reverencia, limpió la rodilla con su birreta—. ¿Se puede preguntar cuál de vuesas mercedes, alabado sea, es el brujo llamado Geralt, famoso en su oficio?

—Yo soy.

—Me llamo Jean Catillon, apoderado de las bodegas de Castel Toricella. La

cosa es que no nos vendría mal en las bodegas un brujo. Intención tengo de enterarme, alabado sea, si no querríais…

—¿De qué se trata?

—Pues esto es —comenzó el apoderado Catillon—. A causa de esta guerra, así se la llevara el satanás, los mercaderes vienen más raramente, acreciéntame las existencias, empieza a faltar lugar para los barriles. Pensamos, pues qué problema, si bajo los castillos hay millas enteras de corredores, más hondo y más hondo, hasta el centro de la tierra lo menos que llegan. También bajo Toricella encontramos unos túneles de éstos, preciosos, alabado sea, de techos de bóveda, ni demasiado secos, ni demasiado húmedos, justito para que el vino estuviera bien…

—¿Y qué? —no resistió el brujo.

—Resultó que en los tales corredores habita un monstruo, alabado sea, de seguro que vino de lo profundo de la tierra. Quemó a dos personas, el cuerpo a los huesos los redujo y a uno lo dejó ciego, porque él, señor, el monstruo, se entiende, escupe y vomita no sé qué lejías…

—Una solpuga —afirmó Geralt—. También llamada venenosera.

—He aquí. —Regis sonrió—. Vos mismo veis que estáis tratando con un especialista, señor Catillon. Un especialista que os cae, por así decirlo, del cielo. ¿Y no habéis pedido ayuda en esta tarea a los famosos caballeros andantes locales? La condesa tiene todo un regimiento de ellos y tales misiones son precisamente lo suyo, su razón de ser.

—Razón ninguna. —El apoderado Catillon negó con la cabeza—. Su razón es guardar los caminos, los cordeles, los puertos, porque si los mercaderes no llegan hasta aquí, todos nosotros tendremos que hacer las maletas. Además, los caballeros son valientes y peleones, mas a caballo sólo. ¡Bajo tierra no se mete uno de ésos! Además, son bien car…

Se interrumpió y guardó silencio. Tenía el gesto de quien —por no tener barba — no tiene encima nada sobre lo que escupir. Y lo lamenta mucho.

—Son bien caros —terminó Geralt, incluso sin especial mordacidad—. Así que habéis de saber, buen hombre, que yo soy más caro. Libre mercado. Y libre competencia. Porque yo, si trabamos el contrato, me bajaré del caballo y me meteré bajo tierra. Pensadlo, pero no lo penséis mucho tiempo, porque yo no estaré mucho tiempo en Toussaint.

—Me asombras —dijo Regis en cuanto el apoderado se fue—. ¿Ha revivido de pronto el brujo que llevas dentro? ¿Aceptas el contrato? ¿Te vas a echar a por el monstruo?

—Yo mismo estoy asombrado —le repuso Geralt sinceramente—. Reaccioné instintivamente, movido por un impulso inexplicable. Me saldré de esto. Puedo decir que cada cantidad que me propongan es demasiado baja. Siempre. Volvamos a nuestra conversación…

—Detengámonos. —El vampiro señaló con la mirada—. Algo me dice que tienes más negocios.

Geralt maldijo por lo bajo. Por un paseo bordeado de cipreses caminaban hacia él dos caballeros. Reconoció al primero al instante, la enorme cabeza de toro sobre un campo blanco como la nieve no se podía confundir con ningún otro escudo. El segundo caballero, alto, entrecano, de rasgos noblemente angulosos, como esculpidos en granito, llevaba una cruz con flores de lis doradas sobre túnica azul.

Deteniéndose a la distancia prescrita de dos pasos, los caballeros hicieron una reverencia. Geralt y Regis les correspondieron, los cuatro mantuvieron el silencio ordenado por la tradición caballeresca, que debía durar diez latidos de corazón.

—Si los señores permiten —presentó Cabeza de Toro—, el barón Palmerín de Launfal. Yo, puede que los señores recuerden, me llamo…

—Barón de Peyrac-Peyran. Como si fuera posible olvidarlo.

—Tenemos algo para el señor brujo —fue al grano Peyrac-Peyran—. Relacionado con, por así decirlo, su profesión.

—Hablad.

—En privado.

—No tengo secretos para el señor Regis.

—Pero los nobles señores los tienen, con toda seguridad. —El vampiro sonrió—. Por eso, si me lo permitís, iré a echar un vistazo a aquel hermoso pabelloncito, que probablemente sea un recoleto excusado. Señor de Peyrac-Peyran… Señor de Launfal…

Se intercambiaron reverencias.

—Soy todo oídos. —Geralt quebró el silencio sin pensar ni por un instante que iba a esperar a que el corazón latiera diez veces.

—Se trata —Peyrac-Peyran bajó la voz y miró a su alrededor medrosamente— del súcubo… Va, de ese espíritu nocturno que embriaga. El que la condesa y las damas os pidieron destruir. ¿Os han prometido mucho dinero por matar al monstruo?

—Disculpad, pero esto es un secreto profesional.

—Por supuesto —habló Palmerín de Launfal, el caballero de la cruz de flores de lis—. En verdad es honorable vuestra actitud. Ciertamente, mucho temo injuriaros con nuestra propuesta, mas pese a ello la relataré. Romped ese contrato, señor brujo. No persigáis al súcubo, dejadlo en paz. No diciendo nada ni a la condesa ni a las damas. Y por mi honor, nosotros, hombres de Toussaint, superaremos la oferta de las damas. Os asombrará nuestra generosidad.

—La propuesta —dijo el brujo con voz fría— ciertamente no está muy lejos de la injuria.

—Don Geralt. —Palmerín de Launfal tenía una expresión dura y seria—. Os diré lo que nos ha impulsado a realizaros nuestra propuesta. Se trata de la fama

que os rodea de que matáis tan sólo a aquellas fieras que constituyen amenaza. Una amenaza real. No imaginada, surgida a partir de la ignorancia o los prejuicios. Permitid entonces que os diga que el súcubo no amenaza ni perjudica a nadie. Oh, embriaga en sueños… De vez en cuando… Y mortifica un poco…

—Pero sólo a los mayores de edad —añadió rápido Peyrac-Peyran.

—Las damas de Toussaint —dijo Geralt, mirando a su alrededor— no estarían demasiado contentas si se enteraran de esta conversación. Al igual que la condesa.

—Estamos completamente de acuerdo con vos —murmuró Palmerín de Launfal—. Es recomendable la más absoluta discreción. No conviene despertar mojigataterías dormidas.

—Abridme una cuenta en alguno de los bancos de enanos locales —dijo Geralt despacio y bajito—. Y asombradme con vuestra generosidad. Os advierto que no es fácil asombrarme.

—De todas formas, lo intentaremos —prometió Peyrac-Peyran con orgullo. Se intercambiaron reverencias de despedida.

Volvió Regis, quien, por supuesto, lo había escuchado todo con su oído vampírico.

—Ahora —dijo sin sonreír— también puedes decir por supuesto que ha sido un instinto involuntario y un impulso inexplicable. Pero te va a ser más bien difícil salirte de una cuenta abierta en un banco de enanos.

Geralt miró hacia lo alto, allá, por encima de las copas de los cipreses.

—Quién sabe —dijo—. Puede que pasemos aquí algunos días. Teniendo en cuenta las costillas de Milva puede que incluso más que algunos días. ¿Algunas semanas? Así que no hace ningún mal el que consigamos independencia financiera por este tiempo.

—Así que de ahí salió la cuenta en el banco de los Gianfanelli. —Reynart de Bois-Fresnes meneó la cabeza—. Vaya, vaya. Si la condesa se enterara de ello habría de seguro cambios en los rangos, habría una nueva distribución de patentes. Ja, ¿y no puede ser que yo ascendiera? Doy mi palabra de que es una pena que no tenga cualidades de soplón. Cuéntame ahora algo del famoso banquete que me causaba tanta alegría. ¡Tanto anhelaba tomar parte en él, comer y beber! Y me mandaron a la frontera, a hacer guardia, con un frío y un tiempo de perros. ¡Qué desespero, la suerte del caballero…!

—Al gran banquete tan ruidosamente anunciado —comenzó Geralt— le precedieron preparativos importantes. Hubo que encontrar a Milva, que se había escondido en los establos, hubo que convencerla de que de su participación en el banquete dependía el destino de Ciri y casi del resto del mundo. Hubo que ponerle un vestido casi por la fuerza. Luego hubo que obligar a Angoulême a

jurar que se comportaría como una dama, en especial que evitaría decir «puta» y «culo». Cuando por fin conseguimos todo esto y teníamos intenciones de descansar tomando vino, apareció el chambelán Le Goff, hinchado como vejiga de cerdo y oliendo a azúcar garrapiñado.

—En tales circunstancias tengo que señalar —comenzó con voz nasal el chambelán Le Goff— que en la mesa de su señoría no hay lugares de segunda categoría, nadie tiene derecho a sentirse agraviado por el lugar que le sea asignado a la mesa. Sin embargo, aquí, en Toussaint, guardamos férrea observancia de las antiguas tradiciones y costumbres, y según estas costumbres…

—Id, señor, al grano.

—El banquete de mañana. Me es preciso disponer la mesa según los honores y los rangos.

—Claro —dijo serio el brujo—. Os diré qué y cómo. El más digno entre todos nosotros es Jaskier.

—El señor vizconde Julián —dijo el chambelán, frunciendo la nariz— es huésped extraordinariamente honorable. Como tal se sentará a la derecha de su señoría.

—Claro —repitió el brujo, serio como la misma muerte—. ¿Y en lo que a nosotros respecta no aclaró cuáles son nuestros rangos, títulos y honores?

—Aclaró —el chambelán carraspeó— sólo que vuesas mercedes se hallan de incógnito en trabajos caballerescos, y ciertos pormenores tales como vuestros verdaderos nombres, pabellones y títulos no os es dado revelar a causa de un juramento de armas.

—Ciertamente así es. ¿Entonces cuál es el problema?

—¡Pues que yo tengo que disponer la mesa! Huéspedes sois, amén de conmilitones del señor vizconde, así que de todos modos habré de sentaros cerca de la cabeza de la mesa… Entre los barones. Mas no puede ser que todos seáis iguales, dignos señores y dignas señoras, puesto que nunca es así que todos sean iguales. Si alguno de vosotros por rango o nacimiento fuera más alto, debiera sentarse a la mesa principal, junto a la condesa…

—Él —el brujo señaló sin vacilación al vampiro, el cual no lejos de allí admiraba con profunda concentración un gobelino que ocupaba casi toda la pared— es conde. Pero chitón. Es un secreto.

—Comprendo. —El chambelán por poco no se atragantó de la impresión—. Siendo así… Lo colocaré a la derecha de la condesa Notturna, noble y agraciada tía de la señora condesa.

—No lo lamentaréis, ni vos, ni la tía. —Geralt tenía un rostro como de piedra —. No tiene él igual ni en maneras, ni en el arte de la conversación.

—Complacido estoy de oírlo. Vos por vuestra parte, señor de Rivia, os sentaréis junto a la venerable doña Fringilla. Así manda la tradición. La llevasteis a la Cuba, así que sois… hummm… su caballero, por así decirlo…

—Comprendido.

—Estupendo. Ah, señor conde…

—¿Cómo? —se asombró el vampiro, que acababa de alejarse del tapiz que mostraba una escena de lucha de gigantes con cíclopes.

—Nada, nada —sonrió Geralt—, sólo conversábamos.

—Ajá. —Regis afirmó con la cabeza—. No sé si lo habéis advertido… Pero aquel cíclope, en el gobelino, oh, ése, el de la porra… Mirad los dedos de su pie. Él, atrevámonos a decirlo, tiene dos pies izquierdos.

—Ciertamente —confirmó el chambelán Le Goff sin una pizca de asombro —. Hay más de los tales gobelinos en Beauclair. El maestro que lo tejió era un verdadero maestro. Pero bebía muchísimo. Como artista que era.

—Ya es hora —dijo el brujo, evitando la mirada de las muchachas excitadas por el vino y que le atisbaban a hurtadillas desde la mesa donde se entretenían con las profecías—. Vayámonos, Reynart. Paguemos, subamos a los caballos y vayamos a Beauclair.

—Sé adónde te corre tanta prisa. —El caballero enseñó sus dientes—. No tengas miedo, la de los ojos verdes te está esperando. Apenas es medianoche. Cuéntame del banquete.

—Te lo cuento y nos vamos.

—Nos vamos.

La vista de lo que estaba colocado en una gigantesca mesa en forma de herradura recordaba explícitamente que el otoño ya estaba pasando y que se iba hacia el invierno. Entre las viandas que se apilaban en fuentes y bandejas dominaba la caza en todas sus versiones y formas posibles. Había allí grandes cuartos de jabalí, muslos y solomillos de ciervo, diversos tipos de foie gras, gelatinas y rosadas lonjas de carne, todo con otoñal guarnición de setas, arándanos, mermelada de ciruelas y salsa de escaramujo. Había aves de otoño, ave lira, urogallo, pavo real, servidas con decoración de plumas y colas, había gallina pintada al horno, codornices y perdices, cercetas, chochas, gangas y tordos. Había allí también verdaderas delicatessen, como zorzales asados en una pieza, sin destriparlos, puesto que las bayas de enebro de las que están llenas las entrañas de estos pequeños pájaros obran de especia natural. Había allí también truchas asalmonadas de los lagos montaraces, había sandías, había hígados de lotas y lucios. Un acento verde lo ponían las collejas, un tipo de lechuga del otoño

tardío que, si surgía tal necesidad, era posible hasta rebuscar bajo la nieve.

El muérdago sustituía a las flores.

En mitad de la parte superior de la herradura de la mesa de honor a la que se sentaban la condesa Anarietta y los invitados más importantes, sobre una gran bandeja de plata colocaron la decoración de la velada. Entre trufas, flores hechas de zanahoria, limones partidos por la mitad y corazones de alcachofa descansaba un enorme esturión y sobre su lomo había una garza que se sostenía sobre un solo pie y asada de una pieza que sujetaba en su pico alzado un anillo de oro.

—Juro por esta garza —gritó, levantándose y alzando la copa, Peyrac-Peyran, el caballero de la cabeza de toro en el escudo, bien conocido del brujo—. ¡Por esta garza juro defender el honor y el orgullo caballerescos y doy mi palabra y prometo que nunca, pero nunca, le dejaré el campo a nadie!

El juramento fue gratificado con una ronca ovación. Y luego se liaron con la comida.

—¡Juro por esta garza! —gritó otro caballero con unos agresivos bigotes retorcidos hacia arriba como una escoba—. ¡Juro defender hasta la última gota de sangre en mis venas las fronteras de su señoría Anna Henrietta! ¡Y para demostrar mejor mi lealtad, juro mandar que pinten en mi escudo una garza y luchar de incógnito durante un año, escondiendo mi nombre y pabellón y haciéndome llamar el Caballero de la Garza Blanca! ¡Salud a nuestra señora la condesa!

—¡Salud! ¡Suerte! ¡Viva! ¡Viva nuestra señora!

Anarietta agradeció con un leve ademán de su cabeza decorada con una diadema de diamantes. Llevaba tantos diamantes con ella que sólo con pasar al lado ya hubiera arañado el cristal. Junto a ella estaba sentado Jaskier, riéndose como un tonto. Un poco más allá, entre dos matronas, estaba sentado Emiel Regis. Iba vestido con un caftán de terciopelo negro con el que tenía aspecto de vampiro. Servía a las matronas y las entretenía con su conversación, que ellas escuchaban fascinadas. Geralt cogió un cuenco con una perca cubierta de perejil, sirvió a Fringilla Vigo, que estaba sentada a su izquierda, vestida con un traje de atlas violeta y un hermosísimo collar de amatistas que se disponía graciosamente sobre su escote. Fringilla, observándolo por debajo de sus negras pestañas, alzó la copa y sonrió enigmáticamente.

—A tu salud, Geralt. Me alegro de que nos hayan sentado juntos.

—Antes que acabes, no te alabes. —Le devolvió la sonrisa; estaba, al fin y al cabo, de buen humor—. Apenas ha comenzado el banquete.

—Al contrario. Lleva ya lo suficiente como para que me lances un piropo. ¿Cuánto voy a tener que esperar todavía?

—Eres extraordinariamente hermosa.

—¡Tranquilo, tranquilo, con más moderación! —Sonrió, y él hubiera jurado que de todo corazón—. A esta velocidad da miedo pensar adónde podemos llegar

antes de que termine el banquete. Comencemos por… Hum… Di que tengo un vestido muy bonito y que me sienta muy bien el violeta.

—Te sienta muy bien el violeta. Aunque a mí, lo reconozco, me gustabas más de blanco.

Geralt distinguió un desafío en sus ojos color esmeralda. Le dio miedo aceptarlo. Su buen humor no llegaba hasta ese punto.

Enfrente habían puesto a Cahir y Milva. Cahir estaba sentado entre dos nobles damiselas muy jóvenes, probablemente baronesas, que no paraban de gorgojear. Por su parte, la arquera hacía compañía a un caballero viejo, sombrío y taciturno como una piedra que tenía el rostro lleno de cicatrices de viruela. Algo más allá estaba sentada Angoulême, metiendo bureo entre los jóvenes caballeros andantes.

—¿Y esto qué es? —gritó levantando un cuchillo de plata con la mano.

—Tales cuchillos son de uso en Beauclair —aclaró Fringilla— desde los tiempos de la condesa Carolina Roberta, abuela de Ana Henrietta. A Caroberta la ponía negra que durante los banquetes los invitados anduvieran hurgándose en los dientes con los cuchillos. Y con un cuchillo con la punta redondeada no hay forma de hurgarse.

—No hay forma. —Angoulême se mostró de acuerdo, al tiempo que hacía una mueca pícara—. ¡Por suerte nos han dado también los tenedores!

Fingió que se llevaba el tenedor a los labios, ante la amenazadora mirada de Geralt lo dejó. El caballerete que se sentaba a su derecha se rió con un vibrante falsete. Geralt tomó una cazuela de pato en áspic, sirvió a Fringilla. Vio cómo Cahir se partía en dos y hasta en tres para satisfacer los deseos de las baronesas, las cuales, por su parte, le miraban como si fuera el arco iris. Vio cómo los caballeros jóvenes remolineaban en torno a Angoulême, compitiendo en servirle las viandas y estallando en risas con sus bromas tontas.

Vio cómo Milva deshacía un pedazo de pan, mirando al mantel. Fringilla parecía leer sus pensamientos.

—Mal ha caído —susurró, inclinándose hacia él— tu compañera la de pocas palabras. En fin, tales cosas pasan al poner la mesa. El barón de Trastámara no peca de cortesía. Ni de elocuencia.

—Puede que hasta sea lo mejor —respondió Geralt en voz baja—. Un afectado cortesano hubiera sido peor. Conozco a Milva.

—¿Estás seguro? —Le lanzó una rápida mirada—, ¿Y no será que la mides con tu propia vara? La cual, hablando en plata, es bastante cruel.

Él no respondió, en vez de ello le sirvió vino. Y reconoció que ya era hora de aclarar cierta cuestión.

—Eres una hechicera, ¿verdad?

—Verdad —reconoció, enmascarando estupendamente su asombro—. ¿Cómo lo has reconocido?

—Percibo el aura. —No entró en detalles—. Y tengo experiencia.

—Para que todo quede claro —dijo al cabo—. No era mi intención engañar a nadie. Sin embargo, no tengo obligación ninguna de ir mostrando mi profesión ni de ponerme un gorro picudo ni un manto negro. ¿Para qué van a tener que asustar a los niños conmigo? Tengo derecho al incógnito.

—No lo niego.

—Estoy en Beauclair porque aquí se encuentra la mayor y más rica biblioteca del mundo conocido. Aparte de las de las universidades, se entiende. Pero las universidades guardan celosamente el acceso a sus estanterías y aquí yo soy pariente y amiga de Anarietta y puedo hacer todo lo que quiera.

—Qué envidia.

—Durante la audiencia Anarietta sugirió que la biblioteca puede guardar alguna pista útil para ti. No te dejes engañar con su exaltación teatrera. Ella es así. Y lo de que encuentres algo en los libros por supuesto que no se puede descartar, bah, hasta es muy posible. Basta con saber el qué y dónde buscar.

—Por supuesto. Nada más.

—El entusiasmo de tus respuestas ciertamente eleva el espíritu y anima a continuar la conversación. —Entrecerró los ojos—. Me imagino el motivo. No confías en mí, ¿no es cierto?

—¿Un poco de ganga?

—¡Juro por la garza! —Un joven al final de la herradura se levantó y se cubrió un ojo con una banda que le tendió su vecina en la mesa—. ¡Prometo no quitarme esta banda mientras no sean exterminados del todo los bandoleros del paso de Cervantes!

La condesa mostró su satisfacción con una señorial inclinación de su diadema poblada de brillantes.

Geralt contaba con que Fringilla no iba a seguir con el tema. Se equivocaba.

—No me crees ni confías en mí —dijo—. Me has dado un golpe doblemente doloroso. No sólo dudas de que quiera ayudarte sinceramente, sino que además no crees que pueda. ¡Oh, Geralt! Me has herido hasta el fondo de mi orgullo y mi altiva ambición.

—Escucha…

—¡No! —Alzó el tenedor y el cuchillo como si le amenazara con ellos—. No te justifiques. No soporto a los hombres que se justifican.

—¿Y qué tipo de hombres soportas?

Entrecerró los ojos, pero todavía sujetaba los cubiertos como si fueran puñales dispuestos a atacar.

—La lista es larga —dijo despacio— y no quiero aburrirte con los detalles. Sólo te contaré que en ella ocupan un lugar muy alto aquellos hombres que, por su amada, están dispuestos a ir al fin del mundo, sin vacilar, despreciando el riesgo y el peligro. Y no renuncian ni siquiera aunque parezca que no tienen

posibilidad de éxito.

—¿Y las otras posiciones en la lista? —no pudo contenerse—. ¿Los otros hombres que te gustan? ¿También están locos?

—¿Y qué es la verdadera masculinidad —meneó la cabeza burlona—, sino una mezcla en las proporciones adecuadas de estilo y locura?

—¡Señoras y señores, barones y caballeros! —gritó el chambelán Le Goff en voz alta al tiempo que se levantaba y elevaba con las dos manos una gigantesca copa—. En estas circunstancias me permito realizar un brindis: ¡a la salud de su serenísima señoría la condesa Anna Henrietta!

—¡Salud y felicidad!

—¡Hurra!

—¡Que viva! ¡Viva!

—Y ahora, señoras y señores. —El chambelán depositó la copa, hizo un gesto festivo hacia los lacayos—. Ahora… ¡Magna Bestia!

En una cazuela que tenían que transportar en una especie de andas cuatro criados, entró en la sala un gigantesco asado que embargó todo de un aroma maravilloso.

—¡Magna Bestia! —estallaron en coro los comensales—. ¡Hurra! ¡Magna Bestia!

—¿Qué puta bestia otra vez? —Angoulême expresó su inquietud en voz alta—. No voy a comer mientras no me entere de lo que es.

—Es un ciervo —le aclaró Geralt—. Un asado de ciervo.

—Y no de cualquiera —habló Milva, carraspeando—. El venao tenía como siete arrobas.

—Tontunas. Siete arrobas y cuarenta libras —dijo con voz ronca el aviruelado barón sentado a su lado. Fueron las primeras palabras que había soltado desde el principio del banquete.

Puede que aquél hubiera sido el principio de una conversación, pero la arquera enrojeció, clavó los ojos en el mantel y continuó desmigando el pan. Pero Geralt se había tomado en serio las palabras de Fringilla.

—¿Acaso fuisteis vos, barón —preguntó—, quien abatió a este enorme venado?

—No yo —negó el aviruelado—. Mi yerno. Un tirador de lujo. Mas esto es plática de hombres, por así decirlo… Disculpad. No hay por qué aburrir a las damas…

—¿Y con qué arco? —preguntó Milva, aún mirando el mantel—. A seguro que no menos que uno de setenta.

—Laminado. Capas de tejo, acacia y fresno, atadas con tendones —respondió con voz lenta el barón, a todas luces sorprendido—. Tensado doblemente con un zefar. Setenta y cinco libras de fuerza.

—¿Y tensión?

—Veintinueve pulgadas. —El barón hablaba cada vez más lentamente, se diría que escupía cada palabra.

—Verdadera máquina —dijo Milva con serenidad—. Con esto se tira a un ciervo hasta a cien pasos. Si el tirador es de veras bueno.

—Yo —gruñó el barón como un poco picado— acierto a veinticinco pasos, por así decirlo, a un faisán.

—A veinticinco —Milva alzó la cabeza— yo acierto a una ardilla.

El barón carraspeó, excitado, sirvió presto bebida y comida a la arquera.

—Un buen arco —murmuró— no es más que la mitad del éxito. Pero no menos importante es, por así decirlo, la calidad del tiro. Advertid, mi señora, que según mi parecer, el tiro…

—¡Salud a su señoría Anna Henrietta! ¡Salud al vizconde Julián de Lettenhove!

—¡Salus! ¡Vivant!

—… y ella le puso el culo —terminó Angoulême otra de sus estúpidas anécdotas. Los jóvenes caballeros estallaron en risas estruendosas. Las baronesas llamadas Queline y Nique escuchaban las historias de Cahir con la boca abierta, los ojos brillantes y las mejillas ardientes. En la mesa principal, toda la alta aristocracia escuchaba las predicas de Regis. Hasta Geralt, pese a su oído de brujo, apenas llegaban algunas palabras aisladas, aunque se dio cuenta de que estaban hablando de fantasmas, estriges, súcubos y vampiros. Regis gesticulaba con un tenedor de plata y probaba que el mejor remedio contra los vampiros es la plata, metal cuyo mínimo contacto era fatal para el vampiro. ¿Y el ajo?, preguntaron algunas damas. El ajo también es efectivo, reconoció Regis, aunque es problemática compañía, puesto que huele muy mal.

En la galería tocaba bajito una orquesta los rabeles y los caramillos, los acróbatas, malabaristas y tragafuegos alardeaban de su arte. El bufón intentaba hacer reír, pero no le llegaba ni a los talones a Angoulême. Luego apareció un osero con su oso y el oso, para general regocijo, se cagó en el suelo. Angoulême se entristeció y se apagó: era difícil competir con algo como aquello.

La condesa de picuda nariz se enfureció de improviso, a causa de alguna palabra descuidada uno de los barones perdió el favor y se fue a la torre bajo escolta. Pocos hubo que —aparte del propio interesado— se preocuparan con este asunto.

—Tú no te vas a ir tan rápido de aquí, incrédulo —dijo Fringilla Vigo, balanceado una copa—. Aunque lo que más te gustaría es irte ya mismo, no lo conseguirás.

—Por favor, no me leas la mente.

—Perdona. Tus pensamientos eran tan fuertes que los leí sin quererlo.

—No te haces una idea de cuántas veces he oído esto ya.

—No te haces una idea de lo que sé. Por favor, come alcachofas, son muy

sanas, le vienen bien al corazón. El corazón es un órgano muy importante para el hombre. El segundo en lo que concierne a su importancia.

—Pensaba que lo más importante son el estilo y la locura.

—Los atributos del espíritu deben ir emparejados con los valores del cuerpo. Esto da la perfección.

—Nadie es perfecto.

—Eso no es argumento. Hay que intentarlo. ¿Sabes qué? Creo que voy a pedirte esas gangas.

Cortó el pájaro en el plato con tanta velocidad y tan bruscamente que el brujo hasta tembló.

—No te irás de aquí tan rápido —dijo—. En primer lugar porque no tienes por qué. Nada te amenaza…

—Nada de nada, ciertamente. —No aguantó y tomó la palabra—. Los nilfgaardianos se asustarán con la nota de protesta emitida por la chancillería de la condesa. Y si se arriesgaran a venir, los expulsarían de aquí los caballeros andantes de bandas en los ojos y jurando por la garza.

—Nada te amenaza —repitió, sin prestar atención a su sarcasmo—. A Toussaint se le considera por lo general como un condado de cuento, ridículo e irreal, que para colmo, a causa de su producción de vino, está en estado de embriaguez permanente e inmutable alegría báquica. Como quien no es tratado en serio por nada, disfruta de determinados privilegios. Al fin y al cabo provee de vino, y sin vino la vida, como es de todos sabido, no existe. Por eso en Toussaint no actúan agentes algunos, espías ni servicios secretos. Y no hace falta un ejército, basta con los caballeros andantes con el ojo tapado. Nadie atacará Toussaint. Por tu gesto veo que no te he convencido del todo.

—No del todo.

—Una pena. —Fringilla entrecerró los ojos—. Me gusta llegar hasta el fondo. No soporto las medias tintas ni las promesas a medias. Ni las cosas dichas a medias. De modo que lo diré todo: Fulko Artevelde, prefecto de Riedbrune, piensa que estás muerto, los que huyeron le informaron de que los druidas os quemaron vivos a todos. Fulko hace lo que puede para tapar todo el asunto, que tiene toda la pinta de un escándalo. Tiene en ello interés, al fin y al cabo, se preocupa por su propia carrera. Incluso si le llegara la noticia de que estás vivo, será demasiado tarde. La versión que haya dado en sus informes será la obligatoria.

—Mucho sabes.

—Nunca lo he ocultado. De modo que el argumento de la persecución de los nilfgaardianos desaparece. Y simplemente faltan otros que fueran decisivos para irse pronto.

—Interesante.

—Pero cierto. De Toussaint se puede salir por cuatro puertos que conducen a

las cuatro partes del mundo. ¿Cuál de los puertos eliges? Los druidas no te dijeron nada y se negaron a colaborar. El elfo de la montaña ha desaparecido…

—De verdad que sabes mucho.

—Eso ya lo dijimos.

—Y quieres ayudarme.

—Y tú rechazas mi ayuda. No crees en la sinceridad de mis intenciones. No confías en mí.

—Escucha, yo…

—No te justifiques. Come más alcachofas.

De nuevo alguien juró por la garza, Cahir les dirigía cumplidos a las baronesas. A Angoulême, achispada, se la oía por toda la sala. El barón aviruelado, animado por las pláticas acerca de arcos y flechas, comenzó incluso a flirtear con Milva.

—Por favor, señora mía, probad el jamón de jabalí. Ah, por así decirlo… En las mis posesiones hay tales campos cerrados donde hay, por así decirlo, piaras de ellos.

—Oh.

—Encuéntranse allí buenas piezas, bichos de tres arrobas… Temporada es… Si vuesa merced lo deseara… Podemos, por así decirlo, de montería…

—Mas no andaremos nosotros largo por estos andurriales —Milva dirigió una extraña mirada petitoria a Geralt—. Puesto que, con perdón de vuesa merced, tenemos nosotros asuntillos de más categoría que los de la caza…

» Aunque —añadió muy rápido al ver cómo el barón se entristecía— con grande gana que me iría con vuesa merced a la caza de las negras bestias.

Al barón se le iluminó el rostro de pronto.

—Si no a la caza, entonces —anunció animado—, entonces a la mi casa os invito. A mi residencia. Os mostraré mi colección de cornamentas, testas, por así decirlo, de pipas y de sables…

Milva clavó la mirada en el mantel.

El barón agarró una bandeja con zorzales, le sirvió a ella, luego sirvió vino en la copa.

—Disculpad —dijo—. Palaciego no soy. No sé entretener. No sirvo para pláticas de corte.

—Yo —respondió Milva tosiendo— en el monte me crié. Sé apreciar el silencio.

Fringilla encontró bajo la mesa la mano de Geralt y la apretó con fuerza. Geralt la miró a los ojos. No era capaz de adivinar lo que se escondía en ellos.

—Confío en ti —dijo—. Creo en la sinceridad de tus propósitos.

—¿No mientes?

—Lo juro por la garza.

El sereno local debía de haber trasegado lo suyo para celebrar el Yule, puesto que andaba dando tumbos, daba con la alabarda en los letreros de las tiendas y anunciaba en voz alta, se diría que incluso gritando, que eran las diez en el reloj, aunque en realidad era ya bastante más de la medianoche.

—Vete solo a Beauclair —dijo inesperadamente Reynart de Bois-Fresnes al poco de que salieran de la posada—. Yo me quedo aquí. Hasta mañana. Adiós, brujo.

Geralt sabía que el caballero tenía cierta dama amiga en el pueblo, cuyo marido estaba a menudo en viaje de negocios. No hablaban nunca de ello, puesto que los hombres no hablan de tales asuntos.

—Adiós, Reynart. Ten cuidado con el skoffin. No vaya a pudrirse.

—Está helando.

Estaba helando. Las callejuelas estaban vacías y oscuras. La luz de la luna iluminaba los tejados, relucía como un diamante sobre los soplillos de hielo, pero no alcanzaba el fondo de los callejones. Las herraduras de Sardinilla golpeaban contra el empedrado. *Sardinilla*, pensó el brujo, mientras se dirigía hacia el palacio de Beauclair. *Una yegua garbosa de color gris, regalo de Anna Henrietta. Y de Jaskier*. Espoleó al caballo. Tenía prisa.

Después del banquete se vieron durante el desayuno, para el que se habían acostumbrado a acudir a la cocina del complejo del castillo. Siempre les recibían bien allí, no se sabe bien por qué. Siempre se encontraba algo caliente allí para ellos, directamente de la cazuela, la sartén o el asador, siempre se encontraba pan, manteca, tocino, queso y níscalos en adobo. Nunca faltaba una jarra o dos de algún producto tinto o blanco de los famosos viñedos locales.

Siempre iban allí. Durante las dos semanas que llevaban en Beauclair. Geralt, Regis, Cahir, Angoulême y Milva. Sólo Jaskier desayunaba en otro lado.

—¡A él —comentó Angoulême mientras untaba el pan— la manteca con torreznos se la traen a la cama! ¡Y le hacen reverencias!

Geralt tendía a pensar que era precisamente así. Y precisamente aquel día decidió comprobarlo.

Encontró a Jaskier en la sala del homenaje. El poeta llevaba en la cabeza una boina color carmín, grande como un pan de harina de flor, y vestía un *doublet* del mismo tono, ricamente bordado con hilo de oro. Estaba sentado en un taburete con el laúd en las rodillas y con torpes movimientos de cabeza reaccionaba a los cumplidos de las damas y cortesanos que le rodeaban.

Por suerte, no se veía a Anna Henrietta en el horizonte. De modo que Geralt

rompió el protocolo sin vacilar y se acercó osadamente a la escena. Jaskier lo distinguió al punto.

—Tengan la bondad vuesas mercedes —se infló y agitó la mano de forma verdaderamente regia— de dejarnos solos. ¡El servicio ha de alejarse también!

Dio una palmada, y antes de que rebotara el eco ya estaban solos en la sala del homenaje, junto con las armaduras, las pinturas, las panoplias y el fuerte olor a polvos dejado por las damas.

—Bonita diversión —afirmó Geralt sin exagerado retintín— es el echarlos así, ¿no? Debe de ser un sentimiento bonito, el dar una orden con gesto de señor, una palmada, un fruncimiento de ceño monárquico. Mirar cómo se van de espaldas, como los cangrejos, doblándose ante ti en reverencias. Bonita diversión, ¿no? ¿Señor favorito?

Jaskier frunció el ceño.

—¿Quieres algo concreto? —preguntó con acidez—. ¿O es sólo hablar por hablar?

—Se trata de algo muy concreto. Tan concreto que no se puede más.

—Habla entonces, te escucho.

—Necesitamos tres caballos. Para mí, Cahir y Angoulême. Y dos de refresco. En conjunto tres buenos alazanes más dos de carga. De carga, bueno, pueden ser mejor mulas, cargadas con provisiones y heno. Imagino que tu condesa te valorará hasta ese punto, ¿no? ¿La habrás servido lo suficiente, espero?

—No habrá en ello problema alguno. —Jaskier, sin mirar a Geralt, se puso a afinar el laúd—. Sólo me asombran tus prisas. Diría que me asombran hasta el mismo nivel que tu sarcasmo.

—¿Te asombran las prisas?

—Para que lo sepas. Se acaba octubre y el tiempo está empeorando visiblemente. Un día de éstos nevará en los puertos.

—Y te asombras de las prisas. —El brujo meneó la cabeza—. Pero bien que me lo hayas recordado. Consígueme también ropa de abrigo. De piel.

—Pensaba —dijo despacio Jaskier— que íbamos a pasar aquí el invierno. Que nos quedaríamos aquí…

—Si quieres —lanzó Geralt sin pensárselo—, te quedas.

—Quiero. —Jaskier se levantó de pronto, depositó el laúd a un lado—. Y me quedo.

El brujo aspiró sonoramente. Guardó silencio. Miró el gobelino en el que se representaba la lucha de un titán con un dragón. El titán, firmemente de pie sobre dos pies izquierdos, intentaba quebrarle la mandíbula al dragón, pero el dragón no parecía muy entusiasmado.

—Me quedo —repitió Jaskier—. Amo a Anarietta. Y ella me ama.

Geralt seguía callado.

—Tendréis vuestros caballos —siguió el poeta—. Mandaré preparar para ti

una yegua de raza llamada Sardinilla, se entiende. Se os equipará, aprovisionará y se os vestirá abrigadamente. Pero yo os aconsejo sinceramente que esperéis hasta la primavera. Anarietta…

—¿Estoy oyendo bien? —El brujo recuperó por fin la voz—. ¿No me engaña el oído?

—La razón —bufó el trovador— la tienes sin duda embotada. En lo que se refiere a otros sentidos, no lo sé. Repito: nos amamos, Anarietta y yo. Me quedaré en Toussaint. Con ella.

—¿Como qué? ¿Amante? ¿Favorito? ¿O puede que conde consorte?

—El estatus jurídico formal me es del todo igual —reconoció Jaskier con sinceridad—. Pero no se puede excluir nada. El matrimonio tampoco.

Geralt calló de nuevo, contemplando la lucha del titán con el dragón.

—Jaskier —dijo al fin—. Si has bebido, desembriágate. Si no has bebido, entonces bebe. Entonces hablaremos.

—No entiendo —Jaskier frunció el ceño— por qué hablas así.

—Piensa un poco.

—¿En qué? ¿Tanto te ha enfurecido mi relación con Anarietta? ¿Quieres, puede ser, apelar a mi razón? Ahórratelo. Yo ya he reflexionado sobre ello. Anarietta me ama…

—¿Conoces el refrán que dice: el favor de la princesa monta a caballo? Incluso si esa tu Anarietta no es una frívola, y frívola, perdona mi sinceridad, ella me parece, entonces…

—¿Entonces qué?

—Que sólo en los cuentos las condesas se casan con los músicos.

—En primer lugar —Jaskier se infló— hasta un patán como tú debe haber oído hablar de los matrimonios morganáticos. ¿Tengo que sacarte ejemplos de la historia antigua y moderna? En segundo lugar, puede que esto te asombre, yo para nada soy de los de más abajo. Mi familia, los Lettenhove, proceden de…

—Te estoy oyendo —Geralt le interrumpió de nuevo, enfadándose— y me embarga el asombro. ¿Si es de verdad mi amigo Jaskier quien habla tales chorradas? ¿Si ciertamente mi amigo Jaskier ha perdido toda pizca de razón? ¿Si es Jaskier, al que conocía como realista, quien ahora, sin venir a cuento, comienza a vivir en la esfera de las ilusiones? Te voy a abrir los ojos, cretino.

—Ajá —dijo Jaskier lentamente, apretando los labios—. Qué curiosa inversión de papeles. Yo estoy ciego, tú por tu parte te has convertido en atento y vigilante observador. Por lo común era al contrario. ¿Y cuál de las cosas, por curiosidad, que son visibles para ti soy incapaz de ver? ¿Eh? ¿A qué tengo, en tu opinión, que abrir los ojos?

—Aunque no fuera más que a que tu condesa —el brujo arrastró las palabras — es una niña malcriada, de la que ha surgido una mujer malcriada, arrogante y ridícula. A que te regaló con suspiros fascinada por la novedad y te mandará al

garete en cuanto que aparezca un nuevo músico con un repertorio más nuevo y fascinante.

—Bajo y vulgar es lo que dices. ¿Eres consciente de ello, espero?

—Soy consciente de tu falta de consciencia. Estás loco, Jaskier.

El poeta guardó silencio, acariciando el mango de su laúd. Tardó un tiempo en hablar.

—Nos fuimos de Brokilón —comenzó lentamente— en una misión de locos. Aceptando un riesgo irracional, nos lanzamos a la búsqueda loca y sin la más mínima posibilidad de éxito de un espejismo. Una quimera, una alucinación, un sueño loco, un ideal absolutamente inalcanzable. Nos lanzamos en persecución como locos, como tontos. Pero yo, Geralt, no dije ni una sola palabra de queja. No te llamé loco, ni me burlé. Porque dentro de ti había esperanza y amor. Ellos te conducían en esa misión de locos. A mí al fin y al cabo también. Pero yo ya alcancé mi espejismo, y tuve tanta suerte que mi fantasía se hizo realidad y mi sueño se cumplió. Mi misión se ha terminado. Encontré lo que es difícil encontrar. Y tengo intención de conservarlo. ¿Y esto es locura? Locura sería si lo abandonara y lo soltara de mis manos.

Geralt guardó silencio tanto tiempo como lo había guardado Jaskier antes que él.

—Verdadera poesía —dijo por fin—. Y en ella es difícil ganarte. Así que no diré ya ni palabra. Has derribado todos mis argumentos. Con la ayuda, lo reconozco, de argumentos en verdad certeros. Adiós, Jaskier.

—Adiós, Geralt.

La biblioteca del palacio era ciertamente enorme. La sala en la que se albergaba superaba por lo menos dos veces en tamaño a la sala del homenaje. Y tenía un techo de cristal. Gracias a ello estaba bien iluminada. Geralt se imaginó sin embargo que en verano debía de hacer allí un calor de todos los demonios.

Los pasos entre las estanterías y los anaqueles eran estrechos y angostos, anduvo con cuidado, para no tirar los libros. Tenía también que saltar por encima de los volúmenes que estaban colocados en el suelo.

—Estoy aquí —escuchó.

El centro de la biblioteca desaparecía entre los libros, colocados en montones y pilas. Muchos de ellos yacían completamente desordenados, de uno en uno o en cúmulos pintorescos.

—Aquí, Geralt.

Se introdujo en los librescos cañones y gargantas. Y la halló. Estaba de rodillas entre unos incunables arrojados al suelo, hojeándolos y ordenándolos. Vestía un sencillo vestido gris, subido un tanto para estar más cómoda. Geralt pensó que se trataba de una vista extremadamente atractiva.

—No te molestes por este desorden —dijo, al tiempo que se limpiaba la frente con una manga, porque en las manos llevaba puestos unos finos guantes de seda muy sucios por el polvo—. Están haciendo inventario y catalogando. Pero a petición mía interrumpieron los trabajos, para que pudiera estar sola en la biblioteca. Cuando trabajo no soporto tener una mirada extraña en la nuca.

—Lo siento. ¿Tengo que irme?

—Tú no eres un extraño. —Frunció un tanto sus ojos verdes—. Tu mirada… me produce placer. No te quedes así. Siéntate aquí, sobre estos libros.

Se sentó sobre *La descripción del mundo*, editado in folio.

—Este galimatías —con un ambiguo gesto señaló a su alrededor— me ha facilitado inesperadamente el trabajo. Pude llegar a algunos tomos que normalmente están allá en el fondo, bajo una roca inamovible. Las bibliotecarias de la condesa movieron los montones con un gigantesco esfuerzo, gracias al cual vieron la luz del día algunas joyas de la literatura, verdaderos mirlos blancos. Mira. ¿Habías visto alguna vez algo así?

—¿*Speculum aureum*? Lo he visto.

—Lo olvidé, perdona. Tú has visto mucho. Esto era un cumplido, no un sarcasmo. Pero echa un vistazo a esto, oh. Es la *Gesta regum*. Comenzaremos por esto para que entiendas quién es de verdad tu Ciri, qué sangre fluye por sus venas… Tienes la cara más enfadada que de costumbre, ¿sabes? ¿Cuál es la razón?

—Jaskier.

—Cuenta.

Contó. Fringilla escuchó, sentada en un montón de libros, con un pie sobre el otro.

—En fin —suspiró cuando él hubo terminado—. Reconozco que me esperaba algo de este estilo. Anarietta, hace mucho que lo advertí, muestra síntomas de enamoramiento.

—¿Enamoramiento? —bufó él—. ¿O de antojos de gran señora?

—¿Tú no crees —lo miró inquisitivamente—, por lo que parece, en el amor verdadero y limpio?

—Mi fe —cortó— no es precisamente el tema del debate ni tiene nada que ver con ello. Se trata de Jaskier y de su estúpida…

Se interrumpió, perdiendo de pronto su seguridad.

—Con el amor —dijo Fringilla lentamente— es como con un cólico nervioso. Mientras no te dé un ataque ni siquiera puedes imaginarte qué es eso. Y cuando te lo describen, no lo crees.

—Algo de ello hay —reconoció el brujo—. Pero también hay diferencias. La razón no te preserva de un cólico nervioso. Ni lo cura.

—El amor se burla de la razón. Y ahí yace su belleza y encanto.

—Su estupidez, más bien.

Ella se levantó y se acercó a él, al tiempo que se quitaba los guantes. Sus ojos daban la sensación de ser oscuros y profundos detrás de la cortina de sus pestañas. Olía a ámbar, a rosas, a polvo de biblioteca, a papel podrido, a minio y colorante de imprenta, a tinta china, a estricnina, con la que se intentaba envenenar a los ratones de la biblioteca. Aquellos olores no tenían mucho que ver con un afrodisíaco. Por ello, más extraño fue que funcionara.

—¿No crees —dijo ella con la voz cambiada— en el impulso repentino? ¿En la atracción brusca? ¿En el encuentro de dos bólidos que vuelan en trayectoria de colisión? ¿En los cataclismos?

Extendió la mano, tocó su hombro. Él la tocó a ella en el hombro. Los rostros se acercaron aún con cierta reserva, atentos y en tensión, los labios se unieron también con cuidado y delicadeza, como si temieran espantar a una criatura muy, pero que muy asustadiza.

Y luego los bólidos se encontraron y tuvo lugar el cataclismo. Cayeron sobre un montón de folios que se desparramaron por todos lados bajo su peso. Geralt metió la nariz en el escote de Fringilla, la abrazó con fuerza y sujetó por detrás de las rodillas. En la operación de subirle el vestido por encima del talle le estorbaron diversos libros, entre ellos el *Vidas de los profetas*, lleno de misteriosas iniciales e ilustraciones, así como el *De haemorrhoidibus*, un interesante, aunque controvertido, tratado de medicina. El brujo empujó los volúmenes a un lado, tiró del vestido con impaciencia. Fringilla alzó los muslos voluntariosa. Algo le molestaba en el hombro. Volvió la cabeza. *La ciencia del arte del parto para mujeres*. Rápidamente, para no tentar al demonio, miró en dirección opuesta. *De las aguas calientes sulfurosas*. Cierto, cada vez hacía más calor. Con el rabillo del ojo vio el frontispicio del libro abierto en el que descansaba su cabeza. *Notas sobre la inexcusable muerte*. *Aún mejor*, pensó.

El brujo forcejeaba con las bragas. Ella alzó los muslos, pero esta vez sólo levemente para que pareciera un movimiento fortuito y no una ayuda. No lo conocía, no sabía cómo reaccionaba ante las mujeres. Si acaso a las que saben lo que quieren no preferiría aquellas que fingen que no saben. Y si no le desanimaba el que las bragas ofrecieran resistencia.

El brujo sin embargo no parecía mostrar ningún síntoma de desánimo. Se podría decir que antes al contrario. Viendo que ya era hora, Fringilla abrió las piernas con entusiasmo e ímpetu, haciendo caer un montón de libros y fascículos amontonados en pilas, los cuales se derramaron sobre ellos como un alud. El *Derecho hipotecario*, encuadernado en curtida piel, se apoyó en sus nalgas y el *Codex diplomaticus*, adornado con guarniciones de latón, cayó en la muñeca de Geralt. Geralt valoró y aprovechó la situación al vuelo: colocó el obeso tomo donde había que hacerlo. Fringilla chilló, porque las guarniciones estaban frías. Pero sólo un momento.

Suspiró profundamente, soltó los cabellos del brujo, extendió los brazos y sus manos aferraron sendos libros, la mano izquierda sujetó la *Geometría descriptiva*, la derecha el *Esbozo sobre reptiles y anfibios*.

Geralt, que la sujetaba por las caderas, sin quererlo derrumbó de una patada otro montón de libros, estaba sin embargo demasiado ocupado como para preocuparse por los folios que llovieron sobre ellos. Fringilla, jadeando espasmódicamente, hundió la cabeza entra las páginas de *Notas sobre la inexcusable…*

Los libros rodaban con un susurro, el fuerte olor a polvo viejo taladraba la nariz. Fringilla gritó. El brujo no lo oyó, porque apoyó los muslos en sus orejas. Arrojó de sí la *Historia de las guerras* y el *Almacén de todas las ciencias necesarias para la vida*, que le estaban molestando. Peleando lleno de impaciencia con los botoncillos y ganchos de la parte superior del vestido, se movió del sur al norte, leyendo sin quererlo los títulos en las cubiertas, lomos, frontispicios y primeras páginas. Bajo el talle de Fringilla: *El perfecto agricultor*. Bajo sus axilas, no lejos de un pequeño, hermoso y arrogantemente firme pecho: *De los alcaldes inútiles y porfiados*. Bajo el codo: *Economía o simple descripción de cómo se forja, dispensa y aprovecha la riqueza. Notas sobre la inexcusable muerte*, leyó, con los labios ya en el cuello de ella y las manos en la cercanía de *Los alcaldes…* Fringilla expulsaba unos sonidos difíciles de clasificar: no eran gritos, ni gemidos, ni suspiros.

Las estanterías temblaban, los montoncillos de libros se sacudían y caían, acumulándose como si fueran piedras durante un violento terremoto. Fringilla gritó. Un mirlo blanco cayó con un estampido de una de las estanterías, se trataba de una primera edición de *De larvis scenicis et figuris comicis*, detrás de él cayó el *Compendio de órdenes generales para la caballería*, arrastrando consigo la *Heráldica* de Jan de Attre, adornada con hermosos grabados. El brujo gimió, derribando nuevos tomos con una patada al estirar la pierna. Fringilla lanzó de nuevo un grito, fuerte y agudo, golpeó con el tacón las *Reflexiones o meditaciones para todos los días del año*, una interesante obra anónima que, sin saber cómo, apareció sobre la espalda de Geralt. Geralt tembló y leyó por encima del hombro de ella, enterándose lo quisiera o no de que las *Notas…* las había escrito el doctor Albertus Rivus, las había editado la Academia Cintrensis y las había impreso el maestro tipógrafo Johann Froben Junior, en el segundo año del reinado de SM el rey Corbett.

Continuó un silencio roto sólo por el susurro de los libros que se desplazaban y las páginas al darse la vuelta.

¿Qué hacer?, pensó Fringilla, tocando con un perezoso movimiento de la mano el costado de Geralt y el duro pico de las *Reflexiones sobre la naturaleza de*

las cosas. ¿Proponerlo? ¿O esperar a que él lo proponga? Pero que no me tenga por frívola y desvergonzada…

¿Pero qué pasará entonces si no lo propone?

—Ven y vamos a buscar alguna cama —propuso el brujo con voz un poco ronca—. No se debe tratar así a los libros.

Encontramos entonces una cama, pensó Geralt, poniendo a Sardinilla al galope por el paseo del parque. *Encontramos una cama en sus habitaciones, en su alcoba. Hicimos el amor como locos, ávidamente, vorazmente, codiciosamente, como después de años de celibato, como para acumular, como si hubiéramos de volver de nuevo al celibato*.

Nos dijimos muchas cosas. Nos dijimos el uno al otro verdades muy triviales. Nos dijimos el uno al otro mentiras muy hermosas. Pero esas mentiras, aunque eran mentiras, no estaban pensadas para engañar.

Con un fuerte galope dirigió a Sardinilla directamente hacia un macizo de rosas cubierto por la nieve y obligó a la yegua a saltar.

Hicimos el amor. Y hablamos. Y nuestras mentiras fueron cada vez más hermosas. Y cada vez más falsas.

Dos meses. Desde octubre a Yule.

Dos meses de amor rabioso, ávido, violento.

Las herraduras de Sardinilla golpearon las losas del patio del castillo de Beauclair.

Atravesó los pasillos rápida y silenciosamente. Nadie le vio y nadie le oyó. Ni los soldados con sus alabardas, que mataban el aburrimiento de la guardia a base de pláticas y cotilleos, ni los lacayos y pajes que dormitaban. No temblaron siquiera las llamas de las velas cuando pasó al lado de los candelabros.

Se hallaba cerca de la cocina del palacio. Pero no entró en ella, no se unió al grupo, que estaba dentro dando cuenta de un barrilete y una fritanga. Se quedó en la oscuridad, escuchó.

Estaba hablando Angoulême.

—Esta ciudad está hechizada, joder, toíto Toussaint. No sé qué hechizo hay en to el valle éste. Y sobre to en este palacio. Me asombraba el Jaskier, me asombraba el brujo, pero ahora a mí misma como que se me hace una nube y me aprieta pabajo… Puf, me pillé a mí misma… Ah, qué sos voy a contar. Sos digo, vámonos de aquí. Vámonos de aquí cuanto antes.

—Suéltaselo a Geralt —dijo Milva—. Suéltaselo a él.

—Sí, habla con él —dijo Cahir con bastante sarcasmo—. En uno de esos cortos instantes en que se le pueda pillar. Entre la cama de la hechicera y la caza

de monstruos. Entre una de las dos tareas que realiza desde hace dos meses para olvidar.

—A ti mismo —bufó Angoulême— sólo se te puede pillar en el parque, ande juegas al escondite con las señoras baronesas. Eh, no hay por qué, los andurriales estos están hechizados, to este Toussaint. Regis por las noches se esfuma, la tiíta tiene su barón aviruelado…

—¡A cerrar el pico, jodía mocosa! ¡Y no me trates de tía!

—¡Venga, venga! —Regis se interpuso, conciliador—. Muchachas, haya paz. Milva, Angoulême. Haya concordia. La concordia edifica, la discordia arruina. Como suele decir su señoría la condesa de Jaskier, señora de este país, palacio, pan, manteca y pepinillos. ¿A quién le sirvo vino?

Milva lanzó un pesado suspiro.

—¡Llevamos ya demasiado aquí! Demasiado, os digo, sentados en la mierda. Nos vamos a atontolinar con ello.

—Bien dicho —dijo Cahir—. Muy bien dicho.

Geralt retrocedió con cuidado. Sin ruido. Como un murciélago.

Atravesó los pasillos rápida y silenciosamente. Nadie le vio ni le oyó. Ni los soldados, ni los lacayos, ni los pajes. Ni siquiera temblaron las llamas de las velas cuando pasó junto a los candelabros. Las ratas le oyeron, alzaron sus morrillos bigotudos, se pusieron de patas. Pero no se espantaron. Le conocían.

Pasaba por allí a menudo.

En la alcoba olía a hechizos y encantamientos, a ámbar, a rosas y a mujer durmiendo. Pero Fringilla no dormía.

Él se sentó en la cama, retiró la colcha, la vista le hechizaba y le hacía perder el control.

—Por fin has llegado —dijo ella, estirándose—. Desnúdate y ven aquí deprisa. Muy, pero que muy deprisa.

Ella atravesó los pasillos rápida y silenciosamente. Nadie la vio ni la escuchó. Ni los soldados, que cotilleaban perezosamente en el cuerpo de guardia, ni los adormilados lacayos, ni los pajes. No temblaron ni siquiera las llamas de las velas cuando pasó junto a los candelabros. Las ratas la oyeron, alzaron sus hociquillos bigotudos, se pusieron de patas, la siguieron con sus negros ojos redondos. No se espantaron. La conocían.

Pasaba por allí a menudo.

Había en el palacio de Beauclair un corredor, y al final de él una habitación de

cuya existencia nadie sabía. Ni la actual señora del castillo, la condesa Anarietta, ni la primera dama del castillo, su tatatarabuela, la condesa Ademarta. Ni el famoso Pedro Faramond, el arquitecto que reformó de cabo a rabo el edificio, ni los maestros albañiles que trabajaron según el proyecto de Faramond. Bah, ni siquiera sabía de la existencia del corredor y la habitación el propio chambelán Le Goff, del que se pensaba que sabía todo sobre Beauclair.

El corredor y la habitación, enmascarados por una potente ilusión, sólo eran conocidos por los primigenios constructores del palacio, los elfos. Y luego, cuando ya no hubo elfos, y Toussaint se convirtió en condado, por un pequeño grupo de hechiceros ligados a la casa condal. Entre ellos Artorius Vigo, maestro de los arcanos mágicos, gran experto en ilusiones. Y su joven sobrina Fringilla, que poseía un talento especial para las ilusiones. Habiendo recorrido rápida y silenciosamente los pasillos del palacio de Beauclair, Fringilla Vigo se detuvo ante un fragmento de muro entre dos columnas adornadas con hojas de acanto. Un hechizo pronunciado en voz baja y un gesto rápido hicieron que la pared —que era una ilusión— desapareciera, desvelando un corredor en apariencia ciego. Sin embargo, al final del corredor había una puerta escondida por una ilusión. Y detrás de la tal puerta una oscura habitación.

Al entrar, sin perder tiempo, Fringilla puso en marcha el telecomunicador. El espejo oval se enturbió y luego brilló, iluminando la estancia, extrayendo de la oscuridad los gobelinos antiquísimos, pesados por el polvo, que cubrían las paredes. En el espejo apareció una sala enorme, hundida en un sutil *chiaroscuro*, una mesa redonda y unas mujeres sentadas a ella. Nueve mujeres.

—Os escuchamos, señora Vigo —dijo Filippa Eilhart—. ¿Algo nuevo?

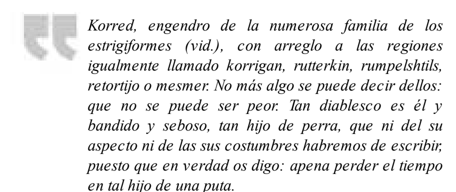
—Por desgracia nada —respondió Fringilla, carraspeando—. Desde la última telecomunicación, nada. Ni un intento de escaneo.

—Mala cosa —dijo Filippa—. No oculto que contaba con que descubriríais algo. Por favor, decidnos… ¿se ha calmado ya el brujo? ¿Conseguiréis retenerlo en Toussaint al menos hasta mayo?

Fringilla Vigo guardó silencio durante un momento. No tenía la más mínima intención de contarle a la logia que sólo durante la última semana el brujo la había llamado por dos veces Yennefer, y ello, en momentos en los que ella había tenido todo el derecho a esperar que usara su propio nombre. Pero por su parte la logia tenía también derecho a esperar la verdad. La sinceridad. Y unas conclusiones útiles.

—No —dijo por fin—. Hasta mayo creo que no. Pero haré todo lo que esté en mi poder para retenerlo el mayor tiempo posible.

Capítulo cuarto



Korred, engendro de la numerosa familia de los estrigiformes (vid.), con arreglo a las regiones igualmente llamado korrigan, rutterkin, rumpelshtils, retortijo o mesmer. No más algo se puede decir dellos: que no se puede ser peor. Tan diablesco es él y bandido y seboso, tan hijo de perra, que ni del su aspecto ni de las sus costumbres habremos de escribir, puesto que en verdad os digo: apena perder el tiempo en tal hijo de una puta.

Physiologus

*****

Por la sala de las columnas del castillo de Montecalvo se extendía un olor que era una mezcla del perfume de la madera de los antiguos recubrimientos, de las velas que se deshacían, de diez clases distintas de perfume. Diez mezclas de perfume especialmente elegidas usadas por las diez mujeres que estaban sentadas a la mesa redonda de roble en unos sillones con los brazos labrados en forma de cabeza de esfinge. Frente a ella, Fringilla Vigo veía a Triss Merigold, que llevaba un vestido azul celeste sujeto muy por debajo del cuello. Junto a Triss, manteniéndose en la sombra, estaba sentada Keira Metz. Sus enormes pendientes con citrinos de múltiples facetas rebrillaban de vez en cuando con miles de reflejos, atrapando la vista.

—Continuad, por favor, señora Vigo —le apremió Filippa Eilhart—. Tenemos ganas de conocer el final de la historia. Y hacedlo a prestos pasos.

Filippa —excepcionalmente— no llevaba joya alguna a no ser por un enorme camafeo de sardónice sujeto a su vestido bermellón. Fringilla ya había oído el rumor, sabía quién le había regalado el camafeo y qué silueta era la que representaba. Sheala de Tancarville, que estaba sentada al lado de Filippa, iba vestida de negro, con los leves toques de los brillantes. Margarita Laux-Antille llevaba sobre atlas de color granate un grueso collar de oro sin piedras, mientras que Sabrina Glevissig, por su parte, llevaba en el collar, los pendientes y los anillos sus queridos ónices, que iban a juego con el color de sus ojos y de su vestimenta.

Las que más cerca estaban sentadas de Fringilla eran las dos elfas, Francesca Findabair e Ida Emean aep Sivney. La Margarita de Dolin tenía como siempre

aspecto de reina, aunque ni su peinado ni su vestido color carmín imponían hoy excepcionalmente por su lujo, mientras que en la pequeña diadema y en el collar lanzaban rojos destellos no los rubíes, sino modestos aunque exquisitos granates. Ida Emean, por su parte, iba vestida con muselinas y tules de tonos otoñales, telas tan delicadas y ligeras que incluso con la apenas perceptible corriente producida por el movimiento del aire impulsado por la calefacción central se movían y agitaban como anémonas.

Assire var Anahid, como de costumbre últimamente, despertaba el asombro con su modesta pero distinguida elegancia. En el escote no demasiado grande de un ajustado vestido verde oscuro, la hechicera nilfgaardiana llevaba una cadena de oro y un único cabosón de esmeralda en un marco de oro. Sus bien cuidadas uñas, pintadas con esmalte de un color verde muy oscuro, le añadían a la composición el sabor de la verdadera extravagancia hechiceril.

—Estamos esperando, señora Vigo —recordó Sheala de Tancarville—. El tiempo corre.

Fringilla carraspeó.

—Llegó diciembre —continuó con la narración—. Llegó Yule, luego Año Nuevo. El brujo se había tranquilizado ya hasta el punto de que el nombre de Ciri no aparecía ya en cada conversación. Las excursiones en busca de monstruos que realizaba regularmente daban la impresión de absorberlo del todo. Bueno, puede ser que no del todo…

Dejó que se extinguiera su voz. Le pareció que en los ojos azulados de Triss Merigold aparecía un brillo de odio. Pero podía tratarse sólo del reflejo de las crepitantes llamas de las velas. Filippa bufó, jugueteando con su camafeo.

—Sin tanta modestia, por favor, señora Vigo. Estamos en nuestro círculo. En un círculo de mujeres que saben para qué, aparte de para el placer, sirve el sexo. Todas lo usamos como herramienta cuando hace falta. Continuad, por favor.

—Incluso si durante el día guardaba las apariencias de ser reservado, altivo y orgulloso —continuó Fringilla—, por las noches estaba por completo en mi poder. Me lo contaba todo. Rendía un homenaje a mi feminidad que, para su edad, hay que reconocerlo, resultaba hasta generoso. Y luego se dormía. En mis brazos, con los labios en mis pechos. Buscando un sustituto del amor materno que nunca había hallado.

Esta vez, estaba segura, no había sido el reflejo de la luz de las velas. *Pues estupendo*, pensó, *envidiadme. Envidiadme. Hay razón para ello*.

—Estaba —repitió— por completo en mi poder.

—Vuelve a la cama, Geralt. ¡Pero si todavía está gris del copón!

—Tengo una cita. Tenemos que ir a Pomerol.

—No quiero que vayas a Pomerol.

—He quedado. He dado mi palabra. El apoderado de la bodega me esperará a la puerta.

—Estas cacerías de monstruos tuyas son estúpidas y ridículas. ¿Qué es lo que quieres demostrar matando a una máscara más del infierno? ¿Tu masculinidad? Conozco mejores modos. Venga, vuelve a la cama. No irás a ningún Pomerol. Por lo menos no tan pronto. El apoderado puede esperar. Al fin y al cabo, ¿quién es el tal apoderado? Yo quiero hacer el amor contigo.

—Perdona. No tengo tiempo. Di mi palabra.

—¡Quiero hacer el amor contigo!

—Si quieres hacerme compañía en el desayuno, comienza a vestirte.

—Tú ya no me quieres, Geralt. ¿No me quieres? ¡Contesta!

—Ponte el vestido gris perla, el que tiene adornos de nutria. Te sienta muy bien.

—Estaba por completo bajo mi hechizo, cumplía cada uno de mis deseos —repitió Fringilla—. Hacía todo lo que le pedía. Así era.

—Lo creemos —dijo secamente Sheala de Tancarville—. Seguid, por favor.

Fringilla tosió tras un puño.

—El problema —continuó— era su compañía. Esa partida extraña. Cahir Mawr Dyffryn aep Ceallach, que me miraba y hasta enrojecía de esfuerzos para conseguir recordarme. Pero no podía recordarme porque yo solía ir a Darn Dyffra, el castillo familiar de sus abuelos, cuando él tenía sólo seis o siete años. Milva, muchacha de apariencia brutal y dura, pero a la que me fue dado descubrir dos veces llorando, escondida en un rincón del establo. Angoulême, una niña rebelde. Y Regis Terzieff-Godefroy. Personaje al que no supe sacar tabla. Ellos, toda la banda, ejercían una influencia sobre él que no pude eliminar.

Bueno, bueno, pensó, *no alcéis tanto las cejas, no torzáis las bocas. Esperad. Éste no es el final del cuento. Aún habréis de oír acerca de mi triunfo*.

—Todas las mañanas —siguió— estas gentes se encontraban en la cocina, la cual estaba en el sótano del palacio de Beauclair. El cocinero mayor les tenía gusto, no se sabe bien por qué. Siempre preparaba algo para ellos, tan abundante y tan delicioso que el desayuno solía durar dos y a veces tres horas. Muchas veces comía con ellos, junto con Geralt. Por eso sé qué absurdas solían ser las conversaciones que desarrollaban.

Por la cocina, asentando asustadizas sus patas uñosas, caminaban dos gallinas, una negra y otra pintarazada. Echando largas miradas a la compañía que desayunaba, las gallinas picoteaban las migas del suelo.

La compañía, como cada mañana, se reunía en la cocina del palacio. El

cocinero mayor les tenía gusto, sin saber por qué, y siempre tenía algo delicioso para ellos. Aquel día eran huevos revueltos, sopa de salchichas, berenjenas cocidas, paté de conejo, ganso relleno y salchichas blancas con ensalada de remolacha y rábano, y además muchas bolas de queso de cabra. Todos comían rápido y en silencio. Excepto Angoulême, la cual chachareaba.

—Y yo sus digo que pongamos acá un burdel. En cuantico que solventemos lo que haya que solventar, volvemos acá y ponemos una casa de trato. Di ya un vistazo al pueblo. Hay de to. Barberías conté unas nueve, y farmacias ocho. Mientras que lupanares no más que uno hay y este sucio, cagadero os digo y no lupanar. No es competencia. Nosotros ponemos una mancebía de lujo. Compramos una casa baja con güerto…

—Angoulême, ten piedad.

—… sólo para clientela de postín. Yo seré la madama. Os digo, vamos a ganar un güevo y a vivir como señorones. Al cabo un día me elegirán de alcaldesa y entonces de seguro que no os dejaré moriros, porque como me elijan pues yo os elijo a vosotros antes de un suspiro.

—Angoulême, te lo hemos pedido. Come pan con paté.

Durante un instante reinó el silencio.

—¿Qué es lo que vas a cazar hoy, Geralt? ¿Un trabajo difícil?

—Los testigos presenciales —el brujo alzó la cabeza de su plato— dan descripciones contradictorias. Así que o bien un priskirniko, es decir un trabajo bastante difícil, o un golondrino, es decir medio difícil, o bien un moscón, o sea medio fácil. Puede ser incluso que el tajo salga más bien fácil, puesto que la última vez que se vio al monstruo fue por Lammas el año pasado. Pudo haberse ido de Pomerol a tomar por saco.

—Lo que bien le deseo —dijo Fringilla, mientras roía unos huesos de ganso.

—¿Y qué tal le va a Jaskier? —preguntó el brujo de pronto—. No le he visto desde hace tanto tiempo que todo mi conocimiento de sus andanzas está sacado de los romancillos que se cantan por la villa.

—No estamos en mejor situación. —Regis sonrió con los labios muy apretados—. Sólo sabemos que nuestro poeta está ya con la condesa doña Anarietta en una relación tan estrecha que se permite, incluso ante testigos, un cognomen bastante de confianza. La llama Armiño.

—¡Y acierta en ello! —dijo con la boca llena Angoulême—. Esta señora condesa tiene ciertamente una nariz algo de armiño. Por no hablar de los dientes.

—Nadie es perfecto. —Fringilla entrecerró los ojos.

—Verdad de la buena.

Las gallinas, la negra y la pintarazada, se desmelenaron tanto como para comenzar a picotear las botas de Milva. La arquera las espantó de un puntapié fulminante, maldijo. Geralt la miraba desde hacía tiempo. Ahora se decidió.

—María —dijo serio, incluso seco—. Ya sé que es difícil considerar nuestra

charla como seria y nuestras bromas como escogidas. Pero no tienes por qué demostrárnoslo con un gesto tan áspero. ¿O es que ha pasado algo?

—Pues claro que ha pasado —dijo Angoulême.

Geralt la hizo callar con una mirada severa. Demasiado tarde.

—¿Y qué es lo que vosotros sabéis? —Milva se levantó bruscamente, a poco no tira la silla—. ¿Y qué es lo qué sabéis, eh? ¡Así sus lleve el satanás y la peste! Que sus den por culo, ¿me oís?, ¡a todos!

Tomó el vaso de la mesa, lo bebió hasta el fondo, luego lo arrojó al suelo sin vacilar. Y se fue a toda prisa, dando un portazo.

—La cosa es seria… —comenzó al cabo Angoulême, pero esta vez fue el vampiro el que la hizo callar.

—La cosa es muy seria —confirmó éste—. No me esperaba sin embargo reacción tan extrema de parte de nuestra arquera. Por lo común se reacciona así cuando te dan calabazas, no cuando tú las das.

—¿De qué releches estáis hablando? —Geralt se puso nervioso—. ¿Eh? ¿Me dirá por fin alguno de vosotros de qué se trata?

—Del barón Amadís de Trastámara.

—¿Ese cazador de jeta picada de viruelas?

—El mismo en persona. Se le declaró a Milva. Hace tres días, durante una cacería. Él la llevaba invitando a cazar desde hacía un mes…

—Una de las cacerías fue de dos días. —Angoulême mostró sus dientes con descaro—. Pasando una noche en un castillete de caza, ¿entendéis? Apuesto la testa a que…

—Cierra el pico, moza. Habla, Regis.

—Le pidió la mano formalmente y con ceremonia. Milva le rechazó, parece ser que de forma más bien brusca. El barón, aunque tenía pinta de ser razonable, se enfadó con el rechazo como un mozuelo, se enfurruñó y de inmediato se fue de Beauclair. Y desde entonces Milva anda como un penitente.

—Llevamos demasiado tiempo aquí —murmuró el brujo—. Demasiado tiempo.

—¿Y quién lo dice? —dijo Cahir, que había estado en silencio hasta aquel momento—. ¿Y quién lo dice?

—Perdonadme. —El brujo se levantó—. Hablaremos de ello cuando vuelva. El apoderado de los viñedos de Pomerol me está esperando. Y la puntualidad es la virtud del brujo.

Después de la brusca salida de Milva y de la partida del brujo, el resto de la compañía siguió desayunando en silencio. Por la cocina, asentando asustadizas sus patas uñosas, caminaban dos gallinas, una negra y otra pintarazada.

—Tengo un problemilla… —habló por fin Angoulême, posando sobre

Fringilla sus ojos al otro lado de un plato que había dejado limpio arrebañándolo con un cuscurro de pan.

—Entiendo. —La hechicera afirmó con la cabeza—. No es nada terrible. ¿Cuándo tuviste la última regla?

—¿Pero qué dices? —Angoulême se levantó con violencia, espantando a las gallinas—. ¡Nada de eso! ¡Completamente otra cosa!

—Pues te escucho.

—Geralt quiere dejarme aquí cuando se ponga en marcha.

—Oh.

—Dice —trinó Angoulême— que no tie derecho a ponerme en peligro y semejantas tonterías. Y yo quiero ir con él…

—Oh.

—No me cortes, ¿vale? Yo quiero ir con Geralt porque sólo con él no tengo miedo de que me pille el Tuerto Fulko otra vez, y aquí, en Toussaint…

—Angoulême —la interrumpió Regis—. Hablas en vano. La señora Vigo te oye, pero no te escucha. Sólo la altera una cosa: la partida del brujo.

—Oh —repitió Fringilla, volviendo la cabeza hacia él y entrecerrando los ojos—. ¿Qué es lo que os habéis dignado mencionar, señor Terzieff-Godefroy? ¿La partida del brujo? ¿Y cuándo se pondrá en marcha? Si se puede saber.

—Puede que no hoy, puede que no mañana —le respondió con voz suave el vampiro—. Pero algún día de seguro. Sin faltar a nadie.

—No pienso que me hayan faltado —respondió Fringilla con voz fría—. Por supuesto, si es a mí a quien os referís. Volviendo a ti, Angoulême, te aseguro que hablaré con Geralt de la partida de Toussaint. Te garantizo que el brujo conocerá mi opinión acerca de este asunto.

—Claro, por supuesto —bufó Cahir—. No sé cómo yo sabía que ibais a responder así, doña Fringilla.

La hechicera le miró largo rato.

—El brujo no debiera irse de Toussaint. Nadie que le quiera bien debiera empujarle a ello. ¿Dónde va a estar mejor que aquí? Nada en el lujo. Tiene sus monstruos a los que da caza y no gana poco con ello. Su amigo y conmilitón es el favorito de la condesa que aquí gobierna, la propia condesa también le es favorable. Sobre todo a causa de ese súcubo que tenía hechizadas las alcobas. Sí, sí, señores. Anarietta, como todas las nobles señoras de Toussaint, está infinitamente contenta con el brujo. El súcubo dejó de hechizar como si lo hubieran cortado con un cuchillo. De modo que las señoras de Toussaint han juntado para una recompensa especial, cualquier día de éstos la ingresarán en la cuenta del brujo en el banco de los Cianfanelli. Multiplicando la fortunilla que el brujo ya ha ido guardando allí.

—Un bonito gesto de parte de las señoras. —Regis no bajó los ojos—. Y la recompensa es merecida. No es fácil conseguir que el súcubo deje de hechizar.

Me podéis creer, doña Fringilla.

—Y os creo. Y por cierto, uno de los guardias del palacio afirma haber visto al súcubo. De noche, en las almenas de la torre Caroberta. En compañía de otro espectro. Un vampiro, al parecer. Ambos demonios iban de paseo, juró el guardia, y tenían pinta de ser amigos. ¿Sabéis algo más de esto, señor Regis? ¿Sois capaces de explicarlo?

—No. —A Regis no le temblaron ni los párpados—. No lo somos. Hay cosas en el cielo y en la tierra con las que no han soñado los filósofos.

—Sin duda hay tales cosas. —Fringilla afirmó agitando su morena cabeza—. Sin embargo, en lo tocante a la presunta partida del brujo, ¿sabéis algo más? Puesto que a mí, sabed, nada me ha comentado acerca de estos propósitos, y acostumbra a contarme todo.

—Seguro —bufó Cahir.

Fringilla le ignoró.

—¿Señor Regis?

—No —dijo el vampiro al cabo de un instante de silencio—. No, doña Fringilla, os ruego que estéis tranquila. En absoluto nos concede el brujo mayor afecto ni confianza que a vos. No nos susurra al oído secreto alguno que escondiera ante vos.

—Entonces —Fringilla estaba templada como el granito—, ¿por qué estas nuevas acerca de una partida?

—Pues eso es —tampoco ahora le temblaron los párpados al vampiro— como en ese refranillo tan lleno del encanto juvenil de nuestra querida Angoulême: algún día habrá que cagar o soltar las tripas. En otras palabras…

—Ahorraos las otras palabras —le interrumpió Fringilla con brusquedad—. Éstas tan al parecer llenas de encanto han sido de sobra.

Durante un largo instante reinó el silencio. Las dos gallinas, la negra y la pintarazada, caminaban y picoteaban lo que podían. Angoulême se limpió con la manga la nariz manchada de rábano. El vampiro, pensativo, jugueteaba con una rodaja de salchicha.

—Gracias a mí —Fringilla interrumpió por fin el silencio—, Geralt ha conocido la ascendencia de Ciri, los secretos e intrigas de su genealogía, sabidos tan sólo por unos pocos. Gracias a mí conoce algo de lo que hace un año no tenía ni idea. Gracias a mí dispone de información y la información es un arma. Gracias a mí y mi protección mágica está a salvo de los escáners y así de los asesinos a sueldo. Gracias a mí y a mi magia ya no le duele la rodilla y la puede doblar. En el cuello lleva un medallón realizado con mis artes, puede que no tan bueno como el original de los brujos, pero algo es algo. Gracias a mí y sólo a mí, en la primavera o el verano, informado, seguro, sano, preparado y armado estará en condiciones de enfrentarse al enemigo. Si alguno de los presentes ha hecho por Geralt más, le ha dado más, que lo diga. Con gusto le haré un

homenaje.

Nadie habló. Las gallinas picoteaban las botas de Cahir, pero el joven nilfgaardiano no les prestaba atención.

—Ciertamente —dijo con énfasis—, nadie le ha dado a Geralt más que vos.

—No sé yo cómo sabía que ibais a responder así.

—No se trata de eso, doña Fringilla —empezó el vampiro. La hechicera no le dejó terminar.

—¿De qué entonces? —preguntó agresiva—. ¿De que está conmigo? ¿Que nos unen los sentimientos? ¿De que yo no quiero que se vaya de aquí ahora? ¿Que no quiero que lo destruya su sentimiento de culpa? ¿El mismo sentimiento de culpa, de penitencia, que os empuja a vosotros al camino?

Regis guardó silencio. Cahir tampoco tomó la palabra. Angoulême les miraba, evidentemente sin entender demasiado.

—Si el que Geralt recupere a Ciri —dijo al cabo la hechicera— está escrito en los libros del destino, así será. Independientemente de que el brujo se vaya hacia la montaña o se quede en Toussaint. El destino persigue a las personas. No al revés. ¿Lo entendéis? ¿Lo entendéis vos, don Regis Terzieff-Godefroy?

—Mejor de lo que vos pensáis, señora Vigo. —El vampiro hizo girar entre sus dedos una loncha de salchicha—. Pero para mí, si me perdonáis, el destino no es un libro escrito por la mano del Gran Demiurgo, ni la voluntad del cielo, ni una sentencia ineludible emitida por no sé qué providencia, sino el resultado de muchos hechos, acontecimientos y acciones que en apariencia no tienen nada en común. Estaría dispuesto a estar de acuerdo con vos en lo de que el destino persigue a las personas… y no sólo a las personas. Sin embargo, no me convence la opinión de que no puede ser al revés. Porque tal opinión no es más que cómodo fatalismo, es un cántico de alabanza a la apatía y la desidia, almohadas de plumas y el cautiverio de un cálido regazo de dama. En pocas palabras: vivir en un sueño. Y la vida, señora Vigo, puede que sea un sueño y puede que se termine con un sueño… Pero es un sueño que hay que soñar activamente. Por eso, señora Vigo, nos está esperando el camino.

—Camino libre. —Fringilla se levantó, casi tan violentamente como no hacía mucho Milva—. ¡Venga! En los desfiladeros os esperan la nieve, la helada y el destino. Y esa expiación que os es tan necesaria. ¡Camino libre! Pero el brujo se queda aquí. ¡En Toussaint! ¡Conmigo!

—Pienso —le repuso el vampiro con serenidad— que estáis en un error, señora Vigo. El sueño que el brujo sueña es, lo reconozco con una reverencia, un sueño encantador y hermoso. Pero todo sueño, si se sueña demasiado tiempo, se transforma en pesadilla. Y se despierta uno con un grito.

Las nueve mujeres, sentadas a la enorme mesa redonda del castillo de

Montecalvo, clavaron sus ojos en Fringilla Vigo. En Fringilla, que de pronto había comenzado a tartamudear.

—Geralt se fue a las bodegas de Pomerol el ocho de enero temprano. Y volvió… creo que el ocho por la noche… O bien el nueve por la mañana… No lo sé… No estoy segura…

—Más ordenado —pidió Sheala de Tancarville con la voz suave—. Por favor, más ordenado, señora Vigo. Y si hay algún fragmento de la narración que os produzca daño, simplemente os lo saltáis.

Por la cocina, asentando cuidadosamente sus patas uñosas, caminaba la gallina pintarazada. Olía a caldo de pollo.

Se abrieron las puertas con un chasquido. Geralt entró en la cocina. En su rostro, moreno a causa del viento, tenía un cardenal y una costra de color violeta y negro a causa de la sangre coagulada.

—Venga, compaña, a hacer las maletas —anunció sin preliminar alguno—. ¡Nos vamos! Dentro de una hora, ni un minuto después, quiero veros a todos en la colina, detrás de la ciudad, allí donde está el poste. Con el equipaje, a caballo, listos para un camino largo y difícil.

Aquello bastó. Como si hubieran estado esperando aquella noticia desde hacía mucho tiempo, como si desde hacía mucho tiempo hubieran estado preparados.

—¡En un pispás! —gritó Milva, levantándose—. ¡Yo andaré lista en media horilla!

—Yo también. —Cahir se levantó, soltó la cuchara, miró al brujo con atención—. Pero querría saber de qué se trata. ¿Un capricho? ¿Una pelea de amantes? ¿O partimos de verdad?

—Partimos de verdad. Angoulême, ¿por qué pones esa cara?

—Geralt, yo…

—No tengas miedo, no te dejaré. He cambiado de opinión. A ti hay que vigilarte, mocosa, no hay que apartar la vista de ti. Venga, he dicho, a prepararse, llenad las alforjas. Y de uno en uno, para no levantar sospechas, al otro lado de la ciudad, junto al poste en la colina. Nos encontraremos allí dentro de una hora.

—¡Al punto, Geralt! —gritó Angoulême—. ¡Joder, por fin!

En un abrir y cerrar de ojos sólo quedaron en la cocina Geralt y la gallina pintarazada. Y el vampiro, que continuaba sorbiendo tranquilamente el caldo de pollo con croquetas.

—¿Estás esperando una invitación especial? —preguntó el brujo con voz fría —. ¿Por qué sigues sentado? ¿En vez de ponerle los arreos a la mula Draakul? ¿Y de despedirte del súcubo?

—Geralt —dijo Regis tranquilo, al tiempo que extraía una segunda ronda de la cazuela—. Para despedirme del súcubo necesito el mismo tiempo que tú para

despedirte de tu morenilla. Suponiendo que tengas intenciones de despedirte de tu morenilla. Y dicho sea entre nosotros: a los jóvenes los podrás mandar a hacer el equipaje con gritos, violencias y empujones. Para mí necesitas algo más, aunque no sea más que a causa de mi edad. Te pido alguna explicación.

—Regis…

—Explicación, Geralt. Cuanto antes comiences, mejor. Te ayudaré. Ayer por la mañana, como habíais quedado, te encontraste en las puertas con el apoderado de las viñas de Pomerol…

Alcides Fierabrás, el apoderado de los viñedos de Pomerol de negra barba a quien había conocido en El Faisán en la vigilia de Yule, estaba esperando al brujo junto a la puerta, con una mula, aunque iba vestido y aderezado como si tuviera intención de viajar allá lejos, lejos, al confín del mundo, hasta la Puerta de Solveigi y el desfiladero de Elskerdeg.

—En cualquier caso no es que esté cerca —respondió al ácido comentario de Geralt—. Vos, señor, venís del ancho mundo y por ello pareceos que nuestro pequeño Toussaint es un rinconcete, pensáis que aquí de frontera a frontera se puede tirar un gorro y seco incluso. Mas estáis en yerro. A los viñedos de Pomerol, adonde nos encaminamos, no es corto el camino, si al mediodía llegamos, habrá que tenerlo por gran éxito.

—Yerro es entonces —dijo el brujo con sequedad— el ponerse en marcha tan tarde.

—Cierto, yerro será. —Alcides Fierabrás le miró y se sopló los bigotes—. Mas no sabía que fuerais de los de levantarse al romper el alba. Porque esto no es normal en aquí entre los grandes señores.

—No soy un gran señor. En camino, señor apoderado, no perdamos tiempo en pláticas vanas.

—De los mismos labios me lo habéis quitado.

Atravesaron la ciudad para acortar el camino. Geralt al principio quiso protestar, tenía miedo de que se quedaran atascados en algunas de las callejas llenas de gente que tan bien conocía. Sin embargo, como se vio, el apoderado Fierabrás conocía mejor tanto la ciudad como la hora en que no había tráfico en las calles. Cabalgaron deprisa y sin problemas.

Entraron en la plaza, dejaron a un lado el cadalso. Y la horca con su ahorcado.

—Cosa de riesgo es —el apoderado señaló con un movimiento de cabeza— el ajuntar rimas y cantar canciones. En especial, públicamente.

—Severos son aquí los jueces. —Geralt entendió al punto de qué se trataba—. En cualquier otro lugar por una burla como mucho toca la picota.

—Depende de sobre quién sea la burla —valoró sereno Alcides Fierabrás—.

Y de cómo esté rimada. Nuestra señora condesa buena es, y entrañable, pero como se enfade…

—A las canciones, como dice cierto amigo mío, no se las puede acallar.

—A las canciones no. Pero al cantador sí, miradlo.

Atravesaron la ciudad, cruzaron la puerta de los Toneleros enfrente del valle del Blessure, que se agitaba y espumeaba vivamente en los rápidos. Sólo quedaba nieve en las sombras y huecos de los campos, pero hacía bastante frío. Les pasó un grupo de caballeros, que de seguro se dirigían hacia el paso de Cervantes, a la atalaya fronteriza de Vedette. Todo se llenó del color de los escudos pintados y de las capas y gualdrapas bordadas con grifos, leones, corazones, lises, estrellas, cruces, vacas y otros artificios heráldicos. Tronaban los cascos, chasqueaban las enseñas, resonaba cantada con voz potente una estúpida canción acerca de la suerte del caballero y de su amada, la cual, en vez de esperar, se dio mucho antes.

Geralt siguió a la comitiva con la mirada. La visión de los caballeros andantes le trajo a la memoria a Reynart de Bois-Fresnes, el cual apenas acababa de volver del servicio y recuperaba fuerzas en los brazos de su burguesa, cuyo marido, mercader, no volvía por las mañanas ni las tardes, de seguro retenido en algún lugar del camino por ríos desbordados, bosques llenos de fieras y otras locas fuerzas de la naturaleza. El brujo no pensaba en arrancar a Reynart del abrazo de su amada, pero lamentaba verdaderamente el no haber trasladado el contrato con los viñedos de Pomerol a otro momento posterior. Apreciaba al caballero, le faltaba su compañía.

—Vayamos, señor brujo.

—Vayamos, señor Fierabrás.

Caminaron por el camino real en dirección al río. El Blessure se retorcía y hacía meandros, pero había muchos puentes, así que no se vieron obligados a alargar el camino. De los ollares de Sardinilla y de la mula resalía vapor.

—¿Qué pensáis, señor Fierabrás, va a durar mucho el invierno?

—En el Saovine heló lo suyo. Y bien dice el refrán: « Saovine de yelos, ponte el sombrero» .

—Entiendo. ¿Y a vuestras viñas? ¿No les afecta el frío?

—Año hubo de más fríos.

Cabalgaron en silencio.

—Mirad allá —habló Fierabrás, al tiempo que señalaba—. Allá en la umbría está la aldea de Los Bajos Pelados. En aquellos campos, cosa rarísima, crecen cacerolas.

—¿Cómo?

—Cacerolas. Se crían en el seno de la tierra, de por sí, no más que por arte de la naturaleza, sin ayuda humana alguna. Tal y como en otros sitios crecen patatas o nabos, en Los Bajos Pelados crecen cacerolas. De todo tipo y diferentes

formas.

—¿De verdad?

—Que se me coman los gusanos. Por ello tiene Los Bajos Pelados contactos comerciales con la aldea de Tambores, en Maecht. Puesto que allá, por lo que dice la gente, crecen tapaderas de cacerolas.

—¿De todo tipo y diferentes formas?

—En el clavo disteis, señor brujo.

Siguieron adelante. En silencio. El Blessure se retorcía y espumeaba entre las peñas.

—Y allá, mirad, señor brujo, están las ruinas del antiquísimo castillo de Dun Tynne. De creer los cuentos, fuera él testigo de terribles escenas. Walgerius, al que llamaban Robustus, mató allí de forma sangrienta y entre crueles tormentos a su infiel esposa, al amante de ésta, a la madre de ésta, a la hermana y el hermano de ésta. Y luego sentóse y lloró, sin decir por qué…

—He oído hablar de ello.

—¿Anduvisteis ya por acá?

—No.

—Ja. Largo corrieron los cuentos.

—En el clavo disteis, señor apoderado.

—¿Y aquella —señaló el brujo— tan esbelta torrecilla, allá, tras aquel castillo? ¿Qué es lo que sea?

—¿Aquélla? ¿El santuario aquel?

—¿De qué deidad?

—Y quién se va a acordar.

—Cierto. Quién se va.

Hacia el mediodía distinguieron los viñedos, que caían suavemente hacia el Blessure por las faldas de las colinas, cubiertas por las rizadas ramas de unas vides ordenadamente dispuestas, ahora tristes, desnudas y secas. En la cumbre de la colina más alta, azotados por el viento, se erguían hacia el cielo una torre, un grueso donjón y las barbacanas del castillo de Pomerol.

A Geralt le interesó el que el camino que llevaba hasta el castillo estuviera gastado, arañado por los cascos de los caballos y las llantas de las ruedas no menos que el patio principal. Se veía claramente que mucha gente dejaba el camino para entrar al castillo de Pomerol. Se abstuvo de preguntar hasta el momento en que vieron junto al castillo algunos carros uncidos, cubiertos con

lonas, vehículos sólidos y poderosos usados para el transporte a larga distancia.

—Mercaderes —le aclaró el apoderado cuando le preguntó—. Comerciantes de vino.

—¿Mercaderes? —se asombró Geralt—. ¿Cómo es eso? Pensaba que los pasos de las montañas estaban cubiertos de nieve, y que Toussaint estaba aislado del mundo. ¿De qué forma llegaron aquí los mercaderes?

—Para los mercaderes —dijo el apoderado Fierabrás con gesto serio— no hay mal camino, a lo menos para aquellos que tratan seriamente su proceder. Ellos, señor brujo, tienen la siguiente regla: si el fin lo merece, habrá de hallarse un modo.

—Ciertamente —dijo Geralt con lentitud— es esa regla acertada y digna de emulación. En toda situación.

—Sin chanzas. Mas verdad es que algunos de los tratantes anidan acá desde el otoño, no pueden irse. Pero no dejan decaer el espíritu y dicen, bah, y qué más da, a cambio andaremos los primeros en la primavera, antes de que la competencia aparezca. Ellos lo llaman: pensar positivamente.

—Y también tal regla —Geralt afirmó con la cabeza— es difícil de rechazar. Una cosa sola me resulta chocante, señor apoderado. ¿Por qué los mercaderes están aquí, en estos despoblados, y no en Beauclair? ¿La condesa no se digna darles hospitalidad? ¿Desprecia acaso a los mercaderes?

—Para nada —respondió Fierabrás—. La señora condesa los convida a menudo, mas ellos la rechazan cortésmente. Y se quedan en las viñas.

—¿Por qué?

—Beauclair, dicen, no es más que banquetes, bailes, jaranas, borracheras y amoríos. Allá el hombre se apoltrona, embrutece y pierde el tiempo, en vez de pensar en el comercio. Y hase de pensar en lo que de verdad sea importante. En el fin, que todo lo justifica. Sin pausa. Sin alterar los pensamientos con zarabandas. Entonces, y sólo entonces, se alcanza el fin buscado.

—Ciertamente, señor Fierabrás —dijo el brujo con lentitud—. Contento estoy de nuestro común viaje. Mucho he de aprovechar las nuestras pláticas. Mucho, de verdad.

Pese a lo que el brujo esperaba, no entraron en el castillo de Pomerol, sino que siguieron un poco más allá, hacia un promontorio al otro lado del valle sobre el que se elevaba otro castillejo, algo más pequeño y mucho peor cuidado. El castillo se llamaba Zurbarrán. Geralt se alegró ante la perspectiva del próximo trabajo, puesto que Zurbarrán, oscuro y dentado a causa de las derruidas almenas, tenía un aspecto que ni pintado para ser ruina maldita, sin duda alguna repleta de hechizos, monstruos y desvaríos. En su interior, en el patio, en lugar de monstruos y desvaríos contempló a unas cuantas personas enfrascadas en tareas

tan fantásticas como hacer rodar unos barriles, cepillar unas tablas y clavarlas con ayuda de clavos. Olía a madera nueva, a cal nueva y a estiércol antiguo, a vino amargo y amarga sopa de guisantes. Al poco sirvieron la sopa. Hambrientos a causa del camino, el viento y el frío, comieron ansiosos y en silencio. Les acompañaba un asistente del apoderado Fierabrás, el cual le fue presentado a Geralt como Simón Gilka. Les servían dos muchachas rubias de cabellos de al menos dos codos de longitud. Ambas le lanzaron al brujo unas miradas tan expresivas que éste decidió ocuparse de inmediato del trabajo. Simón Gilka no había visto al monstruo. Tan sólo conocía su aspecto por relatos de segunda mano.

—Negro era como la pez, mas cuando se arrastrara por la pared, se podían ver los ladrillos a través suyo. Como la gelatina era, si me entendéis, señor brujo, o, con perdón, como los mocos. Y tenía las patas largas y finústicas, y cuantiosas patas tenía, a lo menos ocho o más quizá. Y Yontek se quedó quieto parao, quieto parao, mirando hasta que al cabo se le ocurrió algo y se lió a gritar: «¡Desparece, piérdete!», y hasta añadió un exorcismo: «¡Y asá te murieras, jodeputa!». Y antonces el bicharraco, ¡sis, sis, sis! Siseó y hasta luego Lucas. Y huyó como alma que lleva el diablo. Entonces los mozos dijeron: si hay un moustruo, pues, coño, darnos un aumento por currar en situación prejudicial para la salud, y si no, pues nos vamos al gremio y os denunciamos. Vuestro gremio, les dije, me la puede…

—¿Cuándo se vio al monstruo por vez primera? —le interrumpió Geralt.

—Unos tres días hace. Así como antes de Yule.

—Dijisteis —el brujo miró al apoderado— que antes de Lammas.

A Alcides Fierabrás se le ruborizaron los lugares que no estaban cubiertos por la barba. Gilka bufó.

—Vaya, vaya, señor apoderado, si se quiere apoderar, pues ha de estarse más aquí, y no andar lustrando la silla con el culo en la oficina de Beauclair. Pienso yo que…

—No me interesan —le interrumpió Fierabrás— vuestros pensamientos. Hablar del monstruo.

—Y que ya lo dije, coño. Todo lo que pasó.

—¿No hubo víctimas? ¿Nadie fue atacado?

—No. Un año ha que desapareció un bracero sin dejar rastro. Hay quien dice que fue el moustruo quien lo agarrara y se lo arrastrara al abismo. Mas otros dicen que qué cojones de moustruo ni que ocho cuartos, sino que al tal bracero de su mesma gana hizo un yo me largo y ello a causa de otros y de los elementos. Pues él, fijarsus, jugaba a los güesos con ansia y para colmo le infló la tripa a una molinera y la tal molinera se fue al juez y el juez por su parte le mandó al bracero pasarle una pensión…

—¿No atacó el monstruo a nadie más? —Geralt interrumpió nervioso la prédica—. ¿Nadie más lo ha visto?

—No.

Una de las mozas, al servirle el vino local a Geralt, le pasó un pecho por la oreja, después de lo cual maulló invitadora.

—Vamos —dijo Geralt rápido—. No hay por qué platicar ni darle vueltas. Llevadme a las bodegas.

El amuleto de Fringilla, triste era el afirmarlo, no cumplía con las esperanzas puestas en él. El que aquella crisoprasa labrada y envuelta en plata sustituiría a su medallón brujeril del lobo, Geralt no lo había creído ni por un instante. Fringilla al fin y al cabo tampoco lo había prometido. Sin embargo, le había asegurado —muy segura de ello— que cuando se integrara con la psique del que lo llevaba, el amuleto sería capaz de realizar muy distintas cosas, entre ellas, avisar del peligro. Sin embargo, o bien el hechizo de Fringilla no había tenido éxito o bien Geralt y el amuleto diferían en lo que consideraban o no como peligro. La crisoprasa apenas tembló perceptiblemente cuando, al ir hacia el sótano, cortaron el paso a un enorme gato cano que desfilaba por el patio con la cola en alto. El gato, al cabo, debía de haber recibido alguna señal del amuleto, porque bufó, maullando agudamente. Cuando el brujo entró en el sótano, el medallón comenzó a vibrar acá y allá de forma enervante, y ello en bóvedas secas, ordenadas y limpias en las que la única amenaza era el vino guardado en unos grandes barriles. A alguien que, habiendo perdido el autocontrol, se tumbara con la boca abierta bajo los grifos, le amenazaba allí una tremenda borrachera. Y nada más.

Sin embargo, el medallón no tembló cuando Geralt dejó la parte de los subterráneos que estaba en uso y bajó por una sucesión de escaleras y galerías. El brujo ya hacía mucho que se había dado cuenta de que bajo la mayoría de los viñedos de Toussaint había antiquísimas minas. De seguro que había sido así que, cuando las viñas que se habían plantado comenzaron a crecer y a asegurar mejores beneficios, se había terminado con la explotación del mineral y se habían abandonado las minas, adaptando en parte sus corredores y túneles para bodegas y sótanos. Los castillos de Pomerol y Zurbarrán estaban construidos sobre una antigua mina de pizarra. Abundaban allí las galerías y agujeros, bastaba un simple momento de descuido para caer al fondo de alguna complicada fractura. Parte de los agujeros estaban velados por tablas podridas cubiertas de polvo de pizarra y casi no se diferenciaban del suelo. Un paso descuidado sobre algo así era peligroso, de modo que el medallón tenía que advertir de ello. No advertía. Tampoco advirtió cuando de un montón de rocas de pizarra a unos diez pasos por delante de Geralt surgió una forma difusa que arañó con sus uñas el suelo, sacó la sin hueso con rabia y aulló horrendamente, después de lo cual con un silbido y un chirrido echó a correr por el túnel y se escondió en uno de los nichos que se abrían en la pared.

El brujo maldijo. El artilugio mágico reaccionaba ante los gatos pelicanos, pero no con los gremlins. *Habrá que hablar de esto con Fringilla*, pensó, acercándose al agujero por el que había desaparecido la criatura.

El amuleto tembló con fuerza.

Justo a tiempo, pensó. Pero entonces reflexionó. Puede que el medallón no fuera tan estúpido al fin y al cabo. La táctica acostumbrada y preferida de los gremlins se basaba en la huida y la encerrona durante la que se cortaba al perseguidor con unas zarpas tan afiladas como hoces. El gremlin podía estar esperando allí, en la oscuridad, y el medallón lo señalaba. Esperó largo rato, conteniendo el aliento, aguzando el oído con cuidado. El amuleto yacía tranquilo e inerte sobre su pecho. Del agujero salía un hedor desagradable, podrido. Pero reinaba un silencio absoluto. Y ningún gremlin habría aguantado tanto tiempo en silencio. Sin pensárselo, se arrastró al agujero y continuó a cuatro patas, rozándose la espalda con la deformada roca. No avanzó mucho.

Algo crujió y chascó, el suelo cedió y el brujo cayó junto con algunas libras de arena y grava. Por suerte aquello duró poco, bajo sus pies no había un abismo sin fondo sino un simple agujero. Rodó como mierda por un canal de alcantarilla y chocó con un estruendo contra unos fragmentos de madera podrida. Agitó los cabellos y escupió arena, lanzó unas blasfemias terribles. El amuleto vibraba sin pausa, le golpeteaba en el pecho como un gorrión bajo la axila. El brujo se contuvo de arrancárselo y mandarlo al diablo. En primer lugar porque Fringilla se pondría furiosa. En segundo, la crisoprasa tenía al parecer otras cualidades hechiceriles. Geralt albergaba la esperanza de que aquellas serían más fiables. Cuando intentó levantarse tentó con la mano la redondez de una calavera. Y comprendió que aquello sobre lo que yacía no era madera en absoluto.

Se levantó, distinguió con rapidez un montón de huesos. Todos eran humanos. Todos eran personas que, en el momento de su muerte, habían estado cubiertos de cadenas y casi con toda seguridad desnudos. Los huesos estaban golpeados y mordisqueados. Puede que cuando los mordieran aquellas personas ya no estuviesen vivas. Pero aquello no era seguro.

De aquella galería le sacó un corredor largo, recto como una flecha. La pared pizarrosa estaba bastante bien pulida, no parecía ya una mina. Salió de pronto a una enorme caverna cuyo techo estaba sumido en la oscuridad. El centro de la caverna lo ocupaba un gigantesco agujero, negro y sin fondo, sobre el que colgaba un puente de piedra con un aspecto peligrosamente elaborado.

Fluían gotas de agua por las paredes, su eco resonaba. Un viento frío y apestoso surgía del abismo. El amuleto estaba tranquilo. Geralt entró en el puente, atento y concentrado, intentando mantenerse lejos de las balaustradas a punto de deshacerse. Al otro lado del puente había otro corredor. En sus pulidas paredes advirtió unos oxidados soportes para antorchas. Había también allí nichos, en algunos de los cuales había estatuas de granito, sin embargo el agua que había

caído durante años las había erosionado y desfigurado hasta convertirlas en muñecos sin forma. En las paredes colgaban también placas con relieves. Éstas, realizadas en un material más resistente, eran más legibles. Geralt reconoció una mujer con cuernos de media luna, una torre, una golondrina, un jabalí, un delfín, un unicornio.

Escuchó una voz.

Se detuvo, conteniendo el aliento.

El amuleto vibraba.

No, aquello no era una ilusión, no era el susurro de la pizarra desmoronándose ni el eco del agua goteando. Era una voz humana. Geralt cerró los ojos, aguzó el oído. La localizó. La voz, el brujo se dejaría cortar el cuello, provenía de otro de los nichos, detrás de otra estatua deformada, aunque no tanto como para haber perdido unas redondas formas de mujer. Esta vez el medallón estuvo a la altura de las circunstancias. Brilló y Geralt advirtió de pronto un reflejo metálico en la pared. Abrazó a la deformada mujer en un poderoso abrazo, la hizo girar con fuerza. Algo chirrió, todo el nicho giró sobre un soporte de acero, dejando al descubierto unas escaleras retorcidas. De nuevo le alcanzó una voz que provenía de la cima de las escaleras. Geralt no se lo pensó largo rato.

Arriba encontró una puerta que se abrió sin resistencia e incluso sin chirrido. Detrás de la puerta había un pequeño cuarto abovedado. De las paredes surgían cuatro enormes tubos de latón que se abrían al final como si fueran trompas. En el centro, entre las salidas de las trompas, había un sillón y en el sillón estaba sentado un esqueleto. Sobre el cráneo, hundido hasta los dientes, tenía los restos de un birrete, estaba vestido con los harapos de lo que alguna vez fueran ricos ropajes, una cadena de oro al cuello, y en las piernas unas botas de cordobán muy mordisqueadas por las ratas con los pies al descubierto.

Una carcajada surgió de una de las trompas, tan fuerte e inesperada que el brujo hasta dio un salto. Luego alguien se sonó los mocos, un sonido que amplificado muchas veces por el tubo de latón sonó como el averno.

—Salud —surgió del tubo—. Vaya unos mocos tenéis, Skellen.

Geralt quitó el esqueleto del sillón, sin olvidarse de arrancarle la cadena de oro y metérsela en el bolsillo. Luego se sentó en el lugar de las escuchas. En el final de las trompas.

Uno de los espiados tenía voz de bajo, profunda y vibrante. Cuando hablaba, el tubo de latón hasta retumbaba.

—Vaya unos mocos tenéis, Skellen. ¿Dónde os habéis resfriado de tal modo? ¿Y cuándo?

—No vale la pena hablar de ello —dijo el acatarrado—. La maldita enfermedad se me ha pegado y sigue aquí, apenas ha desaparecido, vuelve de

nuevo. Ni la magia ayuda.

—¿No sería mejor entonces cambiar de mago? —habló otra persona con una voz chirriante como una pluma vieja y oxidada—. El Vilgefortz ese, de momento, no puede vanagloriarse de muchos éxitos, desde luego. En mi opinión…

—Dejémoslo —le interrumpió alguien que hablaba con un curioso arrastrar de las sílabas—. No es por esto por lo que hemos organizado aquí este encuentro, en Toussaint. En el confín del mundo.

—¡En el puto culo del mundo!

—Este confín del mundo —dijo el acatarrado— es el único país que conozco que no posee un servicio secreto propio. El único rincón del imperio que no está plagado de agentes de Vattier de Rideaux. Este eternamente gozoso y embriagado condado es considerado una comedia y nadie lo trata en serio.

—Estos paisejos —dijo el que arrastraba las sílabas— siempre fueron un paraíso para los espías y el lugar preferido para sus encuentros. Por ello atraían también al contraespionaje y a los espías, a diversos mirones y escuchadores profesionales.

—Puede que así fuera antes. Pero no con el gobierno de las hembras, algo que dura ya en Toussaint casi cien años. Repito, estamos seguros aquí. Nadie nos encontrará ni espiará. Podemos, fingiendo ser mercaderes, hablar tranquilamente acerca de las cuestiones que son de tanto interés sobre todo para vuesas mercedes. Para vuesas fortunas privadas y privados latifundios.

—¡Desprecio lo privado, desde luego! —se emocionó el chirriante—. ¡Y no por lo privado estoy aquí! Sólo y exclusivamente me preocupa el bienestar del imperio. ¡Y el bienestar del imperio, señores, es una dinastía fuerte! Perjuicio sin embargo y gran mal para el imperio será si en el trono se sienta alguna fruta mezclada y podrida de mala sangre, descendiente de los conejos del norte, enfermos física y moralmente. ¡No, señores! ¡Ante tal cosa yo, De Wett de los De Wettos, por el Gran Sol, no me quedaré mirando sin hacer nada! Cuanto más que la mi hija ya tenía casi prometido…

—¿Tu hija, De Wett? —bramó el de la voz vibrante, de bajo—. ¿Y qué tengo yo que decir? ¿Yo, que apoyé a aquel cachorro de Emhyr entonces en lucha contra el usurpador? ¡Al cabo fue de mi residencia que se lanzaron los cadetes a asaltar el palacio! Entonces, el mozuelo miraba con gusto a mi Eilan, le sonreía, le hacía cumplidos, y de tapadillo, lo sé, le apretaba las tetas. Y ahora qué… ¿otra emperatriz? ¿Una afrenta así? ¿Un insulto tal? ¡Un emperador del imperio eterno que pone a una vagabunda de Cintra por encima de las hijas de las antiguas familias! ¿Qué? ¿Se sienta en el trono por merced mía y se atreve a denigrar a mi Eilan? ¡No, no lo permitiré!

—¡Ni yo! —gritó otra voz, alta y exaltada—. ¡A mí también me causó ofensa! ¡Por esa vagabunda cintriana repudió a mi mujer!

—Por suerte —intervino el arrastrador de sílabas—, a la vagabunda se la mandó al otro mundo. Por lo que se entiende de la relación del señor Skellen.

—He escuchado esta relación con mucha atención —dijo el chirriante— y he llegado a la conclusión de que no cabe de ella más que concluir que la vagabunda desapareció. Y si desapareció, entonces puede aparecer de nuevo. Desde el año pasado ella ha desaparecido y aparecido varias veces. Ciertamente, señor Skellen, mucho nos habéis decepcionado, desde luego. ¡Vos y ese hechicero, Vilgefortz!

—¡No es hora de darle vueltas a esto, Joachim! No es hora de acusarse mutuamente y echar las culpas, crear una grieta en nuestra unidad. Tenemos que estar firmemente unidos. Y decididos. No importa si la cintriana vive o no. El emperador, que ya una vez humilló a las viejas familias, ¡lo seguirá haciendo! ¿No está la cintriana? ¡A cambio dentro de algunos meses es capaz de presentarnos como emperatriz a una zerrikana o una de Zangwebar! ¡No, por el Gran Sol, no lo permitiremos!

—¡No lo permitiremos, desde luego! ¡Bien hablas, Ardal! La familia de los Emreis ha defraudado nuestras esperanzas, cada minuto que Emhyr esté en el trono es perjudicial para el imperio, desde luego. Y hay a quien poner en el trono. El joven Voorhis…

Se escuchó un sonoro estornudo, al que siguió el sonido de sonarse los mocos.

—Una monarquía constitucional —dijo el estornudador—. Ya es hora de que haya una monarquía constitucional, un sistema progresista. Y luego la democracia… El poder del pueblo…

—El emperador Voorhis —repitió con énfasis la voz profunda—. El emperador Voorhis, Stefan Skellen. El cual se casará con mi Eilan o con alguna de las hijas de Joachim. Y entonces yo como gran canciller de la corona, De Wett como mariscal de campo. Vos por vuestra parte, Stefan, como conde y ministro del interior. A no ser que como partidario de no sé qué pueblo ni dueblo renunciéis a cargos y títulos. ¿No?

—Dejemos en paz los procesos históricos —dijo conciliador el acatarrado—. A éstos de cualquier modo no los detendrá nadie. En lo que respecta al día de hoy, vuesa merced gran canciller Aep Dahy, si tengo alguna reserva hacia la persona del duque Voorhis es principalmente porque se trata de persona de carácter férreo, orgulloso y estirado, al que no es fácil influir.

—Si se puede añadir algo —respondió el arrastrador de sílabas—. El duque Voorhis tiene un hijo, el pequeño Morvran. Éste es bastante mejor candidato. En primer lugar, posee mayores derechos al trono, tanto por parte paterna como materna. En segundo lugar, es un niño, en lugar del cual gobernará el consejo de regencia. O sea, nosotros.

—¡Tonterías! ¡Nos la apañaremos también con el padre! ¡Encontraremos el modo!

—¡Ofrezcámosle —propuso el exaltado— a mi mujer!

—Silencio, conde Broinne. No es momento ahora para ello. Señores, de otra cosa debiéramos ahora hablar, desde luego. Quisiera resaltar que Emhyr var Emreis aún gobierna.

—Y de qué modo —convino el acatarrado al tiempo que se sonaba en un pañuelo—. Gobierna y vive, está estupendamente, tanto de cuerpo como de mente. No hay forma de dudar sobre todo de esto último, después de cómo se libró de vuesas mercedes sacándoos de Nilfgaard junto con los ejércitos que os podrían ser fieles. ¿Cómo entonces pretendéis realizar un golpe de estado, señor duque Ardal, si en cualquier momento os tocará ir a la guerra a la cabeza del grupo de ejército Este? Y el duque Joachim creo que también deberá estar junto a sus ejércitos, en el grupo de operaciones especiales Verden.

—Ahórrate los sarcasmos, Stefan Skellen. Y no hagas gestos que sólo en tu opinión te hacen parecerte a tu nuevo señor, el hechicero Vilgefortz. Y has de saber, Autillo, que si Emhir sospecha de algo, precisamente la culpa la tenéis vosotros, tú y Vilgefortz. Reconoce que queríais haber capturado a la cintriana y mercadearla, comprar la merced de Emhyr. Ahora que la moza ha desaparecido, no hay con qué mercadear, ¿cierto? Emhyr os descuartizará con sus caballos, desde luego. ¡No salvaréis las cabezas ni tú ni el hechicero con el que te vincularas en contra de nuestra voluntad!

—Nadie de nosotros salvará la cabeza, Joachim —intervino el bajo—. Hay que mirar a la verdad a los ojos. No estamos en mejor situación que Skellen. Las circunstancias han hecho que todos vayamos en un mismo barco.

—¡Pero fue Autillo quien nos metió en ese barco! Teníamos que actuar en secreto, ¿y ahora qué? ¡Emhyr lo sabe todo! ¡Los agentes de Vattier de Rideaux persiguen a Autillo por todo el imperio! ¡Y para librarse de nosotros nos mandan a la guerra, desde luego!

—De esto precisamente —dijo el que arrastraba las sílabas— me alegraría, lo aprovecharía. Todos, os lo aseguro, señores, están ya hartos de la guerra que está en trance. El ejército, el pueblo llano, y sobre todo los mercaderes y empresarios. El mero hecho del final de la guerra será saludado por todo el imperio con gran alegría, independientemente de cómo se termine la guerra. Y vos, como comandantes de los ejércitos, tenéis una influencia en el resultado de la guerra, por así decirlo, al alcance de la mano. ¿Algo más simple, en el caso de que el conflicto armado acabe en victoria, que vestirse los laureles? ¿Y en caso de derrota, aparecer como enviados de la providencia, encargados de las negociaciones que pongan punto final al derramamiento de sangre?

—Cierto —dijo al cabo el chirriante—. Por el Gran Sol, es cierto. Bien habláis, señor Leuvaarden.

—Emhyr —dijo el bajo— se ha puesto él mismo la soga al cuello, al mandarnos al frente.

—Emhyr —dijo el exaltado— todavía sigue vivo, señores duques. Vivo y con buena salud. No repartamos la piel del oso.

—No —dijo el bajo—. Matemos antes al oso.

El silencio duró largo rato.

—Así que un atentado. Muerte.

—Muerte.

—¡Muerte!

—¡Muerte! Es la única solución. Emhyr tiene partidarios mientras esté vivo. Cuando Emhyr muera, nos apoyarán todos. Estará de nuestro lado la aristocracia, porque la aristocracia somos nosotros y la fuerza de la aristocracia es su solidaridad. De nuestro lado se pondrán buena parte del ejército, especialmente la parte del cuerpo de oficiales que recuerda la purga de Emhyr después de la derrota de Sodden. Y estará de nuestro lado el pueblo…

—Porque el pueblo es ignorante, tonto y es fácil de manipular —terminó, al tiempo que se limpiaba los mocos, Skellen—. Basta con gritar « ¡hurra!» , echar un discurso en las escaleras del senado, abrir las cárceles y bajar los impuestos.

—Tenéis toda la razón, coronel —dijo el que arrastraba las sílabas—. Ahora sé por qué habláis tanto de la democracia.

—Advierto —chirrió el llamado Joachim— que no nos será tan fácil, señores. Todo nuestro plan se basa en que muera Emhyr. Y no podemos cerrar los ojos ante el hecho de que Emhyr tiene muchos partidarios, tiene el cuerpo de ejércitos interiores, tiene una guardia fanática. No será fácil abrirse paso por la brigada Imperator y ésta, no os hagáis ilusiones, luchará hasta el último hombre.

—Y aquí —anunció Skellen— es donde nos ofrece su ayuda Vilgefortz. No tendremos que rodear el palacio ni abrirnos paso a través de los Imperas. El asunto lo solucionará un asesino con protección mágica. Tal y como sucedió en Tretogor antes de la rebelión de los magos de Thanedd.

—El rey Radowid de Redania.

—Así es.

—¿Vilgefortz tiene un asesino así?

—Lo tiene. Y para ganarnos vuestra confianza, señores, os diremos quién es. La hechicera Yennefer, a la que tenemos en prisión.

—¿En prisión? Tenía entendido que Yennefer estaba aliada con Vilgefortz.

—Es su prisionera. Hechizada e hipnotizada, programada como un golem, realizará el atentado. Y luego se suicidará.

—No me pega aquí una hechicera hipnotizada —dijo el que arrastraba las sílabas, y el desagrado hizo que las arrastrara aún más—. Mejor sería un héroe, un ardiente militante, un vengador…

—Vengadora —le interrumpió Skellen—. Viene aquí que ni pintado, señor Leuvaarden. Yennefer vengará los daños que le causara el tirano. Emhyr persiguió y llevó a la muerte a su pupila, una niña inocente. Este cruel dictador,

ese degenerado, en lugar de ocuparse del imperio y del pueblo, perseguía y torturaba niños. Le alcanzó la mano vengadora…

—A mí me parece —anunció con su voz de bajo Ardal aep Dahy— muy bien.

—A mí también —chirrió Joachim de Wett.

—¡Estupendo! —gritó con exaltación el conde Broinne—. Por la violación de mujeres ajenas le alcanzará al tirano depravado la mano de la justicia. ¡Estupendo!

—Una cosa. —Leuvaarden arrastró las sílabas—. Para conseguir nuestra confianza, señor coronel Skellen, pido que nos reveléis el lugar actual donde se encuentra el señor Vilgefortz.

—Señores, yo… No me es posible…

—Ésta será nuestra garantía. La fianza de nuestra sinceridad y devoción a la causa.

—No temas la traición, Stefan —añadió Aep Dahy—. Ninguno de los presentes nos traicionará. Es una paradoja. En otras circunstancias puede que se encontrara entre nosotros alguno que quisiera comprar su vida traicionando a los demás. Pero todos aquí sabemos demasiado bien que la deslealtad no compraría nada. Él tiene un pedazo de hielo en lugar de corazón. Y por eso morirá. Stefan Skellen, no vaciles más.

—Está bien —dijo—. Que sea entonces la fianza de la sinceridad. Vilgefortz se esconde en…

El brujo, sentado al final de las trompas, apretó los puños hasta hacerse daño. Y aguzó el oído. Y la memoria.

Las dudas del brujo en lo respecto al amuleto de Fringilla no estaban justificadas y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Cuando entró en la gran caverna y se acercó al puente de piedra sobre el negro abismo, el medallón se le retorció y removió en el cuello ya no como un gorrión, sino como un pájaro grande y fuerte. Un cuervo, por poner un ejemplo.

Geralt se quedó congelado. Detuvo el amuleto. No realizó ni el más mínimo movimiento, para que a su oído no lo equivocara ni un susurro ni inspiraciones algo más ruidosas. Esperó. Sabía que al otro lado del precipicio, al otro lado del puente, había algo agazapado en la oscuridad. No excluía que algo podía esconderse también a sus espaldas y que el puente podía ser una trampa. No tenía intención alguna de dejarse atrapar en ella. Esperó. Hasta que sucedió.

—Hola, brujo —escuchó—. Te estábamos esperando.

La voz que llegaba de la oscuridad sonaba extraña. Pero Geralt ya había

escuchado voces como aquélla, las conocía. Eran las voces de seres que no estaban acostumbrados a entenderse con la ayuda del habla. Sabiendo usar del aparato de pulmones, diafragma, tráquea y cuerdas vocales, estas criaturas no controlaban del todo el aparato de la articulación, incluso cuando sus labios, paladar y lengua tenían una estructura totalmente parecida a la humana. Las palabras emitidas por estos seres, aparte de una extraña acentuación y entonación, estaban llenas de sonidos que no eran agradables para el oído humano: desde duros y feos chasquidos hasta sílabas blandas, silbantes y resbaladizas.

—Te estábamos esperando —repitió la voz—. Sabíamos que vendrías cuando se te atrajera con rumores. Que te arrastrarías aquí, bajo la tierra, para buscar, perseguir, acosar y matar. Ya no saldrás de aquí. No verás más ese sol que tanto amas.

—Muéstrate.

Algo se movió en la oscuridad, al otro lado del puente. Las tinieblas de cierto sitio parecieron hacerse más densas y cobrar una forma torpemente humana. El ser, daba la sensación, no podía quedarse ni por un segundo en la misma posición y lugar, las cambiaba con ayuda de unos movimientos rápidos, nerviosos, atropellados. El brujo ya había visto antes seres como aquél.

—Un korred —afirmó con voz fría—. Podría haberme esperado aquí a alguien como tú. Hasta resulta raro que no me topara contigo antes.

—Mira, mira. —En la voz del nervioso ser había sarcasmo—. En la oscuridad y me reconoció. ¿Y a aquél lo reconoces? ¿Y a aquél? ¿Y a aquél?

De la oscuridad, sin hacer ruido como si fueran espíritus, surgieron otros tres seres. Uno, que acechaba detrás del korred, en forma y rasgos generales también era humanoide, pero más bajo, más encorvado y más simiesco. Geralt sabía que era un kilmulis. Dos monstruos más, como había imaginado, estaban ocultos delante del puente, listos para cortarle la retirada cuando entrara en él. El primero por la izquierda, que retorcía sus uñas como una enorme araña, se quedó congelado, recogiendo sus muchas patas. Era un priskirniko. La última criatura, que recordaba rudamente a un candelabro, surgió, parecía, directamente de la agrietada pared de pizarra. Geralt no fue capaz de adivinar qué es lo que era. En ninguno de los libros de los brujos figuraba un monstruo así.

—No quiero pelea —dijo, contando un poco con el hecho de que las criaturas habían comenzado conversando, en vez de simplemente lanzarse sobre su pescuezo en las tinieblas—. No quiero pelea con vosotros. Pero si hace falta, me defenderé.

—Lo tenemos calculado —anunció siseante el korred—. Por eso somos cuatro. Por eso te preparamos esta encerrona. Nos has envenenado la vida, brujo canalla. El agujero más hermoso en esta parte del mundo, un maravilloso lugar para invernar, nosotros invernamos aquí desde el comienzo de la historia, casi. Y

ahora tú has aparecido para cazar, cabrón. Para perseguirnos, alcanzarnos, matar por dinero. Se acabó. Y también tú te acabaste.

—Escucha, korred…

—Más cortésmente —bramó la criatura—. No aguanto la mala educación.

—Entonces cómo…

—Señor Schweitzer.

—Entonces, señor Schweitzer —continuó Geralt, en apariencia humilde y sumiso—, éste es el caso. Entré aquí, no lo escondo, como brujo y con una tarea de brujo. Propongo que corramos un tupido velo. Sucedió sin embargo algo en estos subterráneos que cambió la situación diametralmente. Me enteré de algo increíblemente importante para mí. Algo que puede cambiar toda mi vida.

—¿Y qué coño resulta de ello?

—Tengo que salir de inmediato a la superficie —Geralt era un modelo de tranquilidad y paciencia—, de inmediato, sin perder un instante, ponerme en camino hacia un lejano lugar. Un camino que puede resultar un camino sin retorno. Dudo que de cualquier manera vuelva otra vez por estos lares…

—¿De esta forma quieres comprar tu vida, brujo? —siseó el señor Schweitzer —. De eso nada. Vanos son tus ruegos. Te tenemos en la red y no te vamos a dejar salir de ella. Te mataremos pensando no sólo en nosotros, sino también en nuestros hermanos. Por así decirlo, por su libertad y la nuestra, no pasarán.

—No sólo no volveré por estos lares —continuó Geralt pacientemente—, sino que dejaré de actuar del todo como brujo. Nunca más mataré a ninguno de vosotros.

—¡Mientes! ¡Mientes del miedo!

—Pero tengo que salir urgentemente de aquí —Geralt tampoco ahora permitió que le interrumpieran—, como he dicho. Tenéis entonces dos alternativas. La primera: creéis en mi sinceridad y me iré. La segunda: me iré por encima de vuestros cadáveres.

—La tercera —graznó el korred—: tú serás el cadáver.

Con un tintineo, el brujo sacó la espada de la vaina que llevaba a la espalda.

—No el único —dijo sin pasión—. Con toda seguridad no el único, señor Schweitzer.

El korred guardó silencio durante algún tiempo. El kilmulis que estaba a su espalda se balanceó y chirrió algo. El priskirniko dobló y extendió sus patas. El candelabro cambió de forma. Ahora parecía un abeto deforme con dos grandes ojos fosforescentes.

—Da una prueba —dijo por fin el korred— de tu sinceridad y buena fe.

—¿Cuál?

—Tu espada. Afirmas que dejarás de ser un brujo. Un brujo es su espada. Lánzala al abismo. O quiébrala. Entonces te permitiremos salir de aquí.

Geralt se quedó quieto por un momento, en un silencio en el que se oía cómo

caían las gotas de agua del techo y las paredes. Luego, despacio, sin apresurarse, introdujo horizontalmente, muy hondo, la espada en una grieta de la roca. Y quebró la hoja con un fuerte golpe de su bota. La hoja se rompió con un quejido cuyo eco resonó por la caverna. El agua caía por las paredes, fluía por ellas como lágrimas.

—No puedo creerlo —dijo el korred muy lentamente—. No puedo creer que haya nadie tan idiota.

Se lanzaron sobre él todos, al momento, sin gritos, palabras ni órdenes. Primero cruzó el puentecillo el señor Schweitzer, con unas garras en ristre y unos colmillos abiertos de los que no se habría avergonzado un lobo.

Geralt le permitió acercarse, después de lo cual giró y dio un tajo rajándole la mandíbula inferior y la garganta. Al segundo siguiente ya estaba en el puente, con un tajo al bies destrozó al kilmulis. Se encogió y cayó a tierra, en el mismo momento en que el candelabro que había saltado sobre él, bajando desde arriba, le arañó apenas la chaqueta con sus zarpas. El brujo saltó delante del priskirniko, delante de sus finas patas que giraban como las velas de un molino de viento. El golpe de una de las garras le acertó en un lado de la cabeza, Geralt bailó, esquivando y cubriéndose con largos cortes. El priskirniko saltó de nuevo, pero falló. Golpeó contra la barrera y la destrozó, cayendo al abismo con una lluvia de piedras. Hasta entonces no había emitido sonido alguno, ahora, mientras caía al abismo, aulló. El aullido duró largo rato.

Lo atacaron por dos lados, por un lado el candelabro, por otro el kilmulis, bañado en sangre, herido, pero que había conseguido levantarse. El brujo saltó sobre la balaustrada del puente, sintió cómo se desmoronaban las piedras y cómo todo el puente temblaba. Balanceándose, se alejó del alcance de las zarpas armadas de garras del candelabro y se encontró a espaldas del kilmulis. El kilmulis no tenía cuello, así que Geralt le cortó en la sien. Pero el cráneo del monstruo era como de hierro, tuvo que cortar por segunda vez. Perdió con ello un poquito de tiempo de más. Le asestó en la cabeza, el dolor estalló en el cráneo y los ojos. Giró, cubriéndose con una amplia parada, sintiendo cómo le fluía abundantemente la sangre de debajo de los cabellos, intentó entender lo que había pasado. Evitando por un milagro el segundo golpe de las zarpas, lo entendió. El candelabro había cambiado de forma, atacaba ahora con unas patas extraordinariamente alargadas.

Aquello tenía sus desventajas. Bajo la forma de un centro de gravedad alterado. El brujo se introdujo por debajo de las zarpas, acortando la distancia. El candelabro, viendo lo que se le venía encima, cayó sobre el lomo como un gato, alzando sus patas traseras, armadas de iguales zarpas que las delanteras. Geralt saltó sobre él, cortando en el salto. Sintió cómo la hoja cortaba el cuerpo. Se estiró, giró, cortó de nuevo, cayó de rodillas. El ser gritó y lanzó con fuerza su cabeza hacia delante, haciendo chasquear sus dientes salvajemente junto al

pecho del brujo. Sus grandes ojos brillaban en la oscuridad. Geralt le dio un tremendo golpe con la empuñadura de la espada, cortó de cerca, llevándose la mitad del cráneo. Incluso sin aquella mitad aquel extraño ser, que no figuraba en ninguno de los libros de los brujos, chasqueó sus dientes durante algunos segundos. Luego murió, con un suspiro terrible y casi humano. El korred, que estaba bañado en sangre, temblaba convulsivamente. El brujo se puso a su lado.

—No puedo creer —dijo— que alguien pueda ser tan idiota como para dejarse engañar con una ilusión tan sencilla como la de quebrar una espada.

No estaba seguro de si el korred estaba lo suficientemente consciente como para entenderle. Pero en realidad le era indiferente.

—Te lo advertí —dijo, limpiándose la sangre que le fluía por la mejilla—. Te advertí que tenía que salir de aquí.

El señor Schweitzer tembló con fuerza, tosió, silbó y tiritó. Luego enmudeció y se quedó quieto.

Fluía el agua del techo y las paredes.

—¿Estás satisfecho, Regis?

—Ahora sí.

—Entonces —el brujo se levantó—, venga, corre y haz las maletas. Y vivo.

—No me llevará mucho tiempo. *Omnia mea mecum porto*.

—¿Lo qué?

—No tengo mucho equipaje.

—Entonces mejor. En media hora, al otro lado de la ciudad.

—Estaré allí.

No la había tenido en lo que era. Le atrapó. Él mismo era culpable. En vez de darse prisa, podía haber ido a la parte trasera del palacio y dejar allí a Sardinilla en el establo grande, el que era para los caballeros andantes, el personal y el servicio y en el que estaban también los caballos de su grupo. No lo hizo, por prisa y por costumbre usó del establo condal. Y pudo haberse imaginado que en el establo condal debía de haber alguien que informara.

Iba de lado a lado, dando patadas a la paja. Vestía un corto abrigo de piel de zorro, una blusa blanca de atlas, una falda de montar negra y botas altas. Los caballos bufaron al percibir la rabia que emanaba de ella.

—Mira, mira —dijo al verlo, doblando la fusta que llevaba en la mano—. ¡Nos vamos! ¡Sin despedirnos! Porque la carta que de seguro está sobre la mesa no es una despedida. No, después de lo que nos ha unido. Imagino que tu proceder lo aclaran y justifican unos argumentos extraordinariamente importantes.

—Lo aclaran y lo justifican. Perdona, Fringilla.

—Perdona, Fringilla —repitió, torciendo los labios con rabia—. Qué corto, qué austero, qué falto de pretensiones, con qué cuidado del estilo. La carta que me has dejado, me juego el cuello, de seguro que está también redactada exquisitamente. Sin exageraciones, en lo tocante a la tinta.

—Tengo que irme —consiguió hacer salir de su garganta—. Te imaginas por qué. Y por quién. Perdóname, por favor. Tenía intención de desaparecer con sigilo y en secreto porque… porque no quería que intentaras seguirnos.

—Vano era ese temor —dijo con énfasis, al tiempo que retorcía la fusta en un arco—. No me iría contigo ni aunque me lo pidieras de rodillas. Oh, no, brujo. Ve solo, muere solo, congélate solo en los pasos. Yo no tengo deuda alguna con Ciri. ¿Y contigo? ¿Sabes acaso cuántos me imploraron lo que tú tuviste? ¿Lo que ahora abandonas con desprecio, lo echas a un rincón?

—No lo olvidaré nunca.

—Oh —silbó—. No sabes qué ganas tengo de hacer que fuera de verdad así. ¡E incluso sin ayuda de la magia, sólo con ayuda de este látigo!

—No lo harás.

—Tienes razón, no lo haré. No sería capaz. Me comportaré como le pertenece a una amante despreciada y abandonada. De forma muy clásica. Me iré con la cabeza alta. Con orgullo y dignidad. Conteniendo las lágrimas. Luego lloraré en la almohada. ¡Y luego me acostaré con otro!

Al final casi estaba gritando. Él no dijo nada. Ella también guardó silencio.

—Geralt —dijo al fin, con una voz completamente distinta—. Quédate conmigo. Me parece que te quiero —dijo ella, viendo que él vacilaba con la respuesta—. Quédate conmigo. Te lo pido. Nunca le solicité nada a nadie y nunca pensé pedir nada. A ti te lo pido.

—Fringilla —respondió Geralt al cabo—. Eres una mujer con la que un hombre sólo puede soñar. Mi culpa es, y sólo mía, que no tengo naturaleza de soñador.

—Eres —dijo ella un instante después, mordiéndose los labios— como un anzuelo de pescador, que una vez clavado sólo se puede arrancar con sangre y carne. En fin, yo misma soy culpable, sabía lo que hacía, jugando con un juguete peligroso. Por suerte, sé también cómo habérmelas con las consecuencias. Tengo en esto ventaja sobre el resto de la tribu de las mujeres.

Él no dijo nada.

—Al fin y al cabo —añadió—, un corazón roto, aunque duela mucho, mucho más que un brazo roto, se cura mucho, mucho más rápido.

Tampoco ahora dijo él nada. Fringilla miró el cardenal de su mejilla.

—¿Y mi amuleto? ¿Qué tal funciona?

—Es simplemente genial. Gracias.

Ella asintió.

—¿Adónde vas? —dijo con otro tono de voz completamente distinto—. ¿Qué es lo que has sabido? Sabes el sitio donde está escondido Vilgefortz, ¿verdad?

—Sí. No me pidas que te diga dónde está. No te lo diré.

—Compraré esta información. Algo por algo.

—¿Ah, sí?

—Tengo una noticia —repitió— que es muy valiosa. Y para ti simplemente no tiene precio. Te la venderé a cambio de…

—De una conciencia tranquila —terminó él, mirándola a los ojos—. Por la confianza que te otorgué. Hace un momento se hablaba aquí de amor. ¿Y comenzamos ahora a hablar de comercio?

Ella calló largo rato. Luego, de pronto, se golpeó con fuerza con la fusta en las botas.

—Yennefer —recitó rápida—, aquella cuyo nombre usaste algunas veces para dirigirte a mí por la noche, en momentos de éxtasis, nunca te traicionó, ni a ti, ni a Ciri. Nunca fue aliada de Vilgefortz. Para salvar a Ciri se metió sin dudarlo en un peligro incalculable. Perdió, le cayó a Vilgefortz en las garras. A las pruebas de escaneo que tuvieron lugar en otoño del año pasado la obligaron con toda seguridad a base de torturas. No se sabe si estará viva. No sé más. Te lo juro.

—Gracias, Fringilla.

—Vete.

—Confío en ti —dijo, sin irse—. Y nunca olvidaré lo que hubo entre nosotros. Confío en ti, Fringilla. No me quedaré contigo, pero creo que también te he querido… a mi modo. Te pido por favor que mantengas en el más profundo de los secretos aquello de lo que te vas a enterar ahora. El escondrijo de Vilgefortz está en…

—Espera —le interrumpió ella—. Me lo dirás luego, luego me lo revelarás. Ahora, antes de irte, te despedirás de mí. Tal y como debes despedirte. No con cartitas, ni balbuceando perdones. Te despedirás de mí como yo quiero.

Se quitó la piel de zorro, la lanzó sobre un montón de paja. Con un movimiento brusco se arrancó la blusa, bajo la que no llevaba nada. Se tendió sobre la piel, arrastrándolo con ella, sobre sí. Geralt la agarró por el cuello, alzó la falda, de pronto se dio cuenta de que no tendría tiempo para quitarle los guantes. Por suerte Fringilla no llevaba guantes. Ni bragas. Por una suerte aún mayor no llevaba tampoco espuelas, porque al cabo de poco los tacones de sus botas de montar estaban literalmente por todas partes, si hubiera llevado espuelas, miedo da pensar lo que podría haber pasado. Cuando ella gritó, él la besó. Sofocó su grito.

Los caballos, agitados por su rabiosa pasión, relincharon, patearon, se golpearon contra las barreras, de tal modo que polvo y paja comenzaron a caer desde el pajar.

—La ciudadela de Rhys-Rhun, en Nazair, junto al lago Muredach —terminó Fringilla Vigo triunfalmente—. Allí está el escondrijo de Vilgefortz. Se lo saqué al brujo antes de que se fuera. Tenemos tiempo de sobra para adelantarle. Él no conseguirá de ningún modo llegar allí antes de abril.

Las nueve mujeres reunidas en la sala de las columnas del castillo de Montecalvo afirmaron con la cabeza, regalándole a Fringilla unas miradas llenas de reconocimiento.

—Rhys-Rhun —repitió Filippa Eilhart, dejando ver sus dientes en una sonrisa voraz y jugueteando al mismo tiempo con un camafeo de sardónice que llevaba prendido al traje—. Rhys-Rhun en Nazair. Entonces, hasta pronto, señor Vilgefortz… ¡Hasta muy pronto!

—Cuando el brujo llegue hasta allí —susurró Keira Metz— no encontrará más que ruinas que ni siquiera van a oler ya a quemado.

—Ni tampoco cadáveres —sonrió graciosamente Sabrina Glevissig.

—Bravo, señora Vigo. —Sheala afirmó con la cabeza—. Más de tres meses en Toussaint… Pero creo que mereció la pena.

Fringilla Vigo paseó la mirada por las hechiceras sentadas tras la mesa. Por Sheala, Filippa, Sabrina Glevissig. Por Keira Metz, Margarita Laux-Antille y Triss Merigold. Por Francesca Findabair e Ida Emean, cuyos ojos enmarcados en un intenso maquillaje élfico no dejaban traslucir absolutamente nada. Por Assire van Anahid, cuyos ojos mostraban desasosiego y preocupación.

—Mereció la pena —reconoció.

Del todo sinceramente.

El cielo, desde un color azul oscuro, se fue haciendo poco a poco negro. Un viento gélido sopló a través de los viñedos. Geralt se cerró el chambergo y se puso una bufanda de lana al cuello. Se sentía estupendamente. Hacer el amor, como de costumbre, llevaba al máximo sus fuerzas físicas, psíquicas y morales, borraba la sombra de cualquier duda y volvía el pensamiento claro y vivo. Sólo lamentaba que iba a estar privado de tan prodigioso panaceum durante largo tiempo. La voz de Reynart de Bois-Fresnes lo sacó de sus pensamientos.

—Va a hacer mal tiempo —dijo el caballero errante mirando a oriente, de donde provenía la tormenta—. Daos prisa. Si con este viento viene la nieve, si os agarra en el paso de Malheur, estaréis metidos en una trampa. Y en ese caso rezad por el deshielo a todos los dioses que adoráis, que conocéis y que entendéis.

—Entendido.

—Los primeros días os conducirá el Sansretour, pegaos al río. Dejad a un lado la factoría de los tramperos, llegaréis a un lugar en el que un afluente le entra al Sansretour por la derecha. No lo olvidéis: derecha. Su curso os mostrará el camino al paso de Malheur. Si acaso por voluntad divina atravesáis el Malheur,

no os apresuréis demasiado, porque aún tendréis ante vosotros los pasos de Sansmerci y de Mortblanc. Cuando crucéis los dos bajad hacia el valle de Sudduth. Sudduth tiene un microclima templado, casi como Toussaint. Si no fuera por su mísera tierra, también plantarían allí viñedos.

Se detuvo avergonzado por unas miradas penetrantes.

—Claro —carraspeó—. Al grano. A la salida de Sudduth está la ciudad de Caravista. Allí vive mi primo, Guy de Bois-Fresnes. Visitadlo y decidle que venís de mi parte. Si acaso mi primo se hubiera muerto o se hubiera vuelto tonto, recordad, la dirección de vuestro camino es la planicie de Mag Deira, el valle del río Sylte. Más allá, Geralt, ya sigue el mapa que pintaste en casa del cartógrafo local. Y ya que estamos con la cartografía, no entiendo demasiado por qué le preguntaste por no sé qué castillo…

—Mejor olvídate de eso, Reynart. No ha sucedido nunca. Nunca lo has oído ni lo has visto. Ni aunque te dieran tormento. ¿Entendido?

—Entendido.

—Un jinete —advirtió Cahir, sujetando a su semental, que brincaba—. Viene un jinete hacia nosotros a todo galope, de la parte de palacio.

—Si sólo uno —Angoulême sonrió, al tiempo que acariciaba el hacha que colgaba de la silla—, entonces es poco problema.

El jinete resultó ser Jaskier, quien galopaba a todo lo que daba el caballo. Curiosamente el caballo resultó ser Pegaso, el castrado del poeta, al que no le gustaba saltar y no solía hacerlo.

—Bueno —dijo el trovador, jadeando como si él hubiera llevado a la espalda al castrado y no el castrado a él—. Bueno, lo conseguí. Temía que no os iba a alcanzar.

—No me digas que al final te vienes con nosotros.

—No, Geralt —Jaskier bajó la cabeza—, no voy. Me quedo aquí, con mi Armiño. Es decir, con Anarietta. Pero no podía no despedirme de vosotros. Desearos un buen viaje.

—Dale las gracias por todo a la condesa. Y discúlpanos ante ella por irnos tan de improviso y sin despedirse. Justifícanos de alguna manera.

—Hicisteis un juramento de caballería y eso es todo. Todo el mundo en Toussaint, incluyendo a Armiño, entiende algo así. Y aquí… tenéis. Que sea esto mi aportación.

—Jaskier. —Geralt tomó del poeta un bolsón más bien pesado—. No padecemos falta de dinero. No es necesario…

—Que sea mi aportación —repitió el trovador—. Unas perras siempre vienen bien. Y aparte de ello, no son mías, tomé estos ducados del cofre privado de Armiño. ¿Qué es lo que miráis? A las mujeres no les hace falta el dinero. ¿Para qué? No beben, no juegan a los dados y, joder, ellas mismas son mujeres. ¡Venga, adiós! Idos porque me echo a llorar. Y cuando hayáis terminado tenéis

que veniros a Toussaint, volved, contádmelo todo. Y quiero abrazar a Ciri. ¿Me lo prometes, Geralt?

—Te lo prometo.

—Entonces, adiós.

—Espera. —Geralt dio la vuelta al caballo, se acercó mucho a Pegaso, a escondidas sacó del seno una carta—. Haz que esta carta le llegue…

—¿A Fringilla Vigo?

—No. A Dijkstra.

—¿Pero qué dices, Geralt? ¿Y cómo he de hacer esto, si puede saberse?

—Encuentra el modo. Sé que eres capaz. Y ahora adiós. Date el piro, viejo tonto.

—Date el piro, amigo. Os estaré mirando.

Le siguieron con la mirada cuando se iba, vieron cómo avanzaba al paso en dirección a Beauclair.

El cielo oscurecía.

—Reynart. —El brujo se giró en la silla—. Ven con nosotros.

—No, Geralt —respondió al cabo Reynart de Bois-Fresnes—. Yo soy un caballero andante. Pero no estoy loco.

En la gran sala de las columnas del castillo de Montecalvo reinaba una excitación extraordinaria. A las sutiles penumbras de los candelabros que de costumbre dominaban allí las sustituía aquel día la claridad lechosa de una gran pantalla mágica. La imagen en la pantalla temblaba, se agitaba, desaparecía, potenciando la excitación y la tensión. Y el nerviosismo.

—Ja —dijo Filippa Eilhart, con una sonrisa lobuna—. Una pena que no pueda estar allí. Me haría bien un poco de acción. Y algo de adrenalina.

Sheala de Tancarville la miró con aire severo, no dijo nada. Francesca Findabair e Ida Emean estabilizaron la imagen a base de hechizos, la aumentaron de tal modo que ocupó toda una pared. Se veían claramente las negras cimas de unas montañas al fondo de un cielo granate, las estrellas que se reflejaban en la superficie de un lago, la oscura y granítica mole de un castillo.

—Sigo sin estar segura —intervino Sheala— de si no ha sido un error el haber confiado el mando del grupo de ataque a Sabrina y a la joven Metz. A Keira le quebraron las costillas en Thanedd, puede que quiera vengarse. Y Sabrina… En fin, demasiado le gustan la acción y la adrenalina. ¿No es verdad, Filippa?

—Ya hemos hablado acerca de ello —le cortó Filippa, y tenía la voz agria como zumo de cerezas—. Establecimos lo que había que establecer. Nadie resultaría muerto si no fuera absolutamente necesario. El grupo de Sabrina y Keira entraría en Rhys-Rhun calladitas como ratones, de puntillas, sin decir ni pío. Tomarían vivo a Vilgefortz, sin un arañazo, sin un cardenal. Lo establecimos.

Aunque yo siga pensando que habría que dar ejemplo. Para que aquellos pocos que allí, en el castillo, sobrevivan a esta noche, se despierten hasta el fin de sus días gritando cuando sueñen con esta noche.

—La venganza —dijo severa la hechicera de Kovir— es el placer de las mentes míseras, débiles y mezquinas.

—Puede ser —accedió Filippa con una sonrisa en apariencia indiferente—. Mas no deja de ser un placer.

—Basta ya. —Margarita Laux-Antille alzó una copa de vino espumoso—. Propongo beber a la salud de doña Fringilla Vigo, gracias a cuyos esfuerzos se ha conseguido descubrir el escondrijo de Vilgefortz. Cierto, doña Fringilla, un trabajo de primera.

Fringilla hizo una reverencia, respondiendo al brindis. En los ojos negros de Filippa distinguió algo como una burla, en la mirada azulada de Triss Merigold había odio. No logró descifrar las sonrisas de Francesca y de Sheala.

—Comienzan —dijo Assire var Anahid, señalando la visión mágica. Se sentaron más cómodamente. Para ver mejor, Filippa redujo la luz con un hechizo. Vieron cómo se separaban de la roca unas negras formas, rápidas y borrosas como murciélagos. Cómo con un vuelo rasante caían sobre los adarves y las albardillas del castillo de Rhys-Rhun.

—Hace lo menos un siglo —murmuró Filippa— que no tengo una escoba entre las piernas. Pronto me olvidaré de cómo se vuela.

Sheala, con los ojos clavados en la visión, la hizo callarse con un susurro impaciente. En las ventanas del oscuro complejo del castillo brilló un corto fuego. Una, dos, tres veces. Sabían lo que era. Las puertas y portazgos cerrados se deshacían en astillas ante el golpe de bolas de rayos.

—Están dentro —intervino en voz baja Assire var Anahid, la única que no observaba la imagen en la pared, sino que miraba la bola de cristal que yacía sobre la mesa—. El grupo de asalto está en el centro. Pero algo no está bien. No es como debiera ser…

Fringilla sintió cómo la sangre se le retiraba del corazón. Ella ya sabía qué es lo que no era como debiera ser.

—La señora Glevissig —murmuró de nuevo Assire— está abriendo un comunicador directo.

De pronto el espacio entre las columnas de la sala brilló, en el óvalo que se materializó vieron el rostro de Sabrina Glevissig vestida de hombre, con los cabellos sujetos en la frente con una tira de algodón, con el rostro ennegrecido por unas franjas de pintura de camuflaje. A espaldas de la hechicera se veían unas sucias paredes de piedra, sobre ellas unos jirones de harapos que alguna vez fueran tapices. Sabrina estiró hacia ellas una mano enguantada de la que colgaban largas tiras de telarañas.

—¡Sólo de esto —dijo gesticulando violentamente— hay aquí a tupa! ¡Sólo de

esto!

Maldita sea, qué estupidez… Qué vergüenza…

—¡Más sistemáticamente, Sabrina!

—¿Qué más sistemáticamente? —gritó la maga de Kaedwen—. ¿Qué se puede decir aquí más sistemáticamente? ¿No lo veis? ¡Éste es el castillo de Rhys-Rhun! ¡Está vacío! ¡Vacío y sucio! ¡Es una puta ruina vacía! ¡No hay nada aquí! ¡Nada!

De detrás de los hombros de Sabrina apareció Keira Metz, con un maquillaje en el rostro que la hacía parecer un diablo surgido del infierno.

—En este castillo —dijo con serenidad— no hay nadie ni lo ha habido. Desde hace unos cincuenta años. Desde hace unos cincuenta años no ha habido aquí ni un alma, si no contamos arañas, ratas y murciélagos. Hemos asaltado un lugar absolutamente equivocado.

—¿Habéis comprobado que no sea una ilusión?

—¿Nos tienes por crías, Filippa?

—Escuchad las dos. —Filippa Eilhart se peinó nerviosamente los cabellos con los dedos—. A los esbirros y a las adeptas les diréis que se trataba de un ejercicio. Pagadlos y volved. Volved de inmediato. Y con buena cara, ¿habéis oído? ¡Poned buena cara!

El comunicador oval se apagó. Sólo quedó una imagen en la pared oscura. El castillo de Rhys-Rhun sobre el fondo de un cielo negro y vibrante de estrellas. Y un lago en el que se reflejaban las estrellas. Fringilla Vigo miró a la tabla de la mesa. Percibió cómo la sangre que le palpitaba le iba a enrojecer en un instante las mejillas.

—Yo… de verdad —dijo al fin, sin poder soportar el silencio que reinaba en la sala de columnas del castillo de Montecalvo—. Yo… de verdad no entiendo…

—Pues yo sí —dijo Triss Merigold.

—Ese castillo… —dijo Filippa, que estaba absorta en sus pensamientos sin prestar atención alguna a sus colegas—. Ese castillo… Rhys-Rhun… Habrá que destruirlo. Convertirlo concienzudamente en ruinas. Y cuando se comiencen a crear leyendas y cuentos acerca de todo este asunto, habrá que someterlos a una estricta censura. ¿Entienden las señoras a qué me refiero?

—Muy bien —afirmó con la cabeza la hasta entonces muda Francesca Findabair. Ida Emean, igualmente silenciosa, se permitió un bufido bastante ambiguo.

—Yo… —Fringilla Vigo seguía como embotada—. Yo de verdad no entiendo… Cómo pudo pasar esto…

—Oh —dijo al cabo de un largo silencio Sheala de Tancarville—. No es nada, señora Vigo. Nadie es perfecto.

Filippa resopló por lo bajo. Assire var Anahid suspiró y alzó los ojos al techo.

—Al fin y al cabo —añadió Sheala, abriendo los labios en una sonrisa—, a

cada una de nosotras ya le ha pasado alguna vez. A cada una de las que aquí estamos sentadas ya nos ha engañado, utilizado y dejado en ridículo alguna vez un hombre.

Capítulo quinto



«Ich liebe dich, mich reizt deine schone Gestalt;
Und bist du nicht willig, so brauch' ich Gewalth!»
«Mein Vater, mein Vater, jetzt fasst er mich an,
Erlkönig hat mir Leids getanh

Johann Wolfgang Goethe

*****



Todo ya ha sido alguna vez, todo ya ha pasado alguna vez. Y todo ya ha sido descrito alguna vez.

Vysogota de Corvo

*****

El mediodía cayó tórrido y sofocante sobre el bosque, la superficie del lago, oscura como el jade poco antes, lanzaba un intenso resplandor dorado. Ciri tuvo que cubrirse los ojos con la mano: el brillo del sol, reflejado en las aguas, la cegaba y le hacía daño en las pupilas y en las sienes.

Atravesó los matorrales que crecían en la orilla y obligó a Kelpa a adentrarse en el lago, hasta que el agua le llegó a la yegua por encima de las rodillas. El agua era tan cristalina que, incluso desde la altura de la silla, Ciri podía ver en la sombra del caballo el colorido mosaico del fondo, las algas, las conchas de las náyades y las ondulantes algas plumosas. Vio un pequeño cangrejo que se movía muy digno entre los guijarros. La yegua relinchó. Ciri tiró de las riendas y la sacó del agua. Pero no la llevó por la orilla, que era arenosa y con muchas piedras, lo que impedía una rápida cabalgada. Condujo a la yegua justo por el borde del agua, para que pudiera pisar en la dura grava del fondo. Y casi de inmediato se puso al trote, algo que a Kelpa se le daba tan bien como a una genuina trotadora que estuviera acostumbrada, más que a ser montada, a tirar de briscas y landós. Pero Ciri no tardó en comprobar que, de todos modos, aquel trote resultaba demasiado lento. A base de taconazos y de gritos, obligó a la yegua a galopar. Y echaron a correr, haciendo a su paso que el agua salpicara en todas direcciones, brillando al sol como gotas de plata fundida.

No aflojó el paso ni al divisar la torre. En la respiración de Kelpa no se sentían jadeos, y su galope seguía siendo ligero y natural.

Irrumpió en el patio a toda velocidad, armando un gran estruendo con los cascos, frenó a la yegua bruscamente, de modo que, por unos instantes, las herraduras resbalaron en las baldosas con un prolongado chirrido. Se detuvo justo delante de las elfas que la esperaban al pie de la torre, en sus mismísimas narices. Se sintió satisfecha, pues dos de ellas, habitualmente frías e impávidas, retrocedieron ahora sin querer.

—No os asustéis —dijo con sorna—. ¡No pensaba arrollaros! Aunque ya me gustaría.

Las elfas recobraron el control de inmediato: una sensación de calma volvió a extenderse por sus rostros, una indolente dejadez regresó a sus ojos. Ciri desmontó de un salto, o más bien de un vuelo. Su mirada era desafiante.

—Bravo —dijo un elfo de cabellos claros y rostro triangular, surgiendo de la sombra que había bajo el arco—. Bonito espectáculo, Loc'hlaith.

La otra vez la había saludado del mismo modo. Cuando ella entró en la Torre de la Golondrina y se encontró en medio de una primavera floreciente. Pero hacía mucho de ello, y esas cosas a Ciri ya no le producían ninguna impresión.

—Yo no soy la Dama del Lago —protestó—. ¡Yo aquí estoy presa! ¡Y vosotros sois mis carceleros! Vamos a llamar a las cosas por su nombre… Si eres tan amable… —Le pasó las riendas a una de las elfas—. Hay que lavar al caballo. Y darle de beber, cuando se enfríe. ¡Hay que ocuparse de él, vaya!

El elfo rubio sonrió levemente.

—Tienes mucha razón —comentó, viendo cómo las elfas se llevaban a la yegua a la cuadra sin rechistar—. Tú eres aquí una prisionera maltratada y ellas unas crueles carceleras. No hay más que verlo.

—¡Tienen lo que se merecen! —Se puso en jarras, levantó la cara en un gesto altanero y le miró fijamente a los ojos, de un color azul muy claro, como aguamarinas, y muy dulces—. ¡Las trato como ellas me tratan a mí! Y una prisión es una prisión.

—Me has dejado perplejo, Loc'hlaith.

—Y tú a mí me tratas como a una idiota. Y ni siquiera te has presentado.

—Disculpa. Soy Crevan Espane aep Caomhan Macha. Soy un Aen Saevherne, si es que sabes lo que quiere decir.

—Sí que lo sé. —No le dio tiempo a disimular su admiración—. Los sabios. Los magos de los elfos.

—También se nos puede llamar así. Para mayor comodidad utilizo el alias de Avallac'h, y puedes dirigirte a mí por este nombre.

—¿Y quién te ha dicho —Ciri frunció el ceño— que tengo intención de dirigirme a ti? Sabio o no, tú eres el carcelero, y yo…

—La prisionera —completó en tono sarcástico—. Ya me lo has dicho. Y, por

si fuera poco, una prisionera maltratada. Sin duda, se te obliga a pasear por los alrededores; te han castigado a cargar con la espada, así como a llevar esas ropas elegantes y caras, mucho más bonitas y limpias que las que tú traías. Pero, pese a las espantosas condiciones que tienes que soportar, tú no te rindes. Con tus brusquedades te desquitas de las ofensas sufridas. También te dedicas a romper con gran coraje y ardor unos espejos que son verdaderas obras de arte. —La muchacha se ruborizó. Estaba enojada consigo misma—. Muy bien —prosiguió el elfo—. Puedes romper todo lo que te venga en gana, al fin y al cabo no son más que objetos. ¿Qué más da que tengan setecientos años de existencia? ¿Te apetece venir conmigo a dar un paseo por la orilla del lago?

Se había levantado el viento, y eso aliviaba un tanto el bochorno. Además, los altos árboles y la torre daban sombra. El agua de la bahía tenía un color verde turbio; los abundantes nenúfares que adornaban su superficie, con sus flores amarillas, hacían que pareciera una pradera. Las gallinetas, graznando y meneando sus picos rojos, giraban con rapidez entre las hojas.

—Aquel espejo… —balbuceó Ciri, clavando los tacones en la grava mojada —. Te pido disculpas. Me puse hecha una furia. Eso fue todo.

—Ah.

—Ellas me desprecian. Esas elfas. Cuando me dirijo a ellas, hacen como que no me entienden. Y cuando son ellas las que me hablan, procuran que no las entienda. Todo con tal de humillarme.

—Hablas perfectamente nuestra lengua. Sin embargo —le explicó con calma —, no deja de ser una lengua extranjera para ti. Aparte de eso, tú usas la hen llinge, y ellas la ellylon. No es que haya grandes diferencias, pero hay diferencias.

—A ti sí te entiendo. Cada palabra.

—Cuando hablo contigo, uso la hen llinge. La lengua de los elfos de tu mundo.

—¿Y tú? —Se dio la vuelta—. ¿De qué mundo eres? No soy una cría. De noche basta con mirar hacia lo alto. No se ve ni una sola constelación de las que conozco. Este mundo no es el mío. Éste no es mi sitio. He llegado hasta aquí por azar… Y quiero salir de aquí. Marcharme. —Se agachó, cogió una piedra e hizo ademán de arrojarla al lago a lo loco, hacia las gallinetas que surcaban las aguas. Pero la mirada del elfo la hizo renunciar—. No me da tiempo a recorrer una legua —siguió diciendo, sin disimular su disgusto—, cuando ya estoy en la orilla del lago. Y veo esta torre. Da igual en qué dirección vaya: en cuanto me doy la vuelta, ahí están siempre el lago y la torre. Siempre. No hay manera de alejarse de aquí. Por eso es una prisión. Es peor que un calabozo, peor que una mazmorra, peor que un cuarto con barrotes en las ventanas. ¿Sabes por qué? Porque es más humillante. En ellylon o en lo que sea, me da mucha rabia cada vez que se burlan de mí y me muestran su desprecio. Sí, sí, no pongas esa cara. Tú también me has despreciado, tú también te has reído de mí. ¿Y te extraña que esté enfadada?

—La verdad es que sí me sorprende. —Puso los ojos a cuadros—. Y mucho.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—Entré en la torre hace ya más de una semana —dijo, haciendo un esfuerzo para calmarse—. Y aparecí en otro mundo. Tú estabas esperándome, sentado y tocando el caramillo. Hasta te sorprendió que hubiera tardado tanto en llegar. Te dirigiste a mí por mi nombre, aunque más tarde te dio por la bobada ésa de la Dama del Lago. Después desapareciste sin una explicación. Dejándome en esta prisión. Llama a todo esto como te dé la gana. Yo lo llamo desprecio: hiriente y malintencionado desprecio.

—Sólo han pasado ocho días, Zireael.

—Ah. —Torció el gesto—. O sea, que he tenido suerte. ¿Porque podían haber sido ocho semanas? ¿O mejor ocho meses? ¿O tal vez ocho…?

Se calló.

—Mucho te has alejado de Lara Dorren —dijo él en voz baja—. Has perdido tu herencia, has roto los lazos con tu sangre. No es de extrañar que esas mujeres no te entiendan, ni tú a ellas. No sólo hablas distinto, también piensas de otro modo. Manejas unas categorías totalmente diferentes. ¿Qué son ocho días u ocho semanas? El tiempo no significa nada.

—¡Muy bien! —gritó ella con rabia—. Estamos de acuerdo, no soy ninguna elfa sabia, sino un estúpido ser humano. Para mí, el tiempo sí significa algo, yo cuento los días, cuento incluso las horas. Y he comprobado que han pasado muchos días y muchas horas. Ya no quiero nada más de vosotros, me las arreglaré sin vuestras explicaciones: me trae sin cuidado por qué aquí es primavera, por qué hay aquí unicornios y por qué de noche se ven en el cielo otras constelaciones. No me interesa lo más mínimo averiguar por qué sabes mi nombre y de qué modo pudiste adivinar que yo iba a aparecer por aquí. Sólo quiero una cosa. Volver a casa. A mi mundo. ¡Con las personas! ¡Con gente que piensa igual que yo! ¡Que maneja las mismas categorías!

—Volverás con ellos. Dentro de algún tiempo.

—¡Quiero volver ahora mismo! —gritó—. ¡No dentro de algún tiempo! ¡Porque aquí ese tiempo es una eternidad! ¿Con qué derecho me tenéis prisionera? ¿Por qué no puedo marcharme de aquí? ¡Yo he venido aquí sola! ¡Por mi propia voluntad! ¡No tenéis ningún derecho sobre mí!

—Viniste aquí sola —confirmó tranquilo—, pero no por tu propia voluntad. Fue el destino el que te trajo hasta aquí, con alguna ayuda nuestra. Lo cierto es que aquí te estábamos esperando desde hacía mucho tiempo. Muchísimo tiempo. Incluso según nuestra escala.

—No entiendo una palabra de lo que me estás diciendo.

—Hemos esperado mucho tiempo. —No le hizo caso—. Sólo temíamos una cosa: que no fueras capaz de llegar hasta aquí. Pero lo has conseguido. Has estado a la altura de tu sangre, de tu linaje. Y eso significa que es aquí, y no entre

los dh'oine, donde está tu sitio. Eres hija de Lara Dorren aep Shiadhal.

—¡Soy hija de Pavetta! ¡Ni siquiera sé quién es esa Lara!

Se estremeció, aunque muy levemente, de forma casi imperceptible.

—En tal caso —dijo el elfo—, será mejor que te explique quién es esa Lara. Como el tiempo apremia, preferiría dejar las explicaciones para el viaje. Aunque, con esa exhibición insensata, por poco no revientas a la yegua…

—¿Que por poco no la reviento? ¡Ja! Tú no sabes lo que puede aguantar esa yegua. Y, ¿adónde tenemos que ir?

—Eso, con tu permiso, también te lo explicaré por el camino.

En vista de que aquel alocado galope no tenía ningún sentido y no conducía a nada, Ciri frenó a Kelpa, que no paraba de bufar.

Avallac'h no le había mentido. Allí, en campo abierto, en las praderas y brezales donde sobresalían los menhires, actuaba aquella misma fuerza que se sentía en Tor Zireael. Ya podía uno tratar de salir disparado en la dirección que fuese: al cabo de una legua, más o menos, una fuerza invisible le obligaba a trazar un círculo. Ciri le dio unas palmadas en el cuello a Kelpa, mientras contemplaba al grupo de elfos que cabalgaba tranquilamente. Poco antes, cuando Avallac'h le había contado por fin qué querían de ella, se había lanzado al galope para escapar de ellos, poniendo tierra de por medio. Para escapar de ellos y de su arrogante e insólita petición. Pero ahí estaban de nuevo delante de ella. Había recorrido una legua, más o menos.

Avallac'h no le había mentido. No tenía escapatoria.

Lo único bueno de la galopada fue que le enfrió la cabeza y le calmó los nervios. Ahora estaba bastante más tranquila. Sin embargo, seguía muy enfadada. *En buena me he metido*, pensó. *¿Quién me mandaría entrar en la Torre?*

Se estremeció al recordarlo. Al recordar el momento en que Bonhart avanzaba hacia ella por el hielo sobre su caballo bayo, cubierto de espuma. Volvió a estremecerse, esta vez con más fuerza. Y se tranquilizó. *Estoy viva*, pensó, mirando a su alrededor. *Aún no ha acabado el combate. Sólo la muerte pondrá fin al combate, todo lo demás es una mera interrupción. Eso es lo que me enseñaron en Kaer Morhen*.

Puso a Kelpa al paso; después, viendo que la yegua levantaba la cabeza con bravura, al trote. Pasaba entre las hileras de menhires. La hierba y el brezo le llegaban a la altura de los estribos.

No tardó en dar alcance a Avallac'h y a las tres elfas. El sabio, sonriendo levemente, volvió hacia ella sus inquisitivos ojos de color aguamarina.

—Te lo pido por favor, Avallac'h —gruñó—. Dime que todo ha sido una broma de mal gusto.

Algo parecido a una sombra recorrió el rostro del elfo.

—No tengo costumbre de bromear —dijo—. Pero, ya que lo consideras una broma, me permito repetírtelo con toda solemnidad: queremos que nos entregues a tu hijo, Golondrina, hija de Lara Dorren. En cuanto des a luz a ese hijo, te dejaremos marcharte de aquí y regresar a tu mundo. Por supuesto, la elección es tuya. Me imagino que tu alocada cabalgada te habrá ayudado a tomar una decisión. ¿Cuál es tu respuesta?

—Mi respuesta es: no —contestó Ciri con rotundidad—. Categóricamente, definitivamente: no. No estoy dispuesta y no hay más que hablar.

—Es difícil. —Se encogió de hombros—. Reconozco que estoy decepcionado. Pero, bueno, tú eliges.

—¿Cómo se puede pretender algo así, en todo caso? —gritó con voz temblorosa—, ¿Cómo te has atrevido? ¿Con qué derecho?

Él la miraba tranquilo. Ciri notó que las elfas también la estaban mirando.

—Me parece —dijo el elfo— que ya te he contado con todo detalle la historia de tu estirpe. Daba la sensación de que lo habías entendido. Por eso, tu pregunta me deja de piedra. Tenemos derecho y podemos exigir, Golondrina. Tu padre, Cregennan, nos quitó un niño. Tú nos lo vas a devolver. Pagarás la deuda. Me parece algo lógico y justo.

—Mi padre… No recuerdo a mi padre, pero se llamaba Duny. No Cregennan. ¡Ya te lo he dicho!

—Y yo ya te he explicado que unas cuantas ridículas generaciones humanas no tienen ninguna importancia para nosotros.

—¡Pero es que yo no quiero! —Ciri gritó tan fuerte que la yegua empezó a revolverse—. No quiero, ¿lo entiendes? ¡No qui-e-ro! Me repugna la idea de que me inoculen un maldito parásito, me da náuseas pensar que ese parásito crecería dentro de mí, que…

Se calló de repente, viendo las caras de las elfas. En dos de ellas se reflejaba un asombro infinito. En la tercera, un odio infinito. Avallac'h tosió intencionadamente.

—Vamos a adelantarnos un poco —dijo con frialdad—, para poder hablar a solas. Tus opiniones, Golondrina, son demasiado radicales para ser emitidas en presencia de testigos.

Ella le obedeció. Estuvieron un buen rato cabalgando sin hablar.

—Me escaparé de vosotros. —Ciri rompió el silencio—. No vais a poder retenerme en contra de mi voluntad. Me escapé de la isla de Thanedd, me escapé de mis captores y de los nilfgaardianos, me escapé de Bonhart y de Autillo. También me escaparé de vosotros. Ya encontraré un remedio contra vuestras hechicerías.

—Creía que contabas, sobre todo, con tus amigos —respondió el elfo después de unos instantes—. Con Yennefer. Con Geralt.

—¿Estás al corriente de eso? —Ciri suspiró sorprendida—. Ah, claro. Es verdad. ¡Eres un sabio! En tal caso, deberías saber que, precisamente, es a ellos a quienes tengo presentes. Ahora mismo, allá en mi mundo, ellos están en peligro. Y resulta que vosotros os empeñáis en retenerme aquí, prisionera… Bueno, como mínimo durante nueve meses. Como ves, no tengo elección. Entiendo que para vosotros lo importante sea ese niño, la Antigua Sangre, pero yo no puedo hacerlo. Simplemente, no puedo.

El elfo se quedó unos momentos callado. Cabalgaba tan cerca de ella que la rozaba con la rodilla.

—Como ya te he dicho, tú eres la que elige. Pero deberás saber una cosa, no sería honrado ocultártelo. De aquí es imposible escapar, Golondrina. Así que, si te niegas a colaborar, te quedarás aquí para siempre: jamás volverás a ver tu mundo y tampoco volverás a ver a tus amigos.

—¡Eso es un chantaje repugnante!

—En cambio —el grito no le impresionó lo más mínimo—, si aceptas nuestra propuesta, te demostraremos que el tiempo no tiene ninguna importancia.

—No comprendo.

—Aquí el tiempo transcurre de un modo distinto que allá. Si nos prestas ese servicio, obtendrás algo a cambio. Haremos que recuperes todo el tiempo que pierdas aquí con nosotros. Con el Pueblo de los Alisos.

Ciri callaba, con los ojos clavados en las crines negras de Kelpa. *Tengo que ganar tiempo*, pensaba. *Como decía Vesemir en Kaer Morhen: si te van a colgar, pide un vaso de agua. Nunca se sabe qué puede pasar mientras te lo traen*.

Una de las elfas gritó repentinamente, dio un silbido.

El caballo de Avallac'h relinchó y empezó a removerse nervioso en el sitio. El elfo lo controló, les gritó algo a las elfas. Ciri vio cómo una de ellas sacaba un arco de una funda de cuero que colgaba junto a la silla. Se puso de pie sobre los estribos y se cubrió los ojos con una mano.

—No pierdas la calma —dijo Avallac'h en tono severo. Ciri suspiró. A unos doscientos pasos de ellos, unos unicornios galopaban a través del brezal. Era toda una manada, no menos de treinta ejemplares.

Ciri ya había visto antes algún unicornio: en ocasiones, sobre todo al alba, se acercaban al lago que había junto a la Torre de la Golondrina. Pero nunca le permitían que se aproximara a ellos. Desaparecían como fantasmas.

A la cabeza de la manada marchaba un gran semental de un raro pelaje rojizo. De pronto se detuvo, relinchó de un modo sobrecogedor y se puso de manos. De una forma imposible para cualquier caballo, dio unos pasos sobre las patas traseras, agitando las delanteras en el aire.

Ciri se dio cuenta con asombro de que Avallac'h y las tres elfas estaban musitando algo, que salmodiaban a coro una extraña y monótona melodía.

¿Quién eres tú?

Sacudió la cabeza.

¿Quién eres?, la pregunta volvió a resonar dentro de su cabeza, palpitándole en las sienes. De pronto, el cántico de los elfos subió de tono. El unicornio alazán relinchó y toda la manada secundó su relincho. La tierra tembló cuando los animales echaron a correr. Cesó la canción de Avallac'h y las elfas. Ciri vio al sabio enjugarse el sudor de la frente con disimulo. El elfo la miró de reojo, comprendió que ella le había visto.

—Aquí no todo es tan bonito como parece —dijo secamente—. No todo.

—¿Os dan miedo los unicornios? Pero si son muy listos y simpáticos.

El elfo no respondió.

—He oído decir —Ciri no se dio por vencida— que los elfos y los unicornios se quieren mucho.

Él volvió la cabeza.

—Considera entonces —dijo con frialdad— que lo que has visto ha sido una riña de enamorados.

Ella no hizo más preguntas.

Ya tenía bastante con sus propias preocupaciones.

Las cimas de las colinas estaban coronadas por menhires y cromlechs. A Ciri le recordaron a la piedra de Ellander, donde Yennefer le había enseñado lo que es la magia. *Pero hacía ya mucho de aquello*, pensó. *Habían pasado siglos*…

Una de las elfas volvió a gritar. Ciri miró en la dirección que había señalado. Antes de que le diera tiempo a comprobar que la manada guiada por el semental alazán había regresado, también gritó otra elfa. Ciri se puso de pie en los estribos. Desde el lado opuesto, saliendo de detrás de una colina, avanzaba otra manada. El unicornio que la guiaba era de pelaje azulejo rodado.

Avallac'h pronunció unas rápidas palabras en la lengua ellylon, que tan difícil le resultaba a Ciri, pero la muchacha pudo entender alguna cosa, sobre todo porque las elfas, obedeciendo a una orden, cogieron sus arcos. Avallac'h volvió el rostro hacia Ciri, y ésta notó como si alguien empezara a susurrar dentro de su cabeza. Era un murmullo muy parecido al que se escucha al poner una caracola junto al oído. Pero bastante más fuerte.

No te resistas, decía esa voz. *No te defiendas. Tengo que dar un salto, tengo que llevarte a otro sitio. Te amenaza un peligro mortal.*

Desde la distancia les llegó un silbido y un grito prolongado. Poco después, la tierra empezó a temblar bajo unos cascos con herraduras.

Por detrás de la colina aparecieron unos jinetes. Todo un destacamento.

Los caballos iban cubiertos con paramentos, los jinetes llevaban yelmos con cimeras. Mientras galopaban, las capas flameaban sobre sus hombros: su color, entre cinabrio, amaranto y carmesí, recordaba al resplandor de un incendio en el

cielo débilmente iluminado del anochecer.

Gritos, silbidos. Los jinetes corrían hacia ellos sin romper la formación.

Antes de que hubieran recorrido media legua, ya no quedaba un solo unicornio. Habían desaparecido en la estepa, dejando tras de sí una nube de polvo.

El caudillo de los jinetes, un elfo de cabellos negros, montaba un semental bayo oscuro, grande como un dragón, engalanado, como todos los caballos del destacamento, con un paramento bordado de escamas de dragón; la bestia, además, llevaba en la frente un bucráneo cornudo verdaderamente diabólico. Como todos los elfos, el jinete moreno llevaba bajo la capa de color cinabrio-amaranto-carmesí una cota de malla formada por aros de un diámetro increíblemente pequeño, gracias a lo cual se ajustaba suavemente al cuerpo, como si fuera una prenda de lana.

—Avallac'h —dijo, haciendo un saludo militar.

—Eredin.

—Me debes un favor. Ya me lo pagarás cuando te lo pida.

—Te lo pagaré cuando me lo pidas.

El elfo moreno desmontó. Avallac'h le imitó y ordenó con un gesto a Ciri que hiciera otro tanto. Subieron por una colina situada entre unas peñas blancas de formas prodigiosas cubiertas de evónimo y de matas rastreras de arrayán en flor. Ciri les observaba. Los dos medían lo mismo, o sea, ambos eran de una estatura descomunal. Pero Avallac'h tenía una cara dulce, mientras que el rostro del moreno hacía pensar en un ave rapaz. *El rubio y el moreno*, pensó Ciri. *El bueno y el malo. La luz y la oscuridad…*

—Permite que te presente, Zireael: éste es Eredin Bréacc Glas.

—Mucho gusto. —El elfo hizo una reverencia, Ciri le correspondió. Con escaso garbo.

—¿Cómo has sabido —preguntó Avallac'h— que estábamos en peligro?

—No tenía ni idea. —El elfo observaba atentamente a Ciri—. Estamos patrullando la llanura, porque se ha corrido la voz de que los unicornios se han vuelto inquietos y agresivos. No se sabe por qué. Mejor dicho, ahora ya se sabe. Es por ella, está claro.

Avallac'h ni le dio la razón ni se la quitó. Pero Ciri, en un gesto arrogante, le aguantó la mirada al elfo de negros cabellos. Durante unos instantes se estuvieron mirando fijamente, ninguno de los dos quería ser el primero en bajar los ojos.

—Así que se trata de la Antigua Sangre —constató el elfo—. Aen Hen Ichaer. ¿La herencia de Shiadhal y Lara Dorren? Cuesta creerlo. Pero si es una cría dh'oine. Una hembra humana joven.

Avallac'h no respondió. No se le alteraba la expresión; parecía indiferente.

—Supongo —prosiguió el elfo moreno— que no estarás equivocado. Bah, lo tomaré como un axioma: dicen las malas lenguas que tú nunca te equivocas. En esta criatura, oculto en su interior, se encuentra el gen de Lara. Es verdad, si se examina meticulosamente, se pueden detectar ciertos rasgos que dan testimonio del linaje de la muchacha. Lo cierto es que hay algo en sus ojos que recuerda a Lara Dorren. ¿A que sí, Avallac'h? ¿Quién mejor que tú para apreciarlo?

Tampoco en esta ocasión respondió Avallac'h. Pero Ciri advirtió una sombra de rubor en su cara pálida. Se sorprendió mucho. Y le dio que pensar.

—En resumen —el moreno torció el gesto—, en esta joven dh'oine hay algo valioso, algo preciado. Ya me doy cuenta. Es la misma sensación que si hubiera encontrado una pepita de oro en un montón de estiércol.

Los ojos de Ciri echaban chispas de rabia. Avallac'h volvió lentamente la cabeza.

—Hablas —dijo despacio— igualito que un ser humano, Eredin.

Eredin Bréacc Glas sonrió enseñando los dientes. Ciri ya había visto antes esa clase de dentadura, muy blanca, con dientes muy menudos, muy diferentes a los humanos, todos idénticos, sin colmillos. Había visto dentaduras como ésa en los elfos muertos que yacían alineados en el patio del cuerpo de guardia de Kaedwen. También se había fijado en los dientes de Chispas, parecidos a aquéllos. Pero en la sonrisa de Chispas aquellos dientes parecían bonitos, en cambio a Eredin le daban un aspecto siniestro.

—¿Y esta mocosa —dijo el elfo—, que por cierto está intentando matarme con la mirada, conoce ya el motivo por el que está aquí?

—Desde luego.

—¿Y está dispuesta a cooperar?

—Aún no del todo.

—No del todo —repitió—. Ja, eso no está bien. Porque la naturaleza de la cooperación requiere que ésta sea completa. Si no es completa, sencillamente no puede salir bien. Y ya que nos separa media jornada a caballo de Tir ná Lia, convendría saber a qué podemos atenernos.

—No hay que ponerse nerviosos. —Avallac'h resopló levemente—. ¿A qué viene tanta prisa? ¿Qué vamos a ganar con eso?

—La eternidad. —Eredin Bréacc Glas se puso serio, algo brilló brevemente en sus ojos verdes—. Pero ésa es tu especialidad, Avallac'h. Tu especialidad y tu responsabilidad.

—Tú lo has dicho.

—Yo lo he dicho. Y ahora disculpadme, pero mis deberes me reclaman. Os dejo una escolta, para mayor seguridad. Os aconsejo que paséis aquí la noche, en esta colina; si os ponéis en marcha al amanecer, estaréis en Tir ná Lia a la hora apropiada. Va faill. Ah, sí, una cosa más.

Se agachó y arrancó una rama florida de arrayán. Se la llevó a la cara,

después, con una reverencia, se la ofreció a Ciri.

—En señal de disculpa —dijo lacónicamente—. Por mis palabras poco meditadas. Va faill, luned.

Se retiró rápidamente, y muy poco después la tierra tembló bajo los cascos de los caballos, al alejarse con parte del destacamento.

—Por favor, no me vayas a decir —dijo Ciri alterada— que es con él con quien… Que es él… Si es él, entonces nunca en la vida…

—No —respondió sin prisas Avallac'h—. No se trata de él. Tranquila.

Ciri se acercó el arrayán a la cara. Para que Avallac'h no advirtiera la excitación y la fascinación que la embargaban.

—Estoy tranquila.

Los secos cardos y el brezo estepario cedieron el paso a la frondosa hierba verde y a los húmedos helechos; en los suelos encharcados abundaban los ranúnculos de flores amarillas y las manchas violetas de los lupinos. Al poco divisaron un río: pese a la transparencia cristalina de sus aguas, tenía una coloración parduzca. Olía a turba.

Avallac'h iba interpretando con su caramillo distintas tonadas alegres. Ciri, apesadumbrada, estaba concentrada en sus pensamientos.

—¿Quién —preguntó por fin— va a ser el padre de ese niño tan importante para vosotros? ¿O es que eso no tiene importancia?

—Sí que la tiene. ¿Debo entender que has tomado una decisión?

—No, no debes entender eso. Sencillamente, quiero aclarar algunas cuestiones.

—Estoy a tu servicio. ¿Qué deseas saber?

—Sabes muy bien qué.

Durante un rato, cabalgaron en silencio. Ciri vio unos cisnes que se deslizaban con mucha prestancia por el río.

—El padre del niño —dijo tranquilamente Avallac'h, yendo al grano— será Auberon Muircetach. Auberon Muircetach es nuestro… ¿Cómo lo llamáis? ¿El caudillo supremo?

—¿El rey? ¿El rey de todos los Aen Seidhe?

—Los Aen Seidhe, el Pueblo de la Colina, son los elfos de tu mundo. Nosotros somos los Aen Elle, el Pueblo de los Alisos. Pero Auberon Muircetach, en efecto, es nuestro rey.

—¿El rey de los Alisos?

—Se le puede llamar así.

Cabalgaron en silencio. Hacía mucho calor.

—Avallac'h.

—Dime.

—Si me decido, entonces… más tarde… ¿seré libre?

—Serás libre y podrás marcharte adonde quieras. Siempre que no prefieras quedarte. Con el niño.

Ciri resopló con desdén, pero no dijo nada.

—Entonces, ¿ya has tomado una decisión? —preguntó Avallac'h.

—La tomaré cuando hayamos llegado.

—Ya hemos llegado.

Por detrás de las ramas de los sauces llorones, que caían hasta el agua formando una cortina verde, Ciri divisó los palacios. Nunca en la vida había visto nada semejante. Aunque estaban construidos en mármol y alabastro, los palacios eran ligeros como cenadores, parecían tan delicados, vaporosos y ondulantes como si no fueran edificios, sino espectros de edificios. Ciri temía que en cualquier momento pudiera levantarse el viento y los palacios se desvanecieran junto con la bruma que surgía del río. Pero cuando sopló el viento, cuando se despejó la bruma, cuando las ramas de los sauces se agitaron y se rizó la superficie del río, los palacios no desaparecieron ni tenían intención de desaparecer. Aunque sí ganaron en encanto. Ciri contemplaba extasiada las terrazas, las torretas que sobresalían del agua como si fueran flores de nenúfares, los puentes que colgaban sobre el río como festones de hiedra, las escaleras, los escalones, las balaustradas, los arcos y pórticos, los peristilos, los pilares y columnas, las cúpulas y los cupulines, los esbeltos pináculos y torres que parecían espárragos.

—Tir ná Lia —dijo en voz baja Avallac'h.

Cuanto más cerca estaban, con más fuerza se encogía el corazón ante la belleza de aquel lugar, que dejaba sin habla y hacía que las lágrimas afloraran a los ojos. Ciri observaba las fuentes, los mosaicos y terracotas, las estatuas y monumentos. Miraba las construcciones caladas, cuya finalidad no comprendía. Y también aquellas otras que, con seguridad, no servían para nada. Al margen de la estética y la armonía.

—Tir ná Lia —repitió Avallac'h—. ¿Habías visto alguna vez algo semejante?

—Desde luego. —Sintió un nudo en la garganta—. Una vez vi los restos de algo semejante. En Shaerrawedd.

Esta vez le tocó al elfo estar un buen rato callado.

Cruzaron a la otra orilla del río por un puente de arcos calado; daba tal sensación de fragilidad que Kelpa estuvo mucho tiempo resistiéndose y bufando hasta que se animó a pasar por allí.

Aunque estaba nerviosa y excitada, Ciri se fijaba en todo con mucho detenimiento, pues no quería perderse nada, ninguna de las imágenes que ofrecía la legendaria ciudad de Tir ná Lia. En primer lugar, porque la curiosidad la

azuzaba, y en segundo, porque no dejaba de pensar en la huida y estaba muy pendiente de cualquier posible ocasión.

En los puentes y terrazas, en las alamedas y peristilos, en los balcones y pórticos, veía pasar a los elfos de largas cabelleras vestidos con almillas ceñidas y capas cortas, bordadas con motivos foliáceos de fantasía. Miraba a las elfas bien peinadas y muy maquilladas, llevando vestidos sueltos o trajes de aire masculino.

Delante del pórtico de uno de los palacios les recibió Eredin Bréacc Glas. Una escueta orden suya bastó para que acudiera con presteza una muchedumbre de jóvenes elfas, vestidas de gris, la cuales se ocuparon en silencio de los caballos. A Ciri hubo algo que le llamó la atención. Avallac'h, Eredin y todos los elfos que había conocido hasta entonces eran de una estatura insólita, y para mirarles a los ojos tenía que levantar la vista. Pero las elfas de gris eran mucho más bajas que ella. *Otra raza*, pensó. *Una raza de siervos. También allí, en ese mundo fabuloso, había quienes trabajaban para los holgazanes*.

Entraron en el palacio. Ciri suspiró. Era una infanta de sangre real, se había criado en un palacio. Pero semejantes mármoles y malaquitas, semejantes estucos, suelos, mosaicos, espejos y candelabros nunca los había visto. En aquel interior deslumbrante se sentía a disgusto, torpe, fuera de sitio, polvorienta, sudorosa y fatigada por el viaje.

Avallac'h, por el contrario, no se alteró en absoluto. Se sacudió con un guante los pantalones y la caña de las botas, sin preocuparse por el hecho de que el polvo se posara en un espejo. Después, con ademanes señoriales, le entregó los guantes a una joven elfa inclinada ante él.

—¿Auberon? —preguntó lacónicamente—. ¿Nos espera?

Eredin se sonrió.

—Sí, os está esperando. Mucho le urge. Exigía que Golondrina fuera conducida de inmediato a su presencia, sin demora. Le he quitado esa idea de la cabeza.

Avallac'h frunció el ceño.

—Zireael —explicó Eredin sin ninguna prisa— debe presentarse ante el rey sin estrés, sin presión, descansada, tranquila y de buen humor. Para estar de buen humor, nada mejor que un baño, un vestido nuevo, un peinado nuevo y maquillaje. Auberon aguantará todavía ese tiempo, digo yo.

Ciri suspiró hondo y miró detenidamente al elfo. Se quedó sorprendida al darse cuenta de que lo había encontrado muy simpático. Al sonreír, Eredin mostró su dentadura uniforme, desprovista de colmillos.

—Sólo hay una cosa que me hace dudar —declaró Eredin—. Me refiero a los ojos de nuestra Golondrina: centellean como los de un halcón. Nuestra Golondrina no para de lanzar miradas a derecha e izquierda, igualito que un hurón, buscando un agujero en la jaula. Por lo que veo, Golondrina aún está lejos

de la capitulación incondicional.

Avallac'h no hizo ningún comentario. Ciri, se entiende, tampoco.

—No me sorprende —prosiguió Eredin—. No podía ser de otra manera, tratándose de la sangre de Shiadhal y Lara Dorren. Pero escúchame con mucha atención, Zireael. De aquí no hay escapatoria. No existe ninguna posibilidad de romper la Geas Garadh, la Barrera Mágica.

La mirada de Ciri decía a las claras que tendría que comprobarlo para creérselo.

—Incluso si, por algún prodigio, se viniera abajo la Barrera —Eredin no le quitaba la vista de encima—, debes saber que eso significaría tu perdición. Este mundo parece muy bonito. Pero también puede traer la muerte, sobre todo para los extraños. La herida que produce una cornada de unicornio no la cura ni siquiera la magia… También deberías saber —continuó, sin dar tiempo a comentarios— que tu talento salvaje no te ayuda en nada. No vas a dar el salto, mejor ni lo intentes. Pero es que, aunque así fuera, también te digo que mis Dearg Ruadhri, mis Jinetes Rojos, son capaces de darte alcance hasta en las simas del tiempo y del espacio.

Ciri no entendía muy bien a qué se refería. Pero la inquietó que Avallac'h se hubiera puesto muy serio de repente y hubiera torcido el gesto, evidentemente molesto con la admonición de Eredin. Sí, como si Eredin hubiera hablado de más.

—Vamos —dijo—. Con tu permiso, Zireael. Ahora van a ocuparse de ti las mujeres. Tienes que estar muy guapa. La primera impresión es la que cuenta.

Parecía que el corazón le iba a estallar, la sangre le latía en las sienes, las manos le temblequeaban. Apretó con fuerza los puños para controlarlas. Inspiró y espiró lentamente hasta que recobró la calma. Relajó los hombros, hizo unos movimientos con la nuca, atenazada por los nervios.

Volvió a mirarse en aquel gran espejo. Su aspecto no le hacía demasiada gracia. El pelo, húmedo aún después del baño, se lo habían cortado y peinado de un modo que le disimulara la cicatriz al menos un poco. El maquillaje realzaba la belleza de los ojos y la boca, tampoco le sentaban nada mal la falda plateada, abierta hasta medio muslo, el chaleco rojo y la blusa ligera de crepé color perla. El fular al cuello le daba un toque sugerente al conjunto.

Ciri se retocó y se alisó el fular, tras lo cual se llevó la mano a la entrepierna y ahí se colocó lo que se tenía que colocar. Y lo que llevaba puesto bajo la falda era una verdadera maravilla: unas braguitas delicadas como una telaraña y unas medias que casi llegaban hasta las braguitas, quedando increíblemente ajustadas a los muslos sin necesidad de ligas.

Cogió el picaporte. Vacilante, como si no fuera un picaporte, sino una cobra dormida. *Pestes*, pensó automáticamente en élfico, *soy capaz de hacer frente a*

hombres armados. Podré enfrentarme a uno de…

Cerró los ojos, suspiró. Y entró en la habitación.

No había nadie allí dentro. En una mesa de malaquita había un enorme libro y una vieja garrafa. En las paredes se veían extraños bajorrelieves y frisos, cortinas drapeadas, gobelinos floreados.

Y en el rincón opuesto había una cama con baldaquín. De nuevo, el corazón le empezó a latir con fuerza. Tragó saliva.

Con el rabillo del ojo detectó un movimiento. No en la habitación. En la terraza. Allí estaba él sentado, ofreciéndole medio perfil.

Aunque ya había aprendido que entre los elfos nadie tiene el aspecto que ella acostumbraba a creer, Ciri sufrió una ligera sacudida. Siempre que se hablaba de un rey, por la razón que fuera, tenía presente la figura de Ervyll de Verden, de quien había estado muy cerca de convertirse en nuera en cierta ocasión. Cuando pensaba en un rey, se imaginaba a un gordinflón inmovilizado por montañas de grasa, que apestaba a cebolla y a cerveza, con la nariz colorada y los ojos inyectados en sangre asomando por encima de una barba repugnante. Sosteniendo un cetro y un orbe en las manos hinchadas y llenas de manchas pardas.

Pero junto a la balaustrada de la terraza estaba sentado un rey completamente diferente.

Era muy delgado, y también se veía que era muy alto. Tenía el pelo ceniciento, como el de la propia Ciri, y lo llevaba ceñido con unas largas cintas blancas que le caían sobre los hombros. Vestía un jubón negro de terciopelo. Llevaba las típicas botas élficas, con numerosas hebillas a lo largo de toda la caña. Sus manos eran estrechas, blancas, con los dedos largos.

Estaba entretenido haciendo pompas de jabón. Sujetaba una palangana con jabón y una pajita, en la que soplaba cada dos por tres, y las pompas irisadas bajaban flotando hacia el río.

Ciri carraspeó suavemente.

El rey de los Alisos volvió la cabeza. Ciri no pudo evitar un suspiro. Sus ojos eran extraordinarios. Claros como el plomo fundido, enormes. Y llenos de una tristeza indescriptible.

—Golondrina —dijo—. Zireael. Te doy las gracias por haber aceptado venir.

Ciri tragó saliva, no sabía en absoluto qué decir. Auberon Muircetach se llevó la pajita a la boca y mandó por los aires una nueva pompa.

Para controlar el temblor de sus manos, las enlazó e hizo crujir los dedos. Después se alisó nerviosa los cabellos. El elfo hacía como que dedicaba toda su atención exclusivamente a las pompas.

—¿Estás nerviosa?

—No —mintió descaradamente—. No lo estoy.

—¿Tienes prisa?

—Pues claro.

Seguramente había en su voz un desapego excesivo, y Ciri sintió que estaba haciendo equilibrios al límite de la cortesía. Pero el elfo no pareció darse cuenta. Formó una pompa enorme en el extremo de la pajita y con unos meneos le dio forma de pepino. Estuvo unos instantes admirando su obra.

—¿Puedo preguntarte, si no es indiscreción, adonde quieres ir con tanta prisa?

—¡A casa! —respondió con brusquedad. Pero enseguida se corrigió, y añadió en un tono más relajado—: A mi mundo.

—¿Adónde?

—¡A mi mundo!

—Ah. Perdona. Habría jurado que decías: «A mi mulo». Y me había chocado mucho, la verdad. Hablas muy bien nuestro idioma, pero te convendría trabajar un poco más la pronunciación y el acento.

—¿Importa mucho cómo acentúe? Pero si aquí no me han traído para hablar.

—Nada está de más cuando se aspira a la perfección.

En el extremo de la pajita había surgido una nueva pompa, que se desprendió y empezó a flotar por los aires, antes de estallar al chocar con la rama de un sauce. Ciri suspiró.

—El caso es que tienes prisa por volver a tu mundo —siguió diciendo, tras una breve pausa, el rey Auberon Muircetach—. ¡Tu mundo! La verdad es que los seres humanos no destacáis por vuestra modestia. —Removió el recipiente con la pajita, sin aparente esfuerzo dio un soplido y se vio rodeado por un enjambre de pequeñas pompas iridiscentes—. El hombre —dijo—. Tu peludo antepasado por parte de padre apareció en el mundo mucho más tarde que la gallina. Y jamás he oído que gallina alguna se arrogara derecho sobre el mundo… ¿Por qué te mueves tanto y te meneas todo el rato como un mono? Lo que te estoy diciendo tendría que interesarte. Así es la historia. Ah, sí, a ver si lo adivino: a ti esta historia ni te va ni te viene, y te parece aburrida.

Una gran pompa de aspecto opalino echó a volar en dirección al río. Ciri callaba y se mordía los labios.

—Tu peludo antepasado —continuó el elfo, agitando la pajita en la palangana — aprendió muy pronto a utilizar el pulgar oponible y su inteligencia vestigial. Con su ayuda hizo distintas cosas, por lo general tan ridículas como terribles. Lo que quiero decir es que, si alguna cosa de las que creó tu antepasado no era terrible, entonces sería ridícula. —Otra pompa más, y enseguida otra, y luego otra—. La verdad es que a nosotros, los Aen Elle, nos importaban bien poco las hazañas de tu antepasado; nosotros, a diferencia de los Aen Seidhe, nuestros primos, abandonamos aquel mundo hace ya mucho. Elegimos otro universo, más interesante. Y es que en aquel tiempo, esto te va a sorprender, era posible trasladarse de un mundo a otro con bastante libertad. Con algo de talento y de práctica, se entiende. No me cabe ninguna duda de que entiendes lo que quiero

decir.

Ciri estaba intrigadísima, pero aguantaba callada, consciente de que el elfo estaba tomándole el pelo. No quería ponérselo fácil.

Auberon Muircetach sonrió. Se dio la vuelta. Llevaba un collar de oro, un distintivo que en la Antigua Lengua se conocía con el nombre de torc'h.

—Mira, luned.

Dio un ligero soplido, sacudiendo la pajita con viveza. En su extremo no surgió, como antes, una sola pompa grande, sino unas cuantas.

—… Ya verás que tus locuras fueron pompas de jabón —tarareó—. Ay, sí, así fue, así fue… Tanto hablar, para qué; andaremos por aquí y por allá, qué más da que los dh'oine se hayan empeñado en aniquilar su propio mundo, pereciendo con él. Ya nos iremos a cualquier otro sitio… A otra pompa de jabón…

Bajo su apremiante mirada, Ciri asintió con la cabeza y se humedeció los labios. El elfo volvió a sonreír, sacudió una pompa, sopló una vez más, consiguiendo esta vez que en el extremo de la pajita se formara un gran racimo de pompas pequeñas, unidas las unas a las otras.

—Se produjo la conjunción. —El elfo alzó la pajita cargada de pompas—. El número de mundos hasta creció. Pero la puerta está cerrada. Está cerrada para todos, salvo un puñado de elegidos. Y el tiempo corre. Hay que abrir la puerta. Urgentemente. Es un imperativo. ¿Entiendes esta palabra?

—No soy tonta.

—No, no lo eres. —Volvió la cabeza—. No puedes serlo. Eres una Aen Hen Ichaer, de la Antigua Sangre. Acércate.

Le tendió la mano, y Ciri, sin querer, apretó los dientes. Pero Auberon tan sólo le tocó el antebrazo, y después la mano. Ella notó un agradable hormigueo. Se atrevió a mirarle a sus increíbles ojos.

—Cuando me lo dijeron, no me lo creí —susurró él—. Pero es verdad. Tienes los ojos de Shiadhal. Los ojos de Lara.

Ciri bajó la mirada. Se sentía insegura y estúpida.

El rey de los Alisos apoyó los codos en la balaustrada, y la barbilla en las manos. Durante un buen rato pareció interesarse exclusivamente por los cisnes que nadaban en el río.

—Gracias por haber venido —dijo al fin, sin volver la cabeza—. Y ahora márchate y déjame a solas.

Encontró a Avallac'h en la terraza sobre el río, en el momento preciso en que subía a una barca en compañía de una elfa preciosa con el cabello rubio como la paja. Tenía los labios pintados de color pistacho, y llevaba un maquillaje de polvillos dorados en los párpados y las sienes.

Ciri tenía la intención de darse la vuelta y alejarse, cuando Avallac'h la retuvo

con un gesto. Y con un nuevo gesto la invitó a subir en la barca. Ella titubeó. No quería hablar en presencia de testigos. Avallac'h le dijo algo apresuradamente a la elfa y le mandó un beso. La elfa se encogió de hombros y se marchó. Sólo se volvió una vez, para indicarle con los ojos a Ciri lo que pensaba de ella.

—Si puedes, ahórrate los comentarios —le dijo Avallac'h cuando ella se sentó junto a la proa. Él también se sentó, sacó su caramillo y se puso a tocar, desentendiéndose por completo de la barca. Ciri miró a su alrededor intranquila, pero la embarcación se deslizaba a la perfección por el centro de la corriente, sin desviarse ni una pulgada hacia las pilastras, las columnas y las escaleras que descendían hasta el agua. Era una barca muy extraña, Ciri nunca había visto nada semejante, ni siquiera en Skellige, donde se había fijado detenidamente en cualquier cosa que fuera capaz de desplazarse por el agua. Tenía una proa alta, esbelta, tallada en forma de llave, era muy larga y estrecha, y se balanceaba mucho. En verdad, sólo un elfo podía ir subido en algo semejante tocando la flauta, en vez de ocuparse del timón y los remos.

Avallac'h dejó de tocar.

—¿Qué es lo que te inquieta?

Escuchó el relato de Ciri, observándola con una rara sonrisa.

—Estás decepcionada —afirmó, no preguntó—. Decepcionada, desilusionada y, sobre todo, indignada.

—¡Para nada! ¡No lo estoy!

—Ni tienes por qué estarlo —dijo el elfo, ya en serio—. Auberon te ha tratado con todo respeto, como si fueras una nativa Aen Elle. No olvides que nosotros, el Pueblo de los Alisos, nunca llevamos prisa. Tenemos tiempo.

—Él me ha dicho una cosa muy distinta.

—Sé lo que te ha dicho.

—¿Y también sabes qué significa todo esto?

—Claro.

Ciri ya había aprendido mucho. Ni un simple suspiro, ni un temblor de párpados delataron su impaciencia y su rabia cuando Avallac'h volvió a llevarse el caramillo a los labios y se puso a tocar. Una melodía nostálgica. Y así estuvo un buen rato. La barca surcaba las aguas. Ciri contaba los puentes que iban pasando sobre sus cabezas.

—Tenemos razones muy serias para suponer —anunció el elfo justo después del cuarto puente— que tu mundo corre el peligro de desaparecer. Por un cataclismo climático a gran escala. Como letrada que eres, seguramente te has topado con el Aen Ithlinnespeath, la Profecía de Itlina. En ese presagio se habla del Frío Blanco. A nuestro entender, se trata de una potente glaciación. Y como resulta que el noventa por ciento de la tierra firme de tu mundo se encuentra en el hemisferio septentrional, la glaciación puede amenazar la existencia de la mayoría de los seres vivos. Sencillamente, morirán de frío. Los que sobrevivan

se hundirán en la barbarie, se exterminarán entre sí en luchas despiadadas por el sustento, se convertirán en la presa de los depredadores enloquecidos por el hambre. Recuerda el texto de la profecía: Tiempo de Odio, Tiempo del Hacha, Tiempo de la Ventisca del Lobo. —Ciri no le interrumpía, no fuera a ponerse a tocar—. Ese niño en el que tenemos depositadas tantas esperanzas —prosiguió Avallac'h, mientras jugueteaba con el caramillo—, descendiente y portador del gen de Lara Dorren, un gen que fue especialmente creado por nosotros, puede salvar a los habitantes de ese mundo. Creemos, y no sin fundamento, que el descendiente de Lara, y también tuyo, claro está, disfrutará de unas capacidades mil veces superiores a las que poseemos nosotros, los sabios. Las mismas que, de forma residual, tú misma posees. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Ciri ya había conseguido aprender que en la Antigua Lengua semejantes figuras retóricas, aunque eran preguntas aparentes, lejos de requerir una respuesta, la excluían de hecho.

—En resumen —prosiguió Avallac'h—, no se trata tan sólo de que podamos desplazarnos de un mundo a otro, de que nos traslademos nosotros mismos: al fin y al cabo, no somos tan importantes. Lo decisivo es que se abra Ard Gaeth, la Puerta grande y duradera, a través de la cual todos podrían pasar. Antes de la conjunción, podíamos hacerlo, también ahora queremos que sea posible. Vamos a evacuar de ese mundo agonizante a los Aen Seidhe que habitan allí. A nuestros hermanos, a quienes tenemos que prestar ayuda. No podríamos vivir con la idea de que nos habíamos desentendido de nuestra obligación. Y también vamos a salvar, vamos a evacuar de ese mundo a todos los seres amenazados. A todos, Zireael. También a los humanos.

—¿De verdad? —Ciri no pudo contenerse—. ¿También a los dh'oine?

—También. Ya ves hasta qué punto eres importante, cuántas cosas dependen de ti. Lo importante que es que seas paciente. Lo importante que es que vuelvas al cuarto de Auberon y pases la noche con él. Créeme, su conducta no ha sido una muestra de desgana. Sabe que, para ti, esto no es nada fácil; sabe que, de precipitarse inoportunamente, podría molestarte y desanimarte. Sabe muchas cosas, Golondrina. Ya te habrás dado cuenta, sin duda.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo, con un resoplido—. Y también me he dado cuenta de que la corriente nos ha arrastrado ya bastante lejos de Tir ná Lia. Ya va siendo hora de agarrar los remos. Que, por cierto, no veo por ninguna parte.

—Porque no hay. —Avallac'h levantó un brazo, giró la mano, chasqueó los dedos. La barca se detuvo. Permaneció quieta un instante, y después empezó a navegar contra corriente. El elfo se acomodó en el asiento, se llevó el caramillo a los labios y se entregó sin descanso a la música.

Por la noche, el rey de los Alisos la invitó a cenar. Al verla entrar, acompañada del frufrú de la seda, le indicó con un gesto que se sentara a la mesa. No había criados. Él mismo le sirvió.

La cena consistía en más de una docena de variedades de verduras. También había setas, fritas y estofadas, bañadas en salsa. Ciri nunca había probado esa clase de setas. Algunas eran blancas y finas como hojas, de un sabor delicado y suave, otras eran marrones y negras, carnosas y aromáticas.

Tampoco le escatimó Auberon el vino rosado. Entraba muy bien, pero se subía a la cabeza, relajaba, soltaba la lengua. Antes de darse cuenta, Ciri ya le había contado cosas que nunca creyó que le fuera a contar a nadie.

Él escuchaba. Pacientemente. Y ella de pronto se acordó de lo que había ido a hacer allí, se puso seria y se calló.

—Si no he entendido mal —él le sirvió unas setas nuevas, verdosas, con olor a tarta de manzana—, ¿estás convencida de que el destino te ata a ese tal Geralt?

—Así es. —Levantó la copa, marcada ya por numerosas huellas de su maquillaje—. El destino. Él, o sea, Geralt, me está predestinado, y yo a él. Nuestras suertes están unidas. Por eso, sería mejor que me marchara de aquí. Cuanto antes. ¿Lo entiendes?

—Confieso que no demasiado.

—¡El destino! —Dio un trago—. Es una fuerza a la que es mejor no oponerse. Por eso creo… No, no, gracias, no me sirvas más, por favor, he comido tanto que voy a estallar.

—Ibas a decir lo que crees.

—Creo que sería un error retenerme aquí. Y obligarme a… Bueno, ya sabes a qué me refiero. Tengo que marcharme de aquí, llevarles ayuda cuanto antes… Porque mi destino…

—El destino —la interrumpió el elfo, levantando su copa—. La predestinación. Algo que no se puede evitar. Un mecanismo que hace que un número prácticamente infinito de sucesos imposibles de prever conduzca necesariamente a un resultado, y no a otro. ¿No es eso?

—¡Seguramente!

—En ese caso, ¿adónde quieres ir, y para qué? Bebe vino, disfruta del momento, goza de la vida. Lo que haya de ser, será, si es inevitable.

—Ni hablar. Eso no está bien.

—Te estás contradiciendo.

—No es verdad.

—Niegas la negación, eso ya es un círculo vicioso.

—¡No! —Sacudió la cabeza—. No es posible quedarse de brazos cruzados, sin hacer nada. ¡Las cosas no ocurren así como así!

—Eso es un sofisma.

—¡No debemos perder el tiempo de una forma insensata! Podríamos dejar escapar el momento oportuno… El único momento oportuno, irrepetible. Porque el tiempo nunca se repite.

—Permíteme. —Auberon se puso de pie—. Fíjate en esto.

En la pared que le estaba mostrando había un altorrelieve donde aparecía una gran serpiente escamosa. El reptil, enrollado en forma de ocho, se mordía la cola con los dientes. Ciri ya había visto algo parecido, pero no recordaba dónde.

—Ésta —dijo el elfo— es Uroboros, la serpiente primigenia. Uroboros simboliza la infinitud, y ella misma es infinita. Es la marcha perpetua y el regreso perpetuo. Es algo que no tiene principio ni tiene fin… El tiempo es como la serpiente primigenia. El tiempo son los instantes que fluyen, los granos de arena que se derraman en el reloj. El tiempo son los momentos y los sucesos mediante los que nos afanamos en medirlo. Pero Uroboros, la primigenia, nos recuerda que en cada momento, en cada instante, en cada suceso, están ocultos el pasado, el presente y el futuro. En cada momento se oculta la eternidad. Cada partida es, al mismo tiempo, un regreso, cada despedida una bienvenida, cada reencuentro una separación. Todo es, al mismo tiempo, principio y final… Y tú también eres —prosiguió, sin dirigirle la mirada—, al mismo tiempo, principio y final. Y ya que has mencionado el destino, debes saber que ése, precisamente, es tu destino. Ser principio y final. ¿Entiendes?

Ciri titubeó unos segundos. Pero la mirada vehemente de Auberon le obligaba a responder.

—Sí, entiendo.

—Desnúdate.

Lo dijo con tal despreocupación, con tal indiferencia que ella estuvo a punto de estallar. Con manos temblorosas, Ciri empezó a desabrocharse el chaleco. Los dedos no la obedecían; los corchetes, botones y cintas eran pequeños y poco manejables. Aunque Ciri se apresuró todo lo que pudo, deseosa de pasar ese trago cuanto antes, tardó mucho tiempo en quitarse la ropa. Pero el elfo no daba ninguna sensación de tener prisa. Como si, efectivamente, dispusiera de toda la eternidad.

¿Quién sabe?, pensaba ella. *Puede que sí.*

Una vez desnuda, no sabía dónde pisar: el suelo estaba helado. Auberon se dio cuenta y, sin palabras, le señaló la cama.

Las colchas eran de visón. Amplias, formadas por muchas pieles cosidas entre sí. Mullidas, cálidas, gustosas, cosquilleantes.

Él se tendió a su lado, vestido de la cabeza a los pies, hasta con las botas puestas. Cuando la tocó, no pudo evitar ponerse rígida, y se enfadó consigo misma, pues estaba decidida a mostrarse orgullosa y distante hasta el final. Los dientes, no hace falta decirlo, le castañeteaban ligeramente. Pero el tacto

electrizante del elfo la calmó, y sus dedos empezaron a enseñar y a impartir órdenes. A dar indicaciones. En el momento en que ella empezó a asimilar tan bien sus indicaciones que casi podía anticiparse a ellas, cerró los ojos y se imaginó que era Mistle quien estaba a su lado. Pero la cosa no funcionó. Porque no se parecía en nada a Mistle.

Le fue mostrando con la mano lo que tenía que hacer. Ella obedeció. De buena gana, incluso. Con premura.

Él no se precipitó en ningún momento. Sus caricias la dejaron suave como una cinta de seda. Le hizo gemir. Morderse los labios. Logró que todo su cuerpo se contrajera en un violento espasmo.

Lo que ella no se esperaba en absoluto fue lo que hizo el elfo a continuación. Se levantó y se fue. Dejándola excitada, jadeante y temblorosa. Ni siquiera se volvió para mirarla.

A Ciri la sangre se le subió a la cara y a las sienes. Se quedó encogida, hecha un ovillo, sobre las colchas de visón. Y empezó a sollozar. De rabia, de vergüenza y de humillación.

Por la mañana encontró a Avallac'h en el peristilo que había detrás del palacio, en medio de una hilera de estatuas. Las estatuas —cosa rara— representaban a niños elfos. En distintas actitudes, sobre todo haciendo diabluras. El que había al lado del elfo era particularmente curioso: representaba a un mocoso, con un mohín de rabia y con los puños cerrados, sosteniéndose sobre una sola pierna.

Ciri estuvo un buen rato con la mirada fija, sentía un dolor sordo en el vientre. Sólo cuando Avallac'h la apremió, ella se lo contó todo. Sin entrar en detalles y tartamudeando.

—Él —dijo muy serio Avallac'h, al terminar Ciri su relato— ha visto los humos de Saovine más de seiscientas cincuenta veces. Créeme, Golondrina, eso es mucho hasta para el Pueblo de los Alisos.

—¿Y a mí qué me importa? —gruñó—. ¡Yo había dado mi consentimiento! ¿Es que no os han enseñado vuestros parientes, los enanos, lo que es un contrato? ¡Yo cumplo con mis obligaciones! ¡Me entrego! ¿A mí qué más me da si él no puede o no quiere? ¿A mí qué más me da si se trata de impotencia senil o si soy yo que no le resulto atractiva? ¿Y si le damos asco los dh'oine? ¿Y si le pasa como a Eredin y sólo ve en mí una pepita de oro en un montón de estiércol?

—Confío —Avallac'h torció el gesto: era algo inaudito que alterara la expresión de su rostro—, confío en que no le habrás dicho nada parecido.

—No le he dicho nada parecido. Y no por falta de ganas.

—Ten cuidado. No sabes a lo que te arriesgas.

—Me trae sin cuidado. Habíamos llegado a un acuerdo. No tiene vuelta de hoja. O cumplís lo estipulado, o anulamos el acuerdo y quedo libre.

—Ten cuidado, Zireael —repitió Avallac'h, señalando la estatua del chiquillo enrabietado—. No te portes como ése de ahí. Vigila cada palabra. Haz un esfuerzo por comprender. Y si hay algo que no entiendes, que no te sirva de excusa para actuar precipitadamente. Ten paciencia. Recuerda que el tiempo no tiene ninguna importancia.

—¡Claro que la tiene!

—Ya te he dicho que no puedes portarte como una criatura testaruda. Te lo vuelvo a repetir: sé paciente con Auberon. Es tu única oportunidad para conseguir la libertad.

—¿De veras? —dijo, casi gritando—. ¡Empiezo a tener mis dudas! ¡Empiezo a sospechar que me has engañado! Que todos me habéis engañado…

—Te he prometido —la cara de Avallac'h estaba tan muerta como la piedra de las estatuas— que vas a volver a tu mundo. Te he dado mi palabra. Dudar de la palabra dada es una ofensa muy grave para un Aen Elle. Para evitar que incurras en esa ofensa, propongo que demos esta charla por zanjada.

Quiso marcharse, pero Ciri le cerró el paso. Sus ojos de color aguamarina se volvieron más estrechos, y Ciri comprendió que se las estaba viendo con un elfo muy, pero que muy peligroso. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Muy típico de los elfos —silbó como una serpiente—: ofender a alguien y no permitir después que el otro se tome la revancha.

—Ten cuidado, Golondrina.

—Escúchame. —Levantó altiva la cabeza—. Vuestro rey de los Alisos no es capaz de cumplir, eso está más que claro. No importa si él constituye el problema o si soy yo la culpable. Eso es lo de menos, no tiene importancia. Pero yo quiero cumplir el acuerdo. Quitarme el problema de encima. De modo que ese niño, que tanto significa para vosotros, tendrá que hacérmelo otro.

—No sabes ni de qué estás hablando.

—Y si yo soy el problema —no cambió el tono ni la expresión—, eso quiere decir que te has confundido, Avallac'h. Has hecho venir a este mundo a la persona equivocada.

—No sabes de qué estás hablando, Zireael.

—En cambio —gritó—, si lo que pasa es que a todos os doy repelús, emplead el método de los criadores de burdéganos. ¿Qué, no lo conoces? Le enseñan una yegua al semental, y después le vendan los ojos y le ponen delante a una burra.

Avallac'h no se dignó siquiera responder. La esquivó sin miramientos y se alejó por la hilera de estatuas.

—¿Tú, por ejemplo? —le chilló Ciri—. ¡Si quieres, me entrego a ti! ¿Qué dices? ¿No estás dispuesto a hacer ese sacrificio? ¡Pero si dicen que tengo los ojos de Lara!

Él se plantó a su lado en dos saltos, sus manos salieron disparadas como serpientes hacia su cuello y se cerraron como unas tenazas de acero. Ella

comprendió que, si quisiera, la podría ahogar como a un pajarillo.

La soltó. Se inclinó sobre ella y la miró a los ojos desde muy cerca.

—¿Quién eres tú —le preguntó con una calma insólita— para atreverte a deshonrar su nombre de este modo? ¿Quién eres tú para atreverte a injuriarme con una limosna tan miserable? Oh, sí, ya sé quién eres. No eres hija de Lara. Eres hija de Cregennan, eres una desconsiderada, soberbia y narcisista dh'oine, una representante ejemplar de una raza que no sabe nada, pero que tiene que arruinarlo y destruirlo todo, que ensucia cualquier cosa que toca, que sólo con pensar en algo lo mancilla y lo pervierte. Tu antepasado me robó a mi amada, me la robó, me quitó a Lara de un modo egoísta y arrogante. Pero a ti, digna hija suya, no te permito que me arrebates su recuerdo.

Se dio la vuelta. Ciri venció la resistencia de su laringe aplastada.

—Avallac'h.

La miró.

—Perdóname. Me he portado como una estúpida y una miserable. Perdóname. Y, si puedes, olvídalo.

Se acercó hasta ella, la abrazó.

—Ya está olvidado —dijo en tono cariñoso—. No se hable más de la cuestión.

Aquella noche, cuando se presentó en los aposentos reales, recién bañada, perfumada y peinada, Auberon Muircetach estaba sentado junto a una mesa, inclinado sobre el tablero de ajedrez. Sin palabras, la invitó a sentarse enfrente de él.

Ganó él en diez movimientos.

La segunda vez, ella jugó con las blancas, pero él se impuso en once movimientos.

Sólo entonces levantó la mirada, mostrando sus claros ojos, tan singulares.

—Desnúdate, por favor.

Al menos había que reconocerle una cosa: actuaba con tacto y nunca se precipitaba. Cuando, como en la ocasión anterior, se levantó de la cama y se marchó sin decir nada, Ciri se lo tomó con calma y resignación. Aunque no pudo conciliar el sueño casi hasta el amanecer.

Pero, cuando los primeros rayos del albor iluminaban las ventanas, logró por fin dormirse y tuvo un sueño muy raro.

Vysogota, agachado, está limpiando una trampa para ratas almizcleras, apartando las lentejas de agua. Las cañas susurran movidas por el viento.

Me siento culpable, Golondrina. Fui yo quien te sugirió la idea de esta escapada demencial. Te mostré el camino hacia esa maldita torre.

—No te lo reproches, Viejo Cuervo. De no ser por la torre, me habría alcanzado Bonhart. Aquí, por lo menos, estoy a salvo.

No, aquí no estás a salvo.

Vysogota se incorpora.

A sus espaldas, Ciri ve una colina, desnuda y ovalada, el lomo algo torcido de un monstruo emboscado que asoma por encima de la hierba. En la colina hay una peña enorme. Dos personas al lado de la peña. Una mujer y una muchacha. El viento agita y desordena la cabellera morena de la mujer.

Los relámpagos iluminan el horizonte.

El Caos extiende sus manos hacia ti, hija mía. Criatura de la Antigua Sangre, muchacha enredada en el Movimiento y el Cambio, en la Aniquilación y el Renacimiento. Destinada y destino. Desde detrás de la puerta cerrada, el Caos extiende sus garras hacia ti, sin saber aún si te convertirás en su instrumento o si serás un obstáculo para sus planes. Sin saber si el azar hará de ti un grano de arena en los engranajes del Reloj de la Fortuna. El Caos te tiene miedo, Niña del Destino. Y pretende que seas tú quien se atemorice. Y por eso te envía esos sueños.

Vysogota se agacha, limpia la trampa para ratas almizcleras. *Pero si no está vivo*, piensa Ciri fríamente. *¿Quiere eso decir que ahí, en el más allá, los muertos están obligados a limpiar trampas para ratas almizcleras?*

Vysogota se incorpora. A sus espaldas el cielo se ilumina con el resplandor de los incendios. Miles de jinetes galopan por el llano. Jinetes con capas rojas. Dearg Ruadhri.

Escúchame atentamente, Golondrina. La Antigua Sangre que corre por tus venas te confiere una inmensa autoridad. Eres la Señora del Espacio y del Tiempo. Tienes un enorme poder. No permitas que los criminales y los canallas te lo arrebaten y lo utilicen para sus fines innobles. ¡Defiéndete! ¡Ponte a salvo de sutiles manos!

—¡Qué fácil es decirlo! Me tienen aquí atrapada por medio de una barrera o un vínculo mágico…

Eres la Señora del Espacio y del Tiempo. A ti nadie te puede aprisionar.

Vysogota se incorpora. A sus espaldas hay una meseta, una llanura rocosa, en ella se ven restos de barcos varados. Por decenas. Más lejos, un castillo negro, ominoso, con almenas dentadas, al borde de un lago de montaña.

Morirán sin tu ayuda, Golondrina. Sólo tú puedes salvarlos.

Los labios de Yennefer, partidos, desgarrados, se mueven sin emitir ningún sonido, derraman sangre. Brillan sus ojos de color violeta, arden en el rostro demacrado, contraído, ennegrecido por el tormento, oculto entre las sucias greñas de pelo moreno. En un hueco del suelo se ve un charco pestilente; hay ratas por todas partes. Los muros de piedra están helados. Igual que los grillos de las muñecas y de los tobillos… Las manos y los dedos de Yennefer son una masa de sangre coagulada.

—¡Mamá! ¿Qué te han hecho?

Hay unas escaleras de mármol que bajan. Son tres tramos de escaleras. Va'esse deireadh aep eigean… Algo termina… ¿Qué?

Las escaleras. Abajo, un fuego ardiendo en braseros de hierro. Tapices en llamas.

Vamos, dice Geralt. *Bajemos por las escaleras. Es necesario. No hay más remedio. No existe otro camino. Sólo por estas escaleras. Quiero ver el cielo*.

No mueve los labios. Están amoratados y con manchas de sangre. Sangre, sangre por todas partes… Las escaleras, cubiertas de sangre…

No hay otro camino. No lo hay, Ojo de Estrella.

—¿De qué modo? —gritó—. ¿De qué modo puedo ayudarlos? ¡Estoy en otro mundo! ¡Prisionera! ¡No puedo hacer nada!

A ti nadie te puede aprisionar. Todo ya ha sido descrito, dice Vysogota. Esto también. Mira debajo de ti.

Ciri ve con espanto que está sobre un mar de huesos. En medio de cráneos, tibias y costillas.

Sólo tú puedes evitar que esto ocurra, Ojo de Estrella.

Vysogota se incorpora. A sus espaldas, el invierno, la nieve, la ventisca. El viento arrecia y silba.

Enfrente de él, en medio de la tormenta, montado a caballo, Geralt. Ciri lo reconoce, a pesar de que una gorra de piel le cubre la cabeza y una pañoleta de lana le envuelve la cara. Por detrás de él, se vislumbran otros jinetes entre la ventisca: sus siluetas son confusas y van muy arropados, así que no hay manera de distinguirlos.

Geralt dirige su mirada hacia ella. Pero no puede verla. La nieve se le mete en los ojos.

—¡Geralt! ¡Soy yo! ¡Aquí!

No la ve. Y tampoco la oye, entre los aullidos del viento huracanado.

—¡Geraaalt!

Es un muflón, dice Geralt. *Sólo un muflón. Regresemos*.

Los jinetes desaparecen, se desvanecen en la ventisca.

—¡Geraaalt! ¡Nooo!

Se despertó.

Lo primero que hizo por la mañana fue dirigirse a las caballerizas. Sin desayunar siquiera. No quería encontrarse con Avallac'h, no le apetecía tener otra charla con él. Aunque tuviera que esquivar las miradas inoportunas, inquisitivas y pegajosas de otros elfos. Si en cualquier otro asunto se mostraban claramente

indiferentes, en lo referente a la alcoba real los elfos no sabían disimular su curiosidad, y las paredes de palacio —Ciri no tenía ninguna duda— oían.

Encontró a Kelpa en una cuadra, junto con la silla y los arreos. Antes de que le diera tiempo a ensillar a la yegua, ya habían acudido a ayudarla unas sirvientas: eran aquellas elfas grises y menudas, a las que cualquier Aen Elle sacaba una cabeza. Ellas se ocuparon de la yegua, entre reverencias y sonrisas amables.

—Gracias —dijo—. Lo habría hecho yo misma, pero gracias. Sois un encanto.

La muchacha que estaba más próxima le sonrió, y Ciri se estremeció. La dentadura de la chica tenía colmillos.

Se acercó a ella a toda prisa, tanto que la chica casi se cae al suelo del susto. Le apartó el pelo de la oreja. Una oreja que no terminaba en punta.

—¡Tú eres un ser humano!

La chiquilla —y lo mismo las otras— cayó de hinojos sobre el suelo recién barrido. Agachó la cabeza. Esperando el castigo.

—Yo… —Ciri trataba de hablar, mientras manoseaba las riendas—. Yo…

No sabía qué decir. Las chicas seguían arrodilladas. Los caballos bufaban y pateaban inquietos en sus cuadras.

Al aire libre, montada, al trote, tampoco fue capaz de aclarar sus ideas. Jóvenes humanas. Como sirvientas, pero eso no era lo más importante. Lo más importante era que en ese mundo había dh'oine…

Personas, rectificó. *Ya estoy pensando como ellos*.

Un potente relincho y un brinco de Kelpa la arrancaron de sus reflexiones. Levantó la cabeza y vio a Eredin.

Iba montado en su semental bayo oscuro, desprovisto en esta ocasión de su diabólico bucráneo y de casi toda su parafernalia de combate. El jinete, sin embargo, llevaba puesta una cota de malla bajo una capa cuyo color cambiante incluía múltiples matices del rojo.

El semental le saludó con un relincho ronco, sacudió la cabeza y exhibió ante Kelpa unos dientes amarillos. Kelpa, fiel al principio de que las cuestiones hay que ventilarlas con los señores, y no con los criados, acercó su dentadura al muslo del elfo. Ciri sujetó con firmeza las riendas.

—Ten cuidado —dijo—. Mantén la distancia. A mi yegua no le gustan los desconocidos. Y sabe morder.

—A los que muerden —la repasó de arriba abajo con una mirada hostil— hay que ponerles bocado de hierro. Y que sangren. Es el método más indicado para corregir vicios. Con los caballos, también.

Dio un tirón tan fuerte de las riendas que el semental bufó y reculó varios pasos, mientras le caía espuma del hocico.

—¿Y esa cota de malla? —Ahora era Ciri la que repasaba al elfo con la

mirada—. ¿Te preparas para la guerra?

—Todo lo contrario. Ansío la paz. Tu yegua, aparte de vicios, ¿tiene también alguna virtud?

—¿De qué tipo?

—¿Medirías tus fuerzas conmigo en una carrera?

—Si quieres, ¿por qué no? —Se puso de pie sobre los estribos—. Por allí, yendo hacia aquellos cromlechs…

—No —la cortó—. Por ahí no.

—¿Por qué no?

—Es terreno prohibido.

—Para todos, por supuesto.

—Para todos no, por supuesto. Tu compañía, Golondrina, es muy valiosa para nosotros, y no podemos arriesgarnos a vernos privada de ella, por tu propia iniciativa o por iniciativa ajena.

—¿Por iniciativa ajena? ¿No estarás pensando en los unicornios?

—No quiero aburrirte con mis pensamientos. Ni frustrarte, al comprobar que no los captas.

—No entiendo.

—Ya sé que no lo entiendes. La evolución no te ha proporcionado un cerebro con suficientes pliegues como para poder entenderlo. Mira, si quieres que echemos una carrera, te propongo que vayamos a lo largo del río. Por allí. Hasta el Puente de Porfirio, el tercero que veremos. Después, cruzando el puente, seguiremos río abajo, por la otra orilla. La meta, donde veas un arroyo que vierte sus aguas al río. ¿Estás lista?

—Siempre.

Con un grito, el elfo arreó al semental, que salió disparado como un huracán. Antes de que Kelpa hubiera arrancado, ya le había cobrado mucha ventaja. Pero, aunque la tierra temblaba a su paso, el semental no podía igualar a Kelpa. La yegua le dio alcance muy pronto, justo antes de llegar al Puente de Porfirio. El puente era estrecho. Eredin dio un grito y el semental, de forma inverosímil, aceleró. Ciri comprendió de inmediato dónde estaba la clave. En el puente no había sitio, de ninguna manera, para dos caballos. Uno de ellos estaba obligado a frenar.

Ciri no tenía intención de frenar. Se aferró a las crines, y Kelpa se lanzó hacia delante como una flecha. Pasó rozando el estribo del elfo y entró en el puente. Eredin vociferó, el semental se puso de manos, golpeó con el costado una figura de alabastro y la derribó de su pedestal, haciéndola añicos.

Ciri, riéndose solapadamente como un vampiro, atravesó el puente al galope. Sin volver la vista.

Al llegar al arroyo, desmontó y se quedó esperando.

El elfo llegó poco después, al paso. Sonriente y tranquilo.

—Mi reconocimiento —dijo lacónicamente, mientras desmontaba—. Tanto para la yegua como para la amazona.

Aunque estaba hinchada como un pavo real, Ciri resopló indiferente.

—¡Ajá! Ya no piensas ponernos un bocado de hierro hasta hacernos sangrar.

—Puede, siempre que sea con el debido permiso. —Sonrió de forma ambigua—. A algunas yeguas les gustan las caricias fuertes.

—Hace muy poco —le miró orgullosa— me comparabas con el estiércol. ¿Y ahora hablamos de caricias?

Eredin se acercó a Kelpa, le frotó y le palmeó la frente, y puso cara de sorpresa al comprobar que la yegua estaba seca. Kelpa retiró la cabeza con brusquedad y soltó un chillido prolongado. Eredin se volvió hacia Ciri. *Como me dé también a mí una palmadita*, pensó ella, *lo va a lamentar*.

—Haz el favor de acompañarme.

A lo largo del arroyo, que bajaba desde una ladera escarpada y densamente poblada de árboles, unas escaleras, construidas con bloques de arenisca recubiertos de musgo, subían hacia la cima. Eran unas escaleras muy antiguas, y estaban agrietadas y levantadas por las raíces de los árboles. Ascendían en zigzag, y en distintos puntos se hacía preciso cruzar el arroyo por puentes. Alrededor todo era bosque, un bosque primigenio, donde abundaban los viejos fresnos y los carpes, los tejos, los arces y los robles; a sus pies se enredaban los arbustos de avellanos, tamariscos y groselleros. Olía a ajenjo, a salvia, a ortiga, a piedras mojadas, a primavera y a moho. Ciri caminaba en silencio, sin apresurarse y regulando su respiración. También tenía los nervios bajo control. No tenía ni idea de lo que Eredin podía querer de ella, pero sus presentimientos no eran los mejores.

Junto a una cascada que caía con estrépito desde una hendidura en la roca había una plataforma de piedra, en ella, a la sombra de un arbusto de saúco, se levantaba un cenador, envuelto en hiedra y en amor de hombre. Desde allí se divisaban las copas de los árboles, la cinta del río, los tejados, peristilos y terrazas de Tir ná Lia. Estuvieron un rato callados, contemplando el panorama.

—Nadie me ha dicho —Ciri fue la primera en romper el silencio— cómo se llama ese río.

—Easnadh.

—¿Suspiro? Un nombre muy bonito. ¿Y este arroyo?

—Tuathe.

—Susurro. También es bonito. ¿Por qué nadie me había dicho que en este mundo hay seres humanos?

—Porque esa información no es esencial y para ti no tiene ninguna importancia. Entremos al cenador.

—¿Para qué?

—Entremos.

La primera cosa que vio Ciri al entrar fue una yacija de madera. Notó cómo le palpitaban las sienes. *Está claro*, pensó, *ya lo decía yo. Esto me recuerda a aquella obra que leí cuando estaba en el templo, escrita por Anna Tiller. Sobre un anciano rey, una reina joven y un príncipe sediento de poder, que aspiraba al trono. Eredin es implacable, ambicioso y decidido. Sabe que quien tiene a la reina es el verdadero rey, el verdadero soberano. El verdadero hombre. Quien poseía a la reina poseía el reino. Ahí, en esa yacija, dará comienzo el golpe de estado…*

El elfo se sentó en un asiento de mármol y le señaló a Ciri otro asiento. Parecía más interesado en el paisaje que se veía por la ventana que en la muchacha. En ningún momento dirigió la mirada al lecho.

—Aquí te quedarás para siempre —le dijo de sopetón—, amazona mía, ligera cual mariposa. Hasta el final de tu vida de mariposa.

Ella no dijo nada. Le miró a los ojos fijamente. No había nada en esos ojos.

—No te permitirán marcharte de aquí —insistió—. No están dispuestos a admitir que, a pesar de la profecía y del mito, tú no eres nadie, no eres nada, tan sólo una criatura sin importancia. No lo querrán creer y no te dejarán marchar. Te han calentado los cascos con promesas para asegurarse tu sumisión, pero nunca han tenido intención de atenerse a lo prometido. Nunca.

—Avallac'h —dijo con un hilo de voz— me ha dado su palabra. Por lo visto, dudar de la palabra de un elfo es una ofensa.

—Avallac'h es un sabio. Los sabios tienen su propio código de honor, en el que la mitad de los artículos recuerdan que el fin justifica los medios.

—No entiendo por qué me cuentas todo eso. A menos que… A menos que quieras algo de mí. Que yo tenga algo que tú deseas. Y que quieras negociar. ¿Qué dices, Eredin? Mi libertad a cambio… ¿A cambio de qué?

Él la miró largamente. Y ella buscó en vano en sus ojos algún indicio, alguna señal, alguna pista. La que fuera.

—Seguramente —empezó despacio el elfo—, ya habrás tenido tiempo de conocer un poco a Auberon. Y habrás advertido, sin duda, que es de una ambición absolutamente inconcebible. Hay cosas que jamás podrá aceptar, de las que nunca querrá darse por enterado. Antes se moriría. —Ciri callaba, mordiéndose los labios y mirando de reojo la yacija—. Auberon Muircetach —prosiguió el elfo— nunca emplea la magia ni otros medios capaces de modificar la situación. Pero esos medios existen. Medios de calidad, potentes, con garantías. Mucho más eficaces que esos atrayentes que las siervas de Avallac'h añaden a tus cosméticos.

Rápidamente, puso la mano encima de un tablero con nervaduras oscuras. Cuando la retiró, sobre el tablero había un pequeño frasco de nefrita, de color verde grisáceo.

—No —dijo Ciri con la voz quebrada—. De ningún modo. No estoy de acuerdo con esto.

—No me has dejado terminar.

—No me tomes por tonta. No le voy a dar lo que hay en ese frasco. No cuentes conmigo para esas cosas.

—Sacas conclusiones muy precipitadas —dijo él con calma, mirándola a los ojos—. Te esfuerzas por superarte a ti misma, yendo cada vez más deprisa. Y eso siempre lleva a la caída. Una caída muy dolorosa.

—Ya te lo he dicho: no.

—Piénsatelo bien. Independientemente de lo que contenga este recipiente, tú siempre saldrás ganando. Siempre saldrás ganando, Golondrina.

—¡No!

Con un movimiento tan vivo como el anterior, digno en verdad de un prestidigitador, hizo desaparecer el frasco de la mesa. Después guardó un largo silencio, mientras contemplaba el río Easnadh, que resplandecía entre los árboles.

—Morirás aquí, mariposa —dijo por fin—. No te dejarán marcharte. Pero tú eliges.

—Ya he llegado a un acuerdo. Mi libertad a cambio de…

—Libertad —resopló—. No haces más que hablar de tu libertad. Y, ¿qué harías si por fin la obtuvieras? ¿Adónde ibas a ir? A ver si entiendes de una vez que en este momento no te separa de tu mundo únicamente el espacio, sino también el tiempo. Aquí el tiempo transcurre de un modo distinto al de allí. A quienes conociste allí como niños son ahora unos ancianos decrépitos, los que tenían tu edad hace mucho que han muerto.

—No me lo creo.

—Recuerda vuestras leyendas. Leyendas sobre personas que desaparecieron furtivamente y regresaron al cabo de los años, sólo para contemplar las tumbas de sus allegados cubiertas por la hierba. ¿No me irás a decir que eran pura fantasía, cosas sacadas de la manga? Te equivocas. Durante siglos enteros, la gente fue raptada, arrebatada por jinetes, en lo que llamabais la Persecución Salvaje. Raptados, explotados y arrojados después como la cáscara de un huevo una vez consumido. Pero a ti ni siquiera te espera esa suerte, Zireael. Tú morirás aquí, no se te permitirá contemplar ni los sepulcros de tus amigos.

—No me creo lo que estás diciendo.

—Lo que tú creas es asunto tuyo. Pero tu suerte la has elegido tú sola. Regresemos. Quiero pedirte una cosa, Golondrina. ¿Te parece bien que comamos juntos algo ligero en Tir ná Lia?

Durante el tiempo que tardó el corazón en latirle varias veces, el hambre y una loca fascinación lucharon en el interior de Ciri contra la rabia, el miedo a ser envenenada y, en definitiva, la antipatía.

—Con mucho gusto. —Bajó la mirada—. Gracias por la propuesta.

—Gracias a ti. Vamos.

Mientras salía del cenador, Ciri le echó un último vistazo a la yacija. Y pensó

que Anna Tiller era al fin y al cabo una boba y exaltada grafómana.

Despacio, en silencio, entre el olor a menta, a salvia y a ortiga, descendieron hacia el río Suspiro. Escaleras abajo. Por la orilla de un arroyo llamado Susurro.

Aquella noche, cuando entró perfumada en los aposentos reales, con los cabellos aún húmedos tras el baño aromático, encontró a Auberon en un sofá, inclinado sobre un grueso libro. Sin palabras, con un simple gesto, la invitó a sentarse a su lado.

Era un libro ricamente iluminado. A decir verdad, lo único que había en él eran ilustraciones. Aunque Ciri presumía de tener mucho mundo, se puso colorada como un tomate. En la biblioteca del templo, en Ellander, había visto algunas obras semejantes. Pero ninguna de ellas podía competir con el libro del rey de los Alisos, ni en riqueza y variedad de las posiciones, ni en calidad de las representaciones.

Estuvieron un buen rato observándolas en silencio.

—Desnúdate, por favor.

En esta ocasión él también se desvistió. Tenía un cuerpo flaco, de muchacho; era tan delgado como Giselher, como Kayleigh, como Reef, a los que había visto muchas veces bañándose en los riachuelos o en los lagos de montaña. Pero Giselher y los Ratas irradiaban vitalidad, de ellos brotaba vida a raudales, un ansia de vida que ardía entre las gotas de plata del agua salpicada.

De él, del rey de los Alisos, lo que brotaba era el frío de la eternidad. Él fue paciente. Varias veces pareció que ya casi, que ya. Pero la cosa no funcionaba. Ciri estaba enfadada consigo misma, convencida de que la culpa era de su desconocimiento y de su falta de experiencia, que la paralizaba. Él se dio cuenta y la tranquilizó. Como de costumbre, con mucha eficacia. Tanta, que ella se durmió. Entre sus brazos.

Pero al amanecer él ya no estaba a su lado.

La noche siguiente, por primera vez, el rey de los Alisos dio muestras de impaciencia.

Ciri lo encontró inclinado sobre la mesa, donde había un espejo engastado en un marco de ámbar. Había unos polvos blancos sobre el espejo.

Ya empezamos, pensó Ciri.

Con un cuchillito Auberon fue reuniendo el fisstech y lo distribuyó en dos rayas. Cogió un tubito de plata que había en la mesa y aspiró el narcótico por la nariz, primero por la fosa izquierda, luego por la derecha. Sus ojos, normalmente brillantes, parecieron apagarse y enturbiarse, y se llenaron de lágrimas. Ciri se dio cuenta enseguida de que aquélla no era la primera dosis.

Hizo dos nuevas rayas sobre el cristal y la invitó con un gesto, pasándole el tubito. *Total, qué más da*, pensó Ciri. *Así será más fácil*.

La droga era increíblemente fuerte.

Enseguida los dos se sentaron en la cama, estrechamente abrazados, y se quedaron embobados mirando a la luna con los ojos bañados en lágrimas. Ciri estornudó.

—Es una noche máxima —dijo, frotándose la nariz con la manga de su blusón de seda.

—Mágica —la corrigió, restregándose un ojo—. Ensh'eass, no enleass. Debes trabajar la pronunciación.

—La trabajo.

—Desnúdate.

Al principio pareció que todo saldría bien, que la droga le había excitado a él de la misma manera que la había excitado a ella. Pero a ella la volvió activa y la llevó a tomar la iniciativa, tanto que incluso le susurró al oído algunas palabras sumamente indecentes, a su entender. Eso le hizo reaccionar y el efecto fue, hum, palpable: en cierto momento Ciri estuvo segura de que ya sí, ya sí. Pero no, nada de ya, ya. No hasta el final, al menos. Y entonces él se puso nervioso. Se levantó y se echó sobre los estrechos hombros un manto de piel de marta. Se quedó así, de cara a la ventana, mirando fijamente a la luna. Ciri se sentó, con los brazos alrededor de las rodillas. Estaba desilusionada y enfadada, y al mismo tiempo sentía una extraña tristeza. Era el efecto inevitable de aquel fisstech tan fuerte.

—La culpa es sólo mía —balbuceó—. Esta cicatriz me afea, ya lo sé. Sé lo que ves cuando me miras. No hay mucho de elfa en mí. Una pepita de oro en un montón de estiércol…

Él se volvió bruscamente.

—Tal modestia es poco habitual —dijo tranquilamente—. Yo habría dicho más bien: una perla en una cochiquera. Un brillante en el dedo de un cadáver putrefacto. Cuando estés haciendo tus ejercicios de lengua, tú misma puedes elaborar otras comparaciones. Mañana te preguntaré sobre ellas, pequeña dh'oine. Un ser humano en el que no hay nada, absolutamente nada, de elfa.

Se dirigió a la mesa, cogió el tubito y se inclinó sobre el espejo. Ciri se había quedado de piedra. Se sentía como si le hubieran escupido.

—¡No vengo a verte por amor! —le soltó enfurecida—. Estoy presa, sometida a chantaje, ¡lo sabes de sobra! Pero lo acepto, lo hago por…

—¿Por quién? —la cortó impetuosamente, algo nada propio de un elfo—. ¿Por mí? ¿Por los Aen Seidhe prisioneros en tu mundo? ¡Estúpida cría! Lo haces por ti, por tu propio interés, por eso vienes aquí y tratas en vano de entregarte a mí. Porque ésta es tu única oportunidad, tu única tabla de salvación. Y te diré otra cosa más: ya puedes rezar, rezar con devoción a tus ídolos humanos, a tus

divinidades o a tus tótems. Porque si no soy yo, será Avallac'h con su laboratorio. Créeme que no te gustaría ir a parar a ese laboratorio y familiarizarte con la alternativa.

—A mí me da lo mismo —dijo Ciri, con una voz apagada, contrayéndose en la cama—. Acepto lo que sea, con tal de obtener la libertad. Con tal de verme libre al fin. De marcharme de aquí. A mi mundo. Con mis amigos.

—¡Tus amigos! —dijo en tono de burla—. ¡Aquí tienes a tus amigos!

Se dio la vuelta y le lanzó de pronto el espejo cubierto de polvo de fisstech.

—Aquí tienes a tus amigos —repitió—. Fíjate bien.

Salió del cuarto, agitando los bordes del manto de piel.

Al principio, Ciri sólo pudo ver en el cristal sucio su propio reflejo borroso. Pero al instante el espejo se aclaró, adquiriendo un aspecto lechoso, y se llenó de humo. Y después se vio una imagen.

Yennefer cuelga en el abismo, estirada, con las manos levantadas hacia lo alto. Las mangas de su vestido parecen las alas abiertas de un pájaro. Entre sus cabellos ondulantes, unos pececillos se deslizan veloces. Un banco entero de peces centelleantes y ligeros. Algunos empiezan a mordisquear las mejillas y los ojos de la hechicera. Desde las piernas de Yennefer, una soga desciende hacia el fondo del lago; en el extremo de esa soga, atrapado entre el cieno y los tallos de elodea, hay un gran cesto de piedras. Por encima, en lo alto, brilla y destella la superficie de las aguas.

El vestido de Yennefer ondula al mismo ritmo que lo hacen las algas. El humo oculta la superficie del espejo, manchada de fisstech. Geralt, pálido como el cristal, tiene los ojos cerrados; está inmóvil, congelado, bajo unos largos carámbanos que cuelgan de unas rocas; no tardará en quedar sepultado por la nieve que trae la ventisca. Sus cabellos blancos son ahora vainas blancas de hielo, una escarcha blanca le envuelve las cejas, las pestañas, los labios. La nieve no para de caer sobre Geralt, va rodeándole las piernas y cubriéndole los hombros con un suave manto. La ventisca aúlla y silba…

Ciri saltó de la cama y estampó, con mucho ímpetu, el espejo contra la pared. El marco de ámbar reventó, y el cristal se hizo añicos.

Reconocía perfectamente esa clase de visiones, se acordaba de ellas, sabía muy bien lo que eran. De sus antiguos sueños.

—¡Todo eso es mentira! —gritó—. ¿Me has oído, Auberon? ¡No me lo creo! ¡No es verdad! Eso es producto de tu rabia, ¡igual de impotente que tú! Producto de tu rabia…

Se sentó en el suelo. Y se echó a llorar.

Tenía la sospecha de que las paredes de palacio oían. Al día siguiente, no era capaz de soportar las miradas ambiguas, sentía que se reían a sus espaldas,

captaba murmullos.

Avallac'h no aparecía por ninguna parte. *Lo sabe*, pensaba Ciri, *sabe lo que ha pasado y trata de evitarme. Antes de que me levantara, se ha marchado muy lejos, por tierra o por el río, con su elfa bañada en oro. No quiere hablar conmigo, no quiere reconocer que todo su plan se ha venido abajo*.

Tampoco había forma de encontrar a Eredin. Pero eso era bastante normal: salía con frecuencia de la ciudad en compañía de sus Dearg Ruadhri, sus Jinetes Rojos.

Ciri recogió a Kelpa en las caballerizas y se fue al otro lado del río. Sin dejar de darle vueltas a sus pensamientos, sin reparar en nada de lo que había a su alrededor.

Hay que escapar de aquí. Lo de menos es que esas visiones sean falsas o sean auténticas. Una cosa es segura: Yennefer y Geralt están allí, en mi mundo, y allí está mi sitio, a su lado. ¡Tengo que huir de aquí, huir sin demora! Tiene que haber alguna forma. He entrado aquí yo sola, tendré que ser capaz de salir también yo sola. Eredin ha dicho que tengo un talento poco común, y eso mismo sospechaba Vysogota. En Tor Zireael, que he inspeccionado detenidamente, no había ninguna salida. Pero a lo mejor aquí, en algún sitio, hay alguna otra torre…

Miró a la lejanía, hacia la colina distante, hacia la silueta del cromlech que destacaba en su cima. *Terreno prohibido*, pensó. *Ja, ya veo que está demasiado lejos. No creo que la Barrera me permita llegar hasta allí. Una pena hacer el esfuerzo. Mejor seguiré río arriba. Por ahí todavía no he ido nunca*.

Kelpa relinchó, sacudió la cabeza, empezó a zarandearse inquieta. No se dejaba dar la vuelta, y en vez de ello se arrancó con fuerza en dirección a la colina. Ciri se había quedado tan sorprendida que tardó en reaccionar y al principio no impidió la carrera de la yegua. Sólo unos momentos más tarde le gritó y tiró de las riendas. La consecuencia fue que Kelpa se puso de manos, después coceó, sacudió la grupa y luego siguió galopando. Siempre en la misma dirección.

Ciri no era capaz de frenarla, no lograba hacerse con la yegua. Estaba muda de asombro. Pero conocía de sobra a Kelpa. Tenía sus vicios, pero no hasta esos extremos. Esa forma de comportarse tenía que significar algo.

Kelpa redujo la velocidad, se puso al trote. Iba derecha hacia la colina rematada por el cromlech.

Una legua, más o menos, pensó Ciri. *De un momento a otro, empezará a actuar la Barrera*.

La yegua irrumpió en el círculo de piedra, formado por una serie de monolitos medio caídos y cubiertos de musgo, muy próximos entre sí, que surgían entre las zarzas, y de repente se quedó clavada en el sitio. No movió un músculo, excepto las orejas, que estiró para oír mejor.

Ciri intentó que se diera la vuelta. Después trató de que se moviera. En vano. De no haber sido por las venas palpitantes del cuello caliente, habría jurado que estaba sentada encima de una estatua, y no de un caballo. De pronto, sintió algo en los hombros. Algo agudo, algo que le atravesó la ropa y la pinchó, haciéndole daño. No le dio tiempo a volverse. Saliendo de detrás de las piedras, sin hacer el menor ruido, un unicornio de pelaje rojo, con un movimiento preciso, le hincó el cuerno en la axila. Con fuerza. A fondo. Notó un hilo de sangre corriéndole por el costado.

Por el lado opuesto apareció otro unicornio. Era completamente blanco, desde la punta de las orejas hasta el final de la cola. Salvo los ollares, que los tenía rosados, y los ojos, que eran negros.

El unicornio blanco se acercó. Despacio, muy despacio, le puso la cabeza en el regazo. Ciri estaba tan excitada que soltó un gemido.

Me he hecho mayor, retumbó dentro de su cabeza. *Me he hecho mayor, Ojo de Estrella. Entonces, en el desierto, no sabía cómo comportarme. Ahora sí que lo sé.*

—¿Caballito? —Y volvió a gemir, casi colgada de los dos cuernos que la estaban pinchando.

Me llamo Ihuarraquax. ¿Te acuerdas de mí, Ojo de Estrella? ¿Te acuerdas de cómo me curaste? ¿De cómo me salvaste?

Retrocedió y se dio la vuelta. Ciri observó la huella de una cicatriz en la pata del animal. Acabó de reconocerlo. Se acordó de él.

—¡Caballito! ¡Eres tú! Pero si tenías un pelaje distinto…

Me he hecho mayor.

De pronto, todo era confusión en su cabeza, susurros, voces, gritos, relinchos. Retiraron los cuernos. Ella se dio cuenta de que el otro unicornio, el que tenía a sus espaldas, era de pelaje azulejo rodado.

Los más viejos están aprendiendo de ti, Ojo de Estrella. Por mediación mía, están aprendiendo de ti. Un poco más, y serán capaces de hablar por sí mismos. Pronto podrán decirte qué esperan de ti.

La cacofonía en la cabeza de Ciri estalló en un alboroto indescriptible. Pero no tardó en aplacarse, y empezó a fluir como una corriente de pensamientos claros y comprensibles.

Queremos ayudarte a escapar, Ojo de Estrella.

No decía nada, pero el corazón le latía con fuerza.

¿Qué hay de la loca alegría? ¿Qué de la gratitud?

—¿Y a qué se debe —preguntó en tono agresivo— ese deseo repentino de ayudarme? ¿Tanto me queréis?

No es que te queramos. Pero éste no es tu mundo. Éste no es lugar para ti. Aquí no te puedes quedar. No queremos que te quedes aquí.

Ciri apretó los dientes. Aunque la perspectiva le parecía excitante, negó con la

cabeza. Caballito —Ihuarraquax— estiró las orejas, escarbó en la tierra con los cascos y la miró de reojo con uno de sus ojos negros. El unicornio rojo hizo temblar el suelo de una patada, y blandió el cuerno en un gesto amenazante. Bufó con furia, y Ciri finalmente lo entendió.

No te fías de nosotros.

—No me fío —admitió de buena gana—. Aquí cada cual juega a su juego, y el caso es pillarme desprevenida para poderme utilizar. ¿Por qué iba a fiarme precisamente de vosotros? Está claro que no os lleváis bien con los elfos, tuve ocasión de verlo allá en la estepa, estuvisteis a punto de combatir. Puedo aceptar tranquilamente que queráis serviros de mí para fastidiar a los elfos. A mí tampoco me caen nada bien, al fin y al cabo, me tienen aquí prisionera y me obligan a hacer algo que yo no quiero en absoluto. Pero no consiento que os aprovechéis de mí.

El unicornio rojo sacudió la cabeza y volvió a realizar un movimiento inquietante con el cuerno. El azulejo relinchó. A Ciri le empezó a resonar la cabeza como si estuviera dentro de un pozo, y la idea que captó no le hizo ninguna gracia.

—¡Ajá! —gritó—. ¡Sois igualitos que ellos! ¿O sumisión y obediencia o muerte? ¡No tengo miedo! ¡Pero no permitiré que nadie se aproveche de mí!

Volvió a sentir en la cabeza caos y confusión. Duró un rato, hasta que del caos emergió un pensamiento legible.

Está muy bien, Ojo de Estrella, que no te guste que se aprovechen de ti. Precisamente ésa es nuestra idea. Lo que queremos, ni más ni menos, es garantizarte eso. A ti y a nosotros mismos. Y al mundo entero. A todos los mundos.

—No lo he entendido.

Eres un arma peligrosa, una amenaza. No podemos permitir que esa arma caiga en manos del rey de los Alisos, del Zorro y del Gavilán.

—¿De quiénes? —dijo atropelladamente—. Ay…

El rey de los Alisos ya es un anciano. Pero el Zorro y el Gavilán no pueden hacerse con el dominio de Ard Gaeth, la Puerta de los Mundos. Una vez ya lo consiguieron. Y otra vez lo perdieron. Ahora lo único que pueden hacer es errar, vagar por los mundos lentamente, como fantasmas impotentes. El Zorro ha llegado hasta Tir ná Béa Arainne, el Gavilán y sus jinetes hasta la Espiral. Más lejos no pueden ir, les fallan las fuerzas. Por eso sueñan con Ard Gaeth y con el poder. Te mostraremos de qué manera ya utilizaron en una ocasión ese poder. Te lo mostraremos, Ojo de Estrella, cuando salgas de aquí.

—No puedo salir de aquí. Soy víctima de un encanto. La Barrera. Geas Garadh…

A ti nadie te puede aprisionar. Eres la Señora de los Mundos.

—Qué va. No tengo ningún talento especial, no tengo dominio sobre nada. Y renuncié a mis poderes hace un año, allá en el desierto. Caballito es testigo.

En el desierto renunciaste a la superchería. Pero no es posible renunciar a los poderes que se llevan en la sangre. Los sigues teniendo. Te enseñaremos a sacarles provecho.

—¿Y no será, por casualidad —gritó—, que ese poder, ese dominio sobre los mundos, que por lo visto poseo, me los queréis arrebatar?

No es así. Nosotros no tenemos por qué conquistar ese poder. Porque ya lo tenemos desde siempre.

Confía en ellos, le pidió Ihuarraquax. *Confía, Ojo de Estrella.*

—Con una condición.

Los unicornios alzaron bruscamente la cabeza, abrieron los ollares y —podría jurarse— lanzaron chispas de los ojos. *No les gusta*, pensó Ciri, *que les pongan condiciones, no quieren ni oír esta palabra. Pestes, no sé si hago bien… Ojalá que esto no acabe en tragedia…*

Te escuchamos. ¿Cuál es tu condición?

—Ihuarraquax vendrá conmigo.

A la caída de la tarde el cielo se cubrió, el ambiente se volvió sofocante y una neblina espesa y pegajosa se fue extendiendo desde el río. Y, cuando la oscuridad cayó sobre Tir ná Lia, la tormenta se anunció a lo lejos con un sordo murmullo, y enseguida el resplandor de un relámpago iluminó el horizonte.

Ciri ya estaba preparada hacía rato. Llevaba puesto un traje negro, con la espada colgada al hombro, y aguardaba el crepúsculo tan nerviosa e impaciente que se subía por las paredes.

Atravesó en silencio el vestíbulo desierto, deslizándose a lo largo de la columnata y salió a la terraza. El río Easnadh brillaba como la brea en la oscuridad, los sauces susurraban. Un trueno lejano rodó por el cielo.

Ciri fue a las caballerizas a por Kelpa. La yegua sabía lo que tenía que hacer. Trotó obediente hacia el Puente de Porfirio. Durante unos segundos, Ciri la siguió con la mirada, después dirigió la vista hacia la terraza junto a la cual estaban amarradas las embarcaciones.

No puedo, pensó. *Me mostraré ante él por última vez. ¿Y si con esto consigo retrasar la persecución? Es arriesgado, pero es el único modo.*

Al principio, creyó que él no estaba allí, que los aposentos reales estaban vacíos. El silencio y la quietud eran absolutos.

Al cabo de unos instantes, lo vio. Estaba en un rincón, sentado en un sofá, con una camisa blanca que dejaba al descubierto sus estrechos hombros. El tejido era tan delicado que se ceñía al cuerpo como si estuviera mojado.

La cara y las manos del rey de los Alisos eran casi tan blancas como la camisa. Levantó los ojos hacia ella: aquéllos eran unos ojos vacíos.

—¿Shiadhal? —susurró—. Menos mal que estás aquí. ¿Sabes?, decían que

habías muerto.

Abrió la mano y algo cayó a la alfombra. Era el frasquito de nefrita, verde grisáceo.

—Lara. —El rey de los Alisos sacudió la cabeza y se llevó la mano al cuello; parecía como si su torc'h real de oro le estuviera ahogando—. Caemm a me, luned. Acércate, hija mía. Caemm a me, elaine.

Su aliento olía a muerte.

—Elaine blath, feainne wedd… —canturreó—. Mire, luned, se te ha enredado la cinta… Permíteme…

Quiso levantar la mano, pero no lo consiguió. Suspiró hondo, alzó la mano bruscamente, la miró a los ojos. En esta ocasión, sí estaban vivos.

—Zireael —dijo—. Loc'hlaith. En verdad, eres el destino, Dama del Lago. También el mío, como puede verse.

Poco después, prosiguió:

—Va'esse deireadh aep eigean… —Ciri comprobó horrorizada que sus palabras y sus movimientos empezaban a ralentizarse de una forma espantosa—. Pero —añadió con un suspiro— lo bueno es que, de todas formas, también hay algo que comienza.

A través de la ventana les llegó un trueno larguísimo. La tormenta aún estaba lejos. Pero se acercaba muy rápido.

—A pesar de todo —volvió a hablar el rey—, no tengo ninguna gana de morir, Zireael. Y me resulta terriblemente penoso que tenga que ocurrir. Quién lo habría dicho. Creía que no lo iba a lamentar. He vivido mucho, lo he conocido todo. Me he aburrido de todo… Y, sin embargo, ahora siento pesar. Y, ¿quieres saber otra cosa más? Inclínate. Te lo diré al oído. Que sea nuestro secreto.

Ciri se inclinó.

—Tengo miedo —susurró Auberon.

—Lo sé.

—¿Estás a mi lado?

—Sí.

—Va faill, luned.

—Adiós, rey de los Alisos.

Estuvo sentada a su lado, sin soltarle la mano, hasta que su leve respiración se acalló y cesó por completo. No se enjugó las lágrimas. Las dejó fluir.

La tormenta se acercaba. Los relámpagos incendiaban el horizonte.

Bajó a la carrera las escaleras de mármol, hasta llegar a una terraza con columnas, al lado de la cual se mecían las barcas. Desamarró una de ellas, situada en un extremo, en la que ya se había fijado esa tarde.

Se alejó del embarcadero impulsándose con una pértiga de caoba que se

había preparado a toda prisa con la barra de unas cortinas. Y es que no estaba segura de que la barca fuera a obedecerla igual que había obedecido a Avallac'h.

La barca se deslizaba sobre las aguas sin el menor ruido. Tir ná Lia estaba oscura y en silencio. Sólo las estatuas de las terrazas la acompañaban con su mirada muerta. Ciri iba contando los puentes.

El cielo sobre el bosque se iluminó con el resplandor de un relámpago. Al cabo de unos segundos retumbó un trueno prolongado.

El tercer puente.

Algo cruzó por el puente, silencioso, ágil, como una enorme rata negra. La barca se tambaleó cuando saltó sobre la proa. Ciri soltó la pértiga y desenvainó la espada.

—Veo que, pese a todo —susurró Eredin Bréacc Glas—, quieres privarnos de tu compañía…

También empuñaba una espada. A la luz fugaz de un rayo, Ciri fue capaz de ver el arma. La hoja era de un solo filo, ligeramente curva, con el borde bruñido y uniformemente afilado; el puño era alargado, el guardamanos consistía en una pieza redonda y calada. Desde el principio quedó claro que el elfo sabía utilizar la espada. De forma inesperada, hizo oscilar la barca, pisando con fuerza en la borda. Ciri se balanceó con destreza, equilibró el peso de la barca con una vigorosa inclinación del cuerpo, y casi de inmediato trató de devolver la jugada, saltando sobre la borda con ambas piernas. El elfo vaciló, pero logró mantener el equilibrio. Y se lanzó a por ella con la espada. Ciri paró el golpe, cubriéndose instintivamente, pues apenas veía nada. Replicó con un tajo veloz por abajo. Eredin lo detuvo, atacó, Ciri devolvió el golpe. De las hojas saltaban haces de chispas como si fueran chisqueros.

Una vez más Eredin zarandeó la barca con fuerza, a punto estuvo de volcarla. Ciri ejecutó una danza, con los brazos extendidos para equilibrarse. Retrocedió hasta la popa y bajó la espada.

—¿Dónde has aprendido todo eso, Golondrina?

—Te sorprenderías.

—Lo dudo. Eso de que navegando por el río se puede sortear la Barrera, ¿lo has descubierto tú sola o quizá te lo ha revelado algún traidor?

—No tiene importancia.

—Sí la tiene. Y lo averiguaremos. Tenemos nuestros métodos. Pero ahora suelta el arma y regresemos.

—Que te lo has creído.

—Regresemos, Zireael. Auberon te está esperando. Esta noche, te lo aseguro, estará en plena forma y lleno de vigor.

—Que te lo has creído —repitió—. Se le ha ido la mano con ese remedio vigorizante. Ése que tú le diste. ¿No será que no era un vigorizante?

—¿De qué estás hablando?

—Ha muerto.

Sufrió una fuerte conmoción por la sorpresa. De repente se arrojó sobre ella, haciendo que la barca se tambaleara. Mientras hacían equilibrios, intercambiaron algunos tajos rabiosos, las aguas se llevaban los ruidosos chasquidos del acero. Un rayo iluminó la noche. Un puente pasaba por encima de sus cabezas. Uno de los últimos puentes de Tir ná Lia. ¿O acaso el último?

—Seguro que comprendes, Golondrina —dijo con voz ronca—, que tan sólo estás aplazando lo inevitable. No puedo permitir que te vayas de aquí.

—¿Por qué no? Auberon ha muerto. Y yo no soy nadie, no tengo la menor importancia. Fuiste tú quien me lo dijo.

—Porque ésa es la verdad. —Alzó la espada—. No significas nada. Eres, si acaso, como la polilla miserable a la que se puede aplastar entre los dedos y reducir a un polvillo brillante, pero que, si se le deja, es capaz de agujerear una tela valiosa. O como un minúsculo grano de pimienta que, si lo masticas por descuido, te puede fastidiar el más fino bocado, obligándote a escupir aquello que habrías deseado paladear. Así eres tú. Nada. Una nada molesta.

Otro relámpago. A su luz Ciri pudo ver lo que quería ver. El elfo tenía la espada levantada y la blandía, apuntando hacia el banco de la embarcación. Contaba con la ventaja de la altura. La próxima acometida la tenía que ganar.

—No deberías haber alzado tu espada contra mí, Zireael. Ahora es demasiado tarde. No te lo pienso perdonar. No te voy a matar, claro que no. Pero unas cuantas semanas en cama, entre vendas, seguro que te sientan muy bien.

—Espera. Antes quiero contarte una cosa. Revelarte un secreto.

—¿Y qué vas a contarme tú a mí? —Soltó una carcajada—. ¿Hay algún secreto que yo no conozca y que tú puedas revelarme? ¿Qué verdad es ésa que me piensas desvelar?

—Ésta: que no cabes bajo el puente.

No tuvo tiempo de reaccionar, se golpeó con la nuca contra el puente y salió disparado hacia delante, perdiendo por completo el equilibrio. Ciri, sencillamente, podía haberlo arrojado por la borda, pero temió que eso no fuera suficiente para que renunciara a la persecución. Además, de forma premeditada o no, había matado al rey de los Alisos. Y tenía que sufrir por eso.

Le hizo un rápido tajo en un muslo, justo por debajo de la cota de malla. El elfo ni siquiera gritó. Saltó por la borda, chapoteó en el río, las aguas se cerraron sobre él. Ciri se volvió, se puso a escudriñar. Tardó mucho en salir a flote. En subirse a rastras a las escaleras de mármol que bajaban hasta el río. Se quedó tendido, inmóvil, chorreando agua y sangre.

—Unas cuantas semanas en cama, entre vendas —musitó—, seguro que te sientan muy bien.

Agarró la pértiga y se impulsó con fuerza; El río Easnadh era cada vez más impetuoso y la barca bajaba más rápido. Pronto dejó atrás las últimas

edificaciones de Tir ná Lia.

Ciri no miraba atrás.

Primero todo se volvió muy oscuro, pues la barca atravesaba un viejo bosque, en medio de árboles cuyas ramas se tocaban por encima de la corriente del río, formando una bóveda. Después clareó: había rebasado el bosque, en ambas riberas se sucedían las galerías de alisos, carrizos y espadañas. En la superficie del río, limpia hasta ese momento, aparecieron montones de maleza, algas flotantes, troncos. Cada vez que el cielo se iluminaba con un relámpago, veía círculos en el agua; cuando bramaba el trueno, oía el chapoteo de peces asustados. Varias veces, no muy lejos de la barca, vio unos ojos grandes y fosforescentes; varias veces la barca tembló al chocar con algo grande y vivo. *Aquí no todo es hermoso, para los menos aptos este mundo es la muerte*, se dijo, recordando las palabras de Eredin.

La corriente se ensanchó considerablemente, desbordando el cauce. Se sucedieron las islas y los brazos del río. Ciri permitió que la barca navegara a la ventura, dejándose llevar por la corriente. Pero empezó a tener miedo. ¿Qué pasaría si se equivocaba y tomaba el brazo incorrecto?

Nada más pensarlo, desde la orilla, entre la maleza, le llegó un relincho de Kelpa y unas intensas señales mentales del unicornio.

—¡Estás ahí, Caballito!

Hay que darse prisa, Ojo de Estrella. Ven conmigo.

—¿A mi mundo?

Primero tengo que enseñarte algo. Es lo que me han ordenado los mayores.

Al principio avanzaron por el bosque, después por la estepa, atravesada por frecuentes barrancos y quebradas. Los relámpagos cruzaban el cielo, los truenos retumbaban. La tormenta se les echaba encima, el viento arreciaba.

El unicornio condujo a Ciri hacia una de las quebradas.

Es aquí.

—¿Qué hay aquí?

Desmonta y observa.

Obedeció. El terreno era irregular, y trastabilló. Se oyó un chasquido y algo rodó a sus pies. Hubo un relámpago, y Ciri ahogó un grito.

Estaba en medio de un mar de huesos.

Se había producido un desprendimiento en la ladera arenosa del barranco, seguramente por la intensidad de los aguaceros. Y había quedado al descubierto lo que allí se ocultaba. Un enterramiento. Una gran fosa común. Una enorme montaña de huesos. Tibias, pelvis, costillas, fémures. Cráneos.

Ciri cogió uno.

Un nuevo relámpago, y Ciri soltó un grito. Había comprendido qué clase de restos había allí.

El cráneo, que exhibía las huellas de un golpe de espada, tenía colmillos en su

dentadura.

Ahora ya lo entiendes, oyó Ciri en su cabeza. *Ahora ya lo sabes. Esto es obra suya. Del rey de los Alisos. Del Zorro. Del Gavilán. Este mundo no era su mundo en absoluto. Pero se convirtió en su mundo. Cuando lo conquistaron. Cuando abrieron Ard Gaeth, engañándonos y aprovechándose de nosotros en aquel tiempo, lo mismo que ahora han intentado engañarte y aprovecharse de ti.*

Ciri estrujó la calavera.

—¡Canallas! —gritó en la noche—. Asesinos.

Un trueno rodó con estruendo por el cielo. Ihuarraquax relinchó con fuerza, en señal de alerta. Ciri comprendió la señal. Montó de un salto y espoleó a Kelpa con un grito, llevándola al galope. Los perseguidores les seguían el rastro.

No es la primera vez que esto ocurre, pensaba, mientras sentía el viento en la cara al galopar. *No es la primera vez. Esta carrera salvaje en la oscuridad, en medio de una noche cuajada de espantos, espectros y aparecidos.*

—¡Adelante, Kelpa!

Un galope furioso, con tal ímpetu que los ojos se cubren de lágrimas. Un rayo parte el cielo por la mitad, y el resplandor permite a Ciri contemplar los alisos que se alzan a ambos lados del camino. Por todas partes, los árboles deformes extienden hacia ella los largos brazos rugosos de sus ramas, abren amenazantes las negras fauces de sus huecos, profieren a su paso maldiciones y amenazas. Los relinchos de Kelpa son cada vez más agudos, galopa tan veloz que sus cascos apenas parecen acariciar el suelo. Ciri se aferra al cuello de la yegua. No sólo para reducir la resistencia del aire, sino también para esquivar las ramas de los alisos, que quieren derribarla de la silla o capturarla al vuelo. Las ramas silban, restallan, azotan, tratan de hacer presa en la ropa o en el pelo. Los retorcidos troncos se agitan, dilatan sus cavidades y braman.

Kelpa relincha de forma salvaje. El unicornio responde a su relincho. Es como una mancha blanca en las tinieblas que va indicando el camino.

¡Deprisa, Ojo de Estrella! ¡Con todas tus fuerzas!

Cada vez hay más alisos y es más difícil esquivar sus ramas. Muy pronto bloquearán el camino…

Un grito a sus espaldas. Es la voz de los perseguidores.

Ihuarraquax relincha. Ciri recibe su señal. Capta el mensaje. Se pega con fuerza al cuello de Kelpa. No necesita darle órdenes. La yegua, presa del pánico, se lanza a una galopada suicida.

Una nueva señal del unicornio, muy nítida esta vez, directa al centro del cerebro. Un consejo o, más bien, una orden.

Salta, Ojo de Estrella. Tienes que saltar. A otro lugar, a otro tiempo.

Ciri no comprende, pero se esfuerza por comprender. Hace todo lo posible

por comprender: se concentra, se concentra tanto que la sangre susurra y palpita en sus oídos…

Un relámpago. Y después, súbitamente, la oscuridad, una oscuridad blanda y negra, completamente negra, sin nada que la ilumine.

Un rumor en los oídos.

Viento en la cara. Un viento fresco. Finas gotas de lluvia. Olor a pino en las fosas nasales. Kelpa se remueve, da un bufido, patea. Tiene el cuello empapado y caliente. Un relámpago. Seguido de un trueno. En el resplandor Ciri ve a Ihuarraquax sacudiendo la frente y el cuerno, y escarbando con fuerza en la tierra con los cascos.

—¿Caballito?

Aquí estoy, Ojo de Estrella.

El cielo está cuajado de estrellas. Lleno de constelaciones. El Dragón. La Dama de Invierno. Los Siete Cabritillos. La Jarra.

Y casi en lo alto del horizonte, el Ojo.

—Lo hemos conseguido —dijo con un suspiro—. Lo hemos conseguido, Caballito. ¡Éste es mi mundo!

La señal del animal fue tan clara que Ciri lo entendió todo a la primera.

No, Ojo de Estrella. Hemos escapado de aquel mundo. Pero éste aún no es el lugar, ni es éste el tiempo. Todavía tenemos mucho por delante.

—No me dejes sola.

No te dejaré. Estoy en deuda contigo. Tengo que pagártela. Hasta el final.

Siguiendo al viento que comienza a arreciar, el cielo empieza a oscurecerse desde poniente, las olas de nubes que se acercan van borrando poco a poco las constelaciones. Se apaga el Dragón, se apaga la Dama del Invierno, se apagan los Siete Cabritillos. Desaparece el Ojo, la constelación que más brilla y durante más tiempo.

La cúpula del cielo brilló a lo largo del horizonte con la breve claridad de un relámpago. Se le unió un trueno con un sordo estampido. El vendaval se acrecentó violentamente, lanzando a los ojos polvo y hojas secas.

El unicornio relinchó, envió una señal mental.

No hay tiempo que perder. Tenemos que escapar a toda prisa: es nuestra única esperanza. Escapar al lugar apropiado, al tiempo apropiado. Deprisa, Ojo de Estrella.

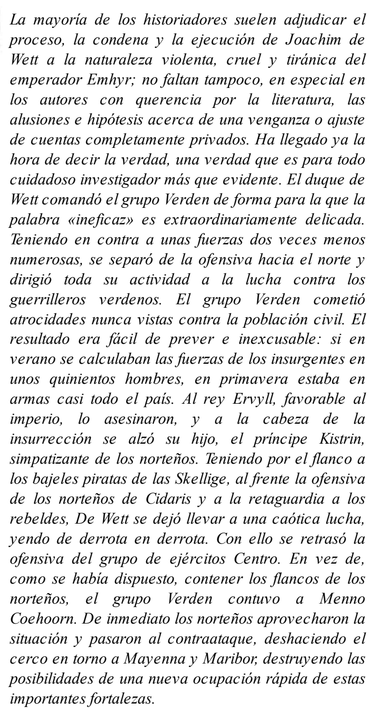
Soy la Señora de los Mundos. Soy de la Antigua Sangre. Soy de la sangre de Lara Dorren, la hija de Shiadhal.

Ihuarraquax relinchó, apremiándola. Kelpa la secundó con un largo resoplido. Ciri se puso los guantes.

—Estoy lista —dijo.

Un rumor en los oídos. Un resplandor, la claridad. Y después la oscuridad.

Capítulo sexto



La mayoría de los historiadores suelen adjudicar el proceso, la condena y la ejecución de Joachim de Wett a la naturaleza violenta, cruel y tiránica del emperador Emhyr; no faltan tampoco, en especial en los autores con querencia por la literatura, las alusiones e hipótesis acerca de una venganza o ajuste de cuentas completamente privados. Ha llegado ya la hora de decir la verdad, una verdad que es para todo cuidadoso investigador más que evidente. El duque de Wett comandó el grupo Verden de forma para la que la palabra «ineficaz» es extraordinariamente delicada. Teniendo en contra a unas fuerzas dos veces menos numerosas, se separó de la ofensiva hacia el norte y dirigió toda su actividad a la lucha contra los guerrilleros verdenos. El grupo Verden cometió atrocidades nunca vistas contra la población civil. El resultado era fácil de prever e inexcusable: si en verano se calculaban las fuerzas de los insurgentes en unos quinientos hombres, en primavera estaba en armas casi todo el país. Al rey Ervyll, favorable al imperio, lo asesinaron, y a la cabeza de la insurrección se alzó su hijo, el príncipe Kistrin, simpatizante de los norteños. Teniendo por el flanco a los bajeles piratas de las Skellige, al frente la ofensiva de los norteños de Cidaris y a la retaguardia a los rebeldes, De Wett se dejó llevar a una caótica lucha, yendo de derrota en derrota. Con ello se retrasó la ofensiva del grupo de ejércitos Centro. En vez de, como se había dispuesto, contener los flancos de los norteños, el grupo Verden contuvo a Menno Coehoorn. De inmediato los norteños aprovecharon la situación y pasaron al contraataque, deshaciendo el cerco en torno a Mayenna y Maribor, destruyendo las posibilidades de una nueva ocupación rápida de estas importantes fortalezas.

La ineficacia y la estupidez de De Wett tuvieron también una importancia psicológica. Se esfumó el

mito del invencible Nilfgaard. A los ejércitos de los norteños comenzaron a acudir cientos de voluntarios...

Restif de Montholon, Guerras norteñas: mitos, mentiras, medias verdades.

*****

Jarre, de más está decirlo, se sentía muy decepcionado. La educación recibida en el santuario y su propio carácter extrovertido habían propiciado que creyera en la gente, en su bondad, amabilidad y desinterés. De aquella fe no le había quedado gran cosa. Había dormido ya dos noches a la intemperie sobre los restos de los almiares, y ahora resultaba que iba a pasar aquella tercera noche de la misma manera. En cualquier aldea en la que había solicitado albergue o un mendrugo de pan, desde detrás de los portones cerrados a cal y canto sólo recibía como respuesta un profundo silencio o insultos y amenazas. Tampoco le ayudaba nada cuando decía quién era, hacia dónde iba y con qué fin viajaba.

Mucho, mucho le había decepcionado la gente.

Anocheció muy pronto. El muchacho caminaba ágil y gallardamente por un sendero a través de los campos. Buscaba con la vista algún pajar, resignado y abatido ante la perspectiva de tener que pernoctar una noche más al raso. A decir verdad, marzo estaba siendo inusitadamente cálido, pero por la noche hacía frío de verdad. Y de verdad daba miedo.

Jarre miró hacia el cielo, sobre el cual, como cada noche desde hacía casi una semana, se veía la cabeza dorada y roja de un cometa que recorría el firmamento desde poniente hacia oriente, arrastrando tras de sí una centelleante cola de fuego. Reflexionó acerca de lo que verdaderamente podía presagiar aquel fenómeno, un fenómeno mencionado en tantas profecías.

Reinició la marcha. Se hacía cada vez más oscuro. El sendero descendía hacia una hilera de densos matorrales, que debido a las penumbras del ocaso se transformaban en terroríficas figuras. Desde la parte inferior, allí donde reinaba más la oscuridad, soplaba el olor frío y repugnante de los hierbajos en estado de putrefacción e, incluso, de algo más. De algo muy malo.

Jarre se detuvo. Intentó convencerse a sí mismo de que lo que le estaba trepando por la espalda y los brazos no era miedo, sino hambre. Sin resultado. Un bajo puentecillo unía las orillas de un canal, negro y brillante como el alquitrán recién vertido, de orillas cubiertas por mimbreras y deformes sauces cenicientos. En aquellos lugares donde se habían desprendido y desaparecido los maderos, el puentecillo estaba roto con boquetes longitudinales, la barandilla estaba partida, sus balaústres, sumergidos en el agua. Pasado el puentecillo los sauces crecían

con mayor densidad. A pesar de que aún faltaba mucho para que se hiciera realmente de noche, a pesar de que en los lejanos prados al otro lado del canal brillaban aún las puntitas de la hierba con hilachas de niebla colgadas, la oscuridad reinaba entre los sauces. A través de las tinieblas Jarre vislumbró borrosas las ruinas de un edificio, seguramente de un molino, una esclusa o un cobertizo de anguileras.

Tengo que atravesar este puente, pensó el joven. *¡Es difícil! ¡Inútil! Y a pesar de que siento en los huesos que ahí, en ese endemoniado lugar, acecha algo malo, tengo que pasar al otro lado del canal. Tengo que cruzar este canal, como hiciera aquel mítico caudillo, ¿o era un héroe?, sobre el cual leí en los desgastados manuscritos del santuario de Melitele. Cruzaré el canal y entonces… ¿Cómo era aquello? ¿Se repartirán las cartas? No, ¡se echarán los dados! Tras de mí queda el pasado, ante mí se abre el futuro…*

Atravesó el puentecillo y desde aquel mismo lugar cayó en la cuenta de que su presentimiento no le había fallado. Antes de haberlos visto. Y oído.

—¿Y qué? —exclamó soltando un escupitajo uno de los que le estaban cortando el paso—. ¿No lo decía yo? Os lo dije: aguardad un poquejo que alguno parece…

—Verdá de la güena, Okultich —afirmó ceceando levemente otro de los tipos que estaban armados con gruesos garrotes—. Ni que pa nombrarte adivino o mago. ¡Bueno, viajero querido que a solateras andas! ¿Darás lo que tengas por las güenas, o no nos libraremos de un revoltijón?

—¡Yo no tengo nada! —chilló Jarre con toda la fuerza de sus pulmones, aunque sin muchas esperanzas de que alguien le oyera o acudiera en su ayuda—. ¡Soy un pobre viajero! ¡No llevo ni una moneda encima! ¿Qué tengo que os pueda entregar? ¿Este palo? ¿La ropa?

—¡También! —dijo el que ceceaba, y en su voz había algo que provocó que Jarre se estremeciera—. Porque has de saber, pobre viajero, que a decir verdá estamos nosotros aquí llevados de la misma necesidad, esperando que arguna moza parezca. Mas la noche está ya al caer, aquí no va a pasar nadie, y a falta de pan, ¡buenas son tortas! ¡Agarrailo, muchachos!

—¡Tengo un cuchillo! —gritó Jarre—. ¡Os lo advierto!

Efectivamente, tenía un cuchillo. Lo había hurtado en la cocina del santuario, durante su huida del día anterior, y lo llevaba guardado en el hatillo. Pero no lo sacó. Le paralizaba y le asustaba saber de antemano que un gesto así sería totalmente absurdo, pues nadie le iba a socorrer.

—¡Tengo un cuchillo!

—¡Vaya, vaya! —se burló el que ceceaba aproximándose—. Tiene un cuchillo. ¡Quién lo hubiera pensado!

Jarre no podía huir. El miedo hizo que sus piernas se convirtieran en dos estacas clavadas al suelo. La adrenalina le tenía amarrado por el cuello como un

lazo corredizo.

—¡Pero bueno! —exclamó de repente un tercer tipejo con una voz joven y extrañamente familiar—. ¡Yo pienso que lo conozco! ¡Sí, sí, lo conozco! ¡Dejailo, os digo! ¡Pero si es un conocido mío! ¿Jarre? ¿Me reconoces? ¡Soy Melfi! Venga, ¿Jarre? ¿Me conoces?

—Te… te conoz… co… —Jarre luchaba con todas sus fuerzas contra una terrible y poderosísima sensación, desconocida por él hasta aquel preciso momento. Sólo cuando sintió un dolor en las caderas, producido por el fuerte golpe que se dio contra las tablas del puente, comprendió qué era aquello que estaba sintiendo: la sensación de perder el conocimiento.

—¡Vaya una sorpresa! —repetía Melfi—. ¡Pero si es que vamos de coincidencia en coincidencia! ¡Mira tú por dónde, hemos topado con un paisano! ¡Un vecino de Ellander! ¡Un amigo! ¿Qué, Jarre?

Jarre se tragó de un bocado un pedazo de tocino duro y dúctil con el que le había agasajado aquel extraño grupo, y ahora le hincaba el diente a un nabo asado al fuego. No respondió. Únicamente movía la cabeza en derredor hacia aquellas seis personas, sentadas en torno a la hoguera.

—¿Qué rumbo llevas, Jarre?

—A Wyzima.

—¡Ja! ¡Y a Wyzima nosotros también! ¡Si es que vamos de coincidencia en coincidencia! ¿Qué? Milton. ¿Te acuerdas de Milton, Jarre?

Jarre no le recordaba. No estaba ni siquiera seguro de haberle visto nunca. Además, Melfi también estaba exagerando un poco calificándole de amigo. Era hijo del tonelero de Ellander. Cuando asistían juntos al seminario menor del santuario, Melfi tenía la costumbre de golpear regularmente y con saña a Jarre, y de llamarle bastardo sin padre ni madre, engendrado entre ortigas. Eso duró alrededor de un año, transcurrido el cual el tonelero sacó a su hijo de la escuela, confirmándose de esta manera que su retoño para lo único que valía era para las barricas. Así era Melfi: en vez de consagrar el sudor de su frente a conocer los arcanos de la lectura y la escritura, se dedicó a sudar la gota gorda en el taller de su padre lijando duelas. Y cuando Jarre finalizó sus estudios y por una recomendación del santuario fue nombrado escribiente auxiliar en un juzgado de paz, el tonelero —un calco de su padre— le hacía reverencias doblándose hasta la cintura, le obsequiaba con presentes y le declaraba su amistad.

—… Vamos a Wyzima —continuó relatando Melfi—. Al ejército. Tos nosotros, como un solo hombre, a alistarnos. Ésos de ahí son Milton y Ograbek, hijos de siervo, sacaos por leva, porque sabes que…

—Lo sé. —Jarre echó una mirada a los hijos de agricultor, de pelo claro, parecidos como si fueran hermanos, y que estaban masticando algún tipo de

alimento asado a la brasa imposible de definir—. Uno de cada diez, la leva campesina. ¿Y tú, Melfi?

—Pos conmigo —suspiró el tonelero—, fíjate, pasó esto: a la vez primera, cuando los gremios hubieron que tributar reclutas, padre me libró de tener que sacar la bola. Pero vino la desgracia: en segundas hubo que echar la suerte, porque así lo había acordao la ciudad… Pues sabes que…

—Lo sé —asintió de nuevo Jarre—. El sorteo para completar la leva lo decretó el consejo de la ciudad de Ellander, mediante edicto con fecha de 16 de enero. Se trataba de algo inevitable frente a la amenaza de Nilfgaard…

—¡Pero mirailo, Lucio, cómo parlotea! —se entrometió gruñendo un tipo rechoncho y rapado al cero que se llamaba Okultich, y que no hacía mucho había sido el primero que le gritó en el puente—. ¡El señorito! ¡Un sabijondo!

—¡Sabijooondo! —acompañó a coro otro alargando la palabra, un jornalero enorme con una sonrisa algo tonta, eternamente pegada a su redonda bocaza—. El señorito de Sabijondez.

—Calla el morro, Klaproth —ceceó despacio el que se llamaba Lucio, el más viejo de la cuadrilla, talludo, de mostacho caído y con la nuca afeitada—. Si es sabijondo más vale escucharlo cuando platique. Provecho puede haber de ello. Ciencia. Y la ciencia no hizo menoscabo a nadie. Bueno, casi nunca. Y a casi nadie.

—Lo que es verdá, verdá es —anunció Melfi—. Él, es decir Jarre, endeluego que no es tonto: es leído y escribido… ¡Un letrado! Pero si en Ellander las veces hace de escribiente del tribunal y en el santuario de Melitele tenía a su cuidado toda una sarta de libros…

—Así pues, por curiosidad —interrumpió Lucio clavando su mirada en Jarre a través del humo y las chispas—, ¿qué hace un novicio-chupatintas-librero-de-mierda como tú camino a Wyzima?

—Como vosotros —dijo el joven—, me voy al ejército.

—¿Y qué es…? —Los ojos de Lucio relucían, reflejando un brillo como los de un verdadero pez bajo la luz de una tea en la proa de un bote—. ¿Qué es lo que en el ejército anda buscando este docto novicio chupatintas? Porque, ¿no vas obligao a la recruta? ¿Eh? Y hasta el más tonto sabe que los santuarios exentos están de la leva. No tienen la obligación de aportar reclutas. Y hasta el más tonto sabe que cada juzgado sabe librar del servicio y reclamar para sí a su escribiente. ¿De qué se trata, pues, señor funcionario?

—Voy a alistarme como voluntario —declaró Jarre—. Me meto en esto yo solo, por voluntad propia, no por la recluta. En parte por motivos personales, pero principalmente por un sentimiento de deber patriótico.

El grupo estalló en una estruendosa, tronadora y polifónica carcajada.

—Habed cuidado, mozos —habló por fin Lucio—, cuántas contradicciones a veces en las personas hay. Dos naturalezas. Aquí habéis a un jovenzuelo, podría

pensarse, instruido y versado, y por añadidura, de seguro que no sea tonto de nacimiento. Saber debieras qué es lo que de verdad en una guerra ocurre: alguien ataca a otro y al cabo lo mata. Y éste, como vosotros mismos habéis oído, sin exigencia alguna, por propia voluntad, por causa paterótica quiere unirse al bando que va perdiendo.

Nadie comentó nada. Jarre tampoco.

—Esa obligación paterótica —siguió hablando Lucio—, de norma sólo propia de los enfermos mentales, puede que en fin sea adecuada para los educados en santuarios y tribunales. Mas aquí plática hubo de ciertos motivos personales. De sumo curioso ando por saber cuáles sean esos motivos personales.

—Son tan personales —le cortó Jarre— que no voy a hablar de ellos. Cuanto más que a vuesa merced tampoco os apremia hablar de vuestros propios motivos.

—Presta mucha atención a lo que te vaya a decir —dijo tras un momento de silencio Lucio—, si algún paleto me hubiera hablado así, le hubiera partido al punto la boca. Ya, pero si es un docto escribiente… A ése le perdono… Por esta vez. Y te respondo: yo también voy al ejército. Y también como voluntario.

—¿Cuán enfermo de la cabeza debe estar alguien como para unirse a los perdedores? —El propio Jarre se extrañó de dónde le había venido de repente tanta osadía—. ¿Desvalijando por el camino a los viajeros en los puentes?

—Él —prorrumpió entre carcajadas Melfi, adelantándose a Lucio— anda tol rato picao con nosotros por la celada del puentecillo. Va, Jarre, perdona, ¡pero si andábamos de guasa! ¡Una broma inocente! ¿Verdá, Lucio?

—Cierto. —Lucio bostezó y chasqueó con los dientes tan fuerte que incluso hubo eco—. Una broma inocente. Triste y sombría es la vida, lo mesmo que un becerro que llevan al matadero. Por eso sólo con bromas o estando de algazara puede uno alegrársela. ¿No opinas lo mismo, chupatintas?

—Sí. En principio.

—Eso está bien. —Lucio no apartaba de él sus brillantes ojos—, porque si no, menuda compaña pal viaje serías, y más te valdría entonces viajar solo hasta Wyzima. Y desde ya mismo.

Jarre calló. Lucio se estiró.

—Dije lo que tenía que decir. Así pues, muchachos, lo dejamos por hoy. Bromas hemos gastado, nos hemos solazado y hora es de reposar. Si al atardecer hemos de estar en Wyzima, habrá que ponerse en marcha en cuanto salga el solecito.

La noche era muy fría. A pesar del cansancio Jarre no podía conciliar el sueño, envuelto como un ovillo bajo su capa, con las rodillas casi rozándole la barbilla. Cuando por fin se quedó dormido, durmió mal, porque le acometían sueños que

le desvelaban sin cesar. No se acordaba de la gran mayoría, salvo de dos. En el primer sueño, un brujo que conocía, Geralt de Rivia, se encontraba bajo unos largos carámbanos que pendían de una roca, inmóvil, cubierto y sepultado muy deprisa por una fuerte ventisca de nieve. En el otro sueño aparecía Ciri sobre un caballo negro, agarrada a las crines galopaba por una avenida de deformes alisos que intentaban capturarla con sus retorcidas ramas.

¡Ah! Y justo antes del amanecer soñó con Triss Merigold. Después de su estancia en el santuario del año anterior, el chico había soñado varias veces con la hechicera. Aquellos sueños excitaban tanto a Jarre que acababa haciendo cosas por las cuales luego sentía mucha vergüenza.

Ahora, como es obvio, no le ocurrió nada vergonzoso. Como era normal para aquellas fechas, hacía demasiado frío.

Muy de mañana, de hecho casi no había salido el sol, los siete se pusieron en camino. Milton y Ograbek, los hijos de siervo de la leva campesina, añadían una nota de ánimo con una canción militar:

¡Adelante, valeroso guerrero!
Tu armadura retumbe como el trueno.
Huye, doncella, que besarte quiero.
¿Quién me lo impide? ¡Dame ese beso!
Que con mi vida la patria defiendo.

Lucio, Okultich, Klaproth y el tonelero que se había unido a ellos, Melfi, se contaban chistes y anécdotas, en su opinión extremadamente divertidos.

—… Y pregunta el nilfgaardiano: ¿qué es esto que tanto apesta? Y va el elfo y le dice: mierda. ¡Jaaa, ja, jaa, ja!

—¡Je, je, je, jeeeee!

—¡Ja, ja, ja, ja! ¿Y sabéis este otro? Van un nilfgaardiano, un elfo y un enano. Miran y pasa un ratón volando…

Cuanto más avanzaba el día, más viajeros se iban encontrando por el camino, carretas de campesinos, carruajes de alguaciles, pelotones del ejército que marchaban. Algunos carromatos estaban cargados de mercancías, tras éstos caminaba la banda de Lucio con la nariz prácticamente pegada al suelo, como un perro perdiguero, recogiendo cualquier cosa que se cayera: una zanahoria por aquí, una patatita por allá, un nabo, a veces incluso alguna cebolla. Parte del botín la guardaban con vistas a los momentos de penuria, la otra parte la devoraban con avidez, sin cesar de contar chistes.

—… Y el nilfgaardiano: ¡prrrrrrú! ¡Y se cagó hasta las orejas! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

—¡Jaa, jaaa, jaa! Oh, dioses, no aguanto más… Se cagó… ¡Jaaaa, jaaa, ja!

—¡Je, jeeee, jeee!

Jarre estaba esperando cualquier ocasión o pretexto para separarse de ellos. No le gustaba Lucio ni le gustaba Okultich. Tampoco le gustaban las miradas que Lucio y Okultich echaban a los carromatos de los mercaderes que pasaban, a las carretas de los campesinos y a las mujeres y muchachas que iban sentadas sobre los carros. No le gustaba el tono burlón de Lucio cuando, sin venir a cuento, se ponía a hablar del para qué de su intención de alistarse como voluntario, en un momento en el que la derrota y la aniquilación total eran prácticamente seguras y evidentes.

Olía a tierra recién arada. A humo. En el valle, entre los regulares campos ajedrezados, las arboledas y los estanques que brillaban como espejitos, divisaron los tejados de unas casas. Hasta sus oídos llegaba a veces el lejano ladrido de algún perro, el mugido de un buey o el canto de un gallo.

—Se ve que ricas son estas aldeas —dijo Lucio ceceando y relamiéndose los labios—. Pequeñas, pero compuestas con primor.

—Aquí, en este valle —se apresuró a aclarar Okultich— viven y labran la tierra los medianos. En sus aldeas to es airoso y bien compuesto. Un pueblo hacendoso, de mujeres chicas.

—Putos no humanos —gargajeó Klaproth—. ¡No más que kobolds todos! Éstos aquí viviendo de perlas, y la gente de verdad pasando necesidad y miseria por su culpa. A éstos la guerra ni les aflige.

—Por el momento… —Lucio estiró la boca con una desagradable sonrisa—. Acordarsus, muchachos, de esta aldegüela. Esa linde entre abedules cabe el mismo bosque. Recordarlo todo bien. Si alguna vez me entran apetitos de volver por acá de visita, no quisiera extraviarme.

Jarre volvió la cabeza. Aparentó que no le había escuchado y que sólo miraba el camino delante de él.

Reemprendieron la marcha. Milton y Ograbek, los hijos de agricultor de la leva campesina, entonaron una nueva canción. Menos guerrera. Como si fuera un poco más pesimista. Como si pudiera ser, tras las alusiones anteriores de Lucio, tomada como señal de mal agüero.

Agora escuche la gente
de la Muerte su maldad.
Ya anciano o mozo valiente,
no esquivarás su crueldad.
Sin piedad, guadaña letal,
rebana la nuez al mortal.

—Éste —juzgó lúgubremente Okultich— debe tener plata. Que me ahorquen si no tiene plata.

El sujeto por el cual Okultich había hecho una apuesta tan fea era un mercader ambulante al que habían dado alcance, y que caminaba junto a un carromato de dos ruedas tirado por un asno.

—El dinero llama al dinero —dijo ceceando Lucio—, y el burrillo también vale algo. Avivar el paso, muchachos.

—Melfi —Jarre tiró de la manga al tonelero—, ¡abre los ojos! ¿No ves lo que se está tramando aquí?

—Pero si no más son bromas, Jarre. —Melfi le rechazó—. No más que una broma…

El carro del comerciante, de cerca se distinguía claramente, constituía al mismo tiempo el puesto de venta, el cual se podía ensamblar y tener montado en apenas unos instantes. Toda aquella construcción de la que tiraba el asno estaba recubierta de modo pintoresco por vivos e incisivos letreros, cuyos mensajes anunciaban la oferta del mercader: bálsamos y raíces de escabiosa medicinales, talismanes y amuletos protectores, elixires, filtros y cataplasmas mágicos, productos de limpieza, y además de esto, detectores de metales, metales nobles y trufas, así como también señuelos infalibles para peces, patos y doncellas.

El mercader, un hombre delgado y profundamente encorvado por el peso de los años, miró hacia atrás, los vio, echó una maldición y fustigó al asno. Pero el asno, como cualquier asno, ni a tiros iba más deprisa.

—Apresurémonos en darle alcance —intervino de repente Okultich—, y hallaremos de seguro en ese carrito alguna cosilla…

—¡Venga, muchachos! —ordenó Lucio—. ¡Zas! ¡Zas! Acabemos con este trabajito antes de que más testigos aborden el camino.

Jarre, sin cansarse él mismo de admirar su propio coraje, con unos cuantos pasos rápidos se adelantó a la banda y, dándose la vuelta, se interpuso entre el mercader y ellos.

—¡No! —pronunció con dificultad, como si le estuvieran apretando la garganta—. ¡No lo permitiré…!

Lucio entreabrió despacio su capote, mostrando a la vista una daga que llevaba metida en la cintura, ciertamente afilada como una cuchilla.

—¡Vamos, aparta, chupatintas! —ceceó con odio—. Si en algo estimas el gaznate. Pensé que aventuras buscabas con nuestra compaña, mas no, veo que tu santuario ha hecho de ti un simple mojigato, tanto que apestas demasiado a incienso bendecido. Échate fuera ahora mesmo del camino, porque de lo contrario…

—¿Qué está pasando aquí? ¿Eh?

Desde detrás de los rechonchos y frondosos sauces que flanqueaban el camino, el elemento más frecuente del paisaje del valle del río Ismena, surgieron dos extravagantes personajes.

Los dos caballeros lucían unos bigotes encerados y retorcidos en punta hacia

arriba, coloridos pantalones bombachos guarnecidos con bullones, caftanes con cuello de pico adornados con cintas, y unas enormes y blandas boinas de terciopelo decoradas con un mechón de plumas. Además de los alfanjes y puñales que colgaban de sus anchos cinturones, ambos hombres portaban sobre sus espaldas un montante de casi un metro y medio de longitud, con una empuñadura un codo de larga y grandes gavilanes curvados. Los lansquenetes, dando un salto, se terminaron de abrochar los pantalones. A pesar de que ninguno hizo ademán de querer empuñar sus temibles mandobles, tanto Lucio como Okultich se volvieron dóciles al instante y el enorme Klaproth se desinfló como la vejiga de un cerdo llena de aire.

—Na… Nosotros… Aquí… —ceceó Lucio—. Na malo…

—¡No más bromas! —gruñó Melfi.

—Nadie ha recibido perjuicio —habló inesperadamente el encorvado mercader—. ¡Nadie!

—Nosotros —intervino rápidamente Jarre— nos encaminamos hacia Wyzima a alistarnos en el ejército. ¿Tal vez vuesas mercedes también se dirijan hacia allá, mis señores soldados?

—Cierto —replicó un lansquenete, cayendo al instante en la cuenta de qué iba la cosa—. También a Wyzima vamos. A quien le plazca puede venir con nosotros. Será más seguro.

—Más seguro, cierto —añadió significativamente el otro, midiendo a Lucio con una amplia mirada—. Es más, añadir conviene que hemos visto por aquí no ha mucho, en los alrededores de la bahía de Wyzima, a una patrulla a caballo. Mucho gustan ellos de colgar los pellejos, miserable destino de los salteadores, que les delata incluso su jeta.

—Y en extremo justo. —Lucio recuperó su aplomo y sonrió mostrando su dentadura mellada—. En extremo justo, vuesas mercedes, que contra los granujas haya ley y castigo, se trata de un orden necesario. Pongámonos, pues, en camino hacia Wyzima, al ejército, que nos llama el deber paterótico.

El lansquenete le miró prolongadamente y más bien con desdén. Se encogió de hombros, se colocó el montante sobre la espalda e inició la marcha por el camino. Tanto su compañero como Jarre y también el mercader con su asno y el carro se pusieron en movimiento siguiéndole, y por detrás, a una corta distancia, venía arrastrando los pies la chusma de Lucio.

—Os lo agradezco, señores soldados —dijo al cabo de un rato el mercader, metiéndole prisa al asno con la vara—. Y gracias a ti también, mi joven señor.

—No hay de qué —respondió agitando la mano el lansquenete—. Lo de costumbre.

—A muy diversas gentes reclutan para la milicia —afirmó su compañero mirando hacia atrás por encima del hombro—. Llega a una aldea o a una villa la orden de leva, de movilizar a un hombre por cada diez campos. A menudo lo

primero que hacen es valerse de la ocasión para deshacerse de los truhanes, lo cual peor resulta, dado que después los caminos quedan llenos de salteadores. ¡Oh!, como ésos de ahí atrás. Mas en un santiamén, los soldados son adiestrados y aprenden a obedecer a palo limpio, a los más bellacos incúlcaseles disciplina militar cuando una y otra vez reciben como castigo pasar corriendo por un pasillo de garrotazos: el túnel de golpes…

—Yo —se apresuró a aclarar Jarre— voy a alistarme como voluntario, no forzoso.

—Lo cual se elogia, se elogia. —El lansquenete miró hacia él y retorció la puntita encerada de su bigote—. Mas veo que tú no de la misma calaña eres que aquellos otros. ¿Por qué con ellos formas sociedad?

—El destino nos ha unido.

—He visto ya —la voz del soldado se tornó grave— tales uniones fortuitas y fraternales, que a los unidos fraternalmente han acabado conduciendo juntos a la horca. Extrae una enseñanza de esto, muchacho.

—Así lo haré.

Antes de que el sol cubierto por las nubes alcanzara su cénit, llegaron a la carretera. Allí les aguardaba una pausa obligada en el camino. Al igual que el numeroso grupo de viajeros que había llegado justo antes que ellos, Jarre y su compañía tuvieron que detenerse, ya que la carretera se encontraba totalmente bloqueada por las tropas que avanzaban.

—Al sur —comentó indicando la dirección de la marcha uno de los lansquenetes—. Hacia el frente. Hacia Maribor y Mayenna.

—Repara en las insignias —señaló con la cabeza el otro.

—Redanos —dijo Jarre—. Un águila plateada sobre fondo carmesí.

—Bien lo acertaste. —El lansquenete le dio unas palmadas en la espalda—. Verdaderamente tienes buena cabeza, muchacho. Se trata del ejército redano, que nos envía en socorro la reina Hedwig. Ahora seremos aliados, una fuerte liga: Temeria, Redania, Aedirn, Kaedwen, pues estamos todos juntos en una misma causa.

—¡A buenas horas, mangas verdes! —habló Lucio desde atrás con evidente sarcasmo. El lansquenete le dirigió la mirada, pero no repuso nada.

—Vamos a sentarnos aquí —propuso Melfi— y demos un respiro a nuestras patas. No se ve el término de la columna militar y mucho ha de pasar hasta que el camino quede franco.

—Sentémonos ahí, en esa loma —dijo el mercader—, desde ella el prospectus será mejor.

Pasó la caballería de Redania. Tras ella, levantando mucho polvo, desfilaron los ballesteros con sus paveses. Por detrás de ellos se podía ver ya una columna

de caballería pesada, que venía marcando el paso.

—Y aquéllos —señaló Melfi a los caballeros con armaduras— marchan bajo otro pendón. Negro tien el estandarte, mas lo han manchao de blanco con algo.

—¡Bah! Mentecatos provincianos. —El lansquenete miró hacia él con desdén —. Ni el escudo de armas de su propio rey conocen. Son flores de lis plateadas, cabeza de tarugo…

—Campo de sable sembrado de flores de lis de plata —dijo Jarre, como queriendo demostrar que, aunque de otros sí pudiera afirmarse lo mismo, él no era ningún paleto—. En el antiguo blasón del reino de Temeria —empezó a hablar de nuevo— se veía un león pasante. Pero los príncipes de la corona de Temeria empleaban un escudo cambiado, y concretamente de la siguiente manera: añadieron un campo adicional, sobre el cual había tres flores de lis, puesto que en la simbología heráldica la flor de lis es el símbolo del sucesor al trono, del hijo del rey, del heredero al trono y al cetro…

—Listillo de mierda —rechinó Klaproth entre dientes.

—Déjale y cierra la boca, hocico de caballo —dijo amenazadoramente el lansquenete—. Y tú, muchacho, sigue contando. Interesante es…

—Y cuando el príncipe Goidemar, hijo del anciano rey Gardik, fue a combatir contra los insurgentes de la diabólica Falka, el ejército de Temeria luchó precisamente bajo su enseña, bajo el escudo de las flores de lis, logrando una ventaja decisiva. Y cuando Goidemar heredó el trono de su padre, como recuerdo de aquellas victorias y por la salvación milagrosa de su esposa y sus hijos de manos del enemigo, instituyó sobre el escudo del reino tres flores de lis de plata en campo de sable. Y más tarde el rey Cedric cambió el blasón oficial mediante un decreto especial, de manera que ahora es un escudo negro sembrado de flores de lis. Y tal es el blasón de Temeria hasta nuestros días. Lo cual podéis corroborar todos ocularmente sin dificultad, puesto que por el camino avanzan precisamente las lanzas de Temeria.

—Muy gratamente —dijo el mercader— nos lo habéis narrado, mi joven señor.

—No yo —suspiró Jarre—, sino Jan de Attre, un erudito heraldista.

—Y, salta a la vista, vos no estáis peor versado.

—Cojonudo para ser recluta —añadió á media voz Lucio—. Pa dejarse diñarla por ese pendón de flores de lis plateadas, por el rey y por Temeria.

Escucharon un canto. Resultaba amenazador, guerrero, y bramaba como el batir de las olas, como el ruido que hace una tormenta que se está acercando. Tras las huellas dejadas por los temerios, venía marcando el paso otro ejército en formación cerrada. Se trataba de una caballería gris, casi carente de color, sobre la cual no se blandían enseñas ni guiones. Delante de los mandos que marchaban al frente de la columna portaban una vara larga con un travesaño horizontal, decorada con colas de caballo, y sobre la cual había clavados tres cráneos

humanos.

—La Compañía Libre. —El lansquenete señaló a aquellos sombríos jinetes—. Condotieros. Un ejército de mercenarios.

—Al ojo salta que son aguerridos —suspiró Melfi—. ¡Cualquiera de ellos! Y van en formación, como en desfile…

—La Compañía Libre —repitió el lansquenete—. Contemplad, palurdos imberbes, lo que es un probado soldado. Aquéstos ya estuvieron en el campo de batalla, estos mismos, los condotieros: los tercios de Adam Pangratt, de Molla, de Frontino y de la Abatemarco, los que inclinaron el platillo de la balanza en Mayenna, pues gracias a ellos rompióse el cerco de los nilfgaardianos. A ellos les debemos que fuera la fortaleza liberada.

—A fe mía —añadió el otro— que se trata de gente valiente y audaz, aquestos condotieros, firmes en la batalla como esta roca. Aunque la Compañía Libre presta sus servicios por dinero, como fácilmente deducir podréis por sus canciones.

La sección se aproximaba al paso, su canto tronaba con fuerza y estruendo, pero extrañamente lúgubre, con notas discordantes.

Ni trono me rige, ni cetro honoro.
Jamás con reyes alianzas pactemos.
Nosotros al doblón, como el sol de oro,
¡A la orden! Raudos sí obedecemos.

Vuestras juras de bandera ignoro.
Ninguna enseña ni manos besaré.
Tan sólo al doblón, como el sol de oro,
mi juramento eterno prestaré.

—¡Ay, quién pudiera servir con ellos! —suspiró de nuevo Melfi—. Lidiar a su costado… Alcanzaría el mortal la fama y la victoria…

—¿Me engaña la vista o qué…? —Okultich arrugó el rostro—. Al frente del segundo destacamento… ¿Una hembra? ¿Están luchando a las órdenes de una mujer estos mercenarios?

—Hembra es —confirmó el lansquenete—. Pero no se trata de mujer cualquiera. Es Julia Abatemarco, a la que llaman la Dulce Casquivana. Una guerrera de padre y muy señor mío. Derrotaron bajo su mando los condotieros a la avanzada de los Negros y los elfos en Mayenna, incluso cuando, hasta en dos ocasiones, cinco centenares atacaron a tres mil enemigos.

—También se oyó —intervino Lucio con un extraño y a la vez malicioso tono, untuosamente servil— que no de mucho sirvió esa victoria y que despilfarráronse los ducados gastados en mercenarios. Nilfgaard se repuso del golpe y de nuevo infligió a los nuestros una buena lección, ¡y de las gordas! Y sitiaron Mayenna

otra vez. ¿Y no habrán tomado ya la fortaleza? ¿O tal vez se dirijan ya hacia aquí? ¿No asomarán en cualquier momento? ¿O puede que ha tiempo ya que los nilfgaardianos hayan comprado con oro a estos condotieros en venta? ¿Quizá…?

—¿Quizá quieres llevarte un puñetazo en la jeta, cabrón? —interrumpió enojado el soldado—. ¡Ándate con cuidado, que ladrar contra nuestro ejército se castiga con la horca! ¡Contén tu hocico antes de que me se acabe la paciencia!

—¡Oooh! —El fortachón de Klaproth, abriendo ampliamente la boca, distendió el ambiente—. ¡Oh, mira tú! ¡Qué enanitos más divertidos vienen!

Por el camino, bajo el ensordecedor estrépito de los timbales, el obstinado resonar de las gaitas y el penetrante silbido de los flautines, marchaba una formación de infantería armada con alabardas, bisarmas, gujas, manguales y mazas con pinchos. Vestidos con capotes de piel, cotas de malla y puntiagudos yelmos, aquellos soldados eran bastante más bajos de lo habitual.

—Enanos de las montañas —aclaró el lansquenete—. Alguno de los regimientos del Tercio de Voluntarios de Mahakam.

—Y yo que pensaba —dijo Okultich— que los enanos no con nosotros estaban, sino en contra nuestra. Que estos asquerosos renacuajos nos traicionaron y que con los Negros en una conjura…

—¿Pensar tú? —El lansquenete le lanzó una mirada con lástima—. ¿Y el qué, si se puede saber? Tú, calamidad, si te tragaras una cucaracha con la sopa, en las tripas tendrías más cerebro que en la cabeza. Ésos que por ahí marchan son alguno de los regimientos de infantería de los enanos que nos envía en auxilio Brouver Hoog, el gobernador de Mahakam. Ellos en su mayoría ya han entrado también en combate, sufriendo grandes bajas cuando en la batalla de Mayenna les hicieron retroceder para reagruparse.

—Los enanos son pueblo bravo —corroboró Melfi—. A mí una vez uno, en una posada en Ellander durante la celebración del Saovine, me dio tal sopapo en este oído que me anduvo pitando hasta la fiesta del Yule.

—El regimiento de los enanos es el último de la columna. —El lansquenete se puso la mano sobre los ojos a modo de visera—. Fin del desfile. Libre quedará el camino enseguida. Pongámonos en marcha, que al caer está el mediodía.

—Tantas huestes marchan hacia el sur —dijo el mercader de amuletos y panaceas— que con toda seguridad va a ser una gran guerra. ¡El pueblo sufrirá grandes desdichas! ¡Enormes derrotas el ejército! La gente morirá a miles, pasada a cuchillo, a sangre y fuego. Observen, vuesas mercedes, que ese cometa que cada noche puede verse en el cielo arrastra tras de sí una cola de fuego rojo. Si el cometa lleva la cola morada o pálida, anuncia enfermedades frías, fiebres, pleuresías, flemas y catarros, y también desgracias con agua, como riadas, inundaciones o lluvias constantes. Por el contrario, el tono rojo indica que se trata

de un cometa de calenturas, de sangre y fuego, pero también del hierro que nace del fuego. ¡Horribles, horribles infortunios caerán sobre el pueblo! ¡Habrá muchas masacres y matanzas! Como aparece en la profecía: « Se amontonarán los cadáveres doce codos de alto, los lobos aullarán sobre una tierra yerma que quedó despoblada, y el hombre besará las huellas de los pasos de otro hombre… ¡Ay de vosotros!» .

—¿Por qué de nosotros? —le interrumpió fríamente el lansquenete—. Alto vuela el cometa, también desde Nilfgaard lo pueden ver, sin mencionar el valle del Ina, desde donde dicen se aproxima Menno Coehoorn. Los Negros miran igualmente al cielo y ven el cometa. ¿Por qué no inferir, pues, que no es a nosotros sino a ellos a los que la derrota augura? ¿Que serán sus cadáveres los que se vayan a apilar?

—¡Así es! —gruñó el otro lansquenete—. ¡Pobres de ellos! ¡De los Negros!

—Personas muy versadas, señores, elucubraron todo esto.

—Sin duda.

Bordearon los bosques que rodeaban Wyzima y llegaron a la pradera y los apacentaderos. Allí se encontraban pastando manadas enteras de caballos de diferentes clases: de combate, de tiro, percherones para cargas pesadas. Como es común en marzo, no quedaba casi nada de hierba en los pastizales, pero habían distribuido por allí carros llenos de heno y comederos.

—¿Pero qué ven los mis ojos? —Okultich se relamió los labios—. ¡Vaya caballitos! ¡Y naide los vigila! No más hay que cogerlos, elegir…

—Cierra el pico —gruñó entre dientes Lucio y de modo servicial sonrió a los lansquenetes, mostrando de esta manera los dientes que le faltaban—. Éste aquí, señores, se muere de ganas por servir en la caballería, por eso mira con tanto gusto a los corceles.

—¿En la caballería? —soltó con una carcajada el lansquenete—. ¡Caray, con lo que se hace ilusiones este bribón! Muy pronto estarás con los rocines, ¡recogiendo del suelo sus boñigas con un cubo y acarreándolas en una carretilla!

—Verdad decís, señor.

Siguieron adelante y al poco llegaron al dique que discurría a lo largo de los estanques y canales. Y de repente sobre las cimas de los alisos divisaron las tejas rojas de las torres del alcázar de Wyzima que se alzaba sobre el río.

—Ya casi hemos llegado —dijo el mercader—. ¿Lo notáis?

—¡Pu-uf! —puso mala cara Melfi—. ¡Qué peste! ¿Qué es?

—De seguro que soldados que se murieron de hambre por culpa de la paga del rey —masculló a sus espaldas Lucio, pero de tal manera que los lansquenetes no le oyeran.

—A poco no nos arranca la nariz, ¿eh? —se rió uno—. Normal, acá vinieron

para invernar miles de soldados y el ejército ha de comer, y como come, también caga. ¡Así quedó establecido por la naturaleza y en nada se puede remediar! Y todo lo que cagaron, ¡tate!, como eso de ahí, lo acarrean hasta estas fosas, donde lo vierten sin ni siquiera taparlo con tierra. En invierno, mientras las heladas mantienen congelada la mierda, se puede soportar un poco, pero desde que empieza la primavera… ¡Puaj! ¡Zu!

—Y cada vez llegan nuevos que evacúan sobre la mierda vieja. —El otro lansquenete también lanzó un escupitajo—. ¿Y ese enorme zumbido oís? Son moscas. Hordas enteras hay aquí de ellas. ¡Cosa nunca vista la primavera anterior! Cubríos la boca con lo que podáis, porque las muy hideputas entran en tropel por la boca y los ojos. Y apriesa, cuanto antes pasemos, mejor.

Dejaron atrás las fosas, pero no consiguieron deshacerse del hedor. Por el contrario, Jarre hubiera apostado su cabeza a que cuanto más se acercaban a la ciudad, tanto peor era el pestazo que había. Sólo que más variado, más rico en cuanto a escala y matices. Olían mal los campamentos y tiendas militares que rodeaban la ciudad. Olía mal el enorme lazareto. Apestaban los concurridos y animados arrabales, apestaba el terraplén defensivo, apestaba el portalón, apestaba el recinto, hedían las pequeñas plazas y las callejuelas, hedían los muros de los torreones que se elevaban sobre la ciudad. Por suerte, las ventanas de la nariz se acostumbraban rápido y en poco tiempo daba lo mismo que se tratara de un excremento, de una carroña, de orines de gato o del siguiente mesón.

Había moscas por todas partes. Zumbaban obsesivamente, empeñadas en meterse en los ojos, por los oídos o la nariz. Resultaba imposible ahuyentarlas. Era más fácil aplastarlas contra la cara o descuartizarlas con los dientes.

En cuanto salieron de la oscuridad del portal, sus ojos se toparon con un enorme cartel sobre la pared, que mostraba a un caballero que les estaba señalando con el dedo. Un letrero situado debajo preguntaba con grandes letras: ¿Y TÚ? ¿YA TE HAS ALISTADO?

—Sí, sí —murmuró el lansquenete—. Por desgracia.

Había muchos carteles similares, de manera que podría afirmarse que por cada pared había uno. Abundaban sobre todo los del caballero señalando con el índice, pero a menudo había también una patética Madre Patria con el cabello canoso y revuelto, que tenía de fondo aldeas incendiadas y a recién nacidos ensartados en picas nilfgaardianas. Aparecían también imágenes de elfos con cuchillos en la boca chorreantes de sangre. Jarre se dio la vuelta para mirar y de repente cayó en la cuenta de que estaban solos: el lansquenete, el mercader y él. Lucio, Okultich, Klaproth, los campesinos seleccionados y Melfi habían desaparecido sin dejar rastro alguno.

—Vaya, vaya. —El lansquenete ratificó sus conjeturas mirándole

inquisitivamente—. Tus compadres del alma ahuecaron en cuanto se les terció la ocasión, nos dieron esquinazo a la primera y se largaron barriendo el suelo con el rabo. ¿Y sabes lo que te voy a decir, muchacho? Está bien que se hayan vuestros caminos separado. No pugnes porque vuelvan a cruzarse de nuevo.

—Me da pena Melfi —murmuró Jarre—. En el fondo es un buen chico.

—Cada cual elige su propio destino. Y tú ven con nosotros. Te hemos de mostrar dónde está la caja de reclutamiento.

Entraron en una plaza, en cuyo centro, sobre un estrado de piedra, se alzaba la picota. Alrededor de la picota se aglomeraban ciudadanos y soldados sedientos de morbo. La cabeza del reo, que acababa de ser alcanzado por una pella de barro, escupía y lloraba. La muchedumbre vociferó de risa.

—¡Caramba! —exclamó el lansquenete— ¡Mira a quién tienen trabado en el cepo! ¡Pero si es Fuson! Curioso estoy por saber por qué habrá sido.

—Por la agricultura —se apresuró a aclararle un burgués gordo, vestido con una piel de lobo y un gorro de fieltro.

—¿Lo qué?

—Por la agricultura —repitió con énfasis el gordinflón—. Por haber sembrado.

—¡Ajá! Tan claro hablasteis, con perdón, como un buey sobre la era —se rio el lansquenete—. Yo a Fuson lo conozco: zapatero es, hijo de zapatero y nieto de zapatero. Jamás en la vida ni aró, ni sembró, ni cosechó. Tumbado me habéis, os digo, con eso de sembrar, hasta casi suelto el espíritu.

—¡Palabras mismas del comendador! —se encolerizó el burgués—. ¡Estará en la picota hasta el alba por haber sembrado! Algo sembró este malhechor, mas a cuenta de Nilfgaard y sus monedas de plata… Cierto que un cereal extraño, de ultramar procedente… ¡Me acordaré!… ¡Eso! ¡Derrotismo!

—¡Sí, sí! —exclamó el mercader de amuletos—. ¡Lo oí, se habló de ello! Los espías de Nilfgaard y los elfos están propagando epidemias, envenenando con diversas ponzoñas los pozos, las fuentes y los arroyos, y precisamente con estramonio, cicuta, lepra y derrotismo.

—Así es —afirmó meneando la cabeza el burgués con el abrigo de piel de lobo—. Ayer ahorcaron a dos elfos. Es cosa segura que por esos envenenamientos.

—Detrás de la esquina de ese callejón —señaló el lansquenete— hay una posada en la cual se negocia el reclutamiento. Hay una lona grande extendida, con las flores de lis de Temeria que tú ya bien conoces, muchacho, así que darás con ella sin trabajos. ¡Cuídate! Y que nos concedan los dioses volver a toparnos en tiempos más felices. Guardaos vos también, señor mercader.

El comerciante carraspeó con fuerza.

—Nobles señores —dijo rebuscando en sus pequeños baúles y cofres—, permitidme que por vuestro auxilio… En señal de agradecimiento…

—No sus fatiguéis, buen hombre —repuso con una sonrisa el lansquenete—. Se ayudó y punto, faltaría más…

—¿Quizá un ungüento milagroso contra las heridas de bala? —El mercader rebuscaba algo en el fondo de un baúl—. ¿Tal vez un remedio universal e infalible contra la bronquitis, la podagra, la parálisis, así como contra la caspa y la escrófula? ¿O a lo mejor un bálsamo de resina para las picaduras de abeja, las mordeduras de víbora y de vampiro? ¿O puede que un talismán que escuda contra el mal de ojo?

—¿No tendréis por ventura —le inquirió en serio el otro lansquenete— algo que proteja contra los efectos de la mala comida?

—¡Tengo! —exclamó radiante el mercader—. Helo aquí, el más eficaz antídoto elaborado a partir de raíces mágicas, con hierbas aromáticas condimentado. Bastan tres gotas después de cada comida. Tomad, por favor, nobles señores.

—Gracias. ¡Guárdese, pues, vuesa merced! Y tú también, muchacho. ¡Suerte!

—Honrados, corteses y afables —juzgó el mercader cuando los soldados desaparecieron entre la multitud—. No todos los días se encuentra gente como ésa. ¡Ni tampoco como tú, mi joven señor! ¿Qué te puedo dar entonces? ¿Un amuleto pararrayos? ¿Bezoar? ¿Guijarros de tortuga eficaces contra los hechizos de encantadoras? ¡Ajá! También tengo diente de muerto para fumigar, tengo un trozo de mierda seca de diablo, bueno es llevarla en el zapato diestro…

Jarre apartó la mirada de unas personas empeñadas en limpiar de las paredes de una casa la pintada: ¡NO A LA PUTA GUERRA!

—Dejadme —dijo—. Llegó mi turno…

—¡Ah! —exclamó el mercader, sacando de un cofre un pequeño medallón de latón con forma de corazón—. Esto debería serte adecuado, muchacho, porque es objeto justamente para jóvenes. Se trata de una extraordinaria rareza y sólo uno tengo. Es un amuleto mágico. Hace que a quien lo porte no le olvide nunca su amada, por más que el tiempo y muchas millas los separen. Mira, se abre por aquí, en el interior hay un trocito de papiro fino. Sobre ese papiro, con una tinta mágica de color rojo que tengo, basta con escribir el nombre de la amada y ella no te olvidará, no se mudará su corazón, no te traicionará ni te dejará. ¿Y bien?

—¡Hm! —Jarre se ruborizó ligeramente—. Es que yo no sé si ella…

—¿Qué nombre debo escribir? —El mercader sumergió un palito en la tinta mágica.

—Ciri. Es decir: Cirilla.

—Listo. Toma.

—¡Jarre! ¡Por todos los diablos! ¿Pero qué haces aquí?

Jarre se dio la vuelta impulsivamente. *Tenía la esperanza*, pensó, *de que iba a dejar atrás todo mi pasado, de que ahora todo iba a ser nuevo y casi sin cesar me tropiezo con viejos conocidos*.

—Don Dennis Cranmer…

Un enano vestido con un pesado abrigo de piel, coraza, guardabrazos de acero y un gorro de piel de zorro con su cola lanzó una penetrante mirada al muchacho, al mercader y después nuevamente al muchacho.

—¿Qué estás haciendo aquí, Jarre? —preguntó con severidad, frunciendo sus cejas, barba y bigotes.

Por un momento el chico pensó en mentir y para hacerlo más verosímil mezclar al bondadoso mercader en la versión falseada. Pero casi al instante desechó la idea, Dennis Cranmer, que había servido una vez en la guardia del ducado de Ellander, gozaba de la reputación de ser un enano difícil de engañar. Y no valía la pena probarlo.

—Quiero alistarme en el ejército.

Ya sabía cuál iba a ser su siguiente pregunta.

—¿Te ha dado permiso Nenneke?

No tuvo ni que responderle.

—Te fugaste. —Dennis Cranmer balanceó la barba—. Simplemente te has fugado del santuario. Y Nenneke y las sacerdotisas andarán allí tirándose de los pelos…

—Dejé una carta —refunfuñó Jarre—. Señor Cranmer, yo no podía… Yo tenía que… Uno no puede quedarse sentado sin hacer nada mientras en las fronteras el enemigo… En un momento de amenaza para la patria… Y además ella… Ciri… Madre Nenneke por nada quería dar su visto bueno, a pesar de que ella ya había mandado al ejército a tres cuartas partes de las muchachas del santuario, a mí no me lo permitió… Y yo no podía…

—Así que te fugaste. —El enano frunció severamente las cejas—. ¡Por mil demonios sacramentales! ¡Debería atarte a un palo y mandarte de vuelta a Ellander por estafeta de correos! ¡Ordenar que te encerraran bajo llave en una cueva hasta que las sacerdotisas vinieran a recogerte! Debería…

Resopló con ira.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo, Jarre? ¿Cuánto hace que no te has llevado al gaznate un plato de comida caliente?

—¿Caliente de verdad? Tres… No, hace cuatro días.

—Ven.

—Come más despacio, hijo —le increpó Zoltan Chivay, uno de los camaradas de Dennis Cranmer—. No es sano engullir tan deprisa, sin masticar como es debido.

¿Adonde vas con tanta prisa? Créeme, nadie te va a quitar el puchero.

Jarre no estaba tan seguro de ello. En el salón principal del mesón La Escudilla del Greñudo se estaba celebrando precisamente un duelo de puñetazos. Dos enanos rechonchos y anchos como estufas se estaban zurrando a puño cerrado con tanto afán que hasta incluso retumbaban, entre el clamor de sus compañeros del Tercio de Voluntarios y el aplauso de las prostitutas del lugar. El suelo crujía, derribaban los muebles y la vajilla, y las gotas de sangre que se escapaban por sus narices destrozadas se esparcían alrededor como si fueran lluvia. Jarre sólo estaba esperando a que en algún momento alguno de los combatientes se abalanzara sobre su mesa reservada para los oficiales, tirando al suelo su plato de madera con los codillos de cerdo, la escudilla de guisantes hervidos y las jarras de barro. Engulló rápido un trozo de tocino que había mordido, dando por sentado que cualquier cosa tragada ya era suya.

—No he entendido casi nada, Dennis. —El otro enano, llamado Sheldon Skaggs, ni siquiera volvió la cabeza cuando uno de los púgiles por poco le golpea metiendo un gancho—. Si el mozo es un sacerdote, ¿de qué modo se va a alistar? La sangre de los sacerdotes no ha de ser derramada.

—Es un escolar del santuario, no un sacerdote.

—Nunca, joder, he podido entender a estos putos humanos supersticiosos. Mas no conviene burlarse de las creencias ajenas… Resulta, sin embargo, que aquí este mozalbete, a pesar de haber sido educado en el santuario, no está en contra del derramamiento de sangre. Especialmente la de Nilfgaard. ¿Qué, muchacho?

—Déjale comer en paz, Skaggs.

—De buena gana os responderé… —Jarre se tragó un bocado de carne y se metió en la boca un puñado de guisantes—. La cosa es así: se puede derramar sangre en una guerra justa. En defensa de causas superiores. Por eso me enrolé… La madre patria nos llama a…

—Vosotros mismos lo veis —Sheldon Skaggs pasó la mirada por sus compañeros—, cuán cierta es la afirmación de que los humanos son una raza próxima y afín a la nuestra, que procedemos de la misma cepa tanto ellos como nosotros. La mejor prueba de ello, ¡oh!, está sentada ante nosotros y se está zampando unos guisantes. En otras palabras: entre los jóvenes enanos hallaréis multum de los mismos tontos fanáticos.

—Especialmente tras la desgracia que padecimos en Mayenna —puntualizó fríamente Zoltan Chivay—. Después de una batalla perdida siempre aumenta el alistamiento de voluntarios. Cesará el arrebato en cuanto se extienda la noticia de que el ejército de Menno Coehoorn anda remontando el río Ina, dejando atrás tierra y agua.

—Sólo que ojalá el arrebato no empiece en el otro sentido —murmuró Cranmer—. No tengo yo lo que se dice confianza en los voluntarios. Resulta

curioso que precisamente de cada dos desertores, uno sea voluntario.

—Cómo osáis… —Jarre por poco se atraganta—. Cómo podéis insinuar algo semejante, señor… Yo vengo aquí por motivos ideológicos… A una guerra justa y con razón… La madre patria…

Uno de los enanos que peleaba se había desplomado de un puñetazo, al muchacho le pareció que incluso se habían estremecido los cimientos del edificio, porque la nube de polvo de las rendijas del suelo que levantó llegaba hasta un brazo de altura. En esta ocasión, sin embargo, el derribado, en vez de reincorporarse de un salto y abalanzarse sobre el adversario, se quedó tendido en el suelo, moviendo torpe y descoordinadamente sus extremidades, de manera que más bien parecía un gigantesco escarabajo boca arriba. Dennis Cranmer se puso en pie.

—¡Asunto resuelto! —anunció con voz atronadora, mirando en derredor a toda la taberna—. El puesto de mando en la compañía, vacante tras la heroica muerte de Elkan Foster, caído en el campo del honor durante la batalla de Mayenna, lo va a ocupar… ¿Cómo te llamas, hijo, que se me ha olvidado?

—¡Blasco Grant! —El vencedor de la pelea decisoria escupió un diente al suelo.

—… lo ocupa Blasco Grant. ¿Hay todavía opiniones contrarias en lo tocante a los ascensos? ¿No hay? Está bien. ¡Tabernero! ¡Cervezas!

—¿De qué estábamos hablando?

—De la guerra justa. —Zoltan Chivay empezó a contar con los dedos—. De los voluntarios. De los desertores…

—¡Ah, eso! —le interrumpió Dennis—. Sabía que quería explicar algo y la cosa se refería a los voluntarios desertores y traidores. Acordaos del extinto cuerpo de Cintra al mando de Vissegerd. Y no van los muy hijos de puta y no cambian ni siquiera el estandarte. Lo sé por los condotieros de la Compañía Libre, de la bandera de Julia, la Dulce Casquivana. En Mayenna la bandera de Julia fue derrotada por los cintrianos. Iban a la vanguardia de la avanzadilla de Nilfgaard, bajo el mismo pendón con los leones…

—Los había llamado la madre patria —intervino lóbregamente Skaggs—. Y la emperatriz Cirilla.

—¡Chis, más bajo! —siseó Dennis.

—Cierto —dijo el cuarto enano, Yarpen Zigrin, que había permanecido en silencio hasta ese momento—. ¡Chitón! ¡Y más callado que el mismo silencio! Mas no por miedo a los espías, sino porque no se puede hablar de cosas sobre las que no se tie ni puta idea.

—Tú en cambio, Zigrin —sacó pecho Skaggs—, tienes idea, ¿no?

—Sí, ¿pasa algo? Y una cosa diré: nadie, ya sea Emhyr var Emreis, ya sean los magos rebeldes de Thanedd, ni incluso el mismo diablo, nadie conseguiría forzar a nada a esa muchacha. No conseguirán doblegarla. Lo sé. Porque la

conozco. Toda esa historia del matrimonio con Emhyr no es más que una simple mentira. Un engaño con el que se han dejado embaucar los tontos más diversos… Otro es, os lo advierto, el destino de esa chiquilla. Completamente diferente.

—Hablas —gruño Skaggs— como si de verdad la conocieras, Zigrin.

—¡Déjalo! —le regañó de improviso Zoltan Chivay—. En eso del destino tiene razón. Yo también lo creo. Motivos tengo para ello.

—¡Bah! —replicó Sheldon Skaggs meneando la mano—. Para qué gastar saliva en vano. Cirilla, Emhyr, el destino… Son cuestiones lejanas. Sin embargo, señores, más cerca nos pilla Menno Coehoorn y su grupo de ejércitos centro.

—Ya —suspiró Zoltan Chivay—. Me parece a mí que no se nos va a escapar una gran batalla. Quizá la más grande que conocerá la historia.

—Mucho —musitó Dennis Cranmer—. Mucho, sí, se va decidir…

—Y acabar más todavía.

—Todo… —masculló Jarre, cubriéndose la boca con la mano debido a sus buenos modales—. Todo se va a acabar.

Los enanos le observaron durante un momento, guardando silencio.

—No te he entendido del todo, muchacho —intervino por fin Zoltan Chivay —. ¿Podrías explicar a qué te estabas refiriendo?

—En el consejo del ducado… —pronunció titubeando Jarre—… es decir, en Ellander, se dijo que la victoria en esta gran guerra es tan importante porque… porque es una gran guerra que pondrá fin a todas las guerras.

Sheldon Skaggs pegó un resoplido, escupiéndose a sí mismo la cerveza sobre la barba. Zoltan Chivay bramó de viva voz.

—¿No opináis lo mismo, señores?

Ahora fue a Dennis Cranmer al que le llegó el turno de bufar. Yarpen Zigrin mantuvo la calma, mirando al joven con atención y casi como con preocupación.

—Hijo —habló al cabo muy seriamente—. Mira. Ahí junto al mostrador está sentada Evangelina Parr. Es, hay que reconocerlo, de buenas carnes. ¡Bah!, incluso se puede decir que enormes. Pero, sin ninguna duda y a pesar de sus medidas, no es una puta capaz de poner punto y final a todas las putas.

Después de haber girado hacia un callejón estrecho y sin gente, Dennis Cranmer se detuvo.

—Tengo que alabarte, Jarre —dijo—. ¿Sabes por qué?

—No.

—No disimules. No tienes que hacerlo estando conmigo. Es digno de mérito que ni pestañearas siquiera cuando se habló de Cirilla. Pero más meritorio aún si cabe es que entonces tampoco abrieras la boca… Sí, sí, no me pongas esa cara

rara. Sé de sobra lo que pasa en la casa de Nenneke, detrás del muro del santuario, lo sé bien, tienes que creerme. Y por si esto te pareciera poco, sabe que escuché el nombre que te escribió el mercader en el medallón.

» Sigue así siempre. —El enano fingió con tacto no darse cuenta del rubor que invadió al joven—. Sigue así siempre, Jarre. Y no sólo en lo que a Ciri se refiere… ¿Pero qué estás mirando?

Sobre la pared de un granero visible a la entrada del callejón se veía una pintada borrosa, escrita con cal, que rezaba: HAZ EL AMOR, NO LA GUERRA. Justo por debajo, con letras notablemente más pequeñas, alguien había pintarrajeado el siguiente grafiti: HAZ CACA CADA MAÑANA.

—Mira hacia otro lugar, tonto —le advirtió Dennis Cranmer—. Por el simple hecho de mirar frases como ésas te puedes llevar un disgusto. No las digas tampoco fuera de lugar, si no quieres que te azoten de forma sangrienta atado a un poste hasta que te despellejen la espalda. ¡Aquí los juicios son muy rápidos! ¡Increíblemente veloces!

—He visto —murmuró Jarre— a un zapatero con el cepo puesto. Supuestamente por sembrar derrotismo.

—Su faena —afirmó con gravedad el enano, sujetando al muchacho por la manga— seguramente consistió en que cuando condujo a su hijo al destacamento, él lloraba, en vez de lanzar proclamas patrióticas. Aquí el castigo para causas más graves es diferente. Ven, te lo mostraré.

Entraron en una plaza pequeña. Jarre tuvo que retroceder, tapándose la nariz y la boca con la manga. Sobre una enorme horca de piedra colgaban varios cadáveres. Algunos, por lo que revelaban su aspecto y hedor, colgaban ya desde hacía tiempo.

—Éste —señaló Dennis, espantando al mismo tiempo a las moscas— escribía en los muros y en las tapias frases tontas. Ése afirmaba que la guerra es cosa de los señores y que los reclutas campesinos nilfgaardianos no eran sus enemigos. Aquél, estando borracho, contó el siguiente chiste: « ¿Qué es una lanza? El arma de los poderosos: un palo que lleva a un pobre en cada extremo» . Y ahí, al final de todos, ¿ves a esa mujer? Era la patrona de un burdel militar, y lo había decorado con este letrero: « ¡Folla hoy, guerrero! Porque mañana quizá ya no puedas» .

—¿Y sólo por eso…?

—Una de sus chicas, según se reveló luego, tenía además gonorrea. Y eso ya entraba dentro del parágrafo de conspiración y sabotaje contra las capacidades de combate.

—Entendido, señor Cranmer. —Jarre se enderezó en posición de firmes, como si eso le diera cierto aire marcial—. Pero no os preocupéis por mí. Yo no soy ningún derrotista…

—No has entendido una mierda y no me interrumpas, que no he terminado.

Este último ahorcado, éste que ya apesta bien, su único delito fue que durante una charla con un delator encubierto que le estaba instigando, reaccionó exclamando: « Indiscutibles, señor, son vuesas razones, así es y no de otra manera. ¡Como que dos más dos son cuatro!» . ¡Dime ahora que lo comprendes!

—Lo he comprendido. —Jarre miró a su alrededor cautelosamente—. Tendré cuidado. Pero… Señor Cranmer… ¿Qué está pasando de verdad?

El enano también echó una ojeada de precaución.

—Ésta es —dijo en voz baja— la verdadera situación: el grupo de ejércitos Centro del mariscal Menno Coehoorn avanza hacia el norte con una fuerza que ronda los cien mil hombres. La realidad es que si no se hubiera sublevado la provincia de Verden, ya estarían aquí. La verdad es que sería bueno que se iniciaran negociaciones. La realidad es que Temeria y Redania no tienen fuerzas suficientes para contener a Coehoorn. Por lo menos, no antes de la línea estratégica del Pontar.

—El río Pontar —susurró Jarre— se encuentra al norte de nosotros.

—Es justo lo que quería decir. Pero recuerda: sobre esto échale el candado a la boca.

—Me andaré con cuidado. Pero cuando ya esté en el regimiento, ¿también debo seguir prevenido? ¿Puedo toparme allí con algún delator?

—¿En tu unidad de combate? ¿Cerca de la línea del frente? Más bien no. Por eso los delatores se afanan tanto lejos del frente, porque tienen miedo de acabar ellos mismos allí. Además, si ahorcaran a cada soldado que protesta, se queja o maldice, no habría quien combatiera. Pero la boca, Jarre, tú como con el asunto ese con Ciri, mantenla siempre cerrada. En boca cerrada, quédate con mis palabras, no entra una mosca de la mierda. Ahora ven conmigo, te conduciré hasta la comisión.

—¿Intercederéis por mí allí? —Jarre miró ilusionado al enano—. ¿Qué decís, señor Cranmer?

—¡Ay, qué tonto eres, pisaverde! ¡Esto es el ejército! Si te recomendara y te protegiera, es como si en la espalda te bordara con hilo de oro « gilipollas» . No te dejarían en paz en tu unidad, mozalbete.

—¿Y con vos…? —inquirió Jarre—. ¿En vuestra unidad…?

—Ni se te ocurra pensarlo.

—Porque en ella —habló amargamente el joven— sólo hay lugar para los enanos, ¿no es cierto? Pero para mí no, ¿verdad?

—Cierto.

Para ti no, pensó Dennis Cranmer. *Para ti no, Jarre. Porque sigo teniendo deudas que saldar con Nenneke. Por eso quiero que regreses entero de esta guerra. Y en cuanto al Tercio de Voluntarios de Mahakam, compuesto por enanos, unos voluntarios procedentes de una raza inferior y para colmo extranjera, a nosotros siempre nos van a asignar las tareas más detestables en los peores*

sectores del frente. Aquellos de los cuales no se regresa. Aquellos a donde no se enviaría a humanos.

—¿De qué manera podría conseguir —empezó de nuevo Jarre entristecido— acabar destinado en una buena unidad?

—¿Y cuál sería, en tu opinión, la mejor unidad, merecedora de tanto esfuerzo por entrar en ella?

Jarre se dio la vuelta al oír un canto que crecía como las olas en una marejada, aumentando como los truenos de una tormenta que se acerca deprisa. Un canto ruidoso, arrogante, fuerte, duro como el acero. Ya había escuchado antes aquel canto. Por la callejuela del alcázar, en columna de a tres, desfilaba marcando el paso el regimiento de condotieros. A la cabeza, sobre un semental rucio, bajo una pértiga decorada con cráneos humanos, cabalgaba el jefe, un hombre de pelo gris y nariz aguileña, y con una coleta de cabellos trenzados que le caía sobre la coraza.

—Adam « Adieu» Pangratt —murmuró Dennis Cranmer.

El canto de los condotieros tronaba, retumbaba y producía un estruendo increíble. Acompañado al contrapunto por el sonido de las herraduras contra el adoquinado, invadía la callejuela incluso más allá de la cima de las casas, elevándose sobre ellas muy lejos, muy alto, hacia el cielo azul sobre la ciudad.

No nos llorarán esposas ni amantes
cuando sangrando mordamos la tierra,
pues por ducados como soles radiantes,
¡sin pensarlo nos vamos a la guerra!

—Vos me preguntáis en qué unidad… —dijo Jarre, sin poder apartar la mirada de aquella caballería—. ¡Ojalá en una como ésta! En una así valdría la pena…

—Cada una tiene su propio himno —rompió el silencio el enano—. Y cada cual a su manera acabará mordiendo la tierra cruelmente. Sí, según le toque en suerte. Y puede que lloren su pérdida, o puede que no. A la guerra, chupatintas, sólo se canta y se marcha marcando el paso, dentro de formación se está en posición de firmes. Y después, durante la batalla, a cada cual le aguarda lo que tiene escrito. Ya sea en la Compañía Libre de « Adieu» Pangratt, ya en la infantería o bien destinado en los campamentos… Ora con reluciente armadura y hermosísimo penacho, ora con unas alpargatas y una zamarra piojosa… Ya sea sobre un veloz purasangre, ya sea detrás de un pavés… A cada cual algo distinto. ¡Lo que le toque! Vaya, mira, la caja de reclutas. ¿Ves el rótulo sobre la entrada? Por ahí discurre tu camino si sigues pensando en ser soldado. Ve, Jarre. Guárdate. Nos veremos cuando todo esto haya terminado.

El enano siguió con la mirada al muchacho hasta que éste desapareció por la

puerta de la posada, ocupada por la caja de reclutamiento.

—O quizá no nos veamos —añadió en voz baja—. No se sabe qué tiene cada uno escrito. Qué le va a tocar.

—¿Montas a caballo? ¿Disparas con arco o ballesta?

—No, señor comisario. Pero sé escribir y caligrafiar, también las runas antiguas… Conozco la Antigua Lengua…

—¿Diestro con la espada? ¿Manejar una lanza?

—… he leído la *Historia de las guerras*. Obra del mariscal Pelligramo… Y de Roderick de Novembre…

—¿No serás tal vez capaz de cocinar?

—No, no sé… Pero se me da bien calcular…

El comisario puso mala cara y llamó a alguien con la mano.

—¡Docto sabelotodo! ¿Qué número hace éste hoy? Redáctale un papel para la Tupuma. Muchacho, vas a servir en la Tupuma. Vete con este resguardo hasta el extremo sur de la ciudad, luego, en cuanto salgas por la puerta de Maribor, junto al lago.

—Pero…

—Darás con ella sin problemas. ¡El siguiente!

—¡Eh, Jarre! ¡Eh! ¡Espera!

—¿Melfi?

—¿Y quién si no? —El tonelero se tambaleaba, pero le sujetó el muro—. ¡Yo, cojones, je, je!

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me qué? ¡Je, je! ¡Nada! ¡Eché un traguillo! ¡Brindé pa que ahorquen a todos los nilfgaardianos! ¡Ay, Jarre, qué alegría verte! Porque pensaba que te me habías perdío por ahí… Amigo mío…

Jarre se echó hacia atrás como si alguien le hubiera golpeado. El tonelero no sólo apestaba a una asquerosa cerveza y a un aguardiente todavía más nauseabundo, sino también a cebolla, ajo y sólo el diablo sabe qué cosas más. Era insoportable.

—¿Y dónde está tu honorabilísima compaña? —preguntó sarcásticamente.

—¿Lucio dices? —se enfadó Melfi—. ¡Pues te diré! ¡Que me da un ardite! Sabes, Jarre, pienso que no es buena gente.

—¡Bravo! Rápido lo has descerrajado.

—¡Cierto —Melfi se irritó aún más, pero sin percatarse de sus pullas—. ¡Anduvo con cuidao, mas que el diablo se lleve a quien mengañe! ¡Ya sé qué es lo que tenía maquinado! ¡Pa qué tanto deseaba llegar a Wyzima! De seguro que

piensas, Jarre, que él y esos granujas suyos venían al ejército por lo mismo que nosotros. ¡Ja! Equivocado estás. ¿Quies saber qué es lo que andaba tramando? ¡No darías fe de ello!

—Me lo creería.

—Caballos, le hacían falta, y uniformes —concluyó Melfi triunfalmente—. Quería robarlos aquí en alguna parte, pues tuvo la ocurrencia de querer ir vestido de soldado a correrías de bandolero.

—¡Así le prenda fuego el verdugo en la hoguera!

—¡Y que sea pronto! —El tonelero se balanceó ligeramente y apoyándose contra el muro se desabrochó las calzas—. Pena me da que Ograbek y Milton, ese par de paletos cabezas de chorlito, dejáranse también embaucar. Tras Lucio fueron y por eso ahora estará presto también el verdugo para quemarlos vivos. ¡Pero así les cague un perro, los muy tarugos! ¿Mas y qué tal lo tuyo, Jarre?

—¿El qué?

—¿Destino te fue ya dado por los comisarios? —Melfi empezó a soltar el chorro sobre el muro encalado—. Pregunto porque yo ya estoy alistado. He de ir hasta la puerta de Maribor, a la parte del sur de la ciudad. ¿Y a ti adonde te mandan?

—También al sur.

—¡Ja! —El tonelero pegó algunos saltos, se sacudió y se abrochó la bragueta —, ¿A lo mejor vamos a batallar juntos?

—No lo creo. —Jarre miró hacia él con aire de superioridad—. Me han destinado a una unidad conforme a mis cualificaciones. A la Tupuma.

—Normal... ¡Hip! —Melfi hipó, exhalando sobre él su terrible mezcla de gases—. ¡Tú tienes estudios! De seguro que a los listos como tú los eligen pa alguna tarea de importancia, no pa cualquier cosa. ¿Mas qué más da? Mientras tanto seguiremos andando un rato juntos. Al cabo, hasta el sur de la ciudad el mismo camino tenemos.

—Eso parece.

—Vámonos, pues.

—Vamos.

—Tal vez no sea aquí —juzgó Jarre contemplando aquella explanada rodeada de tiendas, sobre la cual estaba levantando polvo una compañía de harapientos con largos palos sobre los hombros. Cada harapiento, como se percató el joven, tenía atado en la pierna derecha un manojo de heno, y en la izquierda un haz de paja.

—Quizá nos hayamos confundido, Melfi.

—¡Paja! ¡Heno! —se escuchaban desde la explanada los rugidos del sargento que estaba dirigiendo a aquellos andrajosos—. ¡Paja! ¡Heno! ¡Coge el paso, cago en tu puta madre!

—Un estandarte ondea sobre las tiendas —dijo Melfi—. Mira tú mismo, Jarre. Los lises estos iguales son que los que platicaste en el camino. ¿Hay estandarte? Sí. ¿Hay tropas? Sí. Significa que es aquí. Bien dimos.

—Puede que tú. Yo seguro que no.

—Mira, allá cabe la empalizada está uno con no sé qué rango. Preguntémosle al tal.

Luego ya todo empezó a pasar deprisa.

—¿Nuevos? —estalló el sargento— ¿Del reclutamiento? ¡Los papeles! ¡Qué coño hacéis ahí parados el uno junto al otro! ¡Firmes! ¡Ar! ¡No os mováis! ¡Izquierda! ¡Ar! ¡Gira a la izquierda, cenutrio! ¿O es que no sabes dónde cojones la tienes? ¡De frente cabeza, paso ligero! ¡Ar! ¡Date la vuelta, cabrón! ¡Escuchar y recordar! ¡Lo primero, gilipollas, al maestre de avituallamiento! ¡Recogida de armamento! ¡Cota de malla, tabardo, pica, casco y puñal, hijos de perra! ¡Después hay retreta! ¡Listos para el toque del ocaso, capullos! ¡Rompan filas! ¡Ar!

—Un momento —Jarre se giró inseguro para mirar—, porque sin embargo me parece que yo tengo otra unidad…

—¿Cóoomo?

—Disculpe, señor oficial. —Jarre se sonrojó—. Lo que únicamente pretendo es evitar una eventual equivocación… Puesto que el señor comisario claramente… claramente me destinó a la unidad Tupuma, así pues yo…

—Estás en casa, muchacho —estalló en carcajadas el sargento, que se quedó más bien desarmado con lo de «oficial»—. Ésta es precisamente tu unidad. Bienvenido a Tu Puta Madre la Infantería.

—¿Y por qué así —repitió Rocco Hildebrandt—, y de qué modo tenemos que pagar a vuesa merced dicho tributo? Puesto que todo lo que se os debía ya quedó pagado.

—Vaya, mirailo, un canijo listo. —Sentado cómodamente sobre la silla de montar de un caballo robado, Lucio sonrió hacia sus compinches—. ¡Ya quedó pagado! Y piensa que acabao. Igualito eres que aquel pavo que no más se preocupaba por los domingos, y al final le retorcieron el pescuezo un sábado.

Okultich, Klaproth, Milton y Ograbek prorrumpieron en carcajadas al unísono. Pues la broma era oportuna. Y la diversión prometía acabar siendo todavía mejor. Rocco, percibiendo la repugnante y pegajosa mirada de los salteadores, se dio la vuelta. De pie junto al umbral de la choza estaban Incarvilia Hildebrandt, su esposa, y las hijas de ambos, Aloë y Yasmin.

Lucio y su cuadrilla miraban a las mujeres hobbits, sonriendo lascivamente. Sí, sin ningún género de dudas, la diversión prometía ser excelente. Hasta el seto que se encontraba al otro lado del camino se acercó una sobrina de Hildebrandt,

Impatientia Vanderbeck, a la cual llamaban cariñosamente Impi. Se trataba de una chica verdaderamente guapa. La sonrisa de los bandidos se tornó todavía más lasciva y estremecedora.

—Venga, enano —apremió Lucio—. Entrega a las tropas reales tu parné, comida, caballos, y saca a las vacas del establo. No vamos a andarnos aquí paraos hasta que se ponga el sol. Hemos hoy que visitar aún unas cuantas aldeas.

—¿Por qué hemos de pagar y entregaros lo que es nuestro? —La voz de Rocco Hildebrandt tembló levemente, pero todavía se oía en ella la obstinación y la tenacidad—. Habláis que es para el ejército, para la nuestra defensa. ¿Y contra el hambre, os pregunto, quién nos defiende? Ya hemos pagado por los cuarteles de invierno, y la contribución para el ejército, y el tributo por cada persona, y el gravamen por las tierras, y las tasas del ducado, y el impuesto de los carros, y las gabelas, ¡y el diablo sabe qué más cosas todavía! Por si esto fuera poco, son cuatro de esta aldea, y a tal número hay que añadir a mi propio hijo, que los carros en los convoyes militares andan ya conduciendo. Y no otro sino un cuñado mío, Milo Vanderbeck, apodado Rusty, es cirujano de campaña, persona de importancia en el ejército. Esto significa que ya hemos cumplido con creces nuestras obligaciones de campesinos… ¿De qué modo podemos pues pagar? ¿El qué y para qué? ¿Y por qué?

Lucio miraba continuamente a la esposa del mediano, Incarvilia Hildebrandt de la casa de Biberveldt. A sus mofletudas hijas, Aloë y Yasmin. A la monísima Impi Vanderbeck, que parecía una muñequita con su vestidito verde. A Sam Hofmeyer y su abuelo, el anciano Holofernes. A la abuelita Petunia, que estaba golpeando obstinadamente un surco con la azada. Al resto de medianos del caserío, fundamentalmente a las mujeres y a los adolescentes, que observaban medrosamente desde sus casa anejas y desde detrás de las empalizadas.

—¿Por qué, preguntas? —siseó, inclinándose sobre su silla de montar y mirando fijamente los aterrorizados ojos del mediano—. Voy a decirte por qué: porque eres un mediano sarnoso, ajeno y raro, quien te despelleje, repugnante aborto humano, complacerá a los dioses. A ti, ser abominable, el que vivo te queme, una buena obra estará haciendo y encima paterótica. Y también porque me muero de ganas por prender fuego a este nido tuyo y dejarlo espoblao. Y porque estas polluelas chicas tuyas me ponen cachondo y follar me las voy a todas ellas una por una. Y porque somos cinco hombres fuertes y vosotros un puñao de retacos miedicas. ¿Sabes ahora ya por qué?

—Sí, ahora sí —respondió despacio Rocco Hildebrandt—. ¡Marchaos ahora mismo de aquí, Gentes Grandes! ¡Fuera! ¡Largo de aquí, sabandijas! ¡No os daremos nada!

Lucio se enderezó echando mano a la daga que colgaba junto a su silla de montar.

—¡Golpear! —gritó—. ¡Matar!

Con un movimiento tan rápido que incluso escapó a la vista, Rocco Hildebrandt se agachó hasta la carretilla y extrajo una ballesta oculta bajo las aneas, se apoyó la culata contra la mejilla y disparó a Lucio un dardo directo a su boca abierta, que emitía un alarido en ese momento. Incarvilia Hildebrandt, de la casa de Biberveldt, realizó un revés con la mano y una hoz salió despedida por el aire dando vueltas para acabar haciendo blanco certera y violentamente en la garganta de Milton. El hijo de siervo empezó a vomitar sangre y a dar vueltas como una cabra, montado sobre la grupa de su caballo, agitando cómicamente las piernas. Ograbek, emitiendo un aullido, cayó de bruces bajo las herraduras de su caballo: del vientre le sobresalían dos mangos de madera, el abuelo Holofernes le había clavado su podadera hasta la empuñadura. El fornido Klaproth se abalanzó con su garrote contra el anciano, pero salió despedido de la silla, soltando un gruñido antinatural, alcanzado directamente en el ojo por un plantador para semillas que le había clavado Impi Vanderbeck. Okultich hizo girar a su caballo e intentó huir, pero la abuelita Petunia saltó hacia él y le clavó la hoja de su azada en el muslo. Okultich pegó un grito de dolor, se cayó de la montura, pero la pierna se le quedó enganchada en el estribo. El caballo se desbocó y se lo llevó a rastras atravesando las cercas y sus afiladas estacas. El ladrón gritaba y clamaba según iba siendo arrastrado. Y como dos lobas se apresuraron a seguir su rastro la abuelita Petunia con su horca e Impi con un cuchillo curvo para injertar árboles. El abuelo Holofernes se sonó con fuerza la nariz.

Todo aquel incidente, desde el alarido de Lucio hasta que el abuelo Holofernes se hubo sonado, transcurrió más o menos en el mismo tiempo que se tarda en decir la frase: « Los medianos son extraordinariamente rápidos y lanzan todo tipo de proyectiles sin errar el tiro» .

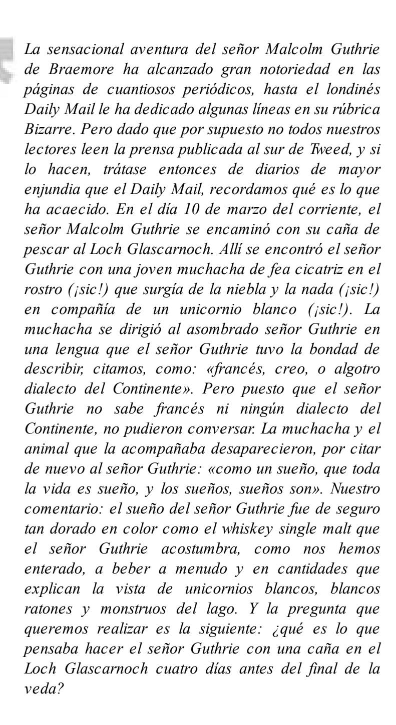
Rocco se sentó sobre las escaleritas de su choza. Junto a él se acurrucó su esposa, Incarvilia Hildebrandt de la casa de Biberveldt. Sus hijas, Aloë y Yasmin, se fueron a ayudar a Sam Hofmeyer a rematar a los heridos y despojar a los muertos.

Impi volvió, las mangas de su vestidito verde estaban manchadas con sangre hasta los codos. También regresó la abuelita Petunia, caminaba despacio, jadeando, soltando quejidos, apoyándose en la azada que aún chorreaba sangre y sujetándola por el anillo de la pala. *¡Ay, se nos está haciendo vieja la abuelita, ya está mayor!*, pensó Hildebrandt.

—¿Dónde enterramos a los salteadores, don Rocco? —preguntó Sam Hofmeyer. Rocco Hildebrandt abrazó tiernamente a su mujer por la espalda, envolviéndola con los brazos, y contempló el cielo.

—En el bosque de abedules —respondió—. Junto a los anteriores.

Capítulo séptimo



La sensacional aventura del señor Malcolm Guthrie de Braemore ha alcanzado gran notoriedad en las páginas de cuantiosos periódicos, hasta el londinés Daily Mail le ha dedicado algunas líneas en su rúbrica Bizarre. Pero dado que por supuesto no todos nuestros lectores leen la prensa publicada al sur de Tweed, y si lo hacen, trátase entonces de diarios de mayor enjundia que el Daily Mail, recordamos qué es lo que ha acaecido. En el día 10 de marzo del corriente, el señor Malcolm Guthrie se encaminó con su caña de pescar al Loch Glascarnoch. Allí se encontró el señor Guthrie con una joven muchacha de fea cicatriz en el rostro (¡sic!) que surgía de la niebla y la nada (¡sic!) en compañía de un unicornio blanco (¡sic!). La muchacha se dirigió al asombrado señor Guthrie en una lengua que el señor Guthrie tuvo la bondad de describir, citamos, como: «francés, creo, o algotro dialecto del Continente». Pero puesto que el señor Guthrie no sabe francés ni ningún dialecto del Continente, no pudieron conversar. La muchacha y el animal que la acompañaba desaparecieron, por citar de nuevo al señor Guthrie: «como un sueño, que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son». Nuestro comentario: el sueño del señor Guthrie fue de seguro tan dorado en color como el whiskey single malt que el señor Guthrie acostumbra, como nos hemos enterado, a beber a menudo y en cantidades que explican la vista de unicornios blancos, blancos ratones y monstruos del lago. Y la pregunta que queremos realizar es la siguiente: ¿qué es lo que pensaba hacer el señor Guthrie con una caña en el Loch Glascarnoch cuatro días antes del final de la veda?

Inverness Weekly del 18 de marzo de 1906

*****

Siguiendo al viento que comenzaba a arreciar, el cielo empezó a oscurecerse desde poniente, las olas de nubes que se acercaban iban borrando poco a poco las constelaciones. Se apagó el Dragón, se apagó la Dama del Invierno, se apagaron los Siete Cabritillos. Desapareció el Ojo, la constelación que brillaba más y durante más tiempo. La cúpula del cielo brilló a lo largo del horizonte con la breve claridad de un relámpago. Se le unió un trueno con un sordo estampido. El vendaval se acrecentó violentamente, lanzando a los ojos polvo y hojas secas.

El unicornio relinchó, envió una señal mental.

No hay tiempo que perder. Tenemos que escapar a toda prisa: es nuestra única esperanza. Escapar al lugar apropiado, al tiempo apropiado. Deprisa, Ojo de Estrella.

Soy la Señora de los Mundos. Soy de la Antigua Sangre. Soy de la sangre de Lara Dorren, la hija de Shiadhal.

Ihuarraquax relinchó, apremiándola. Kelpa la secundó con un largo resoplido. Ciri se puso los guantes.

—Estoy lista —dijo.

Un rumor en los oídos. Un resplandor. Y después la oscuridad.

Las maldiciones del Rey Pescador, mientras retorcía y tiraba de una cuerda desde su barca intentando liberar la red enredada en el fondo, quebraron el agua del lago y el silencio de la tarde. Los remos, que estaban sueltos, golpeteaban sordamente. Nimue carraspeó impaciente, Condwiramurs se volvió, abandonando la ventana, se inclinó de nuevo sobre los grabados. Había un cartón que atraía la vista más que los otros. Una muchacha con el cabello al aire, a lomos de una yegua mora con las patas delanteras alzadas. Junto a ella un unicornio blanco, también de manos, su crin al viento de forma parecida a los cabellos de la muchacha.

—Sólo de este fragmento de la leyenda, creo, no tuvieron los historiadores pretensiones de apoderarse —comentó la novicia—. Lo reconocieron por unanimidad como un invento y un adorno legendario, a veces como una metáfora delirante. Mientras que los artistas y los grabadores, para llevarles la contraria a los eruditos, tomaron gusto en el episodio. Mira aquí: todas las imágenes son de Ciri con el unicornio. ¿Qué tenemos aquí? Ciri y el unicornio en un acantilado sobre una playa. Y aquí: Ciri y el unicornio en un paisaje como de trance narcótico, de noche, bajo dos lunas.

Nimue guardaba silencio.

—En una palabra —Condwiramurs tiró los cartones sobre la mesa—, por todos lados Ciri y el unicornio. Ciri y el unicornio en el laberinto de los mundos, Ciri y el unicornio en el abismo de los tiempos…

—Ciri y el unicornio —la interrumpió Nimue, mirando por la ventana, hacia

el lago, a la barca y al Rey Pescador que se removía en ella—. Ciri y el unicornio surgen de la nada como fantasmas, cuelgan sobre las serenas aguas de un lago… ¿O puede que sea todo el tiempo el mismo lago, un lago que une los tiempos y lugares como si fuera una bisagra, todo el tiempo distinto y sin embargo siempre el mismo?

—¿Cómo?

—Los fantasmas. —Nimue no la miraba a ella—. Los visitantes de otras dimensiones, de otros niveles, de otros lugares, otros tiempos. Visiones que cambian la vida de alguien. Cambian también tu vida, tu destino… Sin saberlo. Para ellos simplemente es… un lugar más. No es este lugar, ni este tiempo… Otra vez, no se sabe cuántas ya, no es este lugar ni este tiempo…

—Nimue —la interrumpió Condwiramurs con una sonrisa forzada—. Yo soy la soñadora, te recuerdo, yo soy la de los sueños y la oniroscopia. Y tú sin venir a cuento te pones a profetizar. Como eso de lo que hablas, visiones… en sueños.

El Rey Pescador, a juzgar por la violenta subida de tensión de su voz y sus palabrotas, no conseguía desenganchar el anzuelo, el sedal se había roto. Nimue guardaba silencio, mirando el grabado. Ciri y el unicornio.

—Es verdad que lo que te he hablado —dijo por fin, muy tranquila— lo he visto en sueños. Lo vi en sueños muchas veces. Y una vez despierta.

En algunas circunstancias el viaje de Czluchow a Malbork, como es sabido, puede costar hasta cinco días. Y dado que las cartas del komtur de Czluchow a Winiych van Kniprode, gran maestre de la Orden, tenían que llegar sin falta a su destinatario no más tarde que el día del Corpus Christi, el caballero Heinrich von Schwelborn no lo dudó y se lanzó al día siguiente del domingo de Exaudi Domine para poder cabalgar tranquilamente y sin peligro de retrasarse. *Langsam aber sicher*. Mucho le gustaba la actitud del caballero a su escolta, formada por seis ballesteros a caballo dirigidos por Hasso Planck, hijo de un pastelero de Colonia. Los ballesteros y Planck estaban más bien acostumbrados a aquellos caballeros que maldecían, gritaban, apremiaban y ordenaban cabalgar a muerte, y luego, cuando no llegaban a tiempo, echaban toda la culpa a sus pobres siervos, mintiendo de formas indignas para un caballero y para colmo de una orden militar. No hacía frío, aunque estaba nublado. De vez en cuando caía un chirimiri, la niebla ondulaba por los barrancos. Las colinas recubiertas de densa vegetación le recordaban al caballero Heinrich a su Turingia natal, a su madre y el hecho de que hacía más de un mes que no gozaba de hembra. Los ballesteros que iban en la retaguardia cantaban con pasión baladas de Walther von der Vogelweide. Hasso Planck daba cabezadas en su silla.

Wer guter Fraue Liebe hat

Der schamt sich aller Missetat…

El camino seguía apacible y quién sabe, puede que hubiera sido tranquilo hasta el final si no hubiera sido porque hacia el mediodía el caballero Heinrich vio relucir abajo de la senda un plácido lago. Y como el día siguiente era viernes y convenía aprovisionarse con pitanzas de ayuno, el caballero ordenó acercarse al agua y mirar si se encontraba algún aposento de pescadores. El lago era grande, había en él hasta una isla. Nadie sabía cómo se llamaba, pero de seguro que se llamaba Santo. En este país pagano —como haciendo burla— uno de cada dos lagos se llamaba Santo.

Los cascos aplastaron las conchas de la orilla. La niebla estaba suspendida sobre el lago, pero también se veía que aquello era un despoblado, no había ni rastro de barcas, ni redes, ni un alma. *Habrá que buscar en algún otro lugar*, pensó Heinrich von Schwelborn. *Y si no, qué se le va a hacer. Comeremos lo que tengamos en las albardas, aunque sea cecina, y en Malbork nos confesaremos, el capellán nos dará la absolución y adiós al pecado*.

Ya estaba a punto de dar la orden cuando en su cabeza, bajo el yelmo, sonó un zumbido, y Hasso Planck lanzó un agudo grito. Von Schwelborn le miró y se quedó pálido. Y se persignó. Vio dos caballos, uno blanco y otro negro. Al cabo de un instante vio con espanto que el caballo blanco tenía en su frente un cuerno trenzado en espiral. Vio también que en el caballo negro iba montada una muchacha de cabellos grises peinados de forma que le cubrían la mejilla. Las visiones parecían no tocar ni la tierra ni el agua, daba la sensación de que colgaban sobre la niebla que se retorcía por encima de la superficie del lago.

El caballo negro relinchó.

—Uuups… —dijo claramente la muchacha de los cabellos grises—. ¡Ire lokke, ire tedd! Squaess'me.

—Santa Úrsula, patrona nuestra… —balbuceó Hasso, pálido como la muerte. Los ballesteros se quedaron congelados con las bocas abiertas, se cubrieron haciendo la señal de la cruz.

Von Schwelborn también se santiguó, después de lo cual, con mano temblorosa, sacó la espada de la vaina que llevaba bajo el faldón de la silla.

—*Heilige Maria, Mutter Gottes!* —gritó— *Steh mirbe i!*

El caballero Heinrich no trajo aquel día vergüenza a sus valerosos antepasados Von Schwelborn, entre ellos a Dyktrow von Schwelborn, el cual se había batido bravamente en la batalla de Camietta y que fue uno de los pocos que no huyó cuando los sarracenos lanzaron a un demonio negro sobre los cruzados. Habiendo espoleado al caballo y recordando a su indomable predecesor, Heinrich von Schwelborn se lanzó contra la aparición entre las almejas que saltaban bajo los cascos.

—¡Por la Orden y por San Jorge!

El unicornio blanco, como una verdadera figura heráldica, se puso a dos patas, la yegua negra bailó, la muchacha se asustó, se veía al primer golpe de vista. Heinrich von Schwelborn cargaba. Quién sabe en qué habría acabado todo si de pronto no se hubiera alzado del lago la niebla haciendo estallar la imagen de aquel extraño grupo, que se deshizo en fragmentos multicolores como si fuera una vidriera golpeada por una piedra. Y todo desapareció. Todo. El unicornio, el caballo negro, la extraña muchacha… El alazán de Heinrich von Schwelborn entró en el lago con un chapoteo, se detuvo, meneó la testa, bufó, mordió el bocado.

Dominando con dificultad al caballo que se le iba para un costado, Hasso Planck se acercó al caballero. Von Schwelborn aspiraba y espiraba, no pestañeaba, y tenía los ojos desorbitados como un pescado de ayuno.

—Por los huesos de la santa Úrsula, la santa Cordelia y todas las once mil vírgenes mártires de Colonia… —logró sacar de su pecho Hasso Planck—. ¿Qué es lo que fue, *edler Herr Ritter*? ¿Un milagro? ¿Una aparición?

—*Teufelswerk!* —jadeó Von Schwelborn, que sólo ahora palideció y se echó a temblar—. *Schwarze Magie! Zauberey!*. Cosa maldita, pagana y demoníaca.

—Mejor vayámonos de aquí, señor. Cuanto antes… No estamos lejos de Pelplin, lleguémonos al alcance de las campanas de la iglesia…

Junto al mismo bosque, en una elevación, el caballero Heinrich se dio la vuelta y miró por última vez. El viento había disuelto la niebla, en las zonas que no estaban protegidas por la pared del bosque la superficie del lago se quebraba y arrugaba. Sobre el agua giraba una gran águila pescadora.

—País sin Dios, pagano —murmuraba Heinrich von Schwelborn—. Mucho, mucho trabajo, mucho esfuerzo y energía nos espera antes de que la Orden Teutónica logre expulsar de aquí por fin al diablo.

—Caballito —dijo Ciri con reproche y sarcasmo al mismo tiempo—. No quisiera ser pesada, pero tengo algo de prisa por llegar a mi mundo. Los míos me necesitan, lo sabes. Y nosotros primero nos encontramos en no sé qué lago y con un palurdo ridículo vestido de saco, luego a un grupo de peludos gritones con mazas, por fin a un loco con una cruz negra en la capa. ¡No son estos lugares ni estos tiempos! Te pido por favor que lo intentes mejor. Te lo pido de verdad.

Ihuarraquax relinchó, afirmó con su cuerno y le envió algo, un pensamiento muy sabio. Ciri no lo entendió del todo. No tuvo tiempo de reflexionar, puesto que el interior de su cráneo fue de nuevo anegado por una fría claridad, los oídos zumbaron, la espalda le hormigueó.

Y de nuevo la abrazó una oscura y blanda nada.

Nimue, sonriendo contenta, tiró al hombre de la mano, ambos corrieron hacia el lago, haciendo regates entre los bajos abedules y alisos, entre pinos derribados. Al correr hacia la playa arenosa, Nimue arrojó las sandalias, se alzó el vestido, chapoteó con sus pies descalzos en el agua de la orilla. El hombre también se quitó las botas, pero no se atrevió a entrar en el agua. Se quitó la capa y la extendió sobre la arena. Nimue corrió hacia él, le echó las manos al cuello y se puso de puntillas, pero para poder besarla el hombre todavía tuvo que inclinarse mucho. A Nimue no la llamaban sin razón Pulgarcita, pero ahora, cuando tenía ya dieciocho años y era una adepta de las artes mágicas, el privilegio de llamarla así les pertenecía tan sólo a los amigos más cercanos. Y a algunos hombres.

El hombre, sin apartar los labios de los labios de Nimue, introdujo la mano bajo su escote. Luego todo fue muy rápido. Ambos se encontraron sobre la capa extendida en la arena, el vestido de Nimue se alzó por encima del talle, sus muslos rodearon con fuerza la pelvis del hombre y las manos se clavaron a su espalda. Cuando él la tomó, como de costumbre, con demasiada impaciencia, ella apretó los dientes, pero pronto le alcanzó en excitación, se puso a su altura, mantuvo el paso. Tenía experiencia. El hombre emitía ridículos sonidos. Por encima de sus hombros Nimue observaba los cúmulos que fluían por el cielo lentamente con sus fantásticas formas. Algo sonó, del mismo modo que suena una campana hundida en el océano. En los oídos de Nimue hubo un repentino zumbido. *Magia*, pensó, volviendo la cabeza, liberándose de la mejilla y los brazos del hombre que yacía sobre ella. Junto a la orilla del lago —suspendido sobre su superficie— había un unicornio blanco. Junto a ella un caballo negro. Y en la silla del caballo negro estaba sentada… *Pero si yo conozco esta leyenda, le pasó por la cabeza a Nimue. ¡Conozco este cuento!*

Era una niña, una niña pequeña, cuando oí por vez primera este cuento, lo contaba el abuelo Silbón, el cuentacuentos vagabundo… La brujilla Ciri… Con su cicatriz en la mejilla… La yegua negra Kelpa… El unicornio… El País de los Elfos… Los movimientos del hombre, quien no se había percatado en absoluto de la aparición, se hicieron más violentos, los sonidos emitidos por él, aún más ridículos.

—Uuups —dijo la muchacha sentada en la yegua mora—. ¡Otra equivocación! No es este lugar, no es este tiempo. Para colmo, como veo, completamente a deshora. Lo siento.

La imagen se borró y estalló, estalló de la misma forma que cristal pintado, se quebró de pronto, se rompió en un irisado tumulto de luminiscencias, fulgores y brillos. Y luego todo desapareció.

—¡No! —gritó Nimue—. ¡No! ¡No desaparezcas! ¡No quiero!

Enderezó la rodilla y quiso librarse del hombre pero no pudo: era más fuerte

y más pesado que ella. El hombre jadeaba y gemía.

—Oooh, Nimue… ¡Oooh!

Nimue gritó y le clavó los dientes en el hombro.

Se tendieron sobre la capa, temblorosos y ardientes. Nimue miraba a la orilla del lago, a la espuma producida por el batir de las olas. A los juncos doblados por el viento. Al vacío descolorido y desesperado dejado por la leyenda recién esfumada. Por las narices de la novicia corrieron las lágrimas.

—Nimue… ¿ha pasado algo?

—Claro, ha pasado. —Se apretó contra él, pero seguía mirando al lago—. No digas nada. Abrázame y no digas nada.

El hombre sonrió con suficiencia.

—Sé lo que ha pasado —dijo jactancioso—. ¿Tembló la tierra?

Nimue sonrió tristemente.

—No sólo —dijo al cabo de un instante de silencio—. No sólo.

Un relámpago. Oscuridad. El siguiente lugar.

El siguiente lugar era un lugar hechizado, maligno y pavoroso. Ciri se encogió en la silla inconscientemente, estremecida tanto en el sentido literal como en el metafórico. Los cascos de Kelpa chocaron con ímpetu contra algo dolorosamente duro, plano e inabordable como una roca. Al cabo de mucho tiempo de agitarse en una blanda nada, la sensación de dureza era asombrosa y dolorosa hasta tal punto que la yegua relinchó y se echó con violencia hacia un lado, tocando en el suelo un staccato que hacía castañetear los dientes.

El otro estremecimiento, el metafórico, se lo produjo el olfato. Ciri gimió y se cubrió la boca y la nariz con el guante. Sintió cómo los ojos se le llenaban al momento de lágrimas. A su alrededor se alzaba un hedor ácido, corrosivo, denso y pegajoso, una fetidez asfixiante y asquerosa que no se podía precisar, no recordaba a nada de lo que Ciri hubiera olido alguna vez. Era aquello —estaba segura sin embargo— el horror de la putrefacción, el cadavérico hedor de la última degradación y degeneración, el olor de la ruina y la destrucción, ante lo que se tenía la impresión de que lo que se estaba pudriendo no olía mejor cuando había estado vivo. Incluso en el momento de su mayor esplendor.

Se dobló en un movimiento de vómito sobre el que no era capaz de ejercer control alguno. Kelpa bufaba y meneaba la testa, tensando los ollares. El unicornio, que se había materializado junto a ellos, se sentó sobre su trasero, saltó, coceó. El duro suelo respondió con un temblor y un sordo eco.

A su alrededor reinaba la noche, una noche oscura y sucia, envuelta en un pegajoso y apestoso harapo de oscuridad.

Ciri miró hacia arriba, buscando las estrellas, pero arriba no había nada, sólo un abismo, a veces iluminado por un vago resplandor rojizo, como de un lejano incendio.

—Uuups —dijo, y frunció el rostro, sintiendo cómo un vapor ácido y ceniciento se le aposentaba en los labios—. ¡Bue-eeee-ech! ¡No es este lugar, no es este tiempo! ¡De ningún modo lo es!

El unicornio brincó y meneó la testa, su cuerno dibujó un corto y violento arco. El suelo que rechinaba bajo los cascos de Kelpa era de roca, pero extraña, innaturalmente lisa, de la que emanaba un intenso hedor a hoguera y a sucias cenizas. Ciri estaba harta de aquella desagradable y enervante dureza. Dirigió la yegua hacia un reborde marcado por algo que alguna vez fueron árboles, pero ahora tan sólo esqueletos monstruosos y desnudos. Cadáveres cubiertos de jirones de tela, como si se trataran de restos de sudarios podridos.

El unicornio le advirtió con un relincho y una señal mental. Pero llegó tarde. Nada más pasar el extraño camino y los secos árboles comenzaba un montón de escombros, y más allá, bajo él, una pendiente que caía brutalmente hacia abajo, casi un precipicio. Ciri gritó, golpeó con los talones en los costados de la yegua que se resbalaba. Kelpa se revolvió, aplastando con sus cascos aquello de lo que estaba compuesta la escombrera. Y eran deshechos. En su mayoría algún tipo de extraña vajilla. Aquella vajilla se aplastaba bajo los cascos, no crujía, sino que estallaba de una forma asquerosamente blanda, pegajosa, como si fueran grandes vejigas de pez. Algo churrupeteó y gorgoteó, el repugnante olor a poco no derribó a Ciri de su silla. Kelpa, relinchando rabiosamente, pisoteó el basurero, abriéndose paso hacia la cima, hacia el camino. Ciri, ahogándose por el hedor, se aferró al cuello de la yegua.

Lo consiguieron. Saludaron la desagradable dureza del extraño camino con alegría y alivio. Ciri, temblando toda, miró hacia abajo, a la escombrera que terminaba en la oscura tabla de un lago que llenaba el fondo de un cráter. La superficie del lago estaba muerta y brillante, como si no fuera agua sino alquitrán sólido. Al otro lado del lago, detrás del basurero, de las montañas de cenizas y los hacinamientos de escorias, el cielo enrojecía a causa de los lejanos incendios, una rojez marcada por columnas de humo. El unicornio bufó. Ciri quiso limpiarse los ojos llorosos con las mangas, pero de pronto se dio cuenta de que toda la manga estaba cubierta de polvo. Con una capa de polvo estaban también cubiertos sus muslos, el arzón de la silla, la crin y el cuello de Kelpa. El hedor la ahogaba.

—Qué asco —murmuró—. Repugnante… Me da la sensación de que estoy toda pegajosa. Vámonos de aquí… Vámonos lo más deprisa posible, Caballito.

El unicornio estiró las orejas, ronqueó.

Sólo tú puedes hacerlo. Actúa.

—¿Yo? ¿Sola? ¿Sin tu ayuda?

El unicornio afirmó con su cuerno.

Ciri se rascó la cabeza, suspiró, cerró los ojos. Se concentró. Al principio había sólo incredulidad, resignación y miedo. Pero rápidamente fluyó en ella una fría claridad, la claridad del saber y el poder. No tenía ni idea de dónde surgían aquel saber y aquel poder, dónde tenían sus raíces y fuente. Pero sabía que podía. Que lo conseguiría si quisiera. Volvió otra vez la vista al lago paralizado y muerto, a la humeante acumulación de desechos, a los esqueletos de los árboles. Al cielo iluminado por el resplandor lejano de los incendios.

—Está bien —se inclinó y escupió— que no sea éste mi mundo. ¡Muy bien!

El unicornio relinchó significativamente. Ella entendió lo que había querido decir.

—E incluso si es el mío. —Se limpió los ojos, la boca y la nariz con un pañuelo—. Al mismo tiempo tampoco lo es, porque está alejado en el tiempo. Es el pasado o…

Se interrumpió.

—El pasado —repitió con voz sorda—. Creo de todo corazón que es el pasado.

La lluvia a mares, un verdadero diluvio que les recibió en el lugar siguiente, la saludaron como a una verdadera bendición. La lluvia era cálida y aromática, olía a verano, a hierba, a barro y a vegetación, la lluvia lavó de ellos la porquería, les limpió, les provocó una verdadera catarsis.

Como toda catarsis, a la larga, se volvió monótona, exagerada e insoportable. El agua que limpiaba al cabo del tiempo comenzó a mojar molestamente, a meterse por el cuello y a enfriarles. De modo que huyeron de aquel lugar lluvioso. Porque tampoco era aquél el lugar. Ni el tiempo.

El siguiente lugar era muy cálido, reinaba allí un calor intenso, de modo que Ciri, Kelpa y el unicornio se secaron y empezaron a echar vapor de agua como tres teteras. Se encontraban en un brezal asolado por el sol al borde de un bosque. De inmediato se podía uno dar cuenta de que se trataba de un gran bosque, una selva densa, salvaje e increíblemente espesa. En el corazón de Ciri palpitaba la esperanza: aquél podía ser el bosque de Brokilón, es decir, por fin un lugar conocido y correcto. Anduvieron lentamente por los límites del bosque. Ciri buscaba con la mirada algo que pudiera servir como pista. El unicornio ronqueó, alzó la cabeza y el cuerno bien alto, miró a su alrededor. Estaba intranquilo.

—¿Piensas, Caballito —preguntó—, que nos pueden atrapar?

Un relincho, inteligible e inequívoco, incluso sin telepatía.

—¿No hemos conseguido escapar todavía suficientemente lejos?

No entendió lo que le transmitió con sus pensamientos. ¿No existían lejos y

cerca? ¿Espiral? ¿Qué espiral?

No entendía qué es lo que quería decir. Pero le contagió su desasosiego. El caluroso brezal no era el lugar correcto ni el tiempo correcto. Se dieron cuenta de ello por la tarde, cuando cedió el calor en el cielo sobre el bosque y en vez de una luna aparecieron dos. Una grande y otra pequeña.

El siguiente lugar estaba a la orilla de un mar, un acantilado muy empinado desde el que se veían palomas torcaces extendidas sobre unas rocas de extrañas formas. Olía a viento marino, chillaban las golondrinas de mar, las gaviotas y los petreles, una blanca y dinámica capa que cubría las terrazas de roca. El mar alcanzaba hasta el horizonte, enmarcado por oscuras nubes.

Abajo en una playa pedregosa, Ciri distinguió de pronto el esqueleto de un gigantesco pez de monstruosa cabeza enterrado en parte en la gravilla. Los dientes que cubrían las blancas mandíbulas tenían por lo menos tres pies de longitud y en sus fauces, daba la sensación, se podría entrar tranquilamente a caballo y desfilar bajo el portal de las costillas sin rozar la cabeza con la espina dorsal.

Ciri no estaba segura de si en su mundo y en su tiempo existían unos peces así. Avanzaron por el borde del acantilado y las gaviotas y los albatros no se espantaron en absoluto, les cedían el paso a disgusto, incluso intentaban picotear y pinchar los cuartillos de Kelpa y de Ihuarraquax. Ciri comprendió al instante que aquellos pájaros no habían visto nunca ni a un ser humano ni a un caballo. Ni a un unicornio. Ihuarraquax bufó, meneó la cabeza y el cuerno, estaba visiblemente intranquilo. Resultó que con razón. Algo chasqueó, exactamente igual que una tela rasgada. Las golondrinas se alzaron con un chillido y un aleteo, cubriendo todo al instante de una nube blanca. El aire sobre el acantilado tembló de pronto, se enturbió como un cristal mojado de agua. Y estalló como un cristal. Y del estallido surgió una oscuridad, de la oscuridad, por su parte, surgieron unos caballos. Alrededor de sus hombros se agitaban unas capas cuyo color entre el cinabrio, el amaranto y el carmín recordaba al resplandor de un incendio en un cielo iluminado por los rayos del sol poniente.

Dearg Ruadhri. Los Jinetes Rojos.

Antes incluso de que se apagaran el chillido de los pájaros y el relincho de alarma del unicornio, Ciri ya había dado la vuelta a la yegua y se había lanzado al galope. Pero el aire estalló también por el otro lado de la explosión, agitando sus capas como alas, surgieron más jinetes. La media luna de la trampa se cerró, apretándola contra el abismo. Ciri gritó, sacando a Golondrina de su vaina.

El unicornio le lanzó una fuerte señal que se clavó en su cerebro como una aguja. Esta vez lo entendió de inmediato. Le mostraba el camino. Un hueco en el anillo. Él por su parte se puso a dos patas, relinchó agudamente y se lanzó contra

los elfos con el cuerno amenazadoramente inclinado.

—¡Caballito!

¡Sálvate, Ojo de Estrella! No permitas que te atrapen.

Se aferró a la crin.

Dos elfos le cortaron el camino. Llevaban lazos atados a largos palos. Intentaron lanzarlos al cuello de Kelpa. La yegua los esquivó hábilmente sin retrasar ni un segundo el galope. Ciri cortó otro lazo con un movimiento de espada, espoleó a Kelpa con un grito. La yegua corría como una tormenta.

Pero otros le pisaban ya los talones, escuchaba sus gritos, el golpeteo de los cascos, el chasquido de sus capas. *¿Qué ha pasado con Caballito*, pensó, *qué han hecho con él?*

No había tiempo para la meditación. El unicornio tenía razón, no podía permitir que la atraparan otra vez. Tenía que buscar un escondite en el espacio, esconderse, perderse en el laberinto de tiempos y lugares. Se concentró, sintiendo con horror que en la cabeza no tenía más que vacío y un extraño ruido, retumbante, que crecía rápidamente. *Me están lanzando un hechizo*, pensó. *Quieren hacerme perder el sentido con encantamientos. ¡No hay que esperar! Los hechizos tienen alcance. No les permitiré que se acerquen a mí.*

—¡Corre, Kelpa!

La yegua mora estiró el cuello y voló como el viento. Ciri se aposentó sobre su cuello para ofrecer un mínimo de resistencia al aire.

Los gritos a su espalda, que sólo un momento antes habían sido estruendosos y peligrosamente cercanos, se achicaron, ahogados por los chillidos de los pájaros asustados. Luego enmudecieron por completo.

Lejanos.

Kelpa corría como una tormenta. El viento marino aullaba en sus oídos. En los lejanos gritos de sus perseguidores resonó una nota de rabia. Habían comprendido que no lo iban a conseguir. Que nunca iban a alcanzar a aquella yegua mora que galopaba sin signo alguno de cansancio, ligera, blanda y elástica como un guepardo. Ciri no miró hacia atrás. Pero sabía que la persiguieron durante mucho tiempo. Hasta el momento en que sus propios caballos comenzaron a bufar y relinchar, a tropezarse y a bajar casi hasta el suelo sus bocas abiertas y llenas de espuma. Sólo entonces renunciaron a seguir, enviando tras ella tan sólo maldiciones e impotentes amenazas. Kelpa corría como el viento.

El lugar al que había huido era seco y ventoso. Un viento rápido y potente le secó las lágrimas de sus mejillas.

Estaba sola. Otra vez sola. Sola como la una.

Una vagabunda, una eterna errante, un marinero perdido en los insondables

mares entre el archipiélago de los lugares y los tiempos.

Un marinero que estaba perdiendo la esperanza.

El viento soplaba y aullaba, arrastraba por la agrietada tierra bolas de secos arbustos.

El viento le secaba las lágrimas.

En el interior del cráneo una claridad fría, en los oídos un ruido, un ruido uniforme, como dentro de una concha marina. Un hormigueo en la nuca. La negra y blanda nada. Nuevos lugares. Otros lugares.

Un archipiélago de lugares.

—Hoy —dijo Nimue, arrebujándose en la piel— será una buena noche. Lo presiento.

Condwiramurs no comentó nada, aunque había escuchado parecidas aseveraciones unas cuantas veces. Porque no era la primera tarde que estaban sentadas en la terraza, teniendo ante sí el lago que ardía en el ocaso y detrás de ellos el espejo mágico y el tapiz mágico.

Desde el lago, repitiéndose varias veces por el eco de la superficie, les llegaban las maldiciones del Rey Pescador. El Rey Pescador solía subrayar con gruesas palabras su insatisfacción por sus fracasos de pescador: tiros, lanzamientos, arrastres y otros enganches sin fruto. Aquella tarde, a juzgar por la fuerza del repertorio de sus blasfemias, le iba extraordinariamente mal.

—El tiempo —dijo Nimue— no tiene principio ni final. El tiempo es como la serpiente Uroboros, que muerde con sus dientes su propia cola. En cada momento se esconde la eternidad. Y la eternidad se compone de los momentos que la crean. La eternidad es un archipiélago de momentos. Se puede navegar entre ese archipiélago, aunque la navegación sea muy difícil y sea peligroso errar. Está bien tener un faro para guiarse por su luz. Está bien escuchar la llamada en medio de la niebla…

Guardó silencio por un instante.

—¿Cómo se termina la leyenda que nos interesa? Nos parece, a ti y a mí, que sabemos cómo se termina. Pero Uroboros sigue teniendo su propia cola entre los dientes. Sí, es ahora cuando se está decidiendo cómo se termina la leyenda. En este instante. El final de la leyenda va a depender de cuándo el marinero perdido en el archipiélago de instantes vislumbra la luz del faro. Y de si escucha la llamada.

Del lago les llegó una maldición, un chapoteo, el golpeteo de los remos en sus engarces.

—Hoy va a ser una buena noche. La última antes del solsticio de verano. La

luna se hace más pequeña. El sol pasa de la Tercera a la Cuarta Casa, al signo de Capricornio. El mejor momento para la adivinación… El mejor momento… Concéntrate, Condwiramurs.

Condwiramurs, como muchas veces antes, se concentró obedientemente, entrando poco a poco en un estado de autotrance.

—Búscala —dijo Nimue—. Ella está allí, entre las estrellas, entre los brillos de la luna. Entre los lugares. Ella está allí. Necesita ayuda. Ayudémosla, Condwiramurs.

Concentración, los puños en las sienes. En los oídos un ruido como en el interior de una concha marina. Un relámpago. Y una repentina nada, blanda y negra.

Hubo un lugar en el que Ciri vio hogueras ardiendo. Mujeres atadas con cadenas a unos palos aullaban horriblemente pidiendo piedad y la multitud reunida a su alrededor gritaba, se reía y bailaba. Hubo un lugar en el que ardía una gran ciudad, el fuego rugía y las llamas crepitaban surgiendo de los tejados que se hundían y un humo negro cubría el cielo por completo. Hubo un lugar en el que unos enormes lagartos bípedos luchaban entre sí y su sangre carmesí fluía por entre los colmillos y las garras.

Hubo un lugar en el que cientos de molinos blancos idénticos molían el cielo con sus elegantes alas. Hubo un lugar en el que cientos de serpientes silbaban y se retorcían sobre las piedras, agitando y haciendo sonar cascabeles.

Hubo un lugar en el que había oscuridad, y en la oscuridad voces, susurros y terror. Hubo aun otros lugares. Pero ninguno de ellos era el correcto.

El transportarse de lugar en lugar le salía ya tan bien que comenzó a experimentar. Uno de los pocos lugares que no le daban miedo era aquel cálido brezal al borde de un frondoso bosque, aquel en el que había dos lunas.

Recreando en su memoria la imagen de aquellas dos lunas y repitiendo en su pensamiento lo que quería, Ciri se concentró, se tensó, se hundió en la nada.

Lo consiguió ya al segundo intento. Animada, se decidió a un experimento aún más atrevido. Estaba claro que aparte de lugares también visitaba tiempos, lo había dicho Vysogota, lo habían dicho también los elfos, lo mencionaron los unicornios. ¡Si hasta lo había hecho antes, aunque hubiera sido inconscientemente! Cuando la hirieron en el rostro, escapó de sus perseguidores a través del tiempo, saltó cuatro días en el futuro, luego Vysogota no conseguía calcular aquellos días, nada encajaba…

¿No sería aquélla su oportunidad? ¿Un salto en el tiempo?

Decidió probarlo. La ciudad en llamas, por ejemplo, no habría ardido eternamente. ¿Y si llegara allí antes del incendio? ¿O después?

Cayó casi en medio del incendio, tiznándose las cejas y las pestañas y produciendo un enorme pánico entre los fugitivos que huían de la ciudad en llamas.

Huyó a su brezal tan amistoso. *Creo que no merece la pena arriesgarse así*, pensó, *el diablo sabe cómo puede terminar esto. Con los lugares me sale mejor, así que seguiremos con los lugares. Intentaremos llegar a los lugares. A lugares conocidos, los que conozco bien. Y aquellos que me traigan recuerdos agradables*.

Comenzó por el santuario de Melitele, imaginándose la puerta, el edificio, el parque y los talleres, el dormitorio de las adeptas, las habitaciones en las que vivía Yennefer. Se concentró con los puños en las sienes, trayendo a su memoria los rostros de Nenneke, Eurneid, Katja, Iola Segunda.

No le funcionó. Se topó con un pantano nebuloso y plagado de mosquitos, donde resonaban los silbidos de las tortugas y el sonoro croar de las ranas.

Intentó después —sin mejor resultado— Kaer Morhen, las islas Skellige, el banco de Gors Velen en el que trabajaba Fabio Sachs. No se atrevió a probar Cintra, sabía que la ciudad estaba ocupada por los nilfgaardianos. En vez de ello intentó Wyzima, la ciudad donde Yennefer y ella fueron de compras una vez.

Aarhenius Krantz, sabio, alquimista, astrónomo y astrólogo, se retorcía ante la dura mesita con el ojo apretado contra el ocular del telescopio. El cometa de primera magnitud que desde hacía casi una semana se podía observar en el cielo, como sabía Aarhenius Krantz, al llevar la cola de rojo ígneo solía anunciar grandes guerras, calamidades y matanzas. Ahora, la verdad sea dicha, el cometa se había retrasado un tanto con su profecía, puesto que la guerra con Nilfgaard estaba en su apogeo y calamidades y matanzas se podían prever a ciegas y sin equivocarse, puesto que no había día sin ellas. Buen conocedor de los movimientos de las esferas celestes, Aarhenius Krantz tenía sin embargo la esperanza de calcular cuándo, dentro de cuántos años o siglos, el cometa volvería a aparecer, anunciando una nueva guerra para la que, quién sabe, quizá fuera posible prepararse mejor que para la presente.

El astrónomo se levantó, se masajeó el trasero y se fue a aliviar la vejiga. Desde la terraza, a través de la balaustrada. Siempre meaba desde la terraza directamente a un macizo de pivonias, sin importarle las reprimendas de la dueña. El retrete estaba simplemente demasiado lejos, emplear el tiempo en una larga marcha le hacía arriesgarse a perder observaciones muy valiosas, y esto ningún científico podía permitírselo.

Se detuvo junto a la balaustrada, se desató los pantalones mirando a las luces de Wyzima que se reflejaban en el agua del lago. Suspiró con alivio, alzó la vista

hacia las estrellas. *Estrellas*, pensó, *y constelaciones. La Dama de Invierno, los Siete Cabritillos, la Jarra. Según algunas teorías no eran aquellas lucecillas parpadeantes, sino mundos. Otros mundos. Mundos de los que nos separaban el tiempo y el cosmos… Creo firmemente*, pensó, *que será posible alguna vez viajar a aquellos otros mundos. Sí, con toda seguridad, será posible. Se encontrará el modo. Pero necesitará de un pensamiento completamente nuevo, de una nueva y viva idea que rompa el hoy ya apretado y rígido corsé de lo que se llama conocimiento racional…*

Ah, pensó, dando saltitos, *si sólo fuera posible… ¡Alcanzar la iluminación, encontrar las pistas! Si encontrara una sola ocasión irrepetible…*

Abajo, junto a la terraza, brilló algo, la oscuridad de la noche estalló como una estrella, del estallido surgió un caballo. Con un jinete en los lomos. El jinete era una muchacha.

—Buenas noches —saludó cortésmente—. Pido disculpas si no son horas éstas. ¿Podríais decirme qué sitio es éste? ¿Qué fecha?

Aarhenius Krantz tragó saliva, abrió la boca y balbuceó.

—El lugar —repitió paciente y con claridad la muchacha—. La fecha.

—Ehe… Esto… Beee…

El caballo bufó. La muchacha suspiró.

—En fin, otra vez he fallado. ¡Lugar equivocado, tiempo equivocado! ¡Pero respóndeme, hombre! Al menos una palabrilla que se entienda. ¡Porque no puede ser que esté en un mundo en el que los humanos hayan olvidado el lenguaje articulado!

—Eeeeh…

—Una palabrilla…

—Eeh…

—Así te parta un rayo, tonto de mierda —dijo la muchacha.

Y desapareció. Junto con el caballo.

Aarhenius Krantz cerró la boca. Siguió de pie durante un instante junto a la balaustrada, con la vista clavada en la noche, en el lago y en las luces de Wyzima que se reflejaban a lo lejos. Luego se ató los pantalones y volvió a su telescopio. El cometa cruzaba el cielo a toda velocidad. Había que observarlo, no dejarlo fuera del campo de visión de la lente y el ojo. Seguirlo, mientras no desaparezca en lo profundo del cosmos. Era una ocasión, y un erudito no puede perder una ocasión.

O puede que pruebe otra cosa, pensó, con la vista clavada en las dos lunas sobre el brezal, ahora visibles como dos hoces, una pequeña, otra grande y menos afilada. *Puedo imaginarme no lugares ni rostros*, pensó, *sino querer… Desear*

mucho, con mucha fuerza, desde las mismas entrañas…

¿Qué me va a perjudicar el probarlo?

Geralt. Quiero ir con Geralt. Quiero muchísimo ir con Geralt.

—¡Pero no! —gritó—. ¡Desde luego he caído bien, ni aposta!

Kelpa le respondió con un relincho que quería significar que pensaba lo mismo, echando vapor por los ollares y rompiendo los amontonamientos de la nieve con los cascos. Un vendaval silbaba y aullaba, cegaba, finos pedacitos de nieve hendían sus mejillas y sus manos. El frío atravesaba de parte a parte, mordía las extremidades como un lobo. Ciri tiritaba, encogía los hombros y cubría la nuca dentro de la protección de un mísero cuello que no servía de nada.

A izquierda y derecha se alzaban unas cumbres majestuosamente amenazadoras, grises monumentos de roca cuyas cimas se perdían allá muy alto, entre la niebla y la tormenta de nieve. El fondo del valle lo cruzaba un río rápido, muy rabioso. Lleno de astillas y fragmentos de hielo. Todo su alrededor estaba blanco. Y frío. *Éstos son todos mis talentos*, pensó Ciri, sintiendo cómo se le enfriaba la nariz. *Éste es todo mi poder. ¡Vaya una Señora de los Mundos que estoy hecha, desde luego! Quería ir con Geralt, acabé en medio de alguna puñetera sierra, del invierno y la tormenta*.

—¡Venga, Kelpa, muévete o te quedas tiesa! —Tiró de las riendas con unos dedos que iban entumeciéndose a causa del frío—. ¡Venga, venga, morena! Ya sé que no es el sitio que queríamos, ahora nos sacaré de aquí, ahora volveremos a nuestro cálido brezal. Pero tengo que concentrarme, y eso puede durar. ¡Por eso muévete! ¡Venga, en camino!

Kelpa echó vapor por los ollares.

El vendaval rugía, la nieve golpeaba el rostro, se deshacía en las pestañas. Una helada ventisca aullaba y silbaba.

—¡Mirad! —gritó Angoulême, por encima del viento—. ¡Mirad allá! Huellas hay. ¡Alguien fue por allá!

—¿Qué dices? —Geralt desplazó la bufanda con la que se había rodeado la cabeza para evitar que se le congelaran las orejas—. ¿Qué dices, Angoulême?

—¡Huellas! ¡Huellas de caballo!

—¿Y qué hace aquí un caballo? —Cahir también tuvo que gritar, y el río Sansretour, parecía, tronaba y resonaba cada vez más—. ¿Cómo pudo llegar un caballo hasta aquí?

—¡Miradlo vosotros mismos!

—Ciertamente —aseveró el vampiro, el único de la compañía que no revelaba síntomas de congelamiento, a todas luces poco sensible tanto a bajas

como a altas temperaturas—. Huellas. ¿Pero de caballo?

—No es posible que sea un caballo. —Cahir se masajeó con fuerza la mejilla y las narices—. No en este desierto. Estas huellas las ha dejado de seguro alguna fiera silvestre. Lo más seguro un muflón.

—¡Tú eres el muflón! —gritó Angoulême—. ¡Si digo caballo, quiere decir caballo!

Milva, como de costumbre, prefirió la práctica a la teoría. Saltó de la silla, se inclinó, echando para atrás su gorro de zorro.

—La mocosa tiene razón —decidió al cabo—. Caballo es. Y hasta herrado, mas difícil es decirlo. El ventarrón lamió las güellas. Allá se fue, a la garganta.

—¡Ja! —Angoulême se restregó las manos con fuerza—. ¡Lo sabía! ¡Aquí, vive alguien! ¡En estos alrededores! ¿Seguimos el rastro? Puede que lleguemos a alguna choza calentita. ¿No nos dejarán calentarnos un poco? ¿No nos querrán hospedar?

—No creo —dijo Cahir con énfasis—. Lo más seguro es que nos reciban con una flecha de ballesta.

—Lo más razonable será seguir el plan y el río —aseguró Regis con su tono de sabelotodo—. No nos arriesgaremos a equivocarnos. Y abajo en el Sansretour se supone que hay una factoría de tramperos, allá nos hospedarán con mayor seguridad.

—¿Geralt? ¿Qué dices?

El brujo guardaba silencio, con la mirada fija en los copos de nieve que se retorcían en la ventisca.

—Seguiremos las huellas —decidió por fin.

—De verdad… —comenzó el vampiro, pero Geralt le detuvo de inmediato.

—¡Tras las huellas! ¡En camino, vamos!

Espolearon a los caballos, pero no fueron demasiado lejos. No entraron en la garganta más de un cuarto de milla.

—Sacabó —afirmó Angoulême, mirando la nieve virginal y suave—. Estuvo, ya no está. Como en un circo élfico.

—¿Y ahora qué, brujo? —Cahir se dio la vuelta en la silla—. Las huellas se han terminado. El viento las cubrió.

—No las cubrió —rechazó Milva—. Acá, en el barranco, la tormenta no alcanza.

—¿Entonces qué pasó con el caballo?

La arquera hizo un gesto de indiferencia, se encorvó en la silla, poniendo la cabeza entre los hombros.

—¿Dónde se ha metido el caballo? —Cahir no se resignó—. ¿Desapareció? ¿Echó a volar? ¿O no será que nos lo hayamos imaginado, Geralt? ¿Qué dices a ello?

El viento aullaba sobre la garganta, barriendo y removiendo la nieve.

—¿Por qué —preguntó el vampiro, mirando al brujo atentamente— nos has hecho seguir estas huellas, Geralt?

—No sé —reconoció al cabo—. Algo… Sentí algo. Algo me tocó. No importa qué. Tenías razón, Regis. Volvamos al Sansretour y sigamos el río, sin excursiones ni desvíos que puedan acabar mal. De acuerdo con lo que dijo Reynart, el verdadero invierno y el mal tiempo nos están esperando en el paso de Malheur. Cuando lleguemos allá debemos estar en plena posesión de nuestras fuerzas. No os quedéis así, volvamos.

—¿Sin aclarar qué pasó con ese extraño caballo?

—¿Y qué hay que aclarar aquí? —dijo con rabia el brujo—. Las huellas se han borrado y eso es todo. Al fin y al cabo, ¿no será que de verdad era un muflón?

Milva le lanzó una rara mirada, pero se contuvo de hacer ningún comentario. Cuando volvieron al río, ya no estaban tampoco allí las huellas misteriosas, se habían cubierto de nieve húmeda. Por la gris corriente del Sansretour navegaban en densa formación las placas de hielo, giraban y se retorcían helados fragmentos.

—Os diré algo —habló Angoulême—. Pero tenéis que prometer que no os vais a reír.

Se dieron la vuelta. Cubierta con un gorro de pompón calado hasta las orejas, con las mejillas y las narices enrojecidas por el frío, vestida con un informe zamarro, la muchacha tenía un aspecto gracioso, exactamente como un kobold pequeño y rechoncho.

—Os diré algo en lo tocante a esas huellas. Cuando andaba con el Ruiseñor, en la partida, pues decían que en invierno por las gargantas cabalgaba en un caballo hechizado el Rey de las Montañas, señor de los demonios del hielo. Encontrárselo cara a cara es la muerte segura. ¿Qué dices, Geralt? ¿Sería posible que…?

—Todo —la interrumpió—. Todo es posible. En camino, compaña. Por delante tenemos el paso de Malheur.

La nieve golpeaba y cortaba, el viento azotaba, entre los riscos silbaban y aullaban los demonios de los hielos.

De que el brezal al que llegó no era su conocido brezal, Ciri se dio cuenta al momento. No tuvo siquiera que esperar a la noche, estaba segura de que no vería aquí dos lunas.

El bosque por cuyo borde caminó era tan salvaje e inextricable como aquél, pero saltaban a los ojos las diferencias. Aquí, por ejemplo, había más abedules y mucho menos robles. Allá no se oían ni veían pájaros, aquí eran multitud. Allí entre los brezos no había más que arena y musgo, aquí se extendía el licopodio en

verdadera alfombra verde. Incluso las libélulas que revoloteaban entre los cascos de Kelpa eran aquí distintas. Como otras. Y luego…

El corazón le latió con más fuerza. Vio un caminillo, descuidado y poblado de maleza. Que conducía a lo profundo del bosque.

Ciri miró cuidadosamente a su alrededor y se aseguró de que el extraño camino no continuaba, que tenía allí su final. Que no conducía al bosque, sino que salía de él o lo atravesaba. Sin pensárselo mucho, golpeó en los flancos de la yegua con sus tacones y avanzó entre los árboles. *Iré hacia el sur*, pensó, *si en el sur no encuentro nada, volveré e iré en dirección contraria, más allá del brezal.*

Caminaba al paso bajo un baldaquín de troncos, mirando atentamente a su alrededor, intentando no dejar pasar nada importante. Gracias a ello no dejó pasar a un viejecillo que la miraba desde detrás de un roble. El viejecillo, muy bajito, pero al menos sin joroba, iba vestido con una camisa de lino y unos pantalones del mismo material. Llevaba en los pies unas enormes y ridículas alpargatas de líber. En una mano portaba un bastón nudoso, en la otra una cesta de mimbre. Ciri no podía ver claramente su rostro, oculto por un sombrero de paja desastrado y con un aro redondo, bajo el que surgía una nariz bronceada y una enmarañada barba gris.

—Sin miedo —dijo Ciri—. No te causaré mal alguno.

El de la barba gris se apoyó alternativamente de una alpargata a la otra y se quitó el sombrero. Tenía un rostro redondo, sembrado de manchas de la vejez, pero vigoroso y poco arrugado, unas cejas escasas, una barbilla pequeña y muy retirada. Los largos cabellos grises los llevaba atados a la altura del cuello en una coleta, mientras que la coronilla la tenía completamente calva, reluciente y amarilla como un melón. Vio que él miraba su espada, el pomo que sobresalía por encima de su hombro.

—No tengas miedo —repitió.

—Hey, hey —dijo él, balbuceando un tanto—. Hey, hey, señora mía. El Viejo del Bosque no tiene miedo. No es de los miedosos, oh no.

Sonrió. Tenía unos dientes grandes, muy echados hacia delante, a causa de un mal encaje de los maxilares y la mandíbula retrasada. Era a consecuencia de ello que balbuceaba.

—El Viejo del Bosque no teme a los peregrinos —repitió—. Ni a los ladrones. El Viejo del Bosque es pobre, menesteroso. El Viejo del Bosque es tranquilo, a nadie amenaza. ¡Hey!

Sonrió de nuevo. Cuando sonreía parecía no estar compuesto más que de dientes delanteros.

—¿Y tú, señora mía, no temes al Viejo del Bosque?

Ciri bufó.

—Pues hazte a la idea de que no. Tampoco soy de las miedosas.

—¡Hey, hey, hey! ¡Lo que dices!

Dio un paso hacia ella, apoyándose en el bastón. Kelpa bufó. Ciri tiró de las riendas.

—No le gustan los extraños —advirtió—, Y sabe morder.

—¡Hey, hey! El Viejo del Bosque lo sabe. ¡Yegua mala, remala! Y por curiosidad, ¿de dónde viene la señora? ¿Y adónde, por así decirlo, se encamina?

—Es una larga historia. ¿Adónde lleva este camino?

—¡Hey, hey! ¿No lo sabe la señora?

—No respondas a una pregunta con una pregunta, si no te importa. ¿Adónde llegaría por este camino? ¿Qué lugar es éste? ¿Y qué… qué época?

El vejete de nuevo sacó los dientes, los movió como una nutria.

—Hey, hey —balbuceó—. Lo que dices. ¿Qué época, pregunta la señora? ¡Oy, de lejos, se ve, de lejos vino la señora hasta el Viejo del Bosque!

—De muy lejos, cierto —afirmó ella con indiferencia—. De otros…

—Tiempos y lugares —terminó él—. El Viejo lo sabe. El Viejo se lo imagina.

—¿El qué? —preguntó excitada—. ¿El qué te has imaginado? ¿Qué sabes?

—El Viejo del Bosque sabe mucho.

—¡Habla!

—¿La señora está hambrienta? —Sacó los dientes—. ¿Sedienta? ¿Fatigada? Si se quiere, el Viejo del Bosque la llevará a su cabaña, alimentará, dará de beber. Y la alojará.

Hacía mucho tiempo que Ciri no había tenido ni tiempo ni cabeza para pensar en el descanso y la comida. Ahora, las palabras del extraño viejo hicieron que se le encogieran las tripas, se le hiciera un nudo en los intestinos y la lengua le desapareciera allá lejos. El vejete la observó desde por debajo del círculo de su sombrero.

—El Viejo del Bosque —balbuceó— tiene en la choza comida. Tiene agua de la fuente. Tiene hasta paja para la yegua, ¡yegua mala que quería morder al buen Viejo! ¡Hey! Todo hay en la choza del Viejo del Bosque. Y hablar de lugares y tiempos se podrá… No es lejos, no. ¿Usará de ello la señora peregrina? ¿No desatenderá la hospitalidad de este menesteroso Viejo pobrejo?

Ciri tragó saliva.

—Guíame.

El Viejo del Bosque se dio la vuelta y se encaminó por un sendero apenas visible entre la espesura, midiendo el camino con enérgicos golpes de su bastón. Ciri le iba siguiendo, inclinando la cabeza ante las ramas y tirando del bocado de Kelpa, que ciertamente se había empeñado en morder al viejo o al menos en comerse su sombrero. Pese a las aseveraciones, no estaba cerca en absoluto. Cuando llegaron al lugar, a un claro, el sol estaba ya casi en su cénit.

La choza del Viejo resultó ser una chabola pintoresca sobre unos palos, con un tejado que evidentemente había sido reparado a menudo y con ayuda de lo primero que se tenía a mano. Las paredes de la choza estaban cubiertas con

pieles que parecían de cerdo. Delante de la choza había una construcción de madera en forma de cadalso, una mesa baja y un tronco con un hacha clavada en él. Detrás de la choza había un hogar de piedra y barro sobre el que había unas grandes ollas ennegrecidas.

—Ésta es la casa del Viejo del Bosque. —El anciano señaló con su bastón, no sin cierto orgullo—. Aquí vive el Viejo del Bosque. Aquí duerme. Aquí prepara la comida. Si hay qué preparar. Arduo, pero arduo es hallar comida en despoblado. ¿La señora peregrina gusta de las gachas de harina?

—Gusta. —Ciri de nuevo tragó saliva—. De todo gusta.

—¿Con carnecilla? ¿Con manteca? ¿Con torreznos?

—Mmm.

—Pues no se ve —el Viejo le lanzó una mirada apreciativa— que la señora haya probado últimamente de la carne y los torreznos, oh, no. Delgaducha señora, delgaducha. ¡Piel y huesos! ¡Hey, hey! ¿Y qué es eso? ¿Detrás de la señora?

Ciri se dio la vuelta, dejándose atrapar por el truco más viejo y primitivo del mundo. Un terrible golpe del nudoso bastón le acertó directamente en la sien. Sus reflejos bastaron sólo para alzar la mano, la mano amortiguó en parte un golpe capaz de romper el cráneo como un huevo. Pero igualmente se encontró Ciri en la tierra, aturdida, atontada y completamente desorientada.

El Viejo, sonriendo, se lanzó a ella y le dio con el bastón otra vez. Ciri consiguió cubrir la cabeza con las manos de nuevo, el resultado fue que ambas se le quedaron inermes. La izquierda estaba rota con toda probabilidad, el hueso del metacarpo se había quebrado de seguro.

El viejo, saltando, la alcanzó por el otro lado y le dio con el palo en la tripa. Ella gritó, haciéndose un ovillo. Entonces él se lanzó sobre ella como un halcón, le dio la vuelta poniéndole el rostro contra la tierra, la sujetó con sus rodillas. Ciri se tensó, lanzándose hacia atrás con fuerza y fallando, dio un violento golpe con el codo y acertó. El Viejo bramó rabioso y le asestó un trompazo en la nuca con tanta fuerza que le clavó el rostro en la arena. Le agarró por los cabellos cerca del cuello y apretó contra la tierra las narices y la boca. Ella sintió que se ahogaba. El vejete se arrodilló sobre ella, aún apretándole la cabeza contra la tierra, le arrancó la espada de la espalda y la arrojó. Luego comenzó a forcejear con los pantalones, encontró la hebilla, la desató. Ciri aulló, ahogándose y escupiendo arena. Él la apretó más fuerte, la inmovilizó, apretando sus cabellos en un puño. Con un fuerte tirón le bajó los pantalones.

—Hey, hey —balbuceó, jadeando—. Pero vaya culete que le ha caído en gracia al Viejo. Uh, uuh, hace mucho, mucho que el Viejo no tenía uno así.

Ciri, sintiendo el asqueroso contacto de sus secas manos ganchudas, aulló con la boca llena de arena y agujas de pino.

—Quédate tranquila, señora. —Escuchó cómo le echaba saliva,

humedeciéndole las nalgas—. El Viejo ya no es joven, no de una vez, poco a poco… Pero sin miedo, el Viejo hará lo que hay que hacer. ¡Hey, hey! Y luego el Viejo comerá, hey, comerá… Tocinillo…

Se detuvo, gritó, ladró.

Al sentir que la presión se aligeraba, Ciri se retorció, se liberó y se alzó como un muelle. Y vio lo que había pasado.

Kelpa, acercándose con sigilo, había agarrado al Viejo del Bosque con los dientes por su coleta y lo había alzado hacia arriba. El viejo aullaba y graznaba, se agitaba, daba patadas y golpes con los pies, por fin consiguió liberarse, dejando en los dientes de la yegua un largo mechón gris. Quiso agarrar su bastón, pero Ciri de un puntapié lo alejó del alcance de sus manos. Con otro puntapié quiso saludarle en donde se merecía, pero los pantalones bajados casi hasta la mitad de los muslos le impedían los movimientos. El tiempo que le costó el subírselos lo utilizó muy bien el Viejo. Con unos cuantos saltos se acercó al tronco, sacó de él el hacha, la agitó espantando a Kelpa, todavía rabiosa. Bramó, mostró sus horribles dientes y se lanzó contra Ciri, alzando el hacha para golpear.

—¡El Viejo te va a encular, mozuela! —aulló salvaje—. ¡Y aunque el Viejo te haya de esmenuzar de arriba abajo! ¡Al Viejo igual le da, toda o en porciones!

Pensó que iba a dar cuenta de él con facilidad. Al cabo, no era más que un viejo y cascado abuelete.

Se equivocaba del todo.

Pese a sus monstruosas alpargatas saltaba como una cabra, se retorcía como un conejo y manejaba el hacha de torcido mango con la habilidad de un carnicero. Cuando la oscura y afilada hoja casi la rozó algunas veces, Ciri se dio cuenta de que lo único que la podía salvar era la huida.

Pero la salvaron un afortunado cúmulo de circunstancias. Al retroceder, tropezó con su espada. La alzó como un rayo.

—Tira el hacha —jadeó, sacando con un tintineo a Golondrina de su funda—. Tira el hacha al suelo, viejo loco. Entonces, quién sabe, puede que te deje tu salud. Y no te esmenuce.

Él se detuvo. Ronqueaba y resoplaba, y tenía la barba asquerosamente llena de babas. Sin embargo no tiró el arma. Ella vio en sus ojos una rabia salvaje.

—¡Venga, alégrame el día!

Durante un momento la miró como sin entender, luego puso los dientes, desencajó los ojos, bramó y se lanzó hacia ella. Ciri estaba harta de bromas. Lo evitó con una rápida media vuelta y cortó de abajo a través de los brazos en alto, por encima de los codos. El viejo dejó caer el hacha con las manos echando sangre, pero al punto saltó otra vez hacia ella. Ciri retrocedió y lo rajó corto por el cuello. Más por piedad que por necesidad, con las dos arterias de las manos cortadas acabaría por desangrarse de cualquier modo. Cayó, despidiéndose de la vida con una increíble dificultad, pese a sus extremidades cortadas seguía

retorciéndose como un gusano. Ciri se puso de pie junto a él. Restos de arena seguían chirriándole en los dientes. Se los escupió a él directamente al pecho. Antes de que terminara de escupir, el viejo murió.

La extraña construcción delante de la choza que recordaba a un cadalso estaba provista de ganchos de hierro y aparejos. La mesa y el tronco estaban resbaladizos, cubiertos de grasa, olían mal.

Como un matadero.

En la cocina Ciri encontró una perola de las alabadas gachas, mezcladas con tocino, fragmentos de carne y de setas. Estaba muy hambrienta, pero algo la contuvo para no comer. Sólo bebió agua de un cubo, mordió una manzana pequeña y arrugada.

Detrás de la casilla encontró un sótano con escaleras, grande y frío. En el sótano había unas cazuelas con manteca. Del techo colgaba carne. Unos restos de muslo.

Salió del agujero, tropezándose con las escaleras, como si la persiguiera el diablo. Se cayó sobre las ortigas, se alzó, a paso febril alcanzó la casilla, se agarró con las dos manos a uno de los palos que la sujetaban. Aunque no tenía casi nada en la tripa, vomitó violentamente y durante largo rato.

Los restos de muslo del sótano eran los de un niño.

Conducida por un hedor, encontró en el bosque una hondonada llena de agua a la que el previsor Viejo del Bosque había echado los restos y lo que no se podía comer. Contemplando los cráneos, costillas y pelvis que sobresalían del légamo, Ciri se dio cuenta con horror de que estaba viva única y exclusivamente gracias a la lascivia del horrible viejo, sólo gracias a que le habían entrado ganas de retozar. Si el hambre hubiera sido más fuerte que el impulso sexual, la habría golpeado a traición con un hacha, y no con un palo. Colgada por los pies de la viga de madera, la habría destripado y desollado, dividido y cortado sobre la mesa, partido sobre el tronco…

Aunque le temblaban las piernas a causa de los mareos y la mano izquierda, hinchada, palpitaba de dolor, arrastró el cadáver hacia la hondonada del bosque y lo hundió en el fango apestoso, entre los huesos de las victimas. Volvió, llenó de ramas y tallos la entrada al sótano, rodeó de paja la choza y toda la posesión del viejo. Luego prendió fuego cuidadosamente a todo, por los cuatro puntos cardinales.

Sólo se marchó cuando se había encendido con fuerza, cuando el fuego ardía y aullaba como debe ser. Cuando estuvo segura de que ninguna lluvia pasajera iba a impedir que se borraran por completo las huellas de aquel lugar.

La mano no estaba tan mal. Se había hinchado, sí, dolía, y cómo, pero no parecía que se hubiera roto ningún hueso.

Cuando se acercó la noche, efectivamente apareció una sola luna en el cielo. Pero Ciri, de alguna forma extraña, no quiso reconocer aquel mundo como el suyo.

Ni quedarse en él más tiempo del preciso.

—Hoy —murmuró Nimue—, será una buena noche. Lo percibo.

Condwiramurs suspiró.

El horizonte ardía en oro y púrpura. Un haz de los mismos colores se asentó sobre las aguas del lago, del horizonte de la isla.

Estaban sentadas en la terraza, en los sillones, a su espalda había un espejo en un marco de ébano y un tapiz que representaba un pequeño castillo aferrado a una pared rocosa que se reflejaba en el agua de un lago de montaña.

¿Cuántas tardes, pensó Condwiramurs, *cuántas tardes llevamos así, sentadas hasta que cae la penumbra y luego la oscuridad? ¿Sin resultado alguno? ¿Sólo hablando?*

Hizo más frío. La hechicera y la adepta estaban envueltas en pieles. Desde el lago les llegaba el rechinar de los remos de la barca del Rey Pescador, pero no la veían: estaba oculta en el cegador brillo del ocaso.

—A menudo sueño —Condwiramurs volvió a la conversación interrumpida— que estoy en un desierto de hielo en el que no hay nada, sólo el blanco de la nieve y los montones de hielo retorcidos al sol. Y reina la calma, una calma que resuena en los oídos. Una calma innatural. La calma de la muerte.

Nimue afirmó con la cabeza, como dando señal de que veía de lo que se trataba. Pero no comentó.

—De pronto —siguió la adepta—, de pronto me parece que escucho algo. Que siento cómo el hielo tiembla bajo mis pies. Caigo de rodillas, retiro la nieve con las manos. El hielo es transparente como el cristal, como en algunos limpios lagos montañosos, cuando se ven las piedras del fondo y los peces que nadan por debajo de una capa de una pulgada de grueso. Yo en mis sueños también veo, aunque la capa tiene una decena o incluso un centenar de pulgadas de grosor. Ello no me impide ver… y oír… a gente que pide ayuda. Allá en el fondo, muy por debajo del hielo… hay un mundo congelado.

Tampoco ahora Nimue lo comentó.

—Por supuesto sé —continuó la adepta— dónde está la fuente de ese sueño. Los vaticinios de Itlina, el famoso Frío Blanco, el Tiempo del Hielo y de la Tormenta del Lobo. Un mundo que muere entre nieves y hielos para, como dice la profecía, renacer al cabo de los siglos de nuevo. Limpio y mejor.

—Que —dijo Nimue en voz bajita— el mundo renacerá lo creo de todo corazón. Que lo hará mejor, no mucho.

—¿Cómo?

—Me has oído.

—¿Y no he oído mal? Nimue, el Frío Blanco ha sido predicho lo menos mil veces, cada invierno un poco más crudo se decía que había llegado. En este momento ni siquiera los niños creen que un invierno sea capaz de amenazar al mundo.

—Vaya, mira. Los niños no creen. Y yo, fíjate, creo.

—¿Apoyándote en algún argumento racional? —preguntó Condwiramurs con leve sarcasmo—. ¿O exclusivamente en la sabiduría mística de infalibles profetisas élficas?

Nimue guardó silencio largo rato, colocando la piel en la que estaba envuelta.

—La tierra —comenzó por fin con cierto tono profesoral— tiene la forma de un globo y gira alrededor del sol. ¿Estás de acuerdo con ello? ¿O acaso perteneces a una de esas sectas de moda que afirman algo completamente opuesto?

—No. No pertenezco. Acepto el heliocentrismo y estoy de acuerdo con la teoría de la redondez de la tierra.

—Estupendo. Estarás entonces de acuerdo también con el hecho de que el eje perpendicular del globo terráqueo está inclinado hacia un lado y con que la trayectoria de la tierra alrededor del sol no tiene la forma de un círculo regular, sino que es elíptica.

—Lo he estudiado. Pero no soy astrónoma, así que…

—No hace falta ser astrónomo, basta con pensar lógicamente. La tierra rodea al sol en una órbita de forma elíptica y por eso durante su movimiento está a veces más cerca y a veces más lejos. Cuanto más lejos está la tierra del sol, es de lógica pensar que hará más frío en ella. Y cuanto menos se aleja el eje planetario de la perpendicular, entonces más le afectará al hemisferio norte.

—Eso también es lógico.

—Ambos aspectos, es decir la elipse de la órbita y el grado de inclinación del eje planetario, están sujetos a cambios. Por lo que se sostiene, cíclicos. La elipse puede ser más o menos elíptica, es decir abierta y alargada, el eje planetario puede estar menos o más inclinado. En lo tocante al clima se producen condiciones extremas cuando suceden al mismo tiempo los dos fenómenos: una apertura máxima de la elipse y una escasa desviación de la perpendicularidad del eje. La tierra al girar alrededor del sol recibe en el afelio muy poca luz y calor, y las regiones polares son afectadas además por una poco ventajosa inclinación del eje.

—Por supuesto.

—Menos luz en el hemisferio norte significa que la nieve yace más tiempo.

La nieve blanca y brillante refleja la luz del sol, la temperatura cae aún más. La nieve yace gracias a ello aún más tiempo, en zonas cada vez más amplias no se funde del todo o lo hace sólo por muy poco tiempo. Cuanta más nieve y durante más tiempo, mayor es la superficie blanca y brillante que refleja…

—Lo he entendido.

—La nieve cae, cae y hay más cada vez. Date cuenta pues de que con las corrientes marinas viajan desde el sur masas de aire caliente que acaban sobre el frío continente norteño. El aire caliente se condensa y nieva. Cuanto mayor sea la diferencia de temperatura, más abundante será la nevada. Cuanto mayor sea la nevada, más nieve blanca que no se funde. Más frío. Mayor diferencia de temperatura y más abundante la condensación de las masas de aire…

—Lo he entendido.

—La capa de nieve se hace tan pesada como para convertirse en hielo prensado. En un glaciar. Sobre el que, como ya sabemos, sigue cayendo la nieve, apretándolo aún más. El glaciar crece, no sólo es cada vez más grueso sino que se extiende, cubriendo cada vez mayores territorios. Territorios blancos…

—Que reflejan los rayos solares. —Condwiramurs afirmó con la cabeza—. Frío, frío, aún más frío. El Frío Blanco profetizado por Itlina. ¿Pero es posible un cataclismo? ¿De verdad nos amenaza que el hielo que yace en el norte desde siempre comience de improviso a avanzar hacia el sur, aplastando, arrasando y cubriéndolo todo? ¿A qué velocidad crece la capa de hielo de los polos? ¿A qué velocidad?

—Como seguramente sabes —dijo Nimue con la vista clavada en el lago—, el único puerto que no se hiela en el golfo de Praxeda es Pont Vanis.

—Lo sé.

—Acrecentaré tu conocimiento: hace cien años no se congelaba ninguno de los puertos del golfo. Hace cien años, hay numerosos testimonios, en Talgar crecían pepinos y calabazas, en Caingorn se cultivaban girasoles y altramuces. Hoy día no se cultivan porque las verduras mencionadas no pueden crecer allí, simplemente hace demasiado frío. ¿Y sabes que en Kaedwen había viñedos? El vino de aquellas vides no debía de ser del mejor porque de los documentos conservados se extrae que era muy barato. Pero también le cantaban los poetas locales. Hoy en Kaedwen no crecen viñas en absoluto. Porque los inviernos actuales, a diferencia de los antiguos, traen fuertes heladas, y las heladas fuertes matan la vid. No sólo detienen su crecimiento sino que la matan. La destruyen.

—Lo entiendo.

—Sí —reflexionó Nimue—. ¿Qué voy a añadir más? Quizá que la nieve cae en Talgar a mitad de noviembre y baja hacia el sur a una velocidad de más de cincuenta millas por hora. ¿O que entre diciembre y enero hay tormentas de nieve en Alba, donde hace cien años la nieve era todo un acontecimiento? ¡Y que aquí la nieve se funde y los lagos se deshielan en floreal lo saben hasta los niños!

Y los niños se extrañan de que a este mes se le llame el de las flores. ¿No te extrañaba a ti?

—No mucho —reconoció Condwiramurs—. Al fin y al cabo en mi tierra, en Vicovaro, no se llama floreal, sino abril. O en élfico: Birke. Pero entiendo lo que quieres sugerir. El nombre del mes procede de tiempos antiguos en los que en floreal verdaderamente todo florecía…

—Esos tiempos antiguos son como mucho cien, ciento veinte años. Eso es casi ayer, muchacha. Itlina tenía razón por completo. Su profecía se está cumpliendo. El mundo morirá bajo una capa de hielo. La civilización desaparecerá por culpa de una Destructora que podría, tendría la posibilidad de abrir un camino de salvación. Como sabemos por la leyenda, no lo hizo.

—Por causas que la leyenda no aclara. O aclara con ayuda de una moraleja tonta e ingenua.

—Eso es cierto. Pero un hecho es un hecho. El hecho es el Frío Blanco. La civilización del hemisferio norte está condenada a la destrucción. Desaparecerá bajo el hielo de un glaciar, bajo la nieve eterna. No hay sin embargo que dejarse llevar por el pánico, porque pasará algún tiempo antes de que esto suceda.

El sol se había puesto del todo, de la superficie del lago había desaparecido el brillo cegador. Ahora, sobre el agua caía un haz de una luz más blanda y suave. Sobre la torre de Inis Vitre salió la luna, clara como un talero partido por la mitad.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Condwiramurs—. ¿Cuánto tiempo, según tú, habrá de pasar? Es decir, ¿cuánto tiempo tenemos?

—Mucho.

—¿Cuánto, Nimue?

—Como unos tres mil años.

En el lago, en la barca, el Rey Pescador golpeó con el remo y maldijo. Condwiramurs suspiró ruidosamente.

—Me has tranquilizado un poco —dijo al cabo—. Pero sólo un poco.

El siguiente lugar fue uno de los más horribles que Ciri hubiera visto, con toda seguridad se situaba entre los primeros diez, y hasta a la cabeza de ellos. Era un puerto, un canal del puerto, vio barcos y galeras junto a muelles y palangres, vio un bosque de mástiles, vio velas colgando pesadas en el aire inmóvil. Alrededor se retorcían y alzaban columnas de humo, un humo apestoso.

El humo se alzaba también desde unas torcidas chozas que estaban junto al canal. Se oían desde allí voces, el sonido de un niño llorando.

Kelpa brincó, tirando con fuerza de la testa, retrocedió, golpeando con sus cascos sobre los adoquines. Ciri miró abajo y vio ratas muertas. Estaban por todos lados. Unos roedores muertos, retorcidos de dolor, con pálidas patitas rosas.

Algo está mal aquí, pensó, sintiendo cómo la atrapaba el pánico. *Huir. Huir de*

aquí lo más rápido posible.

Junto a un poste donde había redes y cuerdas colgadas estaba sentado un hombre con la camisa abierta, con la cabeza torcida sobre el hombro. Unos pasos más adelante yacía otro. No tenían aspecto de estar durmiendo. Ni siquiera temblaron cuando los cascos de Kelpa resonaron sobre las piedras a su lado.

Ciri bajó la cabeza al pasar junto a unos trapos colgados de las cuerdas y que emitían un fuerte olor a grasa.

En la puerta de una de las chabolas se veía una cruz pintada con cal o pintura blanca. Por detrás de su tejado se elevaba hacia el cielo un humo negro. El niño seguía llorando, alguien gritó a lo lejos, alguien más cercano tosió y bufó. Un perro aullaba. Ciri sintió cómo le picaban las manos. Miró.

Tenía las manos como el carbón, cubiertas de los negros puntos de unas pulgas. Gritó con todas sus fuerzas. Temblando por completo a causa del miedo y el asco, comenzó a retorcerse y agitarse, moviendo las manos con violencia. Kelpa, asustada, se echó al galope, Ciri por poco no cayó. Apretando los lados de la yegua con sus muslos, se peinó y desenredó sus cabellos, se limpió la chaqueta y la camisa. Kelpa entró al galope en una calleja cubierta de humo. Ciri gritó de horror.

Cabalgaba por el infierno, por el hades, por la más pesadillesca de las pesadillas. Entre casas marcadas con cruces blancas. Entre montones de harapos humeantes. Entre muertos que yacían aislados y muertos que yacían en montones, unos sobre otros. Y entre espectros vivos, demacrados, medio desnudos, con las mejillas quebradas por el dolor, retorciéndose entre el estiércol, gritando en una lengua que no entendía, alzando hacia ella unos brazos delgados, cubiertos de horribles costras sangrientas.

¡Huir! ¡Huir de aquí!

Incluso en la oscura nada, en el no ser del archipiélago de lugares, Ciri siguió percibiendo largo tiempo el hedor y el humo en sus fosas nasales.

El siguiente lugar también era un puerto. También aquí había un muelle, había un canal, en el canal, cocas, barcas, escúters, barcos, y sobre ellos un bosque de mástiles. Pero allí, en aquel lugar, junto a los mástiles, chillaban alegres las gaviotas y apestaba normal y como en casa: a madera húmeda, a agua del mar, y también a pescado en todas sus tres variantes principales: fresco, pasado y frito.

Sobre la cubierta de una coca se peleaban dos hombres, gritándose con voces excitadas. Entendió de lo que hablaban. Se trataba del precio de los arenques.

No muy lejos había una taberna, por sus puertas abiertas surgía un olor a rancio y a cerveza, se oían voces, tintineos, risas. Alguien cantaba a viva voz una canción obscena, todo el tiempo la misma estrofa.

¡Luned, v'ard t'elaine arse
Aen a meath ail aen sparse!

Sabía dónde estaba. Incluso antes de que leyera en la popa el nombre de una de las galeras: *Evall Muire*. Y el de su puerto de origen: Baccalá. Sabía dónde estaba.

En Nilfgaard.

Huyó antes de que nadie le prestara mayor atención.

Sin embargo, antes de que consiguiera sumergirse en la nada, una pulga, la última de las que habían saltado sobre ella en el lugar anterior, que había resistido el viaje en el tiempo y el espacio pegada a la falda de su chaqueta, saltó con un largo salto de pulga sobre el muelle del puerto.

Aquella misma noche la pulga se afincó en el pelado pellejo de una rata, un viejo macho, veterano de muchas guerras ratoniles, lo que atestiguaba su oreja arrancada a mordiscos junto a la misma cabeza. Aquella misma noche la pulga y la rata se embarcaron. Y a la mañana siguiente navegaban por alta mar. En una coca vieja, descuidada y muy sucia. La coca llevaba el nombre de Catriona.

Aquel nombre pasaría a la historia. Pero por entonces nadie sabía todavía nada.

El siguiente lugar, aunque ciertamente resultaba difícil creer en ello, la sorprendió con una imagen verdaderamente idílica. Junto a un río tranquilo, de perezosa corriente que fluía entre sauces, alisos y robles inclinados sobre el agua, junto a un puente que unía las orillas con un elegante arco de piedra, había una posada cubierta de vid salvaje, de hiedra y guisantes trepadores, escondida entre macizos de malvas. Junto a la entrada colgaba un letrero, sobre él había unas letras doradas. Las letras le eran totalmente desconocidas a Ciri. Pero como en el letrero se veía un dibujo de un gato bastante logrado, supuso pues que la posada se llamaba El Gato Negro.

El olor a comida que llegaba de la taberna era simplemente irresistible. Ciri no se lo pensó largo rato. Se colocó la espada a la espalda y entró.

En el interior no había nadie, sólo a una mesa estaban sentados tres hombres con aspecto de campesinos. Ni siquiera la miraron. Ciri se sentó en un rincón, con la espalda contra la pared.

La posadera, una mujer corpulenta con un delantal limpísimo y una cofia, se acercó y le preguntó algo. Su voz era tonante pero melodiosa. Ciri mostró con el dedo su boca abierta, se palmeó la barriga, después de lo cual se quitó uno de los botones de plata de la chaqueta, lo puso sobre la mesa. Viendo su extrañada mirada, ya se disponía a arrancarse otro botón, pero la mujer la detuvo con un gesto y con una palabra silbante, aunque de agradable sonido.

El equivalente del botón resultó ser una cazuela de densa sopa de verduras, una olla de madera de judías con carne ahumada, pan y una jarra de vino aguado. A la primera cucharada Ciri pensó que se iba a echar a llorar. Pero se controló. Comió poco a poco. Degustándolo. La posadera se acercó, sus palabras sonaban a pregunta, apoyó la mejilla sobre las manos unidas. ¿Se iba a quedar a dormir?

—No sé —dijo Ciri—. Puede ser. En cualquier caso, gracias por la oferta.

La mujer sonrió y se fue a la cocina.

Ciri se desató el cinturón, apoyó la espalda en la pared. Pensó en qué hacer. El lugar —a diferencia sobre todo de los últimos— era agradable, animaba a quedarse más tiempo. Sabía sin embargo que una excesiva confianza podía ser peligrosa y la falta de vigilancia podría traer la perdición.

Un gato negro, exactamente igual que en el letrero de la posada, apareció no se sabe de dónde, se restregó contra su pierna, estirando el lomo. Ella lo acarició, el gato golpeteó con su cabecilla levemente su mano, se sentó y comenzó a lamerse la piel del pecho. Ciri miró.

Vio a Jarre que estaba sentado junto a un fuego en el círculo de unos granujas de feo aspecto. Todos mordisqueaban algo que recordaba a un fragmento de carbón de madera.

—¿Jarre?

—Así ha de ser —dijo el muchacho al tiempo que miraba las llamas—. Leí acerca de ello en la *Historia de las guerras*, obra del mariscal Pelligramo. Así ha de ser, cuando la patria está en peligro.

—¿Qué es lo que ha de ser? ¿Morder carbón?

—Sí. Exactamente así. La madre patria llama. Y en parte por motivos personales.

—Ciri, no te duermas en la silla —dice Yennefer—. Ya llegamos.

Sobre las casas de la ciudad a la que estaban llegando, sobre todas las puertas y portones, se ven grandes cruces pintadas con pintura blanca o con cal. Se retuercen jirones de un denso y apestoso humo, el humo de unas hogueras donde se queman unos cadáveres. Yennefer parece no advertirlo.

—Tengo que ponerme guapa.

Delante de su rostro, sobre las orejas del caballo, flota un espejito. Un peine baila en el aire, peinando sus negros rizos. Yennefer usa hechizos, no usa para nada las manos porque… porque sus manos son una masa de sangre coagulada.

—¡Mamá! ¿Qué es lo que te han hecho?

—Levántate, muchacha —dice Cohën—. ¡Domina tu dolor, levántate y al peine! De otro modo le cogerás miedo. ¿Quieres morirte de miedo hasta el final de tus días?

Sus ojos amarillos brillan de un modo desagradable. Sus dientes puntiagudos blanquean. No es Cohën en absoluto. Es un gato. Un gato negro…

Una columna de ejército, de muchas millas de largo, marcha, sobre ella se agita y ondea un bosque de lanzas y estandartes. Jarre también marcha, sobre su cabeza un yelmo redondo, en el hombro una pica, tan larga que debe sujetarla doblado, con las dos manos, de otro modo pesaría más que él y le desequilibraría. Retumban los tambores, las gaitas y el tronar de los cantos de guerra. Sobre la columna vuelan los cuervos. Muchos cuervos…

La playa de un lago, sobre la playa la espuma batida, unos juncos muertos y arrojados a ellas. En el lago una isla. Una torre. Los dientes de unas almenas, un donjón engordado con las excrecencias de unos matacanes. Sobre la torre un cielo de la tarde volviéndose granate, el brillo de la luna, tan clara como un talero partido por la mitad. En la terraza, sentadas en unos sillones, unas mujeres envueltas en piel. Un hombre en una barca…

Un espejo y un tapiz.

Ciri menea la cabeza. Enfrente de él a la mesa, está sentado Eredin Bréacc Glas.

—No puedes no saber —dice, mostrando en una sonrisa sus hermosos dientes — que sólo retrasas lo inevitable. Nos perteneces y te atraparemos.

—¡Por qué tú lo digas!

—Volverás a nosotros. Vagabundearás por lugares y tiempos, luego caerás en la Espiral y en la Espiral te atraparemos. Nunca jamás volverás a tu mundo y lugar. Al fin y al cabo, ya es demasiado tarde. No tienes a quién volver. Las personas que conocías hace mucho ya que han muerto. Sus tumbas se cubrieron de hierba y se perdieron. Sus nombres fueron olvidados. El tuyo también.

—¡Mientes! ¡No te creo!

—Tus creencias son asunto privado. Repito, dentro de poco caerás en la Espiral y yo te esperaré allí. Y tú, en tu interior, lo deseas, me elaine luned.

—¡Deliras!

—Nosotros, Aen Elle, percibimos tales cosas. Estabas fascinada conmigo, me deseabas y temías ese deseo. Me deseabas y todavía me deseas, Zireael. A mí. Mis manos. Mis caricias…

Al tocarla ella se alzó con ímpetu, tumbando la jarra, por suerte ya vacía. Lanzó la mano a la espada, pero se tranquilizó casi al instante. Estaba en la posada de El Gato Negro, debía de haber estado soñando, dormitando sobre la mesa. La mano que tocó sus cabellos era la de la corpulenta ama. A Ciri no le gustaban aquel tipo de confianzas, pero de la mujer irradiaba una amabilidad y una bondad que no se podían pagar con desprecios. Se dejó acariciar la cabeza, escuchó la sonora y melodiosa lengua con una sonrisa.

Estaba cansada.

—Tengo que irme —dijo por fin.

La mujer sonrió, habló cantarina. *¿Cómo será posible*, pensó Ciri, *quién será el responsable de que en todos los mundos, lugares y tiempos, en todas las lenguas*

y dialectos, esta única palabra siempre es comprensible? ¿Y siempre parecida?

—Sí. Tengo que ir a buscar a mamá. Mi mamá me está esperando.

La posadera la acompañó hasta la calle. Antes de que Ciri se subiera a la silla, la abrazó de pronto con fuerza, la apretó contra su abundante pecho.

—Hasta la vista. Gracias por la hospitalidad. Vamos, Kelpa.

Cabalgó directamente hacia el arqueado puente sobre el tranquilo río. Cuando los cascos de la yegua golpearon sobre las piedras, se dio la vuelta. La mujer seguía de pie frente a la posada.

Concentración, los puños en las sienes. En los oídos un zumbido como en el interior de una concha marina. Un relámpago. Y una violenta nada, blanda y negra.

—*Bonne chance, ma filie!* —gritó en su dirección Teresa Lapin junto al camino que llevaba de Melun a Auxerre—. ¡Suerte en tu viaje!

Concentración, los puños junto a las sienes. Ruido en los oídos, como en el interior de una concha marina. Un relámpago. Y de forma brutal una blanda y negra nada.

Lugares. Un lago. Una isla. La luna como si fuese un talero partido por la mitad, su brillo cae sobre el agua en una franja luminosa. En la franja una barca, en ella un hombre con una caña. En la terraza de una torre… ¿dos mujeres?

Condwiramurs no aguantó, gritó de la emoción, se cubrió de inmediato la boca con la mano. El Rey Pescador dejó caer la red con un chapoteo, blasfemó terriblemente y luego abrió la boca y también se quedó congelado.

Nimue ni siquiera tembló.

La superficie del lago, cruzada por un rayo de luz de luna, estalló como estalla una vidriera rota. Del estallido surgió un caballo negro. Con un jinete sobre su lomo.

Nimue extendió la mano con serenidad, gritó un hechizo. El tapiz que estaba sobre un soporte ardió de pronto, se iluminó con una nube de lucecillas multicolores. Las lucecillas se reflejaron en el óvalo del espejo, bailotearon, se amontonaron sobre el cristal como abejas de colores y de pronto fluyeron en un espejismo irisado que se extendió en una niebla que provocó que todo se volviera tan claro como si fuera de día.

La negra yegua se alzó de manos, relinchó con fuerza. Nimue extendió bruscamente las manos, gritó una fórmula. Condwiramurs, al ver la imagen que surgía en el aire y crecía, se concentró mucho. De inmediato la imagen se hizo

más nítida. Se convirtió en un portal. Una puerta por la que se veía…

Una llanura repleta de barcos naufragados. Un castillo clavado en un agudo acantilado de piedra, enseñoreándose sobre el oscuro espejo de un lago de montaña…

—¡Por allá! —Nimue lanzó un fuerte grito—. ¡Éste es el camino por el que has de seguir! ¡Ciri, hija de Pavetta! ¡Entra en el portal, sigue el camino que conduce a tu encuentro con el destino! ¡Que se cierre la rueda del tiempo! Que la serpiente Uroboros clave los dientes en su propia cola.

» ¡No sigas vagando! ¡Apresúrate, apresúrate a ayudar a los tuyos! Éste es el camino verdadero, brujilla.

La yegua volvió a relinchar, otra vez golpeó con sus cascos en el aire. La muchacha en la silla giró la cabeza, mirándola consecutivamente a ella y a la imagen producida por el tapiz y el espejo. Se recogió los cabellos y Condwiramurs vio la fea cicatriz en su mejilla.

—¡Confía en mí, Ciri! —gritó Nimue—. ¡Si ya me conoces! ¡Ya me has visto antes!

—Lo recuerdo —escucharon—. Confío, gracias.

Vieron cómo la yegua, al espolearla, trotó con un paso leve y bailarín hacia la claridad del portal. Antes de que la imagen se deshiciera y se borrara, vieron cómo la muchacha de los cabellos grises las despedía con la mano, vuelta en la silla hacia ellas. Y luego todo desapareció. La superficie del lago se serenó poco a poco, el rayo de luz de luna volvió a quedarse quieto.

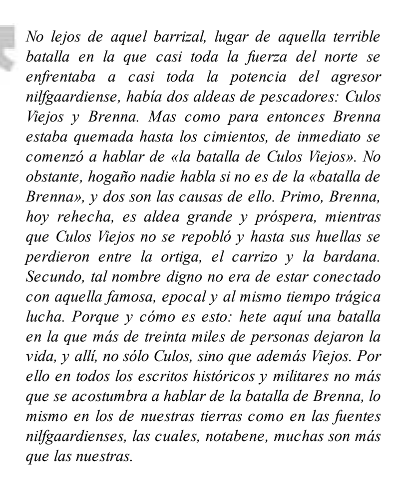
Había un silencio tan grande que les parecía que oían hasta la ronca respiración del Rey Pescador.

Conteniendo las lágrimas que le pulsaban en los ojos, Condwiramurs abrazó con fuerza a Nimue. Sintió cómo temblaba la pequeña hechicera. Se mantuvieron abrazadas durante algún tiempo. Sin palabras. Luego las dos se dieron la vuelta y miraron el lugar donde había desaparecido la Puerta de los Mundos.

—¡Suerte, brujilla! —gritaron a la vez—. ¡Suerte en tu viaje!

Volumen II

Capítulo octavo



No lejos de aquel barrizal, lugar de aquella terrible batalla en la que casi toda la fuerza del norte se enfrentaba a casi toda la potencia del agresor nilfgaardiense, había dos aldeas de pescadores: Culos Viejos y Brenna. Mas como para entonces Brenna estaba quemada hasta los cimientos, de inmediato se comenzó a hablar de «la batalla de Culos Viejos». No obstante, hogaño nadie habla si no es de la «batalla de Brenna», y dos son las causas de ello. Primo, Brenna, hoy rehecha, es aldea grande y próspera, mientras que Culos Viejos no se repobló y hasta sus huellas se perdieron entre la ortiga, el carrizo y la bardana. Secundo, tal nombre digno no era de estar conectado con aquella famosa, epocal y al mismo tiempo trágica lucha. Porque y cómo es esto: hete aquí una batalla en la que más de treinta miles de personas dejaron la vida, y allí, no sólo Culos, sino que además Viejos. Por ello en todos los escritos históricos y militares no más que se acostumbra a hablar de la batalla de Brenna, lo mismo en los de nuestras tierras como en las fuentes nilfgaardienses, las cuales, notabene, muchas son más que las nuestras.

Reverendo Jarre de Ellander el Viejo, Annales seu Cronicae Incliti Regni Temeriae

*****

—Cadete Fitz-Oesterlen, suspenso. Siéntese, por favor. Quiero llamar la atención del señor cadete sobre que la falta de conocimiento de las famosas e importantes batallas de la historia de la propia patria es una ironía para todo patriota y buen ciudadano, pero en el caso de un futuro oficial es simplemente una ignominia. Me permito además una pequeña consideración, cadete Fitz-Oesterlen. Desde hace veinte años, es decir, desde que soy profesor en esta escuela, no recuerdo ningún examen en el que no haya caído una pregunta acerca de la batalla de Brenna. La ignorancia de este hecho cierra prácticamente las posibilidades de una carrera militar. Pero cuando se es barón no hay ninguna obligación de ser

oficial, se pueden probar las fuerzas en la política. O en la diplomacia. Lo que le deseo de todo corazón, cadete Fitz-Oesterlen. Y nosotros volvemos a Brenna, señores. ¡Cadete Puttkammer!

—¡Presente!

—Al mapa, por favor. Continúe. Desde el lugar en el que al señor barón se le fue la olla.

—¡A la orden! La razón por la que el mariscal de campo Menno Coehoorn decidió realizar una maniobra y una marcha rápida al oeste fueron los informes de los servicios secretos que hablaban de que el ejército de los norteños iba en ayuda de la fortaleza de Mayenna, que estaba sitiada. El mariscal decidió cortarles el camino a los norteños y obligarlos a una lucha decisiva. Con este objetivo se dividieron las fuerzas del grupo de ejércitos Centro. Parte de ellas las dejó junto a Mayenna, con el resto de las fuerzas se lanzó a una marcha rápida…

—¡Cadete Puttkammer! No es usted un escritor de literatura. ¡Es un futuro oficial! ¿Qué significa «el resto de las fuerzas»? Déme el correcto orden de batalla del grupo de ataque del mariscal Coehoorn. ¡Utilizando la terminología militar!

—Sí, señor capitán. El mariscal de campo Coehoorn tenía bajo su comando dos ejércitos: el IV ejército de caballería, dirigido por el general mayor Marcus Braibant, patrón de nuestra escuela…

—Muy bien, cadete Puttkammer.

—Lameculos de mierda —susurró desde su pupitre el cadete Fitz-Oesterlen.

—… así como el III ejército, comandado por el teniente general Rhetz de Mellis-Stoke. El IV ejército de caballería, que contaba con más de veinte mil soldados, estaba compuesto por la división Venendal, la división Magne, la división Frundsberg, la II brigada de Vicovaro, la VII brigada daerlana, así como las brigadas Nausicaa y Vrihedd. El III ejército se componía de la división Alba, la división Deithwen, así como… humm… la división…

—La división Ard Feainn —afirmó Julia Abatemarco—. Sí, eso si no habéis errado en algo. ¿Seguro que llevaban en el confalón un gran sol de plata?

—Lo llevaban, coronel —afirmó con dureza el ojeador—. ¡Lo llevaban sin duda!

—Ard Feainn —murmuró la Dulce Casquivana—. Humm… Interesante. Esto significaría que en estas columnas que al parecer habéis visto va detrás de nosotros no sólo todo el Montado sino parte del Tercero. ¡Ja, no! ¡No me lo creo! Yo tengo que ver esto con mis propios ojos. Capitán, durante mi ausencia vos dirigiréis la bandera. Ordeno enviar un enlace al coronel Pangratt…

—Pero coronel, acaso es razonable que vos misma…

—¡Ejecutad la orden!

—¡A vuestras órdenes!

—¡Es una verdadera locura, teniente! —gritó por encima del ruido del galope el comandante de la partida de ojeadores—. Podemos caer en alguna trampa élfica…

—¡No hables! ¡Dirige!

La partida galopaba rápidamente bajando por un barranco, atravesó como un huracán el valle de un arroyo, entró en un bosque. Allí tuvieron que reducir el paso. El sotobosque les dificultaba la marcha y además les amenazaba de verdad el que pudieran encontrarse con una patrulla de reconocimiento o una avanzadilla de las que los nilfgaardianos sin duda alguna habían enviado. La partida de los condotieros se acercaba al enemigo por el flanco, cierto, no por el frente, pero de seguro que también tenían los flancos cubiertos.

De modo que la empresa era peligrosa de narices. Mas a la Dulce Casquivana le gustaban tales empresas. Y no había en toda la Compañía Libre soldado que no la hubiera seguido. Aunque fuera al infierno.

—Es aquí —dijo el comandante de la patrulla—. Esta torre.

Julia Abatemarco meneó la cabeza. La torre estaba torcida, arruinada, erizada de vigas rotas, cuajada de agujeros en los que el viento que soplaba del oeste tocaba como si fuera una gaita. No se sabía quién ni para qué construyó esta torre aquí, en el desierto. Pero estaba claro que la habían construido hacía mucho.

—¿No se nos va a hundir?

—De seguro que no, teniente.

En la Compañía Libre, entre condotieros, no se usaba el «señor». Ni «señora». Sólo el rango.

Julia se encaramó a lo alto de la torre casi como si corriera. El comandante de la patrulla se le unió sólo al cabo de un minuto, y jadeaba como un toro cubriendo a una vaca. Apoyada en un torcido parapeto, la Dulce Casquivana examinaba el valle con ayuda de un anteojo, sacando la lengua por entre los labios y tensando su donoso trasero. Ante aquella vista el comandante de la patrulla sintió un escalofrío de deseo. Se controló al punto.

—Ard Feainn, no hay duda. —Julia Abatemarco se lamió los labios—. Veo también a los daerlanos de Elan Trahe, allí también hay elfos de la brigada Vrihedd, nuestros antiguos amigos de Maribor y Mayenna… ¡Ajá! Están también las Cabezas de Muerto, la famosa brigada Nausicaa… Y las enseñas blancas con los aleriones negros, la señal de la división Alba…

—Los reconocéis —murmuró el comandante de la patrulla— como si fueran amigos vuestros… ¿Tanto sabéis?

—Terminé la academia militar —cortó la Dulce Casquivana—. Soy oficial de carrera. Bueno, lo que quería ver, ya lo he visto. Volvamos a la bandera.

—Se dirige contra nosotros el Cuarto Montado y el Tercero —dijo Julia Abatemarco—. Repito, todo el Cuarto Montado y creo que toda la caballería del Tercero. Detrás de los pabellones que vi, la nube de polvo llegaba al cielo. Por allí, en aquellas tres columnas, van, a mi parecer, cuarenta mil a caballo. Puede que más. Puede…

—Puede que Coehoorn haya dividido el grupo de ejércitos Centro —terminó Adam «Adieu» Pangratt, caudillo de la Compañía Libre—. Tomó sólo el Cuarto Montado y la caballería del Tercero, sin infantería, para ir más deprisa… Ja, Julia, si yo estuviera en el lugar del condestable Natalis o del rey Foltest…

—Lo sé. —Los ojos de la Dulce Casquivana brillaron—. Sé lo que harías. ¿Le enviaste mensajeros?

—Por supuesto.

—Natalis es un viejo zorro. Puede que mañana…

—Puede ser —«Adieu» no la dejó terminar—. Y hasta pienso que será así. Apremia al caballo, Julia. Quiero mostrarte algo.

Se alejaron algunas varas, deprisa, saliéndose significativamente del resto del ejército. El sol casi tocaba ya las colinas del poniente, los bosques y las praderas oscurecían el valle con una larga sombra. Pero fue suficiente como para que la Dulce Casquivana se diera cuenta al punto de lo que quería mostrarle «Adieu» Pangratt.

—Aquí —le confirmó su presentimiento «Adieu», poniéndose de pie sobre los estribos—. Aquí plantearía mañana la batalla. Si yo tuviera el mando del ejército.

—Bonito terreno —reconoció Julia Abatemarco—. Llano, duro, pelado… Hay donde prepararse… Hummm… Desde aquellos montezuelos hasta aquellas lagunas, allá… habrá como tres millas… Aquella colina, oh, es una posición de mando como soñada…

—Bien hablas. Y allá, mira, en el centro, todavía hay un lago o un estanque, oh, aquel que brilla… Se puede usar… El riachuelo sirve también como línea de frente, porque aunque es pequeño es pantanoso… ¿Cómo se llama el riachuelo, Julia? Lo cruzamos por allá ayer. ¿Te acuerdas?

—Lo he olvidado. Cartelas, creo. O algo así.

Quien aquellos alrededores conozca imaginar podrá descansadamente la cosa, mientras que a aquellos que menos mundo tengan les diré que el ala siniestra del ejército real alcanzaba el lugar donde hoy se halla la villa de Brenna. En el momento de la batalla villa alguna allá no había puesto que el año precedente habíase por parte de los elfos Ardillas puesto fuego y aniquilado hasta los cimientos a ésta. Allí, en aquella ala siniestra precisamente, estaba el cuerpo real redano, el cual por el conde de Ruyter era acaudillado. Y había en aquel corpus como unos ocho miles de personas

de infantería y de a caballo.

El medio de la mesnada real estaba dispuesto siguiendo el montezuelo que después fuera llamado de las Horcas. Allá, en el montezuelo, estaban el puesto del rey Foltest y del condestable Juan Natalis, teniendo perspectiva desde aquellos altos de todo el campo de batalla. Allí estaban las fuerzas principales de nuestros ejércitos unidos: doce mil bizarros infantes temerios y redanos en cuatro tercios bien formados, guardando decenas de escuadrones de caballería, los cuales extendíanse hasta el canto septentrional del estanque que los lugareños nombraban como Dorado. Tenía a cambio agrupaciones centrales en la segunda línea del destacamento de reserva: tres mil infantes de Wyzima y de Maribor sobre los que tenía el mando el voivoda de Bronibor.

Mientras que del extremo sur del estanque Dorado hasta el villorrio de los pescadores y las revueltas del río Cautela, en las márgenes de una milla de ancho, estaba el ala derecha del nuestro ejército: compuesta por los enanos del Pelotón de Voluntarios, ocho escuadrones de caballería ligera y las banderías de la estupenda Compañía Libre de condotieros. El mando sobre el ala derecha lo tenían el condotiero Adam Pangratt y el enano Barclay Els.

Enfrente, a una legua o quizá dos, en campo pelado tras un bosque, organizaba al ejército nilfgaardiense el mariscal de campo Menno Coehoorn. Allá había gente de armadura como muro negro, regimiento tras regimiento, bandera tras bandera, escuadrón junto a escuadrón, por doquiera se miraba, no tenían final. Y por el bosque de estandartes y alabardas se podía apreciar que no sólo a la larga se extendieran, sino a lo profundo. Porque había de soldados unos cuarenta y seis mil, de lo que por aquel entonces no muchos sabían, y bien que así fuera, puesto que incluso ante la vista sola aquélla, a más de uno se le escapara la fuerza de su corazón.

Y hasta los corazones más valerosamente fuertes comenzaron a latir bajo las armaduras como si fueran martillos, porque clarísimo era que una penosa y sangrienta lucha iba a comenzar presto y que más de uno de los que allí montaban filas no vería la puesta del sol.

Jarre, sujetando las gafas que le resbalaban por la nariz, leyó otra vez todo el fragmento del texto, suspiró, se pasó la mano por la calva, después de lo cual tomó una esponjilla, la apretó un poco y borró la última frase.

El viento susurraba en las hojas de los tilos, las abejas zumbaban. Los niños, como niños, intentaban gritar el uno más que el otro.

Una pelota que rebotó contra un muro se detuvo a los pies del viejecillo. Antes de que alcanzara a inclinarse, desmañado y torpe, uno de sus nietos pasó junto a él como un lobezno, llevándose la pelota sin dejar de correr. Golpeó la mesa y ésta se tambaleó. Jarre evitó con la mano derecha que se volcara el tintero, con el muñón de la izquierda sujetó la resma de papel.

Las abejas zumbaban, pesadas por las bolitas amarillas del polen de acacia. Jarre siguió escribiendo.

La mañana estaba nubosa, mas el sol atravesaba las nubes y su altura recordaba con claridad las horas que pasando iban. Alzóse el viento, agitáronse y revolviéronse las enseñas como bandadas de aves que se dispusieran al vuelo. Y Nilfgaard quieta estaba como había estado, hasta que principiaron todos hasta a extrañarse de por qué el mariscal Menno Coehoorn no daba a los suyos orden de avanzar...

—¿Cuándo? —Menno Coehoorn alzó la cabeza de su mapa, plantó los ojos sobre sus comandantes—. ¿Cuándo, preguntáis, ordenaré comenzar?

Nadie habló. Menno examinó de un rápido vistazo a sus comandantes. Los más tensos y nerviosos parecían ser aquellos que tenían que quedarse en el campo. Elan Trahe, comandante de la Séptima daerlana, y Kees van Lo, de la brigada Nausicaa. También estaba extraordinariamente nervioso Ouder de Wyngalt, edecán del mariscal, quien tenía las menores posibilidades de todos de tomar parte activa en la lucha.

Aquellos que tenían que atacar los primeros tenían un aspecto tranquilo, qué digo, hasta aburrido. Marcus Braibant bostezaba. El teniente general Rhetz de Mellis-Stoke se hurgaba con su meñique en el oído y de vez en cuando se miraba el dedo como si de verdad se esperara encontrar en él algo digno de atención. El oberst Ramón Tyrconnel, joven caudillo de la división Ard Feainn, silboteaba en voz baja, con la vista clavada en un punto del horizonte sólo por él conocido. El oberst Liam aep Muir Moss de la división Deithwen examinaba su inseparable tomito de poesía. Tibor Eggebracht, de la división de lanzeros pesados Alba, se rascaba el cuello con la punta de su bastón de mando.

—Comenzaremos el ataque —dijo Coehoorn— cuando vuelvan las patrullas nocturnas. Me inquietan esas colinas al norte, señores oficiales. Antes de que ataquemos tengo que saber qué es lo que hay detrás de aquellas colinas.

Lamarr Flaut tenía miedo. Tenía un miedo horroroso, el pánico le roía las tripas, le parecía que tenía en las entrañas al menos veinte anguilas resbaladizas, cubiertas de una mucosidad apestosa, que buscaban ansiosamente una apertura por la que pudieran salir a la libertad. Una hora antes, cuando la patrulla había recibido las órdenes y se había puesto en movimiento, Flaut, en lo más hondo de su espíritu, contaba con que el frío de la mañana expulsaría su inquietud, que el miedo lo ahogaría la rutina, el ritual cien veces ejercitado, el duro y severo ceremonial militar. Se equivocaba. Ahora, al cabo de una hora y después de haber recorrido unas cinco millas, lejos, comprometidamente lejos de los suyos,

dentro, peligrosamente dentro del territorio enemigo, cerca, mortalmente cerca de un peligro desconocido, el miedo comenzó a mostrar de qué era capaz.

Se detuvieron al borde de un bosque de abetos, cautelosamente, sin salir de detrás de unos grandes enebros que crecían allí. Delante de ellos, tras un cinturón de pequeños abetos, se extendía una amplia hoya. La niebla serpenteaba por los tallos de hierba.

—Nadie —apuntó Flaut—. Ni un alma. Volvamos. Estamos ya demasiado lejos.

El sargento le miró de reojo. ¿Lejos? Habían avanzado apenas una milla. Y para colmo remoloneando como una tortuga coja.

—Merecería la pena —dijo— mirar aún tras aquella colina, señor teniente. De allá, me se parece, mejor tendremos perspectiva. Lejos, a ambos valles. Si acaso alguien anda por allá, no podremos no verlo. ¿Entonces? ¿Nos acercamos? No son más que *unas pocas varas*.

Unas pocas varas, pensó Flaut. *En terreno abierto, que se ve como una sartén*. Las anguilas se retorcieron, buscaron con violencia una salida de sus tripas. Al menos una, Flaut lo sintió con claridad, iba por el buen camino.

He oído el tintineo de unas espuelas. El bufido de un caballo. Allí, entre aquellos jugosos y verdes pinos, en aquel banco de arena. ¿Qué se movía por allí? ¿Una silueta? ¿Nos están rodeando?

Corría por el campamento el rumor de que algunos días antes los condotieros de la Compañía Libre, habiendo atrapado en una emboscada a una partida de la brigada Vrihedd, apresaron con vida a un elfo. Se decía que lo habían castrado, que le habían arrancado la lengua, cortado todos los dedos de la mano… Y al final le sacaron los ojos.

Ahora, bromearon, no te vas a poder divertir con tu puta elfa. Y ni siquiera vas a poder mirar cómo se divierte con otros.

—¿Qué, señor? —habló el sargento con voz ronca—. ¿Nos acercamos a la colina?

Lamarr Flaut tragó saliva.

—No —dijo—. No podemos perder tiempo. Lo hemos comprobado: aquí no hay enemigos. Tenemos que dar nuestro informe al comandante. ¡Volvamos!

Menno Coehoorn escuchó el parte, alzó la cabeza del mapa.

—A las armas —ordenó en pocas palabras—. Señor Braibant, señor de Mellis-Stoke. ¡Atacad!

—¡Viva el emperador! —gritaron Tyrconnel y Eggebracht. Menno los miró de forma extraña.

—A las armas —repitió—. Que el Gran Sol ilumine vuestra gloria.

Milo Vanderbreck, mediano, médico de campo, conocido como Rusty, mantuvo en sus narices con ansia la embriagadora mezcla de olores del yodo, el amoniaco, el alcohol, el éter y los elixires mágicos que se albergaban bajo la lona de la tienda. Quería hacerse con aquel perfume ahora, cuando todavía estaba saludable, limpio, virgen, sin infección, clínicamente estéril. Sabía que no iba a durar mucho tiempo así.

Miró a la mesa de operaciones, igualmente de un blanco virginal, y al instrumental, a las decenas de herramientas que engendraban respeto y confianza con la impasible y amenazadora dignidad de su frío acero, con la impoluta limpieza de su brillo metálico, con el orden y la estética de su posición.

Delante del instrumental se removía su personal: tres mujeres. *No*, se corrigió mentalmente Rusty. *Una mujer y dos muchachas. No. Una mujer vieja, aunque con aspecto hermoso y joven. Y dos niñas*.

La maga y sanadora llamada Marti Sodergren. Y dos voluntarias. Shani, estudiante de Oxenfurt. Iola, sacerdotisa del santuario de Melitele en Ellander.

A Marti Sodergren la conozco, pensó Rusty, *ya he trabajado más de una vez con esa belleza. Algo ninfómana, con tendencia a la histeria, pero eso no es nada, mientras funcione su magia. Los hechizos anestesiantes, desinfectantes y para detener las hemorragias*.

Iola. Una sacerdotisa, o mejor dicho una adepta. Una muchacha de belleza común y corriente como una tela de lino, de manos grandes y fuertes de aldeana. El santuario evitó que las manos se mancharan con el feo légamo del sucio y pesado trabajo en el campo. Pero no consiguió enmascarar su origen.

No, pensó Rusty, *no tengo miedo por ella, en suma, lisas manos campesinas son de seguro manos dignas de confianza. Aparte de ello las muchachas de los santuarios pocas veces fallan, en los momentos desesperados no estallan sino que buscan apoyo en su religión, en sus creencias místicas*.

Interesante: esto ayuda.

Miró a la pelirroja Shani, que estaba enhebrando diestramente el hilo quirúrgico en los ojos de las torcidas agujas.

Shani. Niña de los malolientes callejones de la ciudad, que llegó a la universidad de Oxenfurt gracias a su propia ansia de saber y gracias al dinero pagado por sus padres a base de increíbles fatigas. Una estudiante. Empollona. Un hurón. ¿Qué es lo que sabe? ¿Enhebrar agujas? ¿Poner compresas? ¿Sujetar los ganchos? Ja, la pregunta es: ¿cuándo se desmayará la pelirroja, soltará el gancho y caerá de narices sobre la tripa abierta del operado?

Los humanos son tan poco resistentes, pensó. *Les pedí que me dieran una elfa. O alguien de mi propia raza. Pero no. No confían en ellos.*

En mí, al fin y al cabo, tampoco.

Soy un mediano. Un inhumano.

Un extraño.

—¡Shani!

—¿Sí, señor Vanderbreck?

—Rusty. Es decir, para ti, «don Rusty». ¿Qué es esto, Shani? ¿Y para qué sirve?

—¿Me estáis examinando, don Rusty?

—¡Responde, muchacha!

—¡Es un raspador! ¡Para retirar el periostio durante una amputación! ¡Para que el periostio no estalle bajo los dientes de la serreta, para poder serrar limpiamente! ¿Estáis satisfecho? ¿He aprobado?

—Más bajo, muchacha, más bajo.

Se pasó los dedos por el cabello.

Interesante. Somos cuatro médicos. ¡Y todos pelirrojos! ¿El hado o qué?

—Venid, por favor —se inclinó—, fuera de la tienda, muchachas.

Le obedecieron aunque las tres murmuraron. Cada una a su modo. Delante de la tienda estaba sentado un grupo de enfermeros aprovechando los últimos minutos de dulce pereza. Rusty les dirigió una severa mirada, olió para ver si estaban ya borrachos.

Un herrero, tremendo mozo, se removía alrededor de una mesa que recordaba a un potro de torturas, ordenando sus herramientas para extraer heridos de las armaduras, cotas de malla y abollados bacinetes.

—Allí —comenzó Rusty sin preámbulos, señalando el campo— va a empezar dentro de un momento una carnicería. Dentro de un momento más otro momento aparecerán los primeros heridos. Todos saben lo que tienen que hacer, todos conocen sus obligaciones y su lugar. Si todos tienen en cuenta lo que hay que tener en cuenta, nada irá mal. ¿Está claro?

Ninguna de las «muchachas» dijo nada.

—Allí —continuó Rusty, volviendo a señalarlo—, dentro de un momento comenzarán unas cien mil personas a mutilarse mutuamente. De modos muy elaborados. Nosotros, incluyendo los otros dos hospitales, somos una docena de médicos. Por nada del mundo vamos a conseguir ayudar a todos los que lo necesiten. Ni siquiera a un porcentaje mínimo de los que lo necesiten. Ni siquiera hay alguien que lo espere.

»Pero nosotros vamos a curar. Porque ésta es, perdón por la banalidad, la razón de nuestra existencia. Ayudar a quien lo necesita. Así que ayudaremos banalmente a tantos como consigamos ayudar.

Tampoco nadie dijo nada ahora. Rusty se dio la vuelta.

—No vamos a conseguir hacer más de lo que podamos —dijo con voz cálida y baja—. Pero todos haremos lo posible para que no sea menos que eso.

—Cargan —afirmó el condestable Juan Natalis al tiempo que se limpiaba la mano sudorosa en la cadera—. Su majestad, Nilfgaard está cargando. ¡Vienen hacia nosotros!

El rey Foltest, controlando a su nervioso caballo, un rucio con adornos de lis en los jaeces, volvió hacia el condestable su hermoso perfil, digno de figurar en las monedas.

—Habrá entonces que recibirlos como se merecen. ¡Señor condestable! ¡Señores oficiales!

—¡Muerte a los Negros! —gritaron a coro el condotiero Adam «Adieu» Pangratt y el conde de Ruyter. El condestable los miró, luego se enderezó y tomó aliento.

—¡A las armas!

Desde lejos les llegaban los sordos sonidos de los atabales y timbales, zumbaron los cromornos, los olifantes y las chirimías. La tierra tembló, golpeada por miles de cascos.

—Ahora —habló Andy Biberveldt, mediano, sargento del pelotón, estirando los pelos de su pequeña oreja terminada en punta—. En cualquier momento…

Tara Hildebrandt, Didi «El Lúpulos» Hofmeier y el resto de los que estaban reunidos alrededor de los carromatos menearon la cabeza.

Ellos también escuchaban el sordo y monótono estampido de los cascos que llegaba desde el bosque y la colina. Percibían el temblor de la tierra.

Un rugido se alzó de improviso, saltó a un tono más alto.

—La primera salva de los arqueros. —Andy Biberveldt tenía experiencia, había visto, o mejor dicho, escuchado, más de una batalla—. Habrá otra.

Tenía razón.

—¡Ahora ya se están enfrentando!

—Mej… or queee… nos metaaa… mos bajjj… o los carros —propuso William Hardbottom, llamado el Tartaja, retorciéndose intranquilo—. Hummm… os digo…

Biberveldt y los otros medianos le miraron con piedad. ¿Bajo los carros? ¿Para qué? Los separaba del lugar de la batalla cerca de un cuarto de legua. E incluso si alguna patrulla llegaba acá, a la retaguardia, a los carros, ¿le salvaría a alguien el esconderse bajo los carros?

Crecieron el ronquido y el estampido.

—Ahora —apreció Andy Biberveldt. Y otra vez tenía razón.

Desde la distancia de un cuarto de legua, desde detrás de la colina y el bosque, por encima de los rugidos y los chasquidos del hierro chocando contra el

hierro, alcanzó a los carreteros un sonido claro, macabro, que ponía los pelos de punta.

Un cloqueo. El salvaje, terrible y desesperado cloqueo y relincho de unos animales mutilados.

—La caballería… Biberveldt se lamió los labios—. La caballería se clavó en las picas…

—Ma… sss… —balbuceó un pálido Tartaja— no sé qué les haaa… yan hecho los caballos, hiii… jjjooos… de puta.

Jarre borró con una esponjina por no se sabe qué vez la frase escrita. Entornó los ojos al acordarse de aquel día. El momento en que chocaron los dos ejércitos. En el que ambos ejércitos, como dogos rabiosos, se lanzaron el uno al cuello del otro, enlazados en mortal abrazo.

Buscó palabras con las que se pudiera describir aquello.

En vano.

La hoja de la caballería se clavó con ímpetu en el tetrágono. Como un gigantesco puñal dando una cuchillada, la división Alba aplastó todo lo que protegía el cuerpo vivo de la infantería temeria: picas, lanzas, alabardas, jabalinas, pavesas y escudos. Como un puñal, la división Alba se clavó en el cuerpo vivo y derramó la sangre. Sangre en la que ahora pateaban y se resbalaban los caballos. Pero la hoja del puñal, aunque profundamente clavada, no alcanzo al corazón ni a ninguno de los órganos vitales. La hoja de la división Alba, en vez de rajar y descuartizar el tetrágono temerio, se clavó y se quedó atorada. Sujeta en la masa de infantes, elástica y densa como la pez.

Al principio aquello no parecía amenazador. La cabeza y los flancos de la hoja los constituían las tropas de élite con armadura pesada, en sus escudos y armaduras rebotaban como el martillo del herrero las hojas y piquetas de los lansquenetes, no había tampoco forma de alcanzar a los caballos cubiertos de hierro. Y aunque de vez en cuando alguno de los armados caía del caballo o junto con él, las espadas, hachas, mazas y clavas de los caballeros producían entre los infantes defensores una verdadera mortandad. Rodeada por la chusma, la hoja tembló y comenzó a introducirse aún más profundamente.

—¡Alba! —El subteniente Devlin aep Meara escuchó los gritos del oberst Eggebracht, que se alzaban por encima de los tintineos, bramidos, gritos y relinchos—. ¡Adelante, Alba! ¡Que viva el emperador!

Se lanzaron, sajando, golpeando y cortando. Debajo de los cascos de los caballos, que chillaban y se retorcían, se podía escuchar chufidos, churrupeteos, chasquidos y crujidos.

—¡Aaalbaaa!

La hoja se quedó enganchada de nuevo. Los lansquenetes, aunque machacados y ensangrentados, no cedieron, rodearon, apretaron a la caballería como una tenaza. Hasta la tierra temblaba. Bajo los golpes de las alabardas, los berdiches y los manguales, se deshizo y desbarató la primera línea de los acorazados. Acribillados por las partesanas y las clavas, arrancados de sus monturas por los ganchos de las bisarmas y las rogatinas, golpeteados sin piedad por las mazas y las porras, los caballeros de la división Alba comenzaron a morir. La hoja clavada en el tetrágono de la infantería, no hacía mucho tan amenazadora, hierro mutilador en un organismo vivo, era ahora como un carámbano de hielo en el puño de un campesino.

—¡Temeriaaa! ¡Por el rey, muchachos! ¡Matad a los Negros!

Pero tampoco les era fácil a los lansquenetes. La división Alba no se dejaba deshacer, las espadas y las hachas se alzaban y caían, rasgaban y cortaban, por cada uno de los jinetes derribados de su silla la infantería pagaba un amargo precio en sangre.

El oberst Eggebracht, pinchado a través de una raja en la armadura con la punta de una jabalina fina como un punzón, gritó, se balanceó en la silla. Antes de que se le pudiera ayudar, un terrible golpe de mangual lo tiró al suelo. La infantería se hizo un ovillo sobre él.

El estandarte del alerión negro con el perisonium dorado en el pecho se agitó y cayó. Los acorazados, entre ellos el joven subteniente Devlin aep Meara, se lanzaron en esa dirección, cortando, rajando, golpeando, aullando.

Quisiera saber, pensó Devlin aep Meara, extrayendo la espada de la destrozada capelina y del cráneo de un lansquenete temerio. *Quisiera saber*, pensó, rechazando con una amplia finta los dientes de hierro de una bisarma dirigida a él.

Quisiera saber para qué todo esto. Para qué todo esto. Y para quién todo esto.

—Eeeh… Y entonces se reunió el convenio de las grandes maestras… nuestras venerables madres… eeeh… cuya memoria siempre vivirá en nosotras… Puesto que… eeeh… las grandes maestras de la Primera Logia… decidieron… eeeh… decidieron…

—Novicia Abonde. No estás preparada. Suspendida. Siéntate.

—Pero si he estudiado, de verdad…

—Siéntate.

—Por qué leches tenemos que estudiar estas cosas viejas —murmuró Abonde, mientras se sentaba—. A quién le importa… ¿Y qué sacamos de esto…?

—¡Silencio! ¡Novicia Nimue!

—Presente, señora maestra.

—Lo veo. ¿Sabes la respuesta a la pregunta? Si no la sabes, siéntate y no me hagas perder el tiempo.

—La sé.

—Dime.

—Pues las crónicas nos enseñan que el convenio de maestras se reunió en el castillo de la Montaña Calva para decidir en qué forma terminar con aquella guerra tan dañina como estaban llevando a cabo el emperador del sur y los reyes del norte. La venerable madre Assire, santa mártir, dijo que los poderosos no dejarían de luchar mientras no se desangrasen como es debido. Mientras que la venerable madre Filippa, santa mártir, respondió: «Démosles pues grande y sangrienta lucha, terrible y cruel. Les llevaremos a tal batalla. Que los ejércitos imperiales y las tropas de los reyes naden en sangre en tal batalla y entonces nosotras, la Gran Logia, les obligaremos a firmar la paz». Y eso es exactamente lo que pasó. Las venerables madres consiguieron que tuviera lugar la batalla de Brenna. Y los gobernantes fueron obligados a firmar la paz de Cintra.

—Muy bien, novicia Nimue. Te pondría un sobresaliente… si no fuera por el «pues» que has dicho al principio. No se comienza una frase con «pues». Siéntate. Y ahora os contaré acerca de la paz de Cintra…

Sonó la campana del recreo. Pero las novicias no reaccionaron con el inmediato chasquido y crujido de los pupitres. Guardaron la calma y la dignidad, una tranquilidad distinguida. No eran ya mocosas de primero. ¡Estaban en tercero! ¡Tenían ya catorce años! Y eso era importante.

—Bueno, entonces no hay mucho que añadir. —Rusty valoró el estado del primer herido, que estaba precisamente empapando de sangre la inmaculada blancura de la mesa—. Fractura de fémur… La arteria se ha salvado, si no me habrían traído un cadáver. Parece un golpe de hacha, ante el que la parte dura de la silla actuó como un tronco de leñador. Mirad, por favor…

Shani e Iola se inclinaron. Rusty se limpió las manos.

—Como ya dije, no hay nada que añadir. Lo único que se puede es cortar. Manos a la obra. ¡Iola! Vendaje, con fuerza. Shani, cuchillo. Ése no. El de la sierra por los dos lados. El de amputar.

El herido no levantaba su nerviosa mirada de sus manos, seguía las acciones con los ojos de un animal asustado y atrapado en un cepo.

—Un poco de magia, Marti, si se puede pedir. —El mediano hizo una señal mientras se inclinaba sobre el paciente de tal modo que le cubriera el campo de visión—. Voy a amputar, hijo.

—¡Nooo! —El herido se agitó, revolviendo la cabeza, intentando escapar de los dedos de Marti Sodergren—. ¡No quierooo!

—Si no amputo, morirás.

—Prefiero morir… —El herido se movía cada vez más lento bajo el influjo de la magia de la sanadora—. Prefiero morir que ser un mutilado… Dejadme morir… Os lo ruego… ¡Dejadme morir!

—No puedo. —Rusty alzó el cuchillo, miró la hoja, de brillante e inmaculado acero—. No puedo dejarte morir. Puesto que resulta que soy médico.

Clavó la hoja con decisión y cortó profundamente. El herido aulló. Para ser un hombre, bastante poco humanamente.

El mensajero detuvo al caballo tan bruscamente que hasta surgieron chispas bajo los cascos. Dos asistentes agarraron las bridas, sujetaron al rocín sudoroso. El mensajero bajó de la silla.

—¿De quién? —gritó Juan Natalis—. ¿Quién te manda?

—El señor de Ruyter… —se sacó el mensajero del gaznate—. Hemos detenido a los Negros… Pero hay grandes pérdidas… El señor de Ruyter pide refuerzos…

—No hay refuerzos —respondió tras un instante de silencio el condestable—. Tenéis que resistir. ¡Tenéis que hacerlo!

—Y aquí —señalo Rusty con un gesto de coleccionista que está mostrando su colección—, hagan el favor de mirar las señoras, los estupendos resultados de un corte en la tripa… Alguien nos ha jodido un tanto, realizándole antes al infeliz una laparotomía digna de un aficionado… Menos mal que lo han traído con cuidado y no han perdido los órganos más importantes… Es decir, supongo que no los habrán perdido. ¿Qué te parece a ti, Shani? ¿Por qué tal gesto, muchacha? ¿Es que hasta ahora no habías visto a un hombre más que por fuera?

—Está dañado el intestino, don Rusty…

—¡Un diagnóstico tan certero como evidente! Ni siquiera hay que mirar, basta con oler. Un pañuelo, Iola. Marti, sigue habiendo demasiada sangre, sé amable y concédenos un poco de esa impagable magia tuya. Shani, aprieta. Ponle una pinza, no ves que se está desangrando. Iola, el cuchillo.

—¿Quién va venciendo? —preguntó de pronto, consciente por completo, aunque algo balbuceante, el operando, mientras revolvía sus ojos desencajados —. Decidme, ¿quién va venciendo?

—Hijo. —Rusty se inclinó sobre la cueva de la barriga abierta, sangrante y pulsante—. Ésa es de verdad la última cosa de la que me preocuparía si estuviera en tu lugar.

...alzóse entonces en el ala siniestra y en el medio de la línea una lucha terrible y sangrienta, mas aquí, aunque fuera grande la rabia y el ímpetu de

Nilfgaard, se estrelló su carga contra el ejército real tal como ola marina que se estrellara contra la roca. Estupendo estuvo pues allí el soldado, el bravo espadero mariboriano, wyzimo y tretogoriano, y también el ceñudo lansquenete, el mercenario de su profesión, cuyo caballo no cabe asustar. Y también allá se luchara, verdaderamente como mar contra la roca de la tierra, así siguió la lucha, en la que no se es capaz de decir quién gana, puesto que la ola golpea la roca sin tregua, no se debilita ni cede si no es para golpear de nuevo, pero la roca sigue ahí, se la sigue viendo por entre las olas rabiosas.

Mas de otro modo se llevó a cabo la cosa en el ala diestra del ejército real.

Como viejo gavilán que sabe dónde caer y picar para dar muerte, así el mariscal de campo Menno Coehoorn sabía dónde dar el golpe. Doblando en puño de yerro sus mejores divisiones, los lanceros de la Deithwen y los armados de la Ard Feainn, golpeó en la línea por encima del estanque Dorado, allá donde estaban las mesnadas de Brugge. Aunque los de Brugge opusiéronse con bravura, se mostraron menos armados, tanto de armaduras como de espíritu. No resistieron al ataque nilfgaardiense. En un suspiro pasaron allá en socorro dos banderas de las Compañías Libres bajo el condotiero Adam Pangratt y detuvieron a Nilfgaard, pagando caro con sangre. Mas los enanos del Pelotón de Voluntarios que estaban al flanco diestro vieron cercana la terrible amenaza de ser rodeados, mientras que a todo el real ejército lo amenazaba la destrucción del frente.

Jarre sumergió la pluma en el tintero. Los nietos gritaron en lo profundo del jardín, sus risas tintinearon como campanas de cristal.

Viendo sin embargo el peligro amenazador, Juan Natalis, atento como grulla, entendió al momento lo que pasaba. Y, sin aguardar, un mensajero corrió a toda prisa a donde los enanos, con órdenes para el coronel Els…

En toda la ingenuidad de sus diecisiete años, el corneta Aubry pensaba que el llegar al ala derecha, transmitir las órdenes y volver a la colina no le llevaría más de diez minutos. ¡Y de seguro que nada más! Desde luego que no, yendo como iba montado en Chiquita, una yegua rápida y ágil como una cierva.

Antes incluso de llegar al estanque Dorado, el corneta se dio cuenta de dos cosas: que no sabía cuándo iba a llegar al ala derecha y que no sabía cuándo iba a conseguir volver. Y que la agilidad de Chiquita le iba a venir pero que muy bien.

En la parte situada al este del estanque Dorado la lucha estaba en su apogeo, los Negros peleaban contra la caballería bruggense que protegía las filas de la

infantería. Ante los ojos del corneta surgieron de pronto del barullo de la lucha como si fueran chispas, como si fueran astillas de vidrio, unas siluetas con verdes, amarillas y rojas capas que se lanzaban desordenadas hacia el río Cautela. Detrás de ellos, como un río negro, se desparramaron los nilfgaardianos.

Aubry gritó a la yegua, tiró de las riendas, a punto de darse la vuelta y huir, salir del camino de los perseguidores y los perseguidos. El sentido del deber prevaleció. El corneta se pegó al cuello del caballo y se lanzó a un loco galope.

A su alrededor había gritos y barullo, un caleidoscópico revoltijo de siluetas, el brillo de las espadas, chasquidos, golpeteos. Algunos de los bruggenses, pegados al estanque, opusieron una desesperada resistencia, arremolinados en torno a las banderas con la cruz de ancla. En el campo, los Negros asesinaban a la infantería desprovista de apoyo.

Una capa con la señal del sol de plata le tapó la vista.

—¡Evgyr, nordling!

Aubry gritó y Chiquita, excitada por el aullido, dio un quiebro de verdadero gamo, salvándole la vida al ponerlo lejos del alcance de la espada del nilfgaardiano. Sobre su cabeza silbaron de pronto flechas y dardos, ante sus ojos volvieron a relampaguear las siluetas.

¿Dónde estoy? ¿Dónde están los míos? ¿Dónde el enemigo?

—¡Evgyr morv, nordling!

Un estampido, un tintineo, relinchos de caballos, aullidos.

—¡Párate, mocoso! ¡Por ahí no!

La voz de una mujer. Una mujer en un caballo moro, con armadura, con los cabellos al aire, con el rostro cubierto de gotas de sangre. Junto a unos jinetes armados.

—¿Quién eres? —La mujer se limpiaba la sangre con el puño en que sujetaba la espada.

—Corneta Aubry… Alférez del condestable Natalis… Con órdenes para los coroneles Pangratt y Els…

—No hay ninguna posibilidad de que llegues allí donde está luchando «Adieu». Iremos a donde están los enanos. Soy Julia Abatemarco… ¡Dale al caballo, joder! ¡Nos están rodeando! ¡Al galope!

No le dio tiempo a protestar. Y tampoco tenía sentido.

Al cabo de un rato de rabioso galope surgió del polvo una masa de infantes, un tetrágono, defendido como una tortuga por una pared de paveses, como la piel de un erizo cubierta de agujas. Sobre el tetrágono se agitaba una gran enseña dorada con unos martillos cruzados y junto a ella se elevaba una barra con colas de caballo y cráneos humanos. El tetrágono, moviéndose y saltando como un perro escapando de un viejo agitando un palo, era atacado por los nilfgaardianos. La división Ard Feainn, a la que gracias a su gran sol sobre las capas no se podía confundir con ninguna otra.

—¡Atacad, Compañía Libre! —gritó la mujer al tiempo que hacía un molinete con la espada—. ¡Vamos a ganarnos el sueldo!

Los jinetes —y con ellos el corneta Aubry— se lanzaron sobre los nilfaardianos.

La lucha duró apenas unos minutos. Pero fue terrible. Luego la pared de los paveses se abrió ante ellos. Se encontraron en el interior del tetrágono, en un abrazo, entre enanos con cotas de malla, misiurcas y yelmos picudos, entre la infantería redana, la caballería ligera bruggense y los condotieros con sus armaduras.

Julia Abatemarco —la Dulce Casquivana, la condotiera, sólo ahora Aubry se daba cuenta— le llevó ante un rechoncho enano con un sisak adornado con un mechón rojo, que estaba sentado desmañamente en un caballo uncido a la nilfgaardiana, con una silla de pico de grandes borrenes, al que se había subido para poder mirar por encima de las cabezas de los peones.

—¿Coronel Barclay Els?

El enano asintió con su mechón, advirtiendo con evidente estima la sangre de la que estaban cubiertos el corneta y su yegua. Aubry enrojeció sin quererlo. Era la sangre de los nilfgaardianos a los que habían herido los condotieros a su lado, porque él no había tenido tiempo siquiera de desenvainar la espada.

—Corneta Aubry…

—¿Hijo de Anselmo Aubry?

—El menor.

—Ja, conozco a tu padre. ¿Qué tienes para mí de parte de Natalis y Foltest, cornetilla?

—Hay una posibilidad de que os atraviesen por el centro de vuestro grupo… El señor condestable ordena que el Pelotón de Voluntarios recoja las alas lo más aprisa posible, retroceda hacia el estanque Dorado y el río Cautela… Para apoyar…

Sus palabras las ahogaron los gritos, los chasquidos y el cloqueo de los caballos. Aubry de pronto se dio cuenta de lo estúpido de las órdenes que había traído. De lo poco que aquellas órdenes significaban para Barclay Els, para Julia Abatemarco, para todo aquel tetrágono de enanos que estaba bajo la enseña dorada con los martillos agitándose por encima del negro mar que los rodeaba, de los nilfgaardianos que los atacaban por todos lados.

—Me he retrasado… —balbuceó—. He llegado demasiado tarde…

La Dulce Casquivana bufó. Barclay Els sonrió.

—No, cornetilla —dijo—. Son los nilfgaardianos los que han venido demasiado pronto.

—Felicito a las señoras, y a mí mismo, por el éxito en la operación de los

intestinos delgado y grueso, la esplenectomía, el haber cosido el hígado. Les llamo la atención acerca del tiempo que nos ha llevado el eliminar las consecuencias de lo que a nuestro paciente le hicieron en la batalla en apenas unas décimas de segundo. Les recomiendo esto como material para reflexiones filosóficas. El paciente ahora nos lo va a coser doña Shani.

—¡Pero yo jamás he hecho esto, don Rusty!

—Alguna vez hay que empezar. Rojo con rojo, amarillo con amarillo, blanco con blanco. Cose así, y seguro que sale bien.

—¿Que qué? —Barclay Els se rascó la barba—. ¿Pero qué me dices, cornetilla? ¿Hijo menor de Anselmo Aubry? ¿Que en estando aquí, nada hacemos? ¡Nosotros, la puta de su madre, ante el ataque ni meneamos el culo! ¡No cedimos ni un paso! ¡Nuestra no es la culpa si ésos de Brugge no han atacado!

—Mas las órdenes…

—Me importan un güevo las órdenes…

—¡Si no cerramos los huecos —gritó más que él la Dulce Casquivana—, los Negros romperán el frente! ¡Romperán el frente! ¡Ábreme las filas, Barclay! ¡Atacaré! ¡Cruzaré!

—¡Os acogotarán antes de que lleguéis al estanque! ¡Moriréis para nada!

—Entonces, ¿qué propones?

El enano blasfemó, se quitó el yelmo de la cabeza, lo lanzó al suelo. Tenía los ojos rabiosos, enrojecidos, horribles.

Chiquita, asustada por los gritos, tiró hacia abajo la cabeza todo lo que le permitían los arreos.

—¡Traedme aquí a Yarpen Zigrin y a Dennis Cramner! ¡En un pispás!

Los dos enanos salían de la lucha más cruenta, estaba claro a primera vista. Ambos estaban cubiertos de sangre. El guantelete metálico de uno de ellos mostraba las huellas de un corte que hasta había levantado la punta de la chapa. El segundo tenía la cabeza envuelta en un trapo a través del que se filtraba la sangre.

—¿Estás bien, Zigrin?

—Me pregunto —jadeó el enano— por qué todos lo preguntan.

Barclay Els se dio la vuelta, halló con la vista al corneta y clavó en él sus ojos.

—¿Y entonces, hijo menor de Anselmo? —graznó—. ¿Ordenan el rey y el condestable que vayamos allí y les ayudemos? Pues abre entonces bien los ojos, cornetilla. Vas a tener cosa que ver.

—¡Mierda! —bramó Rusty, alejándose bruscamente de la mesa y agitando la

mano con el escalpelo—. ¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué ha de ser así?

Nadie le respondió. Marti Sodergren tan sólo abrió los brazos. Shani inclinó la cabeza, Iola respiró hondo.

El paciente que acababa de morir miraba hacia arriba y tenía los ojos inmóviles y vidriosos.

—¡Golpea, mata! ¡A joder a esos hijos de puta!

—¡A mi altura! —gritó Barclay Els—. ¡Al mismo paso! ¡Mantened las filas! ¡Y el grupo! ¡El grupo!

No me van a creer, pensó el corneta Aubry. *Nadie me creerá cuando lo cuente. Este tetrágono está zafándose de un asedio completo… Rodeados por todas partes por la caballería, rasgados, rajados, golpeados y aguijoneados… Y este tetrágono avanza. Avanza, al mismo paso, en formación cerrada, escudo junto a escudo. Avanza, pisando cadáveres, empuja frente a sí a la división de élite Ard Feainn… Y avanza.*

—¡Atacad!

—¡Al mismo paso! ¡Al mismo paso! —gritó Barclay Els—. ¡Mantened las filas! ¡La canción, su puta madre, la canción! ¡Nuestra canción! ¡Adelante, Mahakam!

De las gargantas de miles de enanos salió la famosa canción de guerra de Mahakam.

¡Hooouuu! ¡Hooouuu! ¡Hou!
¡Aguarda, colega,
que os daremos una buena!
¡La zajurda se irá al cuerno,
no quedará ni el güeso!
¡Hooouuu! ¡Hooouuu! ¡Hou!

—¡Atacad, Compañía Libre! —Entre el enorme rugido de los enanos surgió, como la fina hoja de una misericordia, la aguda voz de soprano de Julia Abatemarco. Los condotieros, saliendo de entre las filas, se lanzaron a detener a la caballería que atacaba al tetrágono. Era este movimiento algo verdaderamente suicida: contra los mercenarios, faltos de la protección de las alabardas, picas y paveses de los enanos, se lanzó toda la potencia del ataque de los nilfgaardianos. El estruendo, los aullidos y los relinchos de los caballos hicieron que el corneta Aubry se encogiera inconscientemente en su silla. Alguien le golpeó en la espalda, sintió cómo junto con su yegua, a la que estaba abrazado, se movió en dirección al mayor de los barullos y la masacre más terrible. Apretó con fuerza el mango de su espada, que le pareció de pronto resbaladizo y extrañamente

incómodo.

Al cabo de un instante, empujado al otro lado de la línea de escudos, rajaba ya a su alrededor como un poseso y peleaba como un poseso.

—¡Otra vez! —escuchó el salvaje grito de la Dulce Casquivana—. ¡Un esfuerzo más! ¡Aguantad, muchachos! ¡Atacad, matad! ¡Por el doblón como el sol de oro! ¡A mí, Compañía Libre!

Un jinete nilfgaardiano sin yelmo, con un sol de plata en la capa, se lanzó sobre las filas, de pie sobre los estribos, de un terrible hachazo tumbó a un enano protegido con un pavés, le abrió la cabeza a otro. Aubry se giró en la silla y cortó en horizontal. Un gran fragmento lleno de cabellos de la cabeza del nilfgaardiano salió volando, cayó a tierra. En aquel mismo instante también el corneta recibió un golpe en la cabeza y cayó de su silla. Entre tanta gente, no llegó de inmediato al suelo, sino que estuvo colgando durante unos segundos, lanzando un agudo grito, entre el cielo, la tierra y los flancos de dos caballos. Y, aunque estaba lleno de miedo, no pudo degustar largo rato el dolor.

Cuando cayó, los cascos de los caballos le aplastaron de inmediato el cráneo.

Al cabo de sesenta y cinco años, al ser preguntada acerca de aquellos días, acerca del campo de Brenna, acerca del tetrágono que avanzaba hacia el estanque Dorado por encima de los cuerpos de amigos y enemigos, la viejecilla sonrió, arrugando aún más su cara, ya de por sí arrugada y oscura como ciruela pasa. Impaciente —o puede que sólo fingiendo impaciencia—, agitaba un brazo trémulo, huesudo, retorcido monstruosamente por la artritis.

—De forma alguna —murmuró— ninguna de las partes podía alcanzar ventaja. Nosotros estábamos en el centro. Rodeados. Ellos fuera. Y simplemente nos matábamos mutuamente. Ellos a nosotros, nosotros a ellos… Cof, cof, cof… Ellos a nosotros, nosotros a ellos…

La viejecilla controló con esfuerzo un ataque de tos. Los oyentes que estaban más cerca advirtieron en su mejilla una lágrima que buscaba afanosamente su camino por entre las arrugas y las antiguas cicatrices.

—Eran tan valientes como nosotros —murmuró la abuelilla, aquella que antes había sido Julia Abatemarco, la Dulce Casquivana de la Compañía Libre de condotieros—. Cof, cof… Éramos igualmente valientes. Nosotros y ellos.

La viejecilla guardó silencio. Largo rato. Los oyentes no la apremiaron, viendo cómo se sonreía con sus recuerdos. Con su gloria. Con los rostros difuminados por la niebla del olvido de aquellos que sobrevivieron gloriosamente. Para que luego los matara el aguardiente, los narcóticos y la tuberculosis.

—Éramos igualmente valientes —terminó Julia Abatemarco—. Ninguna de las partes tenía fuerza para ser más valiente. Pero nosotros… nosotros conseguimos seguir siendo valientes un minuto más que ellos.

—¡Marti, te lo pido, danos un poquito más de esa tu maravillosa magia! ¡Un poquito más, aunque no sean más que cien gramos! ¡Este pobre desgraciado tiene en la tripa un enorme estofado, para colmo aderezado con multitud de aros de cota de malla! ¡No puedo hacer nada si se me sigue revolviendo como pez fuera del agua! ¡Shani, maldita sea, sujeta el gancho! ¡Iola! ¿Estás dormida, joder? ¡Aprieta! ¡Aprieeeta!

Iola respiraba pesadamente, tragaba con esfuerzo saliva de la que tenía llenos los labios. *Me voy a desmayar*, pensó. *No lo aguanto, no resistiré esto más, este hedor, esta horrible mezcla de olores de sangre, vómitos, excrementos, orina, del contenido de los intestinos, de sudor, miedo y muerte. No aguantaré más estos gritos continuos, estos aullidos, estas manos ensangrentadas y viscosas tendidas hacia mí, como si de verdad fuera yo su salvación, su huida, su vida... No aguantaré el sinsentido de lo que estamos haciendo aquí. Porque esto es un sinsentido. Un enorme, tremendo e insensato sinsentido*.

No aguantaré el esfuerzo y el cansancio. Siguen trayendo a más... y más…

No lo resistiré. Vomitaré. Me desmayaré. Quedaré en ridículo…

—¡Pañuelo! ¡Tampón! ¡Pinzas intestinales! ¡Ésas no! ¡Las de menor pinza! ¡Cuidado con lo que haces! ¡Si te equivocas otra vez, te daré un palo en esa cabeza pelirroja tuya! ¿Me oyes? ¡Te daré en tu cabeza pelirroja!

Gran Melitele, ayúdame. Ayúdame, diosa.

—¡Mira, mira! ¡Se arregla todo al punto! ¡Una pinza más, sacerdotisa! ¡Una pinza vascular! ¡Bien! ¡Bien, Iola, sigue así! Marti, límpiate los ojos y la cara. Y a mí también…

De dónde sale este dolor, pensó el condestable Juan Natalis. *¿Qué es lo que me duele tanto?*

Ajá.

Los puños apretados.

—¡Acabemos con ellos! —gritó, al tiempo que se secaba las manos, Kees van Lo—. ¡Acabémoslos, señor mariscal! ¡La línea se está rompiendo, ataquemos! ¡Ataquemos sin vacilar y, por el Gran Sol, se romperán! ¡Se desharán!

Menno Coehoorn se mordía una uña con nerviosismo, y al darse cuenta de que le estaban mirando se sacó rápidamente el dedo de la boca.

—Ataquemos —repitió Kees van Lo, tranquilo, ya sin énfasis—. La Nausicaa está lista…

—La Nausicaa tiene que estar —dijo Menno con brusquedad—. La daerlana

también tiene que estarlo. ¡Señor Faoiltiarna!

El caudillo de la brigada Vrihedd, Isengrim Faoiltiarna, llamado el Lobo de Acero, se dio la vuelta hacia el mariscal con su terrible rostro deformado por una cicatriz que le corría desde la frente, pasando por las cejas, la nariz y la mejilla.

—Atacad —señaló Menno con su bastón—. En las filas de Temeria y Redania. Allí.

El elfo le saludó. Su rostro deformado no tembló siquiera, sus grandes y profundos ojos no cambiaron de expresión.

Confederados, pensó Menno. *Aliados. Luchamos juntos. Contra un enemigo común. Pero yo no los entiendo, a los elfos estos. Son tan extraños. Tan diferentes.*

—Curioso. —Rusty intentó limpiarse el rostro con el codo, pero también tenía el codo lleno de sangre.

Iola se apresuró a ir en su ayuda.

—Interesante —dijo el cirujano, señalando al paciente—. Pinchado con un bieldo o con algún tipo de bisarma de dos dientes… Cada diente del arma le atravesó el corazón, oh, mirad aquí. El ventrículo atravesado sin remedio, la aorta casi separada… Y todavía hace un momento estaba respirando. Aquí, sobre la mesa. Atravesado por el mismo corazón, vivió hasta llegar a la mesa…

—¿Decir queréis —preguntó sombrío un oficial de la caballería voluntaria— que murió? ¿Que vanamente de la lucha lo sacamos?

—Nada nunca es vanamente. —Rusty no bajó la mirada— honor a la verdad, sí, se ha muerto, por desgracia. Exitus. Llevaos… Eh, joder… Tened cuidado, muchachas.

Marti Sodergren, Shani e Iola se inclinaron sobre el cuerpo. Rysty le cerró los párpados al muerto.

—¿Habíais visto antes algo así?

Las tres se echaron a temblar.

—Sí —dijeron las tres a la vez. Se miraron la una a la otra, como un poco asombradas.

—Yo también lo he visto —dijo Rusty—. Es un brujo. Un mutante. Esto podría explicar por qué se mantuvo vivo tanto tiempo… ¿Era vuestro compañero de armas, señores? ¿O lo habéis traído por casualidad?

—Nuestro amigo era, señor médico —confirmó triste otro voluntario, un grandullón de cabeza vendada—. Del nuestro escuadrón, tan voluntario como nosotros. ¡Ah, maestro era en el arte de la espada! Llamábase Cohën.

—¿Y era un brujo?

—Lo era. Mas aparte deso, buen compadre era.

—Ja —suspiró Rusty al ver a cuatro soldados trayendo sobre una capa rasgada y goteando sangre a otro herido más, muy joven a juzgar por lo agudo

que gritaba—. Ja, una pena… Con gusto le haría una autopsia a este aparte deso buen compadre brujo. Pues la curiosidad quema y se podría hasta escribir una disertación si le pudiera ver las entrañas… ¡Mas no queda tiempo! ¡Fuera el cuerpo de la mesa! Shani, agua. Marti, desinfección. Iola, dame…

» Vaya, muchacha, ¿otra vez derramando lágrimas? ¿Qué pasa ahora?

—Nada, don Rusty. Nada. Ya está todo bien.

—Me siento —repitió Triss Merigold— como si me hubiesen robado.

Nenneke estuvo largo tiempo sin responder, mirando desde la terraza al jardín del santuario, en el que las sacerdotisas y las adeptas se entretenían con los trabajos primaverales.

—Hiciste una elección —dijo al fin—. Elegiste tu camino, Triss. Tu propio destino. Voluntariamente. No es hora de lamentarse.

—Nenneke. —La hechicera bajó los ojos—. De verdad no puedo decirte nada más de lo que te he dicho. Créeme y perdóname.

—¿Quién soy yo para perdonarte? ¿Y qué ganarás con mi perdón?

—¡Pero si veo —estalló Triss— con qué ojos me miras! Tú y tus sacerdotisas. Veo cómo me hacéis preguntas con los ojos. ¿Qué haces aquí, maga? ¿Por qué no estás allí donde Iola, Eurneid, Katje, Myrrha? ¿Jarre?

—Exageras, Triss.

La hechicera miraba a lo lejos, al bosque que oscurecía detrás de los muros del santuario, al humo de lejanos fuegos. Nenneke guardaba silencio. Estaba también bastante lejos en sus pensamientos. Allí donde la lucha estaba en su apogeo y se derramaba la sangre. Pensaba en las muchachas a las que había enviado allí.

—Ellas —habló Triss— me rechazaron todo.

Nenneke guardaba silencio.

—Me rechazaron todo —repitió Triss—. Tan sabias, tan razonables, tan lógicas… ¿Cómo no creerlas cuando explican que hay asuntos importantes y menos importantes, que hay que renunciar a los menos importantes sin pensarlo, sacrificarlos para los importantes sin gota de tristeza? ¿Que no tiene sentido salvar a la gente que se conoce y que se quiere porque son individuos, y los individuos no tienen importancia para el destino del mundo? ¿Que no tiene sentido luchar por la dignidad, el honor y los ideales porque son conceptos vacíos? ¿Que el verdadero campo de batalla en el que se juega el destino del mundo está en otro lugar completamente distinto, que se luchará en otro lugar? Y yo me siento robada. Robada de la posibilidad de cometer locuras. No puedo lanzarme locamente en ayuda de Ciri, no puedo correr como una loca y salvar a Geralt y Yennefer. No sólo eso, en la guerra que se está desarrollando, en la guerra a la que enviaste a tus muchachas… en la guerra a la que Jarre ha huido, se me niega

incluso la posibilidad de estar de pie en el monte. De estar otra vez de pie en el monte. Sabiendo esta vez que he tomado una decisión verdaderamente consciente y útil.

—Todo el mundo tiene su decisión y todo el mundo tiene su monte, Triss —dijo la sacerdotisa mayor en voz baja—. Todo el mundo. Tú tampoco puedes huir de los tuyos.

En la entrada a la tienda había un tumulto. Traían a otro herido, asistido por varios caballeros. Uno, con armadura de placas completa, gritaba, ordenaba, apremiaba.

—¡Menéate, ganapán! ¡Más ligero! ¡Traedlo acá, acá! ¡Eh, tú, matasanos!

—Estoy ocupado. —Rusty ni siquiera alzó la vista—. Por favor, poned al herido en las andas. Me ocuparé de él en cuanto termine.

—¡Te ocuparás de él de inmediato, medicucho de mierda! ¡Pues éste es el mismo excelentísimo señor conde de Garramone!

—Este hospital. —Rusty alzó la voz, enfadado porque la punta de la flecha rota que estaba clavada en las entrañas del herido se le volvió a resbalar de las pinzas—. Este hospital tiene muy poco que ver con la democracia. Aquí nos traen principalmente a la crema de los ordenados caballeros. Barones, condes, marqueses y otros de este color. De los heridos de más bajo nacimiento casi nadie se cuida. Mas algún tipo de igualdad existe. Al menos en mi mesa.

—¿Eh? ¿Lo qué?

—No importa —Rusty de nuevo introdujo en la herida la sonda y las pinzas— si éste de aquí, del que precisamente estoy sacando el hierro de sus tripas, es un patán, un hidalgo, nobleza antigua o aristocracia. Está encima de mi mesa. Y en mi mesa, por tararear algo, soy un truhán, soy un señor.

—¿Lo qué?

—Vuestro conde habrá de esperar su turno.

—¡Mediano de mierda!

—Ayúdame, Shani. Toma la otra pinza. ¡Cuidado con la arteria! Marti, un poquito más de magia, si puedo pedir, tenemos una hemorragia bastante grande.

El caballero dio un paso al frente, sus armas y dientes rechinaron.

—¡Haré que te ahorquen! —gritó—. ¡Haré que te ahorquen, inhumano!

—Calla, Papebrock —habló con esfuerzo, mordiéndose los labios, el conde herido—. Calla. Déjame aquí y vuelve a la lucha…

—¡No, mi señor! ¡Jamás de los jamases!

—Es una orden.

Del otro lado de la lona llegaron el estruendo y el tintineo del acero, el roncar de los caballos y unos gritos salvajes. Los heridos en el lazareto gritaban con distintas voces.

—Mirad, por favor. —Rusty alzó las pinzas, mostró la punta de flecha extraída por fin—. Produjo esta joyita un artesano, que gracias a la producción puede mantener a una familia numerosa, aparte de ello sirve para el desarrollo del pequeño negocio, es decir, del bienestar general y la felicidad común. Y la forma en que esta maravilla se sujeta en las entrañas humanas de seguro que está protegida por una patente. Viva el progreso.

Echó desmañadamente la punta ensangrentada a un cubo, miró al enfermo, que se había desmayado durante su perorata.

—Cosed y retirad. —Asintió—. Si tiene suerte, vivirá. Dadme el siguiente en la cola. El de la cabeza rota.

—Ése —habló con voz serena Marti Sodergren— ha dejado su sitio en la cola. Hace un momento.

Rusty inspiró y espiró aire, se alejó de la mesa sin comentarios innecesarios, se paró junto al conde herido. Tenía las manos mojadas, el delantal cubierto de sangre como un carnicero. Daniel Etcheverry, conde de Garramone, palideció aún más.

—Venga —dijo con sorna Rusty—. Es vuestro turno, señor conde. Ponedlo en la mesa. ¿Qué tenemos aquí? Ja, de esta articulación no ha quedado nada que se pueda salvar. ¡Migas! ¡Potaje! ¿Con qué os habéis golpeado, señor conde, que os habéis destrozado tanto las patas? Va, dolerá algo, excelentísimo señor. Dolerá algo. Pero no tengáis miedo. Será exactamente igual que en la batalla. Vendas. ¡Cuchillo! ¡Amputemos, poderoso señor!

Daniel Etcheverry, conde de Garramone, que hasta entonces había mantenido el tipo, aulló como un lobo. Antes de que se desencajara las mandíbulas de dolor, Shani, con un rápido movimiento, le introdujo entre los dientes un anillito de madera de tilo.

—¡Su majestad! ¡Señor condestable!

—Habla, muchacho.

—El Pelotón de Voluntarios y la Compañía Libre mantienen el istmo junto al estanque Dorado… Los enanos y condotieros resisten con vehemencia aunque terriblemente diezmados… Se dice que «Adieu» Pangratt ha muerto, Frontino ha muerto, Julia Abatemarco ha muerto… ¡Todos, todos han muerto! La bandera doriana, que acudió en su ayuda, ha sido aniquilada.

—Retirada, señor condestable —dijo Foltest en voz baja pero muy clara—. Si queréis saber mi opinión, es hora de batirse en retirada. ¡Que Bronibor empuje a los Negros con su infantería! ¡Ahora! ¡De inmediato! De otro modo nos desharán la formación y eso significa el final.

Juan Natalis no respondió, mientras observaba desde lejos cómo el siguiente enlace venía hacia él galopando desaforadamente en un caballo lleno de espuma.

—Toma aliento, muchacho. ¡Toma aliento y habla coordinadamente!

—Han quebrado el… frente… los elfos de la brigada Vrihedd… El señor de Ruyter les transmite a sus señorías…

—¿Qué es lo que transmite? ¡Habla!

—Que es hora de salvar la vida.

Juan Natalis alzó sus ojos al cielo.

—Blenckert —dijo con voz sorda—. Que venga Blenckert. O que venga la noche.

La tierra alrededor de la tienda temblaba bajos los cascos, la lona parecía que se iba a romper ante los gritos y los relinchos de los caballos. Un soldado entró en la tienda, junto a él dos sanitarios.

—¡Gente, huirsus! —gritó el soldado—. ¡Salvarsus! ¡Nilfgaard nos gana! ¡Perdición! ¡Perdición ¡Derrota!

—¡Una pinza! —Rusty echó atrás su rostro ante el chorro de sangre, la enérgica y viva fuente que surgía de la arteria—. ¡Ceja! ¡Y tampón! ¡Ceja, Shani! ¡Marti, por favor, haz algo con esta hemorragia…!

Alguien junto a la tienda gritó como un animal, corto, quebrado. Un caballo relinchó, algo cayó al suelo con un tintineo y un estampido. El virote de una ballesta atravesó con un chasquido la lona, silbando, voló en la dirección contraria, por suerte demasiado alto como para amenazar a los heridos que descansaban en las andas.

—¡Nilfgaard! —gritó otra vez el soldado, con una voz aguda y temblorosa—. ¡Señor curador! ¡No oísteis lo que sus dijera! ¡Nilfgaard cortó las líneas del nuestro rey, avanza y mata! ¡Huiiir!

Rusty le quitó la aguja a Marti Sodergren, dio la primera puntada. Hacía tiempo que el paciente no se movía. Pero le latía el corazón. Se veía.

—¡No quiero moriiir! —gritó uno de los heridos que estaban conscientes. El soldado maldijo, se lanzó a la salida, de pronto gritó, cayó hacia atrás, salpicando sangre, se derrumbó en el suelo. Iola, que estaba de rodillas junto a las andas, se puso de pie, retrocedió. De pronto se hizo el silencio.

Malo, pensó Rusty, al ver quién entraba en la tienda. Elfos. Un rayo de plata. La brigada Vrihedd. La famosa brigada Vrihedd.

—Estamos curando —afirmó al primero de los elfos, alto, de rasgos hermosos, regulares, marcados y de grandes ojos añiles—. ¿Estamos?

Nadie dijo nada. Rusty sintió cómo le comenzaban a temblar las manos. Dejó rápido la aguja a Marti. Vio que la frente y la base de la nariz de Shani se ponían blancas.

—¿Y cómo es eso? —dijo el elfo, arrastrando amenazadoramente las palabras—. ¿Entonces por qué nosotros los herimos allá en el campo? Nosotros

les producimos heridas allá, en la batalla, para que mueran de esas heridas. ¿Y vosotros aquí las curáis? Observo aquí una falta absoluta de lógica. Y una ausencia de coincidencia de intereses.

Se inclinó y casi sin un movimiento clavó la espada en el pecho del herido que estaba en las andas más cercanas a la puerta. Otro elfo atravesó a un segundo herido con un gincho. El tercer herido, que estaba consciente, intentaba sujetar un estilete con la mano izquierda y el muñón de la derecha, que estaba envuelto en una gruesa venda.

Shani gritó. Era un grito agudo, que taladraba. Ahogando el pesado, inhumano gemido del mutilado al ser asesinado. Iola, lanzándose sobre las andas, cubrió con su cuerpo al siguiente herido. Su rostro estaba blanco como el lienzo de un vendaje, los labios comenzaron involuntariamente a temblar. El elfo entrecerró los ojos.

—¡Va vort, beanna! —ladró—. ¡Porque te atravieso junto con este dh'oine!

—¡Largo de aquí! —Rusty se encontró junto a Iola en tres saltos, la cubrió—. Largo de mi tienda, asesino. Vete allí, al campo. Allí está tu lugar. Entre otros asesinos. ¡Mataos allí los unos a los otros si queréis! ¡Pero largo de aquí!

El elfo miró hacia abajo. Hacia el rechoncho mediano temblando de miedo, cuya coronilla de una cabeza rizada no le alcanzaba ni al cinturón.

—Bloede pherian —silbó—. ¡Lacayo de los humanos! ¡Apártate de mi camino!

—De eso nada. —Los dientes del mediano tintineaban, pero las palabras eran muy claras.

El otro elfo se acercó y empujó al cirujano con el asta de su gincho. Rusty cayó de rodillas. El alto elfo alejó a Iola del herido con un empujón brutal, alzó la espada.

Y se quedó congelado al ver en la capa negra enrollada bajo la cabeza del herido las llamas de plata de la división Deithwen. Y la distinción de coronel.

—¡Yaevinn! —gritó entrando en la tienda una elfa de cabellos oscuros recogidos en una trenza—. ¡Caemm, veloe! ¡Ess'evgyriad a'dh'oine a'en va! ¡Ess'tess!

El elfo alto miró por un instante al coronel herido, luego miró a los ojos llorosos por el miedo del cirujano. Luego giró sobre sus talones y salió.

Del otro lado de la tienda volvió a alcanzarles un tamborileo, aullidos, el tintineo del acero.

—¡A por los Negros! ¡Matadlos! —gritaban miles de voces. Alguien gritó como una bestia, el aullido se convirtió en un gorgoteo macabro.

Rusty intentó levantarse, pero no le obedecían los pies. Tampoco le hacían demasiado caso las manos.

Iola, agitada por los fuertes espasmos de un llanto reprimido, se tendió junto a las andas del herido nilfgaardiano. En posición fetal.

Shani lloraba sin intentar esconder las lágrimas. Pero seguía sujetando los ganchos. Marti cosía tranquilamente, sólo los labios se le movían en una especie de mudo monólogo.

Rusty, que todavía no podía levantarse, se sentó. Sus ojos se cruzaron con la mirada de un enfermero apretado en el hueco de la tienda.

—Dame un trago de aguardiente —dijo con esfuerzo—. Y no me digas que no tienes. Os conozco, bribones. Siempre tenéis.

El general Blenheim Blenckert estaba de pie en los estribos, estiraba el cuello como una garza, escuchaba los ruidos de la batalla.

—Estirad la formación —ordenó a los jefes—. Y enseguida llegaremos al trote al otro lado de la colina. Por lo que dicen los exploradores, saldremos directamente al ala derecha de los Negros.

—¡Y les daremos leña! —gritó con voz fina uno de los tenientes, un mocoso de bigote aterciopelado y escaso. Blenckert le miró de reojo.

—Comenzad por la escuadra del frente —ordenó, tomando la espada—. Y en la carga gritad. «¡Redania!», gritad a pleno pulmón. Que los muchachos de Foltest y Natalis sepan que vienen refuerzos.

El conde Kobus de Ruyter había luchado en diversas batallas desde hacía cuarenta años, desde que tenía dieciséis. Además era soldado de octava generación, sin duda tenía algo en los genes que suponía que los gritos y el barullo de las batallas, que para otro cualquiera no eran más que algarabía que producía miedo y ahogaba todo, eran para él como una sinfonía, como un concierto. De Ruyter de inmediato escuchaba en el concierto otras notas, acordes y tonos.

—¡Vivaaa, muchachos! —bramó, agitando su bastón de mando—. ¡Redania! ¡Viene Redania! ¡Las águilas! ¡Las águilas!

Desde el norte, al otro lado de la colina, se acercaba a la lucha una masa de caballeros sobre los que ondeaba una enseña de color amaranto y un enorme confalón con el águila de plata redana.

—¡Refuerzos! —gritó De Ruyter—. ¡Vienen los refuerzos! ¡Vivaaa! ¡Matad a los Negros!

El soldado de octava generación vio al momento que los nilfgaardianos recogían el ala, intentando volverse hacia los refuerzos que cargaban con un frente ceñido y corto.

Sabía que no se les podía permitir aquello.

—¡Seguidme! —bramó, arrancando el estandarte de las manos del abanderado—. ¡Seguidme! ¡Tretogorianos, seguidme!

Atacaron. Atacaron como suicidas, de un modo terrible. Pero con

efectividad. Los nilfgaardianos de la división Venendal mezclaron las filas y entonces cayeron sobre ellos con fuerza las banderas redanas. Un enorme grito golpeó el cielo.

Kobus de Ruyter no vio ya aquello, ni lo oyó. Un virote perdido de ballesta le acertó directamente en la sien. El conde se resbaló en su silla y cayó del caballo, el estandarte le cubrió como un sudario.

Ocho generaciones de De Ruyter, que estaban siguiendo la batalla desde el otro mundo, asintieron con reconocimiento.

—Se puede decir, señor teniente, que a los norteños aquel día los salvó un milagro. O un cúmulo de casualidades que nadie estaba en condiciones de prever… Cierto que Restif de Motholon escribe en su libro que el mariscal Coehoorn cometió un error en su valoración de las fuerzas y las intenciones del contrario. Que asumió un riesgo demasiado grande al separar el grupo de ejército Centro y lanzarlo en una persecución de caballería. Que entabló batalla azarosamente sin tener al menos una superioridad de tres a uno. Y que no le dio importancia al reconocimiento, no descubrió al ejército redano que iba en refuerzo…

—¡Cadete Puttkammer! ¡Las «obras» de dudoso valor del señor de Montholon no están en el programa de esta escuela! ¡Y su majestad imperial se pronunció bastante críticamente acerca de este libro! De modo que el señor cadete no debe citarlo aquí. Ciertamente, me extraña. Hasta este momento su respuesta era bastante buena, incluso excelente, y de pronto comienza usted a chamullar acerca de milagros y cúmulos de circunstancias, al final incluso se permite usted el criticar las capacidades militares de Menno Coehoorn, uno de los más grandes caudillos que haya dado el imperio. Cadete Puttkammer y el resto de señores cadetes, si piensan ustedes seriamente en aprobar el examen habrán de escuchar y recordar: en Brenna no actuaron milagros algunos ni casualidades, ¡sino la conjura! ¡Fuerzas enemigas y saboteadores, elementos disidentes, repugnantes sanguijuelas, cosmopolitas, cadáveres políticos, traidores y vendidos! Una llaga, que luego se cauterizó con hierro al rojo. Sin embargo, antes de que se llegara a ello, esos repugnantes traidores a su propia nación tejieron sus telas de araña y construyeron sus trampas de redes. ¡Ellos engatusaron y traicionaron entonces al mariscal Coehoorn, le engañaron y le indujeron a error! Ellos, granujas sin honor ni fe, simples…

—Hijos de puta —repitió Menno Coehoorn, sin apartar el anteojo—. Simples hijos de puta. Pero ya os encontraré, esperad, ya os enseñaré lo que significa un reconocimiento. ¡De Wyngalt! Busca personalmente al oficial que estuvo de

patrulla en la colina al norte. Manda colgar a todos, a la patrulla entera.

—A la orden —chocó los tacones Ouder de Wyngalt, edecán del mariscal. Por aquel entonces no podía saber que Lamarr Flaut, el tal oficial de la patrulla, moría precisamente en aquel momento aplastado por un caballo de la división secreta de los norteños, aquella, precisamente, que no había sido capaz de descubrir… De Wyngalt no podía tampoco saber que a él mismo no le quedaban más que dos horas de vida.

—¿Cuántos hay, señor Trahe? —Coehoorn seguía sin retirar el anteojo—. ¿En vuestra opinión?

—Por lo menos, diez mil —respondió secamente el caudillo de la Séptima daerlana—. Sobre todo de Redania, pero veo también los triángulos de Aedirn… Hay también un unicornio, así que también tenemos a Kaedwen… Al menos una división…

La división iba al galope, debajo sus cascos salpicaba la arena y la grava.

—¡Adelante, la Gris! —gritó el centurión Mediocazo, borracho como siempre —. ¡Atacad, matad! ¡Kaedweeen! ¡Kaedweeen!

Joder, vaya unas ganas de mear que tengo, pensó Zyvik. *Tenía que haber meado antes de la batalla... Ahora puede que no haya ocasión*.

—¡Adelante, la Gris!

Siempre la Gris. Donde hay algo malo, la Gris. ¿A quién se manda como cuerpo de expedición a Temeria? La Gris. Siempre la Gris. Y yo tengo ganas de mear.

Llegaron. Zyvik gritó, se giró en la montura y cortó por la oreja, destrozando la hombrera y el cuello de un jinete de capa negra con una estrella de plata de ocho puntas.

—¡La Gris! ¡Kaedweeen! ¡Atacad, atacad!

Con un golpeteo, un estampido y un tintineo, entre los gritos de los humanos y los relinchos de los caballos, la división Gris chocó contra los nilfgaardianos.

—De Mellis-Stoke y Braibant podrán con estos refuerzos —dijo tranquilo Elan Trahe, caudillo de la Séptima brigada daerlana—. Sus fuerzas son parecidas, nada malo ha pasado todavía. La división de Tyrconnel ha de equilibrar su ala izquierda, Magne y Venendal han de seguir a la derecha. Y nosotros… Nosotros podemos desequilibrar la balanza, señor mariscal…

—Atacando las filas, siguiendo a los elfos —comprendió al punto Menno Coehoorn—. Entrando por detrás, despertando el pánico. ¡Cierto! ¡Así haremos, por el Gran Sol! ¡Al ataque, señores! ¡Nausicaa y Séptima, llegó vuestra hora!

—¡Viva el emperador! —bramó Kees van Lo.

—Señor de Wyngalt. —El mariscal se dio la vuelta— Por favor, recoged a los asistentes y al escuadrón de protección. ¡Basta de no hacer nada! Iremos a la carga junto con la Séptima daerlana.

Ouder de Wyngalt palideció levemente, pero se dominó de inmediato.

—¡Viva el emperador! —gritó, y la voz casi no le tembló.

Rusty cortaba, el herido aullaba y arañaba la mesa. Iola, luchando valientemente con los movimientos de su cabeza, cuidaba las vendas y sondas. Desde la entrada a la tienda se oía la excitada voz de Shani.

—¿Adónde? ¿Se han vuelto todos locos? ¿Aquí están esperando los vivos que los salven y vosotros andáis arrastrando a los muertos?

—¡Pero si se trata del propio barón Anselmo Aubry, señora médica! ¡El caudillo de la bandera!

—¡Era el caudillo de la bandera! ¡Ahora no es más que un difunto! ¡Lo habéis conseguido traer hasta aquí de una pieza sólo porque su armadura es estanca! Lleváoslo de aquí. ¡Esto es un lazareto y no un cementerio!

—Pero, señora médica…

—¡No me entorpezcáis la entrada! Oh, allí traen a uno que todavía respira. Al menos parece que respira. Porque puede que no sean más que gases.

Rusty rebufó, pero de inmediato frunció el ceño.

—¡Shani! ¡Ven aquí de inmediato!

» Recuerda, mocosa —dijo a través de sus dientes apretados, inclinado sobre un pie destrozado—, que un cirujano sólo se puede permitir el cinismo después de diez años de práctica. ¿Lo vas a recordar?

—Sí, don Rusty.

—Toma el raspador y retira el periostio… Joder, estaría bien el anestesiarlo todavía un poco… ¿Dónde está Marti?

—Vomitando delante de la tienda —dijo Shani sin sombra de cinismo—. Como un gato.

—Hechiceras —Rusty tomó el hacha—, en lugar de pensar diversos terribles y potentes sortilegios, debiera concentrarse mejor en encontrar uno. Uno tal que gracias al cual pudieran lanzar hechizos pequeños. Como por ejemplo, anestesiante. Pero sin problema. Y sin tener que vomitar.

El hacha silbó y el hueso crujió. El herido lanzó un grito.

—¡Las vendas más apretadas, Iola!

Por fin cedió el hueso. Rusty lo trabajó con una serreta, se limpió la frente.

—Venas y nervios —dijo maquinal e innecesariamente, porque antes de que terminara la frase, ya habían salido las muchachas. Retiró de la mesa el pie cortado y lo lanzó a un rincón, al montón de otras extremidades amputadas. El herido no gritaba ni aullaba desde hacía algún tiempo.

—¿Desmayado o muerto?

—Desmayado, don Rusty.

—Estupendo. Cósele el muñón, Shani. ¡Traed el siguiente! ¡Iola, ve y comprueba si Marti ya ha vomitado todo!

—Me intriga —dijo Iola bajito, sin alzar la cabeza— cuántos años de práctica tenéis vos, don Rusty. ¿Cien?

Al cabo de algunos minutos de una marcha forzada que alzaba una nube de polvo, los gritos de los decuriones y centuriones se detuvieron por fin y desplegaron en línea al regimiento de Wyzima. Jarre, jadeando y tomando aliento como un pez, vio al voievoda de Bronibor desfilando a lo largo del frente con su hermoso alazán cubierto con placas de armadura. El mismo voievoda también estaba vestido con una armadura completa. Su armadura estaba cubierta de líneas azules, gracias a las cuales Bronibor tenía el aspecto de una enorme caballa.

—¿Qué tal estáis, soldados?

Las filas de piqueros respondieron con un rugido que resonó como un trueno lejano.

—Os estáis tirando pedos —constató el voievoda, haciendo girar su armado caballo y conduciéndolo al paso a lo largo del frente—. Es decir, que estáis bien. Porque si estuvierais mal, no os peeríais a media voz, sino que gritaríais y aullaríais como condenados. Por vuestras caras veo que os morís por entrar en batalla, que soñáis con la lucha, ¡que ya no podéis aguantar las ganas de véroslas con los nilfgaardianos! ¿Eh, soldados de Wyzima? ¡Entonces tengo una buena noticia para vosotros! Vuestros sueños se van a cumplir en un instante. En un corto, pequeño instante.

Los piqueros murmuraron de nuevo. Bronibor, llegándose hasta el final de la línea, se dio la vuelta, siguió hablando, golpeando con su bastón la adornada bola de su silla.

—¡Habéis tragado polvo, infantes, marchando detrás de los caballeros armados! Hasta ahora, en vez de gloria y botín habéis estado oliendo mierda de caballo. Poco ha faltado para que incluso hoy, cuando se ha tenido gran necesidad, no hayáis llegado al campo de la gloria. ¡Pero lo habéis conseguido, os felicito de todo corazón! Aquí, en esta aldea de cuyo nombre no quiero acordarme, mostraréis por fin lo que valéis como soldados. Esa nube que veis en el campo es la caballería nilfgaardiana, que pretende destrozar a nuestro ejército con un ataque por el flanco, empujarnos y hundirnos en los pantanos de ese río de cuyo nombre tampoco consigo acordarme. A vosotros, famosos piqueros wyzimos, os ha correspondido por voluntad del rey Foltest y del condestable Natalis el honor de defender el hueco que ha surgido en nuestras filas. Cerrad ese

hueco con vuestros propios pechos, por así decirlo, detened la carga nilfgaardiana. Os alegráis, ¿no, camaradas? ¿Os embarga el orgullo?

Jarre, apretando el asta de su pica, miró a su alrededor. Nada apuntaba a que los soldados estuvieran contentos ante la perspectiva de la cercana lucha, y, si les embargaba el orgullo por el honor de cerrar el hueco, lo sabían esconder muy bien. Melfi, que estaba a la derecha del muchacho, murmuraba una oración por lo bajo. A su izquierda, Deuslax, optimista profesional, se sorbía los mocos, maldecía y tosía nerviosamente.

Bronibor dio la vuelta al caballo, se enderezó en la silla.

—¡No lo oigo! —bramó—. He preguntado si os embarga el puto orgullo.

Esta vez los piqueros, no viendo otra salida, rugieron al unísono que les embargaba. Jarre también gritó. Si todos, pues todos.

—¡Bien! —El voievoda detuvo al caballo ante el frente—. ¡Y ahora me vais a formar aquí como es debido! Centuriones, ¿a qué esperáis, su puta madre? ¡A formar un tetrágono! ¡La primera fila de rodillas, la segunda de pie! ¡Clavad las picas! ¡No por ese lado, idiota! ¡Sí, sí, a ti te lo digo, cabrón peludo! ¡Más arriba la punta, arriba, abuelo! ¡Apretaos, juntaos, acercaos, hombro con hombro! ¡Ah, ahora tenéis un aspecto imponente! ¡Casi como si fuerais un ejército!

Jarre se encontró en la segunda fila. Apoyó con fuerza la base de la pica en la tierra, apretó el asta en sus manos sudorosas por el miedo. Melfi barboteaba confusamente, repetía diversas palabras que se referían principalmente a los detalles de la vida íntima de los nilfgaardianos, los perros, las perras, los reyes, condestables, voievodas y las madres de todos ellos.

La nube iba creciendo en el campo.

—¡No os tiréis pedos ni chirriéis los dientes! —gritó Bronibor—. ¡El pensamiento de que podáis asustar con esos ruidos a los caballos nilfgaardianos es falso! ¡Que aquí nadie se haga ilusiones! Quienes avanzan hacia nosotros son la brigada Nausicaa y la Séptima daerlana, estupendas, bruñidas, un ejército bien entrenado. ¡A éstos no se los puede asustar! ¡No se los puede vencer! ¡Hay que matarlos! ¡Más arriba esas picas!

Desde lejos les llegaba el sonido de los cascos, todavía bajito pero cada vez más crecido. La tierra comenzó a temblar. En la nube de polvo, como si fueran chispas, comenzaron a brillar las hojas.

—¡Para vuestra puta suerte, wyzimos —gritó de nuevo el voievoda—, la pica normal de la infantería del tipo nuevo y moderno tiene veintiún pies de largo! Mientras que la espada nilfgaardiana es de tres pies y medio. ¿Sabéis contar, no? Sabed que ellos también saben. Pero cuentan con que no aguantaréis, que os saldrá vuestra verdadera naturaleza, que se confirmará y se verá que sois unos cagaos, unos cobardes y unos putos follaovejas. Los Negros cuentan con que os daréis la vuelta y os echaréis a correr y ellos os perseguirán por el campo y os cortarán las testas, las sienes y los cuellos, os cortarán confortablemente y sin

esfuerzo.

» Recordad, capullos, que aunque el miedo les da a los talones una velocidad extraordinaria, no podréis huir de los caballos. Quien quiera vivir, a quien le gusten la gloria y el botín, ¡habrá de resistir! ¡Resistir con saña! ¡Resistir como un muro! ¡Y mantener las filas!

Jarre miró a su alrededor. Los ballesteros que estaban detrás de la línea de piqueros ya estaban haciendo girar sus manivelas, en el interior del tetrágono ya se veían las puntas de las bisarmas, las lanzas, las alabardas, las jabalinas, las gujas, las archas y los bieldos. La tierra temblaba cada vez más, en la negra pared de la caballería que se lanzaba hacia ellos parecía ya que se podían distinguir las siluetas de los jinetes.

—Mama, mamita —repetía Melfi con los labios tembloroso—. Mama, mamita…

—… tu puta madre —murmuraba Deuslax.

El tamborileo iba en aumento. Jarre quería lamerse los labios, pero no lo consiguió. La lengua había dejado de moverse normalmente, se le había quedado tiesa de una forma extraña y estaba seca como serrín. El tamborileo crecía.

—¡Apretaos! —gritó Bronibor, tomando la espada—. ¡Sentid los hombros de vuestro compañero! ¡Recordad que ninguno de vosotros está luchando solo! ¡Y que el único remedio contra el miedo que sentís es la pica en vuestra mano! ¡Listos para la lucha! ¡Las picas al pecho del caballo! ¿Qué vamos a hacer, soldados wyzimos? ¡Es una pregunta!

—¡Resistir! —gritaron al unísono los piqueros—. ¡Resistir como un muro! ¡Mantener las filas!

Jarre también gritó. Si todos, pues todos. De bajo los cascos de los caballos que venían derechos salpicaba la arena, la grava y las piedras. Los jinetes que cargaban aullaban como demonios, agitaban las armas.

Jarre se aferró a la pica, escondió la cabeza en el hombro y cerró los ojos.

Jarre, sin dejar de escribir, expulsó con un brusco movimiento de su muñón a una avispa que estaba zumbando sobre el tintero.

El plan del mariscal Coehoorn quedóse en nada, su ataque por el flanco fue detenido por la heroica infantería de Wyzima al mando del voievoda de Bronibor, pagando con la su sangre de héroes. Y por el tiempo en que la infantería wyzima resistiáse, comenzó Nilfgaard a desparramarse por el ala siniestra. He aquí que unos comenzaron a poner pies en polvorosa, otros andaban agrupándose para se mejor defender, rodeados como estaban por todos lados. Lo mismo al poco le sucedió al ala diestra, donde la bravura de enanos y condotieros al fin pudiera sobre la fuerza de Nilfgaard. Por todo el

frente se alzó un gran grito de triunfo, y en los corazones de los caballeros reales entró un nuevo espíritu. Mientras que los nilfgaardienses perdieron el suyo, las manos les temblaron, y nuestros arqueros principiaron a asaetearlos como a gorrino.

Y comprendió el mariscal de campo Menno Coehoorn que la batalla estaba perdida, viendo cómo morían y se dispersaban a su alredor las brigadas.

Y se allegaron entonces a él los oficiales y caballeros a ofrecerle los sus frescos y descansados caballos, clamándole que huyera para salvar la vida. Mas impávido latía el corazón en el pecho del nilfgaardiense mariscal. «No es digno», gritó, rechazando la rienda que se le ofrecía. «No es digno que como cobarde hubiera de escapar del campo en el que bajo mi mando han caído por el imperio tan muchos buenos hombres». Y añadió el bravo Menno Coehoorn…

—Y además no queda por donde pirárselas —añadió sereno y serio Menno Coehoorn, mirando a su alrededor—. Nos han rodeado por completo.

—Dadme vuestra capa y vuestro yelmo, señor mariscal. —El capitán Sievers se limpiaba la sangre y el sudor del rostro—. ¡Tomad los míos! Bajaos de vuestro alazán, tomad el mío… ¡No protestéis! ¡Vos debéis vivir! Sois precioso para el imperio, insustituible… Nosotros, daerlanos, nos lanzaremos contra los norteños, nos los atraeremos, vosotros por vuestra parte, intentad cruzar por allí, abajo, junto al poblado de pescadores…

—No saldréis de ésta —murmuró Coehoorn, agarrando las riendas que se le tendían.

—Es un honor. —Sievers se enderezó en la montura—. ¡Soy un soldado! ¡De la Séptima daerlana! ¡Conmigo, la fe! ¡Conmigo!

—Suerte —murmuró Coehoorn, echándose sobre los hombros la capa daerlana con el escorpión negro en el hombro—. ¿Sievers?

—¿Sí, señor mariscal?

—Nada. Suerte, muchacho.

—Que os acompañe también la suerte, señor mariscal. ¡A los caballos, por mi fe!

Coehoorn les siguió con la mirada. Largo rato. Hasta el momento en el que el grupo de Sievers, con un estampido, un griterío y un estruendo, se enfrentó a los condotieros. Con un pelotón que les superaba en número y al que además de inmediato se le sumaron otros. Las capas negras de los daerlanos desaparecieron entre las grises de los condotieros, todo se hundió en el polvo.

Coehoorn volvió en sí a causa de las tosecillas nerviosas de Wyngalt y sus asistentes. El mariscal se arregló las cinchas y las correas. Controló al desasosegado caballo.

—¡A los caballos! —ordenó.

Al principio les fue bien. En la salida del vallecillo que conducía al río se estaba defendiendo con saña un pelotón de resistentes de la brigada Nausicaa, cada vez menos numeroso, erizado de lanzas, sobre el que los norteños habían concentrado momentáneamente todo el ímpetu y toda la fuerza, habiendo logrado realizar un hueco en el arco. Bien del todo, se entiende, no les salió: tuvieron que abrirse paso a tajos a través de una ola de caballería voluntaria ligera, a juzgar por sus símbolos, bruggense. La lucha fue corta pero rabiosa y brutal. Coehoorn había perdido y arrojado ya todos los restos y apariencias de su patética heroicidad, ahora ya sólo quería sobrevivir. Sin siquiera echar un vistazo a la escolta que se enfrentaba a los bruggenses, galopó a toda prisa con sus asistentes en dirección al río, aplastándose y aferrándose al cuello del caballo.

El camino estaba libre, al otro lado del río, detrás de unos sauces torcidos, comenzaba una llanura vacía, en la que no se veía ninguna pelea de los ejércitos. Ouder de Wyngalt, que iba cabalgando junto a Coehoorn, también lo vio y gritó triunfante.

Demasiado pronto.

De la corriente lenta y perezosa del riachuelo los separaba una pradera cubierta de duraznillo verde intenso. Cuando llegaron a ella a pleno galope, los caballos se hundieron de improviso hasta la barriga. El mariscal voló por encima de la cabeza de su alazán y cayó en el pantano. A su alrededor relinchaban y bufaban los caballos, gritaban las personas atrapadas en el barro y cubiertas de cerdas verdes. Entre aquel pandemónium Menno escuchó de pronto otro sonido. Un sonido que significaba la muerte.

El sonido de las flechas.

Se lanzó hacia la corriente del río, peleando con el grueso barro hasta la cadera. El asistente que avanzaba a su lado cayó de bruces en el barro, al mariscal le dio tiempo a ver una flecha clavada en sus espaldas hasta las plumas. En aquel mismo instante sintió un terrible golpe en la cabeza. Se tambaleó pero no cayó, encajado como estaba en el lodo y el barro. Quiso gritar, pero sólo alcanzó a graznar. *Vivo*, pensó, mientras intentaba escapar al abrazo del pegajoso lodo. El caballo, al debatirse en el lodo, le había dado una patada al casco, la chapa muy abollada le había destrozado la mejilla, le había roto algunos dientes y le había cortado la lengua… *Estoy sangrando… Trago sangre… Pero vivo…*

De nuevo el sonido de un arco, el silbido de las flechas, el estruendo y chasquido de unas saetas atravesando las armaduras, el griterío, el relincho de los caballos, chufidos, gotas de sangre. El mariscal se dio la vuelta y vio en la orilla a los tiradores, unas pequeñas, rechonchas, regordetas siluetas con cotas de malla y cascos picudos. *Enanos*, pensó.

El sonido de las cuerdas de las ballestas, el silbido de los dardos. El relincho de los aterrorizados caballos. El griterío de la gente atrapada en el agua y el barro.

Ouder de Wyngalt, vuelto hacia los que disparaban, gritó que se rendía, con una voz aguda y chillona pidió piedad y merced, prometió rescate, rogó por su vida.

Consciente de que nadie entendía sus palabras, alzó por encima de su cabeza la espada, sujetándola por la hoja. En un gesto internacional, cosmopolita, de rendición, tendió el arma a los enanos. No lo entendieron, o lo entendieron mal, porque dos flechas le golpearon en el pecho con tanta fuerza que el golpe casi lo saca del pantano.

Coehoorn se quitó el abollado yelmo de la cabeza. Conocía bastante bien la lengua común de los norteños.

—Toy el maliscal Coeoon… —balbuceó, escupiendo sangre—. Maliscal Coeoon… Me lindo… Paldón… Paldón…

—¿Qué cojones está diciendo, Zoltan? —dijo, asombrado, uno de los ballesteros.

—¡Así lo joda un perro a él y su cháchara! ¿Ves el jubón bajo la capa, Munro?

—¡Un escorpión de plata! ¡Jaaa! ¡Muchachos, cargaos al hijoputa! ¡Por Caleb Stratton!

—¡Por Caleb Stratton!

El zumbido de las cuerdas. Un dardo se le clavó a Coehoorn directamente en el pecho, el segundo en el muslo, el tercero en la clavícula. El mariscal de campo del imperio de Nilfgaard cayó de espaldas en una masa poco densa, el duraznillo y la elodea cedieron ante su peso.

Quién, maldita sea mil veces, podía ser ese Caleb Stratton, consiguió pensar, *no he oído hablar en mi vida de ningún Caleb*.

El agua turbia, densa, roja de sangre y barro, del río Cautela se cerró sobre su cabeza y entró en sus pulmones.

Salió de la tienda para tomar aire fresco. Y entonces lo vio, sentado junto al banco del herrero.

—¡Jarre!

Él alzó los ojos hacia ella. En aquellos ojos había vacío.

—¿Iola? —preguntó, moviendo con dificultad los labios hinchados—. ¿De dónde…?

—¡Vaya una pregunta! —le interrumpió de inmediato—. Mejor dime, ¿de dónde sales tú?

—Hemos traído a nuestro jefe… El voievoda de Bronibor… Herido…

—Tú también estás herido. Enséñame esa mano. ¡Por la diosa! ¡Pero si te estás desangrando, muchacho!

Jarre la miró, e Iola comenzó de pronto a dudar que la estuviera viendo.

—Hay una batalla —dijo el muchacho, tiritando levemente los labios—. Hay que ponerse como un muro… Fuertes en las filas. Los heridos leves habrán de llevar al lazareto a… los heridos graves. Órdenes.

—Enséñame la mano.

Jarre lanzó un corto grito, sus dientes saltaron en un loco staccato. Iola frunció el ceño.

—Jolín, qué mal aspecto tiene esto… Ay, Jarre, Jarre… Ya verás, madre Nenneke se va a enfadar… Ven conmigo.

Lo vio palidecer al contemplar aquello. Al sentir el hedor de la muerte que se cobijaba bajo la lona de la tienda.

Se tambaleó. Ella lo sujetó. Vio cómo miraba la mesa ensangrentada. Al hombre que yacía allí. Al cirujano, un pequeño mediano que dio un salto brusco, pateó, lanzó una horrible blasfemia y tiró al suelo el escalpelo.

—¡Mierda! ¡Su puta madre! ¿Por qué? ¿Por qué ha de ser así?

Nadie respondió a su pregunta.

—¿Quién era?

—El voivoda de Bronibor —aclaró con voz débil Jarre, mirando directamente frente a sí, con los ojos hueros—. Nuestro jefe… Nos quedamos fuertes en las filas. Órdenes. Como un muro. Mataron a Melfi…

—Don Rusty —pidió Iola—. Este muchacho es un amigo mío… Está herido…

—Se tiene de pie —asestó el cirujano con frialdad—. Y aquí hay uno casi tieso que está esperando una trepanación. Aquí no hay sitio para los enchufes…

En aquel momento, Jarre, con gran sentido dramático, se desmayó y cayó al suelo. El mediano bufó.

—Va, venga, a la mesa con él —ordenó—. Ajá, buena tiene la mano. ¿En qué se sujetará esto? Como no sea en el guante. ¡Vendaje, Iola! ¡Más fuerte! ¡Y no te atrevas a llorar! Shani, dame el hacha.

Y de aqueste modo se desbarató en polvo y ceniza la potencia de Nilfgaard toda en los campos de Brenna y púsose así punto y final a la marcha del imperio hacia el norte. Entre muertos y tomados prisioneros perdió el imperio en la batalla de Brenna a unos cuarenta y cuatro miles de hombres. Cayó la flor de la caballería, los caballeros de élite. Murieron, fueron apresados o desparecieron sin noticia caudillos de tal entidad como Menno Coehoorn, Braibant, De Mellis-Stoke, Van Lo, Tyrconnel, Eggebracht y otros cuyos nombres no guardaron nuestros archivos.

Y así fue Brenna el principio del final. Mas es digno de escribirse que esta batalla habría sido pequeña piedra en el edificio y escasa habría sido su importancia de no ser porque los frutos de la victoria fueron usados con gran talento. Digno es de escribir que fue la tal batalla tan sólo pequeño ladrillo en

construcción grande y escasa sería su importancia si no fuera porque los frutos de la victoria fueron aprovechados de forma inteligente. Digno es de recordar que en vez de dormir en laureles y estallar de orgullo, esperando prebendas y honores, Juan Natalis se lanzó sin aliento casi hacia el austro. Las caballeros de Adam Pangratt y Julia Abatemarco deshicieron dos divisiones del III ejército, las cuales en tardío salvamento de Menno Coehoorn llegaban, destruyéndolas de tal modo que nec nuntius cladis. Al recibir noticia de ello, los restos del ejército Centro presto enseñaron las nalgas y cruzaron el Yaruga a toda prisa. Y como Foltest y Natalis los talones les rascaban, perdieron los imperiales todo carro y toda máquina de asedio mediante las cuales en su orgullo pensaban conquistar Novigrado.

Y como si de un desprendimiento desde las cumbres se tratara, en el que cada vez más la nieve se acrecienta y más se suman, de ese modo Brenna frutos peores diera para Nilfgaard. Presto le llegó la hora al ejército Verden, capitaneado por el duque de Wett, al cual los capitanes de Skellige y el rey Ethain de Cidaris grandes disgustos le dieran en una guerra de guerrillas. Mas cuando De Wett enteróse de lo de Brenna, cuando le llegara la noticia de que en marcha forzada acudían el rey Foltest y Juan Natalis, de inmediato mandó tocar a retirada y en desespero corrió a Cintra, al otro lado del río, cubriendo al tiempo de muertos los caminos, puesto que al saber de las derrotas nilfgaardienses, la revuelta se alzó de nuevo en Verden. Sólo en Nastrog, Rozrog y Bodrog, invencibles fortalezas, muchos soldados quedaron, los cuales no más tras la paz de Cintra salieron con honor y estandartes en alto. Por su parte, en Aedirn, las nuevas de lo de Brenna tuvieron por efecto el que los reyes Demawend y Henselt, envalentonados, diéranse la mano y unidos contra Nilfgaard se echaran. El grupo de ejércitos Este, que al mando del duque Ardal aep Dahy hacia el valle del Pontar iba marchando, no pudo hacer frente a los coaligados reyes. Reforzados con hombres de Redania y con las guerrillas de la reina Meve, los cuales arañaron con fuerza las retaguardias de los nilfgaardienses, Demawend y Henselt hicieron correr a Ardal aep Dahy hasta Aldersberg. El duque Ardal quería presentar batalla, mas por un extraño arrebato del destino enfermó de pronto, habiendo comido algo, le dio un cólico miserere y unas fiebres tales que murió a los dos días entre tremendos dolores. Y Demawend y Henselt, sin aguardar mucho, se lanzaron contra los nilfgaardienses y los atacaron allí, en Aldersberg, en aras, al parecer, de la justicia histórica. En brava lucha rompiéronles las filas, aunque igualmente tenía Nilfgaard ventaja sustancial de hombres. Mas, pese a ello, el espíritu y la técnica acostumbran a vencer sobre la fuerza bruta y ciega.

Digno es de escribirse aún algo más: en cuanto a lo que al mismo Menno Coehoorn le sucediera en lo de Brenna, nadie lo sabe. Unos dicen: murió y

su cuerpo enterrado fue sin conocerlo en fosa común. Otros dicen: salió con vida, mas temiendo del emperador su ira, no volvió a Nilfgaard, sino que se escondió en Brokilón, entre dríadas y allá hiciérase ermitaño, dejándose crecer la barba hasta la misma tierra. Y allá también, entre los sus remordimientos, murió. Ronda, sin embargo, entre las gentes sencillas cierta leyenda, que dice que el mariscal volvía por las noches a los campos de Brenna y andaba entre los túmulos, gritando: «¡Devolvedme mis legiones!», y al final se colgó de un olivo en la cumbre desde entonces llamada de las Horcas. Y por las noches se puede el fantasma encontrar del famoso mariscal entre otros espectros corrientemente visitantes de los campos de batalla.

—¡Abuelito Jarre! ¡Abuelito Jarre!

Jarre alzó la cabeza de entre los papeles, se colocó las gafas que le resbalaban por la nariz.

—¡Abuelito Jarre! —gritó en los registros más agudos su nieta más pequeña, una niña resuelta y lista de seis años, la cual, gracias a los dioses, había salido más a la madre, hija de Jarre, que al berzotas de su yerno.

—¡Abuelito Jarre! ¡Abuela Lucienne me dijo que te dijera ya basta por hoy de escribir chuminadas y que la cena está en la mesa!

Jarre colocó cuidadosamente las resmas de papel y puso el corcho al tintero. El muñón de su mano latía con dolor. *Cambio de tiempo*, pensó. *Va a llover*.

—¡Abuelito Jaaarreee!

—Ya voy, Ciri. Ya voy.

Antes de que se terminara con los últimos heridos era ya mucho más de la medianoche. Las últimas operaciones se realizaron ya con iluminación: normal, de lámparas, y luego también mágica. Marti Sodergren volvió en sí tras superar su crisis y, aunque pálida como la muerte, rígida e innatural en sus movimientos como un golem, realizaba hechizos de forma eficaz y efectiva.

Era noche cerrada cuando salieron de la tienda, los cuatro se sentaron apoyados en la lona. La pradera estaba llena de fuegos. Diversos fuegos: los fuegos inmóviles de los acampados, los fuegos inestables de las teas y antorchas. En la noche resonaban cantos lejanos, peleas, griteríos, vivas.

La noche alrededor estaba repleta también con los gritos y jadeos entrecortados de los heridos. Con los ruegos y suspiros de los moribundos. Ellos no los oían. Se habían acostumbrado a los sonidos del dolor y la muerte, aquellos ruidos eran para ellos normales, naturales, formaban parte de la noche como el croar de las ranas en los humedales del río Cautela, como el sonido de las cigarras en las acacias del estanque Dorado.

Marti Sodergren callaba líricamente, apoyada en el hombro del mediano.

Iola y Shani, abrazadas, apretadas, emitían de vez en cuando una risa queda, completamente estúpida. En cuanto que se sentaron junto a la tienda, bebieron cada uno un vaso de vodka y Marti los alegró a todos con un último hechizo: un encantamiento embriagador, usado por lo común para la extracción de muelas.

Rusty se sintió engañado con el tratamiento: la bebida unida a la magia, en lugar de relajarle, le atontaron, en lugar de reducir su cansancio, lo acrecentaron. En lugar de concederle el olvido, le hicieron recordar. *Parece*, pensó, *que sólo a Iola y Shani les afecta el alcohol y la magia tal y como es debido*.

Se giró, y a la luz de la luna vio en los rostros de las dos muchachas las huellas brillantes y plateadas de las lágrimas.

—Me pregunto —dijo, lamiéndose los labios secos e insensibles— quién habrá ganado la batalla. ¿Lo sabe alguien?

Marti volvió el rostro hacia él, pero seguía callando líricamente. Las chicharras cantaban entre las acacias, los sauces y los alisos del estanque Dorado, las ranas croaban. Los heridos gemían, rogaban, suspiraban. Y morían. Shani e Iola reían entre lágrimas.

Marti Sodergren murió dos semanas después de la batalla. Tuvo un lío con un oficial de la Compañía Libre de condotieros. Ella trató aquella aventura como algo pasajero. Al contrario que el oficial. Cuando Marti, a la que le gustaban los cambios, se lió con un oficial de caballería, el condotiero, loco de celos, le clavó un cuchillo. Le colgaron por ello, pero no se consiguió salvar a la enfermera.

Rusty e Iola murieron al año de la batalla, en Maribor, durante la mayor explosión de una epidemia de fiebre hemorrágica, también llamada Muerte Roja o —por el nombre del barco que la trajo— *Plaga del Catriona*. Huyeron por entonces de Maribor todos los médicos y la mayor parte de los sacerdotes. Rusty e Iola se quedaron, se entiende. Curaban, porque eran médicos. El que para la Muerte Roja no hubiera medicina no significaba nada para ellos. Los dos se contagiaron. Él murió en sus brazos, en el abrazo poderoso, confiado, de sus manos grandes, feas, aldeanas. Ella murió cuatro días después. Sola.

Shani murió setenta y dos años después de la batalla. Como decana emérita de la cátedra de medicina de la universidad de Oxenfurt. Generaciones enteras de futuros cirujanos repetían su famosa broma: « Cose lo rojo con lo rojo, lo amarillo con lo amarillo, lo blanco con lo blanco. Seguro que saldrá bien» .

Pocos eran los que advertían que, después de contar esta fabulilla, la señora decana siempre tenía que secarse a escondidas las lágrimas.

Pocos.

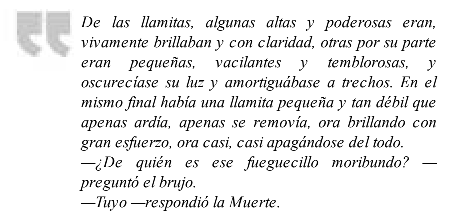
Las ranas croaban, las chicharras cantaban entre los juncos del estanque Dorado.

Shani e Iola reían histéricamente entre lágrimas.

—Me pregunto —repitió Milo Vanderbreck, mediano, médico de campo, conocido como Rusty—. Me pregunto, ¿quién habrá vencido?

—Rusty —dijo Marti Sodergren con voz lírica—. Créeme, ésta es la última cosa de la que me preocuparía si estuviera en tu lugar.

Capítulo noveno



De las llamitas, algunas altas y poderosas eran, vivamente brillaban y con claridad, otras por su parte eran pequeñas, vacilantes y temblorosas, y oscurecíase su luz y amortiguábase a trechos. En el mismo final había una llamita pequeña y tan débil que apenas ardía, apenas se removía, ora brillando con gran esfuerzo, ora casi, casi apagándose del todo.
—¿De quién es ese fueguecillo moribundo? —preguntó el brujo.
—Tuyo —respondió la Muerte.

Flourens Delannoy, Cuentos y leyendas

*****

La planicie, casi hasta las mismas cumbres de las montañas lejanas, que se adivinaban grises entre la niebla, era un auténtico mar de piedra: pronto se ondulaba formando montículos o crestas como se encrespaba en los agudos dientes de los arrecifes. Los despojos de las naves naufragadas contribuían a aquella sensación. Los había por decenas. Restos de galeras, de galeazas, de cocas, de carabelas, de bergantines, de carracas, de drakkars. Algunos daban la impresión de llevar allí poco tiempo, otros no eran ya más que unos montones de tablas y cuadernas difícilmente reconocibles, que sin duda estaban allí desde hacía décadas, cuando no siglos.

Algunas de las naves yacían con la quilla hacia lo alto. Otras, tumbadas de lado, parecían haber sido arrojadas por galernas y tempestades satánicas. Y otras daban la sensación de navegar, surcando ese océano de piedra. Se alzaban rectas y firmes, con sus desafiantes mascarones, con sus mástiles apuntando al cénit, con los restos de las velas, obenques y estays agitándose al viento. Tenían hasta unas tripulaciones fantasmales: los esqueletos de los marineros muertos, atrapados entre los tablones podridos y enredados en las maromas, eternamente atareados en una navegación sin fin.

Asustados por la presencia de un jinete, ahuyentados por el ruido de los cascos, desde los palos, vergas, cabos y esqueletos alzaron el vuelo entre graznidos bandadas de pájaros negros. En un momento el cielo se llenó de manchas que empezaron a revolotear sobre el filo de un precipicio, en cuyo fondo había un lago, liso y gris como el mercurio. Al borde de ese precipicio, en

parte dominando con sus torres el escenario de los naufragios, en parte colgando sobre el lago sus bastiones enraizados en las rocas verticales, se alzaba una oscura y tétrica fortaleza. Kelpa reculó, resopló, aguzó las orejas, contempló recelosa los restos de los barcos, los esqueletos, todo aquel paisaje de muerte. También se fijó en aquellos pajarracos negros que no paraban de graznar: habían vuelto a posarse en las perchas y mástiles cuarteados, en los obenques y en las calaveras. Los pájaros decidieron que no había que tener miedo al jinete solitario. Si alguien tenía que estar asustado allí, ése debería ser precisamente el jinete.

—Tranquila, Kelpa —dijo Ciri con la voz alterada—. Éste es el final del camino. Éste es el lugar apropiado y el tiempo apropiado.

Apareció delante del portón sin saber de dónde venía, como un fantasma entre los restos del naufragio. Los centinelas que montaban guardia junto al portón fueron los primeros en detectar su presencia, alertados por el graznido de las chovas. Ahora estaban gritando, gesticulando, señalándola con el dedo, llamando a sus camaradas.

Cuando por fin llegó a la torre donde estaba el portón, se había congregado mucha gente. Y se había levantado un ajetreo enorme. Todos la miraban boquiabiertos. Los pocos que ya la conocían y la habían visto anteriormente, como Boreas Mun y Dacre Silifant. Y también aquellos otros, mucho más numerosos, que tan sólo habían oído hablar de ella: los reclutas de Skellen, los mercenarios y los vulgares bandoleros de Ebbing y sus alrededores, que miraban pasmados a aquella chiquilla de cabellos grises que tenía una cicatriz en la cara y llevaba una espada colgada a la espalda. Y también a la hermosa yegua mora que mantenía la cabeza erguida. Entre resoplidos, sus pasos repiquetearon en las losas del patio.

Cesó el murmullo. Se hizo un silencio casi absoluto. La yegua marcaba los pasos, alzando las extremidades como una bailarina, las herraduras resonaban como martillazos contra un yunque. Pasó mucho tiempo hasta que, por fin, les cortaron el paso, atravesando bisarmas y ronconas. Alguien, con un movimiento vacilante y atemorizado, alargó la mano hacia las riendas. El animal soltó un bufido.

—Conducidme —dijo bien alto la muchacha— hasta el señor de este castillo.

Boreas Mun, sin saber por qué lo hacía, le sostuvo el estribo y le dio la mano. Otros sujetaron a la yegua, que no paraba de patear y bufar.

—¿Reconocismeis, noble señora? —preguntó Boreas en voz baja—. Pues visto ya nos habíamos.

—¿Dónde?

—En el hielo.

Le miró directamente a los ojos.

—Entonces no me fijé en vuestras caras —dijo impasible.

—Eras la Dama del Lago. —Asintió muy serio con la cabeza—. ¿Por qué viniste, muchacha?

—¿Por qué? Por Yennefer. Y por mi destino.

—Por tu muerte, más bien —susurró—. Éste es el castillo de Stygga. Yo, en siendo tú, me iría lo más lejos posible.

Ella volvió a mirarle. Y Boreas al momento comprendió qué significaba esa mirada.

Apareció Stefan Skellen. Estuvo largo rato mirando a la chica, con brazos cruzados. Por fin, con un gesto enérgico, ordenó que le acompañara. Ella le siguió sin decir nada, escoltada por todas partes por gente armada.

—Extraña moza —dijo Boreas entre dientes. Y se estremeció.

—Por suerte, ella ya no es problema nuestro —comentó mordaz Dacre Silifant—. Me sorprende que hayas con ella platicado de aquesta manera. Esa bruja mató a Vargas y a Fripp, y más tarde a Ola Harsheim…

—Fue Autillo quien mató a Harsheim —le cortó Boreas—. No ella. Ella nos perdonó la vida en el hielo, pese a que podía habernos acogotado como a cachorrillos y habernos ahogado. A todos. También a Autillo.

—Mírale. —Dacre escupió sobre las losas del patio—. Ahora la va a premiar por su compasión, en compañía del hechicero y de Bonhart. Kirs prepárate, Mun, porque la espera una buena. Le van a sacar la piel a cachos.

—Eso, seguro —refunfuñó Boreas—. Porque canallas son éstos. Y nosotros mejores no somos, pues a su servicio estamos.

—¿Tenemos acaso escapatoria? No, no la tenemos.

De pronto, uno de los lacayos de Skellen soltó un grito contenido, y otro lo secundó. Alguien blasfemó, alguien suspiró. Alguien, sin abrir a boca señaló con el dedo.

Las almenas, las ménsulas, los tejados de los torreones, las cornisas, los parapetos y guimbergas, los canalones, gárgolas y mascarones estaban cubiertos, hasta donde alcanzaba la vista, de pájaros negros, furtivamente, sin un solo graznido, habían venido volando desde el teatro de los naufragios y ahora estaban posados en silencio, a la expectativa.

—Ventean la muerte —masculló uno de los esbirros.

—Y la carroña —añadió otro.

—No tenemos escapatoria —repitió maquinalmente Silifant, mirando a Boreas.

Boreas Mun miraba a los pájaros.

—¿No será hora —respondió en voz baja— de que la tengamos?

Ascendieron por unas grandes escaleras de tres tramos, recorrieron un largo

pasillo, entre una hilera de estatuas instaladas en hornacinas, dejaron atrás un pórtico que rodeaba un vestíbulo. Ciri avanzaba decidida, sin ningún temor, no la asustaban ni las armas ni las jetas patibularias de los tipos que la escoltaban. Había mentido cuando dijo que no se acordaba de las caras de los hombres del lago helado. Sí se acordaba. Se acordaba de cómo Stefan Skellen, el mismo que la conducía, con lúgubre semblante, a las profundidades de aquel aterrador castillo, tiritaba y le castañeteaban los dientes cuando estaban en el hielo.

Ahora, mientras él no le quitaba la vista de encima y la acribillaba a miradas, ella sentía que aún la temía un poco. Respiró hondo.

Entraron en una estancia cubierta por una alta bóveda nervada y estrellada, sustentada en columnas, iluminada por una enorme araña. Ciri vio quién la estaba esperando. Notó cómo el terror hundía las garras en sus entrañas, hacía presa en ellas, daba violentos tirones y se las retorcía.

En tres pasos, Bonhart llegó junto a ella. Con ambas manos, la cogió de la almilla, a la altura del pecho, y la levantó, a la vez que tiraba de ella hacia sí, acercando el rostro de la chica a sus pálidos ojos de pez.

—El infierno —le gritó— será terrible, sin duda, mas tú no tardaste en preferirme a mí.

No le respondió. El aliento le apestaba a alcohol.

—O puede que fuera el infierno quien a ti no te quisiera. ¿Qué dices, pequeño monstruo? ¿No será que aquella torre diabólica te escupió con asco, tras de haber probado tu veneno? —Se la acercó aún más. Volvió la cara y la echó hacia atrás —. Muy bien. Haces bien en tener miedo. Termínase aquí tu sendero. De aquí ya no te escapas. Aquí, en este castillo, voy a sacarte la sangre de las venas.

—¿Habéis terminado, señor Bonhart?

Reconoció al instante a quien lo había dicho. El hechicero Vilgefortz, que primero había estado prisionero en Thanedd, cargado de grilletes, y que después la había perseguido hasta la Torre de la Gaviota. Entonces, en la isla, parecía muy apuesto. Ahora algo había cambiado en su cara, algo la hacía parecer desagradable y terrorífica.

—Permitidme, señor Bonhart —el hechicero ni se movía, sentado en aquel asiento que recordaba a un trono—, que sea yo quien asuma la grata tarea de dar la bienvenida al castillo de Stygga a nuestra huésped, la doncella Cirilla de Cintra, hija de Pavetta, nieta de Calanthe, descendiente de la afamada Lara Dorren aep Shiadhal. Sed bienvenida. Acercaos, por favor.

En las últimas palabras del hechicero ya no había ni rastro de escarnio disfrazado de cortesía. Sólo había en ellas amenaza y autoridad. Ciri dio cuenta desde el primer momento de que no estaba en condiciones de oponerse a sus órdenes. Sentía terror. Un terror espantoso.

—Acercaos más —dijo Vilgefortz, hablando entre dientes. Por fin Ciri podía percibir qué era lo que había de raro en aquel rostro. El ojo izquierdo,

notablemente más pequeño que el derecho, pestañeaba, parpadeaba y daba vueltas como loco en una cuenca anaranjada y amoratada. Era un espectáculo horrible—. Porte valiente, señales de miedo en la cara —dijo el hechicero, ladeando la cabeza—. Mis respetos. Siempre que el valor no se deba a la estupidez. Me apresuro a desmentir cualquier posible ilusión. De aquí, como ya ha hecho ver con mucha razón el señor Bonhart, no te vas a escapar. Ni con la teleportación, ni con la ayuda de tus singulares dotes.

Ciri sabía que tenía razón. Hasta entonces se había convencido a sí misma de que, si algo llegaba a ocurrir, siempre sería capaz, aunque fuera en el último momento, de escapar y ocultarse en los diferentes espacios y tiempos. Pero ahora sabía que se trataba de una esperanza ilusoria, de una quimera. El castillo hasta vibraba a causa de aquella magia maligna, hostil, extraña. La magia hostil y extraña la impregnaba, la penetraba, se arrastraba como un parásito por sus entrañas, dejaba un rastro repugnante en el cerebro. No había nada que hacer. Estaba en poder del enemigo. Impotente.

Apenas sabía lo que hacía, pensaba. *Sabía por qué había venido. Todo lo demás, de hecho, ha sido una mera fantasía. Así pues, que pase lo que tenga que pasar*.

—Bravo —dijo Vilgefortz—. Una evaluación muy certera de la situación. Que pase lo que tenga que pasar. Para ser más exactos: que pase lo que yo decida. Me gustaría saber si también adivinas, excelsa mía, qué es lo que voy a decidir.

Ciri quiso responder, pero, antes de ser capaz de vencer la resistencia de su reseca y contraída garganta, Vilgefortz, habiendo sondeado sus pensamientos, volvió a adelantarse.

—Claro que lo sabes. Señora de los Mundos. Señora del Tiempo y el Espacio. Sí, sí, excelsa mía, tu visita no me pilla de sorpresa. Yo, como siempre, sé adónde huiste desde el lago y de qué modo lo hiciste. Sé de qué modo has conseguido llegar hasta aquí. Sólo hay una cosa que no sé: ¿ha sido largo el camino? ¿Te ha proporcionado muchas emociones?

De nuevo, con una sonrisa miserable, Vilgefortz se adelantó a su respuesta:

—Oh. No tienes por qué responder. Yo ya sé que ha sido muy interesante y apasionante. Estoy impaciente por probarlo yo también. No sabes cómo envidio ese talento tuyo. Te vas a ver obligada a compartirlo conmigo, excelsa mía. Sí, «obligada» es la palabra adecuada. Mientras no compartas conmigo tu talento, no pienso soltarte ni un minuto. Día y noche te voy a tener atrapada en mis manos.

Ciri había comprendido, finalmente, que no era sólo el terror lo que le oprimía la garganta. El hechicero la amordazaba y la estrangulaba mágicamente. Se estaba burlando de ella. Humillándola. A la vista de todo el mundo.

—Libera… a Yennefer —consiguió soltar, como si tosiera, contrayéndose del esfuerzo—. Libérala… Y conmigo puedes hacer lo que quieras.

Bonhart estalló en carcajadas, también Stefan Skellen se echó a reír secamente. Vilgefortz se hurgó con el meñique en una esquina de su macabro ojo.

—No puedes ser tan simple como para no saber que, de todos modos, puedo hacer contigo lo que me apetezca. Tu oferta es patética, tan penosa como ridícula.

—Me necesitas… —Ciri levantó la cabeza, a costa de un gran esfuerzo—. Para tener un hijo conmigo. Eso es lo que quieren todos, tú también. Sí, estoy en tu poder, he venido yo sola… Tú no me has atrapado, aunque me has perseguido por medio mundo. He venido yo sola y yo sola me entregaré a ti. Por Yennefer. Por su vida. ¿Te parece ridículo? Entonces, inténtalo conmigo por la fuerza, tómame por las bravas… Ya verás qué rápido se te pasan las ganas de reírte.

Bonhart se plantó a su lado de un salto, amenazándola con su fusta. Vilgefortz hizo un gesto casi imperceptible, un leve movimiento de la mano, pero bastó para que el látigo saliera volando de la mano del cazador, y él mismo se tambaleara como si lo hubiera embestido una vagoneta cargada de carbón.

—Veo que el señor Bonhart —dijo Vilgefortz, frotándose los dedos— sigue teniendo problemas para entender cuáles son los deberes de un huésped. Os aconsejo que lo tengáis muy presente: cuando se va de visita, ni se destroza el mobiliario y las obras de arte, ni se roban cachivaches, ni se empuercan las alfombras y los sitios de difícil acceso. No se viola ni se pega a otros invitados. Esto último, al menos, hasta que el anfitrión no haya acabado de violar y pegar, hasta que no nos dé a entender que ya es posible ponerse a violar y a dar golpes. De todo esto que acabo de decir también tú deberías sacar las oportunas conclusiones, Ciri. ¿No eres capaz? Yo te ayudo. Te entregas a mí y te conformas humildemente con todo, me permites hacer contigo todo lo que se me antoje. Y crees que es una oferta extremadamente generosa. Te equivocas. Porque se trata de que yo voy a hacer contigo lo que debo hacer, y no lo que me gustaría hacer. Por ejemplo: desearía, a modo de revancha por lo de Thanedd, sacarte al menos un ojo, pero no puedo hacerlo, porque me temo que no sobrevivirías.

Ahora o nunca, se dijo Ciri. Se dio media vuelta, desenvainó a Golondrina. De pronto, todo el castillo empezó a girar, sintió cómo caía, despellejándose dolorosamente las rodillas. Se dobló hasta tocar casi el suelo con la frente, luchó con las ganas de vomitar. La espada se le escapó de los dedos entumecidos. Alguien la recogió.

—Bueeeno… —dijo Vilgefortz, prolongando el sonido, con la barbilla apoyada en las manos, colocadas como si fuera a rezar—. ¿De qué estaba hablando? Ah, sí, es verdad, de tu oferta. La vida y la libertad de Yennefer a cambio de… ¿A cambio de qué? ¿De tu entrega voluntaria y de buena gana, sin

violencia, sin recurrir a la fuerza? Lo siento Ciri. Para lo que te pienso hacer, la violencia y la fuerza resultan indispensables, así de sencillo… Sí, sí —repitió, mirando con curiosidad cómo intentaba vomitar la chica, retorciéndose con cada arcada y escupiendo saliva—. Sin violencia ni fuerza no vamos a ninguna parte. Te aseguro que jamás te prestarías voluntariamente a lo que te voy a hacer. Así que, como puedes ver, tu oferta, siendo penosa y ridícula, sobre todo es que no tiene ninguna utilidad. De modo que la rechazo. ¡Venga, lleváosla! Al laboratorio.

El laboratorio no se diferenciaba mucho del que Ciri ya conocía del templo de Melitele en Ellander. También estaba bien iluminado, limpio, y tenía unas mesas largas con planchas de latón, repletas de objetos de cristal: llenas de tarros, de retortas, de matraces, de probetas, de tubitos, de lentes, de alambiques silbantes y gorgoteantes y de otros prodigiosos instrumentos. También aquí, al igual que allí, en Ellander, había un intenso y desagradable olor a éter, a alcohol, a formol y a algo más, algo que inspiraba terror. Incluso allí, en el ambiente amigable del templo, al lado de las amigables sacerdotisas y de la amigable Yennefer, Ciri se sentía aterrada en el laboratorio. Y eso que allí, en Ellander, nadie la arrastró nunca hasta el laboratorio a la fuerza, nadie la sentó brutalmente en un banco, nadie la sujetó férreamente de las manos y los hombros. Allí, en Ellander, no había en medio del laboratorio un sobrecogedor sillón de acero, cuya forma era de una evidencia sádica. No estaban allí aquellos tipos vestidos de blanco y rapados al cero, no estaba allí Bonhart, no estaba allí Skellen, excitado, enrojecido y lamiéndose los labios. Y tampoco estaba allí Vilgefortz, con un ojo normal y otro diminuto y moviéndose de un modo atroz.

Vilgefortz se apartó de la mesa, donde había estado disponiendo unos instrumentos que producían espanto.

—Ya sabes, mi excelsa doncella —empezó, acercándose a ella—, que para mí eres la llave para alcanzar el poder y el dominio. Dominio no sólo de este mundo, que es vanidad de vanidades, condenado además a una pronta destrucción, sino sobre todos los mundos. Sobre toda la gama de espacios y de tiempos nacidos de la conjunción. Sin duda me entiendes, pues tú misma has visitado algunos de esos espacios y de esos tiempos. —Se subió las mangas, tras lo cual siguió hablando—. Vergüenza me da admitirlo, pero el poder me atrae de un modo increíble. Es algo banal, ya lo sé, pero yo quiero ser soberano. Un soberano a quien reverencien, a quien bendigan sus súbditos sólo por ser quien es, un soberano a quien veneren como a un dios, si, pongamos por caso, decide salvar su mundo de un cataclismo. Aunque lo salve sólo por capricho. Oh, Ciri, cómo me regocija la idea de recompensar espléndidamente a los fieles, y de castigar cruelmente a los rebeldes y soberbios. Miel, dulce almíbar, serán para mi alma las preces elevadas hasta mí por generaciones enteras, implorando mi

amor y mi gracia. Generaciones enteras, Ciri, mundos enteros. Presta atención. ¿No los oyes? Pidiendo salvarse del aire, el hambre, el fuego, la guerra y la cólera de Vilgefortz…

Movió los dedos muy cerca de su cara, después la cogió bruscamente de las mejillas. Ciri gritó, se resistió, pero la tenían sujeta con fuerza. Los labios le empezaron a temblar. Vilgefortz se dio cuenta y soltó una carcajada.

—La Niña del Destino —se rio nervioso, y se le vio una motita blanca de saliva en la comisura de los labios—, Aen Hen Ichaer, la sagrada Antigua Sangre élfica… Ahora ya sólo eres mía. —Se irguió bruscamente. Se limpió los labios—. Toda clase de idiotas y de místicos —proclamó, recobrando su frío tono habitual — han intentado meterte en cuentos, leyendas y patrañas, han investigado el gen del que eres portadora, la herencia de tus antepasados. Confundiendo el cielo con las estrellas reflejadas en la superficie de un estanque, supusieron llenos de misticismo que ese gen, al que atribuyen grandes posibilidades, seguiría evolucionando, que la plenitud de su poder la alcanzaría en tu hijo o en el hijo de tu hijo. Y creció a tu alrededor un aura fascinante, se extendió un humo de incienso. Pero la verdad es más banal, mucho más prosaica. Orgánicamente prosaica, diría yo. Aquí lo importante, mi excelsa, es tu sangre. Pero en el sentido más literal, para nada figurado, de la palabra.

Cogió de la mesa una jeringuilla de cristal, de una longitud aproximada de medio pie. La jeringuilla acababa en un fino capilar, ligeramente curvo. Ciri notó cómo se le secaba la boca. El hechicero examinó la jeringuilla a la luz de una lámpara.

—En unos momentos —le anunció fríamente Vilgefortz— te vamos a desnudar y a colocarte en ese sillón, sí, justo ese que estás mirando con tanta curiosidad. Aunque sea en una posición algo incómoda, vas a pasar un rato ahí sentada. Y con ayuda de este otro aparato que, como veo, también te fascina, serás fecundada. No va a ser tan terrible, la mayor parte del tiempo vas a estar semiinconsciente gracias a elixires que te pienso administrar por vía intravenosa, para asegurar la correcta implantación del óvulo fecundado y prevenir un embarazo extrauterino. No debes tener miedo, tengo experiencia, lo he hecho cientos de veces. Es verdad que nunca con la elegida de la suerte y el destino, pero no creo que la matriz y los ovarios de una elegida se diferencien tanto de la matriz y los ovarios de las chicas corrientes… ahora, lo más importante. —Vilgefortz se deleitaba oyéndose a si mismo—. No sé si te vas a apenar o te vas a alegrar, pero debes saber que no vas a parir ningún niño. Quién sabe, a lo mejor resultaba un gran elegido con unas capacidades fuera de lo común, salvador del mundo y rey de naciones. Pero nadie está en condiciones de garantizarlo y, aparte de eso, yo no tengo intención de esperar tanto tiempo. Lo que yo necesito es la sangre. Más concretamente, la sangre de la placenta. En cuanto ésta se desarrolle, te la sacaré. El resto de mis planes y propósitos, como podrás

comprender, ya no te conciernen, excelsa mía, así que no tiene sentido ponerte al corriente de ellos, sería frustración innecesaria.

Se calló, haciendo una pausa efectista. Ciri no era capaz de controlar el temblor de su boca.

—Y ahora —el hechicero hizo un gesto teatral—, ten la bondad de sentarte en el sillón, joven Cirilla.

—No estaría nada mal —a Bonhart le brillaron los dientes por debajo de los bigotes grises— que esa perra de Yennefer viera esto. ¡Se lo tiene bien merecido!

—Claro que sí. —En la comisura de los labios del sonriente Vilgefortz volvió a aparecer una motita blanca de saliva—. La fecundación es un hecho sagrado, majestuoso y solemne, un misterio al que conviene que asistan los parientes más próximos. Y Yennefer es poco menos que una madre para ella, y esa figura, en las culturas primitivas, interviene de manera casi activa en el desfloramiento de la hija. ¡Venga, traedla aquí!

—En lo tocante a esa fecundación —Bonhart se inclinó sobre Ciri, a la que los acólitos rapados del hechicero ya habían empezado a desvestir—, ¿no sería posible, don Vilgefortz, hacerlo a la antigua usanza? ¿Como los dioses mandan?

Skellen resopló, sacudiendo la cabeza. Vilgefortz frunció ligeramente una ceja.

—No —rechazó secamente—. No, señor Bonhart. No sería posible.

Ciri, como si se acabara de dar cuenta de la gravedad de la situación, soltó un grito desgarrador. Uno, y luego otro.

—Vaya, vaya —dijo el hechicero, torciendo el gesto—. Con valentía, con la frente y la espada bien altas, nos metemos en la boca del lobo, ¿y ahora resulta que nos asustamos por unos tubitos de cristal? Qué vergüenza, mi joven señora.

Ciri, sin ninguna vergüenza, se desgañitó por tercera vez. Gritó tanto que los aparatos del laboratorio tintinearon.

Y todo el castillo de Stygga respondió de pronto con gritos de alarma.

—La desgracia acecha, hijos míos —insistía Zadarlik, raspando con el canto claveteado de la roncona el estiércol incrustado entre las piedras del patio—. Ay, sí, ya lo veréis, una desgracia, pobres de nos.

Miró a sus camaradas, pero ninguno de los centinelas comentó nada. Tampoco tomó la palabra Boreas Mun, que se había quedado con los guardias en el portón. Por su propia voluntad, no porque se lo hubieran ordenado. Podía haber ido con Autillo, como Silifant, podía haber visto con sus propios ojos qué iba a ser de la Dama del Lago, qué suerte la esperaba. Había preferido quedarse ahí, en el patio, al descubierto, lejos de las estancias y las salas de la torre del homenaje, adonde habían conducido a la chica. Allí estaba seguro de que ni siquiera sus gritos le podían alcanzar.

—Mala señal esos pájaros negros. —Zadarlik señaló con un gesto de la cabeza a las chovas que seguían posadas en los muros y cornisas—. Mala espina me da esa moza, venida en una yegua mora. Feo asunto este en el que servimos a Autillo, os lo digo yo. Dícese, amén, que el propio Autillo no es ya oficial de la corona ni señor de importancia, sino esbirro como nosotros. Que el emperador le tiene una atroz inquina. Tal que a nosotros, hijitos, que nos van a coger a todos juntos. Nos aguarda una grande desgracia. Pobres de nos.

—¡Ay, ay! —añadió otro centinela, un bigotudo con un sombrerete decorado con plumas de cigüeña negra—. ¡El palo nos espera! Mala cosa, si el emperador anda de malas.

—Ah, vosotros —intervino otro, llegado al castillo de Stygga muy recientemente, con la última partida de mercenarios reclutada por Skellen—. Puede que el emperador tiempo ya no haiga de fatigarse con nosotros. Paece que anda en nuevas turbulencias. Cuéntase que hubo una batalla cojonuda allá en las tierras del norte. Los norteños pudieron a los imperiales, les han dao en los morros, les han machacao.

—Entonces —dijo un cuarto—, a lo mismo no es tan mala cosa que andemos acá, con Autillo, ¿no? Siempre será mejor estar acá, en lo más alto.

—De seguro que sí —dijo el recién llegado—. La impresión tengo yo de que el Autillo va para arriba. Y nosotros, estando a su lado, saldremos a flote.

—Ay, hijitos. —Zadarlik se apoyó en su roncona—. Tontos del bote sois.

Los pájaros negros levantaron el vuelo. El aleteo y los graznidos eran ensordecedores. Oscurecieron el cielo y se pusieron a girar alrededor del bastión.

—¿Qué diablos? —chilló uno de los centinelas.

—Os ruego que abráis la puerta.

Boreas Mun notó de pronto un penetrante olor a hierbas: salvia, menta y tomillo.

Tragó saliva, sacudió la cabeza. Cerró los ojos y los volvió a abrir.

De nada sirvió. Un individuo flaco, entrecano, con pinta de recaudador de impuestos, se había plantado a su lado, y no tenía intención de desaparecer. Estaba ahí parado, sonriendo con la boca muy tensa. A Boreas se le erizaron tanto los cabellos que casi se le cae la gorra.

—Os ruego que abráis la puerta —repitió el tipo sonriente—. Sin tardanza. Será lo mejor, os lo aseguro.

Zadarlik soltó la roncona, que resonó al chocar con el suelo. Se quedó paralizado, moviendo los labios sin articular palabra. Tenía la mirada perdida. Los demás se acercaron al portón, dando pasos rígidos, sin naturalidad, como autómatas. Quitaron la traviesa. Descorrieron el cerrojo.

Cuatro jinetes irrumpieron en el patio entre el estruendo de sus herraduras.

Uno tenía los cabellos blancos como la nieve, una espada relampagueaba en su mano. Le seguía una mujer rubia que tensaba su arco sin dejar de cabalgar. El

tercer jinete, una jovencita, le abrió la cabeza a Zadarlik de un golpe impetuoso con su sable curvo.

Boreas Mun recogió el arma que había dejado caer y se cubrió con el asta. El cuarto jinete se le echaba encima. Unas alas de rapaz destacaban a ambos lados de su yelmo. La espada resplandeció, bien alta.

—Déjalo, Cahir —dijo resueltamente el peloblanco—. Hay que ahorrar tiempo y sangre. Milva, Regis, por ahí…

—No —farfulló Boreas, sin saber por qué lo hacía—. Por ahí no… No más que un paso ciego es ése. Aquél es el vuestro camino, por esas escaleras… A la torre del homenaje. Si queréis salvar a la Dama del Lago… hais de daros prisa.

—Gracias —dijo el albino—. Gracias, desconocido. ¿Has oído, Regis? ¡Adelante!

Al cabo de un instante sólo había cadáveres en el patio. Y Boreas Mun, todavía apoyado en el asta de su roncona. No podía soltarla. Hasta tal punto le temblaban las piernas.

Las chovas seguían girando sobre el castillo de Stygga dando graznidos, como una nube negra que envolvía las torres y los bastiones.

Vilgefortz escuchó el informe jadeante del mercenario que había llegado a la carrera con serenidad estoica y rostro imperturbable. Pero su ojo desbocado y parpadeante le traicionó.

—Acuden en su ayuda en el último momento —le rechinaban los dientes—, es para no creer. Esas cosas no pasan. O sí pasan, pero en los infames teatrillos de los mercados, y así salen como salen. Ten la bondad, buen hombre, de decirme que todo eso te lo acabas de inventar, que se trata, no sé, de una inocentada.

—No me he inventado nada —dijo indignado el soldadote—. ¡Estoy contando la verdad! Han irrumpido unos… Toda una cuadrilla…

—Vale, vale —le cortó el hechicero—. Era una broma. Skellen, ocúpate personalmente de este asunto. Tendrás ocasión de demostrar cuánto vale de verdad ese ejército tuyo que tanto oro me cuesta.

Autillo estalló, y empezó a hacer aspavientos, nervioso.

—¿No te parece que te lo tomas muy a la ligera, Vilgefortz? —gritó—. Me parece que no te das cuenta de la gravedad de la situación. Si han atacado el castillo, ¡tienen que ser las tropas de Emhyr! Y eso significa…

—Eso no quiere decir nada —le interrumpió el hechicero—. Pero yo ya sé qué es lo que te pasa. Espero que, teniéndome a tus espaldas, aumente tu ánimo. Vamos. Vos también, señor Bonhart.

» En cuanto a ti —clavó su espantoso ojo en Ciri—, no te hagas ilusiones. Ya sé yo quién ha venido en tu ayuda, en una acción más propia de una farsa barata. Y te aseguro que voy a convertir la farsa en una escena de horror.

» ¡Eh, vosotros! —llamó a sus sirvientes y acólitos—. Encadenad a la chica con dwimerita, encerradla en una celda con tres cerrojos y no os mováis de la puerta. Respondéis con vuestra cabeza. ¿Entendido?

—Como ordenéis, señor.

Entraron en un pasillo, por el pasillo llegaron a una gran sala llena de esculturas, una auténtica gliptoteca. Nadie les cerró el paso. Tan sólo se toparon con unos cuantos lacayos, que huyeron nada más verlos.

Subieron a la carrera por unas escaleras. Cahir echó abajo una puerta a patadas, Angoulême irrumpió con un grito de guerra, derribó de un sablazo el yelmo de una armadura que había junto a la puerta, tomándola por un centinela. Se dio cuenta de su error y se partió de risa.

—Je, je, je. Fijaos…

—¡Angoulême! —Geralt la llamó al orden—. ¡No te quedes ahí parada! ¡Sigue!

Enfrente de ellos se abrió una puerta, más allá de la cual se percibían unas siluetas. Milva, sin pensárselo dos veces, tensó el arco y disparó una flecha. Alguien dio un grito. Cerraron las puertas, Geralt oyó el ruido de un cerrojo al correrse.

—¡Adelante, adelante! —gritó—. ¡No os paréis!

—Brujo —dijo Regis—. Esta carrera no tiene sentido. Voy a hacer un… un vuelo de reconocimiento.

—¡Vuela!

El vampiro desapareció, como si el viento se lo hubiera llevado. Geralt no tuvo tiempo de asombrarse.

De nuevo se toparon con hombres, armados esta vez. Cahir y Angoulême se lanzaron hacia ellos dando gritos, pero sus oponentes salieron corriendo. Más que nada, al parecer, gracias a Cahir y su imponente casco alado.

Fueron a parar a un pórtico, una galería que rodeaba un vestíbulo interior. Sólo les separaban ya unos veinte pasos de la entrada que llevaba a las entrañas del castillo, cuando por el extremo opuesto de la galería aparecieron unos individuos. Resonaron los ecos de sus gritos.

Y silbaron sus flechas.

—¡Cubríos! —gritó el brujo.

Las flechas caían como una verdadera granizada. Las plumas zumbaban, las puntas arrancaban chispas del enlosado, levantaban el estucado de las paredes, convirtiéndolo en un polvillo fino.

—¡Al suelo! ¡Tras la balaustrada!

Se tiraron al suelo, poniéndose a cubierto lo mejor que pudieron detrás de unas columnas en espiral con hojas esculpidas. Pero no todos salieron bien

parados. El brujo oyó gritar a Angoulême y la vio agarrarse un brazo. En un momento, la manga se le había empapado de sangre.

—¡Angoulême!

—¡No es nada! ¡La flecha me ha atravesado limpiamente! —respondió la chica, con voz levemente temblorosa, confirmando lo que ya había visto Geralt. Si la punta hubiera astillado un hueso, Angoulême se habría desmayado de la conmoción.

Los arqueros lanzaban sus flechas desde el extremo de la galería, llamaban pidiendo refuerzos. Algunos corrieron hacia un lateral, buscando un mejor ángulo de tiro. Geralt maldijo, calculó la distancia que los separaba de la arcada. No tenía muy buena pinta. Pero quedarse donde estaban equivalía a una muerte segura.

—¡Hay que salir pitando! —gritó—. ¡Atentos! ¡Cahir, ayuda a Angoulême!

—¡Nos van a acribillar!

—¡Hay que salir! ¡No hay más remedio!

—¡No! —exclamó Milva, levantándose con el arco en la mano.

Se irguió, adoptó la posición de disparo. Parecía una auténtica estatua, una amazona de mármol con su arco. Los tiradores de la galería vociferaban.

Milva soltó la cuerda.

Uno de los arqueros salió disparado hacia atrás, se golpeó estruendosamente contra la pared. Una mancha de sangre, que recordaba a un pulpo, brotó en la pared. Un griterío estalló en la galería. Era un bramido de rabia, de furia y de espanto.

—Por el Gran Sol… —dijo Cahir con un silbido. Geralt le dio un apretón en un brazo.

—¡Vámonos! ¡Ayuda a Angoulême!

Desde la galería, una lluvia de flechas cayó sobre Milva. La arquera no se inmutó cuando a su alrededor se levantó una nube de polvo del enlucido, ni al ver saltar por todas partes añicos de mármol y fragmentos de los astiles despedazados. Soltó tranquilamente la cuerda. Un nuevo alarido, y otro tirador se derrumbó como un pelele, rociando a sus compañeros de sesos y sangre.

—¡Ahora! —gritó Geralt, viendo cómo los guardias escapaban a toda prisa del pórtico, cómo se tiraban al suelo, intentando cubrirse de unos dardos certeros. Sólo los tres más osados seguían disparando.

Una flecha golpeó en un pilar, y la polvareda cubrió a Milva de pies a cabeza. La arquera se sopló los pelos que le caían sobre la cara y tensó el arco.

—¡Milva! —Geralt, Angoulême y Cahir habían llegado hasta la arcada—. ¡Déjalo ya! ¡Largo de ahí!

—Sólo una más —dijo la arquera, con la pluma de la flecha en la comisura de los labios.

La cuerda zumbó. Uno de los tres bravos gritó de dolor, se inclinó sobre la

balaustrada y se precipitó contra las losas del patio. Al verlo, los otros dos flaquearon. Se echaron al suelo y se acurrucaron. Los que acudían en su ayuda no se daban mucha prisa en llegar a la galería y ofrecerle un blanco a Milva.

Con una excepción.

Milva lo evaluó nada más verlo. No muy alto, delgado, de tez morena. Con un protector lustroso en el antebrazo izquierdo y un guante de arquero en la mano derecha. La muchacha vio cómo se colocaba su arco compuesto de bella factura, con una empuñadura entallada, con cuánta destreza lo tensaba. Vio cómo la cuerda, tensada al máximo, se cruzaba por delante de su rostro moreno. Vio cómo las cuatro plumas del emplumado le rozaban la mejilla. Vio cómo apuntaba fijamente.

Milva aprestó su arco, lo tensó hábilmente, al tiempo que apuntaba. La cuerda le llegó hasta la cara, una de las plumas le rozó la comisura de los labios.

—Con fuerza, Mariquilla, con fuerza. Hasta tu careja. Anrolla la cuerda con los dedos pa que el proyectil no se te asalga del encoque. La mejilla, con fuerza. ¡Apunta! ¡Los dos ojos bien abiertos! Venga, aguanta la respiración. Tira.

La cuerda, a pesar del protector de lana, le dio un doloroso mordisco en el antebrazo izquierdo.

El padre quiso decir algo, pero le entró la tos. Una tos profunda, seca, molesta. *Esa tos tiene ca vez peor pinta*, pensó Mariquilla Barring, bajando el arco. *Cada vez tiene peor pinta, y cada vez es más pronta. Ayer le entró el ataque justo cuando apuntaba al corzo. Y tuvimos que comer berzas cocidas. Odio las berzas cocidas. Odio pasar hambre. Y miserias.*

El viejo Barring respiró hondo, soltando un ronquido chirriante.

—Te has desviado una cuarta del blanco, hija. ¡Una cuarta, na menos! ¡Mira que te he dicho que no te movieras tanto al soltar la cuerda! Y tú venga a menearte, como si te se hubiera metío un caracol en el culo. Y mucho tiempo pasas apuntando. ¡Pa cuando disparas, ya se te cansó la mano! ¡Así lo único que haces es malograr las flechas!

—¡Pero si le he dado! Y na de una cuarta, a lo sumo a media cuarta del blanco.

—¡Menos insolencias! Ay, castigáronme los dioses, al mandarme una moza inútil en vez de un hijo.

—¡No soy ninguna inútil!

—Pues demuéstramelo. Otro tiro. Y tente muy presente lo que te dijera. Sin menearte, como si estuvieras hincada en el suelo. Apunta y tira apriesa. ¿A qué vienen esos morros?

—Es que no paráis de metersus conmigo.

—Tengo derecho como padre que soy. Tira.

Tensó el arco, enfurruñada, se le saltaban las lágrimas. Él se dio cuenta.

—Te quiero mucho, Mariquilla —le dijo muy bajito—. Nunca lo olvides.

No soltó la cuerda hasta que el emplumado le rozó la comisura de los labios.

—Bien —dijo el padre—. Bien, hija mía.

Y empezó a toser de un modo terrible, con estertores.

El arquero moreno de la galería murió en el sitio. La flecha de Milva le entró por la axila izquierda y se clavó muy hondo, más de media varilla, aplastando las costillas, destrozando los pulmones y el corazón.

La flecha de cuatro plumas que había disparado una décima de segundo antes acertó a Milva en el bajo vientre y le salió por la espalda, machacándole la pelvis, desgarrando intestinos y arterias. La arquera cayó a tierra como si la hubiera arrollado un ariete.

Geralt y Cahir gritaron al unísono. Ajenos al hecho de que, viendo a Milva caída, los tiradores de la galería hubieran reanudado sus disparos, abandonaron la protección del pórtico, agarraron a la arquera y se la llevaron a rastras, despreciando la lluvia de flechas. Uno de los proyectiles resonó en el casco de Cahir. Geralt habría jurado que otro le había peinado los cabellos.

Milva iba dejando un ancho y brillante rastro de sangre. En el sitio donde la depositaron se formó un charco enorme en cuestión de segundos. Cahir maldecía, las manos le temblaban. Geralt notaba cómo se adueñaba de él la desesperación. Y la rabia.

—Tía —gritó desesperada Angoulême—. ¡Tía, no te mueras!

María Barring abrió la boca, tosió de forma macabra, la sangre le caía por la barbilla.

—Yo también te quiero, papá —dijo con toda claridad.

Y murió.

Los acólitos rapados no podían con Ciri, que no paraba de rebullirse y de chillar. Unos criados tuvieron que acudir rápidamente en su ayuda. Uno de ellos fue recibido con una patada certera que le hizo recular, doblarse y caer de rodillas, agarrándose los huevos con las dos manos y tomando aire espasmódicamente.

Pero eso sólo sirvió para enfurecer a los demás. Ciri recibió un puñetazo en el cogote y una bofetada en la cara. La voltearon, uno le dio una buena patada en la cadera, otro se le sentó encima de las pantorrillas. Uno de los acólitos calvos, un tipo joven con unos ojos siniestros de color verde dorado, se arrodilló sobre su pecho, la cogió del pelo y tiró con fuerza. Ciri rugió de dolor.

También el acólito rugió. Y desencajó los ojos. Ciri vio cómo le chorreaba la sangre por el cráneo pelado, manchándole el hábito blanco con un dibujo

macabro.

Un segundo después el laboratorio se convirtió en un infierno.

Los muebles se volcaron con gran estrépito. Los estridentes chasquidos y los crujidos del cristal al reventarse se confundieron con los aullidos infernales de la gente. Las decocciones, los filtros, los elixires, los extractos y otras sustancias mágicas que se derramaban por las mesas y por el suelo se mezclaban y se combinaban. Algunas, al entrar en contacto, siseaban y soltaban fumaradas de humo amarillo. En un momento la estancia se llenó de un hedor corrosivo.

En medio del humo, entre las lágrimas producidas por el tufo, Ciri observó espantada cómo se movía por el laboratorio con rara celeridad una figura negra que recordaba a un gigantesco murciélago. Vio cómo el murciélago enganchaba a los acólitos al vuelo, y cómo éstos se soltaban después, dando alaridos al caer. Ante sus ojos, alzó bruscamente del suelo a uno de los sirvientes que estaba tratando de zafarse y lo estampó después contra una mesa, donde empezó a aullar y a agitarse, rociando de sangre las retortas, alambiques, probetas y matraces.

Las mezclas vertidas salpicaron las lámparas. Se oyó un silbido, se percibió una peste horrorosa, y en un santiamén se declaró un incendio en el laboratorio. Una oleada ardiente disipó el humo. Ciri apretó los dientes para no gritar. En el sillón de acero, el mismo que estaba destinado a ella, vio a un hombre delgado, canoso, vestido con elegantes ropas negras. Con mucha calma, le estaba mordiendo y chupando el cuello a uno de los acólitos rapados que tenía sentado en sus rodillas. Éste ronroneaba débilmente y sufría convulsiones, las piernas y los brazos rígidos le brincaban rítmicamente.

Unas llamas, de palidez cadavérica, bailaban sobre el tablero metálico de la mesa. Las retortas y los matraces iban estallando aparatosamente, uno tras otro. El vampiro retiró sus agudos colmillos del cuello de la víctima, clavó en Ciri sus ojos negros como ágatas.

—En ciertas ocasiones —dijo, en tono didáctico, mientras se relamía la sangre de los labios—, cuesta mucho renunciar a un buen trago… Sin miedo —dijo con una sonrisa, viendo la cara de la chica—. Sin miedo, Ciri. Me alegro de haberte encontrado. Me llamo Emiel Regis. Aunque te pueda parecer extraño, soy camarada del brujo Geralt. Hemos venido juntos a salvarte.

Un mercenario armado irrumpió en el laboratorio en llamas. El camarada de Geralt volvió la cabeza hacia él, siseó y le enseñó los colmillos. El mercenario chilló como un poseso. Su chillido tardó en acallarse en la distancia.

Emiel Regis se quitó de encima el cuerpo del acólito, inmóvil y blando como un trapo, se levantó y se estiró como un gato.

—Quién lo habría pensado —dijo—. Un chiquilicuatro, pero qué sangre más potable. A eso se le llaman virtudes ocultas. Permite, Cirilla que te lleve con Geralt.

—No —musitó Ciri.

—No tienes por qué tenerme miedo.

—No te tengo miedo —protestó, mientras luchaba valerosa con sus dientes, que se habían empeñado en castañetear—. No se trata de eso… Es que Yennefer está prisionera por aquí, en alguna parte. Tengo que liberarla cuanto antes. Me temo que Vilgefortz… Os lo ruego, señor.

—Emiel Regis.

—Avisad, buen señor, a Geralt, de que Vilgefortz está aquí. Es un hechicero. Un poderoso hechicero. Que Geralt esté alerta.

—Que tienes que estar alerta —repitió Regis, mirando el cuerpo de Milva—. Porque Vilgefortz es un poderoso mago. Pero que ella iba a tratar de rescatar a Yennefer.

Geralt soltó un juramento.

—¡Adelante! —gritó, tratando de levantar el ánimo de sus compañeros—. ¡Vamos!

—Vamos. —Angoulême se puso de pie, se enjugó las lágrimas—. ¡Vamos! Ya va siendo hora, su puta madre, de patear unos cuantos culos.

—Siento tanta fuerza en mi interior —susurró el vampiro, con una sonrisa sobrecogedora— que sería capaz de mandar todo este castillo al infierno.

El brujo le miró receloso.

—Tanto puede que no —dijo—. Pero abríos paso hasta la planta superior y armad un buen jaleo para que no se fijen en mí. Yo voy a tratar de encontrar a Ciri. No ha estado nada bien, pero que nada bien, vampiro, que la hayas dejado sola.

—Me lo ha exigido ella —explicó Regis tranquilamente—. En un tono y con unos aires que descartaban cualquier discusión. Reconozco que me ha sorprendido.

—Ya lo sé. Subid a la planta superior. ¡Y aguantad! Yo intentaré encontrarla. A ella o a Yennefer.

La encontró, y además muy pronto.

Se topó con ellos de sopetón, de forma totalmente inesperada al salir de un recodo del pasillo. Miró. Y lo que vio hizo que la adrenalina le diera una punzada en las venas del dorso de la mano.

Unos rufianes llevaban a Yennefer por el pasillo. La hechicera iba a rastras, cargada de cadenas, lo que no le impedía revolverse, arrear coces y maldecir como un estibador.

Geralt no permitió a aquellos tiparracos reponerse de la sorpresa. Atacó sólo

una vez, sólo a uno de ellos, asestándole un golpe seco con el codo. El sayón aulló como un perro, se tambaleó, descabezó con un ruido infernal una armadura instalada en una hornacina y se derrumbó con ella, poniendo perdidas de sangre las placas metálicas.

Los demás —otros tres— soltaron a Yennefer y se echaron atrás. Menos uno, que agarró a la hechicera de los pelos y le puso un cuchillo en el cuello, justo por encima del collar de dwimerita.

—¡No te acerques! —gritó—. ¡O la degüello! ¡No bromeo!

—Ni yo tampoco. —Geralt hizo un molinete con la espada, mirando a los ojos al rufián. Éste no aguantó. Dejó a Yennefer y se unió a sus compañeros. Todos empuñaban ya sus armas. Uno de ellos había sacado de una panoplia que colgaba en la pared una alabarda vetusta, pero con un aspecto amenazante. Todos ellos, en posición encorvada, vacilaban entre el ataque y la defensa.

—Sabía que vendrías —dijo Yennefer, irguiéndose orgullosamente—. Anda, Geralt, enséñales a estos tunantes de lo que es capaz la espada de un brujo.

Levantó bien alto las manos encadenadas, tensando mucho las cadenas.

Geralt empuñó el sihill con las dos manos, ladeó ligeramente la cabeza, apuntó. Y dio un tajo. Tan rápido, que nadie percibió el movimiento de la hoja.

Las cadenas resonaron al caer al suelo. Uno de los rufianes jadeó. Geralt agarró la empuñadura con más firmeza aún, colocó el dedo índice debajo de la guarda.

—No te muevas, Yen. La cabeza levemente ladeada, por favor.

La hechicera no pestañeó siquiera. El sonido del metal golpeado por la espada fue muy débil.

El collar de dwimerita cayó al lado de las cadenas. En el cuello de Yennefer había una gotita diminuta, sólo una.

Se echó a reír, masajeándose las muñecas. Y se volvió hacia los esbirros. Ninguno de ellos le aguantó la mirada.

El de la alabarda, con mucho cuidado, como si tuviera miedo de que tintineara, depositó el arma antigua en el suelo.

—Con alguien así —musitó—, que se pelee Autillo en persona. Yo estimo mi vida.

—Nos ordenaron… —farfulló otro, retirándose—. Nos ordenaron… No ha sido decisión nuestra…

—Nunca la hemos tratado mal, señora. —El tercero tenía la boca seca—. Estando en prisión… La señora es testigo…

—¡Largo! —dijo Yennefer. Libre del collar de dwimerita, erguida, con la cabeza orgullosamente alzada, era una figura titánica. Su negra crin alborotada casi parecía tocar la bóveda.

Los sayones pusieron pies en polvorosa. A hurtadillas, sin mirar atrás. Yennefer, menguada hasta recobrar sus dimensiones normales, se echó en brazos

de Geralt.

—Sabía que vendrías a buscarme —murmuró, buscando con sus labios los labios de Geralt—. Que vendrías, a pesar de los pesares.

—Vamos —dijo Geralt algo más tarde, cogiendo aire—. Ahora, Ciri.

—Ciri —dijo ella. Y por un segundo ardió en sus ojos una chispa violeta que daba miedo—. Y Vilgefortz.

Otro soldado les sorprendió a traición, armado con una ballesta. Dio un grito y disparó, apuntando a la hechicera. Geralt saltó como impulsado por un muelle, agitó la espada. La flecha, rebotada, pasó volando por encima de la cabeza del ballestero, tan cerca que se tuvo que agachar. Y no tuvo tiempo de ponerse de pie otra vez, porque el brujo le alcanzó de un salto y lo ensartó como a una carpa. Un poco más allá, en el pasillo, había otros dos ballesteros. También éstos dispararon, pero les temblaba demasiado el pulso para poder acertar. Un segundo después el brujo ya les había dado alcance. Los dos perecieron.

—¿Por dónde, Yen?

La hechicera se concentró, entrecerrando los ojos.

—Por aquí. Por esas escaleras.

—¿Estás segura de que ese camino es el bueno?

—Sí.

Unos esbirros les atacaron al pasar un recodo, cerca de un portal de arquivoltas. Eran más de diez, y estaban armados de picas, partesanas y corcescas. Y eran resueltos y porfiados. Con todo, la cosa fue rápida. Para empezar, Yennefer disparó con la mano un dardo de fuego, alcanzando a uno en mitad del pecho. Geralt empezó a girar, hizo una pirueta y aterrizó entre los otros matones. El sihill de los enanos se contoneó y silbó como una serpiente. Cuando ya habían caído cuatro esbirros, los demás echaron a correr, y el eco repitió por todo el pasillo el chirrido de sus armas y el ruido de sus pasos.

—¿Va todo bien, Yen?

—No puede ir mejor.

Vilgefortz les esperaba bajo las arquivoltas.

—Estoy impresionado —dijo tranquilamente, con voz sonora—. De veras que estoy impresionado, brujo. Eres un ingenuo y un idiota perdido, pero, realmente, con tu técnica impresionas a cualquiera.

—Tus rufianes —respondió Yennefer con la misma tranquilidad— acaban de echar a correr, dejándote a nuestra merced. Entrégame a Ciri, y te perdonaremos la vida.

—¿Sabes, Yennefer —se sinceró el hechicero—, que es la segunda oferta generosa de hoy? Gracias, gracias. Ahí va mi respuesta.

—¡Cuidado! —gritó Yennefer, apartándose de un salto. También Geralt saltó.

Justo a tiempo. La columna de fuego que salió disparada de los brazos extendidos del hechicero convirtió en una masa negra y humeante el sitio del que acababan de saltar. El brujo se limpió la cara de tizne y de restos de cejas chamuscadas. Vio a Vilgefortz extender un brazo. Se tiró en plancha hacia un lado, cayendo al suelo, detrás de la base de una columna. El estruendo fue tan descomunal que sintió una punzada en los oídos, y temblaron los cimientos del castillo.

El estrépito se extendió por todo el castillo, los muros se estremecieron, tintinearon los candelabros. Un gran retrato al óleo con el marco bañado en oro retumbó en su caída.

Los mercenarios que llegaban corriendo desde el vestíbulo traían el espanto pintado en la cara. Stefan Skellen les aplacó con una mirada amenazante, y les llamó al orden con su aplomo y su voz marciales.

—¿Qué pasa ahí? ¡Decid!

—Mi coronel… —dijo uno, con la voz enronquecida—. ¡Espantoso es esto! Son demonios, diablos… No fallan una con el arco… Y con la espada acogota el verlos… Es una muerte segura… ¡Carnicería toda! Perdimos a diez hombres… Puede que más… Y eso… ¿Oís?

Se repitió el estruendo, el castillo volvió a temblar.

—Magia —dijo Skellen entre dientes—. Vilgefortz… Bueno, esperemos. Ahora veremos quién puede con quién.

Se acercó otro soldado. Estaba pálido y cubierto de restos de cal. Estuvo un buen rato sin poder articular palabra. Cuando por fin se lanzó a hablar, no era capaz de controlar las manos y la voz le temblaba.

—Allí… Allí… Un monstruo… Mi coronel… Es como un gran bicho negro… Vile cómo arrancaba la cabeza a varios hombres… ¡La sangre corría a chorros! Y él venga a silbar y a reírse… ¡Y qué dientes más largos!

—No levantamos cabeza… —susurró alguien a espaldas de Autillo.

—Mi coronel —se decidió a intervenir Boreas Mun—, fantasmas son. He visto… al joven conde Cahir aep Ceallach. Y él ya no vive.

Skellen lo miró fijamente, pero no dijo nada.

—Don Stefan… —balbuceó Dacre Silifant—. ¿Con quién nos toca combatir?

—No son hombres —dijo gimoteando uno de los mercenarios—. ¡Jorguines es lo que son, y demonios del infierno! Fuerza humana no habrá que pueda hacerles frente…

Autillo se cruzó de brazos, paseó por los mercenarios una mirada resuelta y autoritaria.

—En tal caso —proclamó con voz fuerte y clara—, ¡no vamos a entrometernos en un conflicto entre fuerzas infernales! Que los demonios luchen con los demonios, los hechiceros con los hechiceros y los vampiros con los

fiambres salidos de sus tumbas. ¡No les vamos a molestar! Nos quedaremos aquí tranquilamente, esperando el resultado del combate.

Las caras de los mercenarios resplandecieron. El ánimo creció de manera palpable.

—Esas escaleras —dijo Skellen con voz potente— son la única vía de salida. Vamos a esperar aquí. Veremos quién prueba a bajar por ellas.

Un ruido aterrador venía de lo alto. Pudo oírse cómo se esparcía el estucado de la bóveda. Apestaba a azufre y a chamusquina.

—¡Esto está muy oscuro! —gritó Autillo, bien alto y bien claro, para dar ánimos a sus tropas—. ¡Venga, prended cualquier cosa! ¡Teas, antorchas! Tenemos que ver bien quién aparece por esas escaleras. ¡Echad combustible en esos cestones de hierro!

—¿Qué combustible, señor?

Skellen, sin palabras, indicó cuál.

—¿Cuadros? —preguntó receloso unos de los mercenarios—. ¿Pinturas?

—Así es —bufó Autillo—. ¿Qué miráis? ¡El arte ha muerto!

Hicieron astillas los marcos. Los cuadros, jirones. La madera bien seca y el lienzo impregnado de aceite prendieron enseguida, revivieron en llamas brillantes.

Boreas Mun observaba. Ya estaba totalmente decidido.

Un ruido atronador, un fogonazo y, justo después de saltar, se hundió la columna tras la que se encontraban. El fuste se partió, el capitel de acanto se estampó contra el suelo, aplastando un mosaico de terracota. Un rayo globular voló hacia ellos con un silbido. Yennefer lo paró, profiriendo un conjuro y gesticulando.

Vilgefortz se les acercó, su capa se agitaba como las alas de un dragón.

—De Yennefer no me extraña —dijo, según se acercaba—. Es mujer y, por tanto, es una criatura menos evolucionada, dominada por su desorden hormonal. Pero tú, Geralt, no sólo eres un hombre, juicioso por naturaleza, sino además un mutante, inmune a las emociones.

Hizo una señal con la mano. Un ruido atronador, un fogonazo. El rayo rebotó en el escudo formado por el sortilegio de Yennefer.

—Pero, a pesar de tu buen juicio —siguió diciendo Vilgefortz, pasándose el fuego de una mano a la otra—, en una cosa demuestras una asombrosa y nada sabia coherencia: te empeñas invariablemente en remar a contracorriente y en mear con el viento de cara. Eso tenía que acabar mal. Debes saber que hoy, en el castillo de Stygga, te has puesto a mear contra un huracán.

En alguno de los pisos inferiores el combate estaba en pleno apogeo, había gritos

espantosos, lamentos, aullidos de dolor. Algo ardía por allí, Ciri venteó el humo y el olor a quemado y detectó un soplo de aire cálido.

Se oyó un estruendo tan tremendo que las columnas que sostenían la bóveda empezaron a temblar y cayó la cal de las paredes.

Ciri se asomó desde una esquina con mucha precaución. El pasillo estaba vacío. Lo recorrió deprisa y en silencio, flanqueada a ambos lados por las estatuas colocadas en las hornacinas. Ya había visto antes esas estatuas.

En sueños.

Salió del pasillo. Y se topó de frente con un individuo armado con una lanza. Se paró en seco, lista para los saltos y los quiebros. Pero de pronto cayó en la cuenta de que no se trataba de un hombre, sino de una mujer de pelo gris, flaca y encorvada. Y de que no llevaba una lanza, sino una escoba.

—Hay una prisionera por aquí cerca —dijo Ciri, después de carraspear—, una hechicera de pelo negro. ¿Dónde está?

La mujer de la escoba estuvo mucho tiempo callada, moviéndola como si estuviera masticando algo.

—¿Cómo quieres que lo sepa, palomita mía? —farfulló al fin—. Yo aquí lo único que hago es limpiar… No más eso, venga a limpiar y a limpiar lo que otros enmierdan —repitió, sin dignarse mirar a Ciri—. Y ellos, dale que te pego, poniéndolo todo perdido.

Ciri se fijó en la zigzagueante línea de sangre que había en el suelo. Se extendía varios pasos y acababa en un cadáver contraído que estaba apoyado en la pared. Había otros dos cuerpos un poco más allá, uno hecho un ovillo, otro con los brazos abiertos en postura muy poco airosa. Al lado de cada uno de ellos había una ballesta tirada en el suelo.

—Siempre están ensuciando. —La mujer cogió el cubo y el trapo, se puso de rodillas y empezó a fregar—. Siempre ensuciando, ensuciando, todo el santo día ensuciando. Y tú venga a limpiar y a limpiar. ¿Es que esto nunca va a tener fin?

—No —dijo Ciri lacónicamente—. Nunca. Así es este mundo.

La mujer dejó de fregar. Pero no levantó la cabeza.

—Yo limpio —dijo—. Y na más. Pero a ti, palomita, te diré que has de seguir recto, y aluego a la izquierda.

—Gracias.

La mujer bajó un poco más la cabeza y se puso otra vez a fregotear.

Estaba sola. Sola y extraviada en aquel laberinto de pasillos.

—¡Doña Yenneeefeeer!

Hasta entonces había guardado silencio, temiendo que los hombres de Vilgefortz le estuvieran pisando los talones. Pero ahora…

—¡Yenneeefeeer!

Le dio la sensación de que había oído algo. ¡Sí, sí, seguro!

Llegó corriendo a la galería, y de ahí pasó al gran vestíbulo, entre los esbeltos pilares. Volvió a notar aquel olor a chamusquina.

Bonhart, como un fantasma, salió de una hornacina y le dio un puñetazo en la cara. Ciri se tambaleó, y él saltó encima de ella como un gavilán, la agarró del cuello y la aplastó contra la pared con el antebrazo. Ciri se fijó en sus ojos de pez, y notó cómo el alma se le caía a los pies.

—No te habría encontrado si no hubieras llamado —dijo Bonhart con voz ronca—. Pero has llamado, ¡encima me echabas de menos! ¿Hasta tal punto me deseas? ¿Amorcito?

Sin dejar de arrinconarla contra el muro, le introdujo una mano en el pelo, en la nuca. Ciri sacudió con fuerza la cabeza. El cazador enseñaba los dientes. Le pasó la mano por el brazo, le estrujó un pecho, la agarró brutalmente del culo. Después la soltó, la empujó con fuerza, haciéndola resbalar por la pared.

Y le arrojó la espada a los pies. Su Golondrina. Y Ciri comprendió al instante qué pretendía.

—Mejor habría sido en la arena —dijo, arrastrando las palabras—. Como culminación, como remate de una serie de bellos espectáculos. ¡La pequeña bruja contra Leo Bonhart! ¡Uy, la gente habría pagado por verlo! ¡Muévete! Coge el yerro y sácalo de su funda.

Obedeció. Pero no sacó la hoja de la funda, se limitó a colgarse el cinto al hombro, para tener la empuñadura al alcance de la mano.

Bonhart dio un paso atrás.

—Llegué a pensar —dijo— que me conformaría con recrearme en la visión del tratamiento que te tenía preparado Vilgefortz. Pero andaba equivocado. Necesito sentir cómo tu vida fluye por la hoja de mi espada. Me cago en todos los hechiceros y en sus hechicerías, en el destino, en las profecías, en la suerte del mundo, me cago en la antigua sangre y en la joven sangre. ¿Qué significan para mí todos esos agüeros y sortilegios? ¿Qué voy a sacar de ellos? ¡Nada! Nada que se pueda comparar con el placer de… —Se interrumpió. Ciri vio cómo apretaba los labios, con cuánto odio le brillaban los ojos—. Te voy a sacar la sangre de las venas, pequeña bruja —dijo siseando—. Y después, antes de que te enfríes del todo, celebraremos nuestras bodas. Eres mía. Y morirás siendo mía. Desenfunda.

Se oyó un ruido lejano. El castillo retembló.

—Vilgefortz —explicó Bonhart, con el rostro impávido— está haciendo picadillo a los otros hechiceros que han venido a salvarte. Vamos, muchacha, desenvaina tu espada.

Pensó en huir, en escapar a tanta angustia, huir a otros lugares, a otros tiempos, los que fueran, con tal de alejarse de allí. Sintió vergüenza: ¿cómo iba a escapar? ¿Dejando a Yennefer y a Geralt a merced de esa gente? Pero la razón

le sugería: muerta no les iba a servir de mucha ayuda…

Se concentró, apretándose las sienes con los puños. Bonhart comprendió de inmediato qué era lo que se proponía y se lanzó a por ella.

Demasiado tarde. A Ciri le zumbaron los oídos, hubo un destello. *Lo has conseguido*, pensó Ciri, triunfal.

No tardó en darse cuenta de lo prematura que había sido aquella sensación de triunfo. Le bastó con oír el griterío furibundo y las maldiciones. Quizá el aura maligna, hostil y paralizante de aquel lugar tuviera la culpa del fiasco. No había ido muy lejos. No muy lejos de Bonhart. Aún estaba al alcance de su vista, en el extremo opuesto de la galería. Pero fuera del alcance de su brazo y de su espada. Al menos, de momento.

Acosada por sus bramidos, Ciri se dio la vuelta y echó a correr.

Recorrió a la carrera un largo y ancho pasillo, seguida por las miradas muertas de las canéforas de alabastro que sustentaban los arcos. Torció una vez, y luego otra. Quería confundir y despistar a Bonhart, sin dejar de orientarse hacia el fragor del combate. Donde había batalla, tenían que estar sus amigos.

Fue a parar a una estancia amplia y circular, en medio de la cual, sobre un pedestal de mármol, había una escultura que representaba a una mujer con el rostro cubierto, seguramente alguna diosa. De esa estancia partían dos corredores, ambos bastante angostos. Escogió uno al azar. Naturalmente, se equivocó en su elección.

—¡La moza! —rugió uno de los esbirros—. ¡Ya es nuestra!

Eran demasiados para arriesgarse a luchar, incluso en aquel pasillo estrecho. Y Bonhart no debía de andar muy lejos. Ciri se giró y se dio a la fuga. Volvió a la sala de la diosa de mármol. Y se quedó petrificada.

Delante de ella había un caballero con una gran espada, que llevaba una capa negra y un casco adornado con las alas de un ave rapaz.

La ciudad ardía. Se oía el silbido del fuego, se veía la ondulación de las llamas, se sentía el calor del incendio. Los relinchos de los caballos, los alaridos de las víctimas la aturdían… De pronto, apareció un ave negra batiendo sus alas, cubriéndolo todo… ¡Socorro!

Cintra, pensó, volviendo en sí. *La isla de Thanedd. Me ha venido siguiendo hasta aquí. Es un demonio. Me acorralan los demonios, los frutos de mis pesadillas. Detrás tengo a Bonhart, y delante a éste*.

Oía los gritos y las pisadas de los soldados acercándose.

De pronto, el caballero del casco con las alas dio un paso al frente, estaba muerta de miedo. Rápidamente sacó a Golondrina de la funda.

—¡No te acerques!

El caballero avanzó otro paso, y Ciri vio con asombro que tras su capa se

ocultaba una rubia doncella armada con un sable curvo. La joven saltó como un lince, evitando a Ciri, y derribó de un golpe a uno de los enemigos. Y el caballero negro, oh prodigio, en vez de atacarla, acabó con otro esbirro de un potente tajo. Los demás se retiraron por el pasillo.

La doncella rubia se lanzó hacia la puerta, pero no consiguió cerrarla. Aunque blandía el sable y chillaba de forma amenazante, los soldados la hicieron retirarse del portal. Ciri advirtió cómo uno de ellos la pinchaba con una lanza, y vio a la joven caer de rodillas. Se lanzó al ataque, acuchillando con todas sus fuerzas con Golondrina, mientras el caballero negro llegaba por el otro lado, tajando con otra espada de un modo aterrador. La chica rubia, aún de rodillas, cogió una hachuela que llevaba al cinto y se la arrojó a uno de los rufianes, acertándole en plena cara. Después alcanzó la puerta, la cerró de golpe y el caballero echó el cerrojo.

—¡Uf! —dijo la joven—. ¡Roble y hierro! Les llevará un buen rato derribarla.

—No creo que pierdan el tiempo, buscarán otro camino —juzgó con sensatez el caballero negro.

De pronto, se puso muy serio, viendo la pernera de la muchacha empapada de sangre. Ella hizo un gesto con la mano, dando a entender que no era nada.

—Hay que salir de aquí. —El caballero se quitó el casco, miró a Ciri—. Soy Cahir Mawr Dyffryn, hijo de Ceallach. He venido con Geralt. A salvarte a ti, Ciri. Ya sé que resulta inverosímil.

—Cosas más inverosímiles he visto —murmuró Ciri—. Has recorrido un largo camino… Cahir… ¿Dónde está Geralt?

La miró atentamente. Recordaba sus ojos de Thanedd. De color azul oscuro y suaves como terciopelo. Bonitos.

—Ha ido a salvar a la hechicera —respondió—. A esa…

—Yennefer. Vamos.

—¡Eso es! —dijo la rubia, haciéndose una cura provisional en el muslo—. Aún habrá que patear unos cuantos culos. ¡A por la tía!

—Vamos —repitió el caballero.

Pero era demasiado tarde.

—Escapad —susurró Ciri, viendo quién se acercaba por el pasillo—. Es el diablo en persona. Pero sólo me quiere a mí. A vosotros no os va a perseguir… Corred… Ayudad a Geralt…

Cahir negó con la cabeza.

—Ciri —dijo suavemente—. Me asombra lo que has dicho. He venido desde el fin del mundo para dar contigo, salvarte y defenderte. ¿Y pretendes que ahora salga corriendo?

—No sabes con quién te las vas a ver.

Cahir se subió los guantes, se despojó de la capa, enrollándosela alrededor del

brazo izquierdo. Agitó la espada, la hizo dar vueltas hasta que empezó a zumbar.

—Ahora mismo lo sabré.

Bonhart, al descubrir al trío, se detuvo. Pero sólo un instante.

—¡Ajá! —dijo—. ¿Han llegado los refuerzos? ¿Son compañeros tuyos, pequeña bruja? Muy bien. Dos más o dos menos, es igual.

De pronto Ciri tuvo una revelación.

—¡Despídete de la vida, Bonhart! —gritó—. ¡Hasta aquí has llegado! ¡Te has encontrado con la horma de tu zapato!

Sin duda, exageraba. Bonhart captó una nota falsa en su voz. Le miró receloso.

—¿Tú eres brujo? ¿De cierto?

Cahir hizo girar su espada, sin moverse del sitio. Bonhart ni se inmutó.

—Vaya, vaya, la hechicera gusta de más jóvenes de lo que yo creyera —susurró—. Mira esto, bravucón. —Se abrió la camisa. En su puño brillaban unos medallones de plata. Un gato, un grifo y un lobo—. Si de verdad eres brujo —le rechinaron los dientes—, habrás de saber que tu particular amuleto de curandero pronto se ajuntará a mi colecta. Y, en no siendo brujo, serás un cadáver antes de que te dé tiempo pestañear. Más sensato sería, en tal caso, que te apartaras de mi camino y pusieras tierra por medio. A quien quiero es a esa moza, nada contra ti tengo.

—De boquilla eres muy valiente —aseguró tranquilamente Cahir, haciendo molinetes con su espada—. Ahora comprobaremos si no sólo de boquilla. Angoulême, Ciri. ¡Huid!

—Cahir…

—Corred —se corrigió— a ayudar a Geralt.

Salieron corriendo. Ciri ayudaba a Angoulême, que cojeaba un poco.

—Tú lo has querido. —Bonhart parpadeó con sus pálidos ojos y avanzó, haciendo girar su espada.

—¿Que yo lo he querido? —replicó sordamente Cahir Mawr Dyffryn aep Ceallach—. No. ¡Lo quiere el destino!

Se juntaron de un salto, rápidamente chocaron sus espadas, les envolvió el salvaje centelleo de las hojas. Los chasquidos del hierro inundaban el corredor. La estatua de mármol parecía temblar y mecerse a su compás.

—Malo no eres —dijo Bonhart con voz enronquecida cuando se separaron—. Malo no eres, mozalbete. Mas de brujo no tienes nada, esa pequeña víbora me ha engañado. Ya te toca. Prepárate para morir.

—Se te va la fuerza por la boca.

Cahir respiró hondo. Se había dado cuenta, al combatir, que prácticamente no tenía nada que hacer contra aquel tipo de ojos de pez. Era demasiado rápido y demasiado fuerte para él. Su única oportunidad consistía en que, en su afán de ir detrás de Ciri, acabara precipitándose. Y era evidente que se estaba poniendo

nervioso.

Bonhart lanzó un nuevo ataque. Cahir detuvo el golpe, se flexionó, saltó, cogió a su rival por el cinto, lo empujó contra la pared, le dio un rodillazo en el perineo. Bonhart le agarró la cara, le golpeó fuerte en un lado de la cabeza con el pomo de la espada. Una vez, dos veces, tres. El tercer golpe hizo retroceder a Cahir. Vio centellear la hoja. Hizo un movimiento reflejo para defenderse.

Demasiado lento.

Una tradición celosamente observada por el clan de los Dyffryn consistía en que todos los hombres del mismo velaran en silencio, día y noche, el cuerpo de un pariente muerto, instalado en la armería de palacio. Las mujeres —reunidas en un ala distante del edificio, para evitar molestar a los varones, distraer su atención o turbar sus reflexiones— plañían, sufrían crisis histéricas y se desmayaban. Cuando volvían en sí, empezaban de nuevo los plañidos y los espasmos. Y *da capo*.

Entre la nobleza de Vicovaro, los espasmos y las lágrimas no estaban muy bien vistos ni siquiera entre las mujeres. Se consideraban una falta de tacto y un gran deshonor. Pero entre los Dyffryn ésa y no otra era la tradición y nadie la había cambiado. Ni tenía intención de hacerlo.

A sus diez años, el joven Cahir, hermano menor del difunto Aillil, muerto en Nazair y yacente en aquellos momentos en la armería de palacio, no era aún, de acuerdo con la costumbre y la tradición, un hombre. No le permitieron sumarse al grupo de varones reunidos en torno al ataúd abierto, no le autorizaron a estar allí en silencio, en compañía de Gruffyd, su abuelo, Ceallach, su padre, Dheran, su hermano, y toda la multitud de tíos paternos, de tíos maternos y de primos. Como es comprensible, tampoco le dejaron llorar y desmayarse en compañía de su abuela, su madre, sus tres hermanas y toda la multitud de tías paternas, de tías maternas y de primas. Junto con los demás parientes de corta edad, llegados a Darn Dyffr para las exequias, el sepelio y los funerales, Cahir se dedicó a hacer chiquilladas y travesuras por las murallas. Y se dio de puñetazos con los que decían que los más valientes entre los valientes que estaban combatiendo en Nazair eran sus propios padres y sus hermanos mayores, en vez de Aillil aep Ceallach.

—¡Cahir! ¡Ven aquí, hijo mío!

En la galería le esperaba Mawr, la madre de Cahir, junto con su hermana, la tía Cinead var Anahid. La madre tenía la cara enrojecida e hinchada de tanto llorar, tanto que Cahir se asustó. Le impresionó que una mujer tan guapa como su madre pudiera llegar a parecer un monstruo por culpa del llanto. Hizo el firme propósito de no llorar nunca, nunca jamás.

—Recuerda, hijo mío —dijo Mawr entre sollozos, apretando a su hijo contra

su seno con tanta fuerza que le impedía respirar—. Recuerda este día. Nunca te olvides de quiénes le quitaron la vida a tu querido hermano Aillil. Fueron esos malditos norteños. Tus enemigos, hijo mío. No dejes de odiarlos. ¡Nunca dejes de odiar a esa maldita nación de asesinos!

—Siempre los odiaré, madre mía —le prometió Cahir, un tanto sorprendido. En primer lugar, su hermano Aillil había caído en combate, con honor. Había sido la suya una muerte envidiable, digna de alabanza, en un guerrero. ¿Por qué, pues, derramar lágrimas por él? En segundo lugar, no era ningún secreto que la abuela Eviva, la madre de Mawr, era una norteña. Más de una vez, cuando estaba enfadado, a su padre había dado por llamar a la abuela «loba del norte». Naturalmente, a sus espaldas.

Pero, bueno, si su madre se lo mandaba…

—Los pienso odiar —dijo con entusiasmo—. ¡Ya los odio! Y, cuando sea mayor y tenga una espada de verdad, ¡iré a la guerra y les cortaré la cabeza! ¡Ya lo verás, madre!

La madre respiró hondo y sufrió un espasmo. La tía Cinead la sujetó.

Cahir apretó los puños y tembló de odio. De odio a aquellos que habían maltratado a su madre, haciendo que se pusiera tan fea.

El golpe de Bonhart le destrozó la sien, la mejilla y la boca. Cahir soltó la espada y se tambaleó, y el cazador, a la media vuelta, le dio un tajo entre el cuello y la clavícula. Cahir cayó al pie de la diosa de mármol, su sangre, como un sacrificio pagano, roció el pedestal.

Un ruido atronador, el suelo tembló bajo sus pies, el escudo de la panoplia de la pared cayó con estrépito. Un humo corrosivo flotaba y se arrastraba por el corredor. Ciri se limpió la cara. La muchacha rubia que marchaba apoyándose en ella, le pesaba como una piedra de molino.

—Más deprisa… Hay que ir más deprisa…

—Yo no puedo ir más deprisa —dijo la chica. Y de repente se dejó caer al suelo. Ciri contempló horrorizada cómo debajo de ella, debajo de su pernera empapada, empezaba a formarse y a crecer un charco.

Estaba pálida como un cadáver.

Ciri se puso de rodillas a su lado, le quitó un pañuelo, después el cinturón, trató de hacerle un torniquete. Pero la herida era demasiado grande. Y estaba muy cerca de la ingle. La sangre no cesaba de brotar.

La chica le cogió una mano. Tenía los dedos helados.

—Ciri…

—Sí.

—Yo soy Angoulême. Nunca creí… Nunca creí que fuéramos a dar contigo. Pero seguí a Geralt. Porque es imposible no seguirle. ¿Sabes?

—Ya lo sé. Él es así.

—Te hemos encontrado. Y te hemos salvado. Y eso que la Fringilla se burlaba de nosotros… Dime una cosa…

—No hables. Por favor.

—Dime… —Angoulême movía los labios cada vez más despacio, y cada vez le costaba más—. Dime, porque tú eres reina… de Cintra… Nos darás de tu favor, ¿a que sí? ¿Me nombrarás… condesa? Dime. Pero no mientas. ¿Podrás? ¡Dímelo!

—No digas nada. No malgastes las fuerzas.

Angoulême suspiró, de pronto se inclinó hacia delante y apoyó la frente en el hombro de Ciri.

—Ya sabía yo… —dijo con toda claridad—. Qué putada, ya sabía yo que lo del burdel en Toussaint era la mejor idea que había tenido nunca.

Pasó un rato muy, muy largo antes de que Ciri cayera en la cuenta de que tenía entre sus brazos a una muchacha muerta.

Lo vio acercarse, acompañado por las miradas muertas de las canéforas de alabastro que sustentaban las arcadas. Y de repente comprendió que la huida era imposible, que no había forma de escapar de él. Que no tendría más remedio que hacerle frente. Era consciente de eso.

Pero seguía teniéndole mucho miedo.

Desenvainó su arma. El filo de Golondrina entonó un canto silencioso. Conocía ese canto.

Se retiró por un ancho pasillo, y él fue tras ella, sujetando la espada con las dos manos. La sangre resbalaba por la hoja, caía en gruesas gotas desde la guarda.

—Un cadáver —comentó, al pasar por encima del cuerpo de Angoulême—. Bien está. Ese mochuelo también mordió el polvo.

Ciri sintió cómo la embargaba la desesperación. Cómo los dedos se aferraban a la empuñadura hasta hacerse daño. Retrocedió.

—Me has engañado —rezongaba Bonhart mientras la seguía—. El mochuelo no tenía ningún medallón. Mas algo me dice que en este castillo hay quien sí lo lleva. Y este viejo Leo Bonhart se juega la testa a que ese alguien anda cerca de la hechicera Yennefer. Pero lo primero es lo primero, víbora. Y, antes que nadie, estamos nosotros. Tú y yo. Y nuestras bodas.

Ciri ya estaba orientada. Después de trazar un breve arco con Golondrina, cogió una postura. Empezó a moverse a lo largo de un semicírculo, cada vez más deprisa, obligando al cazador a dar vueltas en el sitio.

—La última vez —refunfuñó— no te sirvió de mucho esta artimaña. ¿Qué pasa? ¿Que capaz no eres de aprender de tus errores?

Ciri aceleró el paso. Con movimientos fluidos y suaves de la hoja tentaba y desorientaba, tentaba e hipnotizaba. Bonhart hizo girar su espada en un silbante molinete.

—Esto no va conmigo —gruñó—. ¡Y me aburre!

Acortó la distancia con dos rápidos pasos.

—¡Música, maestro!

Bonhart saltó, lanzó un profundo ataque, Ciri se revolvió con una pirueta, se alzó, aterrizó muy segura sobre su pierna izquierda, acometió a la primera, sin coger una postura. Antes incluso de que la hoja resonara con la parada de Bonhart, ella ya estaba girando alrededor de él, penetrando fácilmente bajo los silbantes tajos. Ciri volvió a embestir en corto, flexionando el codo de un modo poco natural, pero muy sorprendente. Bonhart lo detuvo, aprovechó el ímpetu de la parada para lanzar de inmediato un tajo desde la izquierda. Ciri se lo veía venir, le bastó con una ligera flexión de las rodillas y una oscilación del tronco para esquivar la hoja, aunque faltó mucho menos de una pulgada. Rápidamente pasó al ataque, tajando en corto. Pero Bonhart esta vez la estaba esperando y la engañó con una finta. Al no encontrarse con su parada, Ciri estuvo a punto de perder el equilibrio, sólo se salvó con un salto relampagueante, pero no evitó que la espada de Bonhart la alcanzara cerca del hombro. Al principio pensó que el filo sólo había penetrado en la manga guateada, pero enseguida notó en la axila y en el brazo un líquido tibio.

Las canéforas de alabastro les observaban con ojos indiferentes. Ciri emprendió la retirada, pero él fue tras ella, encorvado, segando con amplios movimientos de su espada. Como la muerte huesuda que Ciri había visto en las pinturas del templo. *La danza de los esqueletos*, pensó. *Se acerca la muerte con su guadaña*.

Seguía retirándose. El líquido tibio le bajaba ya por el antebrazo hasta la mano.

—La primera sangre, para mí —dijo Bonhart, viendo las huellas estrelladas de las gotas caídas en el suelo—. ¿Para quién será la segunda? ¿Qué dice mi desposada?

Ciri seguía retirándose.

—Fíjate bien. Es el final.

Bonhart tenía razón. El pasillo terminaba de repente sobre un abismo. Al fondo sólo se veían las tablas polvorientas, sucias y medio deshechas del entarimado de la planta inferior. Aquella parte del castillo estaba en ruinas, y no había suelos. Sólo quedaba el esqueleto de la construcción: pilares, caballetes y el entramado de vigas que unía todo aquello.

No lo dudó mucho. Saltó a una viga y en ella prosiguió su retirada, sin apartar

la vista de Bonhart, pendiente de todos sus movimientos. Eso la salvó. Porque de pronto él se lanzó sobre Ciri, corriendo a lo largo de la viga, lanzando contundentes cortes cruzados, haciendo girar la espada en fintas fulgurantes. Ella sabía cuál era su intención. Una parada torpe o un error en una finta la habrían hecho perder el equilibrio, y entonces se habría precipitado al vacío desde la viga, hasta el deteriorado suelo del piso inferior.

Esta vez Ciri no se dejó engañar por sus fintas. Todo lo contrario. Se hurtó hábilmente a sus embestidas y, a su vez, insinuó un tajo desde la derecha. Al ver titubear a su rival por una fracción de segundo, descargó un nuevo golpe a diestra, tan rápido y enérgico que Bonhart, después de pararlo, se tambaleó. Y habría caído de no ser por su estatura. Estirando el brazo izquierdo pudo sujetarse de un caballete, manteniendo así el equilibrio. Pero perdió fugazmente la concentración. Y eso le bastó a Ciri. Le lanzó una potente estocada, tensando al máximo el brazo y la espada.

No pestañeó cuando la hoja de Golondrina, con un silbido, le hizo un tajo desde el pecho hasta el hombro izquierdo. Contraatacó de inmediato con tanta fuerza que, de no haber saltado Ciri hacia atrás, el golpe la habría partido por la mitad. Fue a parar a la viga más próxima, cayendo con la rodilla flexionada, con la espada en horizontal por encima de la cabeza.

Bonhart se miró el brazo, levantó la mano izquierda, surcada ya por un dibujo de culebrillas de color carmín. Observó las gruesas gotas que caían al suelo, al abismo.

—Vaya, vaya —dijo—. Veo que sí eres capaz de aprender de tus errores.

Su voz temblaba de rabia. Pero Ciri le conocía demasiado bien. Estaba sereno, concentrado, listo para matar.

Saltó a la viga de Ciri, segando con la espada, se abalanzó sobre ella como una tempestad, dando pasos firmes, sin vacilar, sin mirar siquiera dónde pisaba. La viga crujía, soltaba polvo y carcoma.

La presionó a base de golpes cruzados. La obligaba a andar para atrás. Sus ataques eran tan continuos que Ciri no podía intentar un salto o una pirueta, tenía que limitarse a parar sus golpes y a esquivarlos.

Advirtió un brillo en sus ojos de pez. Sabía de qué se trataba. Estaba intentando arrinconarla contra un pilar, empujándola hacia una cruceta bajo un caballete. Empujándola hacia un punto del que ya no había escapatoria.

Tenía que hacer algo. Súbitamente supo qué.

Kaer Morhen. El péndulo.

Te alejas tú del péndulo, y absorbes su ímpetu, su energía. Absorbes el ímpetu al alejarte de él. ¿Lo has entendido?

Sí, Geralt.

De improviso, veloz como una víbora al ataque, pasó de parar el golpe a devolverlo. La hoja de Golondrina gimió al chocar contra el filo de Bonhart. En

ese mismo instante Ciri se impulsó hacia atrás, saltando a la viga vecina. Al caer, conservó de milagro el equilibrio. Dio unos pasos rápidos y saltó una vez más, de vuelta a la viga de Bonhart. A su espalda. Él se volvió justo a tiempo y ejecutó un amplio corte, prácticamente a ciegas, allí donde suponía que Ciri habría ido a parar. Falló por un pelo, la fuerza del golpe le desequilibró. Ciri atacó como un rayo. Le tajó en el salto, y cayó flexionando las rodillas. Fue un tajo poderoso y certero.

Y se quedó inmóvil, con la espada extendida hacia un lado. Mirando tranquilamente cómo el largo, oblicuo y liso corte en el caftán de Bonhart empezaba a llenarse y a cuajarse de una espesa sustancia roja.

—Tú… —Bonhart se tambaleaba—. Tú…

Se abalanzó sobre ella. Ahora estaba torpe y lento. Ciri lo evitó con un salto hacia atrás, y él perdió el equilibrio. Cayó sobre una rodilla, pero la rodilla se le salió de la viga. Y la madera estaba ya húmeda y resbaladiza. Miró a Ciri un segundo. Después cayó al vacío.

Ciri lo vio precipitarse sobre el entarimado, levantando un géiser de polvo, de cal y de sangre. Vio cómo su espada volaba para ir a caer a unos cuantos pasos de él. Quedó tendido, inmóvil, con los brazos abiertos, alto, delgado. Malherido y totalmente indefenso. Pero igual de temible que antes.

Tardó mucho en hacerlo, pero al final dio señales de vida. Intentó alzar la cabeza. Movió los brazos. Movió las piernas. Consiguió llegar hasta un pilar, apoyó la espalda en él. Volvió a gemir, tentándose con las dos manos el pecho ensangrentado y el vientre.

Ciri descendió de un salto. Cayó a su lado, flexionando las rodillas. Con la suavidad de un gato. Vio cómo sus ojos de pez se dilataban aterrorizados.

—Venciste… —dijo con voz enronquecida, con la mirada puesta en el filo de Golondrina—. Venciste, pequeña bruja. Lástima que no haya sido en la arena… Habría sido todo un espectáculo…

Ciri no respondió.

—Yo te di esta espada, ¿te acuerdas?

—Yo me acuerdo de todo.

—Puede que a mí… —Gimió—. Puede que a mí no me degüelles, ¿no? Tú no lo harás… No vas a rematar a un hombre caído e indefenso… Te conozco muy bien, Ciri. Eres… demasiado noble para hacerlo.

Ciri lo estuvo observando bastante tiempo. Mucho tiempo. Después se agachó. Los ojos de Bonhart se dilataron aún más. Pero ella se limitó a arrancarle los medallones que llevaba colgados al cuello: el lobo, el gato y el grifo. Después se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida.

Bonhart fue tras ella con un cuchillo, atacándola a traición, alevosamente. Silencioso como un murciélago. Sólo en el último momento, cuando el estilete ya estaba listo para hundirse en su espalda hasta el puño, dio un alarido, descargando

en aquel grito todo su odio.

Evitó su cobarde acometida dando media vuelta rápida y apartándose de un salto. Inmediatamente se revolvió y le asestó un tajo, amplio y contundente, con todo el brazo, reforzando la energía del golpe con una torsión de cadera. Golondrina silbó y cortó, cortó con el extremo de su hoja. Siseó y chascó, Bonhart se llevó la mano al cuello. Sus ojos de pez se le salían de las órbitas.

—Te había dicho —comentó Ciri con frialdad— que yo me acuerdo de todo.

Bonhart desencajó aún más los ojos. Y después se derrumbó. Se inclinó y cayó de espaldas, levantando el polvo. Y así se quedó, alto, flaco como la muerte, tendido en aquel suelo sucio, entre tablones rotos. No dejaba de sujetarse la garganta, convulsivamente, con todas sus fuerzas. Pero, por más que intentaba retenerla, la vida se le escapaba presurosa entre los dedos, formando alrededor de su cabeza una gran aureola negra.

Ciri se quedó junto a él. Sin decir nada. Pero procurando que la viera. Para que fuera su imagen, su sola imagen, la que le acompañara allí donde iba.

Bonhart la miraba con una mirada turbia y perdida. Tembló de forma convulsiva, hizo crujir las tablas del suelo con sus talones. Después gorgoteó como un embudo cuando acaba de salir todo el líquido.

Y ése fue el último sonido que dejó escapar.

Una explosión, las vidrieras tintinearon y estallaron con un gran estrépito.

—¡Cuidado, Geralt!

Saltaron, justo a tiempo. Un rayo cegador abrió un surco en el suelo, fragmentos de terracota y afilados trozos de mosaico retumbaron en el aire. El segundo rayo acertó en la columna que protegía al brujo. La columna se partió en tres pedazos. Media arcada se desprendió de la bóveda, cayendo sobre el piso con un bramido ensordecedor. Geralt, tendido en suelo, se cubrió la cabeza con las manos, consciente de que era una protección ridícula ante los cascotes que se le venían encima, cada uno de los cuales pesaba su buena docena de arrobas. Estaba preparado para lo peor, pero lo peor no ocurrió. Se levantó rápidamente, a tiempo de ver el resplandor del escudo mágico, y comprendió que se había salvado gracias a la magia de Yennefer.

Vilgefortz se volvió contra la hechicera y rompió en mil pedazos el pilar que la protegía. Bramó enrabietado, hilvanando una nube de polvo y humo con hilos de fuego. Yennefer pudo saltar, y quiso tomarse la revancha lanzando contra el hechicero su propio rayo, pero Vilgefortz lo rechazó sin esfuerzo y hasta con cierto desdén. Respondió con un nuevo ataque que obligó a Yennefer a aplastarse contra el suelo.

Geralt se dirigió hacia él, limpiándose la cara de restos de cal. Vilgefortz volvió los ojos y le apuntó con el brazo, y una llamarada salió volando con un

rugido. El brujo se cubrió instintivamente con la espada. La hoja de los enanos, cubierta de runas, le protegió —¡oh prodigio!— partiendo en dos la lengua de fuego.

—¡Vaya! —exclamó Vilgefortz—. ¡Impresionante, brujo! ¿Y qué me dices de esto?

El brujo no dijo nada. Voló como si lo hubiera embestido un ariete, cayó al suelo y salió despedido a rastras, hasta que pudo sujetarse a la base de una columna. La columna estalló y saltó hecha pedazos, arrastrando nuevamente en su caída una parte considerable de la bóveda. En esta ocasión Yennefer no fue capaz de proporcionarle una protección mágica. Un gran cascote desprendido de un arco le golpeó en un hombro, derrumbándole. Por unos instantes el dolor le dejó paralizado.

Al tiempo que escandía un sortilegio, Yennefer le arrojaba a Vilgefortz un rayo tras otro. Ninguno dio en el blanco, todos rebotaban impotentes en la esfera mágica que envolvía al hechicero. De improviso Vilgefortz extendió los brazos, los estiró con violencia. Yennefer aulló de dolor y se alzó del suelo, levitando. Vilgefortz retorcía las manos como quien estruja un trapo mojado. La hechicera soltaba penetrantes chillidos. Y empezó a retorcerse.

Geralt se puso en pie impetuosamente, sobreponiéndose al dolor. Pero Regis ya se le había anticipado.

El vampiro surgió volando de la nada como un gigantesco murciélago, y se precipitó sobre Vilgefortz sin hacer ruido. Antes de que el hechicero pudiera protegerse con un conjuro, Regis le atacó con las garras en la cara, y si no le enganchó un ojo fue sólo por lo pequeño que lo tenía. Vilgefortz chilló, defendiéndose a base de manotazos. Yennefer, liberada de su hechizo, cayó sobre un montón de escombros con un aullido desgarrador. La sangre le salía a borbotones de la nariz, manchándole la cara y el pecho.

Geralt ya estaba cerca, con la espada en alto, lista para propinar un tajo. Pero Vilgefortz aún no se daba por vencido y no tenía la menor intención de rendirse. Rechazó al brujo con una potente oleada de energía, al vampiro que le estaba atacando le lanzó un cegador rayo blanco que atravesó una columna como una espada caliente cortando mantequilla. Regis evitó el rayo ágilmente, y se materializó en su aspecto humano al lado de Geralt.

—Ten cuidado —dijo el brujo, en tono quejumbroso, tratando de ver qué había sido de Yennefer—. Ten cuidado, Regis…

—¿Que tenga cuidado? —replicó el vampiro—. ¿Yo? ¡Yo no he venido a eso!

Con un salto inverosímil, fulgurante, digno en verdad de un tigre, se arrojó sobre el hechicero y lo agarró del cuello. Destellaron sus colmillos.

Vilgefortz chilló, aterrado y rabioso. Por un momento pareció que era el fin. Pero no fue más que una ilusión. Disponía en su arsenal de un arma para cada ocasión. Y para cada rival. Incluso para un vampiro.

Las manos de Regis, que le tenían sujeto, se pusieron al rojo como hierro candente. El vampiro dio un grito. También Geralt, al ver que el hechicero estaba desgarrando literalmente a Regis. Corrió en su ayuda, pero no pudo hacer nada. Vilgefortz lanzó al vampiro destrozado contra una columna y, desde cerca, con ambas manos, lo quemó con fuego blanco. Regis gritaba y gritaba, gritaba tan fuerte que el brujo tuvo que taparse los oídos con las manos. Los restos de las vidrieras tintinearon y estallaron con estrépito. Y la columna simplemente se fundió. Y el vampiro se fundió con ella, quedó convertido en un amasijo informe.

Geralt maldijo, y en esa maldición depositó toda su rabia y su desesperación. De un salto se plantó junto a su enemigo, levantó el sihill para asestar un golpe. No llegó a hacerlo. Vilgefortz se volvió y le fulminó con su energía mágica. El brujo voló por todo el vestíbulo y se estampó con ímpetu contra una pared, resbalando después hasta el suelo. Quedó tendido, intentando coger aire como un pez, considerando qué partes de su cuerpo podían estar rotas y cuáles intactas. Vilgefortz se le acercó. En su mano se materializó una barra de hierro de seis pies.

—Podría reducirte a cenizas con un conjuro —dijo—. Podría fundirte hasta volverte una masa vítrea, como acabo de hacer con ese monstruo. Pero tú, brujo, te mereces una muerte distinta. En combate. Tal vez no demasiado leal, pero combate al fin y al cabo.

Geralt no creía que fuera capaz de ponerse de pie. Pero se puso de pie. Escupió sangre de sus labios partidos. Cogió la espada con más fuerza.

—En Thanedd —Vilgefortz se le acercó aún más, hizo un molinete con la barra— me conformé con darte un ligero escarmiento, con moderación, para que te sirviera de lección. Pero, como veo que no has aprendido nada, esta vez la paliza será a conciencia, no voy a dejarte un hueso sano. Y después nadie será capaz de recomponerte.

Le atacó. Geralt no intentó escapar. Aceptó el combate.

La barra destellaba y zumbaba, el hechicero daba vueltas alrededor del brujo, que no paraba de danzar. Geralt esquivaba los golpes y los devolvía, pero Vilgefortz los detenía con destreza. Gemía lastimeramente el acero chocando con el acero.

El hechicero era rápido y ágil como un demonio.

Engañó a Geralt con una torsión del tronco, al tiempo que marcaba un golpe de izquierdas, para atizarle después desde abajo en las costillas. Antes de que el brujo recobrara el equilibrio y el aliento, le dio con tanta fuerza en la espalda que le obligó a hincar la rodilla. Merced a un brinco salvó la cabeza de un mandoble desde arriba, pero no pudo evitar una sacudida en sentido inverso, desde abajo, por encima de la cadera. Vaciló, y se dio con la espalda en la pared. Aún tuvo suficiente presencia de ánimo como para echarse al suelo. Justo a tiempo, porque la barra de hierro pasó rozándole el pelo y chocó contra el muro. Saltaron

chispas.

Geralt rodó, la barra sacó chispas del suelo, justo al lado de su cabeza. Un nuevo mandoble le acertó en la paletilla. Sintió una sacudida, un dolor paralizante, una flojera que le bajaba por las piernas. El hechicero levantó la barra. La llama del triunfo ardía en sus ojos.

Geralt apretó en el puño el medallón de Fringilla.

La barra zumbó al caer. Pegó en el suelo, a sólo un pie de la cabeza del brujo. Geralt rodó hacia un lado y rápidamente se apoyó en una rodilla. Vilgefortz le alcanzó de un salto, volvió a descargar un golpe. Nuevamente falló por unas pulgadas. Sacudió la cabeza, sin dar crédito a sus ojos. Tuvo un momento de vacilación.

Suspiró, al comprender de súbito lo que le estaba pasando. Los ojos se le iluminaron. Se echó hacia atrás, para tomar impulso. Demasiado tarde.

Geralt le acuchilló en el vientre. A fondo. Vilgefortz chilló, soltó la barra, dio unos pasos cortos hacia atrás, encogido. El brujo ya estaba a su lado. Lo lanzó de una patada hacia lo que quedaba en pie de una columna. El hechicero se estampó con fuerza contra esos restos, embelleciéndolos con un dibujo ondulante. Dio un grito, cayó de hinojos. Agachó la cabeza, se miró la barriga y el pecho. Estuvo mucho tiempo sin apartar la vista.

Geralt esperaba con calma, en posición, con el sihill preparado para asestar un golpe.

Vilgefortz soltó un alarido sobrecogedor y levantó la cabeza.

—Geraaalt…

El brujo no le permitió acabar.

Durante un largo rato reinó el silencio.

—No sabía yo… —dijo al fin Yennefer, levantándose como pudo del montón de cascotes. Tenía un aspecto lamentable. La sangre que le salía de la nariz le manchaba toda la barbilla y el escote—. No sabía —repitió, al encontrarse con la mirada perpleja de Geralt— que sabías lanzar esos hechizos de ilusionismo. Con cuánta habilidad has engañado a Vilgefortz…

—Ha sido el medallón.

—Ajá. —Lo miró recelosa—. Qué curioso. Al final, estamos vivos gracias a Ciri.

—¿Cómo dices?

—El ojo de Vilgefortz. No había recuperado del todo la coordinación. A veces fallaba. Aunque yo, sobre todo, le debo la vida a… —Se quedó callada, mirando los restos de la columna fundida en la que se podía reconocer el perfil de una persona—. ¿Quién era, Geralt?

—Un camarada. Lo voy a echar mucho de menos.

—¿Era un ser humano?

—Era la encarnación de la humanidad. ¿Cómo estás, Yen?

—Alguna costilla rota, conmoción cerebral, golpes en la articulación de la cadera y en la columna. Aparte de eso, de maravilla. ¿Y tú?

—Lo mismo, más o menos.

Miró con indiferencia la cabeza de Vilgefortz, caída exactamente en el centro de un mosaico del suelo. El pequeño ojo vidrioso del hechicero apuntaba hacia ellos con un mudo reproche.

—Bonito espectáculo —dijo Yennefer.

—Pues sí —reconoció Geralt al cabo de unos segundos—. Pero no es el primero que veo. ¿Podrás caminar?

—Con tu ayuda, sí.

Y se encontraron los tres en el sitio donde confluían los pasillos, bajo la arcada. Se encontraron bajo las miradas muertas de las canéforas de alabastro.

—Ciri —dijo el brujo. Y se frotó los ojos.

—Ciri —dijo Yennefer, a la que sujetaba el brujo.

—Geralt —dijo Ciri.

—Ciri —respondió, con un nudo en la garganta—. Me alegro de volver a verte.

—Doña Yennefer.

La hechicera se soltó del brazo del brujo y se irguió, haciendo un tremendo esfuerzo.

—Hay que ver qué pinta, chiquilla —dijo con severidad—. ¡Tú mírate! ¡Haz el favor de arreglarte esos pelos! ¡Y no andes así encogida, ven aquí!

Ciri se acercó rígida, como un autómata. Yennefer le colocó y le alisó el cuello, intentó limpiarle la sangre de la manga, que ya estaba seca. Le sacudió un poco el pelo. Le descubrió la cicatriz de la mejilla. La abrazó con fuerza. Geralt vio las manos de Yennefer en la espalda de Ciri. Vio sus dedos deformados. No sintió ira, lástima ni odio. Sólo sintió cansancio. Y un deseo inmenso de que acabara todo aquello.

—Mamá.

—Hijita.

—Vámonos —Geralt se decidió a interrumpirlas. Pero sólo después de un instante muy largo.

Ciri se sorbió los mocos haciendo ruido y se limpió la nariz con el dorso de la mano. Yennefer la regañó con una mirada y se frotó un ojo. Seguramente se le había metido alguna motita de polvo. El brujo estaba pendiente del corredor del que había salido Ciri, por si pudiera aparecer alguien más por ahí. Ciri negó con la cabeza. Geralt comprendió.

—Vámonos de aquí —insistió.

—Sí —dijo Yennefer—. Quiero ver el cielo.

—Nunca más os dejaré —dijo Ciri con la voz apagada—. Nunca más.
—Vámonos de aquí —insistió Geralt—. Ciri, ayuda a Yen.
—¡No necesito ayuda!
—Deja que te ayude, mamá.
Tenían delante unas escaleras, unas grandes escaleras que se hundían en el humo, en la claridad vacilante de las antorchas y las hogueras encendidas en cestones de hierro. Ciri se estremeció. Ya había visto esas escaleras. En sus sueños y visiones. Abajo, lejos, esperaban hombres armados.
—Estoy cansada —musitó Ciri.
—Y yo —reconoció Geralt, desenvainando el sihill.
—Ya estoy harta de tantas muertes.
—Y yo.
—¿No habrá otra salida?
—No. No hay otra. Sólo estas escaleras. No hay más remedio, chiquilla. Yen quiere ver el cielo. Y yo quiero ver el cielo, a Yen y a ti.
Ciri miró a su alrededor, observó a Yennefer, la cual, para no derrumbarse, se apoyaba en la balaustrada. Sacó los medallones que le había quitado a Bonhart. Se colgó el gato del cuello, el lobo se lo dio a Geralt.
—Supongo que sabrás —dijo el brujo— que no es más que un simple símbolo.
—Todo es un simple símbolo.
Sacó a Golondrina de la funda.
—Vamos, Geralt.
—Vamos. No te apartes de mí.
Al pie de las escaleras les esperaban los mercenarios de Skellen, empuñando con fuerza las armas en sus manos sudorosas. Autillo, con un gesto expeditivo, mandó escaleras arriba al primer pelotón. Las botas reforzadas de los soldados resonaron en los peldaños.
—Despacio, Ciri. Sin prisa. Cerca de mí.
—Sí, Geralt.
—Y tranquila, niña, tranquila. No lo olvides: sin rabia, sin odio. Tenemos que salir de aquí y ver el cielo. Y quienes nos corten el paso deben morir. No titubees.
—No pienso titubear. Quiero ver el cielo.
No tuvieron ningún impedimento para llegar al primer descansillo. Los mercenarios retrocedieron al verlos, sorprendidos y asombrados ante su coraje. Pero enseguida hubo tres que se lanzaron al ataque dando gritos, blandiendo sus espadas. Murieron de inmediato.
—¡A por ellos! —Autillo vociferaba al pie de las escaleras—. ¡Matadlos!
Les atacaron otros tres. Rápidamente Geralt les hizo frente, amagó con una finta, tajó a uno en la garganta desde abajo. Se dio la vuelta y le cedió el paso a Ciri, que se adelantó por su derecha. Ciri alcanzó limpiamente al segundo matón

en el sobaco. El tercero intentó salvar su vida saltando por encima de la balaustrada. No le dio tiempo.

Geralt se limpió la cara de salpicaduras de sangre.

—Más tranquila, Ciri.

—Si estoy muy tranquila.

Otros tres. El brillo de la hoja, un grito, muerte.

La sangre resbalaba espesa hacia abajo, chorreaba por las escaleras.

Un rufián, con una brigantina con remaches de latón, fue a su encuentro armado de una larga pica. Tenía la mirada extraviada por los narcóticos. Ciri, con una rápida parada oblicua, desvió el asta, Geralt tajó. Se limpió la cara. Siguieron bajando, sin mirar atrás.

El segundo descansillo ya estaba al lado.

—¡Matadlos! —gritaba Skellen—. ¡A por ellos! ¡Mueeerteee!

Pasos y voces en las escaleras. El brillo de la hoja, un grito, muerte.

—Bien, Ciri. Pero con calma. Menos euforia. Y no te apartes de mí.

—Nunca más me apartaré de ti.

—No golpees desde el hombro si puedes hacerlo sólo desde el codo. Atenta.

—Estoy atenta.

El brillo de la hoja, un grito, sangre. Muerte.

—Bien, Ciri.

—Quiero ver el cielo.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

—Cuidado. Esto resbala.

El brillo de la hoja, un alarido. Les precedía la sangre que chorreaba por las escaleras. Iban hacia abajo, siempre hacia abajo, por las escaleras de la ciudadela de Stygga.

Otro rufián que venía a por ellos se resbaló en un escalón manchado de sangre. Cayó de bruces a sus pies, se desgañitó implorando piedad, cubriéndose la cabeza con las manos. Pasaron de largo, sin reparar en él.

Hasta el tercer descansillo nadie más tuvo la osadía de cruzarse en su camino.

—Preparad los arcos —gritaba Stefan Skellen al pie de las escaletas—. ¡Y también las ballestas! ¡Boreas Mun tenía orden de traerlas! ¿Dónde se ha metido?

Boreas Mun —cosa que Autillo no tenía por qué saber— estaba ya muy lejos de allí. Cabalgaba derecho hacia oriente, con la frente pegada a las crines del caballo, galopaba todo lo deprisa que podía, exigiéndole el máximo al animal.

De los soldados que tenían orden de acudir con arcos y ballestas sólo se presentó uno, dispuesto a disparar.

Y a éste las manos le temblaban sin parar y los ojos le lloraban por el fisstech. La primera flecha apenas arañó la balaustrada. La segunda ni siquiera dio en las escaleras.

—¡Más arriba! —ordenaba Autillo—. ¡Sube un poco más, idiota! ¡No tires desde tan lejos!

El ballestero se hacía el sordo. Skellen juró por todos los demonios, le quitó la ballesta y subió a toda prisa un tramo de escaleras. Apoyó una rodilla en el suelo y apuntó. Inmediatamente Geralt cubrió con su cuerpo a Ciri. Pero la chica, en un santiamén, se coló por delante de él y, en el momento en que rechinaba la cuerda de la ballesta, ya estaba en guardia. Giró la espada hasta la cuarta superior y rechazó la saeta con tanta fuerza que estuvo un buen rato dando vueltas en el aire antes de caer a tierra.

—Muy bien —rezongó Geralt—. Muy bien, Ciri. Pero, como me vuelvas a hacer esto, te la ganas.

Skellen arrojó la ballesta. Y de pronto se dio cuenta de que estaba solo.

Todos sus hombres se apiñaban al pie de las escaleras. Ninguno tenía prisa por subir. Cada vez eran menos, algunos se habían marchado de allí a toda prisa. A buscar las ballestas, sin duda.

Y el brujo y la brujilla, tranquilamente, sin precipitarse pero sin aflojar tampoco el paso, seguían bajando, bajando, por las escaleras cubiertas de sangre de la ciudadela de Stygga. Muy juntos, hombro con hombro, tentando e hipnotizando con los veloces movimientos de las hojas.

Skellen se retiró. Y ya no paró en su retirada. Hasta la planta baja. Cuando se vio rodeado por su gente, cayó en la cuenta de lo lejos que había llegado. Maldijo impotente.

—¡Muchachos! —gritó, pero le salió un gallo—. ¡Valor! ¡Sus y a ellos! ¡Todos! ¡Adelante, mis valientes! ¡Seguidme!

—Id vos solo —dijo uno entre dientes, llevándose a la nariz la mano con fisstech. Autillo, de un puñetazo, le blanqueó con el narcótico la cara, la manga y la pechera del caftán.

El brujo y la bruja dejaron atrás un nuevo descansillo.

—Cuando lleguen aquí abajo, será más fácil rodearlos —les animaba Skellen —. ¡Ánimo, muchachos! ¡Valor! ¡A las armas!

Geralt miraba detenidamente a Ciri. Y a punto estuvo de estallar al ver en sus cabellos grises unos mechones blanquecinos, brillantes como la plata. Se controló. No era el momento de enfadarse.

—Con cuidado —dijo tranquilamente—. No te alejes de mí.

—Nunca me pienso alejar de ti.

—Ahí abajo la cosa va a estar muy peliaguda.

—Ya lo sé. Pero estamos juntos.

—Estamos juntos.

—Estoy aquí cerca —dijo Yennefer, que bajaba detrás de ellos por las escaleras, rojas y resbaladizas con tanta sangre.

—¡Todos! ¡A por ellos! —gritaba Autillo.

Algunos de los que habían ido a buscar las ballestas ya habían regresado. Sin ellas. Muy asustados.

Desde los tres pasillos que conducían a las escaleras les llegaba el estruendo de unas hachas echando abajo las puertas. Se oyeron unos golpes, un chasquido metálico y el eco de unos pasos pesados. Y, de pronto, por los tres pasillos empezaron a afluir soldados con cascos negros, con corazas y capas con una salamandra de plata. Los mercenarios de Skellen, intimidados por sus gritos y amenazas, fueron arrojando, uno tras otro, las armas al suelo. A los más indecisos los apuntaron con ballestas, con las puntas de bisarmas y picas, los apremiaron con gritos aún más inquietantes. Todos acabaron por obedecer, aunque se veía que los soldados negros se morían de ganas de apiolar a alguien y sólo buscaban un pretexto. Autillo estaba al pie de una columna, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Salvación in extremis? —preguntó Ciri entre dientes. Geralt negó con la cabeza.

Las ballestas y los dardos también les apuntaban a ellos.

—¡Glaeddyvan vort!

No tenía sentido resistirse. Los soldados negros pululaban como hormigas al pie de las escaleras y, aparte de eso, ellos estaban ya muy, pero que muy cansados. Pero no arrojaron las armas. Las depositaron cuidadosamente en los escalones. Y después se sentaron. Geralt notaba el calor de Ciri a su lado, podía sentir su aliento.

Sorteando los cadáveres y los charcos de sangre, mostrando a los soldados negros sus manos inermes, llegó también Yennefer. Se dejó caer en el escalón, junto a ellos. Geralt notó también su calor, por el otro lado. *Lástima que no pueda ser así siempre*, pensó. Pero sabía que no era posible.

Fueron amarrando a los hombres de Autillo y llevándoselos de allí. Cada vez había más soldados negros, con aquellas capas con una salamandra. De pronto empezaron a aparecer entre ellos oficiales de alto grado, reconocibles por sus blancos penachos y los ribetes plateados en sus corazas. Y por el respeto con el que todos los demás les abrían paso.

A uno de esos oficiales, cuyo casco tenía más adornos de plata que ningún otro, le mostraban un respeto excepcional. Todo el mundo le hacía reverencias.

Este oficial se detuvo ante Skellen, que seguía junto a la columna. Autillo pudo verse claramente, aunque fuera a la luz vacilante de las teas y de los cuadros que ardían en cestones de hierro palideció y se quedó blanco como una pared.

—Stefan Skellen —dijo el oficial con una voz potente que retumbó en la bóveda del vestíbulo—. Tendrás que rendir cuentas ante un tribunal. Se te acusa de traición.

Se llevaron a Autillo, aunque no le ataron las manos como a un vulgar plebeyo.

El oficial se volvió. De un tapiz que colgaba en lo alto se desprendió un fragmento llameante que cayó dando vueltas como un gran pájaro de fuego. El resplandor se reflejó en los ribetes plateados de su coraza y en la visera del casco, que le llegaba hasta la mitad de las mejillas y que tenía —como las de todos los soldados negros— la forma de una monstruosa mandíbula dentada.

Ahora nos toca a nosotros, pensó Geralt. No se equivocaba.

El oficial se fijó en Ciri. Sus ojos brillaban a través de las aberturas del casco, observándolo todo sin perderse un detalle. Su palidez. La cicatriz de la mejilla. La sangre en la manga y en la mano. Los mechones blancos en los cabellos.

Después el nilfgaardiano volvió los ojos hacia el brujo.

—¿Vilgefortz? —preguntó con su voz sonora.

Geralt negó con la cabeza.

—¿Cahir aep Ceallach?

Otro gesto negativo.

—Cuánta sangre —comentó el oficial, mirando hacia las escaleras—. Una auténtica carnicería. En fin, quien a hierro mata… Además, le has ahorrado trabajo al verdugo. Has recorrido un largo camino, brujo.

Geralt no contestó. Ciri se sorbió los mocos haciendo ruido y se limpió la nariz con el dorso de la mano. Yennefer la reprendió con la mirada. Tampoco ese detalle se le escapó al nilfgaardiano, y sonrió.

—Has recorrido un largo camino —repitió—. Vienes del fin del mundo. Por ella y para ella. Aunque sólo sea por eso, algo se te debe. ¡Señor de Rideaux!

—¡A sus órdenes, majestad!

El brujo no se sorprendió.

—Tened la bondad de buscar por aquí un cuarto discreto donde pueda conversar tranquilamente, sin que nadie nos moleste, con don Geralt de Rivia. Además, aseguraos de que estas damas dispongan de toda clase de servicios y atenciones. Naturalmente, bajo una estricta y permanente vigilancia.

—Así se hará, majestad.

—Por aquí, don Geralt.

El brujo se levantó. Miró a Yennefer y a Ciri, con ánimo de tranquilizarlas, y para advertirles de que no hicieran ninguna tontería. Su advertencia sobraba. Estaban terriblemente cansadas. Y resignadas.

—Has recorrido un largo camino —volvió a repetir, quitándose el casco, Emhyr var Emreis, Deithwen Addan yn Carn aep Morvudd, el Fuego Blanco que Baila sobre los Túmulos de sus Enemigos.

—No sé si el tuyo, Duny —respondió Geralt con calma—, no habrá sido aún más largo.

—Vaya, me has reconocido. —El emperador sonrió—. Y eso que se supone

que sin barba, y con esta forma de proceder, estoy muy cambiado. Muchas de las personas que me conocían de Cintra han estado después en Nilfgaard y han sido recibidas en audiencia. Y hasta ahora nadie me había reconocido. Y tú, en cambio, me habías visto sólo una vez, y hace de eso dieciséis años. ¿Hasta tal punto se te había quedado grabada en la memoria mi imagen?

—No te habría reconocido, es verdad que has cambiado mucho. Sencillamente, hice mis conjeturas sobre quién podrías ser. Hace ya tiempo de eso. No sin ayuda ajena, y basándome en determinados indicios, adiviné cuál podía ser el papel del incesto en la familia de Ciri. En su sangre. En alguna de mis peores pesadillas soñé incluso con el incesto más terrible, con el más abominable de todos los posibles. Y mira, aquí te tengo, en persona.

—Apenas te tienes en pie —dijo fríamente Emhyr—. Y las impertinencias forzadas te hacen vacilar aún más. Puedes sentarte en presencia del emperador. Te concedo ese privilegio… de por vida.

Geralt se sentó con alivio. Emyhr se quedó de pie, apoyado en un armario entallado.

—Le has salvado la vida a mi hija —dijo—. En varias ocasiones. Te lo agradezco. En mi nombre y en el de la posteridad.

—Me dejas sin palabras.

—Cirilla —Emhyr ignoró la ironía— irá a Nilfgaard. A su debido tiempo será emperatriz. Exactamente del mismo modo en que han sido y serán reinas decenas de muchachas. Es decir, sin conocer apenas a su esposo. A menudo, sin tener de él un buen concepto sobre la base del primer encuentro. A menudo, decepcionadas por los primeros días… y las primeras noches de matrimonio. Cirilla no será la primera.

Geralt se abstuvo de hacer comentarios.

—Cirilla —prosiguió el emperador— será feliz, como lo son la mayoría de las reinas a las que me acabo de referir. Eso vendrá con el tiempo. El amor, que no le voy a exigir de ninguna manera, lo proyectará sobre el hijo que engendraré en ella. Archiduque, y futuro emperador. Emperador que engendrará a un hijo. Un hijo que será el soberano del mundo y que salvará al mundo de la destrucción. Eso es lo que dice la profecía, cuyo contenido preciso sólo yo conozco… Por descontado —prosiguió el Fuego Blanco—, Cirilla nunca sabrá quién soy yo. Ese secreto morirá. Con los que lo conocen.

—Está claro. —Geralt asintió con la cabeza—. No puede estar más claro.

—No puedes dejar de advertir —dijo tras una pausa Emhyr— la mano del destino en todo lo ocurrido. En todo. También en tus actos. Desde el comienzo mismo.

—Más bien, lo que veo es la mano de Vilgefortz. Porque fue él quien te encaminó entonces hacia Cintra, ¿verdad? ¿Cuando eras el Erizo encantado? Fue él quien hizo que Pavetta…

—Estás dando palos de ciego —le interrumpió abruptamente Emhyr, echándose hacia atrás la capa con la salamandra—. No sabes nada. Ni debes saberlo. No te he pedido que vinieras para contarte mi vida. Ni para darte explicaciones. Lo único que te has ganado es la certeza de que la chica no va a sufrir ningún daño. No estoy en deuda contigo, brujo, no hay nada que…

—¡Sí lo estás! —le interrumpió abruptamente Geralt—. Rompiste el acuerdo que sellamos. Faltaste a la palabra dada. Eso son deudas, Duny. Quebrantaste un juramento como príncipe, tienes una deuda como emperador. Más los intereses imperiales. ¡De diez años!

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Porque eso es todo lo que me corresponde, nada más. ¡Pero tampoco menos! Tenía que presentarme a recoger a la niña cuando cumpliera seis años. No respetaste el plazo acordado. Quisiste robármela antes de que hubiera transcurrido ese tiempo. Pero el destino, del que tanto hablas, se ha burlado de ti. Durante los diez años siguientes intentaste luchar contra ese destino. Ahora ya es tuya, tienes a Ciri, a tu propia hija, a la que en su momento, de forma vil y miserable, privaste de unos padres, y en la que ahora pretendes, de forma vil y miserable, engendrar unos hijos incestuosos. Sin exigirle su amor. Con mucha razón, por lo demás. No eres digno de su amor. Entre nosotros, Duny, no sé cómo vas a ser capaz de mirarla a los ojos.

—El fin justifica los medios —dijo sordamente Emhyr—. Lo que haga, lo haré por la posteridad. Por la salvación del mundo.

—Si tiene que salvarse de ese modo —el brujo levantó de pronto la cabeza—, mejor que desaparezca este mundo. Créeme, Duny, es mejor que desaparezca.

—Estás pálido —dijo casi con dulzura Emhyr var Emreis—. No te excites tanto, que parece que estás a punto de desmayarte.

Se apartó del armario, retiró una silla, se sentó. Al brujo, efectivamente, le daba vueltas la cabeza.

—El Erizo de Hierro —empezó con calma el emperador, hablando en voz baja— pretendía ser un medio para obligar a mi padre a colaborar con el usurpador. Ocurrió después de la rebelión. A mi padre, tras deponerlo como emperador, lo encarcelaron y lo torturaron. Pero no conseguían someterlo, así que probaron con otros métodos. En presencia de mi padre, un hechicero al servicio del usurpador me convirtió en un monstruo. El hechicero añadió algo de su propia cosecha. Tenía una vena humorística, vaya. Eimyr, en nuestra lengua, significa « erizo» …

» Mi padre seguía sin dar su brazo a torcer y lo asesinaron. A mí, entre mofas y befas, me llevaron a un bosque y azuzaron a los perros contra mí. Salvé la vida, no pusieron excesivo empeño en la cacería, pues no sabían que la faena del hechicero había sido una auténtica chapuza, y por las noches recuperaba mi aspecto humano. Por fortuna, conocía a varias personas en cuya lealtad podía

confiar plenamente. Para tu información, yo por aquel entonces tenía trece años.

» Tenía que escapar del país. Además, cierto astrólogo bastante chiflado llamado Xarthisius había leído en las estrellas que el remedio contra mi hechizo tenía que buscarlo en el norte, más allá de las Escaleras de Marnadal. Más tarde, siendo emperador, le regalé en pago por sus servicios una torre y un buen equipo. En aquellos tiempos tenía que trabajar con uno prestado.

» En cuanto a lo que pasó en Cintra, la verdad, no vale la pena perder el tiempo con ese asunto. Pero no es verdad que Vilgefortz tuviera nada que ver con aquello. En primer lugar, yo todavía no le conocía. Y, en segundo, sentía una profunda aversión por los magos. Y siguen sin gustarme en la actualidad, dicho sea de paso. Ah, por cierto: cuando recuperé el trono, agarré a ese hechicero que había servido al usurpador y me había martirizado a la vista de mi padre. Yo también hice gala de sentido del humor. El mago se llamaba Braathens, que en nuestro idioma suena casi igual que la palabra « frito» .

» Bueno, basta ya de digresiones, volvamos al asunto. Poco después de nacer Ciri, Vilgefortz me visitó en secreto en Cintra. Se presentó como un confidente al servicio de aquellos que me seguían siendo fieles en Nilfgaard y que conspiraban contra el usurpador. Me ofreció su ayuda y no tardó en demostrarme que era capaz de prestármela. Como no acababa de fiarme de él, le pregunté en cierta ocasión por sus motivos. Me confesó, sin pelos en la lengua, que contaba con mi agradecimiento. Con los favores, los privilegios y el poder que le otorgaría el emperador de Nilfgaard. O sea, yo. Un grandioso soberano que iba a dominar medio mundo. Al lado de tan grandes señores, reconoció sin reparos el hechicero, él también tenía intención de prosperar. En ese momento sacó unos fardos atados con piel de serpiente y me recomendó que me fijara atentamente en su contenido.

» De ese modo, conocí la profecía. Tuve noticia del destino del mundo y del universo. Descubrí lo que tenía que hacer. Y llegué a la conclusión de que el fin justificaba los medios.

—Qué duda cabe.

—Mientras tanto, en Nilfgaard —Emhyr no hizo ni caso de la ironía—, mi causa iba cada vez mejor. La influencia de mis partidarios crecía y, finalmente, contando con el apoyo de un grupo de oficiales del frente y del cuerpo de cadetes, decidieron dar un golpe de estado. Sin embargo, yo también era imprescindible. En persona. El legítimo heredero al trono y la corona imperial, el legítimo Emreis, del linaje de los Emreis. Yo iba a ser una especie de bandera de la revolución. Aquí entre nosotros, muchos revolucionarios abrigaban la esperanza de que no fuera nada más que eso. Aquellos que todavía viven lo siguen lamentando a día de hoy.

» Bueno, como ya he dicho, dejémonos de digresiones. Yo tenía que regresar a casa. Había llegado la hora de que Duny, príncipe de pega de Maecht y falso

príncipe de Cintra, reclamara su herencia. Sin embargo, no me olvidaba de la profecía. Debía regresar con Ciri. Pero Calanthe no me quitaba el ojo de encima.

—Nunca se fió de ti.

—Cierto. Creo que algo sabía con respecto a ese augurio. Y habría hecho lo que fuera con tal de entorpecer mis planes, y en Cintra yo estaba en sus manos. La cosa estaba clara: tenía que volver a Nilfgaard, pero de tal modo que nadie pudiera adivinar que yo era Duny y que Ciri era mi hija. El medio me lo sugirió Vilgefortz. Duny, Pavetta y su hija tenían que morir. Desaparecer sin dejar rastro.

—En un naufragio simulado.

—Así es. Durante una travesía de Skellige a Cintra, en el Abismo de Sedna, Vilgefortz metería el barco en un remolino mágico. Antes de eso, Pavetta, Ciri y yo nos habríamos encerrado en un camarote especialmente protegido, donde habríamos sobrevivido. Pero la tripulación…

—No debía sobrevivir… —acabó el brujo—. Y así empezó tu camino, entre cadáveres.

Emhyr var Emreis estuvo algún tiempo en silencio.

—Ya había empezado antes —dijo por fin, pero su voz sonaba apagada—. Por desgracia. En el momento en que se vio que Ciri no estaba a bordo.

Geralt levantó las cejas.

—Por desgracia —la cara del emperador era totalmente inexpresiva—, en mis planes no había tenido suficientemente en cuenta a Pavetta. Aquella muchacha melancólica, con la mirada siempre gacha, adivinó mis intenciones. Antes de levar anclas, hizo desembarcar a la niña en secreto. Me puse hecho una furia. Ella también. Le entró un ataque de histeria. Forcejeamos… y ella cayó por la borda. Antes de que me diera tiempo a saltar tras ella, Vilgefortz metió la nave en aquel remolino suyo. Me golpeé la cabeza con algo y perdí el conocimiento. Sobreviví de milagro, enredado en una maroma. Cuando me desperté, estaba cubierto de vendajes. Tenía un brazo roto…

—Me gustaría saber —preguntó el brujo con frialdad— cómo se sentía un hombre que había matado a su propia mujer.

—Peor que un perro sarnoso —respondió Emhyr sin demora—. Se sentía y se siente peor que un perro, como un auténtico canalla. El que yo nunca la hubiera querido no cambia nada las cosas. El fin justifica los medios. Pero lamento sinceramente su muerte. No la deseaba y no la había planeado. Pavetta pereció por casualidad.

—Mientes —dijo secamente Geralt—, y eso no es propio de un emperador. Pavetta no podía seguir viva. Te habría desenmascarado. Y nunca habría dado su consentimiento a lo que pretendías hacer con Ciri.

—Podría haber vivido —Emhyr le contradijo—. En otra parte… lejos. Hay muchas fortalezas… Por ejemplo, en Darn Rowan… No habría podido matarla.

—¿Ni siquiera por un fin que justifica los medios?

—Siempre es posible —el emperador se rascó la cara— encontrar alguna solución menos drástica. Hay siempre muchas opciones disponibles.

—No siempre —dijo el brujo, mirándole a los ojos.

Emhyr rehuyó su mirada.

—Justo lo que estaba pensando. —Geralt asintió con la cabeza—. Acaba tu relato. El tiempo vuela.

—Calanthe custodiaba a la pequeña como a la niña de sus ojos. No podía soñar siquiera en raptarla… Mis relaciones con Vilgefortz se habían enfriado notablemente, a los demás magos les seguía teniendo inquina… Pero los militares y la aristocracia me empujaban decididamente a la guerra, me animaban a que atacara Cintra. Me aseguraban que el pueblo lo anhelaba, que el pueblo reclamaba espacio vital, que escuchar la vox populi supondría superar mi examen como emperador. Decidí matar dos pájaros de un tiro. Hacerme de una sentada con Cintra y con Ciri. El resto ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé —asintió Geralt—. Gracias por la charla, Duny. Te agradezco que me hayas dedicado este tiempo. Pero no conviene demorarse más. Estoy muy cansado. He visto morir a unos amigos que me habían seguido hasta aquí desde el fin del mundo. Para salvar a tu hija. Ni siquiera la conocían. Excepto Cahir, ninguno había visto a Ciri. Y vinieron a salvarla. Porque había algo en ellos que era digno y noble. ¿Y para qué? Para encontrar la muerte. Creo que eso no es justo. Y, por si a alguien le interesa, yo no estoy conforme. Porque una historia en la que mueren los buenos y los canallas viven y se salen con la suya es una puta mierda. Ya no puedo más, emperador. Llama a tus hombres.

—Brujo…

—El secreto debe morir con quienes lo conocen. Tú lo has dicho. No tienes otra salida. No es verdad que haya muchas opciones disponibles. Me fugaría de todas las prisiones. Te quitaría a Ciri, pagaría cualquier precio que se me pidiera con tal de quitártela. Lo sabes de sobra.

—Sí, lo sé de sobra.

—Puedes permitir que viva Yennefer. No conoce el secreto.

—Ella —dijo muy serio Emhyr— también estaría dispuesta a pagar cualquier precio por salvar a Ciri. Y por vengar tu muerte.

—Es verdad. —Geralt asintió con la cabeza—. Las cosas como son, me había olvidado de lo mucho que quiere a Ciri. Tienes razón, Duny. Bueno, no hay manera de escapar al destino. Te quiero pedir una cosa.

—Dime.

—Permíteme que me despida de ellas. Después, me tienes a tu disposición.

Emhyr estaba al lado de la ventana, con la mirada fija en las cumbres de las montañas.

—No puedo negarme, pero…

—No temas. No voy a decirle nada a Ciri. La haría sufrir diciéndole quién eres. Y yo no sería capaz de hacerla sufrir.

Emhyr estuvo callado largo tiempo, siempre de cara a la ventana.

—Puede que sí esté en deuda contigo —dijo, girándose sobre los talones—. Escucha, pues, lo que tengo que ofrecerte como parte del pago. Hace mucho, mucho tiempo, en épocas remotas, cuando la gente aún tenía honor, orgullo y dignidad, cuando valoraba su palabra y temía la vergüenza más que nada en el mundo, solía ocurrir que, cuando un hombre respetado era condenado a muerte, para eludir la infamante mano del verdugo o del esbirro, se metía en un baño con agua caliente y se abría las venas. No sé si también podría añadir en la cuenta…

—Manda llenar el baño.

—No sé si también podría añadir en la cuenta —prosiguió tranquilamente el emperador— el que Yennefer te acompañara en ese baño…

—Estoy casi seguro. Pero habrá que preguntar. Tiene un carácter muy rebelde.

—Ya lo sé.

Yennefer dio su consentimiento desde el primer momento.

—El círculo se ha cerrado —añadió, mirándose las muñecas—. La serpiente Uroboros va a clavar sus dientes en su propia cola.

—¡No lo entiendo! —Ciri bufaba como un gato furioso—. No comprendo por qué tengo que irme con ellos. ¿Adónde? ¿Por qué?

—Hijita —dijo Yennefer con dulzura—. Ése, y sólo ése, es tu destino. Entiéndelo, no puede ser de otra manera, así de sencillo.

—¿Y vosotros?

—A nosotros —Yennefer miró a Geralt— nos aguarda nuestro propio destino. Así es como tiene que ser. Ven aquí, hijita. Abrázame fuerte.

—Quieren asesinaros, ¿a que sí? ¡No estoy dispuesta! ¡Acabo de encontraros! ¡No es justo!

—Quien a hierro mata —dijo con voz sombría Emhyr var Emreis—, a hierro muere. Han combatido contra mí y han perdido. Pero han perdido con dignidad.

Ciri se plantó delante de él en tres pasos, y Geralt, sin hacer ruido, respiró hondo. Oyó suspirar a Yennefer. *¡Joder*, pensó, *pero si cualquiera lo puede ver! ¡Pero si todo ese ejército negro está viendo algo que resulta evidente! El mismo aire, los mismos ojos chispeantes, el mismo gesto con la boca. Esa forma idéntica de cruzar los brazos sobre el pecho. Por suerte, por gran suerte, el pelo gris lo ha heredado de su madre. Pero, de todos modos, basta con mirar para darse cuenta de cuál es su sangre…*

—Tú, en cambio… —dijo Ciri, dirigiendo a Emhyr una mirada enardecida —. Tú, en cambio, has ganado. ¿Y crees que has ganado con dignidad?

Emhyr var Emreis no respondió. Se limitó a sonreír, dirigiendo a la chica una mirada visiblemente satisfecha. Ciri apretó los dientes.

—Tantos muertos. Tanta gente muerta por todo esto. ¿Han perdido con dignidad? ¿La muerte es digna? Sólo una bestia puede pensar eso. A mí, a pesar de que he mirado a la muerte tan de cerca, no han conseguido convertirme en una bestia. Y nadie lo va a conseguir.

No le respondió. La miraba como si quisiera empaparse de ella con la mirada.

—Yo ya sé —siguió Ciri, siseando— qué es lo que te propones. Qué es lo que pretendes hacer conmigo. Y te lo digo desde ahora mismo: no voy a dejar que me toques. Y como me… como me… Te mato. Aunque tenga las manos atadas. En cuanto te duermas, te destrozo el cuello a dentelladas.

El emperador, con un gesto tajante, acalló el murmullo que estaba creciendo entre los oficiales que le rodeaban.

—Cúmplase —sentenció, sin apartar la mirada de Ciri— la voluntad del destino. Despídete de tus amigos, Cirilla Fiona Elen Riannon.

Ciri miró al brujo. Geralt rechazó con la cabeza. La muchacha suspiró.

Ciri y Yennefer se abrazaron y estuvieron susurrando largo tiempo. Después Ciri se acercó a Geralt.

—Lástima —dijo en voz baja—. Parecía que todo iba a acabar mejor.

—Mucho mejor.

Se abrazaron.

—Sé valiente.

—No seré suya —le susurró—. No temas. Me escaparé. Tengo mis recursos…

—No puedes matarle. Recuérdalo, Ciri. No puedes.

—No temas. En ningún momento he pensado en matarle. La verdad, Geralt, ya ha habido demasiadas muertes. Ya he tenido bastante.

—Sí, demasiadas. Adiós, brujilla.

—Adiós, brujo.

—Pero no llores.

—Qué fácil es decirlo.

Emhyr var Emreis, emperador de Nilfgaard, acompañó a Yennefer y Geralt hasta los baños. Hasta el borde mismo de una gran pila de mármol, llena de agua humeante y perfumada.

—Despedíos —dijo—. Sin prisa. Yo me marcho, pero aquí se quedan algunos de mis hombres a los que voy a dar las instrucciones y órdenes oportunas.

Cuando estéis listos, llamad, y el teniente os proporcionará un cuchillo. Pero repito: no tenéis por qué daros prisa.

—Apreciamos el favor. —Yennefer asintió con la cabeza, muy seria—. ¿Majestad imperial?

—¿Sí?

—Quería pediros que, en la medida de lo posible, no hicierais ningún daño a mi hija. No querría morir con la idea de que va a llorar.

Emhyr estuvo callado bastante tiempo. Mucho tiempo incluso. Apoyado en el marco de la puerta. Con la cabeza vuelta.

—Doña Yennefer —respondió al fin, aunque con una cara muy rara—. Podéis estar segura de que no voy a hacer ningún daño a esa muchacha, hija vuestra y del brujo Geralt. He pisoteado muchos cadáveres y he bailado sobre los túmulos de mis enemigos. Y siempre he creído que todo me estaba permitido. Pero vuestras sospechas son infundadas: nunca sería capaz de hacer una cosa así. Ahora lo sé. También gracias a vosotros dos. Despedíos.

Salió, cerrando la puerta sin hacer ruido. Geralt suspiró.

—¿Nos desnudamos? —miró la pila humeante—. No me hace muy feliz la idea de que saquen de aquí mi cadáver desnudo…

—Pues a mí, figúrate, me da lo mismo cómo me saquen de aquí. —Yennefer se quitó el calzado y en un abrir y cerrar de ojos se desabrochó el vestido—. Aunque sea mi último baño, no me voy a bañar vestida. —Se sacó la camisa por la cabeza y se metió en el baño, chapoteando con ganas—. Bueno, Geralt, ¿qué haces ahí parado?

—Ya se me había olvidado lo guapa que eres.

—Eres muy olvidadizo. Al agua, patos.

Geralt se sentó a su lado, inmediatamente le rodeó el cuello con los brazos. La besó, acariciándole la cintura, por encima y por debajo del agua.

—¿Tú crees —preguntó por preguntar— que es un momento apropiado para hacerlo?

—Para hacer esto —refunfuñó, sumergiendo una mano y toqueteando a Geralt—, cualquier momento es apropiado. Emhyr ha insistido en que no nos demos prisa. ¿Preferirías dedicar a otra cosa los últimos minutos que se nos han concedido? ¿A llorar y lamentarte? No vale la pena. ¿A hacer examen de conciencia? Eso es algo estúpido y banal.

—No me refería a eso.

—Entonces, ¿a qué?

—Si el agua se enfría —musitó, acariciándole los pechos—, los cortes nos van a doler.

—Por el placer —Yennefer sumergió la otra mano— merece la pena pagar con dolor. ¿Te da miedo el dolor?

—No.

—A mí tampoco. Anda, siéntate en el borde. Te quiero, pero no tengo ninguna gana de ponerme a bucear.

—Ah-ah-ah, uh-uh. —Yennefer ladeaba la cabeza de tal manera que sus cabellos, empapados por el vapor, se desparramaban por el borde de la pila como negros viboreznos—. Ah-ah-ah… uh-uh.

—Te quiero, Yen.

—Te quiero, Geralt.

—Ya es hora. ¿Llamamos?

—Llamemos.

Llamaron. Primero llamó el brujo, después llamó Yennefer. Después, al no obtener respuesta, llamaron a coro.

—¡Eeeh! ¡Ya estamos listos! ¡Traednos ese cuchillo! ¡Eeeh! ¡Cojones! ¡Que el agua se enfría!

—Pues ya podéis ir saliendo —dijo Ciri, asomándose a los baños—. Se han ido todos.

—¿Cómooo?

—Que sí. Que se han ido. Aparte de nosotros tres, aquí no hay un alma. Vestíos. Así, en pelota picada, tenéis una pinta ridícula.

Mientras se vestían, las manos les empezaron a temblar. A los dos. Les costaba muchísimo apañárselas con los corchetes, hebillas y botones. Ciri parloteaba.

—Se han marchado. Como si tal cosa. Todos y cada uno de ellos. Cogieron a todos los que estaban aquí, montaron en los caballos y se marcharon. Han puesto pies en polvorosa.

—¿Y no han dejado a nadie?

—A nadie.

—Inexplicable —susurró Geralt—. Es algo inexplicable.

—¿Y no ha ocurrido nada —Yennefer carraspeó— que lo justifique?

—No —se apresuró a responder Ciri—. Nada.

Mentía.

Al principio, había tratado de sobreponerse. Erguida, orgullosa, con la cabeza bien alta y el rostro impasible, fue apartando las manos enguantadas de los caballeros negros, mientras lanzaba miradas audaces y desafiantes a aquellas narizotas y a las viseras de aquellos cascos que tanto miedo daban. Ya nadie se

metía con ella, sobre todo porque el que lo hacía se encontraba con los gruñidos del oficial, un tiarrón cuadrado con galones de plata y un blanco penacho de garza.

Se dirigió hacia la salida, escoltada a ambos lados. Con altivez, sin agachar la cabeza. Retumbaban las botas pesadas, rechinaban las cotas de malla, resonaban las armas.

Tras avanzar algunos pasos, miró atrás por primera vez. Poco más adelante, lo hizo por segunda vez. *Ya nunca más volveré a verlos, nunca más*, se dijo de pronto con una aterradora lucidez. *Ni a Geralt ni a Yennefer. Nunca más*.

Esa conciencia pulverizó instantáneamente, de un plumazo, la máscara de fingido coraje. La cara de Ciri se contrajo y el gesto se le descompuso, los ojos se le llenaron de lágrimas, se le congestionó la nariz. La muchacha luchó con todas sus fuerzas, pero era inútil. La ola de las lágrimas desbordó el dique de la vergüenza.

Los nilfgaardianos de las salamandras en las capas la miraban en silencio. Y asombrados. Algunos la habían visto en las escaleras cubiertas de sangre, todos la habían visto conversando con el emperador. Una bruja con una espada, una bruja irreductible que le plantaba cara al mismísimo emperador. Y ahora estaban pasmados, al ver a una simple niña llorando y sollozando.

Era consciente de eso. Aquellas miradas quemaban como fuego, pinchaban como alfileres. Luchó, sin ningún resultado. Cuanto más se esforzaba por contener el llanto, con más violencia estallaba éste.

Aflojó el paso, antes de detenerse. La escolta también se paró. Pero sólo un momento. A una orden malhumorada del oficial, unas manos de hierro la cogieron de los sobacos y de las muñecas. Ciri, sollozando y tragándose las lágrimas, se volvió por última vez. Después se la llevaron a rastras. No opuso resistencia. Pero sollozaba cada vez con más fuerza, con más desesperación.

Los detuvo el emperador Emhyr var Emreis, ese hombre moreno cuya cara había despertado en ella unos recuerdos extraños y confusos. Con una orden tajante hizo que la soltaran. Ciri se sorbió los mocos, se enjugó los ojos con la manga. Al ver acercarse al emperador, reprimió un sollozo, alzó orgullosa la cabeza. Aunque en esos momentos —se daba perfecta cuenta— esa actitud resultaba sencillamente ridícula.

Emhyr la estuvo observando mucho tiempo. Sin decir una palabra. Después se acercó. Y alargó la mano hacia ella. Ciri, que siempre reaccionaba ante tales gestos con un movimiento instintivo de retroceso, en esta ocasión no reaccionó, para su sorpresa. Aún mayor fue su sorpresa al comprobar que el contacto con aquel hombre no le resultaba desagradable.

Le palpó el cabello, como si quisiera contar los mechones blancos como la nieve. Le palpó la mejilla desfigurada por la cicatriz. Después la abrazó, le acarició la cabeza y los hombros. Y ella, zarandeada por el luto, le dejaba hacer,

con los brazos rígidos como un espantapájaros.

—Qué cosa más rara, el destino —le oyó susurrar—. Adiós, hija mía.

—¿Qué fue lo que te dijo?

La cara de Ciri se contrajo ligeramente.

—Dijo: va faill, luned. En la antigua lengua: adiós, muchacha.

—Sí, ya sé —asintió Yennefer—. ¿Y qué pasó después?

—Después… Después me soltó, dio media vuelta y se marchó. Impartió algunas órdenes. Y todos ellos siguieron su camino. Pasaban a mi lado, con absoluta indiferencia, marcando el paso, haciendo un ruido estrepitoso con sus armaduras. El eco de sus golpes se perdió en los pasillos. Partieron a caballo, pude oír los relinchos y el trote de los animales. Jamás lo podré entender. Porque, por más vueltas que le doy…

—Ciri.

—¿Qué?

—No le des más vueltas.

—El castillo de Stygga —repitió Filippa Eilhart, mirando por debajo de sus largas pestañas a Fringilla Vigo. Fringilla no se puso colorada. En los últimos tres meses había conseguido producir una crema mágica que actuaba sobre los vasos sanguíneos, contrayéndolos. Gracias a esa crema el rubor no se reflejaba en su rostro, y así al menos no se sabía hasta qué punto se avergonzaba.

—El escondrijo de Vilgefortz estaba en el castillo de Stygga —corroboró Assire var Anahid—. En Ebbing, junto a un lago de montaña cuyo nombre no fue capaz de recordar mi informador, un simple soldado.

—Habéis dicho « estaba» … —observó Francesca Findabair.

—Estaba —intervino Filippa—. Porque Vilgefortz ya no vive, mi querida señora. Él y sus socios, toda esa pandilla, están ya criando malvas. Ese servicio nos lo ha prestado nada menos que el brujo Geralt de Rivia. A quien no hemos sabido apreciar en lo que vale. Ninguna de nosotras. Con quien hemos cometido un error. Todas nosotras. Unas más, otras menos.

Las hechiceras, todas a una, miraron a Fringilla, pero la crema era infalible. Assire var Anahid suspiró. Filippa dio un manotazo en la mesa.

—Aunque pueda servirnos de excusa —dijo secamente— la ingente cantidad de tareas asociadas a la guerra y a los preparativos de las negociaciones de paz, en vista del fracaso de la logia, debemos ver que en el asunto de Vilgefortz nos han tomado la delantera y han actuado sin contar con nosotras. No nos puede volver a pasar algo así, queridas amigas.

La logia —a excepción de Fringilla Vigo, pálida como un cadáver— asintió

con la cabeza.

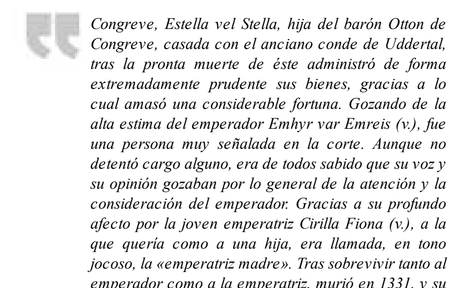
—En estos momentos —prosiguió Filippa— el brujo Geralt está en Ebbing, en alguna parte… En compañía de Yennefer y de Ciri, a las que ha rescatado. Habrá que pensar detenidamente en cómo localizarlos…

—¿Y ese otro castillo? —intervino Sabrina Glevissig—. ¿No te estás olvidando de algo, Filippa?

—No, no me olvido. En la medida en que tenga que existir una leyenda, conviene que haya una sola versión, y que nos sea favorable. Precisamente, quería pedirte algo al respecto, Sabrina. Llévate contigo a Keira y a Triss. Arreglad este asunto. Sí, que no quede ni rastro.

El estruendo de la explosión se oyó nada menos que en Maecht, el resplandor —pues tuvo lugar de noche— se pudo ver incluso en Metinna y Geso. La serie de temblores de tierra causados por la explosión se sintió aún más lejos. En los más remotos confines del mundo.

Capítulo décimo



Congreve, Estella vel Stella, hija del barón Otton de Congreve, casada con el anciano conde de Uddertal, tras la pronta muerte de éste administró de forma extremadamente prudente sus bienes, gracias a lo cual amasó una considerable fortuna. Gozando de la alta estima del emperador Emhyr var Emreis (v.), fue una persona muy señalada en la corte. Aunque no detentó cargo alguno, era de todos sabido que su voz y su opinión gozaban por lo general de la atención y la consideración del emperador. Gracias a su profundo afecto por la joven emperatriz Cirilla Fiona (v.), a la que quería como a una hija, era llamada, en tono jocoso, la «emperatriz madre». Tras sobrevivir tanto al emperador como a la emperatriz, murió en 1331, y su descomunal fortuna pasó a manos de unos parientes, una rama lateral de los Liddertal, conocidos como los Blancos, los cuales, siendo gente ligera y casquivana, la dilapidaron por completo.

Effenberg y Talbot, Encyclapaedia Maxima Mundi, tomo III

*****

El hombre que se acercaba furtivamente al campamento era muy vivo, en honor a la verdad, y corría como un zorro. Cambiaba de posición tan velozmente, y se movía con tanta agilidad, de forma tan silenciosa, que nadie habría podido sorprenderle. Nadie. Excepto Boreas Mun. Boreas Mun era muy ducho en cuestión de maniobras de aproximación.

—¡Sal, paisano! —le llamó, tratando de dar a su voz una arrogancia hinchada y segura de sí misma—. ¡En nada te valdrán tales truquejos! Te veo. Estás allá.

Uno de los megalitos que se alzaban sobre la ladera de la colina tembló recortado en el profundo azul del cielo cuajado. Se movió. Y adquirió una forma humana.

Boreas le dio la vuelta al espetón con el asado, porque empezaba a oler a quemado. Haciendo como si se apoyase descuidadamente, acercó la mano a la empuñadura del arco.

—Qué mísera es mi hacienda —trenzó, en un tono aparentemente tranquilo,

el áspero hilo metalizado de la advertencia—. Muy poco hay en ella. Mas apego le tengo. Dispuesto me tienes a defenderla a vida o muerte.

—No soy un bandido —dijo con voz grave el hombre que había avanzado confundiéndose con los menhires—. Soy un peregrino.

El peregrino era un hombre alto y robusto, medía tranquilamente siete pies y Boreas se habría apostado lo que hiciera falta a que no pesaba menos de una decena de arrobas. Su bastón de peregrino, una gruesa pértiga que recordaba a una lanza de carro, parecía en su mano una varita. Lo que más le sorprendió a Boreas Mun fue que un tipo tan grande pudiera moverse con tanta agilidad. Y también tenía motivos para inquietarse. Su arco compuesto de setenta libras, con el que podía despachar a un alce desde cincuenta pasos, le pareció de pronto un frágil juguetito infantil.

—Soy un peregrino —repitió el hombretón—. No tengo malas…

—El otro —le cortó Boreas—, que también salga.

—¿Qué o…? —balbuceó el peregrino, y se quedó a medias al ver cómo, por el lado opuesto, surgía de la oscuridad una esbelta silueta, silenciosa como una sombra. Esta vez Boreas Mun no se sorprendió. El otro individuo era un elfo: el ojo experto del rastreador lo detectó enseguida por su forma de moverse. Y dejarse sorprender por un elfo no es ningún desdoro.

—Pido disculpas —dijo el elfo con una voz levemente enronquecida, que resultaba sorprendentemente humana—. Me había ocultado sin malas intenciones, sólo por temor. Yo le daría la vuelta a ese espetón.

—Es verdad —dijo el peregrino, apoyándose en el bastón y olfateando de forma audible—. Por ese lado la carne ya está demasiado hecha.

Boreas le dio la vuelta al espetón, suspiró, carraspeó. Y volvió a suspirar.

—Tened la bondad de sentaros, señores —les invitó por fin—. Esperar tendremos. Mas viendo cómo termina de asarse el animal. Ja, mal hace, a fe mía, aquél que sus viandas escatima a quienes recorren los caminos.

La grasa cayó chorreando al fuego con un silbido. La hoguera crepitó y se avivó el fuego.

El peregrino llevaba un sombrero de fieltro de ala ancha, cuya sombra ocultaba el rostro con bastante eficacia. El elfo tenía la cabeza envuelta en un paño de colores a modo de turbante, que le dejaba la cara al descubierto. Al contemplar aquella cara a la luz de las llamas, tanto Boreas como el peregrino se estremecieron. Pero no dejaron escapar ni un suspiro. Ni uno inaudible siquiera, viendo el aspecto de lo que sin duda había sido un hermoso rostro élfico, deformado ahora por una horrible cicatriz que le cruzaba en diagonal la cara, desde la frente hasta el mentón, cortándole una ceja, la nariz y una mejilla.

Boreas Mun carraspeó, le dio otra vuelta al espetón.

—El bicho fue lo que os trajera —no era una pregunta, sino una afirmación— hasta el mi campo, ¿no es así?

—En efecto. —El peregrino asintió con el ala del sombrero, tenía la voz ligeramente alterada—. Sin ánimo de presumir, debo decir que venteé el asado desde lejos. Pero me he andado con ojo. En una hoguera a la que me acerqué hace un par de días estaban asando a una mujer.

—Es cierto —confirmó el elfo—. Pasé por allí a la mañana siguiente, vi huesos humanos entre las cenizas.

—A la mañana siguiente —repitió pausadamente el peregrino, y Boreas se habría apostado lo que hiciera falta a que en su cara oculta por el sombrero se dibujaba una fea sonrisa—. ¿Hace mucho que me sigues los pasos, mi señor elfo?

—Sí, mucho.

—¿Y qué te impedía dejarte ver?

—Mi buen juicio.

—En verdad, el desfiladero de Elskerdeg —Boreas Mun le dio la vuelta al espetón y rompió un silencio incómodo— no es sitio que goce de buena fama. También yo viera güesos en las hogueras, esqueletos ampalados. Ahorcados en los árboles. Está aquello plagao de devotos de horrendos cultos. Y de seres que no más están pendientes de cómo devorarte. Eso parece.

—No lo parece —le corrigió el elfo—. Es seguro. Y cuanto más subamos hacia el este, peor.

—¿Vuesas mercedes también al este se dirigen? ¿Más allá de Elskerdeg? ¿A Zerrikania? ¿O tal vez más lejos aún, a Hakland?

No le respondieron ni el peregrino ni el elfo. Realmente, Boreas no se esperaba una respuesta. En primer lugar, la pregunta era indiscreta. En segundo lugar, era estúpida. Desde el sitio en el que se encontraban sólo era posible ir hacia el este. A través de Elskerdeg. A donde se dirigía él.

—Listo está el asado. —Boreas, con un movimiento hábil, que también pretendía servir de advertencia, abrió una navaja mariposa—. Venga, señores, sin reparos.

El peregrino sacó un cuchillo de monte, y el elfo un estilete que no tenía ninguna pinta de servir para cocinar. Pero las tres hojas, afiladas para los fines más inquietantes, sirvieron en esta ocasión para cortar la carne. Durante un tiempo se oyó el crujido de las mandíbulas masticando. Y el chisporroteo de los huesos roídos arrojados a la hoguera.

El peregrino eructó con rotundidad.

—Curioso animal —dijo, mirando la paletilla que acababa de zamparse y que había dejado tan limpia como si se hubiera pasado tres días en un hormiguero—. Por el sabor recordaba al cabrito, pero estaba tan tierno como el conejo… No recuerdo haber comido nunca nada parecido.

—Era un skrekk —dijo el elfo, haciendo ruido al triturar una ternilla con los dientes—. Yo tampoco recuerdo haberlo comido.

Boreas se limitó a carraspear. La nota de retranca, casi imperceptible, en la

voz del elfo demostraba que sabía que el animal asado era una rata gigante de ojos sangrientos y enormes dientes, con una cola que medía sus buenos tres codos. El rastreador ni siquiera había cazado al descomunal roedor. Le había disparado en defensa propia. Pero decidió asarlo. Era un hombre sensato y que pensaba con frialdad. Nunca se habría comido una rata que se alimentara de basura y desperdicios. Pero desde el angosto paso de Elskerdeg hasta la comunidad más cercana capacitada para producir residuos había más de trescientas millas. Aquella rata —o, como prefería llamarlo el elfo, aquel skrekk — tenía que estar limpia y sana. No había entrado en contacto con la civilización. No tenía, pues, nada que pudiera resultar mortífero o contagioso.

Finalmente, la última, y la menor, de las costillas, mordida y chupada hasta quedar reluciente, fue a parar a las brasas. La luna se alzó sobre las quebradas cumbres de las Montañas de Fuego. El viento atizó la hoguera y saltaron chispas, que iban a morir y apagarse entre las miríadas de titilantes estrellas.

—¿Ha mucho que vuesas mercedes —Boreas Mun se decidió nuevamente a hacer una pregunta poco discreta— andan por estos caminos? ¿Por acá, por estos despoblados? ¿Ha ya mucho, me atrevería a preguntar, que atrás dejarais las Puertas de Solveiga?

—Bueno, mucho o poco —dijo el peregrino—, según se mire. Crucé Solveiga el segundo día después del plenilunio de septiembre.

—Yo, en cambio —dijo el elfo—, al sexto día.

—Ja —continuó Boreas Mun, animado por las reacciones—. Qué raro que no nos hayamos encontrado antes, pues también yo pasé por allá en aquellos mismos días. Entonces aún iba a caballo.

Se quedó callado, ahuyentando los malos pensamientos y recuerdos asociados al caballo y a su pérdida. Estaba seguro de que a sus compañeros fortuitos también les tenían que haber ocurrido peripecias semejantes. Si hubieran ido siempre a pie, jamás habrían llegado tan lejos, hasta las inmediaciones de Elskerdeg.

—Deduzco entonces —volvió a hablar— que vuesas mercedes pusiéronse en camino justo al cabo de la guerra, tras la conclusión de la paz de Cintra. Naturalmente, eso no es cosa mía, mas me atrevo a suponer que no estarán vuesas mercedes muy satisfechas con el orden de cosas impuesto en Cintra.

El silencio que reinó durante bastante tiempo en torno al fuego lo rompió un aullido lejano. Un lobo, probablemente. Aunque en las cercanías del paso de Elskerdeg nunca se podía estar seguro de nada.

—Para ser sincero —intervino inesperadamente el elfo—, no tenía ningún motivo para que, tras la paz de Cintra, me gustara la faz del mundo. Por no hablar del orden impuesto.

—En mi caso —dijo el peregrino, cruzando sus enormes antebrazos sobre el pecho—, me pasaba algo parecido. Aunque me hice a la idea, como diría un

conocido mío, post factum.

Volvió a hacerse el silencio. Cesaron incluso los aullidos en el desfiladero.

—Al principio… —dijo el peregrino, tras una larga pausa, a pesar de que tanto Boreas como el elfo se habrían apostado algo a que no seguiría hablando—. Al principio, todo apuntaba a que la paz de Cintra traería cambios favorables, que daría paso a un orden mundial muy llevadero. Si no para todos, sí al menos para mí…

—Los reyes —carraspeó Boreas— se reunieron en Cintra, si no macuerdo mal, en abril, ¿no?

—Exactamente el dos de abril —precisó el peregrino—. Me acuerdo de que había luna nueva.

A lo largo de toda la pared situada bajo las oscuras vigas que sustentaban la galería colgaba una hilera de escudos con las vistosas figuras de los emblemas heráldicos, los blasones de la nobleza de Cintra. Bastaba un simple vistazo para detectar la diferencia entre los timbres, algo descoloridos ya, de los escudos de los viejos linajes y las divisas de las familias ennoblecidas en tiempos más cercanos, durante los reinados de Dagorad y Calanthe. Estos últimos presentaban colores vivos, no ajados aún, y no se detectaba en ellos la menor señal de carcoma.

Con todo, los colores más intensos aparecían en los escudos incorporados más recientemente, con los blasones de los nobles nilfgaardianos. De aquellos que se habían señalado en la conquista de la plaza fuerte y en los cinco años de administración imperial.

Cuando recuperemos Cintra, pensaba el rey Foltest, *habrá que impedir que la gente destruya esos escudos en el fervor sagrado de la restauración. La política es una cosa, la decoración de las salas otra. Los cambios de régimen no pueden servir para justificar el vandalismo*.

Así que aquí fue donde todo empezó pensaba Dijkstra, observando la gran sala. *El célebre banquete de pretendientes, en el que hizo acto de presencia el Erizo de Acero y exigió la mano de la princesa Pavetta… Pero la reina Calanthe había contratado al brujo…*

De qué forma tan asombrosa se entretejen los destinos humanos, pensaba el espía, sorprendiéndose de la trivialidad de sus propios pensamientos.

Hace cinco años, pensaba la reina Meve, *hace cinco años los sesos de Calanthe, la Leona de la sangre de los Cerbin, se esparcieron sobre las losas del patio, precisamente del que se ve por esta ventana. Calanthe, cuyo orgulloso retrato hemos visto en el pasillo, era la penúltima persona de sangre real. Después de eso, y dado que su hija, Pavetta, había muerto ahogada, sólo ha quedado su nieta. Cirilla. Aunque probablemente sea cierta la noticia de que Cirilla tampoco*

vive.

—Os lo ruego. —Cyrus Engelkind Hemmelfart, jerarca de Novigrado, elegido por aclamación, en virtud de su edad, posición y respeto generalizado, para presidir los debates, hizo un gesto con su mano temblorosa—. Hagan el favor sus señorías de ocupar sus puestos.

Se sentaron a una mesa redonda, donde los asientos estaban identificados con unas tablillas de caoba. Meve, reina de Rivia y Lyria. Foltest, rey de Temeria y su vasallo, el rey Venzlav de Brugge. Demawend, rey de Aedirn. Henselt, rey de Kaedwen. El rey Ethan de Cidaris. El joven rey Kistrin de Verden. El duque Nitert, cabeza del consejo de regencia de Redania. Y el conde Dijkstra.

Habría que intentar quitarse de encima a ese espía, apartarlo de la mesa de debates, pensó el jerarca. *El rey Henselt y el rey Foltest, y hasta el joven Kistrin, ya se han permitido algunos comentarios ácidos, sólo se desmarca del resto el representante de Nilfgaard. Ese Segismundo Dijkstra es un hombre que no responde ante ningún estado, tiene además un pasado muy turbio y muy mala fama, es una persona turpis. No podemos permitir que la presencia de un individuo como ése envenene el clima de las negociaciones*.

La persona que encabezaba la delegación de Nilfgaard, el barón Shilard Fitz-Oesterlen, a quien precisamente le había correspondido en la mesa redonda el puesto situado enfrente de Dijkstra, saludó al espía con una gentil reverencia diplomática.

Viendo que todos estaban ya sentados, el jerarca de Novigrado también tomó asiento. No sin ayuda de unos pajes que le sostenían las manos temblonas. El jerarca se sentó en una silla fabricada años atrás para la reina Calanthe. Aquella silla tenía un respaldo bellamente tallado, de una altura imponente, que la distinguía de las restantes.

Por muy redonda que sea una mesa, conviene que se sepa quién manda.

Así que fue aquí, pensaba Triss Merigold, contemplando la estancia, mirando los tapices, los cuadros, los numerosos trofeos de caza, la cornamenta de un animal que la hechicera no había visto en su vida. *Allí mismo, tras la famosa demolición de la sala del trono, había tenido lugar la célebre conversación privada entre Calanthe, el brujo, Pavetta y el Erizo Embrujado. Cuando Calanthe dio su consentimiento a aquel extravagante matrimonio. Y Pavetta ya estaba encinta. Ciri nació cuando aún no habían transcurrido ocho meses… Ciri, la heredera al trono… La Leoncilla, de la sangre de la Leona… Ciri, mi hermanita pequeña, que ahora está lejos de aquí, en el sur. Por suerte ya no está sola. La acompañan Geralt y Yennefer. Está a salvo*.

Lo más seguro es que ellas me hayan vuelto a mentir.

—Sentaos, queridas —las instó Filippa Eilhart, que llevaba ya un rato mirando fijamente a Triss—. Los soberanos del mundo van a empezar de un momento a otro a pronunciar sus discursos de apertura, no querría perderme una sola palabra.

Las hechiceras, interrumpiendo sus chismorreos entre bastidores, ocuparon rápidamente sus puestos. Sheala de Tancarville, con un boa de zorro plateado que daba un toque femenino a su severa vestimenta masculina. Assire var Anahid, con un vestido de seda violeta que combinaba con singular gracia la modesta sencillez con la elegancia más distinguida. Francesca Findabair, majestuosa, como siempre. Ida Emean aep Sivney, misteriosa, como siempre. Margarita Laux-Antille, digna y seria. Sabrina Glevissig, adornada con turquesas. Keira Metz, de verde y amarillo limón. Y Fringilla Vigo. Abatida. Triste. Y pálida, con una palidez mortal, enfermiza, espectral.

Triss Merigold estaba sentada al lado de Keira, enfrente de Fringilla. Sobre la cabeza de la hechicera nilfgaardiana colgaba un cuadro que representaba a un jinete galopando como una exhalación por un camino flanqueado por dos hileras de alisos. Los alisos alargaban hacia el jinete los monstruosos brazos de sus ramas, se reían burlonamente con las horribles fauces de sus huecos. Triss no pudo evitar estremecerse.

Había un telecomunicador tridimensional encendido en medio de la mesa. Filippa Eilhart, con un conjuro, ajustó la imagen y el sonido.

—Como podéis ver y oír —dijo, con cierta acritud—, en la sala del trono de Cintra, justo debajo de nosotras, en la planta inferior, los soberanos del mundo se disponen en estos momentos a decidir su destino. Y nosotras, aquí, un piso más arriba, tenemos que andarnos con ojo, para que estos mozuelos no nos hagan una jugarreta.

Al aullador que aullaba en Elskerdeg se le unieron otros aulladores. A Boreas no le cabía duda alguna. No eran lobos.

—Yo tampoco —dijo, para animar nuevamente la charla mortecina— me esperaba gran cosa de esas negociaciones de Cintra. La verdad es que nadie a quien yo conozca contaba con que fuesen a traer nada bueno.

—Fue importante —el peregrino, tranquilamente, mostró su desacuerdo— el hecho mismo de que se iniciaran las negociaciones. Un hombre llano, que es lo que yo soy, si se me permite decirlo, piensa llanamente. Y un hombre llano sabe que los reyes y los emperadores, cuando están guerreando, sienten tanto encono que, si pudieran, si tuvieran fuerzas, se matarían sin descanso. ¿Que han dejado de matarse los unos a los otros, y en vez de eso se han sentado alrededor de una mesa? Eso significa que las fuerzas les flaquean. Se sienten, por decirlo llanamente, impotentes. Y de esa impotencia se sigue asimismo que ninguna

fuerza armada ataca la hacienda de la gente sencilla, que no mata, que no mutila, que no quema las casas, que no degüella a los niños, que no viola a la mujer, que no esclaviza. No. En lugar de hacer todo eso, se han reunido en Cintra y negocian. ¡Regocijémonos!

El elfo, mientras movía con su bastón un leño que chisporroteaba en la hoguera, miró al peregrino de reojo.

—Por muy llano que sea un hombre —dijo, sin disimular el sarcasmo—, por muy encantado de la vida que esté, por muy eufórico que se llegue a sentir, no puede dejar de entender que la política es lo mismo que la guerra, sólo que llevada de otra manera. Y tampoco puede dejar de entender que las negociaciones no son sino una forma de comercio. Se desarrollan de idéntico modo. Los éxitos en la negociación se obtienen a base de concesiones. Lo que se gana por aquí, se pierde por allí. En otras palabras, para poder comprar a unos, no hay más remedio que vender a otros.

—En verdad —dijo después de un momento el peregrino—, es algo tan llano y evidente, que cualquiera lo puede entender. Hasta el más llano de los hombres.

—¡No, no y mil veces no! —gritó el rey Henselt, descargando los dos puños sobre el tablero de la mesa, haciendo que volcara la copa y saltara el tintero—. ¡No admito discusiones al respecto! ¡Nada de regateos! ¡Se acabó, no hay más que hablar, deireadh!

—Henselt —dijo tranquilo, sobrio y muy conciliador Foltest—. No compliques las cosas. Y no nos comprometas con tus gritos ante su excelencia.

Shilard Fitz-Oesterlen, negociador en nombre del imperio de Nilfgaard, se inclinó con una sonrisa falsa que venía a sugerir que los desplantes del rey de Kaedwen ni le iban ni le venían.

—¿Queremos entendernos con el imperio —prosiguió Foltest—, y vamos a empezar de pronto a atacarnos entre nosotros como perros rabiosos? Qué vergüenza, Henselt.

—Ya hemos llegado a acuerdos con Nilfgaard en asuntos tan espinosos como el de Dol Angra y Tras Ríos —comentó Dijkstra con fingida desgana—. Sería una tontería…

—¡No me gustan un pelo esos comentarios! —bramó Henselt con tanta fuerza en esta ocasión que más de un búfalo no habría estado a su altura—. ¡Y menos cuando vienen de espías de todos los pelajes! ¡Soy el rey, su puta madre!

—Eso ya se ve —refunfuñó Meve. Demawend, vuelto de espaldas, miraba los escudos heráldicos en la pared de la sala, sonriendo con desdén, como si su reinado no estuviera en juego.

—Basta ya —dijo Henselt, jadeante, mirando a su alrededor—. Basta ya, por todos los dioses, que se me enciende la sangre. Ya lo he dicho: ni un palmo de

tierra. ¡Ni una sola, pero ni una sola reivindicación! ¡No estoy dispuesto a ceder ni un palmo de tierra, ni medio palmo de tierra de mi reino! ¡Los dioses me honraron con Kaedwen y sólo a los dioses se lo devolveré! La Marca Inferior es territorio nuestro… Nada de razones eti… ete… étnicas. La Marca Inferior pertenece a Kaedwen desde hace siglos.

—El Alto Aedirn —volvió a terciar Dijkstra— pertenece a Kaedwen desde el año pasado. Para ser más exactos, desde el veinticuatro de julio del año pasado. Desde el momento en que hicieron allí su entrada las fuerzas de ocupación de Kaedwen.

—Exijo —dijo Shilard Fitz-Oesterlen, sin que nadie le preguntara nada— que conste en acta ad futuram rei memoriam que el imperio de Nilfgaard no ha tenido nada que ver con esa anexión.

—Más allá de que, en ese preciso momento, estaba saqueando Vengerberg.

—¡Nihil ad rem!

—¿De veras?

—¡Señores! —les reconvino Foltest.

—¡El ejército de Kaedwen —Henselt escupía al hablar— entró en la Marca Inferior como libertador! ¡Mis soldados fueron recibidos con flores! Mis soldados…

—Tus bandidos —la voz del rey Demawend parecía tranquila, pero en su cara se notaba lo mucho que le costaba conservar la calma—, tus malhechores, que cayeron sobre mi reino en compañía de una cuadrilla de salteadores, asesinaron, violaron y saquearon. ¡Señores! Llevamos aquí reunidos una semana, discutiendo cómo tiene que ser la futura faz del mundo. Por todos los dioses, ¿es que tiene que ser por fuerza una faz de crimen y saqueo? ¿Es que hay que preservar un statu quo basado en el pillaje? ¿Es que los bienes expropiados deben quedar en manos de esbirros y bandoleros?

Henselt agarró el mapa de la mesa, lo rompió con un movimiento impetuoso y se lo arrojó a Demawend. El rey de Aedirn ni se inmutó.

—Mis ejércitos —Henselt carraspeó, y su rostro adquirió el color de un buen vino añejo— arrebataron la Marca a los nilfgaardianos. Tu lamentable reino ya no existía entonces, Demawend. Más aún: de no ser por mis ejércitos, tampoco ahora tendrías reino alguno. Me gustaría ver cómo expulsabas sin mi ayuda a los Negros más allá del Yaruga y de Dol Angra. Por tanto, no exagero si digo que eres rey gracias a mí. ¡Pero aquí se acaba mi generosidad! He dicho que no estoy dispuesto a ceder ni un palmo de mis tierras. No permitiré que mi reino mengüe.

—¡Ni yo el mío! —Demawend se levantó—. ¡Nunca llegaremos a un acuerdo!

—Señores —dijo de pronto, en tono conciliador, Cyrus Hemmelfart, jerarca de Novigrado, que hasta entonces había estado dormitando—. Sin duda alguna,

siempre podremos alcanzar algún compromiso…

—El imperio de Nilfgaard —terció nuevamente Shilard Fitz-Oesteren, amigo de las medias tintas en sus intervenciones— no aceptará ningún acuerdo que suponga un perjuicio para el País de los Elfos en Dol Blathanna. Si no hay más remedio, volveré a leer a sus señorías el contenido del memorándum…

Henselt, Foltest y Dijkstra resoplaron, pero Demawend miró al embajador imperial tranquilamente, casi con simpatía.

—En aras del bien común —anunció— y de la paz, estoy dispuesto a reconocer la autonomía de Dol Blathanna. Pero no en calidad de reino, sino de ducado. Y a condición de que la duquesa Enid an Gleanna me rinda homenaje de vasallaje y se comprometa a equiparar a humanos y elfos en derechos y privilegios. Estoy dispuesto a ello, como he dicho, pro publico bono.

—He ahí —dijo Meve— las palabras de un auténtico rey.

—Salus publica lex suprema est —dijo el jerarca Hemmelfart, que llevaba un buen rato buscando el modo de hacer gala de su conocimiento de la jerga diplomática.

—Debo añadir, sin embargo —continuó Demawend, mirando al malhumorado Henselt—, que la concesión relativa a Dol Blathanna no debe servir como precedente. Se trata de la única merma de la integridad de mis tierras que pienso aceptar. No voy a reconocer ningún reparto adicional. El ejército de Kaedwen, que traspasó mis fronteras como agresor y ocupante, tiene una semana para desalojar las fortalezas y castillos del Alto Aedirn ocupados ilegalmente. Ésa es la condición para que siga tomando parte en las deliberaciones. Y, como verba volant, mi secretario añadirá al protocolo una nota oficial en ese sentido.

—¿Henselt? —Foltest le dirigió al barbudo una mirada inquisitiva.

—¡Jamás! —bramó el rey de Kaedwen, volcando su silla y saltando como un chimpancé picado por un avispón—. ¡Jamás entregaré la Marca! ¡Tendréis que pasar por encima de mi cadáver! ¡No pienso renunciar a ella! ¡Nada me puede obligar! ¡Ninguna fuerza! ¡Ninguna fuerza, me cago en la puta! —Y, para demostrar que él también tenía estudios y no era ningún mequetrefe, tronó—: ¡Non possumus!

—¡Ya le daré yo non possumus a ese viejo estúpido! —bufó Sabrina Glevissig en la habitación del piso de arriba—. Pueden las señoras estar tranquilas: voy a obligar a ese zoquete a aceptar las exigencias relativas al Alto Aedirn. Las tropas de Kaedwen saldrán de allí durante los próximos diez días. Eso ni se discute. No tiene vuelta de hoja. Si alguna de las presentes tiene dudas al respecto, tengo todo el derecho del mundo a sentirme ofendida.

Filippa Eilhart y Sheala de Tancarville expresaron su conformidad con una

inclinación de la cabeza. Assire var Anahid se lo agradeció con una sonrisa.

—Sólo nos queda por resolver hoy —dijo Sabrina— el asunto de Dol Blathanna. Ya conocemos el contenido del memorándum del emperador Emhyr. Ahí abajo los reyes aún no han tenido tiempo de discutir a fondo esta cuestión, pero ya han dado pistas de cuáles son sus planteamientos. La voz cantante la lleva el más interesado, podríamos decir. El rey Demawend.

—La propuesta de Demawend —dijo Sheala de Tancarville, cubriéndose el cuello con el boa de zorro plateado— tiene toda la pinta de ser un compromiso de largo alcance. Es una propuesta positiva, pensada y sopesada. Shilard Fitz-Oesterlen se va a ver en serios apuros si quiere argumentar para obtener mayores concesiones. No sé si querrá.

—Sí querrá, sí —afirmó muy tranquila Assire var Anahid—. Tiene instrucciones de Nilfgaard en ese sentido. Seguro que hace un llamamiento ad referendum y emite alguna nota. Estará enredando al menos durante una jornada. Pasado ese tiempo, empezará a hacer concesiones.

—Eso es lo normal —intervino Sabrina Glevissig—. Lo normal es que por fin se encuentren en alguna parte, que lleguen a algún acuerdo. No obstante, no vamos a limitarnos a esperar. Vamos a determinar, ahora mismo, qué se les puede permitir, definitivamente. ¡Francesca! ¡Expón tu opinión! Se trata de tu tierra, justamente.

—Por eso mismo —sonrió la bellísima Margarita de Dolin—, por eso mismo callo, Sabrina.

—Debes vencer tu orgullo —dijo muy seria Margarita Laux-Antille—. Tenemos que saber qué es lo que podemos permitirles a los reyes.

Francesca Findabair sonrió de un modo aún más encantador.

—Por la causa de la paz y pro bono publico —dijo—, acepto la propuesta del rey Demawend. Podéis, queridas muchachas, dejar de llamarme desde este momento « serenísima señora» , bastará con el más común de « ilustre señora» .

—Las bromas élficas —Sabrina torció el gesto— no me hacen reír, seguramente porque no las entiendo. ¿Qué pasa con las restantes exigencias de Demawend?

Francesca pestañeó.

—Estoy conforme con la repatriación de los colonos y la restitución de sus propiedades —dijo con gravedad—. Garantizo la igualdad de derechos de todas las razas…

—Por todos los dioses, Enid —Filippa Eilhart se echó a reír—, ¡no puedes mostrarte tan complaciente! ¡Pon tus propias condiciones!

—Lo haré. —La elfa se puso seria de repente—. Nada de rendir homenaje. Quiero que Dol Blathanna sea un alodio. Sin ningún vínculo de vasallaje, más allá de la promesa de lealtad y de no actuar en perjuicio del soberano.

—Demawend no lo aceptará —comentó lacónicamente Filippa—. No

renunciará a los beneficios y rentas del Valle de las Flores.

—En esa cuestión —Francesca levantó las cejas— estoy dispuesta a entablar negociaciones bilaterales, estoy segura de que llegaremos a un consenso. Un alodio no está obligado a pagar rentas, pero el pago no está necesariamente prohibido ni excluido.

—¿Y qué hay del fideicomiso? —Filippa Eilhart no se rendía—. ¿Y de la primogenitura? Si acepta el alodio, Demawend exigirá garantías de la indivisibilidad del ducado.

—A Demawend —Francesca volvió a sonreír— seguramente le podrían engañar mi cutis y mi tipo, pero me extrañaría que a ti te pasara lo mismo, Filippa. Hace ya mucho, mucho tiempo, que deje atrás la edad en que podía quedarme embarazada. En lo tocante a la primogenitura y el fideicomiso, Demawend no tiene nada que temer. Yo seré ultimus familiae de la casa real de Dol Blathanna. Pero, a pesar de la diferencia de edad, que aparentemente favorece a Demawend, la cuestión de mi herencia no creo que la trate con él, sino más bien con sus nietos. Os puedo asegurar que en ese asunto no habrá puntos conflictivos.

—En ése, no —concedió Assire var Anahid, mirando a los ojos a la hechicera elfa—. Pero, ¿qué pasa con las partidas de los Ardillas? ¿O con los elfos que han hecho la guerra en el bando imperial? Si no me equivoco, estamos hablando de la mayoría de tus súbditos, señora doña Francesca.

La Margarita de Dolin dejó de sonreír. Miró a Ida Emean, pero la elfa de las Montañas Azules, que guardaba silencio, evitó su mirada.

—Pro publico bono… —empezó a decir, pero se interrumpió. Assire, también muy seria, hizo un gesto con la cabeza, indicando que lo había comprendido.

—Qué se le va a hacer —dijo despacio—. Todo tiene un precio. La guerra reclama sus víctimas. La paz, como puede verse, también.

—Sí, eso es verdad se mire por donde se mire —repitió pensativo el peregrino, mirando al elfo que estaba sentado con la cabeza gacha—. Conversaciones de paz son un mercadillo. Un bazar. Para poder comprar a unos, no hay más remedio que vender a otros. Así es como funciona el mundo. Todo consiste en no comprar demasiado caro…

—Y en no venderse demasiado barato —concluyó el elfo, sin alzar la cabeza.

—¡Traidores! ¡Golfos!

—¡Hijos de puta!

—¡An'badraigh aen cuach!

—¡Perros nilfgaardianos!

—¡Silencio! —gritó Hamilcar Danza, dando un golpe con su puño acorazado en la balaustrada del pórtico. Los ballesteros de la galería apuntaron sus armas contra los elfos que se apiñaban en el *cul de sac*—. ¡Haya paz! —gritó más fuerte aún—. ¡Ya basta! ¡Silencio, oficiales! ¡Más dignidad!

—¿Cómo puedes tener el descaro de hablar de dignidad, canalla? —gritó Coinneach Dá Reo—. ¡Hemos derramado la sangre por vosotros, malditos dh'oine! ¡Por vosotros, por vuestro emperador, a quien juramos lealtad! ¿Y así nos lo agradecéis? ¿Entregándonos a esos verdugos del norte? ¡Como si fuéramos unos criminales! ¡Unos asesinos!

—¡He dicho que basta! —Danza volvió a descargar un puñetazo atronador en la balaustrada—. ¡Que os quede muy clara una cosa, señores elfos! Los acuerdos firmados en Cintra, que establecen las condiciones para la paz, obligan al imperio a poner a los criminales de guerra en manos de los norteños…

—¿A los criminales? —gritó Riordain—. ¿Qué criminales? ¡Serás cerdo, dh'oine!

—A los criminales de guerra —repitió Danza, sin prestar la menor atención al tumulto que se había formado allí abajo—. A los oficiales sobre quienes pesan acusaciones fundamentadas de terrorismo, de haber cometido asesinatos entre la población civil, de haber dado muerte y haber torturado a prisioneros de guerra, de haber masacrado a los heridos en los hospitales de campaña…

—¡Pero seréis hijos de puta! —clamó Angus Bri Cri—. ¡Los matábamos porque estábamos en guerra!

—¡Los matamos siguiendo ordenes vuestras!

—¡Cuach'te aep arse, bloede dh'oine!

—¡La decisión está tomada! —insistió Danza—. Vuestros insultos y vuestros gritos no van a cambiar nada. Así que más vale que os acerquéis de uno en uno al cuerpo de guardia y no opongáis resistencia mientras sois encadenados.

—Deberíamos habernos quedado cuando ellos huyeron cruzando el Yaruga. —A Riordain le rechinaban los dientes—. Deberíamos habernos quedado y habernos organizado en comandos. ¡Pero nosotros, idiotas, mentecatos, estúpidos, nos atuvimos a nuestro juramento de soldados! ¡Así nos ha ido!

Isengrim Faoiltiarna, el Lobo de Acero, jefe casi legendario de los Ardillas, y actualmente coronel imperial, con rostro imperturbable se arrancó de la manga y de las charreteras los rayos plateados de la brigada Vrihedd y los arrojó a las losas del patio. Otros oficiales secundaron su ejemplo. Hamilcar Danza, que estaba observando desde la galería, frunció las cejas.

—Es una demostración muy poco seria —dijo—. Además, yo en vuestro lugar no me desprendería tan a la ligera de las insignias imperiales. Me veo obligado a informaros de que, como oficiales imperiales, durante la negociación de las condiciones de paz se os ha garantizado un proceso justo, unas sentencias benévolas y una pronta amnistía…

Los elfos apiñados en el *cul de sac* soltaron una carcajada unánime, clamorosa, que retumbó en los muros.

—También debo haceros ver —añadió tranquilamente Hamilcar Danza— que no vamos a entregar a nadie más que a vosotros a los norteños. Treinta y dos oficiales. No vamos a entregar a ninguno de los soldados sobre los que habéis tenido el mando. A ninguno.

La risa en el *cul de sac* cesó, como cortada con un cuchillo.

El viento sopló sobre la hoguera, levantando una lluvia de chispas y llenando los ojos de humo. Volvió a oírse un aullido en el desfiladero.

—Con todo comerciaron —dijo el elfo, rompiendo el silencio—. Todo estaba en venta. El honor, la lealtad, la palabra de caballero, el juramento, la mera decencia… Simples mercancías que sólo tuvieron valor mientras hubo demanda de ellas y se prolongó la coyuntura. Y, cuando dejó de haber demanda, ya no valían un comino y fueron arrumbadas. Arrojadas al basurero.

—Al basurero de la historia. —El peregrino asintió con la cabeza—. Tenéis razón, señor elfo. Eso es lo que pareció, allá en Cintra. Todo tenía un precio. Y valía tanto como aquello que se podía obtener a cambio. Cada mañana abría sus sesiones la bolsa de valores. Y, como en la auténtica bolsa, continuamente se estaban produciendo subidas y bajadas repentinas. Y, como en la auténtica bolsa, era difícil no tener la impresión de que había alguien manejando los hilos.

—¿He oído bien? —preguntó Shilard Fitz-Oesterlen, marcando las palabras y acompañando con el tono y la cara su expresión de incredulidad—. ¿O es que me engaña el oído?

Berengar Leuvaarden, enviado especial del imperio, no se tomó la molestia de contestar. Arrellanado en su butaca, se dedicaba a agitar la copa, contemplando el movimiento ondulante del vino.

El rostro del engreído Shilard era una máscara de desprecio y altivez. Que decía: « O estás mintiendo, hijo de perra, o lo que quieres es dármela con queso, ponerme a prueba. En cualquier caso, te he calado» .

—¿Debo entender, entonces —dijo, pavoneándose—, que, tras las desmesuradas concesiones en las cuestiones fronterizas, en la cuestión de los prisioneros de guerra y de la restitución de los botines, en la cuestión de los oficiales de la brigada Vrihedd y de los comandos de Scoia'tael, el emperador me ordena alcanzar un acuerdo y aceptar las exigencias imposibles de los norteños con respecto a la repatriación de los colonos?

—Lo habéis comprendido a la perfección, señor barón —respondió Merengar Leuvaarden, alargando las sílabas de un modo característico—. Realmente, me

admira vuestra viveza.

—Por el Gran Sol, señor Leuvaarden, ¿es que en la capital nunca meditáis las consecuencias de vuestras decisiones? ¡Los norteños ya andan murmurando a estas horas que nuestro imperio es un coloso con los pies de barro! ¡Ya están proclamando que nos han vencido, que nos han derrotado, que nos han expulsado! ¿Es que no entiende el emperador que prestarse a nuevas concesiones significa aceptar su arrogante y desmedido ultimátum? ¿Es que no comprende el emperador que ellos lo van a interpretar como una muestra de debilidad, lo cual podría tener consecuencias deplorables de cara al futuro? Y, por último, ¿es que no se da cuenta el emperador de la suerte que aguarda a varios millares de colonos nuestros en Brugge y en Lyria?

Berengar Leuvaarden dejó de menear la copa y clavó en Shilard sus ojos, negros como el carbón.

—Le he transmitido al señor barón una orden imperial —proclamó—. Cuando el señor barón la cumpla y regrese a Nilfgaard, podrá, si así lo desea, preguntar personalmente al emperador por todo aquello que no entienda. Tal vez también quiera hacerle al propio emperador estos reproches. Regañarle. Reprenderle. ¿Por qué no? Pero en persona. Sin mi mediación.

Ajá, pensó Shilard. *Ya lo veo. Tengo aquí delante al nuevo Stefan Skellen. Y habrá que actuar con él como con Skellen… Pero está muy claro que no ha venido hasta aquí sin motivo. La orden la podría haber traído un mensajero ordinario*.

—Bueno —dijo, en tono visiblemente desenvuelto y hasta confidencial—. ¡Ay de los vencidos! Pero la orden imperial es clara y concreta, y así será cumplida, pues. Haré todo lo posible para que parezca que es resultado de las negociaciones, y no una capitulación absoluta. Yo entiendo de esas cosas. Soy diplomático desde hace treinta años. Diplomático de cuarta generación. Mi familia es una de las más notables, de las más acaudaladas… y de las más influyentes.

—Lo sé, lo sé, desde luego —le interrumpió Leuvaarden, con una leve sonrisa —. Por eso estoy aquí.

Shilard hizo una ligera reverencia. Esperaba impaciente.

—Los malentendidos —empezó a decir el enviado, meciendo la copa— han obedecido a que el señor barón es de la opinión de que la victoria y la conquista se basan en un disparatado genocidio. En poder clavar el mástil de una bandera en mitad de la tierra ensangrentada, gritando: «¡Hasta aquí todo es mío! ¡Lo he conquistado!». Semejante opinión, por desgracia, está bastante extendida. Para mí, sin embargo, señor barón, como para las personas que me han investido de plenos poderes, la victoria y la conquista dependen de factores extremadamente cambiantes. La victoria puede consistir en algo como lo siguiente: los derrotados se verán obligados a adquirir los bienes producidos por los vencedores, e incluso

lo harán de buena gana, porque los bienes de los vencedores son mejores y más baratos. La divisa de los vencedores es más fuerte que la de los vencidos y los vencidos tienen mucha más confianza en ella que en la divisa propia. ¿Me entendéis, señor barón Fitz-Oesterlen? ¿Empieza poco a poco el señor barón a diferenciar a los vencedores de los vencidos? ¿Entiende de quién hay que sentir lástima?

El embajador asintió con la cabeza.

—Pero, para fortalecer y legitimar la victoria —prosiguió, tras una pausa, Leuvaarden, alargando las sílabas—, se debe firmar la paz. Inmediatamente, y al precio que sea. No un armisticio ni una tregua, sino la paz. Un compromiso creativo. Un acuerdo constructivo. Que no introduce bloqueos económicos, retorsiones aduaneras ni medidas proteccionistas en el comercio.

Shilard, con un nuevo gesto con la cabeza, aseguró que sabía a qué se refería.

—Si hemos destruido su agricultura y hemos arruinado su industria no ha sido sin motivo —siguió Leuvaarden con su voz tranquila, pausada e impasible—. Lo hemos hecho para que, ante la falta de productos propios, tengan que comprar los nuestros. Pero nuestros mercaderes y nuestros productos no van a cruzar a través de unas fronteras cerradas y hostiles. ¿Y qué va a pasar entonces? Yo os diré, querido barón, lo que va a pasar. Va a tener lugar una crisis de sobreproducción, porque nuestras manufacturas están trabajando a pleno rendimiento, con vistas a la exportación. También sufrirían grandes pérdidas las sociedades de comercio marítimo, fruto de la cooperación con Novigrado y Kovir. Vuestra influyente familia, querido barón, tiene una notable participación en tales sociedades. Y la familia, como sin duda sabrá el señor barón, es la célula básica de la sociedad. ¿Lo sabíais?

—Sí, lo sabía —dijo Shilard Fitz-Oesterlen en voz baja, a pesar de que la habitación estaba herméticamente asegurada contra el espionaje—. Entiendo, lo he captado. No obstante, querría tener la seguridad de que cumplo órdenes del emperador… Y no de alguna… corporación…

—Los emperadores pasan —dijo Leuvaarden, arrastrando las palabras—. Y las corporaciones permanecen. Y permanecerán. Pero eso no en más que una obviedad. Entiendo muy bien las reservas del señor barón. Y podéis estar seguro, señor barón, de que vais a cumplir una orden dada por el emperador. Que tiene por objeto el bien y el interés del imperio. Dada, no lo niego, como resultado de los consejos que ha recibido el emperador de cierta corporación.

El emisario se abrió el cuello y la camisa para mostrar un medallón dorado donde figuraba una estrella inscrita en un triángulo y envuelta en llamas.

—Bonito adorno. —Shilard, con una sonrisa y una leve inclinación, hizo ver que había comprendido—. Soy consciente de que es algo muy caro… y exclusivo… ¿Se puede comprar en alguna parte?

—No —negó con énfasis Berengar Leuvaarden—. Hay que hacerse

acreedor a él.

—Con su permiso, damas y caballeros. —La voz de Shilard Fitz-Oesterlen adoptó un tono muy peculiar, conocido ya por los participantes en las deliberaciones, que indicaba que aquello que el embajador se disponía a decir era, a su juicio, extremadamente importante—. Con su permiso, damas y caballeros, leeré el contenido del *aide memoire* que me ha enviado su majestad imperial Emhyr var Emreis, emperador de Nilfgaard por la gracia del Gran Sol…

—Oh, no. Otra vez no. —A Demawend le rechinaban los dientes, mientras que Dijkstra se limitó a gemir. Nada de eso escapó, ni podía escapar, a la atención de Shilard.

—La nota es larga —reconoció—. Así pues, la resumiré, en lugar de leerla. Su majestad imperial expresa su gran satisfacción por la marcha de las negociaciones y, como persona proclive a la paz, acoge con alegría los compromisos y acuerdos alcanzados. Su majestad imperial desea que se produzcan nuevos avances en las conversaciones hasta concluir con provecho mutuo…

—Vayamos, pues, al grano —le tomó la palabra Foltest—. ¡Y rapidito! Concluyamos con provecho mutuo y regresemos a casa.

—Así se habla —dijo Henselt, el cual estaba más lejos de casa que nadie—. Hay que ir acabando, porque, como nos dé por remolonear, se nos va a echar el invierno encima.

—Todavía nos espera un compromiso —recordó Meve—. Y un asunto al que nos hemos referido en algunas ocasiones, pero muy por encima. Probablemente por temor a que nos pudiera enfrentar. Ya va siendo hora de vencer ese temor. El problema no va a desaparecer así como así, sólo porque le tengamos miedo.

—Así es —confirmó Foltest—. Manos a la obra. Tenemos que resolver el estatus de Cintra, el problema de la herencia al trono, de la sucesión de Calanthe. Es un problema arduo, pero no dudo de nuestra capacidad para solucionarlo. ¿No es verdad, excelencia?

—Oh. —Fitz-Oesterlen sonrió de forma diplomática y enigmática—. Estoy seguro de que en la cuestión de la sucesión al trono de Cintra todo va a ir sobre ruedas. Es una cuestión más sencilla de lo que se cree.

—Someto a discusión —anunció Filippa Eilhart en un tono que no invitaba a la discusión— el siguiente proyecto: hagamos de Cintra un territorio bajo fideicomiso. Otorguemos el mandato a Foltest de Temeria.

—Ese Foltest está creciendo más de la cuenta —dijo Sabrina Glevissig, torciendo el gesto—. Su apetito es excesivo. Brugge, Sodden, Angren…

—Necesitamos —Filippa eludió el tema— un estado fuerte junto a la desembocadura del Yaruga. Y en las Escaleras de Marnadal.

—No lo niego. —Sheala de Tancarville asintió con la cabeza—. Lo necesitamos. Pero no lo necesita Emhyr var Emreis. Y nuestro objetivo es un compromiso, no un conflicto.

—Hace algunos días Shilard propuso —recordó Francesca Findabair—, para trazar una línea de demarcación, dividir Cintra en zonas de influencia, una zona septentrional y una zona meridional…

—Un disparate y una chiquillada. —Margarita Laux-Antille mostró su indignación—. Esa clase de repartos no tienen ningún sentido, sólo sirven como foco de nuevos conflictos.

—Creo —dijo Sheala— que hay que convertir a Cintra en un condominio. Un poder ejercido por un comisariado designado por los representantes de los reinos norteños y del imperio de Nilfgaard. La ciudadela y el puerto de Cintra tendrían el estatus de ciudad libre… ¿Querías decir algo, mi querida Assire? Te lo ruego. Reconozco que por lo general sólo someto a discusión exposiciones completas y acabadas, pero adelante. Cuando quieras.

Todas las magas, sin excluir a Fringilla Vigo, pálida como un espectro, clavaron la mirada en Assire var Anahid. La hechicera nilfgaardiana no tenía ninguna prisa.

—Propongo —anunció con su voz simpática y agradable— que nos concentremos en otros problemas. Podemos dejar Cintra en paz. Sobre ciertos asuntos que han llegado a mis oídos, ni siquiera he tenido tiempo de informar a las presentes. La cuestión de Cintra, estimadas cofrades, ya está decidida y resuelta.

—¿Cómo? —Los ojos de Filippa se contrajeron—. ¿Qué quiere decir si se me permite la pregunta?

Triss Merigold soltó un sonoro suspiro. Ella ya se imaginaba, ya sabía lo que quería decir aquello.

Vattier de Rideaux estaba triste y abatido. Su encantadora y adorable amante, la rubia Cantarella, le había dejado de forma repentina e imprevista, sin ofrecerle ninguna razón, sin más explicaciones. Para Vattier había sido un golpe terrible, que le había dejado cabizbajo, nervioso, distraído y atontado. Tenía que prestar mucha atención, tener mucho cuidado para no meter la pata, para no soltar ninguna majadería mientras hablaba con el emperador. Esos tiempos de grandes cambios no eran aptos para gente insegura e incompetente.

—Al Gremio de los Mercaderes —dijo, arrugando la frente, Emhyr var Emreis— ya le hemos pagado por su inestimable ayuda. Les hemos otorgado suficientes privilegios, más de los que recibieron de los tres anteriores

emperadores juntos. En cuanto a Berangar Leuvaarden, también estamos en deuda con él por su ayuda en el descubrimiento de la conjura. Se le ha concedido un puesto elevado y bien remunerado. Pero si resulta un incompetente, a pesar de los servicios prestados, saldrá disparado como un rayo. Sería bueno que estuviera informado al respecto.

—Me encargaré de que así sea, majestad. ¿Y qué hay de Dijkstra? ¿Y de ese informante secreto suyo?

—Dijkstra estaría dispuesto a morir antes de revelarme quién es su informante. También a él, naturalmente, convendría agradecerle esas noticias que parecen caídas del cielo… Pero, ¿cómo hacerlo? Dijkstra no aceptaría nada de mí.

—Si se me permite, majestad imperial…

—Habla.

—Dijkstra estaría dispuesto a recibir información. Algo que no sepa, pero que le gustaría saber. Su majestad puede mostrarle su agradecimiento mediante información.

—Bravo, Vattier.

Vattier de Rideaux suspiró aliviado. Para ello, volvió la cabeza. Eso le permitió ver antes que nadie a las damas que se aproximaban hacia ellos. Stella Congreve, condesa de Liddertal, y una muchacha de rubios cabellos que estaba a su cargo.

—Ahí vienen… —Hizo una señal con las cejas—. Me permito recordarle a su majestad imperial… La razón de estado… El interés del imperio…

—Basta —le interrumpió de mala gana Emhyr var Emreis—. Ya te he dicho que lo meditaré. Pensaré bien la cuestión antes de tomar una decisión. Y después te informaré de cuál ha sido la decisión tomada.

—Muy bien, majestad imperial.

—¿Algo más? —El Fuego Blanco de Nilfgaard, impaciente, dio unos golpecitos con un guante en la cadera de la nereida de mármol que embellecía el pedestal de la fuente—. ¿Por qué no te retiras, Vattier?

—El asunto de Stefan Skellen…

—No voy a adoptar ninguna medida de gracia. Muerte al traidor. Pero después de un proceso justo y riguroso.

—Como ordene su majestad imperial.

Emhyr no se dignó mirarlo mientras se despedía con una reverencia y se retiraba. Estaba pendiente de Stella Congreve. Y de la muchacha rubia.

Ahí viene el interés del imperio, pensó. *La falsa princesa, la falsa reina de Cintra. La falsa soberana de la desembocadura del río Yarre, tan importante para el imperio. Ahí viene, con la mirada gacha, aterrada, con un vestido blanco de seda con las mangas verdes y un pequeño collar de peridoto sobre un escote mínimo. Entonces, en Darn Rowan, la felicité por ese vestido, elogié la elección de*

las joyas. Stella conoce mis gustos. Pero, ¿qué voy a hacer con esta muñequita? ¿Ponerla en un pedestal?

—Honorables señoras. —Las recibió con una reverencia. En Nilfgaard, fuera de la sala del trono, las normas de urbanidad y cortesía con las mujeres obligaban también al emperador.

Le respondieron con profundas reverencias e inclinaciones de la cabeza. Al fin y al cabo, estaban en presencia del emperador, por muy gentil que fuera.

Emhyr ya estaba cansado de tanto protocolo.

—Quédate aquí, Stella —ordenó secamente—. Y tú, muchacha, ven conmigo a dar un paseo. Toma mi brazo. La cabeza bien alta. Basta ya, basta ya de reverencias. No es más que un simple paseo.

Se adentraron por una vereda, entre arbustos y setos que empezaban a reverdecer. La guardia personal del emperador, soldados de la brigada de élite Impera, los renombrados Salamandras, se mantuvieron apartados, pero en permanente alerta. Sabían cuándo no había que molestar al emperador.

Pasaron junto a un estanque vacío y triste. Una carpa viejísima, traída por el emperador Torres, había muerto dos días antes. *Habrá que soltar un nuevo ejemplar, joven, fuerte y hermoso, de carpa espejo*, pensó Emhyr var Emreis, *mandaré que le prendan una medalla con mi retrato y con la fecha. Vaesse deireadh aep eigean. Algo ha terminado, algo comienza. Es una nueva era. Nuevos tiempos. Una nueva vida. Que haya también una carpa nueva, joder*.

Sumido en sus reflexiones, a punto estuvo de olvidarse de la joven que llevaba del brazo. Reparó en su presencia gracias a su calor, a su aroma a muguetes y al interés del imperio. En ese orden, justamente.

Se detuvieron junto al estanque, en mitad del cual emergía del agua una isla artificial. En ella había un jardín de montaña, una fuente y una escultura de mármol.

—¿Sabes qué representa esa figura?

—Sí, majestad imperial —respondió, aunque no de inmediato—. Es un pelícano, que se desgarra el pecho con el pico para alimentar a sus crías con su propia sangre. Es una alegoría del sacrificio generoso. Y también…

—Te escucho con atención.

—También de un gran amor.

—¿Crees que de ese modo —la obligó a volverse hacia él, apretó los labios— el pecho desgarrado dolerá menos?

—No sé… —balbuceó—. Majestad imperial… Yo…

Emhyr le cogió la mano. Notó cómo temblaba. El temblor se transmitió a su propia mano, a su brazo, a su hombro.

—Mi padre —dijo— fue un gran soberano, pero nunca prestó atención a los mitos y leyendas, nunca tenía tiempo para esas cosas. Y siempre los confundía. Siempre, me acuerdo como si lo estuviera viendo. Cada vez que me traía hasta

aquí, al parque, me decía que la estatua representa al pelícano resurgiendo de sus cenizas… Bueno, muchacha, al menos sonríe cuando el emperador te cuente una anécdota graciosa. Gracias. Mucho mejor así. Sería una pena si tuviera que pensar que no estás contenta paseando aquí conmigo. Mírame a los ojos.

—Estoy contenta… de poder estar aquí… con su majestad imperial. Es un inmenso honor para mí… pero también una gran alegría. Estoy muy feliz…

—¿De verdad? ¿No será también esto adulación cortesana? ¿Mera etiqueta, fruto de las buenas enseñanzas de Stella Congreve? ¿Un papel que Stella te ha obligado a aprenderte de memoria? Confiesa, muchacha.

Bajó la mirada y no le respondió.

—Tu emperador te ha hecho una pregunta —insistió Emhyr var Emreis—. Y, cuando un emperador pregunta, nadie se atreve a quedarse callado. Naturalmente, tampoco nadie osa mentirle.

—De verdad —dijo con voz melodiosa—. De verdad que estoy contenta, majestad imperial.

—Te creo —dijo Emhyr después de un momento—. Te creo, aunque estoy sorprendido.

—Yo también… —susurró—. Yo también estoy sorprendida.

—¿Cómo? Por favor, sin miedo.

—Me gustaría que pudiéramos… pasear más a menudo. Y conversar. Pero entiendo… entiendo que eso es algo imposible.

—Y entiendes bien. —Se mordió los labios—. Los emperadores gobiernan sus imperios, pero hay dos cosas que no pueden dominar: su corazón y su tiempo. Ambos pertenecen al imperio.

—Lo sé —susurró—, y muy bien además.

—No te entretengo mucho más —dijo tras un momento de incómodo silencio —. Tengo que viajar a Cintra, a honrar con mi presencia la firma solemne de la paz. Tú vuelves a Darn Rowan… Levanta la cabeza, muchacha. Vaya. Ya es la segunda vez que te sorbes los mocos en mi presencia. ¿Y qué veo en los ojos? ¿Lágrimas? Son graves infracciones contra la etiqueta. Me voy a ver obligado a expresarle a la condesa de Liddertal mi profundo descontento. Levanta la cabeza, te he dicho.

—Os ruego… que perdonéis a doña Stella… majestad imperial. Es culpa mía. Sólo mía. Doña Stella me ha enseñado… y me ha preparado bien.

—Me he dado cuenta, y lo aprecio. No temas, Stella no corre ningún riesgo de caer en desgracia. Nunca ha corrido ese riesgo. Sólo estaba bromeando contigo. No ha estado bien.

—Me he dado cuenta —susurró la muchacha, pálida, asustada de su propia osadía. Pero Emhyr se limitó a sonreír. De manera un tanto forzada.

—Así me gusta —aseguró—. Créeme. Valiente. Igual que…

No terminó. *Igual que mi hija*, pensó. Un sentimiento de culpa le sacudió

como la mordedura de un perro.

La joven le aguantó la mirada. Eso no es únicamente obra de Stella, pensó Emhyr. Seguramente es cuestión de carácter. A pesar de las apariencias, es un diamante que no se raya con facilidad. No. No autorizaré a Vattier a asesinar a esta chiquilla. Cintra será Cintra, el interés del imperio será el interés del imperio, pero para este asunto me parece que sólo hay una salida sensata y honrosa.

—Dame la mano.

Fue una orden pronunciada con voz y tono severo. Pero, a pesar de eso, dio la sensación de que fue cumplida de buena gana. Sin violencia.

La mano de la muchacha era pequeña y estaba fría. Pero ya no temblaba.

—¿Cómo te llamas? Por favor, no me respondas Cirilla Fiona.

—Cirilla Fiona.

—Me entran ganas de castigarte. Con severidad.

—Ya lo sé, majestad imperial. Me lo merezco. Pero yo… Yo tengo que ser Cirilla Fiona.

—Podría pensarse —dijo, sin soltarle la mano— que lamentas no ser ella.

—Y lo lamento —susurró—. Lamento no ser ella.

—¿De verdad?

—Si fuera… la auténtica Cirilla… el emperador me miraría con buenos ojos. Pero yo no soy más que una falsificación. Una imitación. Un doble que no es digno de nada. De nada…

Emhyr se volvió bruscamente, la cogió de los hombros. Y de inmediato la volvió a soltar. Dio un paso atrás.

—¿Ansías la corona? ¿El poder? —dijo en voz baja, pero deprisa, haciendo como si no la viera negar enérgicamente con la cabeza—. ¿Los honores? ¿El esplendor? ¿Los lujos?

Se calló, respiró profundamente. Hizo como si no viera que la muchacha seguía negando con la cabeza gacha, rechazando los injustos reproches que pudieran seguir. Tanto más injustos cuanto que ni siquiera habían sido formulados.

Suspiró profundamente, de un modo ruidoso.

—¿No sabes, pequeña polilla, que todo esto que ves aquí delante es una llama?

—Lo sé, majestad imperial.

Estuvieron mucho rato callados. De pronto, se sintieron embriagados con los aromas primaverales. Los dos.

—Ser emperatriz —dijo por fin Emhyr, con tono apagado—, a pesar de las apariencias, no es tarea sencilla. No sé si estaré capacitado para amarte.

La muchacha asintió con la cabeza, dando a entender que también de eso era consciente. El emperador vio una lágrima en su mejilla. Igual que entonces, en la ciudadela de Stygga, sintió cómo se movía la esquirla de frío cristal que tenía clavada en su corazón.

La abrazó, estrechándola con fuerza contra su pecho, le acarició los cabellos

que olían a muguetes.

—Pobrecita mía… —dijo con una voz extraña—. Mi pobre y pequeña razón de estado.

Por toda Cintra se oían tañidos de campanas. Tañidos respetables, profundos, solemnes. Pero también extrañamente fúnebres.

Una belleza fuera de lo común, pensaba el jerarca Hemmelfart, mirando, como todo el mundo, el retrato que estaban colgando, que mediría, como el resto, media braza por una braza, si no más. *Una belleza extraña. Me juego la cabeza a que es una mestiza. Me apuesto la cabeza a que le corre por las venas la maldita sangre de los elfos*.

Guapa, pensaba Foltest, *más guapa que en la miniatura que me enseñaron los agentes del servicio secreto. Bueno, ya se sabe que los retratos suelen ser lisonjeros*.

No se parece en nada a Calanthe, pensaba Meve. No se parece en nada a Roegner. *No se parece en nada a Pavetta… Hum… Se comenta… Pero no, no es posible. Tiene que ser de sangre real, la legítima soberana de Cintra. Es fundamental. Lo requiere la razón de estado. Y la historia*.

Ésta no es la que he visto en mis sueños, pensaba Esterad Thyssen, rey de Kovir, llegado recientemente a Cintra. *Estoy seguro de que no es la misma. Pero no voy a decírselo a nadie. Me lo guardaré para mí y para mi Zuleyka. Juntos decidiremos de qué modo podemos aprovechar mejor el conocimiento que nos proporcionan los sueños*.

Poco faltó para que fuera mi mujer, esa Ciri, pensaba Kistrin de Verden. *En tal caso, habría sido príncipe de Cintra, heredero del trono, de acuerdo con la tradición… Y seguramente habría acabado como Calanthe. Menos mal, menos mal que en aquella ocasión huyó de mí*.

Ni por un momento me he creído esa historia del gran amor a primera vista, pensaba Shilard Fitz-Oesterlen. *Ni por un momento. Y, sin embargo, Emhyr se va a casar con esa muchacha. Renuncia a la posibilidad de reconciliarse con sus duques y, en lugar de tomar por mujer a alguna de las duquesas nilfgaardianas, elige a Cirilla de Cintra. ¿Por qué? ¿Para extender su dominio a este pequeño y miserable paisucho, la mitad del cual, si no más, habría podido incorporarla al imperio de Nilfgaard durante las negociaciones? ¿Para controlar la desembocadura del Yaruga, que ya está en poder de las sociedades de comercio marítimo de Nilfgaard, Novigrado y Kovir? No entiendo nada de esta razón de estado, nada. Sospecho que no me lo han contado todo*.

Las hechiceras, pensaba Dijkstra. *Esto es cosa de las hechiceras. Pues que así*

sea. Se ve que estaba escrito que Ciri sería reina de Cintra, esposa de Emhyr y emperatriz de Nilfgaard. Se ve que así lo quería el destino. La suerte.

Que así sea, pensaba Triss Merigold. *Y que dure. Ha sido algo estupendo. Ahora Ciri estará a salvo. Se olvidarán de ella. La dejarán en paz*.

El retrato ocupó por fin su sitio, los lacayos que lo estaban colocando se retiraron, llevándose las escaleras.

En la larga hilera de oscurecidos y un tanto polvorientos soberanos de Cintra, detrás de la serie de los Cerbin y los Coram, detrás de Corbett, Dagorad y Roegner, detrás de la orgullosa Calanthe, de la melancólica Pavetta, colgaba este último retrato. El que representaba a la actual monarca, que con tanta benevolencia gobernaba. A la heredera al trono y portadora de sangre real.

El retrato de una chica delgada de cabello rubio y mirada triste que llevaba un vestido blanco con las mangas verdes.

Cirilla Fiona Elen Riannon.

Reina de Cintra y emperatriz de Nilfgaard.

El destino, pensaba Filippa Eilhart, notando encima de ella la mirada de Dijkstra.

Pobre criatura, pensaba Dijkstra, mirando el retrato. S*eguramente piensa que esto es el final de sus aflicciones y desgracias. Pobre criatura*.

En Cintra tañían las campanas, espantando a las gaviotas.

—Poco después del final de las negociaciones y de la firma de la paz de Cintra —reanudó su relato el peregrino—, se celebró en Novigrado una ostentosa fiesta que duró varios días, un festín cuya culminación fue el grandioso y solemne desfile de las tropas. Hacía, como corresponde al primer día de una nueva era, un tiempo realmente espléndido…

—¿Debemos entender —preguntó sarcásticamente el elfo— que vuestra merced estaba allí presente? ¿En aquel desfile?

—En realidad, llegué un poco tarde. —El peregrino, evidentemente, no era de esos que se turban por un sarcasmo—. Como he dicho, hacía un día precioso. Ya se veía venir desde el amanecer.

Vascoigne, comandante del fuerte de Drakenborg, hasta fechas recientes adjunto al comandante para asuntos políticos, se fustigaba impaciente la caña de la bota.

—Más deprisa, vamos, más deprisa —apremiaba a los verdugos—. ¡Hay otros esperando! ¡Desde que han firmado la paz esa en Cintra estamos de trabajo hasta las cejas!

Los verdugos, tras colocar el dogal a los condenados, se apartaron. Vascoigne se volvió a golpear con la fusta en la caña de la bota.

—Si alguien tiene algo que decir —dijo secamente—, ésta es su última oportunidad.

—Viva la libertad —dijo Cairbre aep Diared.

—El juicio estaba amañado —dijo Orestes Kopps, merodeador, salteador y asesino.

—Besadme el culo —dijo Robert Pilch, desertor.

—Decidle al señor Dijkstra que lo siento —dijo Jan Lennep, agente condenado por soborno y robo.

—Yo no quería… De verdad que yo no quería… —Istvan Igalffy empezó a sollozar. Al antiguo comandante del fuerte lo habían apartado de su puesto y lo habían llevado a juicio por los excesos cometidos con los prisioneros.

El sol, cegador como el oro fundido, estalló sobre la empalizada del fuerte. Los postes de las horcas arrojaban unas sombras alargadas. En Drakenborg empezaba un nuevo día, hermoso y soleado.

El primer día de una nueva era.

Vascoigne se fustigaba la caña de la bota. Levantó y bajó la mano.

Quitaron los troncos de una patada.

Todas las campanas de Novigrado estaban tocando, sus profundos y quejumbrosos tañidos resonaban en los tejados y mansardas de los palacetes de los mercaderes y su eco se extendía por los callejones. Los cohetes y los fuegos artificiales se elevaban al cielo. La multitud chillaba, aclamaba, arrojaba flores, lanzaba los sombreros al aire, agitaba pañuelos, toquillas, banderines y hasta pantalones si hacía falta.

—¡Viva la Compañía Libre!

—¡Viiivaaa!

—¡Vivan los condotieros!

Lorenzo Molla saludó a la multitud, mandó un beso a las lindas burguesas.

—Como paguen con el mismo entusiasmo con el que nos aclaman —gritó para hacerse oír en medio del tumulto—, entonces, ¡somos ricos!

—Qué pena —dijo con un nudo en la garganta Julia Abatemarco—. Qué pena que Frontino no haya llegado a verlo…

Marchaban al paso por la calle principal de la ciudad. Julia, Adam «Adieu» Pangratt y Lorenzo Molla iban al frente de la Compañía, vestidos de gala, en perfecta formación de a cuatro, de modo que ninguno de los caballos, lustrosos y relucientes, se adelantaba ni una pulgada sobre los demás. Los caballos de los condotieros eran como sus jinetes: serenos y altivos, no los espantaban las ovaciones ni los gritos del gentío, y su única reacción ante las coronas y flores que volaban hacia ellos consistía en sacudir la cabeza de forma levísima, casi imperceptible.

—¡Vivan los condotieros!

—¡Viva Adam «Adieu» Pangratt! ¡Viva la Dulce Casquivana!

Julia se enjugó una lágrima disimuladamente, cogiendo al vuelo un clavel que le habían arrojado desde la multitud.

—Nunca habría soñado… —dijo—. Este triunfo… Qué pena que Frontino…

—Mira que eres romántica —le dijo Lorenzo Molla con una sonrisa—. Te estás emocionando.

—Pues sí. ¡Atención, compañía! ¡Vistaaa… a la izquierda!

Se pusieron firmes en las sillas, volviendo la cabeza hacia la tribuna y hacia los tronos y escaños allí dispuestos.

Veo a Foltest, pensó Julia. *Ése de la barba debe de ser Henselt de Kaedwen, y ése tan apuesto es Demawend de Aedirn… Esa matrona tiene que ser la reina Hedwig… Y ese rapaz que está a su lado, el príncipe heredero Radowid, hijo de ese rey asesinado… Pobre chaval…*

—¡Vivan los condotieros! ¡Viva Julia Abatemarco! ¡Hurra por «Adieu» Pangratt! ¡Hurra por Lorenzo Molla!

—¡Viva el condestable Natalis!

—¡Vivan los reyes! ¡Foltest, Demawend, Henselt! ¡Que vivan!

—¡Viva Dijkstra! —gritó algún pelota.

—¡Viva su santidad! —se elevó entre la multitud el grito de algunos vocingleros pagados al efecto. Cyrus Engelkind Hemmelfart, jerarca de Novigrado, se levantó a saludar con la mano a la muchedumbre y a las tropas que desfilaban. Al hacerlo, les dio la espalda, de forma poco elegante, a la reina Hedwig y al joven Radowid, tapándoles con los faldones de su amplia túnica.

Nadie grita: «¡Viva Radowid!», pensaba el príncipe, oculto por el enorme trasero del jerarca. *No hay nadie que mire hacia aquí. Nadie profiere un solo grito en honor de mi madre. Ni siquiera se acuerda nadie de mi padre, no hay gritos que celebren su gloria. Precisamente hoy, en este día de triunfo, en este día de concordia, de alianza, al que tanto contribuyó. Por eso lo asesinaron*.

Notó una mirada en la nuca. Tan delicada como algo desconocido para él, o como algo que sólo había conocido en sueños. Algo que era como el roce ligero de unos suaves y cálidos labios de mujer. Volvió la cabeza. Descubrió los oscuros e insondables ojos de Filippa Eilhart clavados en él.

Esperad, pensó el príncipe, apartando la mirada. *Esperad un poco*.

Nadie podía prever o adivinar entonces que aquel muchacho de trece años, que en esos momentos era una persona sin ninguna relevancia en un país gobernado por el consejo de regencia y por Dijkstra, llegaría a ser rey. Un rey que —tras hacer pagar a todos por la afrenta que habían sufrido su madre y él— pasaría a la historia con el nombre de Radowid el Cruel.

La multitud vitoreaba. El suelo que pisaban al desfilar los cascos de los caballos de los condotieros estaba alfombrado de flores.

—¿Julia?

—Dime, Adieu.

—Cásate conmigo. Quiero que seas mi mujer.

La Dulce Casquivana tardó mucho en contestar, mientras se rehacía de la sorpresa. La multitud vitoreaba. En la tribuna, el jerarca de Novigrado, sudoroso, tomando aire como un enorme siluro grasiento, daba su bendición a los burgueses, al desfile, a la ciudad y al mundo.

—¡Pero si tú estás casado, Adam Pangratt!

—Estoy separado. Me voy a divorciar.

Julia Abatemarco no le respondió. Volvió la cabeza. Sorprendida. Confusa. Y muy feliz. Sin saber muy bien por qué.

La multitud vitoreaba y arrojaba flores. Los cohetes y los fuegos artificiales estallaban por encima de los tejados, entre el ruido y el humo.

Las campanas de Novigrado sonaban como un quejido.

Es una mujer, pensó Nenneke. *Cuando la mandé a la guerra era una chiquilla. Y ha vuelto hecha una mujer. Segura de sí misma. Consciente de quién es. Tranquila. Relajada. Toda una mujer*.

Ha ganado esta guerra. Al no permitir que la guerra la aniquilase.

—Debora —Eurneid siguió con la enumeración, en voz baja pero firme— murió de tifus en un campamento en Mayenna. Prune se ahogó en el Yaruga al volcar un bote cargado de heridos. A Myrrha la mataron los elfos, los Ardillas, durante un ataque a un hospital de campaña en Temeria… Katje…

—Habla, chiquilla —la animó dulcemente Nenneke.

—Katje —Eurneid se aclaró la voz— conoció en el hospital a un nilfgaardiano herido. Tras firmarse la paz, con los intercambios de prisioneros, se fue con él a Nilfgaard.

—Siempre he dicho —suspiró la gruesa sacerdotisa— que el amor no conoce fronteras ni barreras. ¿Y qué es de Iola Segunda?

—Vive —se apresuró a asegurar Eurneid—. Está en Maribor.

—¿Por qué no vuelve?

La adepta agachó la cabeza.

—No va a regresar al templo, madre —dijo en voz baja—. Está en el hospital de Milo Vanderbreck, ese cirujano, un mediano. Ha dicho que quiere cuidar enfermos. Que sólo se va a dedicar a eso. Perdónala, madre Nenneke.

—¿Perdonarla? —La sacerdotisa soltó un resoplido—. Si estoy orgullosa de

ella.

—Llegas tarde —dijo Filippa Eilhart entre dientes—. Llegas tarde a una fiesta solemne que cuenta con la presencia de los reyes. Por todos los diablos, Segismundo, tu desdén por el protocolo es bien conocido, y no necesitas hacer ostentación de él. Sobre todo, en un día como éste…

—Tengo mis razones. —Dijkstra respondió con una inclinación a la mirada de la reina Hedwig y a la elevación de cejas del jerarca de Novigrado. También captó el mal gesto en el rostro del capellán Willemer y la mueca de desprecio en el semblante, digno de ser acuñado en moneda, del rey Foltest.

—Tengo que hablar contigo un momento, Fil.

—A solas, me imagino…

—Sería lo mejor. —Dijkstra esbozó una sonrisa—. Pero, si así lo prefieres, no tengo ningún inconveniente en que haya más ojos observando. Por ejemplo, los hermosos ojos de las damas de Montecalvo.

—Más bajo —musitó la hechicera, sin borrar la sonrisa de sus labios.

—¿Cuándo se me concederá audiencia?

—Lo pensaré. Ya te lo haré saber. Ahora déjame en paz. Éste es un acto solemne. Una fiesta grande. Te lo recuerdo, por si no te habías dado cuenta.

—¿Una fiesta grande?

—Estamos en el umbral de una nueva era, Dijkstra.

El espía se encogió de hombros.

La multitud seguía vitoreando. Lanzaron fuegos artificiales. Doblaban las campanas de Novigrado, sonaban en señal de triunfo, en señal de gloria. Pero su tañido resultaba extrañamente fúnebre.

—Venga, aguanta las riendas, Jarre —dijo Lucienne—. Me entró la jambre, quiero comer arguna cosilla. Trae, te voy a enrollar la correa a la mano. Ya sé que tú, con una sola, no pues.

Jarre, avergonzado y humillado, notó cómo le salían los colores. No conseguía acostumbrarse. No podía evitar la impresión de que nadie tenía nada mejor que hacer que quedarse embobado mirando su muñón, su manga doblada y cosida. De que todo el mundo se fijaba en él a todas horas, para compadecer hipócritamente al mutilado y lamentar falsamente su desgracia, mientras que en el fondo de su alma lo despreciaba y lo veía como algo que venía a alterar indebidamente, con su fealdad y su impertinencia, el hermoso orden reinante. Por el mero hecho de atreverse a existir.

Lucienne, no tenía más remedio que reconocerlo, era bastante distinta, en ese sentido, del resto de la gente. Ni hacía como que no lo veía ni caía en el

amaneramiento de las atenciones humillantes y la aún más humillante compasión. Jarre no andaba muy lejos de creer que la joven carretera rubia lo trataba con naturalidad y con normalidad. Pero procuraba descartar esa idea. No la aceptaba.

Porque seguía sin ser capaz de tratarse a sí mismo con normalidad.

La carreta que transportaba a los mutilados de guerra chirriaba y traqueteaba. Tras una breve temporada de lluvias, había llegado el calor sofocante. Los baches formados por el paso continuo de los convoyes militares se habían secado y endurecido, convirtiéndose en crestas, aristas y resaltes de fantásticas formas, y por ellas tenía que rodar el vehículo tirado por cuatro caballos. Según aumentaba el tamaño de los baches, los brincos que daba el carro eran cada vez mayores, al tiempo que crujía y la caja se balanceaba como un barco en plena tempestad. Los soldados lisiados —cojos en su mayoría— juraban de un modo tan rebuscado como obsceno, y Lucienne, para no caerse, se pegaba a Jarre y le abrazaba, compartiendo generosamente con el joven su mágico calor, su prodigiosa suavidad y su excitante mezcla de olores: a caballo, a riendas de cuero, a heno, a avena, a intenso sudor de chavala.

En uno de esos baches el carro pegó un brinco y Jarre tiró de las riendas enrolladas alrededor de su muñeca. Lucienne, dando bocados a un cacho de pan y a un salchichón, se pegó a su costado.

—Vaya, vaya… —Se había fijado en su medallón de latón y se aprovechó arteramente de que Jarre tuviera su única mano ocupada con las riendas—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Un amuleto nomeolvides? Jo, menudo listeras el que se inventó estas memeces. Mucho hubo de demanda durante esta guerra, sólo la de vodka pue que haya sío mayor. A ver qué nombre de chica pone dentro…

—Lucienne —Jarre se puso colorado como un tomate, tenía la sensación de que en cualquier momento la sangre le iba a salir a chorros—, tengo que pedirte… que no lo abras… Disculpa, pero es un asunto personal. No quisiera ofenderte, pero…

El carro pegó un brinco, Lucienne se estrujó y Jarre cerró el pico.

—Ci… ril… la —silabeó con esfuerzo la carretera, cogiendo por sorpresa a Jarre, que no se esperaba que las habilidades de la aldeana llegasen tan lejos—. No te olvidaré. —Cerró de golpe el medallón, soltó la cadenilla y miró al mozo —. Esa Cirilla, mira… Si en verdá te quiere… Menuda bobada, los sortilegios y los amuletos… Si en verdá, ya verás cómo no te olvida, te será fiel. Esperará.

—¿A esto? —Jarre levantó el muñón.

La chica parpadeó ligeramente. Tenía los ojos azules como el aciano.

—Si en verdá te quiere —repitió con firmeza—, te esperará. To lo demás son tonterías. Lo sé muy bien.

—¿Tanta experiencia tienes en esto?

—No es cosa tuya —esta vez le tocó a Lucienne ruborizarse ligeramente—

qué clase de asperiencias tuviera, ni con quién. Mas no te vayas a pensar que yo soy una de esas que con un simple meneo ya se prestan a hacer de to entre el heno. Pero sé lo que sé. Y, si se quiere a un chico, se le quiere entero, no a cachos. Así que tampoco na pasa porque le falte un cacho.

El carro pegó un brinco.

—Estás simplificando un poco las cosas —dijo Jarre, apretando los dientes, mientras respiraba con avidez el olor de la muchacha—. Estás simplificando mucho, e idealizando mucho, Lucienne. Te olvidas de un pequeño detalle, y es que, cuando un hombre está entero, se supone que está capacitado para mantener a su mujer y a todos los suyos. Un inválido no está capacitado…

—¡Vaya, vaya, vaya! —le interrumpió sin contemplaciones—. No me quieras dar pena. Los Negros, que yo supiera, te han dejao la testa en su sitio, y pues un listillo tú eres, trabajas con la cabeza. No me mires con esa cara tonto. Yo seré de pueblo, mas ojos y oídos tengo. Lo bastante despiertos como para que no se les escape un detallejo: que tienes una forma muy rara de hablar, propia de señor y de estudioso. Y aparte de eso…

Agachó la cabeza, tosió. Jarre también tosió. El carro pegó un brinco.

—Aparte de eso —prosiguió la chica—, he oído lo que otros dijeran, que eres un escribidor. Y sacerdote en un templo. Y tú ya estás viendo que con esa mano… Bah, todo eso son bobadas.

El carro llevaba ya un rato sin pegar ningún brinco, pero Jarre y Lucienne no parecían darse cuenta. Y no les importaba un comino.

—Pues yo —dijo la chica tras una larga la pausa— algo de suerte tengo con los sabios. Hubo uno… Hace tiempo… Anduvo detrás mío… Sabía mucho, había pasado por las academias. Hasta en el nombre se notaba.

—¿Cómo se llamaba?

—Semester.

—Eh, moza —la llamó por detrás el sargento Derkacz, un tipo malvado y tétrico, que había resultado lisiado durante la batalla de Mayenna—. Venga, moza, arréale bien al castrado en las ancas, que esta carreta tuya va más despacio que un moco resbalando por una pared.

—Vaya que sí —añadió otro lisiado, rascándose la lustrosa cicatriz en el muñón que le asomaba por debajo de la pernera subida—. ¡Hasta el gorro estoy de estos páramos! ¡Cuánto echo de menos una taberna! ¡No sabéis qué ganas tengo de tomar una cerveza! ¿No podríamos ir con más brío?

—Claro que sí. —Lucienne se volvió en el pescante—. Pero como se nos parta el timón o el cubo del carro al chocar con un terrón, te vas a pasar a lo menos dos semanas sin catar la cerveza, bebiendo agua de lluvia y jugo de abedul, hasta que den con nosotros. Vosotros solos no os las podéis apañar, y yo no pienso llevaros a cuestas.

—Pena de la güena. —Derkacz enseñó los dientes—. Porque yo andome

ensoñando todas las noches que tú cargas conmigo. Y yo me quedo muy pegadito a tu espalda, Vamos, así, por detrás. Como a mí me gusta. ¿Y a ti, moza?

—¡Cojo inútil! —gritó Lucienne—. ¡Bicho pestilente! Serás…

Se calló, al ver cómo en las caras de todos los inválidos que viajaban en el carro se extendía de repente una palidez mortal, cadavérica.

—Madre —dijo uno de ellos, entre sollozos—. Con lo poquillo que faltaba pa llegar a casa…

—Estamos perdíos —dijo Derkacz en voz baja, sin la menor emoción. Sencillamente, como quien constata un hecho.

Pero si decían, pensó de pronto Jarre, *que habían acabado con los Ardillas. Que no habían dejado ni uno vivo. Que, como les gustaba decir, la cuestión élfica ya estaba solucionada*.

Eran seis a caballo. Pero, cuando se fijaron mejor, resultó que los caballos eran seis, pero ocho los jinetes. En dos de las monturas había un par de jinetes. Todos los caballos llevaban un paso rígido, arrítmico, bajando mucho la frente. Parecían bastante mediocres.

Lucienne suspiró fuerte.

Los elfos se aproximaron. Parecían aún más mediocres que los caballos.

Nada quedaba de su orgullo, de su elaborada, arrogante, carismática diferencia. La ropa, que solía ser elegante y vistosa hasta entre los guerrilleros de las partidas, la llevaban toda sucia, rota, llena de manchas. El pelo, su orgullo y su gala, lo traían desgreñado, mugriento, pegajoso, con costras de sangre. Parecía de fieltro. Sus grandes ojos, normalmente altivos, desprovistos de toda expresión, se habían convertido en simas de pánico y desesperación.

Nada quedaba de su diferencia. La muerte, el terror, el hambre y las humillaciones les habían vuelto normales y corrientes. Muy corrientes.

Por un momento Jarre pensó que pasarían de largo, que se limitarían a cruzar la carretera para perderse en el otro lado del bosque, sin dedicarle siquiera una mirada al carro y a los pasajeros. Que sólo dejarían detrás de ellos aquel olor nada élfico, tan desagradable y repulsivo, un olor que Jarre conocía demasiado bien de los hospitales de campaña: el olor de la miseria, de la orina, de la roña, de las heridas purulentas.

Fueron pasando de largo, sin mirar.

No todos.

Una elfa de largos cabellos oscuros, apelmazados, con restos de sangre coagulada, detuvo el caballo muy cerca del carro. Iba inclinada en la silla, sosteniéndose de cualquier manera. Un brazo lo llevaba sujeto en un cabestrillo empapado de sangre. Alrededor de ese brazo revoloteaban y zumbaban las moscas.

—Toruviel —dijo uno de los elfos, volviéndose hacia ella—. En'ca digne, luned.

Lucienne se dio cuenta enseguida de lo que pasaba. Comprendió qué era lo que estaba mirando la elfa. Habiéndose criado en una aldea, había conocido desde niña a un espectro lívido e hinchado que acechaba detrás de la esquina de la cabaña: el fantasma del hambre. Por eso, reaccionó de forma instintiva e inequívoca. Le ofreció un poco de pan a la elfa.

—En'ca digne, Toruviel —repitió el elfo. Era el único de toda la partida que llevaba en una manga desgarrada de la cazadora polvorienta el rayo plateado de la brigada Vrihedd.

Los inválidos que iban en el carro, que se habían quedado de piedra y no habían movido un músculo hasta ese mismo instante, se estremecieron súbitamente, como si un conjuro los hubiera reanimado. En sus manos, tendidas hacia los elfos, aparecieron, como por arte de magia, mendrugos de pan, bolas de queso, tajadas de tocino y salchichón.

Y los elfos, por primera vez desde hacía mil años, tendieron sus manos hacia los humanos.

Lucienne y Jarre fueron las primeras personas que vieron llorar a la elfa. Que la vieron sollozar hasta el sofoco, sin intentar siquiera enjuagarse las lágrimas que le corrían por el rostro sucio. Desmintiendo la afirmación de que los elfos ni siquiera disponen de glándulas lacrimales.

—En'ca… digne —repitió con la voz entrecortada el elfo del rayo en la manga.

Dicho lo cual, alargó la mano y tomó un pan que le ofrecía Derkacz.

—Te lo agradezco —dijo con la voz ronca, haciendo un esfuerzo para acomodar la lengua y los labios a un idioma extranjero—. Te lo agradezco, humano.

Al cabo de un rato, viendo que ya habían pasado todos, Lucienne chascó al caballo, dio un tirón a las riendas. El carro empezó a rechinar y traquetear. Iban todos en silencio.

Se acercaba ya la hora de la cena cuando la carretera se llenó de jinetes armados. Los dirigía una mujer de pelo blanquísimo, muy corto con una cara malhumorada y enérgica desfigurada por las cicatrices. Una de éstas le cortaba el pómulo desde la sien hasta la comisura de los labios, y después, formando un amplio semicírculo, le rodeaba la cuenca del ojo. A la mujer le faltaba además una buena parte del pabellón de la oreja derecha, y su brazo izquierdo acababa justo por debajo del codo, en un manguito de cuero y un garfio de latón, al que llevaba enganchadas las riendas.

La mujer, con una mirada hostil que delataba un enconado afán de venganza, les preguntó por los elfos. Por los Scoia'tael. Por los terroristas. Por los fugitivos, restos de un comando derrotado dos días antes.

Jarre, Lucienne y los inválidos, eludiendo la mirada de la mujer manca, farfullaron confusamente y contestaron que no, que no se habían encontrado con

nadie, que no habían visto a nadie.

Mentís, pensó Rayla la Blanca, la misma que había sido en otros tiempos Rayla la Negra. *Mentís, estoy segura. Mentís por compasión. Pero eso no tiene importancia. Porque yo, Rayla la Blanca, no sé lo que es la compasión*.

—¡Hurraaa, arriba los enanos! ¡Viva Barclay Els!

—¡Que vivan!

En el adoquinado de Novigrado retumbaban las botas herradas de los veteranos del Pelotón de Voluntarios. Los enanos marchaban a su estilo, en formación de a cinco. Sobre la columna ondeaba su bandera, donde figuraban unos martillos.

—¡Que viva Mahakam! ¡*Vivant* los enanos!

—¡Gloria y honor a ellos!

De repente, se oyó una risa entre la multitud. Algunas personas la secundaron. Y enseguida todo el mundo se estaba riendo a carcajadas.

—Es una afrenta… —El jerarca Hemmelfart tomó aire—. Es un escándalo… Es algo imperdonable…

—Maldita chusma —dijo entre dientes el capellán Willemer.

—Haced como si no lo hubierais visto —recomendó con calma Foltest.

—No deberían habérseles escatimado las vituallas —dijo Meve con acritud —. Ni negado los suministros.

Los oficiales enanos conservaron la dignidad y las formas, delante de la tribuna se cuadraron y saludaron. En cambio, los suboficiales y los soldados del Pelotón de Voluntarios expresaron su descontento con los recortes presupuestarios introducidos por los reyes y el jerarca. Algunos, al pasar por delante de la tribuna, les hicieron un corte de manga a los monarcas; otros exhibieron otro de sus gestos favoritos: el puño con el dedo corazón tieso, apuntando a lo alto. En los círculos académicos este gesto era conocido como digitus infamis. La plebe lo llamaba de un modo más contundente.

Las caras ruborizadas de los reyes y del jerarca eran una prueba de que conocían ambos nombres.

—No deberíamos haberles ofendido con nuestra tacañería —insistió Meve—. Esta gente es muy puntillosa.

El aullador de Elskerdeg volvió a aullar, el aullido se convirtió en una melodía macabra. Ninguno de los que estaban junto al fuego volvió la cabeza.

El primero en hablar, tras un largo silencio, fue Boreas Mun.

—El mundo ha cambiado. Se ha hecho justicia.

—Bueno, igual se han pasado con esa justicia. —El peregrino esbozó una

sonrisa—. Sí estaría de acuerdo en que el mundo se ajustó, por decir, a una ley fundamental de la física.

—Me gustaría saber —dijo el elfo— si estamos pensando en la misma ley.

—Toda acción —dijo el peregrino— provoca una reacción.

El elfo soltó un resoplido, aunque uno bastante afable.

—Ahí le has dado, humano.

—Stefan Skellen, hijo de Bertram Skellen, antiguo coronel imperial, ponte en pie. El Tribunal Supremo del imperio eterno por la gracia del Gran Sol te declara culpable de los delitos y de las acciones ilegítimas de los que has sido acusado, a saber: traición al estado y participación en una conspiración orientada a atentar criminalmente contra el ordenamiento legal del imperio, así como contra la propia persona de su majestad imperial. Tu culpa, Stefan Skellen, ha sido ratificada y probada, y este tribunal no ha observado circunstancias atenuantes. Su serenísima majestad imperial no ha hecho uso de su facultad de gracia.

» Stefan Skellen, hijo de Bertram Skellen. Desde esta sala de audiencias serás conducido a la ciudadela, de donde serás sacado a su debido tiempo. Como traidor, eres indigno de pisar la tierra del imperio y serás colocado en una rastra de madera, y sobre esa rastra serás llevado, tirado por caballos, hasta la plaza del Milenio. Como traidor, eres indigno de respirar el aire del imperio, y en la plaza del Milenio, por mano del verdugo, serás colgado del cuello en una horca, entre el cielo y la tierra. Y allí estarás colgado hasta morir. Tu cuerpo será quemado, y tus cenizas dispersadas por el viento.

» Stefan Skellen, hijo de Bertram, traidor. Yo, presidente del Tribunal Supremo del imperio, al sentenciarte pronuncio tu nombre por última vez. Desde este momento, que sea olvidado.

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí! —gritó, al entrar corriendo en el decanato, el profesor Oppenhauser—. ¡Lo conseguí, señores! ¡Por fin! ¡Por fin! ¡Y funciona! ¡Da vueltas! ¡Funciona! ¡Funciona!

—¿De veras? —preguntó bruscamente, con notable escepticismo, Jean Le Voisier, profesor de química, conocido entre los alumnos como Hedorcarburo—. ¡No es posible! ¿Y se puede saber cómo funciona?

—¡El móvil perpetuo!

—¿Perpetuum mobile? —preguntó intrigado Edmund Bumbler, profesor agregado de zoología—. ¿Tal cual? ¿No exageráis, estimado colega?

—¡En absoluto! —exclamó Oppenhauser, brincando como un chivo—. ¡Ni una pizca! ¡Funciona! ¡El móvil funcional ¡Lo he puesto en marcha y funciona! ¡Funciona sin parar! ¡Sin descanso! ¡Perpetuamente! ¡Por los siglos de los siglos!

¡No hay palabras para describirlo, colegas, es algo que hay que ver! ¡Venid a mi gabinete, deprisa!

—Estoy desayunando —protestó Hedorcarburo, pero su protesta se perdió entre el jaleo, la excitación y el alboroto generalizados. Los profesores, los licenciados y los bachilleres se lanzaron a recoger sus togas, capas y delias, y corrieron hacia la salida encabezados por Oppenhauser, que no paraba de dar gritos y de gesticular. Hedorcarburo les despidió con un digitus infamis y volvió a su panecillo con paté.

El grupo de sabios, al que se incorporaron sobre la marcha nuevos individuos ansiosos de contemplar el fruto de treinta años de esfuerzos de Oppenhauser, recorrió rápidamente la distancia que los separaba del gabinete del afamado físico. Ya estaban a punto de abrir la puerta cuando de pronto tembló el suelo. De forma apreciable. O, más bien, con fuerza. Mejor dicho, con mucha fuerza.

Se trataba de un temblor de tierra, uno de los temblores de tierra originados por la destrucción de la fortaleza de Stygga, escondrijo de Vilgefortz, llevada a cabo por las hechiceras. La onda sísmica, partiendo del lejano Ebbing, había llegado hasta allí, a Oxenfurt.

Con un tintineo salieron volando los cristales de la vidriera que ocupaba el frontón de la cátedra de bellas artes. Cayó de su pedestal, pintarrajeado con obscenidades, el busto de Nicodemus de Boot, primer rector de la institución académica. Cayó de la mesa la taza de tisana con la que Hedorcarburo acompañaba su panecillo con paté. Cayó de un plátano del parque un estudiante de primero de física, Albert Solpietra, que había trepado a ese árbol para impresionar a unas estudiantes de medicina.

Y el perpetuum mobile del profesor Oppenhauser, su legendario invento, se movió por última vez antes de quedarse quieto. Para siempre.

Y jamás fue posible volver a ponerlo en marcha.

—¡Que vivan los enanos! ¡Que viva Mahakam!

Menuda pandilla, menuda tropa, pensaba el jerarca Hemmelfart, bendiciendo el desfile con su mano temblona. *¿A quién se vitorea aquí? Condotieros venales, enanos obscenos, ¿qué clase de locura es ésta? Al final, ¿quién ha ganado esta guerra, ellos o nosotros? Por todos los dioses, hay que hacer que los reyes se den cuenta. Cuando los historiadores y los escritores se pongan manos a la obra, convendrá someter a censura sus mamarrachadas. Mercenarios, brujos, asesinos a sueldo, no humanos y toda clase de elementos sospechosos deben desaparecer de las crónicas del género humano. Hay que tachar sus nombres, emborronarlos. Ni una palabra sobre ellos. Ni una.*

Sobre ése, tampoco una palabra, pensó, apretando los labios y mirando a Dijkstra, que estaba contemplando el desfile con una cara de aburrimiento más

que evidente.

Habrá que dar a los reyes, siguió pensando el jerarca, *algunos consejos acerca de ese Dijkstra. Su presencia constituye un ultraje para la gente decente.*

Es un impío y un sinvergüenza. Tiene que desaparecer sin dejar ni rastro. Que no quede recuerdo de él.

Que te lo has creído, cerdo mojigato vestido de púrpura, pensaba Filippa Eilhart, a la que no le costaba nada leerle los intensos pensamientos al jerarca. *¿Te gustaría gobernar, te gustaría dictar y ejercer influencia? ¿Te gustaría decidir? Jamás. Sólo podrás decidir acerca de tus hemorroides, e incluso ahí, en tu propio culo, tus decisiones no van a ser demasiado relevantes.*

Y Dijkstra seguirá por aquí. Tanto tiempo como a mí me convenga.

Ya cometerás un error alguna vez, pensaba el capellán Willemer, mirando los brillantes labios de Filippa, pintados de carmín. *Alguna de vosotras cometerá un error. Os perderá la suficiencia, la arrogancia y soberbia. Las conjuras que tramáis. La inmoralidad. La atrocidad, la perversión a la que os entregáis, en la que vivís. Todo acabará por salir a la luz, se extenderá la pestilencia de vuestros pecados, en cuanto cometáis un error. Ese momento ha de llegar.*

Incluso, aunque no cometáis ningún error, siempre habrá una forma de haceros pagar. Alguna desgracia caerá sobre los hombres: una maldición, una plaga, tal vez una peste o una epidemia… Entonces todas las culpas serán para vosotras. Seréis castigadas por no haber sido capaces de prevenir la plaga, por no haber sabido evitar sus consecuencias.

Vosotras cargaréis con la culpa de todo.

Y entonces se encenderán las hogueras.

Había muerto un viejo gato rayado, al que llamaban Taheño en virtud de su pelaje. Murió de un modo atroz. Se revolcaba, se ponía en tensión, arañaba la tierra, vomitaba sangre y flemas, sufría convulsiones. Además, padecía disentería. Maullaba, aunque eso no fuera digno de él. Maullaba de un modo lastimero, silencioso. No tardo en decaer.

Taheño sabía por qué se estaba muriendo. O al menos sospechaba qué era lo que le había matado.

Unos días antes había arribado al puerto de Cintra un extraño carguero, una vieja y mugrienta coca, una embarcación muy descuidada, poco más que unos despojos. *Catriona*: así decían las borrosas letras en la proa de la coca. Como es

natural, Taheño no sabía leer tales letras. Una rata, aprovechando un cabo de amarre, bajó de la coca al muelle. Sólo una. Era una rata despeluchada, sarnosa, torpe. Y le faltaba una oreja.

Taheño mordió a la rata. Tenía hambre, mas su instinto le dijo que no tenía que comerse a aquel bicharraco repugnante. Pero algunas de las muchas pulgas, grandes y lustrosas, que pululaban por el pelaje del roedor, pudieron saltar a Taheño y acomodarse en su pellejo.

—¿Qué le ha pasado a este gato? ¿Dónde se había metido?

—Lo habrán envenenado. ¡O le habrá echado alguien mal de ojo!

—¡Puaj, qué asco! ¡Pero si apesta, el muy cabrón! ¡Échalo de las escaleras, mujer!

Taheño se puso rígido y abrió sin hacer ruido la boca ensangrentada. Ya no sentía los escobazos con los que la señora le agradecía sus once años cazando ratones. Expulsado del patio, agonizaba en un sumidero lleno de espuma de jabón y orina. Agonizaba y les deseaba a aquellas gentes tan desagradecidas que también cayeran enfermas. Que pasaran por lo mismo que él estaba pasando.

Su deseo se iba a ver satisfecho en breve. Y además a gran escala. A una escala colosal.

La mujer que, a patadas y escobazos, había echado a Taheño del patio se detuvo un momento. Se levantó las sayas y se rascó una pantorrilla, por debajo de la corva. Le picaba.

La había mordido una pulga.

Las estrellas titilaban intensamente sobre Elskerdeg. Las chispas de la hoguera se desvanecían sobre su fondo.

—Ni la paz de Cintra —dijo el elfo— ni menos aún el pomposo desfile de Novigrado pueden ser considerados hitos ni piedras miliares. ¿Cuál es, entonces, su sentido? El poder político no puede construir la historia a base de documentos o decretos. Tampoco puede el poder político juzgar la historia, calificarla ni esquematizarla de un modo simplista, aunque ningún poder, en su soberbia, reconoce esta evidencia. Una de las manifestaciones más notorias de vuestra arrogancia humana es la llamada historiografía, un intento de manifestar opiniones y de emitir veredictos sobre los «sucesos del pasado», como soléis llamarlos. Es algo típico de vosotros, humanos, y obedece al hecho de que la naturaleza os ha concedido una existencia efímera, propia de insectos, de hormigas, con vuestra ridícula vida media por debajo de los cien años. Pero vosotros os empeñáis en acomodar el mundo a vuestra existencia insectil. Por otra parte, la historia es un proceso que se desarrolla de forma ininterrumpida y que jamás termina. No se presta la historia a ser dividida en segmentos, desde aquí hasta aquí y desde aquí hasta aquí, desde tal fecha hasta tal otra. No es

posible definir la historia, ni mucho menos cambiarla, mediante una proclama de un monarca. Por mucho que haya ganado una guerra.

—No voy a entrar en una disputa filosófica —aseguró el peregrino—. Como ya he dicho, me tengo por hombre sencillo y poco elocuente. Pero sí me atrevería a señalar dos cosas. En primer lugar, esta vida nuestra tan breve, como la de los insectos, nos protege a los humanos de la decadencia. Nos lleva a valorar nuestra vida, lo cual nos inclina a vivir intensamente, de un modo creador, para aprovechar cada minuto de nuestra vida y disfrutar de él. Hablo y pienso como un ser humano, pero eso mismo pensaban los longevos elfos que se dirigían a combatir y a morir en los comandos de Scoia'tael. Corregidme, por favor, si me equivoco.

El peregrino esperó un tiempo prudencial, pero nadie le corrigió.

—En segundo lugar —prosiguió—, me parece a mí que el poder político, a pesar de no ser capaz de modificar la historia, lo que sí puede hacer con sus actuaciones es crear una ilusión, una apariencia, bastante conseguida, de que posee esa capacidad. El poder tiene medios e instrumentos para eso.

—Oh, sí —dijo el elfo, volviendo la cara—. El poder tiene métodos e instrumentos. Y con ellos no hay forma de discutir.

La galera golpeó con la borda en los pilotes cubiertos de algas y conchas. Procedieron a amarrar. Se oían gritos, juramentos, órdenes.

Chillaban las gaviotas que buscaban desperdicios entre las aguas sucias y verdes del puerto. El muelle se llenó de gente. La mayoría uniformada.

—Final de trayecto, señores elfos —dijo el nilfgaardiano que estaba a mando del transporte—. Estamos en Dillingen. ¡Todo el mundo a tierra! Os esperan.

Cierto. Les estaban esperando.

Ninguno de los elfos —desde luego, no Faoiltiarna— se había tragado la promesa de los juicios justos y la amnistía. Los Scoia'tael y los oficiales de la brigada Vrihedd no abrigaban esperanzas vanas sobre la suerte que les esperaba más allá del Yaruga. En su mayoría se habían hecho ya a la idea, y aceptaban lo que viniera con estoicismo, con resignación incluso. Creían que ya nada podía sorprenderles.

Estaban equivocados.

Les sacaron a empujones de la galera. Sus cadenas tintineaban con estrépito. Les obligaron a bajar al muelle, después les condujeron al malecón, entre dos filas de esbirros armados. También había civiles. Tenían unos ojos muy vivos, que saltaban muy deprisa de una cara a otra cara, de una silueta a otra.

Éstos se encargan de la selección, pensó Faoiltiarna. No se equivocaba.

Con lo que no podía contar, naturalmente, era con que su cara cosida a cuchilladas fuera a pasar inadvertida. Y no contaba con ello.

—¿Señor Isengrim Faoiltiarna? ¿Lobo de Acero? Pero, ¡qué agradable sorpresa! ¡Tened la bondad!

Los esbirros le sacaron de la formación.

—¡Va fail! —le gritó Coinneach Dá Reo, que había sido identificado por otros individuos que llevaban unos medallones con el águila de Redania—. ¡Se'ved, se caerme dea!

—Os veréis —siseó el civil que había seleccionado a Faoiltiarna—, pero seguramente en el infierno. A éste le esperan allí, en Drakenborg. ¡Eh, alto! ¿No será éste, por casualidad, el señor Riordain? ¡Cogedlo!

Sólo les habían apartado a ellos tres. Sólo a ellos tres. Faoiltiarna cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo y de repente —para su sorpresa— empezó a tener miedo.

—¡Va fail! —gritó Angus Bri Cri, dirigiéndose a los otros dos camaradas que habían sacado de la formación, al tiempo que hacía sonar sus cadenas—. ¡Va fail, fraeren!

Un esbirro le empujó brutalmente.

No se los llevaron muy lejos. Sólo hasta uno de los cobertizos del puerto. Junto a la dársena, donde se mecía un bosque de mástiles.

El civil hizo una señal. Empujaron a Faoiltiarna hasta un poste, bajo una viga por encima de la cual habían echado una soga. Estaban atando un gancho de hierro a la soga. Sentaron a Riordain y Angus en dos escabeles colocados en el piso de tierra.

—Señor Riordain, señor Bri Cri —dijo con frialdad el civil—. Os habéis beneficiado de una amnistía. El tribunal ha decidido mostrarse clemente… No obstante, es preciso que se haga justicia —añadió, sin esperar a sus reacciones—. Para eso han pagado las familias de aquellos a quienes habéis asesinado, señores. La sentencia ha sido pronunciada.

Riordain y Angus no tuvieron tiempo ni de gritar. Desde detrás les echaron un lazo al cuello y los estrangularon. Les derribaron a la vez de sus asientos y les arrastraron por el piso. Con las manos encadenadas trataron en vano de arrancarse el dogal que se les clavaba en el cuello, pero los verdugos les aplastaron el pecho con las rodillas. Salieron a relucir los cuchillos y cayeron sobre ellos. Ya ni los lazos eran capaces de sofocar sus gritos, sus silbidos, que ponían los pelos de punta.

Duró mucho. Como pasa siempre.

—En su sentencia, señor Faoiltiarna —dijo el civil, girando despacio la cabeza —, se ha introducido una cláusula adicional. Un pequeño extra…

Faoiltiarna no tenía ninguna intención de esperar a averiguar en qué consistía ese pequeño extra. El cierre de las cadenas, en el que llevaba trabajando dos días con sus noches, cayó en ese momento de sus muñecas como tocado por una varita mágica. Un golpe tremendo con las gruesas cadenas derribó a los dos

esbirros que le vigilaban. De un salto, Faoiltiarna le dio una patada en la cara al siguiente, azotó con las cadenas al civil y se lanzó en plancha por un ventanuco del cobertizo, cubierto de telarañas. Lo atravesó volando, llevándose por delante el marco y el bastidor, dejando en los clavos restos de sangre y jirones de su ropa. Cayó con estrépito sobre los tablones del muelle. Dio unas volteretas, rodó y se zambulló en el agua, entre unos botes de pesca y unas barcazas. Las gruesas cadenas, que seguían unidas a su muñeca derecha, le arrastraban hacia el fondo. Faoiltiarna se resistió. Luchó con todas sus fuerzas por su vida, una vida que muy poco antes creía que le traía sin cuidado.

—¡Ya eres nuestro! —vociferaban los esbirros, saltando desde el cobertizo—. ¡Estás muerto!

—¡Ahí está! —gritaron otros, que corrían por el muelle—. Acaba de salir a la superficie.

—¡A las lanchas!

—¡Disparadle! —se desgañitaba el civil, tratando de atajar con ambas manos la sangre que le manaba con fuerza de la cuenca de un ojo—. ¡Acribilladlo!

Se oyeron los chasquidos de las ballestas. Las gaviotas echaron a volar dando chillidos. El agua sucia y verde entre las barcazas rompió a hervir con los flechazos.

—*Vivant!* —El desfile se estaba alargando, la multitud de Novigrado daba ya síntomas de fatiga y de afonía—. *Vivant!* ¡Que vivan!

—¡Hurra!

—¡Gloria a los reyes! ¡Gloria!

Filippa Eilhart miró a su alrededor. Al comprobar que nadie estaba pendiente de ella, se inclinó hacia Dijkstra.

—¿Sobre qué querías hablar conmigo?

El espía también miró a su alrededor.

—Sobre el atentado contra el rey Vizimir en julio del año pasado.

—Dime.

—El medioelfo que cometió el asesinato —Dijkstra bajó más todavía la voz— no era ningún chiflado, Fil. Y no actuó solo.

—¿Qué me estás diciendo?

—Más bajo —dijo Dijkstra con una sonrisa—. Más bajo, Fil.

—No me llames Fil. ¿Tienes pruebas? ¿De qué tipo? ¿De dónde las has sacado?

—Te quedarías sorprendida, Fil, si te dijera de dónde. ¿Cuándo se me concederá una audiencia, ilustrísima señora?

Los ojos de Filippa Eilhart eran como dos lagos negros, sin fondo.

—En breve, Dijkstra.

Sonaron las campanas. La muchedumbre vitoreaba con voz ronca. Las tropas desfilaban. Los pétalos de flores, como copos de nieve, cubrían el pavimento de Novigrado.

—¿Sigues escribiendo?

Ori Reuven se sobresaltó y echó un borrón. Llevaba diecinueve años al servicio de Dijkstra, pero aún no se había acostumbrado a los movimientos sigilosos de su jefe, a sus repentinas apariciones sin saberse de dónde ni cómo.

—Buenas noches, cof, cof, excel…

—*Gente de la sombra* —Dijkstra leyó la portada del manuscrito que, con toda familiaridad, había cogido de la mesa—. *Historia de los servicios secretos reales, escrita por Oribasius Gianfranco Paolo Reuven, licenciado…* Ay, Ori, Ori. A tus años, estas bobadas…

—Cof, cof…

—He venido a despedirme, Ori.

Reuven le miró asombrado.

—Verás, mi fiel amigo —prosiguió el espía, sin esperar a que el secretario le soltara una de sus toses—, yo también estoy viejo, y resulta que, además, soy un estúpido. Le he dicho una palabra a una persona. Sólo a una. Y una sola palabra. Han sido una palabra de más y una persona de más. Presta atención, Ori. ¿Las oyes?

Ori Reuven puso los ojos a cuadros y negó con la cabeza. Dijkstra estuvo unos momentos en silencio.

—No las oyes —afirmó después de esa pausa—. Pues yo sí las oigo. Por todos los pasillos. Las ratas corren por la ciudad de Tretogor. Aquí las tenemos. Se aproximan sobre sus blandas patitas.

Surgieron de las sombras, de las tinieblas. Negros, enmascarados, veloces como ratas. Los guardias y los centinelas de las antecámaras sucumbieron sin un solo grito a sus fulgurantes ataques con estiletes de estrechos y angulosos filos.

La sangre corrió por los suelos del palacio de Tretogor, se extendió por los pavimentos, manchó el entarimado, caló las carísimas alfombras de Vengerberg.

Recorrieron todos los pasillos, dejando cadáveres a su paso.

—Ahí está —dijo uno de ellos, haciendo una señal. Una bufanda negra, que le envolvía la cara hasta los ojos, le sofocaba la voz—. Ha entrado ahí. Pasando por el despacho donde trabaja Reuven, ese viejo que siempre está tosiendo.

—De ahí no hay salida —dijo el que estaba al mando. Sus ojos brillaban a través de las aberturas de la máscara de terciopelo—. Detrás del despacho hay un cuarto ciego. Por no tener, no tiene ni ventanas.

—Hay gente apostada en todos los pasillos. Junto a todas las puertas y ventanas. No tiene escapatoria. Está en un atolladero.

—¡Adelante!

Echaron abajo la puerta a patadas. Centellearon los estiletes.

—¡Muerte! ¡Muerte al verdugo sanguinario!

—¿Cof, cof? —Ori Reuven levantó de los papeles sus ojos miopes y lacrimosos—. ¿Qué deseáis? ¿En qué puedo, cof, cof, serviros?

Los asesinos, en su empuje, derribaron la puerta que daba a las habitaciones privadas de Dijkstra y las recorrieron como ratas, examinando hasta el último rincón. Arrojaron al suelo los gobelinos, cuadros y paneles destrozados. Con los estiletes desgarraron las cortinas y la tapicería.

—¡No está! —gritó uno, entrando en el despacho—. ¡No está!

—¿Dónde está? —dijo, soltando salivazos, el cabecilla, inclinándose sobre Ori. Le estaba taladrando con la mirada, por las aberturas de la máscara negra—. ¿Dónde está ese perro sanguinario?

—No está —respondió tranquilamente Ori Reuven—. Ya lo estáis viendo.

—¿Dónde está? ¡Habla! ¿Dónde está Dijkstra?

—¿Acaso soy yo, cof, cof —tosió Ori—, el guardián de mi hermano?

—¡Morirás, viejo!

—Soy un anciano. Estoy enfermo. Y muy cansado. Cof, cof. No tengo miedo ni de vosotros ni de vuestros cuchillos.

Los matones abandonaron el cuarto a la carrera. Desaparecieron tan deprisa como habían llegado.

No mataron a Ori Reuven. Cumplían órdenes. Y entre sus órdenes no había ninguna concerniente a Ori Reuven.

Oribasius Gianfranco Paolo Reuven, licenciado en leyes, pasó seis años en distintas prisiones, interrogado reiteradamente por los sucesivos jueces de instrucción, los cuales le hacían preguntas sobre los temas más diversos, que a menudo no parecían tener el menor sentido.

Después de seis años le pusieron en libertad. En esos momentos estaba muy enfermo. El escorbuto le había dejado sin dientes, la anemia sin pelo, el glaucoma sin vista, el asma sin respiración. Durante los interrogatorios le habían roto los dedos de las dos manos.

Vivió menos de un año en libertad. Falleció en el asilo de un santuario. En la miseria. Olvidado.

El manuscrito de su obra *Gente de la sombra, o Historia de los servicios secretos reales* desapareció sin dejar rastro.

El cielo clareaba por el este, sobre las cumbres apuntaba una pálida aureola, preludio del alba.

Hacía ya un buen rato que reinaba el silencio en torno a la hoguera. El peregrino, el elfo y el rastreador contemplaban el fuego agonizante sin decir nada.

También en Elskerdeg reinaba el silencio. El espectro aullador había seguido su camino, cansado de aullar para nada. Debía de haber comprendido por fin que los tres individuos sentados junto al fuego habían asistido a demasiados horrores en los últimos tiempos como para preocuparse por un simple espectro.

—Si hemos de viajar juntos —dijo de pronto Boreas Mun, con la vista puesta en las brasas de la hoguera, rojas como rubíes—, debiéramos superar los recelos. Dejemos atrás todo lo ocurrido. El mundo ha cambiado. Tenemos por delante una nueva vida. Algo ha terminado, algo empieza… Nos espera…

Se interrumpió, tosió. No estaba acostumbrado a hablar de ese modo, tenía miedo de hacer el ridículo. Pero sus compañeros no se lo estaban tomando a broma ni de casualidad. Al contrario, Boreas sintió la cordialidad que emanaba de ellos.

—Nos espera el desfiladero de Elskerdeg —prosiguió con voz más segura—, y más allá Zerrikania y Hakland. Nos espera un largo y peligroso camino. Si vamos a recorrerlo juntos… hay que superar los recelos.

» Me llamo Boreas Mun.

El peregrino del sombrero de ala ancha se puso de pie, enderezando su poderosa figura, y estrechó la mano tendida hacia él. El elfo también se levantó. Apareció una extraña mueca en su rostro macabramente desfigurado.

Tras darle la mano al rastreador, el peregrino y el elfo se tendieron las diestras.

—El mundo ha cambiado —dijo el peregrino—. Algo ha terminado. Me llamo… Segi Reuven.

—Algo empieza. —El elfo compuso un gesto en su rostro marcado, dibujando algo que, a todos los efectos, era una sonrisa—. Me llamo… Wolf Isengrim.

Se estrecharon la mano deprisa, con fuerza, hasta con brusquedad.

Por un momento pareció aquello el preámbulo de un combate, más que un gesto de concordia. Pero sólo por un momento. Un leño de la hoguera despidió unas chispas, festejando el acontecimiento con unos alegres fuegos artificiales.

—Que el diablo me lleve —Boreas Mun sonrió abiertamente—, si no es el comienzo de una hermosa amistad.

Capítulo undécimo

...y como a otros Fieles, también a Santa Filipa mancillaron, diciendo que a la traición al reino se prestara, llamando al tumulto y a la sedición, alborotando a las gentes todas e incitando a la revuelta. Wilmeryus, herético y sectario, que se diera a sí mismo el título de arcipreste, ordenó prender a la Santa, y arrastrola a una triste y oscura prisión donde la mortificó con frío y pestilencias, y demandábale que admitiera sus pecados y confesara cuanto hiciera. Y mostró Wilmeryus a la Santa Filipa instrumentos varios de tormento y amenazola reciamente, mas la Santa otra cosa no hizo sino escupirle en el semblante y acusarlo de sodomía.

Mandó, pues, el hereje despojarla de sus vestiduras y así, desnuda, azotarla sañudamente con flagelos de buey y dañarla crudamente so las uñas. Y no paraba de preguntarle y de apremiarla, diciéndole que renegase de su fe y de su Diosa. Mas la Santa echóse a reír y aconsejole que se alejara.

Dispuso entonces él que llevaran a la Santa a una cámara preparada para el tormento, y desgarráronle el cuerpo todo con anzuelos y con ganchos aguzados y quemáronle con cirios los costados. Mas, sufriendo así martirio, la Santa mostró en su cuerpo mortal una entereza inmortal. Tanto que los verdugos desfallecieron y con grande espanto retrocedieron, pero Wilmeryus severamente reprendiolos y ordenoles que no la dejasen de atormentar y que las manos con fuerza le sujetasen. Empezaron, pues, a quemar a Santa Filipa con planchas ardientes, a dislocarle los miembros y a tirar de los sus pechos con unas tenazas. Y con esas torturas finó, sin confesar nada.

Y de Wilmeryus, el impúdico herético, leemos en los libros de nuestros Santos Padres que más tarde sufriera castigo, y fue que los piojos y los vermes cubriéronlo y atormentáronlo, hasta que todo él

corrompiose y pereció. Y comoquier que apestaba como un can, no le pudieron dar sepultura y hubieron de arrojarlo a un río.
Por ende, sean para la Santa Filipa la alabanza y la corona del martirio, para la Diosa Madre la gloria por los siglos, y para nosotros la sabiduría y las enseñanzas. Amén.

Vida de Santa Filipa mártir, redactada en Mons Calvus en tiempos remotos, a partir de los libros martiriales compilados en el Breviario de Tretogor, basados en los muchos Santos Padres que la alaban en sus escritos.

*****

Iban a todo correr, como locos, a tumba abierta. Galopaban en días que palpitaban ya con la primavera. Los caballos volaban, y las gentes, alzando a su paso el cuello y la espalda, encorvadas en la dura faena, no daban crédito a sus ojos: ¿eran jinetes o espectros?

Galopaban de noche, en las oscuras y húmedas noches de tibias lluvias. Pasaban despertando a las gentes que, incorporadas en el lecho, miraban aterradas a su alrededor, luchando contra un dolor que les ahogaba, que les crecía en la garganta y en el pecho. Saltaban de la cama al oír el golpeteo de los postigos, el llanto de los niños desvelados, el aullido de los perros. Juntaban la cara a la ventana, sin dar crédito a sus ojos: ¿eran jinetes o espectros?

En Ebbing empezaron a circular historias sobre los tres demonios.

El trío de jinetes surgió súbitamente, de la nada, como por arte de magia, pillando por sorpresa al Cojo, que no tuvo ocasión de escapar. Tampoco tenía a quién pedir ayuda. Más de quinientos pasos separaban al tullido de las primeras casas del pueblo. Pero, aunque hubieran estado más próximas, pocas probabilidades había de que alguno de los habitantes de Los Celos hubiera acudido a sus gritos de socorro. Era la hora de la siesta, que en Los Celos duraba desde antes del mediodía hasta la caída de la tarde. Aristóteles Bobeck, apodado el Cojo, mendigo y filósofo local, sabía de sobra que a la hora de la siesta los habitantes de Los Celos no reaccionaban ante nada.

Los jinetes eran tres. Dos mujeres y un hombre. El hombre tenía los cabellos blancos y llevaba una espada echada a la espalda. Una de las mujeres, la mayor, vestida de blanco y negro, tenía el pelo como el azabache, ensortijado. A la más joven, de cabellos lisos color ceniza, la afeaba una cicatriz en la mejilla izquierda. Montaba una preciosa yegua mora. El Cojo tenía la sensación de haber

visto ya antes esa yegua.

Fue la jovencita, precisamente, la que se dirigió primero a él.

—¿Eres de aquí?

—¡Inocente soy! —Al Cojo le castañeteaban los dientes—. ¡Nomás colmenillas ando cogiendo! ¡Por compasión, no hagáis mal a un tullido!

—¿Eres de aquí? —repitió su pregunta, pero sus verdes ojos brillaron de un modo amenazante. El Cojo se contrajo.

—Sí, sí, noble señora —balbuceó—. De aquí, por éstas. Y aquí mismo naciera, en Birka, o sea, en Los Celos. Y raro será que no me toque aquí diñarla…

—El año pasado, en verano y otoño, ¿estabas por aquí?

—¿Y dónde iba a estar si no?

—Responde a lo que te pregunto.

—Aquí estaba, noble señora.

La yegua mora sacudió la cabeza, aguzó las orejas. El Cojo sintió encima de él las miradas punzantes como espinas de erizo de los otros dos jinetes: la morena y el albino. El albino era el que más miedo le daba.

—El año pasado —le contó la muchacha de la cicatriz—, en el mes de septiembre, más concretamente el nueve de septiembre, durante el primer cuarto de la luna, aquí asesinaron a seis jóvenes. Cuatro muchachos… y dos chicas. ¿Te acuerdas?

El Cojo tragó saliva. Ya hacía un rato que lo sospechaba, ahora ya sabía, ahora estaba seguro.

La chica había cambiado. Y no se trataba tan sólo de aquella cicatriz en la cara. No era la misma que entonces, cuando chilló prendida al atadero de los caballos, viendo cómo Bonhart les cortaba la cabeza a los Ratas muertos. Nada que ver con la de entonces, cuando el cazador, en la posada La Cabeza de la Quimera, la desnudó y la golpeó. Solo esos ojos… esos ojos no habían cambiado.

—Responde —le apremió con rudeza la otra mujer, la morena—. Te han hecho una pregunta.

—Claro que me acuerdo, nobles señores —aseguró el Cojo—. Y cómo no me iba a acordar. Mataron a seis mozuelos. Cierto, el año pasado fue. En setiembre.

La chica estuvo un buen rato callada. No le miraba a él, miraba hacia algún punto en la distancia, por encima de sus hombros.

—Entonces, seguro que sabes… —dijo por fin, haciendo un esfuerzo—. Seguro que sabes dónde están enterrados esos jóvenes. Al pie de qué empalizada… En qué basurero o en qué estercolero… O si quemaron sus cuerpos… Si los llevaron al bosque, dejándoselos a los zorros y a los lobos… Me vas a enseñar ese lugar. Me vas a conducir hasta allí. ¿Entendido?

—Sí, noble señora. Seguirme, hacer la merced. Además, cerca está.

Fue cojeando levemente, sintiendo en el cogote el cálido aliento de los

caballos. No se volvió a mirarles. Algo le decía que no era buena idea.

—Es ahí —dijo por fin, haciendo una señal—. El camposanto de los Celos, en la arbolea. Y aquellos por los que preguntasteis, noble señora Falka, ahí mismo andan enterrados.

La muchacha suspiró ruidosamente. El Cojo miró a hurtadillas y vio cómo le cambiaba la cara. El del pelo blanco y la morena no decían nada, esperaban con el rostro impertérrito.

La chica estuvo un buen rato mirando el pequeño túmulo, hermoso, recto, hecho con esmero, construido con bloques de arenisca y losas de espato y de pizarra. El abeto que había adornado el túmulo en su momento estaba descolorido. Las flores que alguien había depositado hacía tiempo estaban ahora secas y amarillentas.

La muchacha bajó del caballo.

—¿Quién…? —preguntó en voz baja, sin dejar de mirar, sin volver la cabeza.

—Pues —el Cojo se aclaró la voz— mucha gente de Los Celos contribuyó. Pero la que más la viuda Goulue. Y el joven Nycklar. La viuda mujer de gran corazón fue siempre… Y Nycklar… Sus pesadillas le traían mártir. No le dejaban en paz. Hasta que no enterraron como es debido a los muertos…

—¿Dónde puedo encontrar a la viuda y a ese tal Nycklar?

El Cojo estuvo un largo rato callado.

—La viuda anda acá enterrada, tras de ese abedul torcido —dijo finalmente, mirando sin temor a los verdes ojos de la chica—. Murió de neumonía este invierno. En cuanto a Nycklar, se alistó y marchó por ahí, a otras tierras… Dicen que ha caído en la guerra.

—Ya casi se me había olvidado —susurró la chica—. Ya casi se me había olvidado que su suerte había quedado ligada a la mía.

Se acercó al túmulo y se arrodilló o, más bien, se tiró al suelo de rodillas. Se inclinó mucho, casi hasta tocar las piedras de la base con la frente. El Cojo vio cómo el peliblanco hacía un movimiento, como queriendo desmontar del caballo, pero la mujer morena le sujetó del brazo, deteniéndole con el gesto y con la mirada.

Los caballos resoplaron, sacudieron la cabeza, haciendo tintinear los anillos de los bocados.

La muchacha estuvo mucho, muchísimo tiempo arrodillada al pie del túmulo, con la cabeza muy baja, moviendo los labios en una especie de muda letanía.

Titubeó al ponerse de pie. Con un movimiento reflejo, el Cojo la agarró. De una fuerte sacudida, ella se soltó el codo, le dirigió una mirada hostil a través de las lágrimas. Pero no dijo ni palabra. Incluso, cuando el hombre le sujetó el estribo, le dio las gracias con una leve inclinación de la cabeza.

—Sí, noble doncella Falka —dijo, venciendo sus temores—. Qué extraña revuelta del destino. Sufristeis entonces una opresión espantosa, durante aquel

aprendizaje tan cruel… Muy poca gente, aquí en Los Celos, creía que saldríais viva… Más aquí estáis, sana y salva, mientras que Goulue y Nycklar se fueron al otro barrio… No me tenéis siquiera a quién darle las gracias, ¿eh? A quién poder expresarle vuestra gratitud por lo del túmulo…

—No me llamo Falka —dijo bruscamente—. Me llamo Ciri. Y en lo tocante a nuestra gratitud…

—Honrados sentíos con ella —intervino con frialdad la morena. Había algo en su voz que hizo estremecerse al Cojo—. Por este pequeño túmulo —siguió diciendo, marcando mucho las palabras—. Por vuestra humanidad, por vuestra dignidad y decencia humanas, todos los vecinos de este poblado podéis contar con nuestro favor, gratitud y benevolencia. No os podéis imaginar hasta qué punto.

El nueve de abril, poco después de medianoche, a los primeros habitantes de Claremont les despertó una claridad repentina, un resplandor rojo que golpeó las ventanas e irrumpió en sus casas. Al resto de lugareños les sacaron de la cama los alaridos, el alboroto y los toques furibundos de la campana tocando a rebato.

Sólo estaba ardiendo un edificio. Una gran construcción de madera que en otros tiempos había sido un templo, consagrado a una divinidad cuyo nombre apenas recordaban ya las más ancianas. Un templo se había convertido después en un anfiteatro, donde se celebraban de vez en cuando espectáculos circenses, combates y otras diversiones capaces de sacar al pueblo de Claremont del tedio, la melancolía y la modorra.

Ese anfiteatro era ahora pasto de las llamas y sufría las sacudidas de las explosiones. Por todas las ventanas salían despedidas deshiladas lenguas de fuego de varios codos de largo.

—¡Auxiiiliooo! —chillaba el propietario del anfiteatro, el mercader Houvenaghel, que no paraba de correr, agitando los brazos y sacudiendo su enorme panza. Llevaba un gorro de dormir y una pesada delia echada por encima del camisón. Iba amasando con los pies descalzos el estiércol y el barro de la calle—. ¡Auxiliooo! ¡Vecinooos! ¡Aguaaa!

—Castigo divino —sentenció con tono autoritario una de las más viejas del lugar—. Por tanto escándalo como han dado en ese templo…

—Bien decís, señora. ¡Tenía que ocurrir!

El calor se dejaba sentir entre el rugido de las llamas del teatro, apestaba a orines de caballo evaporados de los charcos, silbaban las chispas. De pronto saltó el viento, no se sabía en qué dirección.

—¡Auxiiiliooo! —bramaba Houvenaghel como un salvaje, viendo que el fuego pasaba a la fábrica de cerveza y al granero—. ¡Vecinooos! ¡Traed cubos! ¡Cubooos!

No faltaron voluntarios. Claremont tenía incluso su propio cuerpo de bomberos, dotado y mantenido por Houvenaghel. Hicieron todo lo que estaba en su mano para apagar el fuego. Pero fue inútil.

—No damos abasto… —se lamentaba el jefe de los bomberos, limpiándose el rostro cubierto de ampollas—. No es fuego corriente… ¡Es algo diabólico!

—Magia negra… —Otro de los bomberos se ahogaba con el humo.

Procedente del interior del anfiteatro, se oía el tremendo crujido de los cabrios, caballetes y pilares al resquebrajarse. Hubo estampidos, estallidos, chasquidos, bramidos, y una enorme columna de fuego se elevó hacia el cielo. El tejado implosionó, cayendo sobre la arena del anfiteatro. El edificio entero se inclinó: podría decirse que estaba saludando al público, al que había dado diversión por última vez, ofreciéndole un espectáculo impactante, de una fogosidad extraordinaria.

Y después las paredes se vinieron abajo.

Los esfuerzos de los bomberos y de los equipos de socorro permitieron salvar de las llamas medio granero y una pequeña parte de la fábrica de cerveza.

Amanecía un día maloliente.

Houvenaghel estaba sentado en medio del barro y las cenizas, con el gorro de noche tiznado y la delia de abortón. Lloraba amargamente, hacía pucheros como un crío.

Naturalmente, tenía asegurados el teatro, la fábrica de cerveza y el granero. El problema estaba en que la compañía de seguros también era propiedad de Houvenaghel. Nada, ni siquiera el fraude fiscal, le podría compensar mínimamente por las pérdidas.

—Y ahora, ¿adónde? —preguntó Geralt, contemplando la columna de humo que empañaba con su suciedad el sonrosado cielo matinal—. ¿A quién más quieres visitar, Ciri?

Ella le miró, y él no tardó en arrepentirse de habérselo preguntado. De repente, le entraron ganas de abrazarla, soñó con estrecharla en sus brazos, dándole su calor, acariciándole el cabello. Para protegerla. Para impedir que nunca, nunca más, volviera a estar sola. Para que no volviera a sufrir ningún mal. Para que no volviera a ocurrir nada que le hiciera ansiar la venganza.

Yennefer callaba. Yennefer callaba muy a menudo últimamente.

—Ahora —dijo tranquilamente Ciri— vamos a ir a una aldea llamada Licornio. El nombre se debe a un unicornio de paja que protege la localidad. Un pobre y ridículo monigote. Me gustaría que, como recuerdo de lo que allí ocurrió, los habitantes tuvieran… bueno, si no uno más valioso, sí por lo menos un tótem de mejor gusto. Cuento contigo, Yennefer, porque, sin magia…

—Muy bien, Ciri. ¿Y después?

—Los cenagales de Pereplut. Confío en que seré capaz de… de encontrar esa cabaña en mitad de los pantanos. En ella encontraremos los restos de un hombre. Quiero que esos restos descansen en una tumba decente.

Geralt no decía nada. Y no apartaba la mirada.

—Después —prosiguió Ciri, aguantándole la mirada sin la menor dificultad— pasaremos por la aldea de Dun Dâre. La posada, seguramente, la habrán quemado, y no me extrañaría que hubieran asesinado al posadero. Por culpa mía. Me cegaron el odio y el afán de venganza. Intentaré agradecérselo de algún modo a la familia.

—Eso —intervino Geralt— ya no tiene remedio.

—Lo sé —respondió de inmediato, con dureza, casi con rabia—. Pero me presentaré ante esa gente con toda humildad. Siempre recordaré la expresión de sus ojos. Tengo la esperanza de que ese recuerdo pueda preservarme de errores semejantes. ¿Lo entiendes, Geralt?

—Sí que lo entiende, Ciri —dijo Yennefer—. Los dos te entendemos, hija. Créeme. Vamos.

Los caballos volaban, como arrastrados por el viento. Por un remolino mágico. Un trotamundos que marchaba por la carretera, alarmado por el paso vertiginoso de los tres jinetes, levantó la cabeza. Levantó también la cabeza un comerciante que viajaba en su carro cargado de mercancías, un malhechor que huía de la justicia, un colono que se había echado al camino: los políticos le habían forzado a abandonar las tierras que había colonizado en su día, fiándose de las palabras de otros políticos. Levantaron la cabeza un vagabundo, un desertor y un peregrino con su bordón. Levantaron la cabeza asombrados, asustados. Sin dar crédito a sus ojos.

En Ebbing y Geso empezaron a circular historias. Sobre la Persecución Salvaje. Sobre los Tres Jinetes Fantasmas.

Historias pensadas y urdidas en los atardeceres, en estancias que olían a manteca fundida y a cebolla frita, en salas de reuniones, en posadas llenas de humo, en fondas, en chozas, en pegueras, en alquerías en medio del bosque y en puestos fronterizos. Historias en las que se contaba mucho, se inventaba mucho, se disparataba mucho. De la guerra. Del heroísmo y la caballería. De la amistad y la enemistad. De la villanía y la traición. Del amor fiel y sincero, del cariño que siempre se impone. Del crimen y del castigo, que siempre aguarda a los criminales. De la justicia, que siempre es justa.

De la verdad, que, como el aceite, siempre sale a flote.

Se inventaban patrañas, y se disfrutaba de esas fábulas. Se gozaba con la pura fantasía. Porque fuera, en la vida real, todo funcionaba justo al revés.

La leyenda crecía. Los oyentes, en auténtico trance, se quedaban embobados

con las enfáticas palabras del cuentista que les narraba la historia del brujo y la hechicera. La historia de la Torre de la Golondrina. De Ciri, la bruja de la cicatriz en la cara. De Kelpa, la yegua mora hechizada.

De la Dama del Lago.

Eso vino más tarde, al cabo de los años. Al cabo de muchos, muchos años.

Pero, por el momento, como la semilla empapada por una lluvia tibia, la leyenda germinaba y crecía entre las gentes.

Sin darse ni cuenta, había llegado mayo. Lo notaron primero por las noches, brillantes y resplandecientes con los lejanos fuegos de Belleteyn. Cuando Ciri, con rara excitación, saltó a lomos de Kelpa y galopó en dirección a las hogueras, Geralt y Yennefer aprovecharon aquellos momentos de intimidad. Tras quitarse la ropa estrictamente necesaria, se amaron sobre una zamarra extendida en el suelo. Se amaron con premura, enajenados, en silencio, sin palabras. Se amaron deprisa, de cualquier manera. Deseosos de más y más.

Y, cuando llegó la calma, los dos, temblorosos y besándose las lágrimas, se asombraron mucho al comprobar cuánta dicha les había traído aquel amor hecho de cualquier manera.

—¿Geralt?

—Dime, Yen.

—Cuando yo… Cuando no estábamos juntos, ¿estuviste con otras mujeres?

—No.

—¿Ni una vez?

—Ni una sola.

—Ni siquiera te ha temblado la voz. No entiendo por qué no te creo.

—Siempre pensaba solamente en ti, Yen.

—Ahora ya te creo.

Sin darse ni cuenta, había llegado mayo. También lo notaron de día. Las cerrajas moteaban de amarillo los prados. En los huertos los árboles se volvían afelpados y se iban cuajando de flores. Los robledales, demasiado augustos para andarse con prisas, seguían estando oscuros y desnudos, pero ya se cubrían de una neblina verde, y en las lindes del bosque relucían las manchas verdosas de los abedules.

Cierta noche, estando acampados en una hondonada llena de sauces, el brujo

tuvo un sueño inquietante. Una pesadilla, en la que se veía paralizado e inerme, mientras una enorme lechuza gris le arañaba el rostro con sus garras y le buscaba los ojos con su pico curvo y afilado. Se despertó. Pero no estaba seguro de si no había pasado de una pesadilla a otra pesadilla.

Surgió sobre su campamento un torbellino de luz, que puso nerviosos a los caballos, haciéndolos revolverse y bufar. En esa luz se podía ver una especie de interior, algo cuya forma recordaba a una sala de un castillo sostenida por una columnata negra. Geralt vio una gran mesa, en torno a la cual había diez personas sentadas. Diez mujeres.

Escuchó sus palabras. Retazos de palabras.

... tienes que traerla hasta nosotras, Yennefer. Te lo ordenamos.

No podéis darme órdenes. ¡No podéis darle órdenes a ella! ¡No tenéis ningún poder sobre ella!

No les tengo miedo, madre. No pueden hacerme nada. Si así lo desean, me presentaré ante ellas.

...se reúne el primero de junio, con la luna nueva. Os ordenamos a las dos que os presentéis. Os advertimos de que castigaremos la desobediencia.

Allí estaré sin falta, Filippa. Que ella siga un poco más a su lado. Que él no esté solo. Sólo por unos días. Yo acudiré de inmediato. Como rehén, en señal de buena voluntad. Atiende mi ruego, Filippa. Te lo pido por favor.

La luz empezó a latir. Los caballos resoplaron enloquecidos, patearon con fuerza con los cascos.

El brujo se despertó. Esta vez de verdad.

Al día siguiente Yennefer confirmó sus aprensiones. Tras una larga charla por separado con Ciri.

—Me marcho —dijo secamente, sin más preámbulos—. Tengo que hacerlo. Ciri se quedará contigo. Por un tiempo. Después la llamaré, y ella también se vendrá. Y más tarde volveremos a encontrarnos los tres.

Geralt asintió con la cabeza. De mala gana. Ya estaba harto de asentir en silencio. De estar de acuerdo con todo lo que le comunicaba, con todo lo que decidía. Pero asintió. La quería, pasara lo que pasara.

—Es un imperativo —le explicó con dulzura— al que no hay modo de oponerse. Tampoco es posible aplazarlo. Hay que limitarse a cumplirlo. Por otra parte, también lo hago por ti. Por tu bien. Y sobre todo por el bien de Ciri.

Geralt asintió con la cabeza.

—Cuando volvamos a encontrarnos —siguió con más dulzura aún—, te compensaré por todo esto, Geralt. Ha habido demasiados silencios, demasiadas medias palabras entre nosotros. Y ahora, en lugar de asentir con la cabeza, abrázame y bésame.

La obedeció. La quería, pasara lo que pasara.

—Y ahora, ¿adónde? —preguntó Ciri secamente, muy poco después de que Yennefer desapareciera dentro del resplandor del teleportal ovalado.

—Este río… —Geralt se aclaró la voz, tratando de sobreponerse al dolor en la boca del estómago que le dejaba sin aliento—. Este río que estamos remontando es el Sansretour. Lleva hasta un país que quiero enseñarte sin falta. Porque es el país de los cuentos.

Ciri se entristeció. Geralt vio cómo apretaba los puños.

—Todos los cuentos —dijo entre dientes— terminan mal. Y el país de los cuentos no existe.

—Sí que existe. Ya lo verás.

Era el primer día después del plenilunio cuando divisaron Toussaint, bañado en el verdor y los rayos del sol. Cuando divisaron las colinas, las laderas, los viñedos. Los tejados de las torres y de los castillos, brillantes tras la llovizna matinal.

La vista no les decepcionó. Les causó impresión. Como siempre.

—¡Qué preciosidad! —dijo Ciri entusiasmada—. ¡Caray! Esos castillos parecen de juguete… Son como las figuritas de azúcar de las tartas… ¡Dan ganas de chuparlos!

—El arquitecto es el mismísimo Faramond —le informó Geralt, con tono erudito—. Espérate a ver de cerca el palacio y los jardines de Beauclair.

—¿El palacio? ¿Vamos a palacio? ¿Conoces al rey de este país?

—Es una condesa.

—Y esa condesa —preguntó mordaz, mirándole detenidamente a través del flequillo—, ¿no tendrá ojos verdes? ¿O una melenita morena?

—No —la cortó, apartando la mirada—. No se parece en nada. No sé de dónde te has sacado…

—Déjalo, Geralt, ¿vale? Entonces, ¿cómo es esa condesa que manda aquí?

—Como ya te he dicho, la conozco. Un poco. Pero no demasiado bien… ni de demasiado cerca, si es eso lo que quieres saber. En cambio, conozco muy bien al conde consorte, o aspirante a serlo. Tú también lo conoces, Ciri.

Ciri espoleó a Kelpa, haciéndola danzar por la calzada.

—¡No me hagas sufrir!

—Jaskier.

—¿Jaskier? ¿Con la condesa? ¿Cómo es posible?

—Es una larga historia. Le dejamos aquí, en compañía de su amada. Le prometimos que pasaríamos a verle, ya de vuelta, cuando…

Se calló y se puso muy serio.

—Ya no hay nada que hacer —dijo Ciri en voz baja—. No te tortures, Geralt. No es culpa tuya.

Sí es culpa mía, pensó. *Mía. Jaskier me preguntará. Y yo tendré que contestar.*

Milva. Cahir. Regis. Angoulême.

La espada es un arma de dos filos.

Ah, por todos los dioses, ya basta. Ya basta. ¡Hay que acabar con esto de una vez por todas!

—Vamos, Ciri.

—¿Con estos vestidos? —protestó—. ¿A palacio?

—No veo nada indecoroso en nuestros vestidos —la interrumpió—. No vamos a presentar nuestras credenciales. Ni a un baile. Y a Jaskier podemos verle en las cuadras, si hace falta… Además —añadió, viendo que Ciri estaba de morros—, tengo que ir primero a la ciudad, al banco. Saco algo de dinero, y en la plaza, en el mercado de paños, hay un montón de sastres y de modistas. Te compras lo que quieras y te arreglas a tu gusto.

—¿Tanto dinero tienes? —preguntó en tono de broma, torciendo la cabeza.

—Cómprate lo que quieras —repitió—. Como si quieres un manto de armiño. O unos zapatos de basilisco. Conozco a un zapatero al que le deben de quedar existencias.

—¿Cómo has ganado tanto?

—Matando. Vamos, Ciri, no perdamos el tiempo.

En la sucursal del banco de los Cianfanelli, Geralt solicitó una transferencia y una asignación de crédito, cobró un cheque bancario y sacó algo de efectivo. Escribió unas cartas que debían añadirse al correo urgente con destino a la otra orilla del Yaruga. Declinó cortésmente la invitación a comer con la que quería agasajarle el servicial y hospitalario banquero.

Ciri le esperaba en la calle, vigilando los caballos. La calle, vacía poco antes, estaba ahora abarrotada de gente.

—Se ve que hemos coincidido con alguna fiesta. —Ciri señaló con la cabeza a la multitud que se dirigía hacia la plaza—. Igual es día de mercado…

Geralt echó un rápido vistazo.

—Eso no es un mercado.

—Ah… —Ciri también miró, poniéndose de pie sobre los estribos—. No me digas que es otra…

—Otra ejecución —confirmó Geralt—. El más popular de los pasatiempos en esta posguerra. ¿Cuántas hemos visto ya, Ciri?

—Por deserción, por traición, por cobardía ante el enemigo —recitó de corrido—. Y por delitos económicos.

—Suministro de bizcochos mohosos al ejército —precisó el brujo, asintiendo

con la cabeza—. Triste suerte la del mercader avispado en tiempos de guerra.

—Aquí no van a despachar a un mercachifle. —Ciri tiró de las riendas de Kelpa, sumergida en medio de la muchedumbre como en un ondulante campo de trigo—. Fíjate: han cubierto el cadalso con una tela, y el verdugo tiene una capucha nueva y reluciente. Se van a cargar a alguien importante, a un barón por lo menos. Así que puede que se trate de algún acto de cobardía ante el enemigo.

—Toussaint —Geralt negó con la cabeza— no tenía tropas con las que hacer frente a ningún enemigo. No, Ciri, me imagino que tendrá que ver, una vez más, con la economía. Debe de ser alguno que haya hecho trampas con el comercio de su célebre vino, base de la economía local. Muévete, Ciri. No nos vamos a quedar a ver el espectáculo.

—¿Y cómo quieres que me mueva?

Efectivamente, era imposible seguir cabalgando. Sin darse ni cuenta, se habían quedado atrapados en mitad del gentío reunido en la plaza, y así, varados entre la multitud, les resultaba imposible cruzar al otro lado. Geralt soltó un taco y echó la vista atrás. Por desgracia, tampoco era posible retroceder, pues las oleadas de gente que seguían afluyendo a la plaza habían taponado por completo el acceso a sus espaldas. Por un momento, la muchedumbre les arrastró como un río, pero el movimiento cesó en cuanto el vulgo se topó con el compacto muro de alabarderos que rodeaba el cadalso.

—¡Ahí vienen! —se oyó gritar, y empezaron los murmullos y los movimientos de vaivén de la multitud, que se hizo eco de aquel grito—: ¡Ahí vienen!

El golpeteo de los cascos y el traqueteo del carro quedaban totalmente tapados por el runrún del gentío, que parecía el zumbido de un abejorro. Por eso, les pilló de sorpresa la aparición, desde un callejón, de un carro con adral, tirado por dos caballos, en el que, manteniendo a duras penas el equilibrio, venía…

—Jaskier… —dijo Ciri, en tono lastimero.

Geralt, de repente, se encontró mal. Fatal.

—Es Jaskier —repitió Ciri con la voz demudada—. Sí, sí, es él.

Es injusto, pensó el brujo. *Es una injusticia como la copa de un pino. No puede ser. No debería ser así. Ya sé que sería estúpido e ingenuo pensar que algo alguna vez ha dependido de mí, que yo he podido influir en alguna medida en el destino de este mundo, que este mundo me debe algo. Ya sé que eso serían ideas ingenuas, por no decir petulantes… ¡Pero si todo eso yo ya lo sé! ¡Nadie me tiene que convencer! ¡Nadie me lo tiene que demostrar! Sobre todo, de este modo…*

¡Esto es injusto!

—No puede ser Jaskier —dijo con voz apagada, mirando a las crines de Sardinilla.

—Es Jaskier —repitió Ciri—. Geralt, tenemos que hacer algo.

—¿Qué? —preguntó con amargura—. Dime qué.

Unos soldados sacaron a Jaskier del carro, tratándole, eso sí, con sorprendente cortesía, sin brutalidad, con deferencia incluso, tanta como podían permitirse. Al pie de la escalera que subía al cadalso le desataron las manos. A continuación, Jaskier se rascó el trasero con desenvoltura y, sin darse ninguna prisa, empezó su ascensión.

Uno de los peldaños tembló de repente y la barandilla, formada por una vara pelada, se combó. Jaskier estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Esto hay que arreglarlo! ¡Ya veréis cómo alguien acaba por matarse con estas escaleras! ¡Y sucederá una desgracia!

Dos ayudantes del verdugo, que vestían unas almillas sin mangas, se ocuparon de subir a Jaskier al tablado. El verdugo, ancho de espaldas como la torre del homenaje de un castillo, miraba al reo a través de una abertura de la capucha. A su lado había un tipo con una rica, aunque fúnebre, vestimenta negra. Su cara no era menos fúnebre.

—¡Honorables señores y burgueses de Beauclair y sus alrededores! —empezó a leer un pergamino desenrollado, con voz fuerte pero luctuosa—. Se hace saber que Julián Alfred Pankratz, vizconde de Lettenhove, alias Jaskier…

—¿Pancracio qué más? —preguntó Ciri en un susurro.

—… de acuerdo con el fallo del tribunal supremo de este condado ha sido declarado culpable de todos los crímenes, delitos y fechorías que se le imputaban, a saber: ultraje a su majestad, traición al estado, ítem más, deshonra al estamento nobiliario a través del perjurio, el libelo, la difamación y la calumnia, ítem más, disipación e indecencia, otrosí, vida licenciosa, o sea, afición al putiferio. El tribunal ha decidido, en consecuencia, condenar al vizconde Julián et caetera a las penas siguientes. Primo: a la denigración de su blasón, señalándose el escudo con una línea negra oblicua. Secundo: a la confiscación de su fortuna, tierras, bienes, arboledas, bosques, fortalezas…

—¿Fortalezas? —exclamó el brujo—. ¿Qué fortalezas?

Jaskier soltó una risa descarada. Se notaba a las claras, por la expresión de su rostro, que la confiscación decretada por el tribunal le hacía verdadera gracia.

—Tertio: a la pena capital. Nuestra benigna soberana, su señoría Anna Henrietta, condesa de Toussaint y castellana de Beauclair, ha tenido a bien conmutar la pena prevista para los susodichos crímenes, a saber, el arrastre por caballos, la rueda y el descuartizamiento, sustituyéndola por la de decapitación por hacha. ¡Hágase justicia!

La multitud soltó algunos gritos incoherentes. Las mujeres que estaban en primera fila empezaron a quejarse con la boca chica y a lamentarse hipócritamente. A los niños pequeños los cogían en brazos o a hombros para que no se perdieran nada del espectáculo. Los ayudantes del verdugo llevaron rodando hasta el centro del cadalso un segmento de un tronco y lo cubrieron con un paño. Se produjo mucho revuelo cuando alguien birló el cesto de mimbre

destinado a recoger la cabeza cortada, pero enseguida encontraron otro.

Al pie del cadalso cuatro golfillos desharrapados extendieron un mantón, para recoger en él la sangre. Había mucha demanda de esa clase de souvenires, así que se podía ganar una buena pasta con eso.

—Geralt. —Ciri no levantaba la cabeza gacha—. Tenemos que hacer algo…

Geralt no le contestó.

—Quiero dirigirme a la gente —declaró Jaskier con orgullo.

—Que sea breve, vizconde.

El poeta se colocó al borde del tablado, levantó los brazos. La muchedumbre empezó a murmurar y acabó por callarse.

—Eh, vecinos —gritó Jaskier—. ¿Qué tal? ¿Cómo va la cosa?

—Bueno, vamos tirando —se animó a comentar uno de las filas de atrás, rompiendo un largo silencio.

—Eso está muy bien —asintió el poeta—. Me alegro mucho. Bueno, ahora ya podemos empezar…

—Maestro sayón —dijo con estudiado énfasis el alguacil—. ¡Cumple con tu deber!

El verdugo se acercó y, siguiendo una antigua tradición, se arrodilló ante el reo e inclinó la cabeza encapuchada.

—Dadme vuestro perdón, buen hombre —le pidió en tono sepulcral.

—¿Yo? —Jaskier se sorprendió—. ¿A ti?

—Ajá.

—Y una polla.

—¿Eeeh?

—Que no te perdono en la vida. ¿Por qué te iba a perdonar? ¡Ya lo habéis visto, el tío cachondo! Me va a cortar la testa dentro de un segundo, ¿y yo le tengo que perdonar a él? ¿Os estáis quedando conmigo, o qué? ¿En tal situación?

—Pero, ¿cómo podéis decir eso, señor? —se quejó el verdugo—. Pero si, según nuestras leyes… y, de acuerdo con la tradición… el condenado debe, ante todo, perdonar al verdugo. ¡Buen señor! Perdonad mi culpa, disculpad mi pecado…

—No.

—¿No?

—¡Que no!

—Yo así no me lo cargo —anunció con pesadumbre el verdugo, poniéndose de pie—. Si no me perdona, el hijo de tal, no vamos a ninguna parte.

—Señor vizconde. —El alguacil que había leído la sentencia cogió a Jaskier del codo—. No lo hagáis más difícil. Toda esta gente está aquí reunida, esperando… Tened la bondad de perdonarle, en vista de que lo ruega con tanta gentileza…

—¡Que no le perdono y punto!

—Maestro sayón —el alguacil se acercó al verdugo—, ¿y si lo decapitáis sin que os dé su perdón? Yo os recompensaré…

El verdugo, sin decir nada, extendió la mano, grande como una sartén. El alguacil suspiró, se llevó la mano a la talega y depositó unas monedas en la palma de la mano. El verdugo las observó por un momento y después apretó el puño. A través de la abertura de la capucha sus ojos brillaron con muy malas intenciones.

—Vale —dijo, guardándose el dinero y dirigiéndose al poeta—. Venga, arrodillaos, so tozudo. Colocad la cabeza en el tronco, so capullo, también, cuando quiero, puedo ser un capullo. Os voy a cortar al segundo intento. Y, si se me da bien, al tercero.

—¡Os perdono! —gritó Jaskier sin tardanza—. ¡Os perdono!

—Gracias.

—Ya que os ha otorgado su perdón —dijo lúgubremente el alguacil—, devolvedme el dinero.

El verdugo se dio la vuelta y alzó el hacha.

—Retiraos, mi señor —dijo con voz apagada, en un tono siniestro—. No vayamos a liarla con los instrumentos. Ya se sabe que donde cortan cabezas caen orejas.

El alguacil se retiró de un brinco, y a punto estuvo de caerse del cadalso.

—¿Así está bien? —Jaskier se arrodilló y estiró el cuello encima del tronco—. ¿Maestro? ¡Eh, maestro!

—¿Qué queréis?

—Estabais de broma, ¿verdad? ¿A que me vais a decapitar a la primera? ¿De un solo tajo? ¿Eh?

Al verdugo le centellearon los ojos.

—Sorpresa —rezongó con mala idea.

De pronto, la multitud se desplazó, abriendo paso a un jinete que había irrumpido en la plaza sobre un caballo cubierto de espuma.

—¡Alto! —gritó el jinete, agitando un enorme pergamino enrollado, lleno de sellos rojos—. ¡Detened la ejecución! ¡Orden de la condesa! ¡Dejadme pasar! ¡Detened la ejecución! Aquí traigo el indulto para el reo.

—¿Otra vez? —refunfuñó el verdugo, soltando el hacha, que ya había alzado —. ¿Otro indulto? Esto es un rollo.

—¡Un indulto! ¡Es un indulto! —rugió la multitud. Las mujeres de la primera fila empezaron a quejarse, más fuerte aún. Bastantes personas, sobre todo chavales, silbaban y abucheaban.

—¡Silencio, honorables señores y burgueses! —gritó el alguacil, desenrollando el pergamino—. ¡He aquí la voluntad de su señoría Anna Henrietta! En su inconmensurable bondad, en homenaje a la consecución de la paz que, como es sabido, ha sido alcanzada en la ciudad de Cintra, su señoría

otorga su perdón al vizconde Julián Alfred Pankratz de Lettenhove, alias Jaskier, y le concede el indulto de su pena…

—¡Mi adorada Armiño! —dijo Jaskier, con una sonrisa de oreja a oreja.

—… y ordena al mismo tiempo que el susodicho vizconde Julián Pankratz et caetera abandone sin demora la capital y las fronteras del condado de Toussaint y que jamás regrese a ellas, pues no cuenta con el favor de su señoría y su señoría no quiere ni verlo. Sois libre, vizconde.

—¿Y mis posesiones? —gritó Jaskier—. ¿Eh? Mis bienes, arboledas, bosques y fortalezas os los podéis quedar, pero devolvedme, me cago en vuestra estampa, mi laúd, mi caballo Pegaso, mis ciento cuarenta ducados con ochenta reales, mi abrigo forrado de mapache, mi anillo…

—¡Cierra el pico! —exclamó Geralt, abriéndose paso con el caballo por entre la multitud, que no paraba de echar pestes y no parecía dispuesta a apartarse—. ¡Cierra el pico, cabeza de chorlito! ¡Baja de ahí y ven para acá! ¡Ciri, ve por delante! ¡Jaskier! ¿Es que no me oyes?

—¿Geralt? ¿Eres tú?

—¡Déjate de preguntas y baja de ahí ahora mismo! ¡Ven aquí! ¡Sube de un salto!

Atravesaron el gentío, recorrieron al galope una estrecha callejuela. Ciri iba delante, seguida por Geralt y Jaskier a lomos de Sardinilla.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó el bardo a la espalda del brujo—. No nos persiguen.

—De momento. A tu condesa le gusta cambiar de opinión y revocar de buenas a primeras lo que había decidido antes. Reconócelo: ¿sabías que te iban a indultar?

—No, no lo sabía —musitó Jaskier—. Aunque reconozco que contaba con ello. Mi Armiño me quiere mucho y tiene muy buen corazón.

—Vale ya de tanto Armiño, cojones. Acabas de librarte de una buena por ultrajes a su majestad, ¿es que quieres liarla por reincidente?

El trovador se calló. Ciri frenó a Kelpa, les esperó. Cuando llegaron a su altura, miró a Jaskier y se enjugó las lágrimas.

—Mírale —dijo—. Así que… Pancracio…

—En marcha —les apremió el brujo—. Salgamos de esta ciudad y de las fronteras de este condado encantador. Ahora que estamos a tiempo.

Casi ya en la frontera de Toussaint, en un sitio desde el que se veía la montaña Gorgona, les dio alcance un correo oficial. Traía consigo a Pegaso, que venía ensillado, así como el laúd, el abrigo y el anillo de Jaskier. No hizo ni caso a la pregunta relativa a los ciento cuarenta ducados con ochenta reales. El ruego del bardo de que le diera de su parte un besito a su señora lo escuchó con cara

imperturbable.

Remontaron el curso del Sansretour, convertido en un pequeño pero brioso arroyo. Dejaron de lado Belhaven.

Acamparon en el valle de Neva. En un lugar que el brujo y el bardo recordaban.

Jaskier se estuvo aguantando mucho tiempo. Sin hacer preguntas.

Pero al final hubo que contárselo todo.

Y acompañarle en su silencio. En aquel silencio odioso, pesado, purulento como una llaga, que se hizo después del relato.

Al día siguiente, a mediodía, llegaron a Los Taludes, en Riedbrune. En toda esa zona reinaba la paz, el orden y la concordia. La gente era atenta y confiada. Había una sensación de seguridad.

Por todas partes había postes con ahorcados.

Dejaron atrás la ciudad, dirigiéndose hacia Dol Angra.

—¡Jaskier! —Geralt se dio cuenta de una cosa de la que debería haberse dado cuenta hacía tiempo—. ¡Tu inestimable tubo! ¡Tus siglos de poesía! ¡El correo no los tenía! ¡Se han quedado en Toussaint!

—Pues sí, ahí se han quedado —reconoció el bardo con indiferencia—. En el ropero de Armiño, bajo una pila de vestidos, bragas y corsés. Y ahí pueden quedarse por los siglos de los siglos.

—¿Me lo quieres explicar?

—No hay nada que explicar. En Toussaint tuve tiempo suficiente para leer detenidamente todo lo que había escrito.

—¿Y bien?

—Voy a volver a escribirlo otra vez. Desde el principio.

—Entiendo. —Geralt asintió con la cabeza—. En pocas palabras, que has resultado una calamidad como escritor y como favorito. Hablando con más claridad: todo lo que tocas lo jodes. Claro que, mientras tu *Medio siglo* aún tienes la oportunidad de corregirlo y volverlo a escribir por entero, con la condesa Anarietta no tienes nada que hacer. Bah, un amante expulsado de forma ignominiosa. ¡Sí, sí, no pongas esa cara! No estabas destinado a ser conde consorte en Toussaint, Jaskier.

—Ya se verá.

—Conmigo no cuentes.

—Nadie te pide nada. Pero sí te digo que Armiño tiene muy buen corazón, y es una mujer muy indulgente. Es verdad que se puso de los nervios cuando me pilló con la joven baronesa Nique… ¡Pero seguro que ya se le ha pasado! Habrá comprendido que los hombres no estamos hechos para la monogamia. Me habrá perdonado y estará esperando que…

—Eres un tonto de capirote —afirmó Geralt, y Ciri, con un rotundo gesto con la cabeza, dio a entender que pensaba lo mismo.

—No voy a discutir con vosotros —dijo Jaskier, mohíno—. Menos aún, tratándose de un asunto íntimo. Os lo repito: seguro que Armiño me perdona. Le escribo una balada apropiada al caso, o un soneto, se lo mando, y ella…

—Ten compasión, Jaskier.

—Bah, la verdad es que no se puede hablar con vosotros. ¡Venga, sigamos! ¡Vuela, Pegaso! ¡Vuela, mi cometa manialbo!

Cabalgaron.

Era el mes de mayo.

—Por tu culpa —le echaba en cara el brujo—, por tu culpa, amante desterrado, también yo he tenido que salir pitando de Toussaint como si fuera un bandido o un proscrito o un apestado. No tuve tiempo siquiera de ver a…

—¿A Fringilla Vigo? No la habrías visto. Poco después de vuestra partida, todavía en enero, se marchó. Sencillamente, desapareció.

—No me refería a ella. —Geralt carraspeó, viendo cómo Ciri aguzaba el oído, interesada—. Quería ver a Reynart. Presentarle a Ciri…

Jaskier clavó la vista en las crines de Pegaso.

—Reynart de Bois-Fresnes —farfulló— pereció, a finales de febrero, en una escaramuza con unos bandoleros en el paso de Cervantes, cerca de la atalaya de Vedette. Anarietta le honró, a título póstumo, con la orden de…

—Cállate, Jaskier.

Jaskier se calló, más obediente que nunca.

Mayo duraba y crecía. El intenso amarillo de la cerraja desapareció de los prados, sustituido por la peluda, sucia y volátil blancura del diente de león.

Todo estaba verde y hacía calor. El viento, salvo cuando lo refrescaba alguna tormenta pasajera, era espeso, ardiente y pegajoso como el aguardiente de miel.

El veintiséis de mayo cruzaron el Yaruga por un puente nuevecito, blanco, que olía a resina. Los restos del puente viejo, unos maderos negros, tiznados, chamuscados, se veían dentro del agua y en la orilla.

Ciri estaba cada vez más inquieta.

Geralt se daba cuenta. Sabía cuáles eran sus intenciones, estaba al corriente de sus planes, del acuerdo a que había llegado con Yennefer. Estaba preparado. Pero, a pesar de eso, la idea de la separación le hacía mucho daño. Como si allí dentro, en el pecho, en las entrañas, debajo de las costillas, se hubiera despertado

de repente un pequeño y dañino escorpión.

En una encrucijada, más allá la aldea de Koprzywnica, por detrás de las ruinas de una posada quemada, había un frondoso roble centenario que se cubría en primavera de flores menudas que parecían arañas. La gente de los alrededores, e incluso de la lejana Spalla, solía utilizar las ramas del roble, enormes pero bastante accesibles, para colgar en ellas tablillas y carteles con todo tipo de informaciones. Como servía para que las personas se comunicaran, el roble era conocido como el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal.

—Ciri, empieza por aquel lado —sugirió Geralt, bajando del caballo—. Jaskier, tú echa un vistazo por este otro.

Las tablillas que colgaban de las ramas se agitaban al viento y traqueteaban al chocar entre sí.

Predominaban los mensajes, muy comunes después de una guerra, de búsqueda de familiares en paradero desconocido. También abundaban las declaraciones del tipo: Vuelve, te perdonamos, así como las ofertas de masajes eróticos y otros servicios análogos en los pueblos y aldeas de los alrededores. También había numerosos anuncios y propaganda de carácter comercial. Había correspondencia amorosa, había delaciones firmadas por gente simpática, había anónimos. Tampoco faltaban los carteles donde se expresaban las opiniones filosóficas de sus autores: en su mayor parte se trataba de memeces o de obscenidades repugnantes.

—¡Ja! —comentó Jaskier—. En el castillo de Rastburg necesitan urgentemente un brujo. Ofrecen una buena paga. Alojamiento de lujo y comida exquisita incluidos. ¿Te interesa, Geralt?

—Para nada.

La información que estaban buscando la encontró Ciri.

Y en ese momento le anunció algo que el brujo se esperaba desde hacía tiempo.

—Me voy a Vengerberg, Geralt —le repitió—. No pongas esa cara. Sabes muy bien que es mi obligación. Yennefer me ha llamado. Me está esperando allí.

—Lo sé.

—Y tú vete a Rivia, a esa cita que mantienes en secreto…

—Es una sorpresa —la interrumpió—. No es un secreto, sino una sorpresa.

—Vale, una sorpresa. Yo, mientras tanto, resuelvo en Vengerberg todo lo que haya que resolver, recojo a Yennefer y dentro de seis días estamos las dos en Rivia. No pongas esa cara, ya te lo he pedido. Y no hace falta que nos despidamos como si no nos fuéramos a ver en siglos. ¡No son más que seis días!

Hasta la vista.

—Hasta la vista, Ciri.

—En Rivia, dentro de seis días —insistió una vez más, haciendo girar a Kelpa.

Enseguida se puso al galope. Rápidamente la perdieron de vista, y Geralt sintió como si unas garras heladas, atroces, se le clavaran en el estómago.

—Seis días —repitió Jaskier, pensativo—. Desde aquí a Vengerberg y luego de vuelta a Rivia… Serán en total cerca de doscientas cincuenta millas… Eso es imposible, Geralt. Claro que, con esa yegua diabólica, en la que puede viajar a la velocidad de un correo, tres veces más rápido que nosotros, en teoría, en pura teoría, se puede recorrer toda esa distancia en seis días. Pero hasta esa yegua diabólica tendrá que descansar. Y ese asunto misterioso que Ciri tiene que resolver también le llevará su tiempo. Vamos, que es imposible…

—Para Ciri —el brujo apretó los labios— no hay nada imposible.

—Hombre…

—Ya no es aquella muchacha que tú conocías —le interrumpió bruscamente —. No es la misma.

Jaskier estuvo mucho tiempo callado.

—Tengo una extraña sensación…

—Cállate. No digas nada. Por favor.

Mayo llegaba a su fin. La luna menguaba, era ya muy fina, pronto habría luna nueva. Marchaban hacia las montañas visibles en el horizonte.

Era el típico paisaje de posguerra. Por todas partes, en mitad de los campos, se alzaban túmulos y tumbas. Entre las hierbas exuberantes de la primavera asomaban los cráneos y los esqueletos blanquecinos. Al borde del camino, los ahorcados colgaban en los árboles y al borde del bosque los lobos esperaban a que los débiles acabaran de desfallecer.

En las franjas negras de tierra, allí por donde había pasado un incendio, la hierba no crecía.

Se reconstruían aldeas y poblados, de los que apenas quedaban en pie unas chimeneas renegridas. Resonaban los martillazos y roncaban las sierras. Cerca de las ruinas unas mujeres ahuecaban la tierra quemada con sus azadas. Algunas, a trompicones, tiraban de rastrillos y arados, y las colleras de arpillera se les clavaban en los hombros escuálidos. En los surcos abiertos los niños buscaban lombrices y larvas.

—Tengo la vaga sensación —dijo Jaskier— de que aquí hay algo que no acaba de encajar. Aquí falta algo… ¿No tienes tú esa misma sensación, Geralt?

—¿Cómo?

—Aquí hay algo que no es normal…

—Aquí no hay nada normal, Jaskier. Nada.

Era una noche calurosa, negra, sin viento, aclarada tan sólo por los lejanos destellos de los relámpagos y alterada por el rumor de los truenos. Geralt y Jaskier, acampados, contemplaron cómo en el horizonte, por el oeste, florecía el rojo resplandor de los incendios. No estaban demasiado lejos: el viento, que acababa de saltar, traía olor a chamusquina. También traía el viento retazos de sonidos. Escucharon —sin pretenderlo— alaridos de gente a la que estaban asesinando, chillidos de mujeres, gritos arrogantes y triunfales de bandas.

Jaskier no decía nada, pero no paraba de dirigir la vista al brujo, asustado.

El brujo, sin embargo, no pestañeaba. Ni siquiera volvía la cabeza. Su rostro parecía de bronce.

Por la mañana siguieron su camino. No miraban siquiera la columna de humo que se alzaba sobre el bosque.

Más tarde se toparon con una hilera de colonos.

Marchaban en una larga fila. Despacio. Cargaban con pequeños hatillos. Iban en completo silencio. Hombres, muchachos, mujeres, niños. No se oía un lamento, un llanto, una palabra de queja. Ni un grito, ni un gemido de desesperación.

El grito y la desesperación se veían en sus ojos. Ojos vacíos de gentes agraviadas. Desposeídas, maltratadas, expulsadas.

—¿Quiénes son? —Jaskier no prestó atención a la inquina que asomaba a los ojos del oficial que vigilaba el paso de los desplazados—. ¿Por qué se les obliga a marcharse?

—Son nilfgaardianos —contestó de mala gana, desde lo alto de su montura, el alférez, un rapaz coloradote que apenas contaría dieciocho primaveras—. Colonos nilfgaardianos. ¡Han invadido nuestras tierras como cucarachas! Y como a cucarachas los barremos. Así se acordó en Cintra y así se puso por escrito en el tratado de paz. —Se inclinó y escupió—. Y lo que es yo —continuó, mirando a Jaskier y al brujo de forma desafiante—, si de mí dependiera, no dejaría marchar vivos a estos malos bichos.

—Pues yo —le replicó un suboficial de bigotes grises, mirando a su superior con unos ojos extrañamente desprovistos de respeto—, si de mí dependiera, yo les dejaría en paz en sus granjas. Jamás expulsaría del país a unos buenos agricultores. Yo estaría encantado viendo cómo la agricultura prosperara. Para que no nos falte de comer.

—Eres un auténtico zoquete, sargento —le regañó el alférez—. ¡Son de Nilfgaard! Esta gente no tiene nuestra misma lengua, ni nuestra cultura, ni

nuestra sangre. Por muchas alegrías que nos diese la agricultura, habríamos criado una víbora en nuestro seno. A unos traidores, listos para atacarnos por la espalda. Igual te crees que el entendimiento con los Negros va a durar para siempre. No, no, que se vayan por donde han venido… ¡Eh, soldado! ¡Ése de ahí tiene una carretilla! ¡Hay que quitársela, venga!

La orden se cumplió con sumo celo. Empleando no sólo las porras y los puños, sino también los tacones.

Jaskier carraspeó.

—¿Hay algo acaso que no os complazca? —El mocoso del alférez le recorrió con la mirada—. ¿No seréis un nilfgaardófilo?

—¡No lo quieran los dioses! —Jaskier tragó saliva.

Muchas de las mujeres y niños que pasaban por delante de ellos con la mirada vacía, desfilando como autómatas, tenían la ropa hecha jirones, la cara hinchada y llena de moratones, los muslos y las pantorrillas manchados con churretes de sangre. A mucha gente había que sostenerla para que pudiera caminar. Jaskier miraba a la cara de Geralt y empezaba a asustarse.

—Ya va siendo hora de que sigamos nuestro camino —musitó—. Hasta otra, señores.

El alférez no volvió siquiera la cabeza, absorto como estaba vigilando si algún colono transportaba más equipaje del previsto en la paz de Cintra.

La columna de colonos seguía pasando.

Se oyeron unos agudos, desconsolados, doloridos gritos de mujer.

—No, Geralt —le imploró Jaskier—. No hagas nada, te lo suplico… No te entrometas…

El brujo volvió la cara hacia él, y Jaskier no reconoció esa cara.

—¿Entrometerme? —se hizo eco de sus palabras—. ¿Intervenir? ¿Salvar a alguien? ¿Jugarme el cuello por algún principio, por alguna idea noble? Oh, no, Jaskier. Ya no.

Cierta noche, una noche agitada, iluminada por los lejanos relámpagos, el brujo se despertó de un sueño. Tampoco en esta ocasión estaba seguro de si no habría salido de un sueño para ir a parar a otro.

Nuevamente, sobre los restos de la hoguera se elevó una luz palpitante que asustó a los caballos. Nuevamente, en el interior de esa luz apareció una fortaleza, unas columnas negras, una mesa en torno a la cual había unas mujeres sentadas.

Otras dos mujeres no estaban sentadas, sino de pie. De negro y blanco y de negro y gris.

Yennefer y Ciri.

El brujo gimió en sueños.

Yennefer había tenido razón al desaconsejarle, de forma categórica, el uso de su atuendo masculino. Vestida como un muchacho, Ciri se habría sentido como una estúpida ahí, en esa sala, en presencia de aquellas mujeres tan elegantes, deslumbrantes con tanta pedrería. Estaba satisfecha de haberse dejado engalanar con aquella combinación de negro y gris, se sentía halagada al sentir la completa aprobación de las miradas dirigidas a sus mangas abombadas, con rajas, y a su alto talle, rodeado por una cinta de terciopelo con un pequeño broche de brillante en forma de rosa.

—Un poco más cerca, por favor.

Ciri se sobresaltó levemente. No sólo por el sonido de aquella voz. Yennefer, como podía verse, también había tenido razón en otra cosa: le había desaconsejado el escote. Ciri, no obstante, se había empeñado, y ahora tenía la impresión de que una corriente le recorriera el pecho, y por todo el busto, casi hasta el ombligo, tenía la carne de gallina.

—Más cerca todavía —insistió la mujer de pelo moreno y ojos negros, a la que Ciri ya conocía. La recordaba de la isla de Thanedd. Y, aunque Yennefer le había explicado a quién se encontrarían en Montecalvo, le había descrito todo y le había enseñado todos los nombres, Ciri, desde el primer momento, había empezado, mentalmente a llamarla doña Lechuza.

—Bienvenida —dijo doña Lechuza— a la logia de Montecalvo. Doncella Ciri.

Ciri se inclinó cortésmente, tal y como le había recomendado Yennefer, pero al estilo varonil. No fue una reverencia de doncella, no bajó los ojos de un modo humilde y sumiso. Respondió con una sonrisa a la sonrisa amable y sincera de Triss Merigold y con una inclinación de cabeza algo más profunda a la mirada amistosa de Margarita Laux-Antille. Aguantó las ocho miradas restantes, aunque taladraran como barrenas. Como agudas puntas de picas.

—Siéntate —le indicó doña Lechuza, con un gesto en verdad soberano—. ¡No, tú no, Yennefer! Sólo ella. Tú, Yennefer, no estás aquí como invitada, sino que has sido llamada para ser juzgada y castigada. En tanto que la logia no decida tu suerte, te quedarás de pie.

Para Ciri, en un abrir y cerrar de ojos, se había acabado completamente el protocolo.

—En tal caso, yo también me quedaré de pie —dijo, y no precisamente en voz baja—. Yo tampoco estoy aquí como invitada. También a mí se me ha convocado para hacerme saber mi destino. Eso lo primero. Y lo segundo, el destino de Yennefer es mi destino. Lo que vale para ella, vale también para mí. Eso no se puede romper. Con el debido respeto.

Margarita Laux-Antille sonrió, mirándola a los ojos. La sencilla y elegante Assire var Anahid, tan nilfgaardiana ella, con su nariz levemente aguileña, asintió con la cabeza, tamborileando suavemente con los dedos en la superficie de la

mesa.

—Filippa —intervino una de las presentes, que tenía el cuello envuelto en un boa de zorro plateado—. En mi opinión, no hay por qué ser tan tajantes. O, al menos, no hoy, no en estos momentos. Ésta es la mesa redonda de la logia. Todas nos sentamos como iguales. Aunque se nos vaya a juzgar. Creo que podríamos convenir todas en que…

No acabó la frase. Paseó la mirada por el resto de las hechiceras. Una tras otra, dieron su aprobación con la cabeza: Margarita, Assire, Triss, Sabrina Glevissig, Keira Metz, las dos bellas elfas. Sólo la otra nilfgaardiana, Fringilla Vigo, de cabello negro como el ala de un cuervo, seguía inmóvil, muy pálida, sin apartar los ojos de Yennefer.

—Así sea. —Filippa Eilhart hizo un gesto con su mano ensortijada—. Sentaos, pues, ambas. Con mi oposición. Pero la unidad de la logia ante todo. El interés de la logia ante todo. Y por encima de todo. La logia lo es todo, el resto no es nada. Confío en que lo entenderás, ¿no es así, Ciri?

—Perfectamente. —Ciri no pensaba siquiera en apartar la mirada—. En particular, que yo formo parte de esa nada.

Francesca Findabair, la hermosísima elfa, se rió con una sonora risa argentina.

—Felicidades, Yennefer —dijo con su melódica e hipnotizante voz—. Se nota que has dejado tu huella. Es oro de ley. Se ve que ha tenido una buena escuela.

—No es difícil verlo —Yennefer dirigió una fogosa mirada a la concurrencia —, porque es de la escuela de Tissaia de Vries.

—Tissaia de Vries ya no vive —dijo con calma doña Lechuza—. No está sentada a esta mesa. Tissaia de Vries murió, y su muerte ha sido lamentada y llorada. Al mismo tiempo, ese hecho constituye una cesura y un punto de inflexión. Vivimos nuevos tiempos, comienza una nueva era, asistimos a grandes cambios. Y a ti, Ciri, la que fuiste alguna vez Cirilla de Cintra, el destino te ha asignado un papel fundamental en estos cambios. Sin duda, ya sabes cuál.

—Sí, lo sé —gruñó Ciri, sin hacer caso de los gestos de Yennefer, que intentaba apaciguarla—. ¡Ya me lo explicó Vilgefortz! Mientras se disponía a meterme una jeringa de cristal entre las piernas. Si ése es el destino que me aguarda, entonces muchas gracias.

Los oscuros ojos de Filippa echaban chispas heladas de furia. Pero quien replicó a Ciri fue Sheala de Tancarville.

—Aún tienes mucho que aprender, niña —dijo, cubriéndose el cuello con el boa de zorro plateado—. También, por lo que veo y escucho, vas a tener que corregir muchos de tus hábitos, sola o con ayuda de otras personas. En los últimos tiempos has adquirido, parece evidente, muchos malos conocimientos, sin duda alguna has experimentado y has sido testigo del mal. Ahora, en tu obcecación infantil, rechazas la observación del bien, niegas el bien y las buenas intenciones.

Erizas púas, como un puercoespín, incapaz de reconocer a todos aquellos que se preocupan por tu bien. Bufas y sacas las uñas como una gata salvaje, y no nos dejas elección: no vamos a tener más remedio que agarrarte por el pescuezo. Y estamos dispuestas a hacerlo, sin pensárnoslo dos veces. Porque somos más viejas que tú, más sabias que tú, y lo sabemos todo sobre lo que ya ha sido, todo sobre lo que está siendo y mucho sobre lo que va a ser. Te vamos a coger del pescuezo, gatita, para que algún día, lo antes posible, estés aquí sentada entre nosotras, a esta mesa, como una gata sabia y experimentada. Como una de nosotras. ¡No! ¡Ni una palabra! ¡No oses abrir la boca cuando está hablando Sheala de Tancarville!

La voz de la hechicera de Kovir, aguda y penetrante como un cuchillo arañando una superficie metálica, flotó de repente sobre la mesa. No sólo Ciri se encogió. También se estremecieron ligeramente y metieron la cabeza entre los hombros las otras magas de la logia, con la excepción, tal vez, de Filippa, Francesca y Assire. Y de Yennefer.

—Tenías razón —prosiguió Sheala, mientras volvía a colocarse el boa alrededor del cuello— al pensar que te habíamos llamado a Montecalvo para comunicarte tu destino. Pero no tenías razón al pensar que tú no eres nada. Al contrario, tú lo eres todo, eres el futuro del mundo. En este momento, evidentemente, tú eso no lo sabes ni lo entiendes, en este momento eres un gatito que bufa y eriza el pelo, una criatura que acaba de sufrir una experiencia traumática, que en todas las personas ve a un Emhyr var Emreis o a un Vilgefortz con el inseminador en la mano. Y ahora mismo no tendría sentido intentar explicarte que estás equivocada, que todo esto es por tu bien y por el bien del mundo. Ya habrá tiempo para esas explicaciones. Más adelante. Ahora te obstinarías, no querrías escuchar la voz de la razón y tendrías una respuesta para cada argumento, una respuesta en forma de terquedad infantil y de rabieta empecinada. Por tanto, lo que hay que hacer contigo ahora es cogerte del pescuezo, con toda tranquilidad. He terminado. Comunícale a la chica su destino, Filippa.

Ciri estaba rígida, acariciando unas cabezas de esfinge que remataban los brazos del asiento.

—Vas a venir conmigo —dijo doña Lechuza, rompiendo el silencio pesado y fúnebre— y con Sheala a Kovir, a Pont Vanis, capital de verano del reino. Como has dejado de ser Cirilla de Cintra, en el curso de una audiencia serás presentada como una adepta a la magia, protegida nuestra. En esa audiencia conocerás a un rey muy sabio, Esterad Thyssen. Conocerás a su esposa, la reina Zuleyka, una persona de singular nobleza y bondad. También conocerás al hijo de la pareja real, el príncipe heredero Tancredo.

Ciri, que empezaba a comprender, puso los ojos a cuadros. A doña Lechuza no se le escapó ese detalle.

—Sí —confirmó—. Ante todo debes impresionar al príncipe Tancredo. Porque te vas a convertir en su amante y le vas a dar un hijo.

» Si fueras aún Cirilla de Cintra —prosiguió Filippa tras una larga pausa—, si fueras aún la hija de Pavetta y la nieta de Calanthe, haríamos de ti la esposa legítima de Tancredo. Serías la princesa, y después la reina de Kovir y Poviss. Por desgracia, y te lo digo con auténtico pesar, el destino te ha privado de todo. También de tu futuro. Sólo serás la querida. La favorita.

—Con un nombre —intervino Sheala— y un reconocimiento formal. Haremos todo lo posible para que, en la práctica, estés al lado de Tancredo, con estatus de princesa, y más adelante incluso con estatus de reina. Naturalmente, necesitamos contar con tu ayuda. Tancredo tiene que desear tenerte a su lado. Día y noche. Ya te enseñaremos cómo se estimula ese deseo. Pero de ti depende que nuestras enseñanzas den fruto.

—Todo esto es lo de menos, al fin y al cabo —dijo doña Lechuza—. Lo importante es que te quedes embarazada de Tancredo lo antes posible.

—Sí, claro —dijo Ciri entre dientes.

—La logia se encargará de asegurar —Filippa no le quitaba de encima sus oscuros ojos— la futura posición de vuestro hijo. Debes saber que estamos hablando de cosas realmente grandes. En todo caso, tú serás partícipe en eso, pues muy poco después del nacimiento de tu hijo empezarás a tomar parte en nuestras reuniones. Ya aprenderás. Y es que ya eres, aunque puede que ahora mismo te resulte incomprensible, una de las nuestras.

—En la isla de Thanedd —Ciri venció la resistencia de su garganta agarrotada — me llamasteis monstruo, doña Lechuza. Y ahora decís que soy una de las vuestras.

—No hay ninguna contradicción —se oyó la voz melódica, como el susurro de un arroyo, de Enid an Gleanna, la Margarita de Dolin—. Nosotras, me incluyo, somos todas unos monstruos. Cada una a su estilo. ¿No es así, doña Lechuza?

Filippa se encogió de hombros.

—Esa cicatriz que te afea el rostro —volvió a terciar Sheala, despellejando el boa con evidente indiferencia— te la enmascararemos mediante una ilusión. Serás una mujer bella y misteriosa, y te garantizo que Tancredo Thyssen se volverá loco por ti. Habrá que inventarte una personalidad. Cirilla es un nombre bonito y tampoco es muy raro, así que no hace falta que renuncies a él para preservar el incógnito. Pero necesitas un apellido. No pienso protestar si escoges el mío.

—O el mío —dijo doña Lechuza, forzando una media sonrisa—. Cirilla Eilhart también suena muy bien.

—Ese nombre —en la sala volvieron a oírse las campanillas argentinas de la voz de la Margarita de Dolin— suena bien en cualquier combinación. Y todas las

que estamos aquí desearíamos tener una hija como tú, Zireael, golondrina de ojos de halcón, tú, que eres sangre de la sangre y huesos de los huesos de Lara Dorren. Todas nosotras estaríamos dispuestas a renunciar a cualquier cosa, incluso a esta logia, incluso al destino de los reinos y del mundo entero, con tal de tener una hija como tú. Pero eso es imposible. Sabemos que es imponible. Por eso tenemos tanta envidia de Yennefer.

—Gracias, doña Filippa —declaró Ciri al cabo de unos instantes, apretando con las manos las cabezas de esfinge—. También me siento honrada con la propuesta de llevar el apellido Tancarville. No obstante, como da la impresión de que en todo este asunto el apellido es lo único que depende de mí y de mi elección, la única cosa que se me confía, debo daros las gracias a ambas y elegir por mí misma. Querría llamarme Ciri de Vengerberg, hija de Yennefer.

—¡Ja! —Relumbraron los dientes de una hechicera morena que, tal como supuso Ciri, era Sabrina Glevissig de Kaedwen—. Tancredo Thyssen será un idiota si no contrae con ella matrimonio morganático. Si, en lugar de casarse con ella, deja que le endilguen como mujer a una de esas princesas enjabonadas, eso querrá decir que es un idiota y un ciego que no sabe distinguir un diamante de unas cuentas de cristal. Te felicito, Yenna. Y te envidio. Y tú bien sabes lo sincera que puede llegar a ser mi envidia.

Yennefer se lo agradeció con un gesto. Sin la menor sombra de una sonrisa.

—Así pues —dijo Filippa—, todo está resuelto.

—No —dijo Ciri.

Francesca Findabair resopló sin hacer ruido. Sheala de Tancarville alzó la cabeza y la expresión se le endureció de un modo que no la favorecía nada.

—Tengo que pensármelo bien —declaró Ciri—. Meditarlo. Poner en orden mis ideas. Con tranquilidad. Cuando lo haya hecho, volveré aquí, a Montecalvo. Me presentaré ante esta logia y expondré lo que haya decidido.

Sheala movió los labios, como si se hubiera notado algo en la boca que tuviera que escupir de inmediato. Pero no dijo nada.

—Tengo que encontrarme —Ciri levantó la cabeza— con el brujo Geralt en la ciudad de Rivia. Le prometí que nos veríamos allí, que yo acudiría en compañía de Yennefer. Voy a cumplir mi promesa, con vuestro consentimiento o sin él. Doña Rita, aquí presente, sabe que, si se trata de Geralt, siempre soy capaz de encontrar un agujero en la pared.

Margarita Laux-Antille asintió con una sonrisa.

—Tengo que hablar con Geralt. Despedirme de él. Y darle la razón. Porque hay una cosa que debéis saber. Cuando nos marchábamos del castillo de Stygga, dejando todos aquellos cadáveres detrás de nosotros, le pregunté a Geralt si aquello era ya el final, si habíamos vencido, si el mal había sido derrotado, si el bien había triunfado. Y él se limitó a sonreír, de forma un tanto extraña y sombría. Yo pensé que era fruto del cansancio, que obedecía al hecho de que

hubiéramos tenido que enterrar allí a todos sus amigos, al pie del castillo de Stygga. Pero hoy ya sé qué significaba aquella sonrisa. Era una sonrisa de lástima ante la ingenuidad de una chiquilla que se había creído que bastaba con degollar a Vilgefortz y a Bonhart para que se impusiera el bien sobre el mal. Necesito decirle que por fin he caído en la cuenta, que lo he comprendido. Necesito decírselo sin falta.

» También tengo que intentar convencerle de que lo que queréis hacer conmigo se diferencia radicalmente, a pesar de todo, de lo que quería hacerme Vilgefortz con su jeringa de cristal. Tengo que intentar explicarle que hay una diferencia entre el castillo de Montecalvo y el castillo de Stygga, por mucho que Vilgefortz invocase el bien del mundo y aquí también se invoque el bien del mundo.

» Sé que no me va a resultar sencillo convencer a un viejo lobo como Geralt. Geralt va a decir que soy una mocosa, que es fácil embaucarme con el pretexto de la nobleza, que todo eso de la predestinación y del bien del mundo no son más que frases estúpidas. Pero yo tengo que intentarlo. Es importante que él lo comprenda y que lo acepte. Es muy importante. También para vosotras.

—No has entendido nada —dijo tajantemente Sheala de Tancarville—. No eres más que una cría que ha pasado de la fase de los gritos y el pataleo a la fase de la soberbia, pero sigues siendo una mocosa. La única cosa que me hace concebir alguna esperanza es la viveza de tu ingenio. Vas a aprender muy rápido, en muy poco tiempo, créeme, pronto te reirás al recordar las tonterías que nos has soltado aquí. En lo tocante a tu viaje a Rivia, bueno, que se pronuncie la logia. Yo me declaro resueltamente en contra. Por una cuestión de principios. Para demostrarte que yo, Sheala de Tancarville, jamás hablo por hablar. Y que puedo obligarte a doblar tu orgullosa cerviz. Por tu propio bien, hay que inculcarte disciplina.

—Resolvamos, pues, esta cuestión. —Filippa Eilhart puso las manos sobre la mesa—. Ruego que cada una exprese su parecer. ¿Debemos permitir que esta altiva doncella, Ciri, viaje a Rivia? ¿Al encuentro de un brujo para el que pronto no va a haber sitio en su vida? ¿Debemos permitir que crezca en ella un sentimentalismo del que en breve va a tener que prescindir por completo? Sheala está en contra. ¿Y las demás?

—Yo también estoy en contra —anunció Sabrina Glevissig—. También por una cuestión de principios. La chica me gusta. Me gusta, desde luego, su impertinencia, su arrojo, su descaro. La prefiero mil veces a la gente sin sangre en las venas. No tendría nada en contra de su petición, sobre todo porque volvería sin duda, estoy segura de que no faltaría a su palabra. Pero esta jovencita ha tenido la osadía de amenazarnos. ¡Que sepa que nosotras nos reímos de tales amenazas!

—Estoy en contra —dijo Keira Metz—. Por razones prácticas. También a mí

me gusta esta chica, y ese Geralt me llevó en brazos en Thanedd. No hay en mí ni una pizca de sentimentalismo, pero aquello fue de lo más agradable para mí. Sería una forma de agradecérselo. ¡Pero no! Estás equivocada, Sabrina. La chica es una bruja, y está intentando ser más lista que nosotras. En resumen, trata de ahuecar el ala.

—¿Alguna de las presentes —preguntó Yennefer, arrastrando las palabras en tono desafiante— se atreve a poner en duda las palabras de mi hija?

—Tú, Yennefer, estate calladita —siseó Filippa—. No me hagas perder la paciencia. Tenemos tres votos en contra. Oigamos a las demás.

—Yo estoy a favor de que la dejemos ir —dijo Triss Merigold—. La conozco y respondo por ella. También me gustaría, si se me permite, acompañarla en ese viaje. Ayudarla, si se me permite, en sus meditaciones y reflexiones. Y, si se me permite, en su conversación con Geralt.

—Yo también voto a favor —dijo Margarita Laux-Antille con una sonrisa—. Os sorprenderá lo que voy a decir, pero el caso es que lo hago por Tissaia de Vries. De haber estado aquí, Tissaia se indignaría ante la idea de que, para preservar la unidad de la logia, hay que recurrir a la coacción y a las restricciones a la libertad individual.

—Voto a favor —dijo Francesca Findabair, colocándose los encajes del escote—. Las razones son muy numerosas, no tengo por qué exponerlas ni lo voy a hacer.

—Voto a favor —dijo con idéntico laconismo Ida Emean aep Sivney—. Porque así me lo ordena mi corazón.

—Pues yo estoy en contra —anunció secamente Assire var Anahid—. No estoy condicionada por ninguna simpatía, antipatía ni cuestión de principios alguna. Temo por la vida de Ciri. Bajo la protección de la logia está a salvo, por los caminos que llevan a Rivia sería un objetivo fácil. Y me temo que haya algunos que, tras haberla privado de su nombre e identidad, consideran que eso no es suficiente.

—Nos queda por conocer —dijo Sabrina Glevissig de forma harto maliciosa — el parecer de doña Fringilla Vigo. Aunque debería ser evidente. Me permito recordar a todas las presentes, en ese sentido, el castillo de Rhys-Rhun.

—Agradeciendo el recordatorio —Fringilla Vigo alzó orgullosa la cabeza—, voto a favor de Ciri. Para demostrar el respeto y la simpatía que siento por esta muchacha. Y sobre todo lo hago por Geralt de Rivia, el brujo, sin el cual esta muchacha no estaría hoy aquí. Pues él, para salvar a Ciri, viajó hasta el fin del mundo, luchando contra todo aquello que le salía al paso, incluso consigo mismo. Sería una bajeza impedirle ahora que se reuniese con ella.

—Menos grave sería esa bajeza —dijo cínicamente Sabrina— que el sentimentalismo ingenuo, precisamente el mismo sentimentalismo que nos proponemos erradicar de esta doncella. Bueno, hasta el corazón ha salido aquí a

relucir. Con este resultado, los platillos de la balanza están equilibrados. Estamos en un callejón sin salida. No hemos decidido nada. Habrá que volver a votar. Propongo que sea en secreto.

—¿Por qué?

Todas las miradas se volvieron hacia la que acababa de intervenir. A Yennefer.

—Sigo siendo miembro de esta logia —dijo Yennefer—. Nadie me ha privado de mi condición de tal. No se ha elegido a nadie en mi lugar. Formalmente, tengo derecho al voto. Supongo que está claro cuál es el sentido de mi voto. Los votos a favor predominan, de modo que el asunto está resuelto.

—Tu insolencia —dijo Sabrina, entrelazando los dedos, armados con anillos de ónice— roza el mal gusto, Yennefer.

—Yo, en vuestro lugar, señora, guardaría un discreto silencio —añadió Sheala, muy seria—. Pensando en la votación a la que muy pronto os vais a tener que someter.

—He apoyado a Ciri —dijo Francesca—, pero a ti, Yennefer, debo llamarte al orden. Te colocaste al margen de la logia cuando la abandonaste y te negaste a colaborar. No tienes ningún derecho. Lo único que tienes son obligaciones, deudas que pagar, una sentencia por escuchar. De no ser así, no se te habría permitido traspasar el umbral de Montecalvo.

Yennefer sujetó a Ciri, que se moría de ganas de levantarse y gritar. Finalmente, sin oponer resistencia, Ciri se dejó caer en silencio sobre su sillón con esfinges talladas en los brazos, al ver cómo se levantaba de su asiento, dominando de pronto toda la mesa, doña Lechuza, Filippa Eilhart.

—Yennefer —proclamó bien alto— no tiene derecho a voto, eso está claro. Pero yo sí. He escuchado las voces de todas las presentes. Supongo que, por último, yo también podré votar.

—¿Qué quieres —Sabrina frunció el ceño— decir con eso, Filippa?

Filippa Eilhart miró hacia el lado opuesto de la mesa. Se encontró con los ojos de Ciri y clavó la vista en ellos.

El fondo del estanque forma un mosaico multicolor, las teselas mudan de color y parecen moverse. Toda el agua vibra, relumbra en un claroscuro. Bajo las hojas de los nenúfares, grandes como platos, entre las algas verdes, aparecen fugazmente los carasios y los leuciscos. En el agua se reflejan los grandes ojos oscuros de la muchacha, sus largos cabellos llegan hasta la superficie, flotan sobre ella.

La chica, ajena a todo, inclinada sobre el borde del estanque de la fuente, mueve las manos entre los tallos de los nenúfares. Quiere tocar como sea alguno de esos pececillos dorados y rojos. Los peces se acercan nadando a las manos de

la chica, dan vueltas curiosos a su alrededor, pero no se dejan coger, son esquivos como fantasmas, como el agua misma. Los dedos de la muchacha ojinegra se cierran en vano.

—¡Filippa!

Es la voz más amada. A pesar de eso, la chica no reacciona de inmediato. Sigue mirando al agua, a los peces, a los nenúfares, a su propio reflejo.

—¡Filippa!

—¡Filippa! —La aguda voz de Sheala de Tancarville la sacó de sus reflexiones—. Estamos esperando.

Por la ventana abierta entró el viento frío de la primavera. Filippa Eilhart se estremeció. *La muerte*, pensó. *La muerte ha pasado por mi lado*.

—Esta logia —dijo al fin con voz firme, fuerte y clara— ha de decidir sobre la suerte del mundo. Por eso, esta logia es como el mundo, es su reflejo. Aquí se encuentran en equilibrio la sensatez, que no siempre significa fría vileza y cálculo egoísta, y el sentimentalismo, que no siempre es ingenuo. La responsabilidad, la férrea disciplina, impuesta aunque sea a la fuerza, y la aversión a la violencia, la suavidad y la confianza. El frío material de la omnipotencia… y el corazón.

» Yo —añadió en medio del silencio que se había hecho en la sala de las columnas del castillo de Montecalvo—, al emitir mi voto en último lugar, quiero tomar en consideración un elemento adicional. Un elemento que, sin equilibrarse con nada, lo equilibra todo.

Siguiendo su mirada, todas se fijaron en la pared, en un mosaico donde las pequeñas teselas multicolores formaban la figura de la serpiente Uroboros, con los dientes clavados en su propia cola.

—Ese elemento —continuó, clavando en Ciri sus oscuros ojos— es el destino. En el que yo, Filippa Eilhart, he empezado a creer hace poco. El cual yo, Filippa Eilhart, he empezado a comprender hace poco. El destino no son los decretos de la divina providencia, no son unos rollos escritos por la mano de un demiurgo, no equivale al fatalismo. El destino es la esperanza. Llena, pues, de esperanza, confiada en que lo que haya de ser será, doy mi voto. Voto a favor de Ciri. A favor del niño del destino. Del niño de la esperanza.

Largo rato duró el silencio en la sala de columnas, sumida en una sutil penumbra, de la ciudadela de Montecalvo. Por la ventana entró el chillido de un águila pescadora que revoloteaba sobre el lago.

—Doña Yennefer —susurró Ciri—. Eso quiere decir que…

—Vamos, hija —respondió Yennefer en voz baja—. Geralt nos está esperando y tenemos un largo viaje por delante.

Geralt se despertó y se incorporó súbitamente. Le resonaba en los oídos el chillido de un ave nocturna.

Capítulo duodécimo

> *Después la hechicera y el brujo se casaron y celebraron sus bodorrios por todo lo alto. Yo estuve allí, y miel y vino bebí. Y fueron felices y comieron perdices. Felices, sí, pero por poco tiempo. Él murió de un simple ataque al corazón. Ella murió poco después, y el cuento no nos dice de qué. Dicen que de pesar y de añoranza, pero cualquiera se fía de los cuentos.*

Flourens Delannoy, Cuentos y leyendas

*****

Era el sexto día después de la luna nueva de junio cuando llegaron a Rivia.

Salieron de los bosques y aparecieron en la ladera de una colina. Justo a sus pies, en el fondo, sin previo aviso, brilló de pronto como un espejo la superficie del Loc Eskalott, con aquella forma de runa a la que debía su nombre, ocupando toda la hondonada. En aquel espejo se reflejaban, cubiertos de abetos y alerces, los montes de Craag Ros, prolongación del macizo de Mahakam. Y los tejados rojos de las torres del rechoncho castillo de Rivia, que se alzaba sobre un promontorio a orillas del lago, y que era la corte invernal de los reyes de Lyria. Y en una ensenada, en el extremo meridional del Loc Eskalott, estaba la ciudad de Rivia, que resplandecía con los techos de paja del arrabal, aunque oscurecía el lago con las casas que crecían como setas en la orilla.

—Bueno, parece que ya hemos llegado —constató Jaskier, cubriéndose los ojos con la mano—. Hemos cerrado el círculo, estamos en Rivia. Ah, qué forma más rara de enredarse los destinos… No veo gallardetes blanquiazules en ninguna de las torres del castillo, lo que quiere decir que la reina Meve no está aquí alojada. Por lo demás, me imagino que ya te habrá perdonado aquella deserción tuya…

—Créeme, Jaskier —le interrumpió Geralt, guiando su caballo ladera abajo—. Me da absolutamente igual lo que me perdonen o me dejen de perdonar…

Junto a la ciudad, cerca de la barrera de entrada, se levantaba una tienda de colores que recordaba a una tarta. Delante de la tienda, sobre un poste, colgaba un escudo blanco con un chevrón rojo. Bajo los faldones levantados de la tienda había un caballero con armadura, con un campo blanco adornado con el mismo emblema que el escudo. El caballero, con una mirada penetrante y retadora, se

fijaba en las mujeres que pasaban por delante de él con ramillas secas, en los engrasadores y alquitranadores que llevaban barriletes con sus productos, en los pastores, en los buhoneros y en los pordioseros. Al ver a Geralt y Jaskier, que marchaban al paso, una luz de esperanza se encendió en sus ojos.

—La dama de vuestro corazón —Geralt, con voz de hielo, echó por tierra las esperanzas del caballero—, quienquiera que sea, es la más bella y la más virtuosa doncella desde el Yaruga hasta el Buina.

—Por mi honor —contestó de mala gana el caballero—. Razón tenéis, señor.

La muchacha rubia, con una cazadora de piel profusamente adornada con tachuelas plateadas, estaba vomitando en mitad de la calle, doblada hacia delante, sujetándose del estribo de una yegua gris. Dos colegas de la chica, con idéntica indumentaria, con las espadas colgadas a la espalda y unas cintas en la frente, insultaban soezmente, con voz estropajosa, a los viandantes. Los dos llevaban una buena cogorza, apenas se tenían en pie y se chocaban con los flancos de los caballos y con el atadero que había delante de la posada.

—¿Seguro que tenemos que entrar ahí? —preguntó Jaskier—. Dentro de ese santuario puede haber más simpáticos pajecillos como ésos.

—He quedado aquí. ¿Ya te has olvidado? Ésta es la posada El Gallo y la Gallina Clueca que mencionaba la tablilla aquella que vimos en el roble.

La rubia volvió a contraerse, devolviendo entre espasmos, copiosamente. La yegua bufó ruidosamente y se agitó, tirando a la chica al suelo y arrastrándola por los vómitos.

—A ver, ¿tú qué miras, pasmao? —farfulló uno de aquellos tipos—. ¿Eh, abuelete?

—Geralt —musitó Jaskier, desmontando—. Por favor, no hagas ninguna tontería.

—Tú tranquilo. No pienso hacer ninguna.

Amarraron los caballos al atadero, al otro lado de los escalones. Los mozalbetes dejaron de prestarles atención, se dedicaron a insultar y a escupir a las burguesas que pasaban por la calle con sus niños. Jaskier miró con el rabillo del ojo a la cara del brujo. No le hizo ninguna gracia lo que vio.

Lo primero que saltaba a la vista al entrar en la posada era un cartel: Se necesita cocinero. Lo segundo era el gran dibujo que había en un rótulo armado con unas tablas que representaba a un monstruo barbudo con un hacha chorreando sangre. Debajo ponía: ENANO: MALDITO CANIJO TRAIDOR.

A Jaskier no le faltaban motivos para estar asustado. Los únicos clientes efectivos del establecimiento —aparte de algunos borrachines que bebían con dignidad y de un par de prostitutas ojerosas— eran otros «pajecillos», con las espadas colgadas a la espalda y con aquellas prendas de piel que deslumbraban

con tanta tachuela. Eran ocho en total, de ambos sexos, pero armaban jaleo como dieciocho, con tanto grito y tanto insulto.

—Ya sé yo quiénes sean vuesas mercedes —les abordó el posadero nada más verles—. Y tengo un aviso que darles. Deben dirigirse a Los Olmos, a la fonda de Wirsing.

—Oooh. —Jaskier se animó—. Qué bien…

—Pues nada, anda y que les aproveche. —El posadero se puso otra vez a secar las jarras con el mandil—. Desprecien si quieren mi local, muy dueños son los señores de proceder así. Mas les advierto de que Los Olmos es el barrio de los enanos, sólo los no humanos habitan allí.

—¿Y qué más da? —Geralt pestañeó.

—Bueno, igual a vuesas mercedes les dará lo mismo. —El posadero se encogió de hombros—. Si quien el aviso dejara era un enano, mismamente. Si les place tener trato con tales gentes… eso es negocio suyo. Vuesas mercedes sabrán de quién prefieran la compañía.

—No somos muy exigentes a la hora de elegir compañía —aseguró Jaskier, señalando con la cabeza a los mocosos de las cazadoras negras, con cintas en la frente cubierta de acné, que vociferaban y reñían en una mesa—. Ahora, una como ésa no nos va, a fe mía que no.

El tabernero colocó la jarra recién fregada en su sitio y les miró con cara de pocos amigos.

—Hay que ser comprensivos —les aleccionó en tono enfático—. Los jóvenes tienen que desfogarse. Es cosa sabida que los jóvenes han de desfogarse. La guerra les ha maltratado. Sus padres han caído…

—Y sus madres se han soltado el pelo —prosiguió Geralt con una voz helada como un lago de montaña—. Lo comprendo, yo soy muy comprensivo. Por lo menos, intento serlo. Vamos, Jaskier.

—Adelante, pues, con todos mis respetos —dijo el posadero, sin ningún respeto—. Mas no vayan a quejarse después los señores, no digan que no se les haya avisado. En los tiempos que corren fácil resulta el salir trasquilado del barrio de los enanos. Llegado el caso.

—¿Llegado el caso de qué?

—¿Y yo qué sé? No es mi negocio.

—Vamos, Geralt —le apresuró Jaskier, advirtiendo de reojo cómo la juventud maltratada por la guerra y muy consciente de su situación clavaba en ellos sus ojos brillantes por el fisstech.

—Hasta la vista, posadero. ¿Quién sabe?, tal vez en otra ocasión visitemos este local, dentro de un tiempo. Cuando no cuelguen esos carteles a la entrada.

—¿Y cuál de ellos es el que no les haya placido a los señores? —El tabernero arrugó la frente y se puso en jarras de manera chulesca—. ¿Eh? ¿El del enano?

—No. El del cocinero.

Tres jovencitos se levantaron de la mesa, ligeramente tambaleantes, con la intención evidente de cortarles el paso. Una muchacha y dos muchachos con cazadoras negras. Con las espadas colgadas a la espalda.

Geralt no aflojó el paso, siguió a lo suyo, con la cara y la mirada heladas, totalmente impertérrito.

En el último momento, los mocosos se echaron para atrás, dejándoles pasar. Jaskier notó su peste a cerveza. A sudor. Y a miedo.

—Habrá que acostumbrarse —dijo el brujo cuando ya estaban en la calle—. Habrá que adaptarse.

—A veces se hace difícil.

—Eso no es razón. Eso no es razón, Jaskier.

El ambiente era caluroso, espeso y pegajoso. Como una sopa.

Fuera, delante de la posada, los dos chavales de las cazadoras negras estaban ayudando a la chica rubia a lavarse en un pilón. La chica resoplaba, tratando de explicarles, entre balbuceos, que ya estaba mejor, y aseguró que necesitaba un trago. Que, desde luego, pensaba ir al bazar a volcar tenderetes y así reírse un rato, pero que primero tenía que beber algo.

La chica se llamaba Nadia Esposito. Ese nombre sería registrado en los anales. Pasaría a la historia.

Pero ni Geralt ni Jaskier podían saber nada de eso todavía.

Ni tampoco la chica.

En las callejas de la ciudadela de Rivia había un gran bullicio, y lo que parecía tener completamente absortos a lugareños y visitantes era el comercio. Se diría que allí todo el mundo comerciaba con todo, tratando de cambiar todo por algo más. Por todas partes estallaba la cacofonía de los gritos: se anunciaban productos, se regateaba encarnizadamente, se mentía por ambas partes, se acusaba ruidosamente de fraude, robo y trapacería, así como de otros pecados que ya no tenían que ver con el comercio. Antes de llegar a Los Olmos, Geralt y Jaskier recibieron muchas propuestas sugerentes. Entre otras cosas, les propusieron: un astrolabio, una trompeta de latón, una cubertería adornada con el escudo de la familia Frangipani, acciones de una mina de cobre, un tarro de sanguijuelas, un mamotreto hecho trizas titulado *El presunto milagro o La cabeza de Medusa*, una parejita de hurones, un elixir que aumentaba la potencia y —en el marco de las transacciones anexas— una mujer ni demasiado joven, ni demasiado delgada, ni demasiado lozana.

Un enano de barbas negras, de un descaro inaudito, estaba tratando de convencerles de que compraran una birria de espejo con marco de tombac,

alegando que aquél era el espejo mágico de Cambuscan, cuando de repente una pedrada certera le arrebató la mercancía de las manos.

—¡Kobold sarnoso! —gritó el agresor, un arrapiezo sucio y descalzo, dándose a la fuga—. ¡No humano! ¡Chivo barbudo!

—¡Que se te pudran las tripas, piojo humano! —replicó el enano—. ¡Que se te pudran y se te salgan por el culo!

La gente se miraba en medio de un silencio lúgubre.

El barrio de Los Olmos estaba situado en la orilla del lago, en una ensenada donde crecían los alisos, los sauces llorones y, naturalmente, los olmos. Aquí todo estaba mucho más callado y tranquilo, nadie compraba nada y nadie quería vender nada. Desde el lago soplaba una brisa que resultaba especialmente agradable para quien había escapado del hedor sofocante y lleno de moscas de la ciudadela.

No tardaron en encontrar la taberna de Wirsing. El primero que vieron por la calle se la indicó sin vacilación.

Sentados en las escaleras del soportal, donde crecía el guisante trepador y el escaramujo, bajo un techo cubierto de musgo verdoso y de nidos de golondrina, había dos barbudos enanos, trasegando cerveza de unas jarras que apoyaban en la barriga.

—Geralt y Jaskier —dijo uno de los enanos y eructó ruidosamente—. Sí que os habéis hecho esperar, granujas.

Geralt bajó del caballo.

—Salud, Yarpen Zigrin. Me alegro de verte, Zoltan Chivay.

Eran los únicos clientes en el establecimiento, que olía intensamente a asado, a ajo, a hierbas y a algo más, algo indefinible pero muy agradable. Estaban sentados en torno a una pesada mesa con vistas al lago, el cual, a través de los cristales ligeramente tintados con sus bastidores de plomo, daba una sensación misteriosa, mágica y romántica.

—¿Dónde está Ciri? —preguntó sin preámbulos Yarpen Zigrin—. Espero que no…

—No —le interrumpió rápidamente Geralt—. Está de camino. Pronto la veréis. Bueno, barbudos, ¿qué os contáis?

—¿Qué te había dicho? —dijo Yarpen, sarcástico—. ¿Qué te había dicho, Zoltan? Aquí le tienes, de vuelta del fin del mundo, donde, si hay que fiarse de las habladurías, se ha bañado en sangre, ha matado dragones y ha derribado imperios, y nos pregunta a nosotros que qué nos contamos. El mismo brujo de siempre.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —terció Jaskier, husmeando.

—La comida —dijo Yarpen Zigrin—. Carne. ¿No nos preguntas, Jaskier, de dónde ha salido esa carne?

—No os lo pregunto, porque ya me sé el chiste.

—No seas cerdo.

—¿De dónde ha salido esa carne?

—Ha venido sola arrastrándose.

—Y ahora, ya en serio. —Yarpen se enjugó las lágrimas, aunque el chiste, a decir verdad, era muy viejo—. En lo referente a los alimentos, estamos en una situación crítica, como siempre después de una guerra. La carne ni se ve, ni tan siquiera las aves de corral, el pescado también escasea… Tampoco hay apenas harina, ni patatas, ni legumbres… Las granjas han sido incendiadas, los depósitos saqueados, los estanques vaciados, los campos están sin cultivar…

—La producción está estancada —añadió Zoltan—. No hay transportes. Lo único que funciona es la usura y el trueque. ¿Habéis visto el bazar? Al lado de los indigentes, que venden y cambian los últimos restos de sus bienes, los especuladores amasan verdaderas fortunas…

—Como a todo eso se le añada una mala cosecha, en invierno la gente empezará a morir de hambre.

—¿Tan mal está la cosa?

—Si habéis venido desde el sur, tenéis que haber atravesado aldeas y poblados. Haz memoria, y dime en cuántos de esos sitios oíste ladrar a los perros.

—Su puta madre. —Jaskier se dio una palmada en la frente—. Lo sabía… ¡Ya te dije, Geralt, que allí había algo que no era normal! ¡Que allí faltaba algo! ¡Ja! ¡Ahora caigo en la cuenta! ¡No se oía a los perros! Como que no los había por ninguna parte…

Se calló de repente, miró hacia la cocina, de donde venía aquel olorcillo a ajo y a hierbas, y el terror se asomó a sus ojos.

—No temas —refunfuñó Yarpen—. Nuestra carne no es de esas que ladran, maúllan o imploran piedad. Nuestra carne no tiene nada que ver. ¡Es digna de reyes!

—¡Confiesa, enano!

—Cuando recibimos vuestra carta y quedó claro que nos veríamos aquí en Rivia, estuvimos pensando, Zoltan y yo, en cómo os podríamos agasajar. Le estuvimos dando vueltas y más vueltas, hasta que, de tanto darle vueltas, nos entraron ganas de mear. Entonces nos acercamos a una aliseda que hay a la orilla del lago, y vimos que aquello estaba plagado de caracoles. Así que cogimos un saco y lo llenamos hasta arriba de esos preciosos moluscos.

—Muchos se nos escaparon —dijo Zoltan Chivay, asintiendo con la cabeza—. Habíamos bebido una miaja, y esos bichos corren como demonios.

Los dos enanos volvieron a partirse de risa con aquel otro chiste viejo.

—Wirsing —Yarpen señaló al tabernero que se afanaba junto a los fogones— prepara muy bien los caracoles, y tenéis que saber que eso requiere mucha ciencia. Es un chef muy renombrado. Antes de quedarse viudo, estuvo llevando con su mujer un mesón en Maribor, y cocinaban tan bien que hasta el propio rey conducía allí a sus invitados. ¡Y ahora a beber, digo yo!

—Pero antes —asintió Zoltan— hay que probar un corégono recién ahumado, pescado con pincho en las profundidades del lago. Acompañado de un matarratas, pescado en las profundidades de la bodega.

—¡Y a contar, señores, a contar! —les recordó Yarpen, escanciando—. ¡A contar!

El corégono, caliente y jugoso, olía a humo de picón de aliso. La vodka estaba tan fría que dolían las muelas.

El primero en contar fue Jaskier, con su estilo florido, fluido, colorista, inspirado, engalanando el relato con ornamentos tan brillantes y fantasiosos que casi conseguían disimular el disparate y el embuste. Después contó el brujo. Contó la pura verdad, y hablaba con tanta sequedad, aridez y monotonía que Jaskier no se podía aguantar y metía baza cada dos por tres, lo que le valió más de una reprimenda de los enanos.

Y finalmente el relato se acabó y se hizo un largo silencio.

—¡Por la arquera Milva! —Zoltan Chivay se aclaró la voz y levantó su jarra —. Por el nilfgaardiano. Por Regis el herborista, que en su choza agasajaba a los viajeros con orujo de mandrágora. Y por esa Angoulême, a la que no conocí. Que la tierra les sea leve a todos ellos. Que allá, en el otro mundo, tengan en abundancia de todo aquello de lo que anduvieron escasos en éste. Y que sus nombres vivan largamente en canciones y relatos. Bebamos.

—Bebamos —repitieron Jaskier y Yarpen Zigrin con la voz apagada.

Bebamos, pensó el brujo.

Wirsing, un hombretón entrecano, pálido y flaco como un palo, auténtica negación del estereotipo del mesonero y maestro de los arcanos culinarios, depositó sobre la mesa un cestillo de pan blanco y oloroso, y a continuación una fuente de madera donde, sobre una cama de hojas de rábano silvestre, chisporroteaban los caracoles, rociados con un mojete de ajo y aceite. Jaskier, Geralt y los enanos zamparon con ganas. La comida estaba exquisita, amén de resultar excepcionalmente entretenida, dada la necesidad de hacer malabarismos con aquellas pintorescas horquillas y pinzas.

Comieron, hicieron ruido, mojaron pan en la salsa. Juraron y perjuraron cada vez que un caracol se les escapaba de las pinzas. Dos gatitos se lo pasaron en

grande haciendo rodar y persiguiendo por el suelo las conchas vacías.

El olor que venía de la cocina indicaba que Wirsing estaba preparando otra ración.

Yarpen Zigrin, desganado, hizo un gesto de rechazo, pero era consciente de que el brujo no iba a dar su brazo a torcer.

—Por lo que a mí respecta —dijo, rechupeteando una concha—, básicamente no hay novedades. A ratos combatiendo… A ratos gobernando, porque me han elegido teniente de estarosta. Voy a hacer carrera política. En los demás negocios hay mucha competencia. Pero en política un tonto se sube a cuestas de un chorizo y va detrás de un ratero. Es fácil destacar.

—Pues yo —dijo Zoltan Chivay, gesticulando con un caracol sujeto de las pinzas— no valgo para la política. Voy a montar una fragua, movida por agua y vapor, en compañía de Figgis Merluzzo y Munro Bruys. ¿Te acuerdas, brujo, de Figgis y de Bruys?

—No sólo de ellos.

—Yazon Varda cayó junto al Yaruga —le informó secamente Zoltan—. De una manera totalmente estúpida, en una de las últimas escaramuzas.

—Lástima de tipo. ¿Y Percival Schuttenbach?

—¿El gnomo? Ah, ése está bien. Es un pillo, se libró del reclutamiento alegando no sé qué derechos ancestrales de los gnomos, según los cuales la religión le impedía tomar las armas. Y le salió bien la jugada, a pesar de que todo el mundo sabía que el panteón completo de los dioses y las diosas se la refanfinfla. Ahora tiene una joyería en Novigrado. ¿Sabes que me compró el loro? Ha convertido a Mariscal de Campo Duda en un anuncio viviente, le ha enseñado a gritar: «Brrrillantes, brrrillantes». Y el caso es que funciona, imagínate. El gnomo tiene una clientela de la leche, trabajo a manos llenas y la bolsa a reventar. No, claro, estamos hablando de Novigrado. Allí atan los perros con longanizas. Por eso mismo, nosotros también estamos pensando en instalar nuestra fragua en Novigrado.

—Ahí te van a embadurnar de mierda la puerta —dijo Yarpen—. Y a tirarte piedras a las ventanas. Y a llamarte enano maldito. De nada te vale que hayas sido combatiente, que te hayas dejado la piel por ellos. En ese Novigrado que tanto te gusta no vas a ser más que un paria.

—Saldré adelante —dijo animoso Zoltan—. En Mahakam hay demasiada competencia. Y demasiados políticos. Bebamos, amigos. Por Caleb Stratton. Por Yazon Varda.

—Por Regan Dahlberg —añadió Yarpen, entristeciéndose.

Geralt meneó la cabeza.

—También Regan…

—También. En Mayenna. La vieja Dahlberg se ha quedado sola. ¡Ah, diantres, ya basta, ya basta, ya basta de todo esto! Bebamos. Y hay que darse prisa con estos caracoles, porque Wirsing ya viene con otra cazuela.

Los enanos, con los cinturones desabrochados, escucharon la narración de Geralt sobre el romance aristocrático de Jaskier, que acabó en el patíbulo. El poeta parecía ofendido y no hizo ningún comentario. Yarpen y Zoltan se partían de risa.

—Sí, sí —dijo por fin Yarpen Zigrin, enseñando toda la dentadura—. Como dice esa vieja canción: « un mozo de rompe y rasga, y face lo que a las mozas les viene en gana» . Algunos ejemplos eminentes de la certeza de este dicho se han juntado hoy en torno a esta mesa. Zoltan Chivay, sin ir más lejos. Cuando ha contado qué novedades había, se le ha olvidado añadir que se casa. Muy pronto, en septiembre. La feliz elegida se llama Eudora Brekekeks.

—¡Breckenriggs! —le rectificó rotundamente Zoltan, frunciendo el entrecejo —. Ya empiezo a estar harto de tener que corregirte la pronunciación, Yarpen. ¡Ten cuidadito, porque cuando me canso de algo yo también sé dar por culo!

—¿Dónde va a ser la boda? ¿Y cuándo, exactamente? —terció Jaskier, conciliador—. Lo pregunto porque igual nos pasamos por ahí. Si invitas, claro está.

—Aún no tenemos nada decidido, ni dónde ni cuándo ni cómo, ni si nos vamos a casar siquiera —farfulló Zoltan, visiblemente confuso—. Yarpen se precipita. Sí parece que Eudora y yo estamos comprometidos, pero, ¿quién sabe lo que va a pasar? ¿En estos tiempos tan cabrones?

—Otro ejemplo del poder absoluto de las mujeres —prosiguió Yarpen Zigrin — es Geralt de Rivia, el brujo.

Geralt hizo como que estaba atareado con un caracol. Yarpen resopló.

—Después de encontrar, de verdadero milagro, a su Ciri —siguió diciendo el enano—, permite que se marche, no le importa que se vuelvan a separar. La deja otra vez sola, a pesar de que, como muy bien acabamos de oír, estos tiempos no son precisamente los más tranquilos. Y todo esto lo hace el susodicho brujo porque así lo quiere una mujer. El brujo hace siempre lo que quiere esa mujer, por todos conocida como Yennefer de Vengerberg. Si por lo menos el brujo en cuestión sacara algo de eso… Pero no saca nada. La verdad, como solía decir el rey Dezmod, mirando al orinal después de hacer sus necesidades: « Esto no se abarca con la mente» .

—Propongo —Geralt, con una sonrisa encantadora, levantó su jarra— que bebamos y que cambiemos de tema.

—Eso, eso —dijeron a dúo Jaskier y Zoltan.

Wirsing llevó a la mesa una tercera y después una cuarta fuente de caracoles. Sin olvidarse, por supuesto, del pan y la vodka. Los comensales ya empezaban a estar llenos, así que no era de extrañar que los brindis fueran cada vez más frecuentes. Tampoco era de extrañar que cada vez hubiera más filosofía, y cada vez más espesa, en los discursos.

—El mal contra el que combatíamos —insistía el brujo— era una manifestación de la acción del caos, de sus actuaciones encaminadas a turbar el orden. De modo que, cuando el mal se extendía, el orden no podía reinar, todo lo que el orden edificaba se venía abajo, no se tenía en pie. El débil resplandor de la sabiduría y la tímida llama de la esperanza, las brasas que aún conservaban ese calor, en lugar de destellar, se apagarían. Sobrevendría la oscuridad. Y las tinieblas se llenarían de colmillos, de garras y de sangre.

Yarpen Zigrin se acariciaba la barba, toda perdida de grasa por el mojo de los caracoles.

—Qué bien hablas, brujo —reconoció—. Pero, como le dijo la joven Cerro al rey Vridank en su primera cita: «No suena mal, pero, ¿tiene alguna aplicación práctica?».

—La razón de la existencia —el brujo no sonrió— y la razón de la presencia de los brujos se han visto socavadas, pues la lucha entre el bien y el mal tiene lugar ahora en otro campo de batalla y se desarrolla de un modo completamente diferente. El mal ha dejado de ser caótico. Ha dejado de ser una fuerza ciega y desenfrenada, a la que debía enfrentarse un brujo, un mutante tan mortífero y tan caótico como el propio mal. Hoy en día el mal gobierna basándose en las leyes, porque las leyes están a su servicio. Actúa en consonancia con los tratados de paz que se han firmado, porque, si se piensa, unos tratados que permiten…

—Habrá visto a los colonos, expulsados por la fuerza hacia el sur —supuso Zoltan Chivay.

—Y no sólo eso —añadió Jaskier con gravedad—. No sólo eso.

—¿Y qué? —Yarpen Zigrin se puso cómodo, entrelazó las manos sobre la barriga—. Todos hemos visto algo. A todos ha habido algo que nos ha sacado de nuestras casillas, todos hemos perdido alguna vez el apetito durante una temporada más o menos larga. O el sueño. Eso pasa. Ha pasado. Y seguirá pasando. Con la filosofía pasa como con estas conchas, no les pidas más sustancia. Porque ya no hay más. ¿Qué es lo que no te gusta, brujo? ¿Qué es lo que no te va? ¿Los cambios que experimenta el mundo? ¿El desarrollo? ¿El progreso?

—Tal vez.

Yarpen estuvo un buen rato callado, mirando al brujo por debajo de sus pobladas cejas.

—El progreso —dijo al fin— es como una piara de gorrinos. Así es como hay que ver el progreso, así es como hay que juzgarlo. Como una piara de gorrinos que anda por los patios del cortijo. El hecho de la existencia de esa piara implica unos beneficios. Que si el codillo. Que si los chorizos, que si el tocino, que si las manitas. ¡Una serie de ventajas, en definitiva! Así que no deberíamos poner mala cara y quejarnos de que se cagan por todas partes.

Todos estuvieron un tiempo en silencio, sopesando en su corazón y en su conciencia toda clase de asuntos y cuestiones importantes.

—A beber tocan —dijo finalmente Jaskier.

Nadie protestó.

—El progreso —dijo Yarpen Zigrin, rompiendo el silencio—, a largo plazo, iluminará las tinieblas. La oscuridad dará paso a la luz. Pero no de inmediato. Y, desde luego, no sin lucha.

Geralt, con la vista fija en la ventana, se sonrió ante sus propios pensamientos y sueños.

—Esa oscuridad de la que hablas —dijo— es un estado del espíritu, no de la materia. Para combatir con algo así hace falta instruir a unos brujos totalmente diferentes. Es el mejor momento para empezar.

—¿De empezar a reciclarte? ¿En eso estabas pensando?

—Para nada. A mí el oficio ya no me interesa. Entro en estado de reposo.

—¡Qué cosas tienes!

—Lo digo completamente en serio. Se acabó lo de ser brujo.

Se hizo un largo silencio, roto de vez en cuando por el furioso maullido de los gatitos que se arañaban y se hacían daño, fieles a los hábitos de su especie, para la cual un juego sin dolor no es un juego.

—Se acabó lo de ser brujo —remedó finalmente a Geralt, arrastrando las palabras, Yarpen Zigrin—. ¡Ja! Ni yo mismo sé qué pensar, como dijo el rey Dezmod cuando le pillaron haciendo trampas a las cartas. Pero me da muy mala espina. Jaskier, tú que viajas con él y has pasado tanto tiempo a su lado. ¿Ha manifestado otros síntomas de paranoia?

—Vale, vale —dijo Geralt, con una cara impertérrita—. Menos bromas, como dijo el rey Dezmod cuando en pleno festín los invitados empezaron de pronto a ponerse lívidos y a palmarla. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Y, ahora, manos a la obra.

Cogió la espada, que estaba colgada en el respaldo de la silla.

—Aquí tienes tu sihill, Zoltan Chivay. Te la devuelvo con gratitud y reconocimiento. Me ha servido. Me ha ayudado. Ha salvado vidas. Y ha quitado

vidas.

—Brujo… —El enano levantó las manos en un gesto defensivo—. La espada es tuya. No te la presté, te la regalé. Y los regalos…

—Calla, Chivay. Te devuelvo tu espada. Yo ya no la voy a necesitar.

—¡Qué cosas tienes! —volvió a decir Yarpen—. Ponle vodka, Jaskier, porque está hablando como el viejo Schrader cuando estando en el pozo de la mina le cayó un pico en la cabeza. Geralt, yo sé que tú eres profundo por naturaleza y de espíritu elevado, pero no me jodas, por favor, estos apetitosos bocados, porque entre la audiencia no se encuentra, como es fácil comprobar, ni Yennefer ni ninguna otra de tus concubinas hechiceriles, sólo unos viejos lobos como nosotros. Y a los viejos lobos no nos vengas con historias de que si la espada ya no es necesaria, que si el brujo no es necesario, que si el mundo es así o es asá, que si patatín y que si patatán. Brujo eres y brujo serás…

—No, no lo seré —le contradijo Geralt con suavidad—. Seguro que os sorprende, viejos lobos, pero he llegado a la conclusión de que es una estupidez mear con el viento de cara. Que es una estupidez jugarse el cuello por otro. Aunque te pague por ello. Y eso no tiene nada que ver con la filosofía existencial. No lo creeréis, pero, de repente, le he cogido un cariño tremendo a mi propio pellejo. He llegado a la conclusión de que sería una estupidez arriesgarlo en defensa de otros.

—Ya me había dado cuenta. —Jaskier asintió con la cabeza—. Por una parte, es algo muy sensato. Por otra parte…

—No hay otra parte.

—Yennefer y Ciri —preguntó un momento después Yarpen—, ¿tienen algo que ver con tu decisión?

—Mucho.

—Entonces todo está claro —dijo el enano, con un suspiro—. La verdad, no sé muy bien cómo te piensas mantener, siendo como eres un profesional de la espada, ni cómo tienes previsto organizar tu vida. Pero yo, por más que lo intento, no consigo verte plantando coles, por ejemplo, aunque supongo que habrá que respetar tu elección… ¡Permite, tabernero! Esta espada es un sihill de Mahakam, forjado por el mismísimo Rhundurin. Era un regalo. El obsequiado ya no la quiere, al donante no le está permitido recuperarla. Así que te pido que la cuelgues en la pared, encima de la chimenea. Cámbiale el nombre a tu establecimiento, que se llame La Espada del Brujo. Que en las noches de invierno se sucedan aquí las historias sobre monstruos y tesoros, sobre guerras sangrientas y combates encarnizados, sobre la muerte. Sobre el profundo amor y la amistad inquebrantable. Sobre el coraje y el honor. Que esta espada ponga en situación a los oyentes e inspire al narrador. Y ahora servidme, señores, un poco de vodka en esta misma jarra, pues voy a seguir hablando, voy a enunciar profundas verdades y filosofías varias, entre ellas la existencial.

Las jarras se llenaron de vodka en silencio, de manera solemne. Se miraron todos a los ojos y bebieron. Con igual solemnidad. Yarpen Zigrin se aclaró la voz, miró detenidamente a sus compañeros, se aseguró de que todos estaban debidamente concentrados y serios.

—El progreso —declaró enfáticamente— iluminará las tinieblas, porque para eso está el progreso, igual que, con perdón de la expresión, el culo está para cagar. Cada vez habrá más luz, cada vez nos dará menos miedo la oscuridad y el mal que en su seno acecha. Acaso llegue el día en que sencillamente dejemos de creer que algo se oculta en las tinieblas. Y nos reiremos de esa clase de temores. Nos parecerán infantiles. ¡Nos darán vergüenza! Pero siempre, siempre existirá la oscuridad. Y siempre estará el mal en la oscuridad, siempre habrá en la oscuridad colmillos y garras, crímenes y sangre. Y siempre serán necesarios los brujos.

Se quedaron cabizbajos y meditabundos, profundamente sumidos en sus reflexiones, hasta tal punto que no prestaron atención al ruido, al estruendo que había empezado a crecer de pronto en la ciudad. Era un ruido furibundo, siniestro, que iba cobrando fuerza como el zumbido de las avispas irritadas.

Apenas advirtieron cómo por el tranquilo y solitario paseo junto al lago cruzó a la carrera una persona, luego otra, luego otra.

En un momento, mientras el griterío estallaba en la ciudad, la puerta de la fonda de Wirsing se abrió de par en par súbitamente y un enano joven irrumpió en el local. Venía sofocado del esfuerzo y apenas podía cobrar aliento.

—¿Qué pasa? —Yarpen Zigrin levantó la cabeza.

El enano, sin reponerse aún, señaló con la mano en dirección al centro de la ciudad. Tenía la mirada perdida.

—Respira hondo —le aconsejó Zoltan Chivay—. Y cuéntanos que pasa.

Más tarde se dijo que los trágicos sucesos de Rivia habían sido un acontecimiento puramente fortuito, que se había tratado de una reacción espontánea, una repentina explosión, imposible de prever, de rabia comprensible, producto de la mutua enemistad y animadversión entre los hombres, los enanos y los elfos. Se dijo que no habían sido los humanos, sino los enanos los que habían atacado primero, que la agresión había partido de sus filas. Que un buhonero enano se había metido con Nadia Esposito, una joven de la nobleza, huérfana de guerra, y que había recurrido a la violencia contra ella. Que después, cuando los nobles salieron en defensa de su amiga, el enano llamó a sus parientes. Se entabló una pelea, que pronto se convirtió en una auténtica batalla que se extendió, en un abrir y cerrar de ojos, a todo el bazar. La batalla degeneró en una carnicería, en un

ataque masivo de los humanos a la parte del arrabal ocupada por los no humanos y al barrio de Los Olmos. En menos de una hora, desde el incidente en el bazar hasta la intervención de las hechiceras, fueron asesinadas ciento setenta personas, cerca de la mitad de las cuales fueron mujeres y niños.

Tal versión de los hechos es la que recoge en su trabajo el profesor Emmerich Gottschalk de Oxenfurt.

Pero hubo algunos que sostuvieron otra cosa. ¿Cómo que espontaneidad, cómo que explosión repentina e imprevisible, si a los pocos minutos de estallar los incidentes del bazar ya había carros en las calles repartiendo armas entre los humanos? ¿De qué rabia súbita y comprensible hablaban, si los cabecillas del populacho, los más destacados y activos durante la masacre, eran personas a las que nadie conocía, llegadas a Rivia pocos días antes de los sucesos, sin que nadie supiera de dónde venían, y que desaparecieron después sin dejar rastro? ¿Por qué tardó tanto en intervenir el ejército? ¿Y por qué actuó al principio con tal parsimonia?

Otros investigadores creyeron ver en los incidentes de Rivia una provocación nilfgaardiana, y aún hubo otros que aseguraron que todo había sido urdido por los propios enanos, confabulados con los elfos. Que se habían matado entre sí para desacreditar a los humanos.

Entre las voces de los científicos más serios, pasó completamente desapercibida la teoría, muy aventurada, de cierto joven y excéntrico licenciado, quien —antes de que le hicieran callar— había afirmado que los sucesos de Rivia no obedecían a ninguna conspiración o conjura secreta, sino a los rasgos más frecuentes, más extendidos entre la población local: ignorancia, xenofobia, zafiedad y embrutecimiento exacerbado.

Más tarde, todo el mundo se aburrió del asunto y se dejó de hablar de él por completo.

—¡A la bodega! —insistió el brujo, escuchando inquieto el estruendo y los alaridos de la chusma que se acercaba rápidamente—. ¡Los enanos a la bodega! ¡Nada de estúpidos heroísmos!

—Brujo —protestó Zoltan, apretando el mango del hacha—. Yo no puedo… Allí están cayendo mis hermanos…

—A la bodega. Piensa en Eudora Brekekeks. ¿Acaso quieres que enviude antes de la boda?

El argumento funcionó. Los enanos bajaron a la cava. Geralt y Jaskier ocultaron la entrada con una estera. Wirsing, habitualmente pálido, estaba blanco. Como el requesón.

—He visto un pogromo en Maribor —balbuceó, mirando a la entrada de la bodega—. Como los encuentren ahí…

—Vete a la cocina.

Jaskier también estaba pálido. A Geralt no le extrañaba demasiado. En medio del griterío que llegaba hasta ellos, amorfo e indistinto hasta hacía poco, empezaban a reconocerse notas individuales. Y su sonido ponía los pelos de punta.

—Geralt —gimoteó el poeta—. Yo tengo cierto parecido con los elfos…

—No seas idiota.

Nubes de humo aparecieron sobre los tejados. Un grupo de enanos venía huyendo por los callejones. Enanos de ambos sexos.

Dos de ellos, sin titubear, saltaron al lago y empezaron a nadar, chapoteando con fuerza, y avanzaron en línea recta hacia el interior. El resto se dispersó. Algunos se encaminaron hacia la fonda.

Desde los callejones llegaba el populacho. Eran más rápidos que los enanos. En aquella carrera se estaba imponiendo el ansia de matar.

Los gritos de las víctimas taladraban los oídos, resonaban en los vidrios de colores de las ventanas del local. Geralt notó cómo las manos le empezaban a temblar.

A uno de los enanos literalmente le destrozaron, le hicieron pedazos. A otro le tiraron al suelo y en cuestión de segundos le convirtieron en una masa informe y sanguinolenta. A una mujer la masacraron con horcas y aguijadas, al niño que estuvo protegiendo hasta el último momento sencillamente le pisotearon, le machacaron a taconazos.

Un enano y dos enanas llegaron corriendo hasta la fonda. La chusma vociferante les pisaba los talones.

Geralt respiró hondo. Se levantó. Notando encima de él las miradas aterradas de Jaskier y de Wirsing, cogió de la repisa de la chimenea el sihill, la espada forjada en Mahakam, en la fragua del mismísimo Rhundurin.

—Geralt… —gimió el poeta, en tono desgarrador.

—Muy bien… —dijo el brujo, dirigiéndose a la puerta—. ¡Pero es la última vez! ¡Que me parta un rayo si no es ésta la última vez.

Salió al soportal, y desde allí dio un salto, con un tajo veloz trinchó a un golfante con un guardapolvos de albañil que amenazaba a una de las mujeres con una llana. Al siguiente le amputó la mano con la que tenía agarrada a la otra mujer de los pelos. A quienes estaban pateando al enano caído en el suelo los despachó con dos fulgurantes cortes oblicuos.

Y se adentró en la muchedumbre. Deprisa, moviéndose en semicírculos. Daba unos tajos deliberadamente amplios, aparentemente caóticos, sabiendo que esos ataques resultan más sangrientos y son más espectaculares. No quería matar. Sólo quería dejarlos malheridos.

—¡Un elfo! ¡Un elfo! —alguien entre la chusma gritó como un poseso—. ¡Hay que matar al elfo!

Qué disparate, pensó Geralt, *Jaskier todavía, pero yo no tengo ninguna pinta de elfo*.

Descubrió al que había gritado, tal vez un soldado, pues llevaba una brigantina y unas botas altas. Avanzó sorteando a la muchedumbre como una anguila. El soldado se protegía con una pica, sujetándola con ambas manos. Geralt tajó a lo largo del asta, seccionándole los dedos. Empezó a dar vueltas, cada uno de sus amplios golpes iba seguido de gritos de dolor y de borbotones de sangre.

—¡Piedad! —Un mozalbete desgreñado con ojos de loco cayó de rodillas ante él—. ¡Compasión!

Geralt le perdonó, detuvo el brazo y la espada, aprovechando el ímpetu destinado a atacar para completar su giro. Con el rabillo del ojo vio levantarse de un salto al desgreñado, vio lo que tenía en la mano. Interrumpió el giro para realizar una maniobra de evasión en sentido contrario. Pero se quedó atrapado entre la multitud. Durante una fracción de segundo se quedó atrapado entre la multitud.

Se limitó a mirar como volaban hacia él las puntas del tridente.

Se apagó el fuego en el hogar de la enorme chimenea, la sala quedó a oscuras. Una ráfaga de viento procedente de las montañas silbó en las grietas de los muros y aulló al penetrar por los postigos mal cerrados de Kaer Morhen, el Nido de los Brujos.

—¡Maldita sea! —Eskel no aguantó más, se levantó, abrió el aparador—. ¿Gaviota o vodka?

—Vodka —dijeron a una Cohën y Geralt.

—Claro —terció Vesemir, oculto en las sombras—. ¡Sí, sí, claro! Ahogad vuestra estupidez en vodka. ¡Pedazo de idiotas!

—Fue un accidente… —farfulló Lambert—. Si ya dominaba el peine…

—¡Cierra esa bocaza, idiota! ¡No quiero oírte más! Te lo advierto, como le haya pasado algo a la chiquilla…

—Ya está bien —le interrumpió Cohën con suavidad—. Duerme tranquila. Profunda y saludablemente. Se despertará un poco dolorida, y eso es todo. Del trance, de todo lo ocurrido, no se va a acordar para nada.

—Con tal de que os acordéis vosotros. —Vesemir jadeaba furioso—. ¡Alcornoques! Échame también a mí, Eskel.

Estuvieron largo rato callados, oyendo los aullidos del viento.

—Habrá que llamar a alguien —dijo por fin Eskel—. Habrá que traer aquí a alguna maga. No es normal lo que le pasa a esa muchacha.

—Ya es el tercer trance.

—Pero por primera vez ha articulado un discurso…

—Repetidme otra vez lo que ha dicho —mandó Vesemir, vaciando la copa de

un trago—. Palabra por palabra.

—No hay forma de repetirlo palabra por palabra —dijo Geralt, mirando fijamente las brasas—. Pero el sentido, si es que tiene sentido buscarle un sentido a eso, fue el siguiente: Cohën y yo moriremos. Los dientes serán nuestra perdición. A los dos nos matarán unos dientes. A él dos. A mí tres.

—Es bastante probable —resopló Lambert— que nos maten a dentelladas. Unos dientes pueden acabar con cualquiera de nosotros en todo momento. Pero a vosotros dos, si esa profecía es realmente profética, os aniquilarán unos monstruos con unas melladuras increíbles.

—O una gangrena purulenta por culpa de unos dientes mal cuidados — convino Eskel, aparentemente serio—. Sólo que a nosotros no se nos estropean los dientes.

—Pues yo —dijo Vesemir— no me lo tomaría a guasa.

Los brujos se callaron.

Las ráfagas de viento aullaban y silbaban en los muros de Kaer Morhen.

El mozalbete desgreñado, como asustado de lo que acababa de hacer, soltó el asta. El brujo, sin poder reprimir un grito de dolor, se dobló hacia delante, la horca hincada en su vientre lo desequilibró, pero, al caer de rodillas, se le soltó del cuerpo y fue a parar al empedrado. La sangre se derramó con un murmullo y un chapoteo dignos de una cascada.

Geralt quiso ponerse de pie. En lugar de eso se derrumbó sobre un costado.

Los sonidos que le envolvían adquirieron resonancias y ecos, los oía como si tuviera la cabeza debajo del agua. Tampoco veía con claridad, lo hacía con una perspectiva alterada y una geometría totalmente falsa.

Pero vio que la multitud se dispersaba. La vio escapar de quienes acudían en su ayuda. De Zoltan y Yarpen con sus hachas, de Wirsing con su cuchillo de carnicero, de Jaskier armado con una escoba. *Alto*, quiso gritar, *¿adónde vais? Para mear con el viento de cara, ya me valgo yo solo*.

Pero no pudo gritar. Una oleada de sangre le sofocó la voz.

Pasaba del mediodía cuando las hechiceras llegaban a Rivia, cuando en el fondo, desde la perspectiva de la carretera, vieron la superficie del Loc Eskalott brillando como un espejo, las rojas tejas del castillo y la techumbre de la ciudadela.

—Bueno, ya hemos llegado —constató Yennefer—. ¡Rivia! Ja, qué forma más curiosa de enredarse los destinos.

Ciri, muy nerviosa desde hacía un buen rato, obligó a Kelpa a bailar y a dar pasos cortos. Triss Merigold suspiró de forma imperceptible. Mejor dicho, ella

creyó que había sido de forma imperceptible.

—Por favor. —Yennefer la miró de hito en hito—. Qué extraños sonidos levanta tu pecho virginal, Triss. Ciri, ve por delante, comprueba que no haya nadie.

Triss volvió la cara, decidida a no provocar y a no dar ningún pretexto. No esperaba que le diera resultado. Desde hacía bastante tiempo venía percibiendo en Yennefer una animadversión y una agresividad que crecían a medida que se iban a cercando a Rivia.

—Tú, Triss —insistía Yennefer maliciosamente—, no te ruborices, no suspires, no vayas a babear y clávate el culo en la silla. ¿O es que te crees que, porque haya accedido a tu petición, me ha parecido bien que vinieras con nosotras? ¿Que estaba de acuerdo con el encuentro, delicioso y lánguido, de los amantes de antaño? ¡Ciri, te he dicho que vayas por delante! ¡Déjanos conversar!

—No es una conversación, sino un monólogo —dijo Ciri con arrogancia, pero ante aquella mirada amenazante, de color violeta, depuso de inmediato las armas, silbó a Kelpa y se lanzó al galope por la carretera.

—No vas al encuentro del amado, Triss —continuó Yennefer—. No soy ni tan noble ni tan estúpida como para ofrecerte a ti esa posibilidad, y a él esa tentación. Sólo tendréis una ocasión, hoy mismo. Después me pienso ocupar de que no tengáis, ninguno de los dos, ni la tentación ni la ocasión. Pero hoy no voy a privarme de un placer tan dulce como perverso. Él sabe qué papel has desempeñado. Y te lo agradecerá con su célebre mirada. Pero yo voy a estar atenta a tus labios temblorosos y a tus manos vacilantes, voy a estar pendiente de tus penosas disculpas y justificaciones. Y, ¿sabes una cosa, Triss? Me voy a desmayar de gusto.

—Ya sabía yo —protestó Triss— que no te ibas a olvidar de mí, que tratarías de vengarte de mí. Estoy de acuerdo en que, de hecho, fui culpable. Pero tengo que decirte una cosa, Yennefer. No cuentes en exceso con ese desmayo. Él sabe perdonar.

—Las cosas que se le hacen a él, desde luego. —Yennefer pestañeó—. Pero jamás te perdonará por lo que le pasó a Ciri. Y a mí.

—Es posible. —Triss tragó saliva—. Es posible que no me perdone. Sobre todo si tú te empeñas en ello. Pero seguro que no se ensaña. No se va a rebajar hasta ese punto.

Yennefer chasqueó al caballo con la fusta. El caballo relinchó, brincó, bailó con tanto ímpetu que la hechicera titubeó en la silla.

—¡Basta de discusión! —gruñó—. ¡Más humildad, arrogante tarasca! ¡Se trata de mi hombre, mío y sólo mío! ¿Lo entiendes? Tienes que dejar de hablar de él, tienes que dejar de pensar en él, tienes que dejar de quedarte extasiada ante su noble carácter… ¡Desde ahora, desde este mismo instante! Ay, qué ganas

tengo de cogerte de esas greñas pelirrojas…

—¡Atrévete y verás! —gritó Triss—. Tú atrévete, adefesio, y te saco los ojos. Yo…

Se callaron al ver a Ciri, que venía hacia ellas a la carrera, levantando una nube de polvo. Y enseguida comprendieron que allí pasaba algo gordo. Y enseguida comprendieron de qué se trataba. Antes incluso de que Ciri llegara hasta ellas.

Por encima de los techos de paja del ya próximo arrabal, por encima de las tejas y las chimeneas de la ciudadela, se elevaron de pronto unas lenguas rojas de fuego, aparecieron unas nubes de humo. Un grito llegó hasta los oídos de las hechiceras, un griterío lejano como un zumbido de moscas cojoneras o de abejorros furiosos. El griterío crecía, se hacía más intenso con el contrapunto de algunos chillidos especialmente agudos.

—¿Qué demonios pasa ahí? —Yennefer se puso de pie sobre los estribos—. ¿Una invasión? ¿Un incendio?

—Geralt… —exclamó Ciri de repente, blanca como el pergamino—. ¡Geralt!

—¿Ciri? ¿Qué te pasa?

Ciri levantó una mano, y las hechiceras vieron cómo la sangre le corría por la palma. Por la línea de la vida.

—Se ha cerrado el círculo —dijo la muchacha, con los ojos cerrados—. La espina de la rosa de Shaerrawedd me ha herido, y la serpiente Uroboros ha clavado los dientes en su propia cola. ¡Voy, Geralt en tu ayuda! ¡No te dejaré solo!

Antes de que ninguna de las hechiceras tuviera tiempo de protestar, la chica hizo volverse a Kelpa y en un momento la puso al galope.

Yennefer y Triss tuvieron suficiente presencia de ánimo para espolear de inmediato a sus propios caballos. Pero sus cabalgaduras no se podían comparar con Kelpa.

—¿Qué será? —gritaba Yennefer, cortando el viento—. ¿Qué estará pasando?

—¡Lo sabes de sobra! —Triss sollozaba, cabalgando a su lado—. ¡Vuela, Yennefer!

Antes de llegar a las chozas del arrabal, antes de cruzarse con los primeros fugitivos que abandonaban la ciudad, Yennefer tenía ya una imagen suficientemente clara de la situación como para saber que lo que estaba pasando en Rivia no era un incendio ni un asalto de tropas enemigas, sino un pogromo. También sabía qué era lo que había presentido Ciri, hacia dónde —y hacia quién — corría de esa manera. Sabía igualmente que no podía darle alcance. No había nada que hacer. Había mucha gente apiñada, presa del pánico, y Triss y ella tuvieron que frenar bruscamente sus monturas ante la multitud, y a punto estuvieron de salir despedidas de los caballos. Kelpa, sencillamente, pegó un

salto, los cascos de la yegua derribaron unos cuantos sombreros y gorras.

—¡Ciri! ¡Para!

Antes de que se dieran cuenta, se encontraron en medio de las callejas atestadas de gente que corría y chillaba. Yennefer, según pasaba, vio cuerpos tirados en los sumideros, se fijó en los cadáveres colgados de las piernas en postes y vigas. Vio a un enano tendido en el suelo, machacado a bastonazos, vio a otro al que habían masacrado con cuellos de botellas rotas. Oyó gritos de torturadores, gritos y alaridos de torturados. Vio a la muchedumbre arremolinándose alrededor de una mujer defenestrada, vio centellear unas barras que subían y bajaban al compás.

Cada vez había más gente, el estruendo iba en aumento. Las hechiceras tenían la impresión de que estaban más cerca de Ciri. El siguiente obstáculo en el camino de Kelpa era un grupo de alabarderos desorientados, a los que la yegua mora trató como si tuviera delante una empalizada y los superó de un salto. A uno le tiró la capellina lisa, los demás se agacharon asustados.

A todo galope llegaron a una plaza. Estaba negra de tanta gente como había. Y de tanto humo. Yennefer se dio cuenta de que Ciri, sin duda guiada por su visión profética, se dirigía hacia el núcleo, hacia el centro mismo de los incidentes. Allí donde ardía el incendio y el furor asesino hacía estragos.

Porque en la calle por la que se había metido arreciaba la lucha. Enanos y elfos defendían con ardor una improvisada barricada, defendían una posición desesperada, cayendo y pereciendo bajo la presión de la chusma vociferante que se echaba encima de ellos. Ciri dio un grito, se pegó al cuello de la yegua. Kelpa se elevó por los aires y pasó por encima de la barricada, no como un caballo, sino como un enorme pájaro negro.

Yennefer se topó con el gentío, frenó en seco a su caballo, arrollando a varias personas. La derribaron de la silla antes de que tuviera tiempo de dar una sola voz. Recibió golpes en los hombros, en los lomos, en la nuca. Cayó de rodillas, observó a un tipo mal afeitado, vestido con un mandil de zapatero, que se preparaba para darle una patada.

Yennefer ya estaba hasta el gorro de los que daban patadas.

Con los dedos extendidos disparó una llama azul, que silbó como un látigo, alcanzando en la cara, el torso y los brazos a la gente que la acosaba. Empezó a oler a carne quemada, los alaridos y los bufidos de dolor destacaron por un momento por encima de la batahola y la barahúnda general.

—¡Maga! ¡Elfa maga! ¡Hechicera!

Otro individuo se abalanzó sobre ella blandiendo un hacha. Yennefer le lanzó una llama directa a la cara, al tipo le estallaron los globos oculares, rompieron a hervir y, con un siseo, se le derramaron por las mejillas. Se relajó. Alguien la cogió de un brazo, y Yennefer se revolvió, dispuesta a seguir disparando, pero era Triss.

—Vámonos de aquí… Yenna… Vámo… nos…

Ya la he oído antes hablar con esa voz, se le pasó a Yennefer por la cabeza. *Con esos labios que parecen de madera, sin una gotita de saliva que los humedezca. Con esos labios que paraliza el terror, que estremece el pánico.*

Ya la he oído hablar con esa voz. En el Monte de Sodden.

Cuando estaba muerta de miedo.

También ahora está muerta de miedo. Hasta el fin de sus días va a estar muerta de miedo. Porque aquellos que no se sobreponen a la cobardía estarán muertos de miedo hasta el fin de sus días.

Los dedos con los que Triss se había aferrado a su brazo eran como de acero. Yennefer tuvo que hacer un gran esfuerzo para librarse de ellos.

—¡Escapa tú si quieres! —gritó—. ¡Escóndete bajo las sayas de la logia! ¡Yo tengo a quien defender! ¡No pienso dejar sola a Ciri! ¡Ni a Geralt! ¡Eh, chusma, fuera de mi vista! ¡Abrid paso, si es que tenéis aprecio a vuestra piel!

La muchedumbre que la mantenía apartada del caballo se retiró ante los rayos que despedían los ojos y las manos de la hechicera. Yennefer daba sacudidas con la cabeza, alborotando sus rizos negros. Parecía una furia encarnada, el ángel vengador, el implacable ángel vengador con su espada de fuego.

—¡Fuera, cada uno a su casa, gentuza! —gritó, fustigando a la turba con su látigo de fuego—. ¡Largo! ¡Os voy a marcar a fuego, como ganado!

—¡No es más que una maga, vecinos! —dijo una voz sonora y metálica entre la multitud—. ¡Una maldita hechicera élfica!

—¡Está sola! ¡La otra ha huido! ¡Eh, chavales, traednos piedras!

—¡Muerte a los no humanos! ¡Que se preparen las hechiceras!

—¡A la horca con ella!

La primera piedra le pasó silbando cerca de un oído. La segunda la golpeó en un hombro, y la hizo tambalearse. La tercera le acertó de lleno en la cara. Primero le estalló un dolor ardiente en los ojos, después todo quedó envuelto en terciopelo negro.

Volvió en sí, gimió dolorida. Los dos antebrazos y las muñecas le dolían a rabiar. Se los tanteó maquinalmente, notó que tenía varias capas de vendaje. Volvió a gemir, sorda, desesperadamente. Lamentando no estar en un sueño. Y lamentando no haberlo conseguido.

—No lo has conseguido —dijo Tissaia de Vries, sentada al lado de la cama.

Yennefer tenía mucha sed. Deseaba que, al menos, alguien le humedeciera los labios, recubiertos de una película pegajosa. Pero no lo pidió. Su orgullo se lo impedía.

—No lo has conseguido —repitió Tissaia de Vries—. Pero no porque no lo

hayas intentado. Has cortado bien y a fondo. Por eso estoy ahora aquí contigo. Si se hubiera tratado de un simple numerito, si hubiera sido una estúpida exhibición, poco seria, no sentiría más que desprecio por ti. Pero tú has cortado a fondo. A conciencia.

Yennefer miraba atontada al techo.

—Me ocuparé de ti, muchacha. Puede que valga la pena. Pero habrá que trabajar contigo, uy, vaya que sí. No sólo voy a tener que enderezarte la columna y los omóplatos, sino que también tendré que tratarte esas manos. Al cortarte las venas, te has seccionado los tendones. Y las manos de una hechicera son un instrumento muy importante, Yennefer.

Humedad en los labios. Agua.

—Vivirás. —La voz de Tissaia era rotunda, seria, severa incluso—. Todavía no ha llegado tu hora. Cuando llegue, te acordarás de este día.

Yennefer sorbió ansiosamente la humedad del palito envuelto en un vendaje húmedo.

—Me ocuparé de ti —repitió Tissaia de Vries, rozándole el cabello delicadamente—. Y ahora… estamos aquí solas. Sin testigos. Nadie nos mira, y yo no le voy a decir nada a nadie. Llora, muchacha. Desahógate. Llora por última vez. A partir de ahora no se te va a permitir llorar. No hay imagen más deplorable que la de una hechicera llorando.

Volvió en sí, carraspeó, escupió sangre. Alguien la había llevado a rastras. Había sido Triss, la reconoció por su perfume. Cerca de ellas, en el empedrado, resonaron unos cascos herrados, vibró el griterío. Yennefer vio a un jinete con armadura, con un campo blanco con chevrón rojo, que desde la altura de su silla fustigaba a la multitud con un vergajo. Las piedras que le arrojaba la chusma rebotaban impotentes en su armadura y en su visera. El caballo relinchaba, perdía el control, coceaba.

Yennefer tenía la impresión de que, en lugar de labio superior, tenía una gran patata. Como mínimo uno de los dientes anteriores estaba roto o mellado, tenía un corte doloroso en la lengua.

—Triss… —balbuceó—. ¡Hay que salir de aquí! ¡Telepórtanos!

—No, Yennefer. —Triss hablaba con voz muy tranquila. Y muy fría.

—Nos van a matar…

—No, Yennefer. Yo no huyo. No me voy a esconder bajo las sayas de la logia. Y no me preocupa desmayarme de miedo, como en Sodden. Lo superaré. ¡Ya lo he superado!

Cerca de la entrada del callejón, en un saliente de los muros recubiertos de musgo, se había formado un gran montón de estiércol, detritos y basura. Era un montón colosal. Una verdadera montaña, podría decirse.

La muchedumbre había conseguido finalmente rodear e inmovilizar al caballero y a su caballo. Lo derribaron con un estruendo aterrador, y la chusma se le echó encima cual nube de piojos, cubriéndole como una capa viva.

Triss, tirando de Yennefer, se subió sobre el montón de desperdicios, alzó las manos. Pronunció un conjuro, gritando con auténtica rabia. Fue un grito tan penetrante que la muchedumbre se calló por un brevísimo instante.

—Nos van a matar. —Yennefer escupió sangre—. Como dos y dos son cuatro…

—Ayúdame. —Por un momento Triss interrumpió el encantamiento—. Ayúdame, Yennefer. Vamos a lanzarles el Rayo de Alzur…

Y mataremos a unos cinco, pensó Yennefer. *Y después los demás nos harán picadillo. Pero está bien, Triss, como quieras. Si tú no huyes, tampoco me vas a ver a mí huyendo*.

Se unió al encantamiento. Gritaban a dúo.

Por un instante, la multitud se quedó embobada mirándolas, pero enseguida reaccionó. Las piedras volvieron a silbar cerca de las hechiceras. Una lanza pasó rozándole una sien a Triss. Ni se inmutó.

Esto no funciona, pensaba Yennefer, *nuestra magia no da resultado. No es posible escandir algo tan complicado como el Rayo de Alzur. Según se asegura, Alzur tenía una voz como una campana y una dicción propia de un orador. Y nosotras estamos desafinando y balbuceamos, no atinamos ni con la música ni con la letra…*

Ya estaba dispuesta a interrumpir el canto, reservando las pocas fuerzas que le quedaban para otro conjuro capaz de teleportarlas a las dos o de agasajar a la chusma hostil con algo desagradable, aunque no durara más que una décima de segundo. Pero no hizo falta.

De repente el cielo se oscureció, unos nubarrones negros se arremolinaron sobre la ciudad. Se extendió una sombra diabólica. Y se levantó un viento helado.

—Uy —exclamó Yennefer—. Parece que hemos liado una buena.

—La devastadora Granizada de Merigold —repitió Nimue—. En rigor, este nombre se usa de forma ilegal, el encantamiento nunca fue registrado, porque nadie fue capaz de reproducirlo después de Triss Merigold. Por razones bien prosaicas. En aquel momento, Triss tenía la boca dolorida y no podía hablar con claridad. Algunos malpensados aseguran, en cambio, que el miedo le había trabado la lengua.

—A ese respecto —Condwiramurs frunció los labios—, es difícil saber quién tiene razón, no faltan ejemplos de coraje y valor de la venerable Triss, algunas crónicas la llaman incluso la Intrépida. Pero yo quería plantear otra cuestión. Una de las versiones de la leyenda afirma que Triss no estaba sola en el monte

de Rivia. Que Yennefer estaba con ella.

Nimue observaba la acuarela que representaba una montaña negra, escarpada, afilada como un cuchillo, sobre el fondo de unas nubes azuladas, entre dos luces. Sobre la cumbre de la montaña se veía la esbelta figura de una mujer con las manos extendidas y el pelo alborotado.

A través de la niebla que cubría la superficie de las aguas les llegaba el golpeteo rítmico de los remos de la barca del Rey Pescador.

—Si hubo allí alguna otra persona, aparte de Triss —dijo la Dama del Lago—, no fue inmortalizada por el artista.

—Caray, la que se ha liado —insistió Yennefer—. ¡Fíjate, Triss!

Los nubarrones negros que se cernían sobre Rivia descargaron en unos segundos una tremenda granizada, unas bolas de hielo facetadas, del tamaño de huevos de gallina. Caían con tal intensidad que en un instante toda la plazoleta se cubrió con una gruesa capa de granizo. La muchedumbre se agitaba, la gente caía al suelo intentando protegerse la cabeza, todo el mundo se empujaba, daba vueltas, irrumpía como podían en soportales y zaguanes, se pegaba a las paredes. No todos lo conseguían. Algunos se quedaron a la intemperie, tendidos como pescados entre el hielo, que se iba tiñendo de sangre. El pedrisco era tan copioso que sacudía y amenazaba con reventar el escudo mágico que Yennefer, en el último instante, había podido formar sobre sus cabezas. Ya no intentó siquiera nuevos sortilegios. Sabía que lo que habían hecho no se podía detener, que por casualidad habían desencadenado un elemento que tenía que desfogarse, que habían desatado una fuerza que aún tenía que alcanzar su punto culminante. Y que no tardaría en alcanzarlo. Con eso contaba ella, al menos.

Relampagueó, súbitamente estalló un trueno prolongado, seguido de un chasquido. Hasta la tierra se estremeció. El granizo golpeaba los tejados y el empedrado, volaban por todas partes los fragmentos de los granos rebotados.

El cielo empezaba a aclararse. El sol brilló, atravesando las nubes, un rayo de luz azotó la ciudad como un zurriago. Algo salió de la garganta de Triss, algo entre un gemido y un sollozo. Seguía granizando, machacando, cubriendo la plazoleta de una capa cada vez más espesa de bolitas de hielo que brillaban como diamantes. Pero la granizada ya iba a menos, Yennefer podía darse cuenta por el cambio en el traqueteo en el escudo mágico. Y después dejó de granizar. De repente. Como si lo hubieran cortado con un cuchillo. Gente armada irrumpió en la plaza, unos cascos herrados trituraban el hielo. La plebe echó a correr, vociferando, azuzada por las fustas, vapuleada por las astas de las lanzas y las hojas planas de las espadas.

—Bravo, Triss —dijo Yennefer con la voz ronca—. No sé lo que habrá sido… pero te ha salido de maravilla.

—Había algo que defender —respondió, con idéntica voz, Triss Merigold. La heroína de la montaña.

—Siempre hay algo. Corramos, Triss. Puede que aún no sea el final.

Aquello fue el final. El granizo que las hechiceras habían lanzado sobre la ciudad había enfriado las cabezas calientes. De tal modo que el ejército se atrevió a intervenir y a poner orden. Hasta entonces los soldados habían tenido miedo. Sabían lo que les amenazaba en caso de un ataque a la turba enfebrecida, a la masa sedienta de muerte, que no teme nada y ante nada retrocede. Sin embargo, la explosión de los elementos redujo a la cruel bestia de muchas cabezas y la carga del ejército hizo el resto.

El granizo produjo una terrible catástrofe en la ciudad. Y así, el hombre que hacía un momento había matado a una enana con ayuda de un gancho y había destrozado la cabeza de su hijo contra un muro, sollozaba ahora, lloraba ahora, sorbía ahora mocos y lágrimas contemplando lo que había quedado del tejado de su casa.

En Rivia reinaba la calma. Si no hubiera sido por cerca de doscientos cadáveres masacrados y algunas casas quemadas, se podría haber pensado que no había pasado nada. En el barrio de Los Olmos, junto al Loc Eskalott, sobre el que el cielo ardía con un hermoso arco iris, los sauces llorones se reflejaban maravillosos sobre el claro espejo de las aguas, los pájaros volvieron a cantar, olía a yerba mojada. Todo tenía un aspecto idílico.

Incluso el brujo que yacía en un charco de sangre sobre el que estaba arrodillada Ciri.

Geralt yacía sin sentido, blanco como la cal. Yacía inmóvil, pero, cuando llegaron junto a él, empezó a toser, entre estertores, a escupir sangre. Empezó a agitarse, a estremecerse con tanta violencia que Ciri no era capaz de sujetarle. Yennefer se arrodilló a su lado. Triss vio cómo le temblaban las manos. De pronto, ella también se encontró muy débil, como una criatura, se le nubló la vista. Alguien la sujetó, evitando que se fuera al suelo. Reconoció a Jaskier.

—No va a funcionar —oyó la voz de Ciri, que irradiaba desesperación—. Tu magia no puede curarle, Yennefer.

—Hemos llegado… —Yennefer apenas podía mover los labios—. Hemos llegado demasiado tarde.

—Tu magia no funciona —insistía Ciri, como si no la hubiera oído—. ¿Para qué sirve entonces toda esa magia vuestra?

Tienes razón, Ciri, pensó Triss, con un nudo en la garganta. *Somos capaces de desatar una granizada, pero no somos capaces de ahuyentar a la muerte. Aunque*

a primera vista esto parezca más sencillo.

—Hemos mandado a buscar a un médico —dijo con la voz ronca un enano que estaba al lado de Jaskier—. Pero no aparece…

—Ya es demasiado tarde para un médico —dijo Triss, sorprendida ella misma de que su voz sonara tan serena—. Está agonizando.

Geralt volvió a agitarse, tosió sangre, se puso muy tenso y se quedó inmóvil. Jaskier, que seguía sujetando a Triss, suspiró desesperado, el enano soltó un juramento. Yennefer empezó a gemir, su rostro se alteró de repente, se contrajo y se afeó.

—No hay nada más lamentable —dijo Ciri con dureza— que ver a una hechicera llorando. Tú misma me lo enseñaste. Pues ahora tú sí que eres lamentable, lamentable de verdad, Yennefer. Tú y tu magia, que no sirve para nada.

Yennefer no replicó. Apenas podía sostener entre ambas manos la cabeza inerte de Geralt, mientras repetía un conjuro con la voz entrecortada. En las manos, en las mejillas y en la frente del brujo bailaban unas chispas azules y crepitaban unas llamas diminutas. Triss sabía cuánta energía requería ese conjuro. También sabía que ese conjuro no iba a servir de ayuda. Estaba más que convencida de que hasta los conjuros de las sanadoras especializadas habrían resultado estériles. Era demasiado tarde. El sortilegio de Yennefer sólo estaba sirviendo para agotarla a ella. Más aún, Triss estaba sorprendida de que la hechicera de negros cabellos pudiera aguantar tanto.

Enseguida dejó de sorprenderse, porque Yennefer se quedó callada a mitad de una fórmula mágica y cayó sobre el empedrado, al lado del brujo.

Uno de los enanos volvió a maldecir. El otro tenía la cabeza gacha. Jaskier, sin dejar de sostener a Triss, se sorbió los mocos.

De pronto, empezó a hacer mucho frío. La superficie del lago comenzó a echar humo como el caldero de una bruja, quedó envuelta en vapor. La neblina crecía muy deprisa, se arremolinaba sobre el agua y alcanzaba en oleadas la tierra, cubriéndolo todo con una leche blanca y espesa, en la que los sonidos se sofocaban y se extinguían, en la que se desvanecían las figuras y se emborronaban las formas.

—Pensar que yo —dijo despacio Ciri, que seguía arrodillada en el suelo cubierto de sangre— renuncié a mi poder. De no haber renunciado entonces, ahora le habría salvado. Le habría podido curar, estoy convencida. Pero renuncié y ahora no puedo hacer nada. Es igual que si yo le hubiera matado.

Primero rompió el silencio un fuerte relincho de Kelpa. Después un grito sofocado de Jaskier.

Todos se quedaron atónitos.

Un unicornio blanco surgió de la niebla, correteando ligero, ágil y silencioso, alzando con donosura su hermosa cabeza. Esto no es que fuera algo extraordinario, todos conocían las leyendas y éstas eran todas parecidas en lo que respecta a que los unicornios corretean ligeros, ágiles y silenciosos y a que alzan la cabeza con una donosura sólo de ellos propia. Si había algo extraño, era que el unicornio corría por la superficie del lago y el agua ni siquiera se arrugaba.

Jaskier gimió, esta vez con asombro. Triss sintió cómo la embargaba la emoción. La euforia.

El unicornio golpeó con sus cascos en las piedras del borde. Sacudió las crines. Relinchó melódico y agudo.

—Ihuarraquax —dijo Ciri—. Tenía la esperanza de que ibas a venir.

El unicornio se acercó, volvió a relinchar, excavó con su casco, golpeó con fuerza en los adoquines. Bajó la cabeza, el cuerno que surgía de su inclinada frente ardió de pronto con una luz aguda, con un brillo que dispersó la niebla al instante.

Ciri tocó el cuerno.

Triss lanzó un grito sordo al ver cómo los ojos de la muchacha se encendían de pronto con un fuego lechoso, cómo toda ella quedaba rodeada de una aureola de fuego. Ciri no la escuchaba, no escuchaba a nadie. Con una mano seguía sujetando el cuerno del unicornio, la otra la dirigía hacia el brujo inmóvil. De uno de sus dedos fluía una cinta de una claridad centelleante y ardiente como lava.

Nadie fue capaz de discernir lo que duró todo aquello. Porque era algo irreal.

Como un sueño.

El unicornio, casi disolviéndose en la creciente niebla, relinchó, golpeó con un casco, agitó varias veces la testa y el cuerno como si quisiera señalar a algo. Triss miraba. Bajo el baldaquino de las hojas de los sauces que colgaban sobre el lago, distinguió una forma oscura en las aguas. Era una barca.

El unicornio señaló otra vez con el cuerno. Y comenzó a desaparecer a toda velocidad en la niebla.

—Kelpa —dijo Ciri—. Ve con él.

Kelpa ronqueó. Meneó la testa. Caminó obediente detrás del unicornio. Sus herraduras resonaron durante un momento en los adoquines. Luego el sonido se interrumpió bruscamente. Como si la yegua hubiera echado a volar, hubiera desaparecido, se hubiera desmaterializado.

La barca estaba en la misma orilla, en los momentos en los que la niebla retrocedía, Triss la veía ya claramente. Era una canoa aderezada de forma muy tosca, desmañada y llena de cantos como un enorme morro de cerdo.

—Ayudadme —dijo Ciri. Tenía la voz segura y decidida.

Al principio nadie supo qué es lo que quería la muchacha, qué ayuda esperaba. El primero que se dio cuenta fue Jaskier. Puede que porque conociera aquella leyenda, que la hubiera leído alguna vez en su versión poetizada. Tomó en sus manos a Yennefer, que seguía inconsciente. Se asombró de lo menuda y ligera que era. Habría jurado que alguien le ayudaba a transportarla. Habría jurado que sentía junto a sus brazos el hombro de Cahir. Con el rabillo del ojo captó el brillo de la rubia trenza de Milva. Cuando colocó a la hechicera en la barca habría jurado que vio cómo Angoulême sujetaba la borda.

Los enanos alzaron al brujo, les ayudó Triss, sujetándole la cabeza. Yarpen Zigrin hasta entrecerró lo ojos, durante un segundo había visto a ambos hermanos Dahlberg. Zoltan Chivay habría jurado que Caleb Stratton le ayudó a colocar al brujo en la barca. Triss Merigold habría dado la cabeza a que sentía el perfume de Lytta Neyd, llamada Coral. Y por un momento distinguió entre los vapores los ojos claros, verde amarillento, de Cohën de Kaer Morhen.

Tales bromas les provocó a sus mentes aquella niebla, la densa niebla del Loc Eskalott.

—Lista, Ciri —dijo la hechicera con voz sorda—. Tu barca espera.

Ciri se retiró los cabellos de la frente, sorbió la nariz.

—Pídeles perdón a las señoras de Montecalvo, Triss —dijo—. Pero no puede ser de otro modo. No puedo quedarme si Geralt y Yennefer se van. Simplemente no puedo. Deben entenderlo.

—Deben.

—Adiós, Triss Merigold. Cuídate, Jaskier. Cuidaos todos.

—Ciri —Triss susurró—. Hermanilla… Permíteme navegar con vosotros…

—No sabes lo que pides, Triss.

—¿Acaso te…?

—Seguro —le interrumpió con decisión.

Entró en la barca, que se balanceó y comenzó a navegar de inmediato. Desapareciendo en la niebla. Los que estaban en la orilla no escucharon ni el más mínimo chapoteo, no vieron olas ni movimiento en las aguas. Como si no se tratara de una barca, sino de un fantasma.

Durante un instante muy largo todavía vieron la silueta menuda y doblada de Ciri, vieron cómo se apoyaba en el fondo con un largo palo, cómo aceleraba aún más la barca, que ya de por sí fluía velozmente.

Y luego sólo quedó la niebla.

Me mintió, pensó Triss. *No la volveré a ver nunca más. No la veré porque… Vaesse deireadh aep eigean. Algo termina…*

—Algo se ha terminado —dijo Jaskier con la voz un tanto cambiada.

—Algo comienza —le siguió Yarpen Zigrin.

En algún lugar de la ciudad cantó con fuerza un gallo.

La niebla comenzó a alzarse muy deprisa.

Geralt abrió los ojos heridos por el juego de luces y sombras que se colaba a través de sus párpados. Vio sobre sí unas hojas, un caleidoscopio de hojas brillando al sol. Vio unas ramas llenas de manzanas.

Sintió el toque delicado de unos dedos sobre su sien y su mejilla. Unos dedos que conocía. Que amaba tanto que hasta dolía.

También le dolía la barriga, el pecho, le dolían las costillas, y el apretado corsé de un vendaje le convenció por completo de que la ciudad de Rivia y el tridente no habían sido una pesadilla.

—Yace tranquilo, mi amado —dijo Yennefer con voz de terciopelo—. Yace tranquilo. No te muevas.

—¿Dónde estamos, Yen?

—¿Acaso importa? Estamos juntos. Tú y yo.

Cantaban los pájaros, verderones o tordos. Olía a hierbas, romero, flores. Manzanas.

—¿Dónde está Ciri?

—Se ha ido.

Ella cambió de posición, liberó delicadamente su brazo de debajo de la cabeza de él, se tendió a su lado en la hierba de modo que pudiera mirarle a los ojos. Le miraba ávida, como si quisiera saturarse de su imagen, como si quisiera guardarla para el futuro, para toda la eternidad. Él también la miró y la nostalgia le atenazó la garganta.

—Íbamos con Ciri en una barca —recordó Geralt—. Por un lago. Luego por un río. Un río de fuerte corriente. Entre la niebla.

Los dedos de ella encontraron su mano, la apretaron con fuerza.

—Yace tranquilo, mi amado. Yace tranquilo. Estoy junto a ti. No importa lo que sucedió, no importa dónde estuviéramos. Ahora estoy junto a ti. Y nunca jamás te dejaré. Nunca.

—Te quiero, Yen.

—Lo sé.

—Pese a todo —suspiró—, me gustaría saber dónde estamos.

—A mí también —dijo Yennefer, despacio y al cabo de un rato.

—¿Y éste —preguntó Galahad— es el final de la historia?

—Pero qué dices —protestó Ciri, restregándose un pie con el otro, limpiándose la arena seca que se le había pegado a sus dedos y plantas—. ¿Quisieras que se acabara así la historia? ¡Desde luego! ¡Yo no querría!

—Entonces, ¿qué es lo que siguió?

—Lo normal —bufó—. Se casaron.

—Contad.

—Ah, ¿qué es lo que hay que contar? Fueron unas bodas sonadas. Todos vinieron, Jaskier, madre Nenneke, Iola y Eurneid, Yarpen Zigrin, Vesemir, Eskel… Cohën, Milva, Angoulême… Y mi Mistle… Y yo estuve allí, y miel y vino bebí. Y fueron felices, y comieron perdices. Y ellos, es decir, Geralt y Yennefer, tuvieron luego hasta una casa propia, y fueron felices, muy, muy felices. Como en un cuento. ¿Entiendes?

—¿Por qué lloráis, oh Dama del Lago?

—No estoy llorando. El viento me irrita los ojos. ¡Y eso es todo!

Guardaron silencio mucho rato, mirando cómo la bola del sol, quemada hasta volverse roja, besaba las cumbres de las montañas.

—Cierto —interrumpió por fin el silencio Galahad—, grandemente extraña es esta historia, oh, rara. Cierto, doña Ciri, extraordinario es el mundo del que provenís.

Ciri sorbió la nariz con fuerza.

—Sí —continuó Galahad, carraspeando unas cuantas veces, un tanto deprimido por su silencio—. Mas y también aquí, en nuestras tierras, tienen lugar aventuras dignas de asombro. Pongamos por ejemplo lo que le sucedió a don Gawain con el Caballero Verde… O a mi tío Bors y a don Tristán… Atended pues, doña Ciri. Don Bors y don Tristán se fueron cierta vez hacia el poniente, hacia Tintagel. Su camino les conducía por bosques silvestres y amenazadores. Cabalgan, cabalgan, miran, y hay una cierva blanca y junto a ella una dama, vestida de negro, en verdad de un negro tan negro que no lo habréis visto ni en vuestras pesadillas. Y hermosa es esa dama, tanto que no lo veréis en todo el mundo, bueno, como no sea la reina Ginebra… Vio a los caballeros la tal señora, de pie junto a la cierva, agitó la mano y les habló de este modo…

—Galahad.

—¿Sí?

—Cállate.

Él tosió, carraspeó, se calló. Callaron ambos, al tiempo que miraban al sol. Callaron durante mucho, mucho tiempo.

—¿Dama del Lago?

—Te he pedido que no me llames así.

—¿Doña Ciri?

—Dime.

—Venid conmigo a Camelot, oh doña Ciri. El rey Arturo, veréis, os mostrará honor y reverencia… Yo, por mi parte… Yo os amaré y honraré siempre…

—¡Levántate ahora mismo! O mejor no. Ya que estás ahí de rodillas, restriégame los pies. Se me han enfriado terriblemente. Gracias. Eres muy amable. ¡He dicho que los pies! Los pies se terminan en los tobillos.

—¿Doña Ciri?

—Sigo aquí.

—El sol se acerca al ocaso…

—Cierto. —Ciri se cerró las hebillas de las botas, se levantó—. Vamos a ensillar los caballos, Galahad. ¿Hay en los alrededores algún sitio donde se pueda pasar la noche? Ja, por tu gesto veo que conoces estas tierras tanto como yo. Pero no importa, pongámonos en camino, si hay que dormir a cielo abierto mejor más lejos, en el bosque. De este lago proviene… ¿Por qué miras así?

» Ajá —se imaginó, al ver cómo enrojecía— ¿Te hace sonreír el pensamiento de una noche bajo los arbustos del bosque, sobre una cubierta de musgo? ¿En el abrazo de un hada? Escucha, muchacho, no tengo la más mínima gana…

Se cortó, al ver su embarazo y sus ojos brillantes. Al ver, en suma, su rostro, que verdaderamente no era feo. Algo le apretó los intestinos y la tripa, y no era el hambre.

Algo me pasa, pensó. *¿Qué me pasa?*

—¡No refunfuñes! —casi gritó—. ¡Ensilla el alazán!

Cuando ya estaban sobre los caballos, ella le contempló y se rió con fuerza. Él la miró y en sus ojos había asombro y pregunta.

—Nada, nada —dijo ella libremente—. Sólo estaba pensando. En camino, Galahad.

Una cubierta de musgo, pensó, conteniendo la risa. *Bajo los arbustos del bosque. Y yo en el papel de hada. Vaya, vaya.*

—Doña Ciri…

—Dime.

—¿Vendréis conmigo a Camelot?

Ella estiró la mano. Y él estiró la mano. Juntaron sus dedos, cabalgando uno junto al otro.

Al diablo, pensó, *¿por qué no? Me apuesto lo que sea a que en este mundo también habrá tarea para una bruja.*

Porque no existe un mundo en el que no haya tarea para una bruja.

—Doña Ciri…

—No hablemos de ello ahora. Cabalguemos.

Cabalgaron en dirección a la puesta del sol. Tras ellos quedaba, oscureciéndose, el valle. Detrás de ellos quedaba el lago, el lago encantado, el lago azul y sereno como un zafiro pulido. Detrás de ellos quedaban las rocas en la orilla del lago. Y los pinos de la pendiente.

Aquello quedaba atrás.

Pero por delante de ellos estaba todo.

Nota del editor

Por razones que confiamos que se entenderán sobradamente al leerlo, hemos considerado oportuno añadir como colofón a *La dama del lago* el relato « Algo termina, algo comienza» , cuya génesis explica Sapkowski en la introducción que el lector encontrará a continuación.

A pesar del desmentido del propio Sapkowski (cuya imagen pública le lleva a menudo a quitar hierro a la intensidad emotiva que pone en sus creaciones literarias), creemos que este relato es una excelente coda a su gran Saga de Geralt de Rivia… incluso admitiendo su carácter, por así decirlo, no canónico.

No obstante, y para que nadie se llame a engaño, advertimos de que *La dama del lago*, y con ella la historia de Geralt de Rivia y Ciri, la Niña del Destino, termina oficial y definitivamente en las páginas anteriores a ésta. Lo que sigue es sólo (y nada menos que) un complemento de la edición española.

El Editor

Algo termina, algo comienza

La idea de «Algo termina, algo comienza» me la inspiró, como se entiende por la dedicatoria del cuento, la noticia de la boda de cierta pareja conocida y querida por el fandom. Ja, hoy no tengo que hacer secreto alguno de que se trataba de Paulina Braiter y Pawel Ziemkiewicz.

Por su parte, quien me animó a escribir el cuento, gloria le sea dada en este punto, fue Krzysztof Papierkowski, presidente del Club de Fantasía de Gdansk (GKF). El GKF publicaba por entonces un fanzine, *El enano rojo*, y Krzysztof a menudo hacía esfuerzos para conseguir textos no publicados de conocidos escritores polacos de fantasía con destino a ese fanzine. Un día me lo propuso a mí y yo, cuando acepté, decidí no sólo enlazar con la mencionada boda de fandom sino darle en general al cuento la forma de una broma, de un chiste cercano a la atmósfera de las convenciones de ciencia-ficción. De modo que hoy día sigo viéndolo como broma de convención más que como relato propiamente dicho.

Pese a las apariencias, las situaciones y los protagonistas del relato «Algo termina, algo comienza» no están relacionados en absoluto con la llamada Saga de Geralt de Rivia. No se trata de ningún final alternativo de la serie, no es tampoco, pese a ciertos rumores, un final que fuera rechazado a lo largo del proceso creativo, sustituido por otro menos alegre. No todos lo entendieron ni lo entienden. Tadeusz A. Olszanski, quien goza de gran estima entre el fandom polaco, me dijo una vez que solamente yo podía ser lo suficientemente sinvergüenza como para publicar el epílogo de una saga ¡antes incluso de haber escrito la propia saga! Incluso la persona que, podría parecer, está más enterada de todo, mi editor polaco Miroslaw Kowalski, no muy alegre a causa de la lentísima marcha de la escritura del último tomo, mostró su asombro de que todo fuera tan despacio. «Pues si ya tienes el último capítulo», dijo un día. Y el nombre de las personas a las que la tarta de boda en el epílogo de la saga dejó completamente sorprendidas es legión.

Sin embargo, el lector atento observará en «Algo termina, algo comienza» ciertos fragmentos de textos que vinculan de algún modo el cuento con la saga. Se trata de una prueba decisiva de que la Saga de Geralt de Rivia fue escrita siguiendo un plan preciso y que, pese a las habladurías, no fue escrita caóticamente como si se tratara del desarrollo de un juego de rol que se termina cuando el autor empieza a aburrirse. Basta con comparar las fechas: «Algo termina, algo comienza» fue escrita al final de 1992, y apareció en *El enano rojo* en 1993. El primer tomo de la saga propiamente dicha, *La sangre de los elfos*, se publicó en 1994. Sin embargo, el último tomo, en el que se habla de la masacre en las escaleras durante la que los cabellos de Ciri se vuelven blancos, fue escrito y publicado en 1999.

A todos los recién casados y especialmente a dos de ellos

I

El sol se colaba con sus tentáculos de fuego por las rendijas de las contraventanas, atravesaba la habitación con oblicuos rayos de luz que palpitaban a causa del polvo que flotaba en el espacio y derramaba manchas claras sobre el suelo y las pieles de oso que lo cubrían. Uno de sus destellos se reflejó cegador en la hebilla del cinturón de Yennefer.

El cinturón de Yennefer yacía sobre un zapato de tacón. El zapato de tacón yacía sobre una camisa blanca con volantes y la camisa blanca yacía sobre una falda negra. Una media negra colgaba del brazo de un sillón, labrado en forma de cabeza de quimera. La otra media y el otro zapato no se veían por ningún lado. Geralt suspiró. A Yennefer le gustaba desnudarse deprisa y con pasión. Tenía que empezar a acostumbrarse a ello. No le quedaba otra salida.

Se levantó, abrió las contraventanas, echó un vistazo. Una neblina surgía de un lago sereno como la superficie de un espejo, las hojas de los abedules y los alisos ribereños brillaban cubiertas de rocío, los prados más lejanos estaban ocultos por una niebla densa y baja que colgaba como una tela de araña justo por encima de la punta de la hierba.

Yennefer se removió bajo la manta, murmuró algo ininteligible.

Geralt suspiró.

—Hermoso día, Yen.

—¿Eh? ¿Qué?

—Hermoso día. Un día extraordinariamente hermoso.

Ello lo sorprendió. En vez de maldecir y cubrir su cabeza con la almohada, la hechicera se sentó, se colocó los cabellos con los dedos y comenzó a buscar entre las sábanas su camisón. Geralt sabía que el camisón estaba al otro lado de la cabecera de la cama, donde Yennefer lo había arrojado la noche anterior. Pero no dijo nada. Yennefer no aguantaba tales consejos.

La hechicera maldijo por lo bajini, dio una patada a la manta, alzó la mano y extendió los dedos. El camisón flotó desde detrás de la cabecera directamente hasta la mano expectante, agitando sus volantes como si fuera un fantasma penitente. Geralt suspiró.

Yennefer se levantó, se acercó a él, lo abrazó y le mordió en un hombro. Geralt suspiró. La lista de cosas a las que iba tener que acostumbrarse parecía no tener final.

—¿Querías decir algo? —le preguntó la hechicera, con los ojos entrecerrados.

—No.

—Bien. ¿Sabes qué? Es verdad que el día es hermoso. Buen trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué quieres decir?

Antes de que Yennefer tuviera tiempo de responder escucharon un agudo grito y un penetrante silbido que llegaban desde abajo. Por la orilla del lago,

haciendo salpicar el agua, galopaba Ciri sobre una yegua mora. La yegua era de buena raza y extraordinariamente hermosa. Geralt sabía que había pertenecido a cierto medioelfo que había juzgado a la brujilla de cabellos grises por las apariencias y se había equivocado de medio a medio. Ciri le dio a la conquistada yegua el nombre de Kelpa, que en la lengua de los isleños de las Skellige era un malvado y peligroso espíritu marino que a veces tomaba la forma de un caballo. El nombre era ideal para la yegua. No hacía mucho tiempo que cierto mediano que había querido robar a la yegua se había convencido de ello de forma muy dolorosa. El mediano se llamaba Sandy Frogmorton, pero desde entonces todos le llamaban Coliflor.

—Se va a partir el cuello —murmuró Yennefer, mirando cómo Ciri galopaba entre las salpicaduras del agua, inclinada, de pie sobre los estribos—. Algún día esa loca de tu hija se va a partir el cuello.

Geralt volvió la cabeza, sin decir ni palabra miró directamente a los ojos violetas de la hechicera.

—Bueno, vale —sonrió Yennefer sin bajar la vista—. Lo siento. Nuestra hija.

Ella volvió a abrazarlo, apretándose fuertemente contra él, lo besó repetidas veces y le mordió de nuevo. Geralt rozó sus cabellos con los labios y retiró con cuidado el camisón de los hombros de la hechicera.

Y al punto se encontraron otra vez en la cama, sobre las retorcidas sábanas, todavía calientes y oliendo a sueño. Y comenzaron a buscarse de nuevo mutuamente, y se buscaron largo tiempo y con mucha paciencia, y la seguridad de que se encontrarían los embargaba de felicidad y alegría, y la felicidad y la alegría atravesaban todo lo que hacían. Y aunque los dos eran tan diferentes, comprendieron, como siempre, que no eran diferencias de las que separan sino de las que unen y enlazan tan fuertemente como la entalladura labrada con el hacha donde se juntan las vigas de las cuales va naciendo una casa. Y fue como la primera vez, cuando ella lo embriagó con su deslumbrante desnudez y su violento deseo y a ella la embriagó la delicadeza y sensibilidad de él. Y como la primera vez ella quiso decírselo, pero él la detuvo y con un beso y unas caricias privó a sus palabras de todo sentido. Y luego, cuando él quiso decírselo a ella, no pudo alzar la voz y luego la felicidad y el placer cayeron sobre ellos con una fuerza capaz de destruir montañas y hubo algo que fue un grito sin sonido y el mundo dejó de existir, algo terminó y algo comenzó, y algo perduró y hubo silencio, silencio y paz.

Y embriaguez.

Poco a poco el mundo volvió en sí y de nuevo hubo unas sábanas oliendo a sueño y una habitación bañada por el sol y un día. Un día…

—¿Yen?

—¿Mhn?

—Cuando dijiste que el día era hermoso añadiste « Buen trabajo» . ¿Significa

que…?

—Lo significa —confirmó y se estiró, desplegando los brazos y cogiendo la almohada por los bordes, y sus pechos tomaron entonces una forma que hizo que al brujo le recorriera un escalofrío por la parte inferior de la espalda—. Sabes, Geralt, nosotros preparamos este tiempo. Ayer por la tarde. Yo, Nenneke, Triss y Dorregaray. Al fin y al cabo no podía arriesgarme, este día tenía que ser hermoso…

Se detuvo, le dio con la rodilla en el muslo.

—Pues al fin y al cabo éste es el día más importante de tu vida, idiota.

II

Elevado sobre un promontorio en mitad del lago, el castillo de Rozrog estaba pidiendo a gritos unos buenos arreglos, por fuera y por dentro, y ello desde hacía ya mucho tiempo. Hablando sin tapujos, Rozrog era una ruina, un conglomerado de piedras sin forma, cubierto densamente de hiedra, enredaderas y amor de hombre, una ruina que se elevaba entre lagos, barro y pantanos llenos de ranas, tortugas y culebras de agua. Había sido una ruina ya entonces cuando se lo regalaron al rey Herwig. El castillo de Rozrog y los terrenos que lo rodeaban eran por entonces algo así como una concesión de por vida, un regalo de despedida para Herwig, que doce años atrás había abdicado en favor de su sobrino Brennan, desde hacía algún tiempo llamado El Bueno.

Geralt había conocido al antiguo rey a través de Jaskier. El trovador había estado en Rozrog a menudo porque Herwig era un anfitrión amable y agradable para sus invitados. Precisamente había sido Jaskier quien se había acordado de Herwig y su castillejo cuando Yennefer rechazó por imposibles todos los lugares de la lista que el brujo había preparado. Extrañamente, la hechicera aceptó la propuesta de Rozrog de inmediato y sin fruncir la nariz.

Así que la boda de Geralt y Yennefer había de celebrarse en el castillo de Rozrog.

III

En principio, la boda tenía que ser tranquila y sin formalidades, pero con el paso del tiempo resultó que, por razones diversas, esto era imposible.

Así que era necesario alguien con talento para organizar.

Yennefer, por supuesto, se negó, no estaba bien encargarse de organizar la propia boda. Geralt y Ciri, por no mencionar a Jaskier, carecían de talento alguno para ello. Así que le confiaron el asunto a Nenneke, la sacerdotisa de la diosa Melitele de Ellander. Nenneke llegó de inmediato y, junto con ella, dos sacerdotisas más jóvenes, Iola y Eurneid. Y comenzaron los problemas.

IV

—No, Geralt. —Nenneke estaba enfadada y daba golpecitos con un pie—. No acepto ninguna responsabilidad ni por la ceremonia ni por el banquete. Este desastre al que a algún idiota se le ocurrió llamar castillo no sirve para nada. La cocina está destrozada, la sala de baile no sirve más que para establo y la capilla… no es capilla alguna. ¿Puedes decirme a qué dios adora ese cojo de Herwig?

—Por lo que sé, a ninguno. Afirma que la religión es la mandrágora del pueblo.

—Estaba segura —dijo la sacerdotisa, sin ocultar su desprecio—. En la capilla no hay ni una estatua, no hay nada de nada, si no contamos a los ratones de campo. ¡Y encima este maldito páramo! Geralt, ¿por qué no queréis casaros en Vengerberg, en una tierra civilizada?

—Sabes de sobra que Yennefer es una cuarterona y en esas tus civilizadas tierras no se permiten matrimonios mixtos.

—¡Por la gran Melitele! ¿Qué significa una cuarta de sangre élfica? ¡Pero si casi todo el mundo tiene algo de mezcla de sangre del Antiguo Pueblo! ¡Eso no es más que un prejuicio idiota!

—No he sido yo quien lo ha inventado.

V

La lista de invitados —no excesivamente larga— la confeccionaron los futuros esposos conjuntamente y de invitar a la gente tenía que encargarse Jaskier. Al poco resultó que el trovador perdió la lista, y eso aun antes de que tuviera tiempo todavía de leerla.

Avergonzado, no dijo nada y tiró por el camino de en medio: invitó a quien pudo. Por supuesto, Jaskier conocía a Geralt y a Yennefer lo suficiente como para no olvidar a nadie importante, mas no habría sido él mismo si no hubiera enriquecido la lista de invitados con una asombrosa cantidad de personas completamente casuales. Así que aparecieron el viejo Vesemir de Kaer Morhen, el maestro de Geralt, y junto con él, el brujo Eskel, amigo de Geralt desde la más tierna infancia.

Vino el druida Myszowor en compañía de una apasionada rubia llamada Freya que era una cabeza más alta que él y unos cien años más joven. Junto con ellos apareció el yarl Crach an Craite de Skellige en compañía de sus hijos Ragnar y Loki. A Ragnar, montado a caballo, los pies casi le llegaban al suelo, mientras que Loki recordaba a un afiligranado elfo. No era esto de extrañar puesto que eran hermanos naturales, hijos de distintas amantes del yarl.

Apareció el alcalde Caldemeyn de Blaviken con su hija Anica, una muchacha muy atractiva, aunque terriblemente vergonzosa.

Acudió el enano Yarpen Zigrin, y lo más curioso, solo, sin los barbados bandoleros a los que llamaba «muchachos» y que solían acompañarlo. A Yarpen se le unió por el camino el elfo Chireadan, personaje más bien oscuro, pero indudablemente de alta posición entre el Antiguo Pueblo, escoltado por algunos de sus congéneres, desconocidos para todos y de pocas palabras.

También vino una tumultuosa pandilla de medianos, de los que Geralt sólo conocía a Dainty Biberveldt, granjero de Centinodia del Prado y —de oídas— a su gruñona esposa, Gardenia. En la pandilla había también un mediano que no era un mediano, el famoso empresario y mercader Tellico Lunngrevink Letorte de Novigrado, doppler capaz de cambiar de forma, que vivía bajo la forma de mediano y con el pseudónimo de Dudu.

Apareció el barón Zywiecki de Brokilón con su mujer, la encantadora dríada Braenn y sus cinco hijas, llamadas Morenn, Cirilla, Mona, Eithne y Lola. Morenn tenía el aspecto de tener quince años y Lola cinco. Todas eran pelirrojas como el fuego, aunque Zywiecki tenía el cabello negro y Braenn rubio miel. Braenn estaba en un estado de preñez avanzado. Zywiecki afirmaba serio que esta vez iba a ser un niño, ante lo que la bandada de sus pelirrojas dríadas se miraban las unas a las otras y se reían, mientras que Braenn, sonriendo levemente, añadía que el «niño» iba a llevar el nombre de Melissa.

Llegó también Jarre el Manco, el joven sacerdote y cronista de Ellander,

discípulo de Nenneke. Jarre vino sobre todo a causa de Ciri, de quien se había enamorado. Ciri, para desesperación de Nenneke, menospreciaba por completo al joven manco y sus torpes intentos.

La lista de invitados inesperados la abrió el príncipe Agloval de Bremervoord, cuya llegada era un verdadero milagro, puesto que el príncipe y Geralt no se aguantaban el uno al otro. Todavía más extraño era el hecho de que Agloval apareció en compañía de su esposa, la sirena Sh'eenaz. Sh'eenaz hacía cambiado habia tiempo su cola de pez por un par de increíblemente hermosas piernas en honor de su príncipe, pero era sabido que nunca se alejaba de la orilla del mar porque el continente le producía miedo.

Pocos eran los que esperaban la llegada de otras testas coronadas, porque también es cierto que nadie las había invitado. Pese a ello, los monarcas habían enviado cartas, regalos, legados, o todo a la vez.

Debían de haberse puesto de acuerdo, porque los legados viajaban en un grupo que ya por el camino había tenido tiempo de trabar amistad.

El caballero Yves representaba al rey Ethain, el comes Sulivoy al rey Venzlav, sir Matholm al rey Segismundo y sir Devereux a la reina Adda, antigua estrige. El viaje debía de haber sido divertido porque Yves tenía un labio partido, Sulivoy un brazo en cabestrillo, Matholm cojeaba y Devereux tenía una resaca que apenas se tenía en la silla.

Nadie había invitado al dragón dorado Villentretenmerth porque nadie sabía cómo invitarlo ni dónde buscarlo. Para asombro general el dragón se presentó, por supuesto de incógnito, bajo la figura del caballero Borch Tres Grajos. Sin embargo, allá donde estuviera Jaskier no era posible mantener incógnito alguno, por supuesto, aunque pocos eran los que creían al poeta cuando éste señalaba a un fornido caballero y afirmaba que era un dragón.

Tampoco nadie había invitado ni estaba esperando a la pintoresca chusma que se definía a sí misma como «amigos y conocidos» de Jaskier. Eran principalmente poetas, músicos y trovadores, y por añadidura un acróbata, un jugador de dados profesional, una domadora de cocodrilos y cuatro multicolores señoritas de las que tres tenían aspecto de ser pelanduscas y la cuarta, que no lo parecía, lo era por encima de toda duda. El grupo lo completaban dos profetas, de los que uno era falso, un escultor de mármol, una médium rubia de género femenino que siempre estaba borracha y un gnomo de rostro lleno de cicatrices de viruela que afirmaba llamarse Schuttenbach. Los hechiceros llegaron en una nave anfibia y mágica que tenía el aspecto de ser un cruce entre un cisne y una almohada gigante. Eran cuatro veces menos de los que habían invitado y tres veces más de los que se esperaban, porque los confráteres de Yennefer, por lo que decía el rumor, condenaban su enlace con un hombre «de fuera» y para colmo brujo. Algunos de ellos habían ignorado la invitación sin más, otros se habían disculpado alegando falta de tiempo y la obligación de acudir a la

convención mundial anual de hechiceros. Así que en la cubierta del, como lo definiera Jaskier, almohadomóvil sólo estaban Dorregaray de Vole y Radcliffe de Oxenfurt.

Y Triss Merigold, de cabellos como los castaños de noviembre.

VI

—¿Has sido tú quien ha invitado a Triss Merigold?

—No. —El brujo meneó la cabeza, contento del hecho de que la mutación de sus capilares le imposibilitaba ruborizarse—. Yo no. Sospecho que fue Jaskier, aunque todos ellos afirman que se enteraron de la boda por los cristales mágicos.

—¡No quiero que Triss esté en mi boda!

—¿Por qué? Pero si es tu amiga.

—¡No me tomes por tonta, brujo! ¡Todo el mundo sabe que te has acostado con ella!

—¡Mentira!

Los ojos violetas de Yennefer se encogieron peligrosamente.

—¡Verdad!

—¡Mentira!

—¡Verdad!

—Está bien. —Él se dio la vuelta con rabia—. Es verdad. ¿Y cuál es el problema?

La hechicera guardó silencio por un instante, jugueteando con la estrella de obsidiana que llevaba sujeta en negro terciopelo.

—Nada —dijo por fin—. Pero quería que lo reconocieras. No intentes nunca mentirme, Geralt, nunca.

VII

El muro olía a piedra mojada y a ácidas hierbas, el sol iluminaba la parduzca agua del foso, extraía con su calor el verde del emboscado fondo del pantano y el deslumbrante amarillo de los nenúfares que flotaban en la superficie.

El castillo volvía a la vida poco a poco. En el ala occidental alguien abrió las contraventanas con un estruendo y se rió. Otro, con voz débil, pedía zumo y col fermentada. Uno de los amigotes de Jaskier cantaba invisible mientras se afeitaba:

Allá va la despedidaaaa,
la que le echó el junco al juncoooo.
Me han dicho que andas calienteeee,
la ostia si lo barruntoooo.

Chirriaron las puertas, Jaskier salió al patio, estirándose y tocándose el rostro.

—¿Cómo estás, novio? —dijo con la voz cansada—. Si tienes intenciones de escapar, ésta es tu última ocasión.

—Qué madrugador estás, Jaskier.

—Ni siquiera me he acostado —murmuró el poeta, sentándose junto al brujo en un poyete de piedra y apoyando las espaldas en el muro cubierto de amor de hombre—. Por los dioses que ha sido una noche muy dura. Pero en fin, no se casa un amigo todos los días, hay que celebrarlo de alguna manera.

—El banquete de boda es hoy —le recordó Geralt—. ¿Aguantas?

—No me insultes.

El sol calentaba con fuerza, los pájaros alborotaban entre los arbustos. Desde el lago les llegaban unos chufidos y chapoteos. Morenn, Cirilla, Mona, Eithne y Lola, las dríadas taheñas, hijas de Zywiecki, se bañaban, desnudas como era su costumbre, en compañía de Triss Merigold y Freya, la amiga de Myszowor. Arriba, en las arruinadas almenas del castillo, los legados reales, caballeros Yves, Sulivoy, Matholm y Devereux, se quitaban los unos a los otros el catalejo.

—¿Lo pasasteis bien, Jaskier?

—No preguntes.

—¿Algún alboroto especialmente grande?

—Algunos.

El primer alboroto, contó el poeta, tuvo un origen racial. Tellico Lunngrevink Letorte afirmó de pronto en mitad de la fiesta que estaba harto de aparecer como un mediano. Señalando con un dedo a dríadas, elfos, medianos, sirena, enano y hasta al gnomo que afirmaba llamarse Schuttenbach, todos ellos presentes en la sala, el doppler declaró que era una discriminación el hecho de que todos podían ser ellos mismo y solamente él, Tellico, tenía que vestirse con ajeno pelaje.

Dicho lo cual adoptó —por un instante— su forma natural. Ante aquella vista, Gardenia Biberveldt se desmayó, el príncipe Agloval se atragantó peligrosamente con una lucioperca y a Anica, la hija del alcalde Caldemeyn, le dio un ataque de histeria. La situación la selló el dragón Villentretenmerth, todavía bajo la forma del caballero Borch Tres Grajos, aclarándole al doppler con serenidad que la capacidad de metamorfosearse era un privilegio que obliga, entre otras cosas, a tomar formas que por lo general se consideren decentes y aceptadas en sociedad, y que esto no era otra cosa que simple cortesía para el anfitrión.

El doppler acusó a Villentretenmerth de racismo, chauvinismo y de no tener ni pajolera idea del objeto de la discusión.

Villentretenmerth, enfadado, tomó también por un instante la forma de dragón, destrozando unos pocos muebles y haciendo reinar el pánico general. Cuando se serenó la cosa, comenzó una fuerte discusión en la que humanos y no humanos se lanzaron los unos a los otros ejemplos de falta de tolerancia y de prejuicios raciales. Un acento bastante inesperado en la discusión lo aportó la voz de la pecosa Merle, la puta que no tenía aspecto de puta. Merle afirmó que toda aquella trifulca era tonta y sin sentido y que no tenía nada que ver con los verdaderos profesionales, quienes no saben lo que son los prejuicios, que ella estaba dispuesta a probarlo en aquel mismo instante y por su correspondiente pago incluso aunque fuera con el dragón Villentretenmerth en forma natural. En el silencio que cayó se escuchó a la médium de género femenino declarando que ella estaba dispuesta a hacer lo mismo pero de gratis. Villentretenmerth cambió de tema rápidamente y comenzaron a discutir de temas más seguros como economía, política, pesca, caza y juegos de azar.

Los otros escándalos tuvieron unas dimensiones más bien sociales. Myszowor, Radcliffe y Dorregaray apostaron a ver quién de ellos era capaz con su sola fuerza de voluntad de hacer levitar más objetos a la vez. Ganó Dorregaray, que fue capaz de mantener en el aire dos sillas, una fuente con frutas, una olla con sopa, un globo terráqueo, un gato, dos perros y a Lola, la hija más pequeña de Zywiecki y Braenn.

Luego Cirilla y Mona, las hijas medianas de Zywiecki, se pelearon y hubo que llevárselas. Poco después se pelearon Ragnar y el caballero Matholm y la causa de la pelea era Morenn, la hija mayor de Zywiecki. Zywiecki, nervioso, mandó a Braenn encerrar en sus habitaciones a todas sus taheñas mozas, mientras que él se unió al concurso de bebida que había organizado Freya, la amiga de Myszowor. Pronto resultó que Freya tenía una resistencia al alcohol inimaginable, rayana con la inmunidad total. La mayoría de los poetas y bardos amigos de Jaskier aterrizaron bajo la mesa. Zywiecki, Crach an Craite y el alcalde Caldemeyn se batieron bravamente, pero tuvieron que ceder. El hechicero Radcliffe se mantuvo hasta que se demostró que estaba haciendo

trampas: llevaba consigo un cuerno de unicornio. Cuando se lo quitaron, no tenía ni una posibilidad contra Freya. Al poco, el lado de la mesa que ocupaba la isleña se quedó casi vacío. Durante un tiempo estuvo bebiendo con ella un hombre muy pálido vestido con un jubón pasado de moda y al que nadie conocía.

Al cabo, el hombre se levantó, se dio la vuelta, hizo una cortés reverencia y atravesó la pared como si fuera niebla. La inspección de los antiguos retratos que adornaban la sala permitió confirmar que era Willem, llamado el Diablo, señor de Rozrog, asesinado con un estilete durante un banquete algunos cientos de años atrás.

El antiguo castillo ocultaba numerosos secretos y en el pasado se había cubierto de una fama bastante siniestra, así que no dejó de haber más percances de carácter sobrenatural. Hacia la medianoche un vampiro entró volando por una ventana abierta, pero el enano Yarpen Zigrin expulsó al chupasangre arrojándole un ajo. Durante todo el tiempo algo estuvo aullando, suspirando y agitando unas cadenas, pero nadie le prestó atención, todos pensaban que eran Jaskier y sus escasos amigos aún sobrios. Eran aquéllos sin embargo espectros, porque se confirmó que en las escaleras había buenas cantidades de ectoplasma: algunas personas se resbalaron y se dieron dolorosos golpes.

Hubo un desgreñado espectro de ojos ardientes que sobrepasó las fronteras de la decencia, pellizcando el trasero de la sirena Sh'eenaz desde un escondite. Por poco no se llegó a un tumulto de consideración, porque Sh'eenaz pensó que el culpable había sido Jaskier. El espectro, aprovechando el jaleo, deambuló por la sala pellizcando, pero Nenneke lo descubrió y lo expulsó con ayuda de unos exorcismos.

A algunas personas se les apareció la Dama Blanca, a la cual, si se ha de creer la leyenda, la emparedaron viva hacía muchos años en las mazmorras de Rozrog. Sin embargo, hubo algunos escépticos que afirmaron que no se trataba de la Dama Blanca sino de la médium de género femenino que deambulaba por los sótanos buscando algo de beber.

Luego comenzó una desbandada general. Primero desaparecieron el caballero Yves y la domadora de cocodrilos. Poco después desapareció toda huella de Ragnar y Eurneid, la sacerdotisa de Melitele. Luego desapareció Gardenia Biberveldt, pero resultó que se había ido a dormir. De pronto resultó que faltaban Jarre el Manco e Iola, la otra sacerdotisa de Melitele. Ciri, aunque había dicho que Jarre le era indiferente, mostró cierto desasosiego, mas se aclaró que Jarre había salido a hacer sus necesidades y se había caído en un foso llano, donde se había quedado dormido mientras que a Iola se la encontraron debajo de las escaleras. Con el elfo Chireadan.

También se vio cómo Triss Merigold y el brujo Eskel de Kaer Morhen entraban en el cenador del parque, aunque por la mañana alguien dijo que del cenador aquél había salido el doppler Tellico. La gente se rompió la cabeza

dándole vueltas a qué forma era la que había tomado el doppler, Triss o Eskel. Hasta hubo quien arriesgó la teoría de que podía haber en el castillo hasta dos dopplers. Se quiso preguntar su opinión al dragón Villentretenmerth en su calidad de especialista en metamorfosis, mas resultó que el dragón había desaparecido, y junto con él Merle, la puta.

También desapareció otra puta y uno de los profetas. El profeta que no había desaparecido afirmó que él era el verdadero, pero no supo probarlo.

Desapareció también el gnomo que se hacía pasar por Schuttenbach y todavía no lo han encontrado.

—Laméntalo —concluyó el bardo, con un amplio bostezo—. Lamenta que no estuvieras, Geralt. Fue una fiesta de la leche.

—Lo lamento —murmuró el brujo—. Pero sabes… No podía, porque Yennefer… Lo entiendes…

—Claro que lo entiendo —dijo Jaskier—. Por eso no me caso.

VIII

De la cocina del castillo surgían un tintineo de los calderos, unos cantecillos y unas risitas alegres. La manutención de toda la pandilla de invitados suponía un problema y no pequeño, porque el rey Herwig prácticamente no tenía criados. La presencia de los hechiceros tampoco resolvió el problema, porque por consenso general se había decidido comer de forma natural y renunciar a hechizos gastronómicos. Así que la cosa terminó en que Nenneke asignó el trabajo a todo el que pudo. Al principio no fue fácil. Aquellos a los que la sacerdotisa fue capaz de cazar no tenían ni idea de cocina, y los que sí la tenían habían huido. Sin embargo, Nenneke encontró inesperado socorro en la persona de Gardenia Biberveldt y las medianas de su séquito. Excelentes y simpatiquísimas en su colaboración con las cocineras resultaron también, extrañamente, las cuatro pelanduscas del grupo de Jaskier.

En lo que respecta al aprovisionamiento, había menos problemas. Zywiecki y el príncipe Agloval organizaron cacerías y proveyeron de la caza mayor. A Braenn y a sus hijas les bastó con dos horas para llenar la despensa de aves de caza, porque hasta la menor de las dríadas, Lola, sabía usar del arco con una asombrosa maestría. El rey Herwig, que amaba la pesca, navegaba al rayar el alba por el lago y trajo lucios, luciopercas y enormes percas. Por lo general le acompañaba Loki, el hijo menor de Crach an Craite. Loki tenía experiencia en pesca y barcas, y aparte de ello estaba disponible al alba, puesto que, del mismo modo que Herwig, no bebía.

Dainty Biberveldt y sus parientes, ayudados por el doppler Tellico, se ocuparon en decorar la sala y las habitaciones. A limpiar y lavar se obligó a los dos profetas, a la domadora de cocodrilos, al escultor de mármol y a la eternamente borracha médium de género femenino.

Al principio se puso al cuidado del bebercio a Jaskier y a sus amigos, pero esto resultó un error terrible. Así que se expulsó a los bardos y le dieron la llave a Freya, la amiga de Myszowor. Jaskier y los poetas se pasaban sentados días enteros junto a las puertas de la bodega e intentaban conmover a Freya con baladas amorosas a las que, sin embargo, la isleña mostraba la misma resistencia que al alcohol.

Geralt alzó la cabeza, arrancado de su duermevela por el sonido de unos cascos sobre las piedras del patio. Una Kelpa brillante de agua con Ciri sobre sus lomos apareció de entre unos arbustos pegados a la pared. Ciri llevaba su traje negro y a la espalda colgaba su espada, la famosa Gveir, conseguida en las catacumbas del desierto de Korath.

Durante un instante se miraron el uno al otro en silencio, al cabo de lo cual la muchacha espoleó a la yegua y se acercó. Kelpa bajó la testa, intentó alcanzar al brujo con sus dientes, pero Ciri la detuvo con un seco tirón de las riendas.

—Así que hoy —habló la brujilla, sin desmontar—. Hoy, Geralt.

—Hoy —confirmó él al tiempo que se apoyaba en la pared.

—Me alegro —dijo ella insegura—. Pienso… No, estoy segura de que vais a ser felices y me alegro de que…

—Desmonta, Ciri. Vamos a hablar.

La muchacha agitó la cabeza, echándose los cabellos para atrás, detrás de la oreja. Geralt vio durante un momento la larga y fea cicatriz en su mejilla, recuerdo de aquellos días terribles. Ciri había dejado que sus cabellos le crecieran hasta los hombros y los peinaba de tal modo que escondían la herida, pero se olvidaba a menudo de ello.

—Me voy, Geralt —dijo—. En cuanto termine la ceremonia.

—Desmonta, Ciri.

La brujilla saltó de la silla, se sentó al lado. Geralt la abrazó. Ciri apoyó la cabeza contra su hombro.

—Me voy —repitió ella. Él guardó silencio. Las palabras le venían a los labios, pero no había entre aquellas palabras ninguna que pudiera considerar adecuada. Necesaria. Siguió callado.

—Sé lo que piensas —dijo ella despacio—. Piensas que estoy huyendo. Tienes razón.

Él guardaba silencio. Lo sabía.

—Por fin, después de tantos años, os tenéis el uno al otro. Yen y tú. Os merecéis la felicidad, el reposo. Una casa. Pero a mí todo esto me da miedo. Por eso… huyo.

Él guardó silencio. Pensó en sus propias huidas.

—Me voy en cuanto acabe la fiesta —repitió Ciri—. Quiero ver de nuevo las estrellas sobre el camino, quiero silbar por la noche las baladas de Jaskier. Y deseo la lucha, el baile con la espada, deseo el riesgo, deseo el placer que produce la victoria. Y deseo la soledad. ¿Me comprendes?

—Por supuesto que te entiendo, Ciri. Eres mi hija, eres una bruja. Haces lo que tienes que hacer. Pero algo tengo que decirte. Una sola cosa. No escaparás aunque te vayas.

—Lo sé. —Se apretó más fuerte contra él—. Todo el tiempo albergo todavía la esperanza de que algún día… Si espero, si tengo paciencia, también para mí amanecerá un día tan hermoso… Un día tan hermoso… Aunque…

—¿Qué, Ciri?

—Nunca fui guapa. Y con esta cicatriz…

—Ciri —le interrumpió—. Eres la muchacha más hermosa del mundo. Después de Yen, ha de entenderse.

—Oh, Geralt…

—Si no me crees, pregunta a Jaskier.

—Oh, Geralt.

—¿Adónde…?

—Al sur —le interrumpió de inmediato, volviendo el rostro—. El país todavía está humeante después de la guerra, hace falta reconstruir, la gente lucha por resistir. Necesitan cuidado y defensa. Serviré para algo. Y aún queda el desierto de Korath… Y Nilfgaard. Tengo allí mis cuentas. Tenemos allí nuestras cuentas que saldar, Gveir y yo…

Se quedó callada, su rostro se petrificó, sus ojos verdes se entrecerraron, los labios se fruncieron en una fea mueca. *Lo recuerdo*, pensó Geralt, *lo recuerdo. Sí, allí, en las escaleras resbaladizas por la sangre del castillo de Rhys-Run, donde lucharon hombro con hombro, él y ella, el Lobo y la Gata, dos máquinas de dar muerte, inhumanas en su rapidez y crueldad porque los habían arrastrado hasta el final, enloquecidos, apoyados contra la pared. Sí, entonces los nilfgaardianos retrocedieron, llenos de miedo, ante el brillo y el silbido de sus hojas, y ellos fueron bajando despacio, hacia abajo por las escaleras del castillo de Rhys-Run, húmedas de sangre. Bajaron apoyados el uno en el otro, unidos, y delante de ellos caminaba la muerte, la muerte en forma de dos blancas hojas de espada. El frío y tranquilo Lobo y la loca Gata. El brillo de las hojas, el grito, la sangre, la muerte... Sí, entonces... Entonces…*

Ciri volvió a echarse los cabellos hacia atrás y entre sus mechones cenicientos brilló la nívea blancura de la ancha banda de su sien.

Entonces se le volvieron blancos los cabellos a la muchacha.

—Tengo allí mis cuentas que saldar —siseó Ciri—. Por Mistle. Por mi Mistle. La vengué, pero no basta con una sola muerte para pagar por Mistle.

Bonhart, pensó él. *Ella lo mató, llena de odio. Oh, Ciri, Ciri. Estás al borde del abismo, hijita mía. Por tu Mistle no bastan mil muertes. Guárdate del odio, Ciri, el odio te devora como un cáncer*.

—Cuida de ti —susurró él.

—Prefiero cuidar de otros —sonrió maligna—. Es mejor a la larga.

Ya no la veré nunca más, pensó Geralt. *Si se va, ya no la veré nunca más*.

—Me verás —dijo y sonrió, y fue aquélla una sonrisa de hechicera, no de bruja—. Me verás, Geralt.

Se alzó de pronto, alta y delgada como un muchacho, ágil como una bailarina. Se subió de un salto a la silla.

—¡Yaaa, Kelpa!

De bajo los cascos de la yegua saltaron chispas que lanzaban las herraduras.

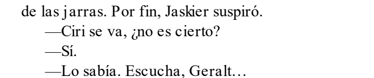
Jaskier salió de detrás de la pared, con el laúd al hombro, sujetando en las manos dos enormes jarras de cerveza.

—Aquí tienes, bebe —dijo, sentándose al lado—. Te hará bien.

—¿De verdad? Yennefer me prometió que si llega a notar que…

—Pues masticas un poco de perejil. Bebe, calzonazos.

Durante un largo rato estuvieron sentados en silencio, tomando lentos tragos



de las jarras. Por fin, Jaskier suspiró.

—Ciri se va, ¿no es cierto?

—Sí.

—Lo sabía. Escucha, Geralt…

—No digas nada, Jaskier.

—Vale.

Callaron de nuevo. Un agradable aroma a carne asada sazonada con mucho enebro les llegaba desde la cocina.

—Algo termina —dijo Geralt con esfuerzo—. Algo termina, Jaskier.

—No —negó el poeta con seriedad—. Algo comienza.

IX

La tarde fluyó bajo el signo de un llanto general. Comenzó a causa del elixir de belleza. El elixir, y más concretamente la crema, llamada feenglanc, y en la Antigua Lengua glamarye, usada con propiedad era capaz de acrecentar la belleza de forma asombrosa. Las señoras hospedadas en el castillo apremiaron a Triss Merigold y ésta preparó una gran cantidad de glamarye, después de lo cual las señoras se aprestaron al uso de los cosméticos. De las puertas cerradas de una habitación salían los sollozos de Cirilla, Mona, Eithne y Lola, a las que se había prohibido usar el glamarye; el honor de usarlo recaería solamente en la dríada mayor, Morenn. La que más gritaba era Lola.

Un piso más abajo gritaba Lily, la hija de Dainty Biberveldt, porque resultaba que el glamarye, como la mayor parte de los hechizos, no hacía efecto sobre los medianos. En el jardín, entre las endrinas, lloriqueaba la médium de género femenino, que no había sabido que el glamarye produce una sobriedad repentina y los fenómenos que la acompañan; entre otros, una profunda melancolía.

En el ala occidental del castillo gritaba Anica, la hija del alcalde Caldemeyn, que no había sabido que el glamarye hay que ponérselo bajo los ojos, comió su parte y le entró cagalera. Ciri aceptó su porción de glamarye y frotó con ella a Kelpa.

Lloraron también las sacerdotisas Iola y Eurneid, puesto que Yennefer decididamente rechazó ponerse el vestido de boda blanco que habían cosido. No ayudó la intervención de Nenneke. Yennefer maldijo, lanzó aparatos y hechizos, repitiendo que de blanco tenía el aspecto de una puta virgen. Nenneke, nerviosa, comenzó también a gritar, acusando a la hechicera de comportarse peor que tres putas vírgenes a la vez. En respuesta, Yennefer hizo aparecer un rayo globular y destrozó el tejado de la torre de la esquina, lo que al fin y al cabo tuvo su lado bueno: el estruendo fue tan terrible que a la hija de Caldemeyn le dio un shock y se le pasó la cagalera.

De nuevo se vio a Triss Merigold y al brujo Eskel de Kaer Morhen, tiernamente abrazados, perderse a hurtadillas en el cenador del parque. Esta vez no hubo dudas de que eran ellos en persona, puesto que el doppler Tellico bebía cerveza en compañía de Jaskier, Dainty Biberveldt y el dragón Villentretenmerth.

Pese a los denodados esfuerzos realizados, no se encontró al gnomo que decía llamarse Schuttenbach.

X

—Yen…

Tenía un aspecto encantador. Los rizos negros, ondulantes, sujetos con una pequeña diadema de oro, caían como una brillante cascada sobre los hombros y el alto cuello de un largo vestido de blanco brocado con mangas abombadas negras y encajes mantenidos en su sitio por una incontable cantidad de tiras de lilas y colgaduras.

—Las flores, no olvidéis las flores —dijo Triss Merigold, vestida toda de profundo azul celeste al tiempo que le daba a la novia un ramo de rosas blancas —. Oh, Yen, me alegro tanto…

—Triss, querida —sollozó inesperadamente Yennefer, después de lo cual ambas hechiceras se abrazaron con cuidado y besaron el aire junto a las orejas y los pendientes de brillantes.

—Basta de tanta terneza —dijo Nenneke, mientras se alisaba la falda de su traje de sacerdotisa blanco como la nieve—. Vamos a la capilla. Iola, Eurneid, sujetadle el traje porque se va a rozar con las escaleras.

Yennefer se acercó a Geralt, con una mano dentro de un guante de encaje le arregló el cuello de un jubón negro galonado de plata. El brujo le tendió la mano.

—Geralt —le susurró junto a la oreja—, todavía no puedo creérmelo…

—Yen —le contestó él—, te quiero.

—Lo sé.

XI

—¿Dónde, maldita sea, está Herwig?

—No tengo ni idea —dijo Jaskier, limpiándose la hebilla con la manga de su jubón a la moda de color brezo—. ¿Y dónde está Ciri?

—No lo sé. —Yennefer frunció el ceño y arrugó la nariz—. Anda que no apestas a perejil, Jaskier. ¿Te has hecho vegetariano?

Los invitados se iban reuniendo, llenaban poco a poco la enorme capilla. Agloval, vestido de negro ceremonial, llevaba del brazo a Sh'eenaz, que iba de blanco seledina. Junto a ella daban grandes pasos una bandada de medianos vestidos de bronce, beis y ocres, Yarpen Zigrin y el dragón Villentretenmerth, ambos de centelleante color dorado, Zywiecki y Dorregaray en tonos violetas, los legados reales de colores heráldicos, los elfos y las dríadas de verde y los amigos de Jaskier de todos los colores del arco iris.

—¿Ha visto alguien a Loki? —preguntó Myszowor.

—¿Loki? —Eskel, acercándose, les miró desde detrás de las plumas de pavo que decoraban su boina—. Loki se fue con Herwig a pescar. Los vi en la barca, en el lago. Ciri fue allí a decirles que estaba empezando.

—¿Hace mucho?

—Hace mucho.

—El diablo se los lleve, malditos pescadores —blasfemó Crach an Craite—. Cuando se ponen con los peces, se olvidan del mundo entero. Ragnar, corre a por ellos.

—Espera —dijo Braenn, sacudiendo un diente de león que se había posado sobre su enorme escote—. Aquí hace falta alguien que corra deprisa. ¡Mona, Lola! ¡Raenn'ess aen laeke, va!

—Ya os dije —bufó Nenneke— que no se podía contar con Herwig. Un idiota irresponsable, como todos los ateos. ¿A quién se le ocurrió concederle precisamente a él el papel de maestro de ceremonias?

—Es un rey —dijo Geralt inseguro—. Abdicado, pero rey…

—¡Vivan los novios! —gritó inesperadamente uno de los profetas, pero la domadora de cocodrilos le hizo callar de un pescozón. En el grupo de los medianos hubo un pequeño tumulto, alguien maldijo y a otro le dieron un codazo. Gardenia Biberveldt aulló porque el doppler Tellico le había pisado la falda. La médium de género femenino comenzó a sollozar sin motivo alguno.

—Un poco más —siseó Yennefer desde detrás de sus labios, que portaban una amable sonrisa, mientras agitaba el ramo—. Un poco más y me da algo. Que empiece por fin esto. Y que se termine por fin.

—¡No te remuevas, Yen —gruñó Triss—, porque se te rompe la cola!

—¿Dónde está el gnomo Schuttenbach? —gritó uno de los poetas.

—¡Ni pajolera idea! —le contestaron a coro las tres putas.

—¡Pues que lo busque alguien, joder! —gritó Jaskier—. ¡Prometió que iba a cortar flores! ¿Y ahora qué? ¡Ni Schuttenbach, ni flores! ¿Y qué pinta tenemos nosotros?

A la salida de la capilla hubo un revuelo y entraron corriendo las dos dríadas que habían mandado al lago, lanzando grititos agudos, y detrás de ellas apareció Loki, chorreando agua y fango, sangrando por una herida en la frente.

—¡Loki! —gritó Crach an Craite—. ¿Qué ha pasado?

—¡Maaamaaa! —lloró Lola.

—¿Que'ss aen? —Braenn alcanzó a sus hijas, completamente nerviosa, pasó de la misma excitación a hablar el dialecto de las dríadas de Brokilón—. ¿Que'ss aen? ¿Que suecc'ss feal, caer me?

—Nos ha destrozado la barca… —jadeó Loki—. Junto a la misma orilla… ¡Un monstruo horrible! ¡Le di con el remo pero se lo comió, se comió el remo!

—¿Quién? ¿Qué?

—¡Geralt! —gritó Braenn—. Geralt, ¡Mona dice que es una cirenea!

—¡Un girador! —bramó el brujo—. ¡Eskel, corre a por mi espada!

—¡Mi varita! —gritó Dorregaray—. ¡Radcliffe! ¿Dónde está mi varita?

—¡Ciri! —exclamó Loki al tiempo que se limpiaba la sangre de la frente—. ¡Ciri está peleando con él! ¡Con ese monstruo!

—¡Voto a bríos! ¡Ciri no tiene ni una posibilidad contra un girador! ¡Eskel! ¡El caballo!

—¡Esperad! —Yennefer se quitó la diadema y la estrelló contra el suelo—. ¡Os teleportaremos! ¡Será más rápido! ¡Dorregaray, Triss, Radcliffe! Dadme la mano…

Todos se quedaron callados y luego gritaron. En la puerta de la capilla estaba de pie el rey Herwig, mojado pero entero. Junto a él había un muchacho jovencito con la cabeza pelada, con una armadura brillante de extraño modelo. Y detrás de ellos entró Ciri, chorreando agua, manchada de barro, desgreñada, con Gveir en la mano. En la parte delantera de su mejilla, desde la sien hasta la barbilla, le corría un corte hondo y horrible que sangraba con fuerza a través de un pedazo de manga que se había apoyado en ella.

—¡Ciri!

—Lo he matado —dijo de forma casi ininteligible la brujilla—. Le he destrozado la cabeza.

Desfalleció. Geralt, Eskel y Jaskier la sujetaron, la alzaron. Ciri no soltó la espada.

—Otra vez… —balbuceó el poeta—. Otra vez le han dado en la cara… Qué puta mala suerte tiene esta muchacha…

Yennefer gimió con fuerza, se acercó a Ciri, desplazó a Jarre, quien con su única mano sólo entorpecía. Sin importarle que la sangre mezclada con fango y agua podía manchar y destruir su vestido, la hechicera apoyó un dedo en el

rostro de la brujilla y gritó un hechizo.

A Geralt le dio la impresión de que todo el castillo temblaba y de que el sol se había apagado por un segundo.

Yennefer retiró la mano del rostro de Ciri y todos lanzaron una exclamación de asombro. La terrible herida se había reducido hasta convertirse en una fina línea roja marcada por algunas pequeñas gotas de sangre. Ciri quedó colgada en los brazos que la sujetaban.

—Bravo —dijo Dorregaray—. Mano de maestro.

—Mis reconocimientos, Yen —dijo Triss con la voz sorda mientras Nenneke lloraba.

Yennefer sonrió, puso los ojos en blanco y se desmayó. Geralt consiguió agarrarla antes de que cayera a tierra, blanda como una cinta de terciopelo.

XII

—Tranquilo, Geralt —dijo Nenneke—. Sin nervios. Ahora se le pasará. Se ha quedado sin fuerzas y eso es todo, y para colmo la emoción… Ella quiere mucho a Ciri, ya sabes.

—Lo sé. —Geralt alzó la cabeza, miró al mozalbete de la armadura brillante que estaba de pie junto a la puerta de la habitación—. Escucha, hijo, vuelve a la capilla. Aquí no hay nada para ti. Y así, entre nosotros, ¿quién coño eres?

—Soy… Soy Galahad —murmuró el caballerete—. ¿Puedo…? ¿Estaría mal que preguntara cómo está esa hermosa y valiente doncella?

—¿Cuál? —El brujo sonrió—. Hay dos, las dos hermosas, las dos valientes y las dos doncellas, aunque una lo es todavía por casualidad. ¿A cuál te refieres?

El mozalbete se ruborizó visiblemente.

—A la… más joven… —dijo—. A aquella que se lanzó sin dudarlo a salvar al Rey Pescador.

—¿A quién?

—Se refiere a Herwig —dijo Nenneke—. El girador atacó la barca en la que Herwig y Loki estaban pescando. Ciri se lanzó sobre el girador y este jovencito, que se encontraba por casualidad en los alrededores, se apresuró a ayudarla.

—Ayudaste a Ciri. —El brujo miró al caballerete con mayor atención y acentuada simpatía—. ¿Cómo te llamas? Lo he olvidado.

—Galahad. ¿Es esto Avalon, el castillo del Rey Pescador?

La puerta se abrió, salió Yennefer por ella, algo pálida, apoyada en Triss Merigold.

—¡Yen!

—Vamos a la capilla —anunció la hechicera con voz débil—. Los invitados están esperando.

—Yen… Podemos retrasar…

—¡Voy a ser tu mujer aunque se me lleven todos los diablos! ¡Y lo voy a ser ahora!

—¿Y Ciri?

—¿Qué pasa con Ciri? —La brujilla salió de detrás de Yennefer, embadurnándose de glamarye la mejilla sana—. Todo está bien, Geralt. Ni siquiera sentí este arañazo estúpido.

Galahad, con la armadura tintineando y chirriando, se arrodilló o, mejor dicho, se echó sobre una rodilla.

—Hermosa señora…

Los grandes ojos de Ciri se hicieron incluso mayores.

—Ciri, permíteme —dijo el brujo—. Éste es el caballero… humm… Galahad. Ya os conocéis. Te ayudó cuando luchabas con el girador.

Ciri se cubrió de rubor. El glamarye comenzaba a actuar, así que el rubor

aquel era verdaderamente encantador y la herida casi no se veía.

—Señora —balbuceó Galahad—, concededme una merced. Permitid, oh hermosa, que a los pies vuestros…

—Me apuesto el cuello a que ahora va a querer ser tu caballero, Ciri —dijo Triss Merigold.

La brujilla se puso las manos a la espalda y bufó ruidosamente, sin decir nada.

—Los invitados están esperando —interrumpió Yennefer—. Galahad, veo que no sólo eres valiente sino también atento. Has luchado hombro con hombro junto a mi hija, así que le prestarás tu brazo durante la ceremonia. Ciri, deprisa, ponte el vestido. Geralt, péinate y métete la camisa dentro de los pantalones, que se te ha salido. ¡Quiero veros a todos en la capilla dentro de diez minutos!

XIII

La boda fue todo un éxito. Las señoras y señoritas lloraron gremialmente. La ceremonia la dirigió Herwig, quien aunque abdicado, era un rey. Vesemir de Kaer Morhen y Nenneke interpretaron el papel de padres de los novios y Triss Merigold y Eskel hicieron de testigos. Galahad llevó del brazo a Ciri y Ciri se ruborizó como un clavel.

Los que portaban espada hicieron un arco con ellas. Los amigos de Jaskier rasguearon los laúdes y las zanfonas y cantaron una canción especialmente compuesta para aquella ocasión y en el estribillo les ayudaron la pelirroja hija de Zywiecki y la sirena Sh'eenaz, muy famosa por su bonita voz.

Jaskier pronunció un discurso, deseó felicidad a los recién casados, suerte y sobre todo una noche de bodas con éxito, por lo que recibió un puntapié de Yennefer en las espinillas.

Luego todos se agolparon en la sala del trono y rodearon las mesas, Geralt y Yennefer, con la mano aún enlazada con un trozo de terciopelo, se sentaron en la cabecera, desde donde repartieron sonrisas y brindis.

Los invitados, que en su mayor parte habían alborotado y jaraneado la noche anterior, banquetearon con aire estático y distinguido y durante un tiempo asombrosamente largo nadie se pilló una cogorza. La excepción inesperada fue Jarre el Manco, al que le colmó el vaso de lo que podía aguantar ver a Ciri ardiendo de rubor bajo la mirada mantecosa de Galahad.

Tampoco nadie desapareció, si descontamos a Lola, a la que sin embargo se encontró al poco debajo de la mesa, durmiendo como un perrillo.

A los fantasmas del castillo de Rozrog la noche anterior también les debió de haber dejado su huella, porque no dieron señales de vida.

La única excepción la constituyó un esqueleto que llevaba colgando restos de un sudario. El esqueleto surgió de improviso del suelo a espaldas de Agloval, Zywiecki y Myszowor. Sin embargo, el príncipe, el barón y el druida estaban sumidos en una discusión sobre política y no hicieron caso de la aparición. El esqueleto se enfadó por la falta de atención, continuó a lo largo de la mesa y se puso a chasquear los dientes junto a la oreja de Triss Merigold. La hechicera, que estaba tiernamente apretada contra el hombro de Eskel de Kaer Morhen, alzó graciosamente la blanca manita y estiró los dedos. Los perros se encargaron de los huesos.

—Que la gran Melitele os ayude, queridos míos. —Nenneke besó a Yennefer y chocó su jarra con la copa de Geralt—. Os ha costado un porrón de tiempo, pero al fin estáis juntos. Me alegro muchísimo, pero espero que Ciri no tome ejemplo de vosotros y que si encuentra a alguien no vacile durante tanto tiempo.

—Parece —Geralt señaló con un movimiento de cabeza a Galahad, que tenía la vista fija en la brujilla— que ya ha encontrado a alguien.

—¿Te refieres a ese bicho raro? —se burló la sacerdotisa—. Oh, no. No habrá pan de estos trigos. ¿Lo has visto bien? ¿No? Pues entonces mira lo que hace. Ni que estuviera clavado con Ciri y sin descanso sólo mira y manosea todas las jarras y vasos que hay en la mesa. Tú mismo habrás de reconocer que no es un comportamiento especialmente normal. Le extraña tanto la muchacha que la mira como si fuera un cuadro. Jarre es otra cosa. Un muchacho razonable, sólido…

—Tu sólido y razonable Jarre justamente acaba de caer bajo la mesa —le interrumpió Yennefer con desapego—. Basta ya, Nenneke. Ciri se acerca.

La brujilla de cabellos cenicientos se sentó en el lugar que Herwig había dejado libre y se apretó con fuerza a la hechicera.

—Me voy —dijo en voz baja.

—Lo sé, hija.

—Galahad… Galahad… se va conmigo. No sé por qué. Pero tampoco se lo puedo prohibir, ¿no es verdad?

—Verdad. ¡Geralt! —Yennefer alzó los ojos que ardían de cálido violeta hacia su marido—. Date una vuelta por la mesa, habla con los invitados. Te permito que bebas. Una jarra. Pequeña. A mí me gustaría hablar aquí con mi hija de mujer a mujer.

El brujo dio un suspiro.

Se iba haciendo cada vez más alegre en la mesa. La compaña de Jaskier cantaba canciones y para colmo del tipo que hacían que a Anica, la hija del alcalde Caldemeyn, se le pusieran rojas las mejillas.

El dragón Villentretenmerth, bastante achispado, abrazaba al todavía más achispado doppler Tellico y lo convencía de que transformarse en el príncipe Agloval con objeto de sustituirlo en la cama de la sirena Sh'eenaz sería una falta de tacto.

Las taheñas hijas de Zywiecki daban todo de sí para gustarles a los legados reales, y los legados reales intentaban de los modos más diversos imponer a las dríadas, lo que al final provocó un verdadero pandemónium. Yarpen Zigrin, sorbiendo por su roma nariz, le explicaba a Chireadan que cuando era niño soñaba con ser elfo.

Myszowor gritaba que el gobierno no iba a seguir y Agloval que al contrario. Nadie sabía de qué gobierno se trataba. Herwig le contaba a Gardenia Biberveldt acerca de una carpa enorme que había sacado con una caña que tenía un sedal hecho con un solo pelo de caballo. La mediana asentía soñolienta, de vez en cuando gritaba a su marido que dejara de trasegar.

Por las galerías corrían los profetas y la domadora de cocodrilos, intentando en vano encontrar al gnomo Schuttenbach. Freya, visiblemente harta de los debiluchos hombres, bebía sin pausa con la médium de género femenino, tarea que la cual ambas abordaban una absoluta seriedad y un digno silencio.

Geralt dio la vuelta a la mesa, tropezando, poniendo la espalda para golpes gratulatorios y la mejilla para los besos gratulatorios. Por fin se acercó al lugar donde junto al abandonado por Ciri Galahad se había sentado Jaskier. Galahad, mirando la copa del poeta, hablaba, y el poeta entrecerraba los ojos y fingía interés. Geralt se puso de pie detrás de ellos.

—Así que me subí a aquella barca —decía Galahad— y navegué hacia la niebla, aunque he de reconoceros, don Jaskier, que el corazón se me había congelado de miedo… Y os reconozco que entonces dudaba. Pensé: he aquí mi final, moriré ciertamente en esta impenetrable niebla… Y entonces salió el sol, las aguas brillaron como… como oro… Y he aquí que ante mis ojos veo… Avalon. Porque esto es Avalon, ¿no es cierto?

—No —le corrigió Jaskier, al tiempo que llenaba la jarra—. Esto es Schwemmland, lo que se puede traducir como El Pantano. Bebe, Galahad.

—Y este castillo… ¿Acaso sea el castillo de Montsalvat?

—En absoluto. Esto es Rozrog. Jamás he oído hablar, hijo, del castillo de Montsalvat. Y si yo no he oído hablar de él eso quiere decir que no existe. ¡A la salud de los novios, hijo!

—Salud, don Jaskier. Mas el rey… ¿No es él el Rey Pescador?

—¿Herwig? Cierto, le gusta pescar. Antes le gustaba cazar, pero desde que le dejaron cojo en la batalla de Orth no puede montar a caballo. Pero no le llames Rey Pescador, Galahad, lo primero porque es una tontería y lo segundo porque puede poner triste a Herwig.

Galahad guardó silencio durante un buen rato, jugueteando con una copa medio vacía. Por fin dio un hondo suspiro, miró a su alrededor.

—Tenéis razón —susurró—. No es más que una leyenda. Un cuento. Una fantasía. Hablando en plata: una mentira. En vez de Avalon, un simple Pantano. Y en ningún lugar la esperanza…

—Eh —el poeta le dio un codazo—, no te amorriñes, hijo. ¿Por qué esa jodida melancolía? Estás en un bodorrio, diviértete, bebe, canta. Eres joven, tienes toda la vida por delante.

—La vida —repitió el caballero pensativo—. ¿Cómo es eso, don Jaskier? ¿Algo comienza, algo termina?

Jaskier le lanzó una mirada rápida y atenta.

—No lo sé —dijo—. Pero si yo no lo sé, entonces nadie lo sabe. En conclusión: nada se termina y nada comienza.

—No entiendo.

—No necesitas entender.

Galahad reflexionó de nuevo, la frente se le arrugó.

—¿Y el Grial? —preguntó por fin—. ¿Qué pasa con el Grial?

—¿Qué es el Grial?

—Algo que se busca. —Galahad posó sobre el poeta sus ojos soñadores—.

Algo que es lo más importante. Algo sin lo que la vida pierde sentido. Algo sin lo que se es incompleto, inconcluso, imperfecto…

El poeta abrió los labios y miró al caballero con su famosa mirada, una mirada en la que la arrogancia se mezclaba con una alegre simpatía.

—Toda la tarde —dijo— has estado sentado junto a tu Grial, cordero.

XIV

Hacia la medianoche, cuando los invitados comenzaron a bastarse por sí solos, y Geralt y Yennefer, libres del ceremonial, pudieron mirarse tranquilamente a los ojos, las puertas se abrieron con un estampido y entró en la sala el bandolero Vissing, conocido comúnmente por el pseudónimo de Paf-Paf. Paf-Paf medía unos dos metros, tenía una barba hasta la cintura y la nariz de la forma y el color de un boniato. El bandolero llevaba a un hombro su famosa maza Pajita y al otro un enorme saco.

Geralt y Yennefer conocían a Paf-Paf desde hacía mucho tiempo.

Sin embargo, ninguno de ellos había pensado en invitarlo. Se trataba evidentemente de obra de Jaskier.

—Bienvenido, Vissing —dijo la hechicera con una sonrisa—. Muchas gracias por acordarte de nosotros. Toma asiento.

El bandolero hizo una distinguida reverencia, apoyándose en Pajita.

—Muchos años de felicidad y un montón de críos —anunció con fuerte voz—. Eso es lo que sus deseo, amigos. ¡Cien años de felicidad, qué coño digo, doscientos, joder, doscientos! Ah, cuán contento estoy, Geralt y vos, doña Yennefer. Me daba a mí siempre que sus ibais a acabar casando, y eso aun cuando andabais to el día de gresca y sus ladrabais lo mismito, lo mismito que, mejorando lo presente, los perros. La puta, pero qué digo yo…

—Bienvenido, bienvenido, Vissing —dijo el brujo mientras servía vino en la jarra más grande que había por los alrededores—. Bebe a nuestra salud. ¿De dónde vienes? Corría el rumor que estabas en la trena.

—Y he salido. —Paf-Paf bebió con gusto, dio un hondo suspiro—. He salido por, joder, cómo coño lo llaman, ah, sí, caución. Y aquí, amigos, hay un regalillo para vusotros. Tomar.

—¿Qué es? —murmuró Geralt, mirando el gran saco en el que algo se movía.

—Lo agarré por el camino —dijo Paf-Paf—. Lo pesqué en el güerto ese, ande está la moza esa en pelotas, toa de piedra labrá. Sabéis, esa que está toa cagá de palomas…

—¿Qué hay en ese saco?

—Un diablo, por así decirlo. Lo agarré pa vosotros, como regalo. ¿Tenéis aquí una casa de fieras, no? Pues lo disecáis y lo llenáis de paja, y así se asombrarán vuestros güéspedes. Vaya un ganao listo, el tal diablo, ya sus digo. Va y dice que se llama Schuttenbach.